
JUAN PEDRO COSANO
CONJURA CONTRA EL REY FELIPE
Una novela para quienes saben que la historia de España también fue escrita por sus enemigos
ESPASA

Índice

PORTADA

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

PRÓLOGO. LA HONRA EN JUICIO

1. LA BATALLA DE ALCAZARQUIVIR

2. LA VISITA DEL INQUISIDOR

3. LA CARTA ANÓNIMA

4. EL PRÍNCIPE CAUTIVO

5. EL SÍMBOLO OCULTO

6. UNA CARTA EN NAMUR

7. EL DEVORADOR

8. UNA CELADA EN LA NOCHE

9. UNA JORNADA EN EL PARDO

10. LA MUERTE DE JUAN DE AUSTRIA

11. LA AUDIENCIA DEL DUQUE DE ALBA

12. EL CEDULÓN DEL GALENO VELASCO

13. MATEO VÁZQUEZ ANTE EL REY FELIPE

14. UNA AUDIENCIA CON EL PAPA

15. LA CONMEMORACIÓN DE LEPANTO

16. UN MATRIMONIO SECRETO

17. LAS PESQUISAS DEL ALCALDE DE CASA Y CORTE

18. LA DENUNCIA DE ANTONIO PÉREZ

19. NOTICIAS FÚNEBRES DESDE NAMUR

20. JORNADA TRÁGICA EN GALAPAGAR

21. EL BIBLIOTECARIO DE EL ESCORIAL

22. EL DOMINICO ANTÓN DE TUDELA

23. LA AUDIENCIA A VILLAFAÑE

24. LA AMBICIÓN DE LUISILLO

25. EL GUARDIA MATÍAS OCAÑA

26. DÍA DE DIFUNTOS

27. EL ARRESTO DEL DUQUE

28. LAS ANDANZAS DE VILLAFAÑE

29. NOTICIAS DE EMBAJADORES

30. PÉREZ Y LA PRINCESA DE ÉBOLI

31. UN GOLPE DE SUERTE

32. CAZA EN FLANDES

33. LA ALCOBA DEL REY

34. LA PETICIÓN DE DISPENSA DEL CARDENAL

35. EL MÉDICO DE HULST

36. AUTO DE FE EN EL ARRABAL

37. LA DECISIÓN DE LUISILLO

38. REDADA EN SAN MILLÁN

39. EL EXILIO DEL DUQUE

40. LA CÁMARA DEL TORMENTO

41. «NO ES BUENO DESPERTAR LA CÓLERA DEL REY»

42. EL ÚLTIMO JUICIO DEL REY PRUDENTE

EPÍLOGO

CRÉDITOS

Conjura contra el rey Felipe

Juan Pedro Cosano



A mi nieta Stella, recién nacida.
Que la vida te sea tan bonita como ahora eres.

Casi todas las cosas que ocurren
en esta novela ocurrieron en la realidad.
Las que no ocurrieron,
bien pudieron ocurrir.

JPC

PRÓLOGO

LA HONRA EN JUICIO

Madrid, cárcel de Corte, primavera de 1578

La noticia de la celebración de ese juicio en la Sala de Alcaldes de Casa y Corte había corrido por Madrid con velocidad inaudita, como saeta salida del arco, o como corzo ante la jauría, concitando la atención de ricos y pobres, de próceres y villanos: no todos los días se sentaba en el banquillo de los acusados un hidalgo que presumía de tan larga alcurnia.

El runrún de que un caballero linajudo iba a enfrentarse a la justicia del rey se había extendido por la ciudad, en efecto, como fuego en rastrojos: primero había sido un cuchicheo en los mentideros de San Felipe; luego, una conversación en voz baja en las gradas de la plaza; después, los bisbiseos jocosos en mercados y lonjas; más tarde, secreteos susurrados entre sonrisas jactanciosas en los corredores del alcázar, como diciendo que aquello se veía venir. Cuando la villa y corte quiso darse cuenta, el asunto estaba en boca de todos, aunque cada cual lo contara a su manera y ninguno, como con estas cosas ocurría, con entera verdad.

Un hidalgo que frecuentaba la corte y sus camarillas.

Una doncella virgen, y hermosa además, hija de un rico mercader.

La honra perdida y el vientre abultado.

Epístolas comprometedoras.

Amenazas e intimidaciones.

¿Qué más podía hacer falta para que todos esperasen ese juicio como agua de mayo?

En ese día de la primavera del año del Señor de 1578, cuando, en el exterior, la lluvia, apenas un molesto sirimiri, disfrazaba de gris la mañana abrileña, la sala de vistas de la cárcel de Corte, situada entre el Salvador y la calle del Verdugo —altos techos, bancos corridos de madera, el olor de los calabozos cercanos que se mezclaba con el de los legajos y la tinta—, que tanto servía de prisión como de sala de justicia, estaba como granos en mazorca, llena a reventar desde muy temprano. Nobles e hijosdalgo, gentilhombres y pecheros, juristas y curiosos, oidores de oficio y murmuradores de vocación atestaban la amplia sala de húmedas paredes. Nadie quería perderse esa vista que se celebraba en la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. No por el delito en sí —que en Castilla, por desgracia, no era nuevo—, sino por el nombre del acusado.

Rodrigo de Sandoval.

Hidalgo de abolengo, caballero célebre por sus habilidades en los juegos de cañas, hombre bien recibido en palacio, estaba, quien hoy se sometía a la justicia real, habituado a tratar con ministros y secretarios y no era un desconocido para las altas instancias del reino en determinadas ocasiones de servicio. Castellano viejo, con ancestros en León y Burgos, se vanagloriaba de descender del conde de la Bureba y del mismísimo Fernán González, y de estar emparentado con Francisco de Borja, duque de Gandía y general de la Compañía de Jesús, muerto en loor de santidad unos años atrás. Tal pretendida prosapia no le había llenado la faltriquera de escudos y ducados, ni le había proporcionado tierras ni señoríos ni mayorazgos, pero sí le había facilitado el acceso a la corte y proveído de un carácter altanero y de una desmedida afición a los gustos de

la carne. Su presencia en aquel banco, en el lugar de los reos, bajo la mirada del tribunal, por más que no pudiera extrañar en vista de sus continuas diabluras, producía una extraña sensación de desajuste, de desarreglo, como si algo que pertenecía al orden elevado de los privilegios cortesanos hubiese sido arrastrado, sin transición, al terreno áspero de la justicia ordinaria. Vestía de negro, con una corrección que mal casaba con los hechos por los que era enjuiciado, pero sin rastro de abatimiento. Su postura era erguida, casi altiva, y en su rostro no había más señal de inquietud que una leve tirantez en la comisura de los labios, como si le disgustara más la incomodidad del lugar que el riesgo que corría. Y eso que en el envite le iban la libertad y la hacienda.

Detrás, los bancos del público bullían de impaciencia y de emoción, y los murmullos mal contenidos tardaron en apagarse una vez que el mazo del juez presidente de la sala, el alcalde Cristóbal Villafañe y Rueda, reclamó silencio y orden a los asistentes.

El escribano del crimen, ataviado con oscuro ferreruelo, con voz rauca y fúnebre, como si, adelantándose a los acontecimientos, ya estuviese dando lectura a una sentencia condenatoria, relacionó los cargos de que se acusaba a Sandoval: haber cometido delito de estupro por engaño en la persona de Beatriz de Salcedo, hija de un mercader enriquecido al calor de los contratos de Indias, y delito de amenazas graves. Sandoval, según rezaba el escrito del fiscal, había dado promesa de casamiento a la doncella, que era virgen, y, valiéndose de tal ardid, pues no estaba en su ánimo matrimoniar con ella, había disfrutado de sus favores y la había dejado preñada. Lo que suponía un atentado no solo contra el pudor y la honra de Beatriz, sino mayormente y por encima de todo contra el honor de los hombres emparentados con ella. Entre ellos, el rico comerciante que era su padre, de quien más de un grande era cliente. Hechos

que se habían visto agravados, como si de por sí ya fueran poco espinosos, por las amenazas y conminaciones que Sandoval, a través de unas epístolas primero, y de unos propios después, había hecho llegar a la damisela agraviada para que no revelara la identidad de quien le había roto el sello e hinchado el talle. El fiscal pedía para el reo pena de cincuenta azotes, dos años de servicio en el presidio de Alhucemas, posterior extrañamiento de la corte durante cinco años a un mínimo de diez leguas y la obligación de indemnizar a la Salcedo con cien ducados de dote, cien reales por asistencia del parto y cincuenta ducados por daños, incluida la lactancia y la asistencia del niño que estaba por venir. La defensa, ejercida por el célebre letrado Ascensio López, que años después impulsaría en Madrid la creación del colegio de los abogados madrileños, solicitaba su libre absolución con todos los pronunciamientos favorables.

El fiscal interrogó breve y someramente al reo Sandoval, a quien trató con exquisita deferencia. Ejercía la acusación el licenciado Gregorio de Andújar, que debió de haber nacido con el siglo, si no antes. Senil y achacoso, tenía los ojos nublados por unas espesas cataratas que le obligaban a usar una lupa enorme, a pesar de las antiparras que se balanceaban sobre el puente de su nariz de alquitara, encendida por el mal de la rosácea, aunque las malas lenguas decían que era por su afición a los mostos. Villafañe, mientras oía al fiscal balbucear, entre tos y tos, entre esputo y esputo, sus preguntas mal hiladas y peor planteadas, tuvo que engullirse el decir para no poner en un brete al añoso y obtuso jurista y no sacarle los colores, aun cuando se lo mereciera, pues estaba dejando que se le fuera vivo un sujeto al que un fiscal mínimamente hábil levantaría la máscara de inmediato y lo sacaría a la vergüenza.

El abogado Ascensio López, en cuya habla aún se adivinaban sus orígenes portugueses, era hombre de verbo fácil y tono seguro, de esos que creen que la fuerza de un argumento reside tanto en su potencia como en su abundancia. Interrogó a su cliente con precisión y fue apostillando todo cuanto le había favorecido en el interrogatorio de la acusación.

Tras la declaración del reo testificaron dos criados de la casa de la denunciante, ubicada en la calle del Arenal. Ambos reconocieron a Sandoval y afirmaron que lo habían visto rondar la vivienda y, en un par de ocasiones, hablar con la denunciante, su ama doña Beatriz.

—Y en esas conversaciones, ¿observó vuestra merced disgusto o complacencia en el semblante de su señora? —les preguntó a ambos el abogado López, con su voz aterciopelada y su perenne sonrisa.

—Pues... no sé —respondió uno de los fámulos—. Ni una cosa ni la otra. Estaba... normal, ¿no?

—Doña Beatriz —contestó el segundo— es dama afable y educada, señor, así que yo diría que conversó con el..., ejem..., con el caballero aquí presente —añadió, señalando con la barbilla a Sandoval, sentado ahora junto a su abogado— de manera considerada.

—Así pues —adujo el letrado—, vuestra señora era educada en las conversaciones con quienes departían con ella, ¿es así?

—Así es, señor.

—¿Y lo hacía a menudo? Departir, me refiero. Conversar cuando paseaba o cuando iba al mercado.

—Pues claro. A su edad, es lógico, ¿no cree vuesarced?

—Por supuesto que sí. Y eso no es prueba de que estuviera siendo ultrajada o amenazada, ¿verdad? ¿O es que había algo en las conversaciones que mantuvo con mi cliente que así lo indicara?

—Pues no sabría deciros...

Por último, entró en la sala la denunciante, Beatriz de Salcedo. Era una muchacha que, sin ser una beldad, tenía algo que deslumbraba. Su rostro no era de los que detienen la mirada por su belleza, pero sí de los que la retienen por su expresión, en la que cohabitaban la promesa y la inocencia. Tenía los ojos oscuros, grandes y profundos, y su mirada hacía que el tiempo se detuviera. En esos ojos luminosos se mezclaban ahora el temor y la firmeza, como si en su interior se librase una lucha silenciosa entre el deseo de callar y la necesidad de decir. Vestía con la corrección modesta de su estado de buena esperanza: saya de paño verde oscuro, sin bordados, ajustada en el talle y cayendo en pliegues sobrios hasta los zapatos, disimulando sin éxito la preñez; corpiño que ceñía su vientre hinchado, bien abrochado; mangas estrechas con pequeños encajes. Sobre los hombros llevaba una mantilla de lana fina, más por resguardo en ese día húmedo que por adorno, que caía hacia delante como si quisiera ocultar también el vientre prominente o protegerla de las miradas ajenas.

El fiscal Andújar la interrogó sin levantar la vista de sus legajos, breve y confusamente. La joven, intentando dar sentido a las preguntas desflecadas del acusador, reconoció con voz firme a Sandoval como el padre del hijo que llevaba en su vientre y como quien había incumplido su promesa de matrimonio y como quien la había amenazado gravemente si revelaba su identidad.

—«Tened a raya la lengua si amáis la vida». Esas fueron sus palabras, señor —afirmó la joven, buscando, sin encontrarla, la mirada del fiscal.

—¿Cuántas veces yació vuestra merced con mi cliente? —preguntó a continuación el abogado de Sandoval, con labios de azúcar que escondían una lengua de espada.

—¿He de responder a eso, señoría? —preguntó a su vez la muchacha al alcalde de Casa y Corte, azarada.

—Habéis de hacerlo, señora —reconoció Cristóbal Villafañe, a duras penas—. Es una pregunta legítima. Responded, os lo ruego.

—Dos veces —aseguró la damita.

—La vez primera —prosiguió el letrado del reo—, ¿medió promesa de matrimonio?

—Así fue. Juró don Rodrigo que me desposaría y por eso accedí al fin a sus requerimientos.

—No fuisteis forzada, pues...

—No hubo fuerza física, si a eso os referís, pero el engaño ¿no es otra forma de violencia? Y más malvada, si cabe. Y engaño hubo, señor.

—Eso decís vos.

—Eso digo.

—Muy bien —insistió Ascensio López—. Así pues, según decís, en la primera ocasión en que yacisteis con don Rodrigo medió promesa de casamiento. ¿Y en la segunda, señora? ¿Qué promesa os hizo? ¿Tal vez cubrir de oro las paredes de vuestra alcoba? ¿O facilitaros el elixir de la eterna juventud?

—No, no... Solo su palabra de que nos casaríamos.

—Pero eso fue la primera vez que os ayuntasteis. Y yo os pregunto por la segunda vez. ¿Qué promesa os hizo entonces?

—No entiendo, señor.

—Pues es muy clara mi pregunta, señora.

—La segunda vez no me prometió nada nuevo, señor. Pero él había jurado llevarme al altar.

—Así pues, entiendo que en la segunda ocasión no medió promesa alguna, ¿no es así?

—La promesa de matrimonio no es fe dada que se lleve el viento, ni hoja que cae del árbol y desaparece. Lo que la lengua firmó, el alma lo guarda.

—¿He de entender que si mi cliente lo hubiese deseado, hubieseis yacido con él una tercera vez, y una cuarta, y una quinta... sin exigir nueva promesa?

—Vuestro cliente, señor abogado, es de los que siembran palabras para segar olvidos.

En su exposición final, el fiscal Gregorio de Andújar se limitó, en dos frases mal hilvanadas y sin convicción alguna, a reiterar su solicitud de pena, sin más. El abogado López, en cambio, hiló un extenso discurso, trufado de latines, rebosante de citas de leyes y cánones, para solicitar la absolución de su defendido.

—Antes de que el juicio quede visto para sentencia —intervino Villafañe cuando todos esperaban que diera por finalizada la sesión —, tengo algunas preguntas para el reo.

El abogado López frunció las cejas, extrañado; no era habitual que el alcalde presidente de la sala interviniese tras las alocuciones finales de las partes. El fiscal, por su parte, ajeno a la incidencia, saboreaba una cazcarria recién extirpada del orificio izquierdo de su nariz bulbosa.

—¿Es ello procedente, señoría? —interpeló el abogado—. El juicio ya ha finalizado.

—Es procedente, abogado —afirmó el alcalde—. El juez puede intervenir en cualquier momento para hacer las precisiones que crea conveniente. Y, puesto que no lo he declarado visto para sentencia, el juicio no ha finalizado. Y lo que aquí se ventila tiene su aquel. En Castilla, donde el pecado puede confesarse y, con suerte, absolverse, la honra, una vez perdida, no se recobra jamás.

—¿Están todos los señores alcaldes de acuerdo con el señor presidente? —requirió el letrado la opinión de los otros cuatro alcaldes de Casa y Corte que integraban el tribunal.

Los cuatro, aunque ciertamente sorprendidos por la intervención de su colega, nada usual, asintieron. No era cuestión de manifestar disensiones en la justicia del rey.

Era Cristóbal Villafañe y Rueda hombre de presencia sobria, de figura enjuta y rostro serio, ojos inquietos y reflexivos, en el que la edad —ni joven ni aún declinante— había dejado ya esa huella que no es desgaste, sino sabiduría, la conciencia de que el tiempo que pasa, al mismo tiempo que quita unas cosas, da otras.

—Señor de Sandoval —se dirigió Villafañe al reo; su voz era clara, de verbo sonoro y limpio—, niega vuestra merced haber dado palabra de matrimonio a doña Beatriz de Salcedo, ¿es así?

—Así es —afirmó el reo, poniéndose en pie—. Lo que ella me dio, me lo dio por gusto y de grado, y no por compromiso ni esperando aquello que yo no le había jurado dar.

—El señor fiscal no os ha preguntado por las epístolas que obran en la sumaria como prueba documental. ¿Sabéis a qué cartas me refiero?

—Sí, lo sé.

—Son cartas en las que el remitente promete matrimonio a doña Beatriz. Y hay otros billetes, posteriores, en los que se la amenaza gravemente si revela la identidad del padre del hijo que espera. ¿Escribisteis vos esas cartas?

—No, señoría.

—¿Son falsas, pues?

—Eso afirmo.

—¿Y quién ha podido falsificarlas?

—Quien haya querido perjudicarme.

—¿Y con qué fin?

—Con el de arruinarme.

—Arruinaros... ¿cómo?

—En mi honra.

Villafañe sostuvo su mirada.

—Curioso —dijo, moviendo levemente la cabeza— que quien dice temer por su honra no repare en la ajena.

Un runrún admirativo recorrió la sala. Los otros alcaldes se miraron unos a otros, sin saber cómo iba a terminar la escena, de la que su colega no les había prevenido.

—¿Reconocéis como vuestra la letra —insistió Villafañe— de las cartas que obran en la sumaria?

—No la reconozco —respondió el hidalgo con serenidad.

—¿Y la firma que como la vuestra figura?

—Lo niego.

—Está bien. —Tomó a continuación entre sus manos los pliegos que descansaban sobre la mesa. Pareció examinarlos con curiosidad, uno a uno, escrutando el papel, las firmas que los signaban, las rúbricas que los suscribían. Todo con mucha parsimonia. Estaba la sala en un pasmo, con un silencio de iglesia. Luego, los exhibió, sosteniéndolos con la mano en alto—. Aquí, señor de Sandoval, se da a doña Beatriz de Salcedo palabra de matrimonio. En esta carta, por ejemplo —añadió, eligiendo ahora una de las epístolas, y leyendo luego—, se dice textualmente: «Digo yo, Rodrigo de Sandoval y de León, que de mi grado y entera voluntad, sin apremio de persona alguna, os doy y entrego libre y voluntariamente mi palabra de casamiento, prometiendo como caballero y cristiano de tomaros por mi legítima mujer y consorte...». ¿No escribisteis vos estas palabras?

—No lo hice. Jamás.

—Y en esta otra —dijo el juez, eligiendo otra de las cartas— se afirma que, en caso de que doña Beatriz de Salcedo sostuviese que sois vos el padre del hijo que espera, «vuestro nombre correrá por Madrid como corre el viento por los campos, y no habrá muro ni recogimiento que os guarde del juicio de los hombres». Y en esta otra —escogió otro pliego de la mesa—, oíd, se dice: «Si osáis mentar mi linaje como autor de vuestra falta, haré que vuestra voz sea enterrada antes de que la criatura vea la luz».

Algunos rostros en el público se crisparon; otros se inclinaron hacia delante, como si quisieran oír mejor lo que sucedía en la sala de justicia.

Villafañe depositó las epístolas sobre la mesa del tribunal.

—Decidnos, don Rodrigo —insistió, sin elevar la voz y cruzando ambas manos sobre el tapete—, ¿no son vuestras estas palabras?

—No lo son, ya se lo he dicho a su señoría. Yo no escribí eso.

—Está bien —asintió el alcalde de Casa y Corte, con un fruncimiento de los labios, como de frustración o fracaso, que tranquilizó al reo. Villafañe, no obstante, la voz ahora más viva, prosiguió—: Una última cuestión, don Rodrigo. Como habréis podido ver, en las cartas figuran, bajo la rúbrica de su autor y en lacre rojo, el sello de este: un escudo de armas y las letras «R» y «S» anudadas. ¿Es vuestro el sello, señor?

—Es parecido, pero no es el mío. Es una burda falsificación —aseveró Sandoval, más nervioso ahora.

—¿Ah, sí?

—Eso he dicho.

Villafañe señaló la mano diestra del reo, que tenía cruzada a la altura del vientre sobre la siniestra. En su dedo anular lucía un grueso anillo de plata con un lapislázuli engastado en el que llevaba grabados sus emblemas.

—¿Seríais tan amable de dejarme un instante vuestro anillo?

Dudó Sandoval, que desenlazó las manos y se las llevó a la espalda, en un torpe intento de esconderlas. Miró a su abogado, como requiriendo auxilio.

—¡Esto es algo completamente irregular, señoría! —protestó Ascensio López, poniéndose en pie ante la mesa de la defensa.

—¿Por qué lo es, abogado?

—Pues... pues... porque... porque... ¡porque el juicio ya ha acabado, por eso!

—El juicio no ha acabado, pues no ha sido declarado visto para sentencia, como antes he dicho. Y según la Partida III del rey Alfonso el Sabio, como bien deberíais saber, letrado, el juez tiene el deber y el poder de interrogar de oficio. Puede hacer preguntas directas a las partes para aclarar la duda, yendo más allá de lo que los abogados hubieran planteado. Al igual que puede cotejar pruebas y juzgar por albedrío.

No hubo réplica por parte del defensor, que quedó como suspenso, de pie ante su mesa.

—Sentaos, abogado, os lo ruego —indicó Villafañe, calma la voz. Y dirigiéndose a uno de los alguaciles que estaban en la estancia para preservar el orden—: Alguacil, traedme el anillo que lleva el reo en su mano diestra.

El ministril se acercó a Sandoval, quien hizo intento de resistirse. Mas al ver que el alguacil se llevaba la mano a la vara y que otro justicia se acercaba para ayudar a su camarada, se avino al requerimiento y permitió, sumiso, algo derrotado ya, que, no sin cierto esfuerzo, pues tenía los dedos gordezuelos por las buenas manducas con que cada día se regalaba, el funcionario le sacara el anillo del dedo anular.

—Traedlo aquí, alguacil —ordenó Villafañe.

El alcalde de Casa y Corte tomó el sello de manos del ministril y lo observó detenidamente. Tenía primorosamente repujado el escudo de armas de los Sandoval —una banda de sable sobre campo de oro — y grabadas las letras «R» y «S» en un nudo. Se humedeció el dedo en saliva y frotó después con el dedo humedecido la superficie del sello, para que la cera no se quedara adherida a la piedra. Luego, dispuso un papel en blanco sobre la mesa y, sobre él, encendió una velita y acercó su llama a una barra de lacre, y la calentó hasta que la cera mezclada con trementina de Venecia cayó en un grueso goterón sobre el papel inmaculado. Después, presionó el anillo con fuerza sobre la gota de lacre caliente y esperó unos segundos antes de retirarlo. Al levantarlo, el escudo y las letras de Sandoval quedaron perfectamente esculpidos en relieve sobre el legajo. Finalmente, comparó la impresión con el sello de las cartas que obraban en la sumaria y, uno por uno, fue mostrando ambos, el sello recién impreso y las epístolas, a los otros alcaldes del tribunal, quienes, tras examinarlos cuidadosamente, emitieron un veredicto unánime:

—Es el mismo sello.

La sentencia, redactada por Villafañe y firmada sin alterar ni una coma por los otros cuatro alcaldes de Casa y Corte, llegó cinco días más tarde: condenaba a Rodrigo de Sandoval a las penas solicitadas por la acusación. «La honra —dejó escrito en su resolución— no es patrimonio de unos pocos, sino fortuna de todos».

Al acabar el juicio, Cristóbal Villafañe permaneció unos instantes en su sitio. Observó la sala que se vaciaba, los gestos entusiasmados del público que la abandonaba, las palabras que ya comenzaban a deformar lo ocurrido. Sabía —como todos en Madrid sabían— que la verdad no se quedaba en los tribunales. Que salía a la calle, se mezclaba con intereses diversos, se vestía de rumor y regresaba

convertida en otra cosa, según la conveniencia de cada cual. Pero ya eso no era problema de él. Él había cumplido cuanto le concernía.

Se levantó al fin.

Al cruzar el umbral, la luz del patio lo alcanzó de lleno. Inspiró despacio. Pensó, sin detenerse en ello, en lo frágil que era la reputación. En lo fácil que resultaba quebrarla. Y en cómo, a veces, una simple carta bastaba para hacer tambalear lo que parecía más firme.

Aún no lo sabía.

Pero pronto habría de enfrentarse a un caso en el que habría una carta y una reputación en juego, un caso en el que no estaría sobre el tapete la honra de una mujer ni el crédito de un hombre.

Sino algo más alto.

Mucho más alto.

El nombre, el crédito y el futuro de un rey.

1

La batalla de Alcazarquivir

Ksar el-Kebir, Marruecos, 4 de agosto de 1578

La mañana se levantó pesada sobre las llanuras próximas al río Lucus, con una luz turbia que no terminaba de definirse entre el polvo y la bruma y que apenas si refulgía sobre las armaduras y los arneses. Era un amanecer de esos en los que el aire parece contener ya el presagio de lo que ha de suceder, un amanecer que habría preferido seguir siendo noche. A lo lejos, la ciudad que los cristianos llamaba Alcazarquivir y los moros Ksar el-Kebir se adivinaba entre las palmeras, las pequeñas dunas y las casas bajas y blancas, sin que nada hiciera pensar que pronto, en unas horas, habría de convertirse en un inmenso osario.

Era el día 4 de agosto del año del Señor de 1578.

Sebastián, rey de Portugal, de tan solo veinticuatro años, hijo del príncipe Juan y de Juana de Austria, hermana del rey de España Felipe, se había propuesto conquistar el norte de África, empresa que se había convertido en su gran obsesión. Su espíritu cruzado y aventurero le exigía encabezar una gran coalición contra los infieles y veía en la conquista de Marruecos una misión divina para expandir la fe católica y el Imperio portugués. Aunque muchos en su país le habían desaconsejado tan arriesgada campaña —entre ellos Francisco de Aldana, el capitán español que su tío Felipe le había

enviado para informarle de los riesgos— y pese a que su propio tío le había recomendado extremar la prudencia —la virtud más preciada para Felipe de España—, el joven e impetuoso Sebastián vio llegada la ocasión propicia cuando el depuesto sultán marroquí Mulay Mohammed le pidió ayuda para recuperar su trono, que le había sido usurpado por su tío Abd al-Malik con apoyo otomano. Sebastián vio esa petición de auxilio como el pretexto perfecto para intervenir, dar satisfacción a sus ansias de conquista y establecer un protectorado portugués en la zona.

Tres ejércitos habían convergido en aquel lugar como si una mano invisible los hubiese atraído hacia un mismo punto y hacia un mismo destino. Tres voluntades, tres legitimidades enfrentadas, tres formas de entender el poder y el mundo. Por un lado, el joven y temerario Sebastián I de Portugal, al frente de un ejército de diecisiete mil hombres, entre ellos la flor y nata de la nobleza portuguesa y un contingente considerable de soldados castellanos, italianos y alemanes. Junto a él, el depuesto sultán Mulay Mohammed, que confiaba en recuperar su corona gracias al auxilio cristiano. Frente a ellos, el ejército del sultán reinante, Abd al-Malik I de Marruecos, hombre experimentado, formado en el exilio otomano, que había aprendido en Estambul no solo las artes de la guerra, sino también la paciencia y el cálculo militar.

El terreno, praderas y llanuras aluviales fértiles y llanas, situadas entre dos ríos, el Lucus y su afluente, el al-Makhazin, ideales para la caballería pero peligrosas si no se controlaban los flancos, no favorecía a los portugueses: su espacio de maniobra era limitado y no tenían hacia dónde expandirse lateralmente. Y, lo peor, su única vía de escape hacia la costa, de necesitarla, estaba bloqueada por el agua.

Sin embargo, Sebastián había decidido avanzar. No era hombre de repliegues. Ni de dudas. Estaba convencido de que la superioridad de sus arcabuceros y de su artillería y el favor de Dios bastarían para derrotar a los infieles. Creía que los marroquíes huirían ante una carga frontal, sin importar si el terreno era abierto o si estaba rodeado de ríos. Sus generales, más versados en las artes militares —Diego de Sousa, Sebastián de Távora, Diego López de Sequeira... —, le advirtieron que la llanura era una trampa para la infantería frente a la caballería mora, que, aunque ligera, era muy superior en número, mejor conocedora del terreno y más habituada a esos parajes traicioneros. Sebastián, llevado por su carácter impetuoso, interpretó estos consejos como cobardía, reprendió a sus generales y persistió en su idea de seguir adelante y en su decisión de atacar a toda costa.

El ejército portugués —estandartes al viento, oriflamas multicolores, pendones enhiestos, mesnadas curtidas en mil escaramuzas, caballos nerviosos y piafantes, curas y frailes encomendando a Dios con cánticos y rezos la suerte de esos valerosos soldados— estaba dispuesto en orden de batalla, presentando una imagen de solidez y de poderío que podía engañar a quien no supiera mirar más allá de las meras apariencias. Las compañías portuguesas se mezclaban con los soldados castellanos, disciplinados y silenciosos, veteranos de los tercios de Flandes e Italia, y con la caballería pesada, cuyos coseletes, testeras, pretales y gruperas brillaban, ahora sí, bajo el sol que poco a poco se alzaba y disolvía la bruma del alba. Había en aquella hueste una confianza casi juvenil, una fe en la victoria que provenía tanto del entusiasmo contagioso de su rey como de la convicción de que Dios no podía abandonarlos ante los infieles mahometanos.

El rey Sebastián comandaba el ala izquierda de la caballería lusa. Vestía armadura completa, la borgoñota con la visera levantada, peto a prueba de plomo, gorjales, hombreras y escarcelas de acero bruñido, y su figura destacaba entre los suyos por la riqueza de su equipo y por la intensidad de su presencia, que trasminaba fervor y arrebato. En su porte había algo más que juventud: una mezcla de ardor religioso y de obstinación que lo hacía parecer invencible, inmune al peligro. Para él, ese su bautismo de fuego no era solo una campaña, sino una empresa casi sagrada. Aunque cuatro años antes había desembarcado en Ceuta y Tánger, aquello fue más una serie de escaramuzas y reconocimientos que una batalla de verdad. Era esta, la de Alcazarquivir, la primera vez que se probaba en la lid, el lugar donde habría de ganar sus primeras espuelas.

La primera línea del ejército estaba compuesta por aventureros portugueses, comandados por Cristóbal de Távora, y por voluntarios y mercenarios españoles, alemanes e italianos. El ala izquierda de caballería pesada tenía al frente al propio rey, y el ala derecha al duque de Aveiro. La segunda línea de infantería estaba al mando de Vasco da Silveira, y la tercera línea de infantería, la retaguardia, era capitaneada por Francisco de Távora. La artillería se posicionó, sobre todo, en primera línea. El sultán depuesto Muley Mohammed aportó un contingente de unos seis mil soldados marroquíes leales a su causa, principalmente caballería ligera.

Al otro lado, el ejército de Abd al-Malik aguardaba el ataque de su contrincante con la confianza que da una superioridad numérica aplastante: casi cincuenta mil soldados; entre ellos, cuarenta mil jinetes de caballería ligera, sumamente móviles, y diez mil arcabuceros, incluyendo jenízaros y renegados europeos. Disponía de treinta y cuatro piezas de artillería que nada tenían que envidiar a las portuguesas. Al frente del ejército se hallaba el propio Abd al-

Malik, enfermo y debilitado, algunos decían que ya moribundo, que había sido llevado al campo de batalla en litera. Desde allí estaba dispuesto a dirigir las operaciones con una lucidez que desmentía su estado.

La batalla comenzó con el avance de las líneas portuguesas, al son de tamboras y clarines, entonando la «Salve, Regina», firmes, progresando al unísono, como si cada paso estuviera marcado por un compás invisible. Los soldados españoles coreaban a pleno pulmón canciones populares que recordaban las victorias de la Reconquista contra los moros. Los arcabuces tronaron, primero de forma aislada, luego en descargas más continuas. El humo comenzó a levantarse como si el campo de batalla se hubiese incendiado, difuminando las figuras, convirtiendo la llanura en un espacio incierto donde los hombres se reconocían más por los gritos que por la vista.

El ejército de Sebastián resistió bien el primer envite, gracias sobre todo a la fortaleza de sus mercenarios que, bragados en las guerras de Italia y Flandes, permitió que las tropas lusas mantuvieran la formación incluso cuando la caballería ligera marroquí comenzó a hostigarlos desde los flancos. Pero aquella resistencia tenía un límite. El terreno, el calor, la distancia de las líneas de retirada, todo jugaba en su contra.

La caballería portuguesa cargó. Fue una carga hermosa y terrible, como lo son siempre las que parten de la convicción de la victoria. Los caballos, cubiertos de hierro, avanzaron con un estruendo que parecía sacudir la tierra misma. Por un momento, el enemigo cedió. Las líneas marroquíes se abrieron, retrocedieron, se desordenaron.

Pero todo estaba calculado.

Era la táctica de la media luna que el enfermo Abd al-Malik y sus generales habían diseñado, una trampa perfecta para la formación

rígida de los portugueses. Mientras estos se agrupaban en un gran cuadro compacto típico de la infantería europea de la época, el sultán marroquí, tras el primer amago de retirada y desorden, extendió sus cuarenta mil jinetes en una línea larguísima y curva cuyos extremos empezaron a avanzar más rápido que el centro, rodeando a su enemigo. Gracias a que el terreno era una llanura abierta, la caballería ligera marroquí pudo galopar por los flancos portugueses sin resistencia, ya que Sebastián solo tenía mil quinientos jinetes para proteger sus costados. En poco tiempo, las puntas de la media luna se unieron a la espalda del ejército portugués, cortándoles la retirada hacia el río y la costa. Una vez rodeados, los marroquíes no cargaron de frente contra las picas, sino que utilizaron a sus arcabuceros y jenízaros para disparar desde todas las direcciones hacia el centro del cuadro. Los portugueses, apelotonados, eran un blanco fácil para la artillería y la fusilería. Los caballos, heridos, comenzaron a caer, arrastrando a sus jinetes en un caos horrendo. El orden inicial se transformó en desbarajuste, miedo y confusión. Las órdenes dejaron de oírse. Cada unidad comenzó a luchar por su cuenta. Cuando el pánico cundió y las filas portuguesas se rompieron, la caballería marroquí entró a cuchillo. Los soldados que intentaron romper el cerco para huir se encontraron con el río al-Makhazin a sus espaldas, que en ese momento estaba crecido por la marea, provocando ahogamientos masivos.

Sebastián, pese a todo, siguió combatiendo, repartiendo espadazos y alaridos, con un impulso juvenil y suicida. Pese a saber que la batalla estaba perdida, rechazó rendirse. Se hizo con un tercer caballo, tras haber perdido los dos primeros, y cargó directamente contra las filas enemigas al grito de «¡La libertad solo se pierde con la vida!». Fue visto por última vez combatiendo como

un titán rodeado de enemigos. Su cuerpo fue recuperado días después, pero estaba tan desfigurado que muchos portugueses se negaron a creer que fuera él.

A su lado, el depuesto Mulay Mohammed trató de huir cuando la suerte estuvo echada. Se lanzó al río, intentando salvar la vida en una retirada desesperada. Allí encontró la muerte, ahogado en las aguas que había esperado cruzar como vencedor. Los soldados del sultán recuperaron su cadáver, lo desollaron y rellenaron su piel con paja para exhibirlo como trofeo por las ciudades de Marruecos. Por eso pasó a la historia como al-Maslukh: el Desollado.

Abd al-Malik, por su parte, tampoco pudo disfrutar de la victoria. Murió en su litera de mando al poco del inicio del combate, vencido por la enfermedad que lo consumía, justo después de dar las órdenes de despliegue. Sus ayudantes más cercanos, temiendo que el ejército se desmoralizara al saber que el sultán había muerto, ocultaron su óbito. Durante toda la batalla, fingieron que su príncipe seguía vivo, llevando órdenes falsas de su parte y manteniendo las cortinas de su litera cerradas. Los soldados lucharon y vencieron creyendo que él los dirigía.

Cuando el combate terminó, el campo era un desorden de cuerpos, armas y estandartes caídos.

Y los tres reyes, muertos.

Los supervivientes portugueses, apenas un millar de hombres, desorganizados y exhaustos, intentaron retirarse, pero las rutas estaban cortadas. Muchos fueron capturados. Otros murieron en la huida. La nobleza portuguesa, que había acudido en masa a la campaña de su joven rey, quedó diezmada. Casas enteras perdieron a sus herederos en un solo día.

Fue, en efecto, una catástrofe.

No fue solo una derrota militar. Fue el inicio de un cambio en el equilibrio político de Europa y del mundo.

En aquella mañana turbia de agosto, entre el polvo, el humo y la sangre, comenzó a dibujarse, aunque nadie lo supiera aún, el destino de dos Coronas.

***

Lisboa, 28 de agosto de 1578

La iglesia de San Vicente de Fora, el templo donde estaban enterrados casi todos los reyes de la dinastía de Braganza y muchos de la dinastía Avís, corazón espiritual de la monarquía portuguesa, estaba en penumbra.

No era por falta de luz, que entraba, tamizada, por los altos ventanales, sino por la naturaleza misma del acto que en ella se celebraba. No era una coronación al uso, no había en aquel día el júbilo ferviente de las sucesiones ordenadas ni el clamor de los pueblos que vitorean a su rey en la plenitud de sus fuerzas. Había tan solo una resignación que rozaba lo fúnebre en un acto de urgencia y luto. Como si, en vez del ascenso al trono de un hombre, se estuviera certificando la muerte de un imperio.

Porque quien iba a ceñirse la corona portuguesa no era un príncipe joven, ni un guerrero victorioso, ni un heredero largo tiempo esperado. Era un anciano. Un anciano enfermo, herido de muerte. Y, además, cardenal de la Iglesia de Roma y, por tanto, impedido para engendrar un hijo que garantizara el futuro del reino. Pero no había más alternativas. Tras el desastre de Alcazarquivir, al ser el último

varón legítimo de la dinastía Avís, su coronación como rey era la única vía para evitar un vacío de poder inmediato.

No había lugar, pues, para grandes celebraciones. El país estaba en bancarrota, gran parte de la nobleza había muerto o estaba cautiva en Marruecos, casi no quedaban nobles jóvenes para portar los estandartes; los que habían integrado la procesión de entrada en la iglesia eran ancianos o parientes lejanos de los que habían quedado sepultados en las arenas de Marruecos. Y el nuevo rey tenía sesenta y seis años y una salud muy frágil.

Enrique I de Portugal aguardaba de pie, ligeramente encorvado, con las manos apoyadas en el báculo que había llevado durante años como señal de su dignidad eclesiástica. Sus dedos, largos, huesudos, moteados de manchas pardas, adelgazados por la edad, se aferraban a la madera más por necesidad que por ceremonia. Su temblor, leve pero constante, era una aciaga constatación de que su tiempo ya había pasado.

Vestía todavía el hábito de cardenal. La púrpura, que durante décadas había sido signo de su rango en la Iglesia, parecía ahora demasiado pesada para sus hombros y símbolo de la falta de porvenir. A su alrededor, los grandes del reino, los pocos que quedaban tras la derrota, guardaban silencio. Había en sus rostros respeto, sin duda, pero también inquietud. Algunos, más jóvenes, desviaban la mirada con frecuencia, como si temieran encontrar en los ojos del nuevo rey la confirmación de aquello que ya sospechaban: que Portugal no tenía delante un futuro, sino un destino aciago e ineluctable.

Con una mano sobre los Evangelios, Enrique juró mantener los fueros y privilegios del reino. Su voz era firme, pero carecía del fuego juvenil de su sobrino Sebastián. Cuando, tras el alzado del pendón, el heraldo gritó el tradicional: «¡Real, real, por el muy alto y

muy poderoso señor el rey don Enrique, nuestro señor!», el anuncio no provocó el júbilo que se recordaba cuando el joven rey caído en Alcazarquivir había sido aclamado, ni cuando, mucho antes, el rey Juan ciñó la corona; el grito del heraldo se perdió en las bóvedas de piedra, seguido por un suspiro colectivo de incertidumbre.

Cuando el arzobispo se acercó con la corona, portándola en sus manos alzadas, un silencio funesto se instaló en la iglesia lisboeta.

—Por la gracia de Dios...

Las palabras rituales comenzaron a fluir, conocidas, repetidas, asentadas en la memoria de los presentes. Pero, para Enrique, aquel sonido llegaba como desde lejos, filtrado, casi irreconocible.

Notó en las sienes un frío glacial cuando el oro de la corona se aposentó sobre su cabeza.

Cerró los ojos un instante y sintió un vacío inmenso: no en el presente, que estaba allí, tangible, pesado, sino en el futuro.

Porque el futuro, para un rey, no es lo que él ha de vivir, sino lo que ha de dejar y a quién ha de dejárselo.

Y él no tenía nadie a quien dejar lo que ahora se le entregaba: su amada patria, Portugal.

No tenía hijos. Ningún heredero. Ninguna línea que prolongara su nombre más allá de su muerte. Había sido tan buen clérigo, que ni hijos bastardos tenía.

Había pasado su vida al servicio de la Iglesia, en la disciplina del celibato, en la renuncia a lo que ahora, de pronto, se revelaba como indispensable: una esposa, un heredero. Lo que entonces había sido virtud, era ahora carencia.

Sintió, por primera vez de forma clara, el peso de esa ausencia.

No era un pensamiento nuevo. Había estado allí, latente, desde que se supo del desastre de Alcazarquivir, en las conversaciones con consejeros, en los informes que llegaban, en las miradas que

escondían palabras y evitaban pronunciar lo evidente. Pero en aquel momento, con la corona aún ajustándose a su frente, ese pensamiento adquirió una consistencia definitiva.

Portugal necesitaba un heredero.

Y él no podía dárselo.

O, al menos, no en las condiciones en que había vivido hasta entonces. No ostentando el capelo cardenalicio.

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo.

No de miedo, exactamente. Más bien un escalofrío en la conciencia.

La conciencia de que, de no cambiar el estado de las cosas, su reinado no sería un tiempo de gobierno, sino de tránsito. De que cada decisión que tomara estaría orientada no a consolidar su poder, sino a determinar quién lo heredaría. Tuvo la sensación de que, más que un guía del porvenir, era un albacea testamentario.

Los cánticos cesaron.

Un silencio solemne llenó de nuevo el templo.

Enrique inclinó la cabeza, como si rezara, pero sus pensamientos no estaban del todo en la oración.

Había otra idea, aún imprecisa, que comenzaba a tomar forma.

Una posibilidad.

La había considerado antes, en abstracto, como se consideran las cosas que parecen, por definición, improbables. Pero ahora, en aquella circunstancia, adquiría una urgencia distinta.

El celibato.

La dispensa.

El matrimonio.

No era una cuestión menor. Ni baladí. No era, en modo alguno, una decisión que pudiera tomarse sin consecuencias profundas. No solo para él, sino para la Iglesia misma. Un cardenal que solicitaba al

papa licencia para contraer matrimonio... no era un asunto que pudiera resolverse con ligereza.

Y, sin embargo, ¿qué era más importante?

¿La observancia de una norma... o la supervivencia de un reino?

Alzó la vista hacia el altar.

Allí, en la distancia, la cruz se recortaba contra la luz. Permanecía inmóvil, ajena a las dudas humanas, a las urgencias políticas, a las necesidades del tiempo. Era, en cierto modo, lo contrario de lo que él representaba en aquel momento.

Tenía que decidir.

No ese día, no en aquella hora, pero pronto.

Rogó por la inspiración divina.

Tendría que escribir a Roma. Tendría que exponer su caso, no como el deseo de un hombre, sino como la necesidad de un rey. Tendría que pedir lo que, hasta entonces, no había necesitado: una exención.

Una dispensa.

Sintió el peso de la palabra antes de pronunciarla siquiera en su pensamiento.

Dispensa.

No como una consecuencia de su voluntad, sino como un instrumento de gobierno.

Cuando la ceremonia concluyó, se levantó con la ayuda de sus asistentes. Le pareció que tenía los huesos débiles, a punto de desmoronarse como un muro mal construido. Los nobles portugueses y los embajadores extranjeros se acercaron, uno a uno, a rendirle homenaje. Inclinaban la cabeza, besaban su mano, pronunciaban fórmulas de lealtad que sonaban iguales en todos los labios. Enrique respondía con palabras breves, con una sonrisa más breve aún.

Pero, en su interior, el pensamiento persistía.

Sí, pronto habría de tomar una decisión que mudaría por completo su vida.

Pronto habría de escribir a Roma pidiendo dispensa de sus votos eclesiales, cardenalicios. Suplicando que se le autorizara a contraer matrimonio y engendrar un hijo. Un heredero.

Portugal no podía quedar a merced de la incertidumbre.

Aunque para ello tuviera que pedir a Roma lo que nunca antes había pedido.

Aunque para ello tuviera que dejar de ser lo que había sido durante toda su larga y severa vida.

2

La visita del inquisidor

Madrid, alcázar, 22 de septiembre de 1578

—Ha llegado su eminencia, majestad.

El rey católico, Felipe de España, segundo de los de ese nombre, levantó la vista de los papeles, legajos y rescriptos que atestaban el escritorio de su despacho de la fachada occidental del alcázar. La fijó en los ojos oscuros y envejecidos de su mayordomo mayor, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, tercer duque de Alba. Examinó su rostro anguloso, delgado y severo, como si cada línea hubiese sido tallada por los mismos rigores que habían marcado su vida militar. Y aun desconociendo, al igual que él, la razón de esa visita, vio en el semblante surcado de arrugas del duque la misma preocupación que en esos instantes turbaban su ánimo. Porque la insistencia del inquisidor general en mantener una entrevista urgente y reservada con el soberano no era anuncio de nuevas gratas. Le hizo un gesto al duque dando venia para que introdujera a la visita, que fue correspondido por un ademán de asentimiento de Alba, que se retiró de inmediato de la estancia. Felipe sabía que disponía de unos minutos de reflexión pues, para llegar hasta su cámara de trabajo, tendría la visita que recorrer un largo camino. Pasaba este por cuatro recintos: primero habría de subir la escalera principal hasta el gran salón, y lo haría con pasos vacilantes, y desde

allí alcanzaría la sala pequeña. Desde la saleta habría de llegar hasta la antecámara y luego al salón de espera o antecamarilla, que comunicaba con los aposentos privados del rey. Sucesivas centinelas de ujieres y ayudas de cámara vigilaban el tránsito de los visitantes por todos aquellos lugares. Y sabía que el paso del arzobispo era demoroso y tardo por su avanzada edad.

Felipe se levantó de su sillón y se acercó al ventanal de su despacho. Se contempló en el vidrio veneciano y se dijo que la vida pasaba irremisiblemente. Frunció el ceño con cierta tristeza cuando la vidriera le devolvió su reflejo: su cuerpo enjuto, alargado como las sombras que proyectaban las arquitecturas que él mismo mandaba levantar. No había grasa en su porte; todo era hueso, fibra, contención. Su rostro afilado, de líneas duras y casi geométricas, parecía haber sido cincelado por un escultor que detestase la blandura. La barba, pequeña y cuidadosamente recortada, ya estaba pespunteada de hebras grises, producto tanto de la edad —había cumplido los cincuenta y un años el pasado mayo— como del desgaste que causaba gobernar un mundo donde no existía el reposo. La piel, muy blanca, hablaba de una vida entre papeles, despachos y vigilias nocturnas más que en partidas de caza y campamentos militares. Apreció sus ojos, de un gris acerado, que seguían siendo su arma más temible. No necesitaba elevar la voz para imponer su autoridad: una mirada suya bastaba para descolocar a un embajador o quebrar la seguridad de un ministro. A su edad, su mirada había perdido el brillo de la juventud, pero había ganado algo mucho más inquietante: una metódica frialdad, una capacidad de observar sin pestañear, de medir silencios, de evaluar almas como si fuesen mapas. Se quitó del traje, con un gesto preciso de la mano, una minúscula pelusa blanca, un trozo de papel, posiblemente. Como siempre, vestía, salvo la gola blanca,

oscuridades perfectas: terciopelos negros, jubones sin una arruga, como si el propio orden de la vestimenta fuese parte de su política. No había en su imagen concesión alguna a la jovialidad. Pero sí una energía silenciosa, una especie de tensión contenida, la de un hombre que trabajaba en la sombra hasta que las velas morían y que pensaba y discurría constantemente, sin tregua, incluso cuando su cuerpo clamaba descanso.

Llevó la vista más allá, hacia la lontananza, y contempló Madrid a sus pies. Abrió la ventana y dejó que el aire limpio que llegaba desde el valle le llenara los pulmones. Observó el Manzanares, sus aguas verdosas, estrecho y poco caudaloso, serpenteando por la vega frondosa; la Casa de Campo, el coto de caza, sus arboledas, sus praderas, los pequeños caminos que ascendían suavemente; y en la lejanía, los primeros relieves de la sierra de Guadarrama, en el horizonte iluminado por la claridad del día.

La serenidad que propiciaba la contemplación del paisaje se veía enturbiada por la inquietud de su espíritu. ¿A qué venía esa solicitud urgente de audiencia del inquisidor general? No era tiempo de mayores problemas, ya los había de sobra en el reino y en el mundo, tantos que solo un ánimo tan firme como el del rey de España podía afrontarlos sin abatirse: el reciente asesinato de Juan de Escobedo, secretario personal de su hermanastro Juan de Austria; el desastre de Alcazarquivir, donde había muerto el rey Sebastián de Portugal, sobrino del rey; la sempiterna crisis económica del país, que aún sufría las secuelas de la bancarrota de hacía tres años y la presión de los enormes intereses que había que pagar a banqueros genoveses y alemanes por los empréstitos concedidos; el recrudecimiento de la guerra en Flandes, donde los tercios, a pesar de la aplastante victoria sobre el ejército protestante en la batalla de

Grembloux, no acababan de derrotar definitivamente a los rebeldes...

Sí, no eran pocos los problemas que afectaban al rey y al reino en ese año del Señor de 1578.

Y, a pesar de ello, ahora, esa visita inesperada y urgente...

Regresó al despacho y rebuscó entre sus papeles la esquela pidiendo audiencia de Gaspar de Quiroga y Vela, arzobispo de Toledo, inquisidor general del reino y, según se decía, futuro príncipe de la Iglesia. Dio con ella entre los libros de cuentas, los memoriales de ministros y secretarios, las actas del Consejo de Estado, los cuchillos para el papel, los tinteros, los cordeles y cintas, las tablillas enceradas y la correspondencia de embajadores que abarrotaban el tapete de cuero verde de la mesa del rey. La desplegó y volvió a leer la petición de audiencia del inquisidor: «... un asunto de la más extrema urgencia y gravedad, una cuestión que puede poner en peligro la estabilidad del reino y la salud física y espiritual de su majestad...». Esa era, según se leía, la razón por la que el anciano eclesiástico solicitaba ser recibido perentoriamente por el rey.

«... un asunto de la más extrema urgencia y gravedad...».

¿Qué podría ser, voto a bríos?

Murmuró Felipe una prez silenciosa, pidiendo perdón por sus votos, a los que tan poco dado era. Pero ¿qué era lo que provocaba la visita del inquisidor general?

Se dijo que, ante la duda, solo cabía la resolución. Hizo sonar la campanilla, dando venia para que se hiciera pasar al visitante, que ya estaría en la antecamarilla, al despacho real. Tomó asiento, se alisó una arruga inexistente del jubón, se ajustó la gola, puso ambas manos cruzadas sobre los papeles de su mesa y quedó a la espera. Se abrió la puerta de la estancia, fue anunciada la presencia del

anciano eclesiástico y un aroma de senectud, apenas disimulado por el olor del incienso y la colonia, invadió el aposento.

Su eminencia reverendísima Gaspar de Quiroga y Vela entró en el despacho, se detuvo justo donde la alfombra acababa e inclinó el cuerpo en una reverencia que no le hacía perder la dignidad pero que reconocía la autoridad temporal del monarca. Este se levantó, saludó al prelado con un gesto de la cabeza y lo invitó a tomar asiento, haciéndolo él a continuación. Hasta entonces, no se habían dicho ni una palabra.

El duque de Alba aguardó de pie junto a la puerta, esperando la orden de su señor, si quedarse o dejar a solas a ambas dignidades. El rey hizo un gesto con la testa que Fernando Álvarez de Toledo, después de tantos años al servicio de su casa, entendió a la perfección, aunque lo contrarió. Inclinó levemente la cabeza, se giró y cerró la puerta a sus espaldas.

—Reverendísimo señor —murmuró entonces el rey.

—Majestad —respondió Quiroga.

Durante unos minutos, aunque incómodos e impacientes, intercambiaron fórmulas y una conversación trivial. Al cabo, cuando esa conversación formularia se agotó, y fue enseguida, se hizo el silencio en el despacho real. Felipe observó sin disimulo al arzobispo, como queriendo adivinar en su expresión la índole de la nueva de que era portador. Pero su rostro permanecía inescrutable. Altivo siempre, incluso en presencia de su rey. Examinó su semblante, de dura apariencia, marcado por los años y por la gravedad de los cargos que desempeñaba. Su frente despejada, surcada por arrugas verticales, que hablaban de una vida dedicada a la vigilancia del alma ajena y, quizá, al examen implacable de la propia. Sus ojos, oscuros y hundidos bajo cejas espesas, que tenían una expresión que mezclaba severidad y lucidez: esa mirada típica de quienes

habían escuchado demasiadas confesiones y oído demasiados pecados. Su nariz, afilada y recta, que confería al conjunto un aire de autoridad natural. La barba corta, gris, perfectamente dibujada, que subrayaba su dignidad eclesiástica. Nada en su rostro manifestaba debilidad. Y nada en él revelaba el motivo de su petición de audiencia.

Incapaz de sostener durante más tiempo la incertidumbre, quebró el silencio el rey de España.

—Habéis pedido audiencia urgente por una razón de gravedad —dijo—. Hablad, pues.

El arzobispo, obtenida la venia del rey como el protocolo ordenaba, se llevó una mano al pecho, como si quisiera proteger el documento que escondía bajo la ropa. Su atuendo —gola blanca, sotana negra, esclavina sobria— era impecable, sin ostentación innecesaria.

—Señor —comenzó—, lo que traigo hasta vuestra majestad no es de mi agrado, pero es mi obligación como arzobispo y como inquisidor general traéroslo. Lo recibí hace dos noches y enseguida pedí audiencia a vuestra majestad. No podía tenerlo bajo mi techo sin ponerlo en conocimiento de mi rey.

Felipe frunció apenas el ceño, un gesto mínimo, casi involuntario.

—Decid, pues.

Quiroga extrajo de un bolsillo interior de su sotana un pliego doblado en cuatro. El lacre, sin sello alguno, estaba roto; el papel inmaculado, de haber sido tocado por escasas manos.

—Ha llegado a la Suprema una carta anónima —dijo el arzobispo —. Contiene una acusación de tal gravedad que no era posible ignorarla.

Felipe clavó la mirada en el clérigo, al mismo tiempo que en silencio elucubraba acerca de cuál podía ser el contenido de esa

misiva anónima que tanto turbaba a Quiroga. Durante unos segundos estuvo barajando posibilidades, pero no hubo ninguna por la que se decantara. Ninguna que justificara esa circunspección del clérigo que parecía vaticinar una calamidad. Sus ojos, oscuros, inmóviles, aguardaron.

—Leedla —ordenó al fin.

El prelado desdobló la carta con movimientos lentos, casi litúrgicos, como si se tratara del paño que cubre el cáliz sagrado. Respiró hondo antes de comenzar.

—«Muy reverendo señor en Cristo: no me mueve a escribir sino el deseo de que la verdad, sepultada tantos años...».

Felipe alzó una mano.

—No es necesario que la leáis entera. Obviad las fórmulas. Id al meollo de la cuestión. A eso que tanto os afecta, por lo que se ve.

El arzobispo buscó el párrafo. Miró al rey, como dudando, para decidirse al fin. Su voz se volvió más tenue y leyó:

—«... sepa vuestra eminencia que el príncipe don Carlos, el hijo primogénito del rey Felipe, no murió por enfermedad ni flaqueza natural, sino por voluntad de quien debía ampararlo. Por el designio de su propio padre».

Un silencio espeso anubló el despacho real. Por unos instantes, en la mente del rey de España refulgió la imagen, el recuerdo de su hijo Carlos, unigénito de su primera esposa María Manuela de Portugal. Durante esos segundos, vislumbró la figura de su hijo muerto, su rostro fino, casi puntiagudo, la piel muy clara, casi traslúcida, en la que destacaban sus ojeras y una expresión febril, caótica acaso, que nunca terminaba de apagarse. Vio una vez más sus ojos brillantes, nerviosos, agitados, con una expresividad dolorosa, como si su mente nunca encontrara sosiego. Un ramalazo de dolor recorrió de arriba abajo al rey Felipe. Parpadeó, para alejar de sí ese recuerdo, o

tal vez para apartar de sí ese dolor. Una pregunta, sin embargo, pajareó por su mente: ¿a qué sacar ahora la muerte de su hijo, ocurrida diez años atrás?

—Continuad.

—Señor —repuso el arzobispo—, ¿no prefiere leerla vuestra majestad?

—Continuad —insistió el monarca, que no quería tener que usar sus antiparras delante del clérigo, mostrar la debilidad de su vista cansada por tantas horas de lecturas. Y sin ellas apenas era capaz de leer nada.

Quiroga carraspeó, para aclararse la voz, y continuó con la recitación de los párrafos esenciales del anónimo:

—«...hubo testigos de las órdenes dadas por el rey, decretando la muerte de su hijo, de las palabras inmisericordes que sellaron la suerte del desdichado príncipe. Y el símbolo antiguo, el que figura al pie de estas letras, también grabado en su prisión, anuncia juicio sobre quien derrama sangre inocente...».

Levantó la mirada el páter y volvió a doblar la carta en cuatro.

—Creo que eso es todo, majestad —dijo—. Os he leído lo esencial de su contenido. Se acusa a vuestra majestad de la muerte de vuestro hijo, su alteza el príncipe Carlos, que con Dios esté, como veis. Y se anuncian nuevas muertes.

Felipe II mantuvo la mirada fija en un punto vacío, entre él y el arzobispo. Cuando habló, su voz, de bajo tono como en él era habitual, era, pese a todo, un hilo de hierro.

—¿A qué símbolo se refiere?

—Vedlo vos mismo, majestad.

Tendió la carta al rey, que, ahora sí, se colocó sobre el puente de la nariz sus antiparras de carey. Ya no tuvo reparos en exhibir el

agotamiento de sus ojos. Y vio, al pie de la carta, el símbolo que le había sido anunciado:



Le costó a Felipe levantar la mirada de esa figura extraña, impenetrable. La alzó al cabo y la clavó en los ojos antiguos del inquisidor.

—¿Qué significa...? —Y golpeó con el dedo índice la carta depositada sobre la mesa—. ¿Qué significa esto? Este emblema...

—Lo ignoro, señor. Para mí es tan hermético como para vuestra majestad.

Tomó la carta el rey, se ajustó las antiparras, otra vez sin temor a que el inquisidor general fuera consciente de su vista defectuosa, y leyó el texto entero del anónimo:

Muy reverendo señor en Cristo,

No me mueve a escribir sino el deseo de que la verdad, sepultada tantos años bajo obligados y convenientes silencios, salga al fin a la luz y se descubra el crimen hasta ahora silenciado por manos poderosas. Porque si los príncipes de la Tierra obran en tinieblas, ¿quién responderá por las almas que gobiernan?

Sepa vuestra eminencia que el príncipe don Carlos, el hijo primogénito del rey Felipe, no murió por enfermedad ni flaqueza natural, sino por voluntad de quien debía ampararlo. Por el designio de su propio padre. Sepa vuestra reverencia que el príncipe don Carlos, heredero de estas Coronas, no murió por la fiebre que los médicos declararon, ni por la nieve que ingería, ni por su natural debilidad, sino por mano de quien debía haberle dado protección, por mano de aquel que reina en estas tierras y que hace que cuando pronuncio su nombre la tinta se resista y la mano tiemble.

El rey Felipe.

Hubo testigos de las órdenes dadas por el rey, decretando la muerte de su hijo, de las palabras inmisericordes que sellaron la suerte del desdichado príncipe. Y el símbolo antiguo, el que figura al pie de estas letras, también grabado en su prisión, anuncia juicio sobre quien derrama sangre inocente.

Sí. Hubo testigos. Algunos ya han muerto; otros morirán porque también han de pagar sus culpas, pues fueron cómplices de la mano que apagó aquella vida.

Como he dicho, en los aposentos donde el príncipe fue encerrado, antes de que expirase, está grabado este símbolo antiguo, signo que aparecerá de nuevo, pues se avecinan nuevas muertes.

Guárdese esta carta, porque es aviso del cielo y memorial de la culpa. Y no olvidéis que quien lleva sobre sí la corona lleva también sobre sí el peso de un parricidio.

Por caridad de las almas y salud del reino, investigad lo que muchos callan.

La verdad clama.

Un servidor temeroso de Dios
que no osa firmar su nombre
por temor a perder el alma y la vida



Felipe se quedó, durante unos instantes interminables, en silencio, conmocionado, incapaz de levantar la vista de aquellas letras terribles, más lívido que nunca. Aquello no era una insinuación, sino una imputación en toda regla, una acusación sin ambages, una denuncia en forma ante el Santo Oficio.

Alguien lo acusaba de haber dado muerte a su propio hijo. Del más terrible de los crímenes.

Tuvo que inspirar con fuerza varias veces para evitar que alguna vena se le desgarrase, tanta era su tensión en ese momento.

—¿Ha leído alguien más este... este papel?

—No, majestad —respondió Quiroga—. Lo recibí en mano de un familiar con el lacre intacto. Lo guardé sin mostrarlo a nadie. Sabía que este documento concierne solo a vuestra majestad.

—¿Tenéis idea de quién lo ha escrito?

—No, señor. Nadie lo firma.

—¿Por qué no se me ha dirigido directamente a mí? ¿Por qué mandarlo a vuestra eminencia?

—No soy capaz de adivinarlo. Tal vez —se atrevió a decir— para que no quede oculto.

—¿Y conjeturáis su propósito?

El clérigo asió la carta de la mesa y la examinó detenidamente, como si observándola de esa manera pudiera desentrañar su significado.

—Pienso, majestad, que es obra de un desequilibrado —aseguró el arzobispo finalmente—. Nadie en su sano juicio podría sostener lo que en este billete se afirma. Es una locura. A no ser que... que sea la calumnia perversa de un enemigo, el intento calculado de sembrar discordia en el corazón del reino. La voluntad de atentar contra vuestro crédito y vuestra reputación. No sé qué más deciros, señor. —El rey alargó la mano, solicitando de nuevo la carta al prelado—. Os hago entrega del original, majestad —dijo Quiroga, extendiendo el anónimo hacia el rey. Este lo tomó y, como si pesara, lo dejó caer sobre el tapete de la mesa—. Una copia permanecerá en poder de la Suprema. Aunque os aseguro que nadie más que yo tendrá acceso a ella.

Felipe levantó la mirada. Sus ojos eran dos brasas ardientes.

—¿Por qué guardar una copia?

—Es lo procedente. La Inquisición ha recibido una denuncia y debe seguir su rito. No podemos hacer como si nunca hubiese existido. Una copia, al menos, ha de quedar en los archivos del Santo Oficio.

—¿Insinuáis que hay verdad en estas líneas?

El arzobispo sostuvo la mirada real sin titubear.

—Lo que me preocupa no es que haya verdad en esas palabras, que no la hay, como bien sé, sino el propósito que esconden. Porque, como os he dicho antes, majestad, tal vez sea obra de un loco, pero también pudiera ser que quien haya escrito esa carta

albergue un propósito que busca vuestro perjuicio, señor, y, con él, el perjuicio del reino. Pero la Inquisición no puede ignorar una acusación así, por absurda que sea, si corre el riesgo de propagarse. No se os escapa que lo que afecta a vuestra real persona también afecta a la Iglesia, de la que sois principal defensor.

—Sabéis que la Inquisición no tiene poder alguno sobre la persona del rey.

—Lo sé.

—¿Qué pensáis hacer con... con esto entonces? —preguntó Felipe, señalando el anónimo que, como un reptil venenoso, yerto ahora pero de imprevisible acometida, acechaba desde el tapete del escritorio del rey.

—Nada, majestad. Archivaremos la copia y punto y final. No habrá proceso, no habrá indagatoria, no habrá nada.

—Os lo advierto, monseñor —y la mirada del rey de España era ahora afilada como una gumía; su voz, dura como el yunque; sus palabras, que retumbaron en la estancia a pesar de ser pronunciadas en voz baja, como el martillo sobre la superficie de hierro de la bigornia—: si alguien pretende abrir la tumba de su alteza..., de mi hijo..., será la suya la que se cierre.

El arzobispo permaneció en silencio e inmóvil. Felipe se levantó sin ceremonia y tocó la campanilla.

—Id con Dios —dijo.

—Y quedad vos con Él, majestad.

Se abrió la puerta y apareció en el umbral la figura del duque de Alba.

Gaspar de Quiroga y Vela, arzobispo de Toledo e inquisidor general del reino, inclinó la cabeza y dio dos pasos atrás, sin dejar de contemplar el rostro duro de Felipe.

Luego, se giró y abandonó la cámara de su rey, que quedó examinando la carta anónima que, sin que él aún lo supiera, iba a marcar, de ahí en adelante y de modo indeleble, el rumbo de su reinado.

3

La carta anónima

Cuando las puertas del despacho se cerraron tras el arzobispo de Toledo, el duque de Alba quedó a la espera de alguna disposición de su señor. El rey, empero, con un gesto fugaz de la mano, le ordenó que se retirara.

—Como gustéis, majestad —dijo el duque—. Pensé que tal vez deseabais comentarme algo de la visita de don Gaspar.

El rey negó con la cabeza y el duque, tras aguardar unos segundos por si cambiaba de opinión, abandonó la cámara de trabajo de su soberano.

Felipe tomo el anónimo de su mesa, lo desdobló, pero, como si se arrepintiera o como si temiera volver a leer su contenido íntegro, lo dejó caer de nuevo sobre el tapete. Se levantó y regresó al ventanal desde el que se dominaba buena parte de Madrid. Apoyó la frente sobre el cristal, frío pese a la calidez de esa mañana septembrina, y la frialdad del vidrio alivió en parte la tensión que lo embargaba y alivianó la palpitación descompasada de la vena de su sien.

Sus pensamientos retornaron a su hijo Carlos, muerto hacía ahora poco más de diez años, en la cárcel en que él mismo había mandado convertir sus aposentos en el alcázar, primero, y la torre vieja después. ¿Qué edad tendría ahora el desdichado Carlos? ¿Treinta y cuatro? ¿Treinta y cinco? Recordó que había nacido en el mes de julio anterior al Concilio de Trento de 1545, y que su nacimiento

había supuesto la muerte, unos días después, de su madre, María Manuela de Portugal. Carlos tendría ahora, pues, treinta y tres años.

¡Y cuán desdichado había sido durante toda su vida!

Una vida de enfermedades, de esas cuartanas persistentes que habían hecho que todos lo trataran con una condescendencia que a la postre había corrompido su carácter. Una vida marcada por su contrahechura, la espalda algo jorobada, los hombros disimétricos y una pierna más corta que la otra, lo que al cabo le produjo aquella fatal caída en Alcalá que le dañó aún más un cerebro ya de por sí perjudicado desde su nacimiento. Una vida de excesos, de desmesuras, poniendo constantemente en peligro su buen nombre y el de la casa real. Una vida que no podía ser la del heredero del mayor imperio que jamás vieran los tiempos.

Pero... ¡que nadie pensara que aquello que hizo, aquello que ordenó, la prisión de su propio hijo, lo hizo por su gusto o beneficio! ¡Lo hizo, como todo lo que en su vida llevó a cabo, por el bien de España, por el bien del imperio y de los tiempos venideros! ¡Qué más habría querido él que su hijo, Carlos, su primogénito, hubiese sido un joven cabal y de hombros recios capaces de soportar el peso de la corona y de la púrpura! ¡Qué más habría querido él que su hijo hubiese sido un hombre sensato, reflexivo y cuerdo, en quien poder descansar el peso enorme del futuro!

Y lo había intentado, bien lo sabía Dios. Lo puso bajo la tutela de Honorato Juan, que había sido uno de sus preceptores, que lo imbuyó del amor a la lectura y las artes. Había compartido con él partidas de caza y jornadas de pesca cuando sus obligaciones se lo permitieron. En su testamento de 1557 dispuso que su hijo Carlos gobernara los Países Bajos, así como España y los territorios de ultramar, tras su muerte. Cuatro años después, convocó a sus principales vasallos de Castilla que, en solemne ceremonia, juraron

lealtad a Carlos, de quince años de edad entonces, como príncipe heredero. Repartió limosnas, liberó a presos por deudas, organizó misas, para celebrar la curación de su hijo tras la caída en Alcalá de Henares, cuando estudiaba en la universidad de allí. Cuando Carlos no pudo asistir por sufrir nuevos ataques de cuartanas a las Cortes de Aragón, intentó convencer a sus nobles para que lo reconocieran, *in absentia*, como heredero del trono. Lo sentó a su lado, como príncipe, en la apertura de las Cortes de Castilla. Hasta el emperador Carlos, el padre de Felipe, confió en el futuro y capacidad de su nieto cuando se encontró con él a su regreso a España de uno de sus continuos viajes e insistió a su hermana Catalina, entonces reina regente de Portugal, para que reconociera a Carlos como heredero de la Corona portuguesa en caso de que su otro nieto, Sebastián, muriese sin descendencia, lo que ahora, a la postre, se había producido. Le dio un lugar en los Consejos de Estado y de Guerra, permitió que estos altos órganos se reunieran en sus aposentos y dejó claro que él, su hijo primogénito, príncipe de España, mandaba completamente en los asuntos a debate y que quería que se le obedeciera sin discusión. Lo introdujo en los asuntos del país y del imperio, le facilitó grandes sumas de dinero, le impuso el Toisón de Oro...

Había hecho todo cuanto estaba en su mano.

Todo cuanto podía y debía.

¿Qué más podía hacer un padre?

Pero no. Todo había sido para nada. Todo había sido en vano.

Aquel niño que en su más tierna infancia gozaba asando liebres vivas y que incluso llegó a cegar, por mera diversión, a los caballos del establo real y a azotar a una moza por puro gusto, se había convertido en un joven desequilibrado, en un muchacho enajenado capaz de cualquier atrocidad: arrojar a un paje por la ventana

porque su conducta le había molestado; en otra ocasión, quiso hacer lo propio con Juan Estévez de Lobón, su guardajoyas, porque le había desaparecido un billete; apuñaba a sus criados por cualquier nadería; amenazó con acuchillar a su mayordomo Fadrique Enríquez por una insignificancia; iba cada noche a la mancebía de la villa, cerca de la puerta de Guadalajara, donde se comportaba con mucha arrogancia y ninguna dignidad; cuando la tercera esposa de Felipe, la reina Isabel de Valois, parió una niña, Carlos, feliz de que no hubiera sido un varón que le hiciese sombra, se disfrazó de morisco y ordenó un simulacro de batalla frente al alcázar para después dirigirse, acompañado de jóvenes cortesanos, a emborracharse en todas las tabernas y garitos de Madrid; espiaba las reuniones reservadas del rey detrás de las puertas; era capaz de derrochar cientos, miles de escudos en las más ridículas apuestas, que hacía a diario...

Felipe siempre había querido pensar que eran las cuartanas las que producían el desequilibrio de su hijo y las que le habían afectado de forma irremediable su capacidad mental. Pero ahora, y cada vez con más intensidad, se planteaba si todo no era consecuencia de una innata mezquindad, de una malicia ingénita que no sabía de quién podía haber heredado Carlos.

No. Por muy hijo suyo que fuese, Felipe no podía dejar el imperio en manos de ese joven perverso que podría dilapidar en unos meses lo que su familia había construido durante decenios, siglos tal vez.

Y no le quedó más opción, con un dolor tremendo de su corazón, que hacer lo que hizo. Decisión terrible cuya necesidad se vio corroborada por los papeles hallados en los aposentos del príncipe, papeles que indicaban que Carlos se proponía fugarse del país y quién sabe si rebelarse contra la autoridad real.

El desdichado, en su desvarío, no estaba dispuesto a esperar a su tiempo. Tiempo que, por su propia insanidad, por su propia vesania, jamás le hubiese llegado.

No.

No tuvo más remedio que hacer lo que hizo.

Pero nada tuvo que ver en su muerte, eso también lo sabía Dios.

Y ahora, sin embargo, ese anónimo, esa carta que el arzobispo de Toledo había traído hasta el alcázar parecía insinuar o, más que insinuar, sostener que Carlos había muerto o a manos o por orden de él, su padre.

¡Qué gran verdad encerraban aquellas palabras del Señor Jesús!: «El mal no es lo que entra en la boca del hombre, sino lo que sale de ella».

Regresó a su escritorio, asió la carta que Gaspar de Quiroga y Vela le había dejado, se colocó sobre el puente de la nariz sus antiparras, comprobó que la misiva estaba sin fechar y sin rubricar, observó su caligrafía que delataba a su autor como un hombre culto y ordenado, y leyó de nuevo su contenido.

Cuando, tras la lectura, que volvió a desquiciarlo, consiguió respirar arregladamente, tomó la carta en el puño y la arrugó, dispuesto a arrojarla al fuego. Se arrepintió, empero, y la alisó, la volvió a doblar y la guardó bajo llave en el cajón donde conservaba las «Instrucciones secretas» que, en sus primeros años de gobierno, cuando su padre viajaba constantemente por Europa y él quedaba al frente del país siendo un jovenzuelo de edad parecida a la de su hijo difunto, le había entregado el emperador. Instrucciones que hablaban de que el dinero siempre debe postergarse ante la honra y la reputación; de que los negocios se habían de tratar con muchos de sus vasallos y no con uno solo, «porque, aunque es más descansado, no os conviene»; de que no era bueno que los grandes

se adentraran en exceso en la gobernación; de que, en las dudas, siempre había de atenerse a lo más seguro, que era Dios; de que había que poner la conciencia por encima de los negocios... Instrucciones que él había querido compartir con su hijo Carlos, en vano, pues no tenía oídos el desdichado príncipe para la cordura sino para el desmedimiento.

Intentó calibrar las consecuencias de aquel anónimo.

No le preocupaba lo que pudiera hacer el Santo Oficio. La Suprema no podía ni investigarlo, ni juzgarlo, ni someterlo a proceso, ni exigirle testimonio. Felipe, como cualquier monarca católico, estaba fuera del alcance de la Inquisición. El rey solo respondía ante Dios. Era verdad que la Inquisición podía actuar, si no contra él, sí *a su alrededor*, y eso generaba un poder indirecto de cierto peligro. Pero mucho se cuidarían el arzobispo y los inquisidores de intentar causarle daño: el Santo Oficio dependía del monarca, que era quien nombraba al inquisidor general, quien confirmaba, suspendía o limitaba los procesos, quien tenía bajo su autoridad regia las cárceles, los bienes y las confiscaciones que se ordenasen. La Santa Inquisición actuaba «en nombre del rey y para servicio del rey», y un proceso contra Felipe habría sido, además de impensable, una blasfemia política, un acto de traición y un hecho jurídicamente inhacedero y teológicamente inconcebible.

No. Nada tenía que temer del Santo Oficio.

Pero sí de sus vasallos y de sus iguales. De sus poquísimos iguales, si es que alguno lo era.

En esos tiempos, un rey gobernaba por concesión divina —el rey imperaba por voluntad de Dios y, por lo tanto, debía rendir cuentas solo ante Él—, pero también por autoridad moral. A un rey le era exigible la reputación, el mayor de sus bienes. A un rey le era exigible una conducta personal ejemplar —por eso el pobre Carlos

jamás habría podido reinar—, la integridad y la honestidad en todas las facetas de su vida. A un rey le era obligado actuar con rectitud, transparencia y cercanía con sus vasallos, preservando el prestigio de la institución y actuando como un símbolo de unidad y moderación, lo que habría de generar la confianza y el respeto de sus súbditos. Ser acusado de parricidio —el crimen más detestado, equiparable al pecado de Caín—, y aunque esa acusación fuera solo en modo de rumor, de hablillas susurradas en las esquinas de los salones, pondría en entredicho su reputación y en duda su virtud, su conciencia y su derecho divino a la Corona. Aunque nadie pudiera juzgarlo, la sombra de esa acusación —¡haber dado muerte a su propio hijo!— quedaría para siempre sobre su nombre, y eso era letal en un monarca sacralizado.

Un rey tenía que ser padre de su pueblo, de sus siervos, y, si no era buen padre de su propio hijo, ¿cómo podría serlo del reino?

¿Y fuera de España? ¿Qué sucedería si el rumor, esa acusación anónima, se extendiera allende las fronteras del imperio?

Sería una hecatombe.

Los franceses, siempre dispuestos al quebranto de su vecino del sur, se relamerían en su gozo nada más lo supieran. Francia usaría esa calumnia para desacreditar a España, para negociar alianzas con portugueses y flamencos, para debilitar la influencia hispana en Italia.

En Inglaterra, de la que Felipe fue rey hasta la muerte de María Tudor, su segunda esposa, se construiría al instante la imagen de un rey tirano y asesino de su propio hijo para propaganda protestante. Y volverían a recordarse los autos de fe en los que María y él quemaron en la hoguera a miles de infieles en los tiempos en que el rey de España reinó en aquella brumosa isla. Y, al amparo del infundio, se justificarían ataques marítimos, asaltos a puertos y

colonias de Indias y un apoyo decidido a la siempre levantisca Flandes.

Para los flamencos, los rebeldes flamencos, el bulo sería un regalo: «Si mata a su propio hijo, ¿qué no hará con nosotros?». Y a partir de ahí se duplicarían las revueltas y las algaradas que podrían decidir el signo de la guerra.

En Portugal, el rumor tendría unas consecuencias nefastas: abierta como estaba la crisis sucesoria tras la muerte de Sebastián y a la espera de la inminente muerte del cardenal Enrique, si Felipe era considerado parricida, si su moral se ponía en duda, si su figura y su reputación quedaban manchadas, las facciones portuguesas que no deseaban que el trono de Portugal fuese ocupado por el rey de España dispondrían de nuevos argumentos para rechazarlo como candidato legítimo a la sede real del país vecino.

Sí, sería una autentica hecatombe, la destrucción total de su prestigio dentro y fuera del país.

Lo peor, sin embargo, no sería ese menoscabo, el daño para el reino fuera y dentro de sus fronteras.

Lo peor sería el quebranto que el propio Felipe sufriría en su concepción de sí mismo.

Él era un hombre profundamente devoto. Que se le acusara de matar a su hijo —aunque él supiese que era falso— afectaría a su conciencia, a su fe, a su identidad como padre y a su mirada ante Dios. Y eso, para alguien tan religioso como el rey católico, era peor que el juicio humano.

¿Cómo se había podido llegar a eso, Santísima Virgen de Atocha?

Se esforzó, por más que le doliese, por recordar aquel tiempo, intentando encontrar en esos recuerdos una explicación a esa acusación injusta. Y fue así que se le derramó en la mente la memoria de aquellos fatídicos días de enero de 1568, aquellos días

que, aun diez años después, podían cambiar para siempre el futuro de España y el destino del rey.

4

El príncipe cautivo

El Escorial, 16 de enero de 1568

Felipe, al verlo, se sorprendió, una vez más, de lo diferentes que eran a pesar de ser hijos del mismo padre. Diferencias que no eran tanto en lo físico como en lo anímico, en lo emocional. Uno, un paradigma de la juventud, de la vitalidad, de la pujanza; otro, el canon de lo sobrio y lo severo, un dechado de contención y prudencia.

—Con vuestra venia, majestad. Y disculpad mi insistencia en ver a vuestra majestad, pero es un asunto en verdad delicado, y de suma urgencia.

—Tomad asiento, hermano.

Así lo hizo. Ambos, Juan de Austria y su hermanastro Felipe, rey de España, aguardaron en silencio hasta que los ruidos de las obras de El Escorial cesaran en el exterior, tal como el rey había ordenado a su ayuda de cámara al introducir la visita. Solo en la iglesia que se estaba levantando había veinte grúas de dos ruedas, unas bajas, otras altas, y, sobre estos tablados y andamios que subían al cielo, todo era una pura vocería de órdenes e instrucciones: «¡Guinda!», «¡Amaina!», «¡Vuelve!», «¡Revuelve!», «¡Torna!», «¡Estira!», «¡Para!», «¡Tente!», y el ruido de los carros, el mugido de los bueyes, los crujidos de las grúas, los chirridos de las máquinas, las

voces de los alarifes. De pronto, repicó una campana, y en cuestión de segundos los ruidos cesaron por completo.

—Decidme, don Juan —invitó entonces el rey a su visitante.

—Es sobre vuestro hijo Carlos, señor.

Felipe cerró los ojos un instante brevísimo, como lo hace el floretista que sabe que es inevitable la estocada. Luego, observó a su hermanastro, extremadamente serio. Últimamente, nada que se refiriera a su primogénito el príncipe tenía trazas de serle grato. Lejos de ello, cada nueva que se le traía acerca de él era un puñal en el corazón de su padre. Y tan agudo y tan hiriente que llevaba días Felipe, convencido ya de que las largas conversaciones mantenidas para que mejorara su conducta y hábitos eran inútiles, dándole vueltas a la cabeza sobre qué hacer con su hijo. A quien ni siquiera su compromiso matrimonial con su prima Ana de Austria había atemperado su desmedimiento. Y en la cabeza del rey se abría paso a cada momento con mayor claridad una idea que tanto lo aterrorizaba como le llevaba a la mente la certeza de que no había otra solución posible.

Felipe había pasado las Navidades en El Escorial con su esposa Isabel y con sus hijas las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. Su hijo Carlos había permanecido en Madrid por voluntad propia. Había usado ese tiempo, además de para despachar los asuntos del reino, que no tenían fin, para supervisar las obras del monasterio que ya se prolongaban desde hacía cinco años y cuya finalización ni siquiera se intuía, tan grande era la empresa, y había decidido prolongar su estancia allí para ganar un jubileo plenísimo el día de los Santos Inocentes y para vivir las fiestas de la Epifanía. Su confesor, fray Bernardo de Fresneda, había aprovechado la presencia del monarca en San Lorenzo para consagrar la iglesia pequeña del monasterio, y allí estaba cuando le fue anunciada la llegada de su

hermanastro Juan de Austria. Durante ese mes largo que llevaba en El Escorial, había abordado intensamente, en la soledad de su propia conciencia, el destino de su hijo Carlos, las noticias de cuyos desvaríos le llegaban prácticamente a diario. Aunque, intuyó mirando la expresión solemne y afligida, hasta el punto del desasosiego, de Juan, ninguna de la gravedad y trascendencia de las que este era portador. Cuatro días antes, el 13 de enero, había rogado a todas las iglesias y conventos de Madrid que rezaran por su rey, a todas las horas canónicas y en todas las misas, «pidiendo a Dios que lo inspirara y guiara en cierta deliberación y plan que tenía pensado». Anuncio que dio mucho que hablar en los mentideros a los correveidiles de la corte, aunque ni uno solo pudo averiguar la realidad que escondía.

Y vislumbró que aquella reunión con su hermanastro iba a desencadenarlo todo.

—Decidme.

Juan de Austria, hijo ilegítimo del emperador Carlos V y de Bárbara Blomberg, una dama alemana hija de un peletero de Ratisbona, y por tanto hermano de vínculo simple del rey católico, tenía un porte que destacaba incluso entre cortesanos acostumbrados al brillo de la nobleza. Desprendía un carisma, una energía y una viveza que contrastaban fuertemente con la personalidad rígida y circunspecta de su hermano Felipe. Aunque de estatura media, tenía el vigor que dan la juventud —cumpliría veintitrés años de ahí a pocos días—, las jornadas de armas y el ejercicio físico. Su rostro era armonioso, de cejas arqueadas que hacían que sus ojos, oscuros e intensos, con un brillo de entusiasmo que provocaba la adhesión de sus soldados y el favor de las damas, destacaran poderosamente en el conjunto de sus rasgos regulares. Tenía los pómulos marcados; la mandíbula, firme, sin la exageración

prognata de los Habsburgo; la nariz, recta; los labios, carnosos y proporcionados; el cabello, castaño y liso, peinado con desenfadada elegancia. Su mirada era franca y a veces temeraria. Vestía un jubón en terciopelo verde ricamente bordado, con calzas rellenas y acuchilladas en el mismo color, y cuello de lechuguilla. También su indumentaria lo diferenciaba del rey, siempre serio y grave, siempre vestido de riguroso negro.

—Vengo del alcázar, señor —anunció Juan—, y lo hago con dolor de mi corazón, pues no es grata la tarea que aquí me trae. Se me ha situado entre la espada y la pared, majestad, entre dos fidelidades, y tengo claro cuál ha de prevalecer.

Y permaneció unos instantes en silencio, como queriendo dar tiempo al monarca para que apreciara la trascendencia de las palabras que se veía obligado a pronunciar.

—Hablad.

—Señor, me veo en la dolorosa obligación de dar a vuestra majestad noticia de los planes de vuestro hijo Carlos. Ayer me hizo llamar a sus aposentos para comunicármelos y decidí que no podía pasar ni un día sin que mi rey los supiera.

Felipe llevó la mirada hacia el ventanal de su cámara de trabajo que daba al Patio de los Evangelistas de El Escorial. Contempló el cielo gris, la mañana fría y húmeda, lluviosa. Miró las paredes de ese cuarto, sencillas, casi desnudas. Bajó la vista luego y la depositó sobre los papeles de su escritorio de nogal, sobre los memoriales, los mapas de Italia, de Flandes, de las rutas marítimas, algunos desplegados sobre la madera, otros enrollados en tubos de cuero. ¿De verdad —se preguntó en silencio— valían la pena tantas horas de trabajo, tantos afanes, tantos desvelos, tanta sangre vertida y tantos dineros gastados para mantener el imperio, si quien habría de heredarlo, la carne de su carne, solo le acarreaba pesadumbres y

amarguras? Supo que lo que a continuación dijera su hermanastro Juan iba a sellar la suerte de su hijo.

—Continuad.

—Es una locura, majestad.

—Dejad, don Juan, que eso lo decida yo. Proseguid.

—El príncipe Carlos, señor —continuó Juan de Austria; en su voz había auténtica tristeza, pues sabía las consecuencias que se iban a seguir de sus palabras para quien había sido su amigo en la juventud, su camarada de correrías en la Universidad de Alcalá junto a Alejandro Farnesio, otro recién incorporado a la familia, hijo de Margarita de Austria, también fruto ilegítimo de Carlos V; para su compañero de aquellos tiempos dichosos solo enturbiados por las locuras del príncipe, que ya entonces comenzó a dar muestras de su extravío—, acaricia un pensamiento descabellado. Pretende huir de España, majestad. Es su deseo, que él mismo me ha comunicado solicitando mi ayuda, pasar con las galeras a Italia, y desde allí presentarse ante el emperador Maximiliano, vuestro primo, con la pretensión de contraer matrimonio con su hija doña Ana, vuestra sobrina. Y quién sabe qué más después, qué otros pensamientos descabalados alberga. Está enfermo, majestad. Vuestro hijo no está bien. Solo así puede explicarse su desvarío.

El rey tuvo que hacer un esfuerzo para que la voz le brotara firme.

—¿Quién, en la corte, conoce y comparte los designios del príncipe?

—No piense ni por un momento vuestra majestad que me complace contaros lo que ahora os relato. Ningún mal le deseo a su alteza el príncipe, vuestro hijo y sobrino mío. Pero creo que es mi obligación poner en conocimiento de vuestra majestad todo lo que pueda causarle grave daño. El príncipe ha remitido esquelas a potentados de Nápoles, Sicilia, Milán y Flandes, pidiendo empréstitos

para sus planes y prometiendo favores y mercedes, y todo ello pone en entredicho la estabilidad del reino y el buen nombre de su majestad.

—Respóndame vuestra señoría a la pregunta que le he hecho. ¿Quién, en la corte, conoce y comparte los designios del príncipe?

—No creo que nadie, de entre vuestros vasallos, os sea desleal, señor. Es verdad que hay algunos jóvenes talentosos que rodean a su alteza. Me refiero, majestad, a don Cristóbal de Moura, don Juan de Idiáquez, don Juan de Silva y don Juan de Borja, que suelen reunirse con don Carlos en la alcobilla de sus aposentos. La «Academia del Príncipe», la llaman. Y aunque a veces hablan, según he podido saber, de cómo sustentar la privanza y de cómo negociar en corte, la mayor parte del tiempo la consumen jugando apuestas o hablando de mujeres, poesía, guerra y caballería. No creo que ninguno de estos señores aliente o incite el descarrío de don Carlos.

—¿Cómo de adelantado tiene su cálculo?

—Su alteza me enseñó un cofre que guarda en sus habitaciones con muchos miles de escudos de oro y me aseguró disponer de letras de cambio por otros muchos miles de ducados de banqueros extranjeros. Me ha asegurado igualmente que cuenta con algunos apoyos de nobles y grandes, pero dudo que sea cierto, majestad. Al menos, no supo o no quiso darme nombre alguno de esos pretendidos adeptos. Si se confió a mí no fue porque conjeturara que yo simpatizaría con su propósito, sino porque necesita de las galeras reales bajo mi mando para pasar a Italia. Le pedí veinticuatro horas para comunicarle mi decisión, señor, pero algo advirtió en mi conducta que le hizo desconfiar. Me llamó de vuelta a sus aposentos e intentó darme muerte, majestad.

El rey se removió en su asiento, incrédulo.

—¿Cómo decís?

—Que intentó matarme, señor. En cuanto aventuró que mi intención, lejos de facilitar su designio, era venir a El Escorial a dar cuenta a su majestad, debió de enajenarse aún más de su natural. Tenía un arcabuz dispuesto, amartillado, e hizo intención de disparar. Afortunadamente, uno de sus gentilhombres de cámara, alarmado por lo que su amo pudiera hacer con esa arma aderezada, había descargado el arcabuz, por lo que, aunque apretó el gatillo nada más verme de vuelta, ningún daño me causó. Fuera de sí, sacó su puñal y se me abalanzó. Pude detenerle y arrebatarle la daga. El alboroto llamó la atención de varios de los asistentes que sirven la cámara de su alteza y pudieron reducirlo. —Se llevó la mano al bolsillo de su jubón y sacó un estilete—. Esta es el arma, majestad, con que don Carlos intentó acuchillarme.

Juan de Austria tendió la daga a su hermano Felipe, mas este no la asió. La dejó, pues, en el escritorio, a la vista de la actitud remisa de su señor.

—Os agradezco vuestra visita, don Juan, y la confidencia. Ya podéis retiraros.

—Si su majestad, en este trance, necesita mi ayuda...

—No es necesario, gracias. Retiraos, os lo ruego.

Juan de Austria contempló largamente a su hermano. Abrigó por él un sentimiento difuso, mezcla de admiración y de lástima: admiración, por la resolución que había en su mirada; lástima, porque sabía que esa misma resolución habría de causarle grave daño.

Cuando el capitán general de la mar —cargo para el que Felipe lo había recién nombrado, ya por fin convencido el rey de que su hermanastro no estaba hecho para la carrera eclesiástica a la que estaba predestinado: el padre de ambos, el emperador Carlos, había dispuesto en su testamento, con respecto a su hijo bastardo poco

tiempo antes reconocido, que deseaba que «de su libre y espontánea voluntad tomase hábito en alguna religión de frailes reformados», pero no estaba hecho ese joven para los hábitos y las liturgias, sino para las armas y las empresas de guerra— hubo abandonado la cámara de trabajo en El Escorial de su majestad Felipe II, señor de Castilla y de Aragón, de Nápoles y de Sicilia, de México y del Perú y de Filipinas, y defensor de la Europa católica frente al Turco y el luteranismo, el rey mandó llamar a Antonio de Toledo, su caballerizo mayor.

—Regresamos a Madrid —le dijo.

—¿Cuándo, majestad?

—Ahora mismo, cuando los aposentadores lo tengan todo dispuesto. Y ordeno que no se pierda un solo minuto en los preparativos y que se aderecen los más veloces caballos. Dad aviso a mi esposa doña Isabel de Valois. Que prepare a las infantas Isabel y Catalina, que partimos hacia Madrid de inmediato. Lo que he de hacer, aunque no será de mi contentamiento, no admite demora, y nada tarda tanto en llegar como aquello que nunca se empieza.

***

Desde El Escorial, Felipe, junto con su esposa e hijas y los caballeros que le habían acompañado a San Lorenzo el Real, regresaron al alcázar, pasando por El Pardo, la misma tarde del viernes día 16 de enero del año del Señor de 1568. Contaron quienes viajaron con él que, durante las muchas horas del trayecto, el rey no despegó los labios; iba, dijeron, tan embebido en sus pensamientos que todos dieron por hecho que se fraguaba en su mente una decisión de gran trascendencia para el reino. Aunque pocos, por no decir ninguno, pudieron aventurar su materia. Porque el rey ni había consultado ni

había compartido con nadie sus designios. Ni siquiera con su esposa Isabel de Valois.

La mañana del sábado 17 de enero, el rey, muy tranquilamente y sin demostración alguna de disgusto, mandó llamar a su hijo Carlos, invitándolo a oír misa con él en la capilla del alcázar. Allí, ambos, rodeados de sus principales y sin alteración alguna, escucharon las palabras del páter que, sin saber de los acontecimientos que se avecinaban y glosando el Evangelio del día —la llamada de Jesús a Leví, luego conocido como Mateo, un recaudador de impuestos, y su posterior comida con publicanos y pecadores—, habló de que Dios no busca solo a los justos, sino también a los enfermos espirituales para sanarlos, ofreciendo perdón y una nueva vida.

—¿Qué planes tiene su alteza para hoy? —preguntó Felipe a su hijo cuando la misa hubo acabado.

—Ninguno, majestad. Tengo lectura pendiente.

El rey de España contempló a su heredero: sus hombros disimétricos, su pecho hundido, la leve joroba de su espalda, su tartamudeo, su mal color tal vez producido por estar sufriendo otra de esas fiebres cuartanas que no lo habían abandonado desde pequeño, y mantuvo la mirada fija en sus ojos hasta que los del príncipe se encontraron con los de su padre. Mas los retiró al punto, como si las pupilas de este pudieran herir las suyas, o como si temiera que pudieran penetrar hasta su entendimiento y revelar sus propósitos.

—¿Y su majestad? —preguntó, gagueando las sílabas—. ¿Tendrá partida de caza?

—Me aguarda trabajo —respondió el monarca.

Contempló de nuevo largamente a su hijo; vio sus labios resecos, por la sed constante que la fiebre le producía, sus ojos huidizos, su frente perlada de sudor a pesar de que la mañana era fría, y, a la

vez que le irrogó un dolor infinito, esa contemplación le hizo ratificarse en la decisión que había alcanzado el día anterior en El Escorial. Una decisión concienzudamente madurada durante las semanas anteriores. La visita de su hermanastro Juan de Austria y las nuevas que con él traía solo habían sido el detonante, la chispa que prende en la pólvora durante mucho tiempo almacenada.

El incienso seguía suspendido en la nave como un velo espeso, y la luz fría de la mañana se filtraba por los ventanales altos, trazando líneas de polvo dorado. Felipe II caminaba despacio hacia la sacristía; Carlos lo seguía medio paso detrás. Aceleró su caminar torpe hasta ponerse a la altura de su padre.

—¿Os ha gustado el sermón, majestad?

—Ha sido muy oportuno. Ha hablado del perdón y de la paciencia.

—La paciencia es virtud de quienes pueden esperar, señor, ¿no creéis? —repuso el príncipe; una sonrisa le brotó en la esquina del labio derecho que hizo que el ojo del mismo lado le bizqueara.

Felipe no se detuvo.

—La paciencia es preparación, no pasividad —reparó el monarca —. A veces es el único modo de llegar a un fin sin perderse en el camino.

Carlos levantó la vista hacia una de las ventanas, donde el sol de invierno encendía el azul envejecido del vidrio.

—¿Y no sucede, padre —insistió el príncipe, volviendo a tartamudear—, que quien es... espera demasiado acaba vi... viendo cómo otros toman su lugar?

Felipe giró levemente la cabeza, estudiándolo.

—El lugar que corresponde a cada uno, alteza, no se consume por el tiempo. Lo consume la imprudencia.

Carlos entrelazó las manos detrás de su espalda torcida como si intentara sofocar un temblor. Tardó en responder al comentario de

su padre y, cuando lo hizo, tartamudeó repetidamente

—Im... im... imprudencia es, en efecto, actuar antes de tiempo, ma... majestad. Pero también lo es no actuar nunca.

Felipe detuvo el paso y enfrentó a su hijo, dura la mirada como el acero.

—Lo es —dijo—. Por eso conviene discernir no solo el momento... sino el modo.

Carlos levantó ahora la mirada hacia su padre, sorprendido por la extraña suavidad del tono, a pesar de la dureza de sus ojos.

—¿Y cuál es el modo, se... según vuestra majestad?

El rey meditó un instante antes de responder.

—Mirando siempre por el interés del reino y por el interés de Dios.

Carlos esbozó una sonrisa amarga que no llegó a sus pupilas.

—Estoy de acuerdo, señor, pero hay veces en que también hay que mirar por uno mismo, ¿no pensáis igual, majestad?

Felipe sostuvo su mirada.

—Hay cosas peores que la herejía. Es el caso de aquel para quien todo se reduce a su propio interés. ¿Y cómo podría mirar por el interés de sus vasallos quien solo piensa en el propio?

Carlos respiró hondo, como si el aire frío de la iglesia repentinamente pesara.

—Yo solo quiero —dijo, volviendo a bizquear— lo mejor para vuestra majestad, porque sé que lo mejor para vuestra majestad será lo mejor para mí mismo. Pero, en fin, majestad, no nos pongamos trascendentales, ¿verdad? Comamos, bebamos, gocemos, que mañana moriremos.

Felipe respondió sin elevar la voz.

—Mañana será un día lúcido. Para todos.

El príncipe asintió lentamente, como quien acepta una frase cuyo sentido no entiende del todo, o prefiere no entender.

Salieron juntos al patio. El sol brillaba tímidamente con una calma cruel, demasiado serena para la inquietud que ambos llevaban dentro. La campana tocó tercia, ajena a que aquella sería la última misa que aquellos dos hombres compartirían.

—Quedad con Dios —se despidió el rey, y se apartó luego.

Carlos, los ojos fruncidos, la frente sudorosa, la boca seca, se quedó contemplando a su padre mientras este se alejaba pasillo abajo, hacia sus dependencias en el alcázar. Se giró luego, se encogió de hombros, incapaz de desvelar el significado de esas palabras oscuras de su padre, y se dirigió a su vez hacia sus aposentos. No pensaba leer, hacía días que no leía; una partida de cartas con su madrastra Isabel de Valois lo aguardaba antes del almuerzo.

Felipe estuvo todo el día de ese sábado encerrado en su despacho. Trató de diversos temas con Diego de Espinosa y Arévalo, presidente del Consejo de Castilla tras el fallecimiento del marqués de Mondéjar, y para quien el rey había solicitado del papa Pío V el capelo cardenalicio. Durante muchas horas trataron de asuntos relacionados con la Junta de Galeras, los procesos inquisitoriales más relevantes, la situación del juicio, cuya resolución se demoraba desde hacía años, contra el arzobispo Bartolomé de Carranza, antaño hombre de la mayor confianza del rey y hogaño preso en el castillo de Sant'Angelo, en Roma, acusado de herejía; la creación de la Junta Magna de Indias, las revueltas en Flandes y un sinfín de cuestiones más.

El domingo 18 de enero, Felipe pasó la mayor parte del tiempo en la cama. Cosa rara en él, trabajador infatigable. «Encuentro a este rey muy metido en sus asuntos y que no pierde una hora, estando todo el día entero sobre sus papeles», había dicho de él el embajador francés poco después de que comenzase a gobernar. «El

rey trabaja con tanta diligencia, sin tener recreación, que no hay oficial en el mundo, por diligente que sea, que esté tanto metido en su oficio como su majestad. Es lo que dicen sus ministros y parece ser la verdad», escribiría poco después el embajador veneciano al dux de la Serenísima.

Hoy, sin embargo, estuvo todo el día encamado, encerrado en su alcoba, pretextando una indisposición. Al anochecer se levantó y ordenó a sus gentilhombres de cámara que lo vistieran con media armadura: peto, espaldilla, guardabrazos y gorjal. Pidió su espada, que le fue entregada por hombres trémulos que jamás habían asistido a ceremonia como aquella, sabedores de que no se trataba de una justa ni de un juego de cañas, sino de algo mucho más grave, por la expresión adusta y rigurosa del rey y por la hora intempestiva. Pidió luego a su secretario que diera aviso a Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli y su sumiller de corps; a Antonio de Toledo, su caballerizo mayor; a Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, y a Gonzalo Chacón, a quienes avisó de sus planes. También estaban sobre aviso Rodrigo de Mendoza y otros gentilhombres de cámara del príncipe que estaban de servicio aquella noche, a quienes se habían cursado instrucciones para que dejaran abierta la puerta de sus aposentos, apagaran todas las luces, sacaran de allí todas las armas que hubiere y desalojaran a los guardias que Carlos solía tener cada noche consigo para su protección. Felipe también alertó a dos cortesanos, Pedro Manuel de Manrique y Diego de Acuña, para que estuvieran apercibidos ante cualquier contingencia, así como a dos ayudas de cámara, a los que ordenó se proveyeran de martillos y clavos. Por último, dio aviso al dominico fray Antón de Tudela, de la capilla del príncipe, y al médico Francisco Velasco.

A las once de la noche, Felipe de España, vestido con su media armadura y empuñando su tizona, seguido por el reducido séquito dispuesto, se dirigió, sin antorchas ni velas, a los aposentos de su hijo el príncipe Carlos. En un silencio que ni los de los sepulcros igualaban.

Llegados a la cámara del primogénito del rey, el soberano de España y sus caballeros entraron sin venia y sin miramientos. El dominico y el médico se quedaron fuera, esperando ser solicitados si la salud espiritual o física del príncipe así lo requería. Carlos, que se hallaba en la cama y medio amodorrado, se enderezó al oír los ruidos de quienes penetraban en su alcoba —los sonidos metálicos de la armadura del rey, los chasquidos de los hierros que portaban, las respiraciones agitadas, algún escabel que fue derribado...— e intentó echar mano de la espada que tenía siempre dispuesta junto a su lecho y del arcabuz, con su carga de pólvora y una bala preparada para ser disparada de inmediato, que en todo momento tenía cerca y que no habían podido ser retirados antes conforme a las instrucciones del rey. Mas se enredó entre las sábanas y permitió que quienes acompañaban a su padre se apoderaran de ambas armas.

—¡¿Qué quiere vuestra majestad?! —gritó Carlos, patético, sentado en el lecho, con su gorro de dormir, cuando vio a su padre, vestido de hierros, contemplándolo, a los pies de su cama, con una mezcla de conmiseración e ira—. ¡¿Qué hora es esta?! ¡¿Quiéreme vuestra majestad matar o prender?!

—Ni una cosa ni la otra, príncipe —respondió el rey con una calma impropia. Y, dirigiéndose a los criados que portaban clavos y martillos, ordenó—: Cegad todas las ventanas y aseguradlas de modo que no se puedan abrir.

Carlos saltó con torpeza de la cama, desordenado el cabello bajo el gorro de noche, los ojos alienados, dejando al descubierto, bajo su camisón de batista, sus piernas escuálidas. Y con la dificultad de su contrahechura, miró por dónde escapar y, como no hallara lugar libre, corrió hacia la chimenea, dispuesto a arrojarse al fuego. Fue Antonio de Toledo quien lo evitó, sujetándolo.

—¡¿Vuestra majestad me quiere atar como si estuviera loco?! —chilló, debatiéndose entre los brazos del caballerizo mayor—. ¡Sabed que yo no estoy loco, sino desesperado!

—Lo que infunde la desesperación no es valor ni coraje, sino delirio. Y es en el delirio donde vive vuestra alteza.

—¡Me queréis matar, pues!

—Sosegaos, príncipe —respondió Felipe con una flema que mal disimulaba su conmoción interior y su profundo desconsuelo—, y entrad en la cama, pues todo lo que ahora se hace es por vuestro bien y remedio.

—¡Soy vuestro hijo! ¡No podéis hacer esto! ¡Soy vuestro hijo legítimo, vuestro heredero! ¡No me debéis la prisión, sino un reino! ¡A mí la guardia! ¡A mí el Consejo! ¡Traición! ¡Traición!

—Nada conseguiréis con esa actitud, alteza —insistió su padre, y todos se maravillaban de que no se le quebrase la voz—. Debéis calmaros y obedecer. Os repito que todo cuanto hago es por vuestro bien.

—¡Ha sido el bastardo quien le ha hablado de mí a vuestra majestad, ¿verdad?! —Y continuaba forcejeando entre los brazos de Toledo y Éboli, con su escasa fuerza; la saliva brotaba a grumos de su boca febricitante—. ¡Ha sido don Juan quien ha llenado de embustes la cabeza de vuestra majestad! ¡Quiere mi herencia, señor! ¡Ambiciona lo que por ley de Dios y del reino me pertenece!

—Señores —ordenó el rey a sus cortesanos—, cumplid lo mandado.

Entre Antonio de Toledo y el príncipe de Éboli metieron al príncipe en la cama. El duque de Feria dio instrucciones para retirar armas, objetos cortantes, cinturones y cuerdas del aposento, todo cuanto el desquiciado hijo primogénito del rey de España pudiera utilizar para herir o para herirse.

Felipe, mientras sus hombres aseguraban a su hijo en el lecho, recorrió el aposento y recogió cuantos papeles allí halló, así como el cofre con treinta mil escudos de oro del que Juan de Austria le había hablado en El Escorial.

Luego, con paso firme pero con una pena oscura en el alma, y convencido de que había hecho lo que debía hacerse, lo que el pasado, el presente y el futuro del reino le demandaban, salió de la estancia, ahíto de dolor. Cuando se cruzó con el médico Velasco le solicitó que entrara a visitar a su hijo, pues lo había visto con la respiración agitada y los pulsos desbordados, pidiéndole que le diera algo que lo calmara. También pidió al dominico Antón de Tudela que accediera a la cámara para el consuelo espiritual del preso.

Mandó que, hasta nueva orden, el príncipe fuera atendido por dos criados solamente, que se reforzaran las ventanas y que hubiera una guardia permanente en la puerta.

—Que nadie entre aquí sin mi licencia —fueron las últimas palabras que el rey pronunció antes de adentrarse en el pasillo que lo devolvería a sus habitaciones. Allí comunicó la penosa nueva a su esposa Isabel de Valois, que, a pesar de su cercanía con su hijastro, entendió las razones de su esposo.

El alcázar, aquella noche, veló entre susurros de pánico, murmullos de incredulidad y la certeza de que, para el rey Felipe,

España y su imperio eran más importantes, infinitamente más importantes, que su propio hijo.

***

Poco después, Felipe licenció a los servidores de Carlos y, para que todos supieran de lo irreversible de su decisión y de la prisión de su hijo, trasladó a este a la misma torre vieja del alcázar en que su padre el emperador había tenido cautivo al rey Francisco I de Francia tras su humillante derrota en la batalla de Pavía. Era un aposento de treinta pies en cuadra, en el que al príncipe no le faltaba de nada, excepto el bien que más anhelaba, la libertad. El rey encomendó a Ruy Gómez, a Chacón y a otros tres cortesanos de su confianza que mantuvieran a su hijo bajo estricta vigilancia noche y día, sin que nadie más pudiera ni entrar ni salir de su prisión.

Felipe no pudo proteger a su hijo de la vesania y del desvarío, pero sí pretendió proteger su nombre. No quiso, por eso, explicar al mundo el porqué del arresto del príncipe, lo que, contradictoriamente, hizo que mil rumores y hablillas corrieran por la corte de Madrid y de todas las capitales de Europa. Hubo quien dijo que Carlos se entendía con los flamencos, especialmente con el barón Montigny, y que pretendía dar muerte a su padre el rey. Otros, que quería matar a Ruy Gómez y a los principales ministros de su majestad. Otros, que el príncipe, con la ayuda de Juan de Austria y de los príncipes italianos y del emperador Maximiliano, estaba dispuesto a rebelarse contra el rey Felipe. Hubo hasta quien afirmó que se entendía con su madrastra, Isabel de Valois.

La verdad solo la sabía su padre y su más cercano círculo: no podía dejar el reino en manos de un príncipe enajenado.

Cuando fue preguntado si sometería a su hijo a proceso o si dispondría en cualquier tiempo su libertad, el rey respondió: «No encerré al príncipe para poner fin al desorden de su conducta o reformar su carácter, pues este medio de enmienda fracasaría como todos los anteriores. Por consiguiente, resulta de un modo bien claro que mi objeto consiste en poner remedio definitivo a los males que podían venir durante el resto de mi vida y, sobre todo, después de mi muerte. Lo que se ha hecho no es temporal, y en adelante no habrá mudanza alguna».

El 24 de julio del año del Señor de 1568, poco más de seis meses después de su prisión, el desdichado príncipe murió en su celda del alcázar. Acuciada su sed por las cuartanas, bebía cada día entre seis y ocho azumbres de agua con nieve, que bastarían para matar a mil hombres de acero, y se le habían cerrado las vías del estómago, por lo que apenas comía. Felipe había estado pendiente de su estado y de sus necesidades, pero ni una sola vez visitó a su hijo en la torre. Era demasiado el dolor que tales visitas le habrían provocado.

El rey, cuando supo de la muerte de su hijo primogénito, se recluyó en un monasterio y ordenó a sus súbditos y a todos los madrileños que «hagáis la demostración de lutos y otras cosas que en estos casos se acostumbra y suele hacer». Y su orden se cumplió al pie de la letra, pues el pueblo acudió en masa al primer sepelio real que se celebraba en Madrid desde que el rey la designara capital del reino. Y miles de personas desfilaron en procesión, junto a cada cofradía, cabildo y convento, desde el alcázar hasta Santo Domingo el Real, donde don Carlos, príncipe de España, recibió cristiana sepultura.

5

El símbolo oculto

Madrid, alcázar, 22 de septiembre de 1578

Felipe II llenó un vaso con el agua de la jarra que siempre estaba dispuesta sobre su escritorio y bebió largamente. Rezó en silencio para que el agua purificara su ánimo, estremecido tras los recuerdos de aquellos días infaustos de diez años atrás. Se dijo, empero, que la vida continuaba, y que no podía permitir que aquella visita de Gaspar de Quiroga y las noticias de que había sido portador interfirieran en sus obligaciones. Durante un rato, intentó enfrascarse de nuevo en sus papeles y en sus legajos, contestar billetes de sus ministros —los respondía escribiendo en su propio margen sus órdenes—, peticiones y memoriales de sus vasallos, cartas de embajadores y el rosario de asuntos que cada día se amontonaba sobre su mesa.

Al cabo, dejó sobre el tapete la pluma y se arrellanó en su asiento, incapaz de concentrarse en sus rutinas. Se masajeó las sienes y, cuando la tensión le disminuyó un punto, abrió de nuevo el cajón donde la había guardado bajo llave y extrajo la carta anónima que le había llevado el arzobispo de Toledo.

Volvió a leerla, una, dos, tres veces.

¿Quién, por la Virgen Santísima, pretendía dañarlo de aquella manera?

¿Cómo era posible que alguien en el reino pudiera acusarlo, a él, rey devoto, piadoso y recogido, de dar muerte nada más y nada menos que a un príncipe de España, a su propio hijo?

¿Cómo era posible?

¿Y qué pretendía ese malhadado, fuera quien fuese?

Volvió a leer la carta, más que para imbuirse de nuevo de su deleznable contenido, para examinar la caligrafía, intentando identificarla. Era una letra escrita con tinta negra, de buena calidad, como de buena calidad era el papel, fabricado con fibras de lino y algodón, tan habitual en la corte. Estudió la caligrafía, pulcra, de trazos firmes, pulso decidido, sin tachaduras ni faltas. Las vocales redondeadas, las astas picudas de las consonantes altas, los puntos circulares sobre las íes, los rasgos anulares de las consonantes bajas, la perfecta alineación de las letras intermedias. A lo máximo que pudo llegar fue que era una caligrafía masculina, de hombre. No estaban en esas letras los rasgos distintivos de la caligrafía femenina, la delicadeza, la organización y la meticulosidad de la mano de la mujer, los trazos más pequeños, las formas curvas y las líneas suaves.

Comenzó a examinar los billetes, cartas y memoriales que se apiñaban en su despacho, buscando semejanzas en sus caligrafías. Y vio analogías, parecidos y similitudes en todas y en ninguna. Tantas como desemejanzas y disimilitudes.

Desazonado, volvió a dejar los papeles sobre su escritorio de cualquier manera, se reclinó en su asiento de nuevo y comenzó a repasar su nómina de ministros, cortesanos y secretarios buscando entre ellos a quien pudiera haber escrito aquel malaventurado anónimo.

La primera persona, el primer nombre que se le vino a la cabeza fue el de Antonio Pérez. Este, en 1553, había sido nombrado

secretario del príncipe Carlos, y, aunque no había protestado en público la decisión del rey de encerrar a su hijo, no era ni mucho menos descabellado pensar que albergara hacia su antiguo señor sentimientos de afecto y estima y que, por tanto, hubiera lamentado su muerte y deseado castigar a quien reputase culpable, si es que acaso pensaba, lo que ni siquiera sabía ni era justificado, que Carlos no había fallecido de muerte natural, como los médicos diagnosticaron. Pero de ahí a especular que pudo ser el rey el responsable de su óbito había un trecho insalvable. Pérez era, además, desde la muerte de su padre Gonzalo, secretario de Estado del monarca para los asuntos del Mediterráneo y durante muchos años había sido de los principales consejeros del rey y una de sus personas más cercanas, pues este reconocía su inteligencia y su buen instinto para los negocios del reino. Cierto era que la muerte de Juan de Escobedo, secretario de Juan de Austria, había trastocado el estado de las cosas y que cada vez eran más los rumores que corrían en la corte acusando a Antonio Pérez de estar detrás de la muerte de Escobedo, asunto que tan bien conocía Felipe, pues no era ajeno a él en absoluto. Razón, entre otras, por la que la confianza del rey en su secretario iba menguando cada día, pues entendía que, por su propio bien, le convenía alejarse cada vez más de Pérez para no verse involucrado, más de lo que ya estaba, en sus negocios. Y acaso Pérez estuviera desencantado por esa lejanía del rey, del que tan cerca había estado.

Pero ¿de ahí a acusarlo de ordenar la muerte de su propio hijo?

¿Y ahora, diez años después?

¿Para qué? ¿Por qué?

¿Qué iba a obtener Pérez de esa acusación?

Al pensar en Antonio Pérez le vino de inmediato a la cabeza el nombre de Ana de Mendoza y de la Cerda, la viuda de su añorado

Ruy Gómez de Silva, sumiller de corps y amigo de la infancia del rey, y por cuyo matrimonio había alcanzado el título de princesa de Éboli. Era, según se decía, mujer muy cercana a Pérez, y había quien afirmaba que compartían algo más que una buena amistad. Felipe, sin darse cuenta, chasqueó los labios al pensar en la princesa y le costó un tiempo de reflexión llegar a una conclusión sobre su carácter y pensamiento. Se dijo al cabo que esa mujer era una criatura hecha de orgullo, inteligencia y heridas mal curadas. En ella convivían dos fuerzas: la ambición sin límites de quien se sabe excepcional y la inseguridad profunda de quien ha sido objeto de murmuración desde niña. Su belleza —acentuada por el misterio del parche sobre su ojo derecho, tal vez herido por el florete de un paje durante su infancia, según ella mantenía, o tal vez usado simplemente para disimular el estrabismo que algunos señalaban que padecía— le dio poder, pero también la condenó a depender siempre de la mirada ajena.

En el fondo, pensó el rey, Ana de Mendoza vivía en un perpetuo estado de desafío: al mundo, a la corte, a sí misma. Su relación con Felipe había sido siempre compleja: quizá lo admirase y, en cierto modo, lo envidiara; temía su frialdad, pero anhelaba su atención; decía servirle, pero nunca lo obedecía del todo. Había algo indómito en ella, una chispa de rebeldía que ni la etiqueta ni el peligro lograban sofocar. Sabía seducir sin entregarse, manipular sin mover un dedo, esperar sin rendirse. Y ahora era Antonio Pérez quien, según se decía, había sucumbido a sus encantos.

Intentó buscar razones por las cuales la princesa pudiera haber escrito o haber ordenado que un escribano redactase el anónimo, y no las halló.

¿Quién más podría estar detrás del anónimo?

¿El duque de Alba?... Era ya un anciano, y, aunque durante la campaña de los Países Bajos habían mantenido muchas y muy crudas diferencias, lo había sido todo con el emperador y con Felipe: mayordomo mayor de ambos, miembro de los Consejos de Estado y de Guerra, gobernador de Milán, virrey de Nápoles, general en Flandes... Era verdad que el rey, siguiendo los consejos de su padre contenidos en sus «Instrucciones secretas», nunca le había permitido adentrarse del todo en la gobernación del reino, pero no podía concebir que Alba le pudiera ser desleal. Ahora, regresado de Flandes, donde había batallado bravamente contra los rebeldes flamencos, participaba en consejos militares y asuntos cortesanos, aunque ya estaba envejecido y enfermo. Y, como hoy, seguía ejerciendo de cuando en vez, cuando se hallaba en Madrid, su dignidad de mayordomo mayor. Era verdad que el asunto de su hijo Fadrique, condenado al exilio por negarse a desposar a Magdalena de Guzmán, a quien había dado palabra de matrimonio, había tensionado aún más las relaciones entre el duque y el rey, y que la cuestión no solo no estaba resuelta ni mucho menos, sino que todo indicaba que iba a empeorar gravemente. Pero no veía a Alba detrás de ese anónimo. No era su estilo, su forma de actuar. Era, el duque, hombre que siempre había ido por derecho y sin tortuosidades.

¿Su secretario particular Mateo Vázquez? ¡Absurdo! Era clérigo y, sobre todo, la suerte de Vázquez estaba ligada a la del soberano, y nada sería sin este. Nada ganaba, pues, perjudicando a su rey. Él y solo él era quien ocupaba el ámbito reducido e íntimo del monarca, que evitaba que todo pasase por los consejos o estuviera sujeto a otros controles.

¿Gabriel de Zayas? Completamente inconcebible. Había entrado al servicio del rey, como oficial de su secretaría, apenas con veinte años, al tiempo de su tonsura clerical; lo había acompañado a

Inglaterra cuando su boda con María Tudor y llevaba junto a él desde entonces. Tanto, que Felipe llegó a nombrarlo su albacea testamentario. En este tiempo ocupaba la Secretaría de Estado para los asuntos de Francia y los de las cortes del emperador e Inglaterra. ¿Qué iba a ganar poniendo a su señor en un aprieto? Máxime ahora, cuando su antigua amistad con Pérez estaba seriamente deteriorada.

¿Quién más?

Fue repasando uno a uno a sus nobles y ministros, y en todos los casos la respuesta era la misma.

No, no, no. Vive Dios que no.

A ninguno de ellos veía detrás del anónimo. Ninguno de ellos tenía razón para desear el menoscabo de su rey. Ninguno, hasta donde él sabía, albergaba sentimientos contra su señor.

Pensó, por último, en su hermanastro, en Juan de Austria. ¿Podría estar detrás de esa misteriosa carta? Se dijo al principio que bastante tenía Juan con los rebeldes flamencos, con los que guerreaba desde hacía varios años. Juan, además, había sido quien evitó la fuga del príncipe Carlos y, a pesar de las insidias de Antonio Pérez, quería pensar que sus repetidas profesiones de lealtad eran sinceras. Sin embargo, reflexionando sobre aquella conversación en El Escorial de hacía diez años, cuando su hermano lo puso en antecedentes de los planes de fuga de su hijo Carlos, se dijo que aquella había sido la última gota de un cáliz ya colmado. ¿Podría Juan, desde entonces, albergar en su corazón la ambición de reinar en España? ¿Podría ser que pensara que era ahora cuando había llegado su momento?

Su hijo varón primogénito, Fernando, nacido de su matrimonio con la reina Ana, que ya había sido jurado como Príncipe de Asturias y cuyo nacimiento había sido motivo de júbilo para Felipe, cumpliría de aquí a poco los siete años, pero era, aunque despierto y afectuoso,

un niño enfermizo que, desde su primera infancia, había sufrido repetidos episodios febriles, problemas pulmonares, infecciones frecuentes y pérdida de peso constante. Su otro hijo varón, Diego Félix, también nacido de Ana de Austria, había cumplido los tres años el pasado mes de agosto y, aunque era más vigoroso que su hermano Fernando, también era un niño delicado. Su otro hijo de la reina Ana, Carlos Lorenzo, había muerto hacía tres años, sin haber cumplido los dos de edad, hecho luctuoso solo amortiguado por el nacimiento de su hijo Felipe, venido al mundo hacía apenas cinco meses. Eran, pensó con pesadumbre, esas muertes prematuras y ese escaso vigor de sus descendientes, las ominosas secuelas del casamiento *intra consanguinitatem* —su esposa era al mismo tiempo su sobrina carnal—, como ya le había advertido su confesor fray Bernardo de Fresneda. Pero ¿qué podría haber hecho al respecto? Nunca se casó por amor, por más que pudiera haber llegado a amar a alguna de sus esposas, sino porque era su obligación y lo que más convenía al reino.

¿Podría, pues, Juan de Austria ambicionar el trono de España, que era el de gran parte del mundo conocido?

¿Podría estar su hermanastro detrás del anónimo?

Le costaba creerlo, pero...

Lleno de zozobra, leyó de nuevo la carta que le había traído el inquisidor general, y ahora, en esa cuarta o quinta lectura, reparó en unas frases a las que antes apenas si había dado relevancia y que ahora llamaron poderosamente su atención: «Como he dicho, en los aposentos donde el príncipe fue encerrado, antes de que expirase, está grabado este símbolo antiguo, signo que aparecerá de nuevo, pues se avecinan nuevas muertes».

Un símbolo antiguo que vaticinaba nuevas muertes.

Y grabado en la torre vieja, donde su hijo Carlos había sido finalmente encerrado y donde halló su fin.

¿A qué nuevas muertes se aludía?

Estuvo un rato reflexionando hasta que, al poco, hizo sonar la campanilla de su escritorio y mandó llamar a su secretario particular.

Mateo Vázquez entró en la cámara y, tras obtener venia del rey, se sentó donde solía, en un banquillo desde el que cada día hacía relación a su majestad de lo que contenían las cartas y memoriales reservados de cosas graves y tomaba las notas de cuanto el rey le mandaba.

—Los aposentos de la torre vieja, donde su alteza el príncipe Carlos murió —interrogó el monarca sin preámbulos—, ¿siguen como entonces?

Vázquez compuso un gesto de extrañeza frunciendo las cejas que parecieron aprisionar sus ojos oscuros. De estatura media, delgado y de gesto siempre contenido, como clérigo que era, tenía el rostro anguloso y pálido, y estaba enmarcado por una barba recortada y puntiaguda. Sus ojos parecían calcularlo todo antes de pronunciar una palabra. Se comportaba siempre con discreción, sin aspavientos, como si temiera ocupar más espacio del necesario, pero su sola presencia imponía respeto porque todos sabían de su ascendencia sobre Felipe. Vestía, como este, con sobriedad absoluta: sotana negra de paño, sin adornos, cuello de valona sin lechuguilla, bonete también negro, indumentaria que subrayaba su porte recto y vigilante.

—Hasta donde sé, sí, majestad —respondió el secretario—. ¿Puedo preguntar cuál es el interés de vuestra majestad?

—¿Quién tiene las llaves de la torre vieja? —interrogó el rey, sin responder la cuestión de su secretario.

—El alcaide, señor. Francisco de Vargas.

—Hacedlo llamar. Quiero visitar esos aposentos.

***

La gran llave negra de hierro chascó en la mohosa cerradura hasta que, al fin, con un crujido que resonó tétrico en el silencio del descansillo, logró que la puerta se abriera. Desde el interior a oscuras brotó un efluvio hediento, a encierro, a piedra antigua, a madera húmeda y a aire viciado que apenas se renovaba. El alcaide encendió las lámparas de aceite y un mínimo fulgor dorado alumbró la lúgubre estancia.

Felipe se adentró en el aposento, lenta, parsimoniosamente, como si temiera encontrarse con la figura espectral de su hijo allí encerrado.

Cuando se apercibió de que tanto Mateo Vázquez como el alcaide Vargas pretendían seguirlo, hizo un gesto con la mano, imperioso, deteniéndolos.

—Quiero estar solo.

El secretario y el alcaide asintieron, respetuosos; abandonaron el lugar y dejaron la puerta encajada tras de sí.

Aquella torre vieja del alcázar madrileño era un lugar duro, áspero y antiguo que contrastaba con las zonas renovadas del palacio: parecía una reliquia de otra época, un vestigio militar del viejo castillo medieval sobre el que se había levantado el alcázar real.

La torre era maciza, sombría y tosca, sin ventanas, con solo un par de saeteras que habían sido enrejadas antes del encierro de Carlos. Estaba construida con grandes sillares irregulares que mostraban cicatrices de humedad y tiempo. Desde el exterior se levantaba como un bloque oscuro, más estrecho y menos ornamentado que el resto del alcázar, con esas aspilleras pequeñas

que apenas dejaban entrar la luz. En su interior, los pasillos eran angostos y fríos, con un eco característico que amplificaba cualquier paso, y que hacía imposible la discreción. La estancia donde fue encerrado el príncipe Carlos era una cámara alta, gélida, de unos treinta pies en cuadra, con el techo de vigas de madera ennegrecida. Las paredes desnudas, unas estanterías, el suelo de tablones gastados, una chimenea pequeña, una cama sencilla y una mesa de madera áspera componían el mobiliario.

Felipe se acercó a los estantes y, con un pujo de emoción, vio que aún quedaban allí algunos libros de su hijo. Pasó un dedo sobre los lomos pulverulentos y fue leyendo sus títulos: *Vita Christi*, de Isabel de Villena, en la edición publicada en Barcelona con xilografías; *La vida de Carlomagno*, de Einhart; *El caballero determinado*, libro que había sido el preferido de su abuelo el emperador; *Relación de la christiana rogativa*, de un tal Juan Ruiz de Angulo... Acarició los libros, bellamente encuadernados en piel de becerro, y se preguntó, de forma tal vez extravagante, por qué esos ejemplares, tan hermosos, habían quedado abandonados allí, en ese aciago torreón, y no habían sido saldados, junto con los demás bienes del príncipe, en la partición de su testamento.

Se acercó luego al lecho donde su hijo había pasado sus últimos días, palpó las sábanas, acartonadas, heladas, cualquier aroma que hubieran albergado perdido por el paso inexorable del tiempo. Se aproximó después al pequeño escritorio de madera basta que estaba a un lado de la cama, con su tapete de madera sin pulir, y allí no vio más que algunos folios amarillentos, un tintero con la tinta seca y unas plumas de ave marchitas y tiesas, lánguidas las plumillas que antes, hacía tanto tiempo, le habían dado adorno y prestancia. Y se preguntó, sobrecogido, estremecido: «¿Esto es todo lo que ha

quedado de mi hijo? ¿Esto es todo lo que ha quedado de un príncipe de España?».

Se asomó, poniéndose de puntillas, a la saetera enrejada, y se dijo que cuán escaso había sido el paisaje que le había sido permitido —¡que él le había permitido!— a Carlos, apenas los tejados empinados de la zona de servicio del alcázar, unos viejos corrales y el arranque del foso, y una cinta estrecha y verdinosa del Manzanares.

Aspiró con fuerza el aire cálido de septiembre que entraba por la estrecha saetera y regresó a la habitación, buscando aquello que había venido a buscar: «... en los aposentos donde el príncipe fue encerrado, antes de que expirase, está grabado este símbolo antiguo, signo que aparecerá de nuevo, pues se avecinan nuevas muertes».

Se acercó a los muros de la torre, palpó las paredes, frías a pesar del clima cálido del exterior, dejó que las yemas de sus dedos, ajadas tras tantos años de empuñar cálamos y pasar horas y más horas, sin descanso, entintando papeles, billetes y memorandos, dando respuesta a todas las dudas del reino, que infatigablemente recaían día tras día sobre él, se deslizaran sobre la piedra insensible; buscó, así, tentando y acariciando la roca muda, el símbolo oculto, ese hermético emblema que aparecía en la carta recibida, esa marca recóndita y críptica que, tal vez, pudiera arrojar un halo de luz sobre la oscuridad del misterio que se encerraba en el anónimo que Gaspar de Quiroga le había llevado, lanzando a sus pies, como si fuera un presente deletéreo, un problema más a la miríada de problemas que aquejaban al imperio.

Examinó, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, los muros de la torre, uno por uno, de norte a sur, de este a oeste, y no halló símbolo alguno, ni muesca ni contraseña que destacara en la

lisura desgastada de la roca, ni marca que pudiera desentrañar su enigma o quizá magnificarlo.

Al cabo, cuando, después de examinar el camastro y la mesa aledaña, se convenció de que allí no había ningún símbolo extraño —algún arañazo en la pared, alguna uñarada trazada con doloroso y quizá sangriento esfuerzo en la roca, a lo mejor por el mismísimo Francisco I de Francia, allí cautivo durante más de un año, o por el pobre Carlos quizá, ¿cómo lo iba a saber?; alguna otra rasgadura hecha por sabría Dios qué preso de la torre o qué desdichado habitante de antaño...—, se acercó de nuevo a las estanterías, donde reposaban los libros olvidados de su hijo. Y allí, en cada uno de los anaqueles, observó, grabado con un punzón, o con una uña indomeñable, o con una aguda lezna, apenas visible, el signo extraño, ese símbolo que a Felipe le trajo reminiscencias antiguas pero que, a la postre, no fue capaz de identificar:



El rey de España recorrió con la yema de su dedo índice los surcos de las rayaduras que componían ese símbolo, y se dijo que esas marcas no habían sido hechas hacía diez años, cuando su hijo Carlos encontró la muerte en esa torre, sino que eran mucho más recientes, que estaban frescas como si la madera hubiera sido hendida por el punzón o la lezna, o la endurecida uña, hacía semanas o meses, no más.

Acercó su nariz, larga, estrecha y muy recta, ligeramente prominente en el puente y afinada hacia la punta, propia de los Austrias, a la madera de las baldas, como si el aroma del pino basto con que estaban fabricadas las estanterías le pudiera dar razón del autor de esas marcas incógnitas y de su significado. Pero allí solo

había eso, un olor tenue y apagado a madera enclaustrada durante muchos años en ese ambiente inhóspito.

Cerró los ojos, intentando concentrarse, pretendiendo dar con el sentido de ese símbolo ignoto, de ese anagrama —si es que era eso — oscuro e insondable. Pero enseguida se le entorpeció el juicio. Sonrió con melancolía, con una languidez cercana a la tristeza. Sintió que se pretendía jugar con él. Se le enfrentaba a su propia concepción del mundo, a su certeza de que, en esta vida, había algo más que la materia, algo más que lo meramente corpóreo y que, aparte de Dios, que era su gran certeza, había señales, caminos, vislumbres que decían que, a través de la sabiduría de lo esotérico, era posible llegar con mayor claridad al estadio de lo divino.

Non sufficit orbis.

«El mundo no es suficiente».

Ese era su lema. Su convicción.

Había quien decía que esa expresión no hacía sino poner de manifiesto su ambición, su idea de que ni siquiera el mundo entero era bastante para sus metas y su ansia de poder, para sus afanes de conquista.

Y no era así.

En absoluto.

Para Felipe, esa expresión, *Non sufficit orbis*, no significaba sino que el mundo físico no agota la realidad, que el universo es un tejido donde lo material y lo invisible se superponen.

Para él, cada decisión política tenía una resonancia última en la eternidad. Cada victoria, cada derrota, cada muerte cercana —como la de su padre el emperador, como la de su esposa María Manuela, como la de su desventurado hijo Carlos, como tantas otras— se inscribían en un plano mayor, inaccesible al ojo humano.

Por eso el mundo no le bastaba.

No porque quisiera más tierras o más poder, sino porque buscaba un orden que no pertenecía a este lado de la existencia. Su fascinación por las reliquias —tenía miles, de casi todos los santos conocidos—, por los códigos velados, por la arquitectura sacra, por el simbolismo de El Escorial, era la de un hombre que veía el mundo, más que como algo a conquistar, como algo a descifrar. De ahí que uno de sus libros de cabecera fuera el *Prognosticon*, del médico, matemático y astrónomo alemán Matías Haco Sumbergense, que contenía su horóscopo y que consultaba cada vez que había de tomar una decisión de trascendencia. De ahí que dispusiera de varias cartas astrales que él mismo había mandado elaborar, una de ellas a John Dee, que fue obsequiado con un espectacular espejo de obsidiana traído desde México.

Y de ahí su lema «El mundo no es suficiente», que no era el lema de un conquistador, sino el de un hombre perseguido por una inquietud mayor: que toda realidad, incluso el imperio más vasto de la Tierra, es insuficiente para explicar el dolor, las decisiones terribles y las sombras que lo acompañan.

Y ahora, situándolo ante ese enigma, ante ese símbolo insondable, se estaba pretendiendo jugar con él. Se le estaba poniendo frente a frente a ese estrato del saber que muchos despreciaban y que Felipe, sin embargo, respetaba profundamente.

Volvió a contemplar aquella extraña marca:



Se acercó al escritorio que había sido de su hijo, asió una de las plumas de ave que allí había y la hundió en la tinta solidificada del tintero hasta conseguir que su punta se impregnara mínimamente en su negro color. Luego, cogió uno de los pliegos amarillentos y

polvorosos que había sobre la mesa, lo agitó en el aire para que el polvillo se desprendiera y, casi rasgando el papel de tanto apretar la pluma contra su superficie, copió sus trazos y logró que el oscuro símbolo quedara plasmado en el pliego. Lo guardó luego en el bolsillo de su jubón y salió del lugar.

—Quiero saber quién ha entrado en estos aposentos a lo largo del año —le dijo al alcaide Vargas.

—Nadie ha entrado aquí, majestad.

—Alguien lo ha hecho. Y quiero saber quién ha sido. Os lo exijo. Interrogad a quien debáis y usad el tormento si es necesario, pero averiguadlo.

—Así se hará, señor —afirmó Vargas, impresionado por la gravedad de Felipe.

—Dad aviso a don Juan de Herrera —ordenó luego a su secretario Mateo Vázquez, que lo contempló con preocupación, tanta era la alteración que mostraba el semblante habitualmente hierático del rey—. Que venga desde El Escorial lo antes que pueda, necesito hablar con él. Y decidle que es un asunto reservado y urgente.

—¿Algo relacionado con las obras del monasterio, señor?

El rey negó con la cabeza.

—Algo relacionado con el futuro del imperio. Que deje lo que sea que esté haciendo y venga al alcázar sin demora.

6

Una carta en Namur

Namur, Países Bajos españoles, 23 de septiembre de 1578

—¿Os encontráis bien, señor?

—Sí, sí, no os preocupéis —afirmó Juan de Austria, aunque la palidez de su semblante, sus ojos enrojecidos y las gotas de sudor que perlaban su frente desmentían su aserto—. ¿Qué se sabe de Guillermo?

—Sigue en Amberes, hasta donde tenemos noticia —afirmó Alejandro Farnesio.

Se hallaban ambos en la ciudadela de Namur, situada entre los ríos Sambre y Mosa, una de las fortificaciones más antiguas e inexpugnables de los Países Bajos, lugar estratégico para movimientos de tropas, suministros y comunicaciones. Junto a ellos se hallaban otros de los principales mandos que formaban su Estado Mayor y su círculo militar en la campaña de Flandes: Alonso de Vargas, veteranísimo soldado, uno de los más afamados capitanes de los tercios; Sancho Dávila, el héroe de Amberes; Cristóbal de Mondragón, experto en ingeniería militar, asedios y maniobras en ríos y marismas; Francisco de Verdugo, coronel de infantería y castellano de Namur; Julián Romero, maestre de campo... Junto a los militares españoles, estaban también allí, como integrantes de su

Estado Mayor, soldados como el valón Claude de Berlaymont y el sajón Pedro Ernesto de Mansfeld, conde del mismo título.

Estaban próximos a cumplirse los dos años desde que Juan de Austria llegara a Flandes para sustituir a Luis de Requesens como gobernador general de los Países Bajos. Y lo había hecho con el aura de haber sido quien aplastara la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, quien saliera como triunfador de las campañas de Túnez y, sobre todo, como quien derrotara al Turco en Lepanto. Pese a que el nombramiento pudiera entenderse como un alto honor que el rey de España le dispensaba, Juan había recibido con prevención y desagrado la orden de abandonar Italia para dirigirse a Flandes y ocuparse de su gobierno, sabedor de la extrema dificultad de la empresa. Pero, ante una orden del rey, los leales obedecían sin reparos y sin réplicas, y él era, ante todo, leal a su señor, a su hermanastro Felipe, por mucho que otros se empeñaran en susurrar lo contrario en los oídos del rey. ¡Y, en efecto, cuán dificultoso había sido todo desde entonces! Recién llegado a Flandes, los Estados Generales se habían negado a reconocerlo como gobernador, a menos que aceptase jurar la Pacificación de Gante y los privilegios de las provincias. Juan se vio forzado a aprobar esa pacificación y a firmar, en enero de 1577, el Edicto Perpetuo, por el que las provincias rebeldes reconocerían a Felipe II como su rey y a Juan de Austria como su representante y se obligarían a respetar el catolicismo a cambio de que los tercios españoles, italianos, alemanes y borgoñones abandonaran el país en un plazo de veinte días tras la ratificación del edicto por parte de Felipe II. Además, España se obligaba a conceder una amnistía general.

Tras la ratificación del Edicto Perpetuo por el rey Felipe, las tropas españolas salieron de los Países Bajos hacia Italia, conforme a lo pactado. Juan se quedó sin apenas apoyo militar y como un

gobernador sin gobierno. Adoptó, no obstante, una posición pacífica que no obtuvo resultados, y su situación se vio tan comprometida que decidió abandonar Bruselas, sede de la corte, e instalarse en Malinas. Poco después, tuvo noticia de un complot para asesinarlo, por lo que tomó el castillo de Namur, donde se hizo fuerte y reclamó la vuelta de los soldados de los tercios desde Italia. A finales de 1577 llegaba a Luxemburgo un ejército formado por casi veinte mil hombres, de los cuales seis mil eran veteranos españoles que acudían de nuevo desde Italia a Flandes bajo el mando de Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma y, por lo tanto, sobrino del rey Felipe y del propio Juan, para ponerse a las órdenes de este. La guerra, pues, continuaba.

A principios de 1578, el 31 de enero, las tropas capitaneadas por Juan de Austria y Alejandro Farnesio habían derrotado al ejército de los Estados Generales en la batalla de Gembloux. Tras su derrota, Guillermo de Orange y gran parte de los nobles flamencos abandonaron Bruselas y se replegaron a Amberes, más fácil de defender. Los ejércitos españoles fueron avanzando, consiguiendo victoria tras victoria, por lo que en poco tiempo controlaban completamente Henao, Namur, Brabante y Luxemburgo; pero la falta de financiación volvió a preocupar a Juan de Austria, quien mandó a su secretario, Juan de Escobedo, para solicitar al rey la ayuda militar y financiera necesaria para poder continuar con las campañas militares en los Países Bajos. Escobedo no solo no tuvo éxito en su misión, sino que resultó víctima de un complot que le costó la vida, sin que sus autores, a pesar de las sospechas que existían y de que todas ellas apuntaban en una misma dirección —Antonio Pérez y la princesa de Éboli—, hubieran sido desde entonces detenidos y sometidos a juicio. En lo que, según se decía, mucho había tenido

que ver el hecho de que ese asesinato había sido consentido por el propio Felipe, algo que su hermanastro se resistía a creer.

—¿Cuáles son sus fuerzas? —preguntó Juan de Austria.

—Según los últimos informes recibidos —contestó Alejandro Farnesio—, el príncipe de Orange se ha hecho con el apoyo de nuestros enemigos de siempre, Francia, Inglaterra y los protestantes alemanes. Un ejército de doce mil mercenarios germanos, financiado por la reina Isabel de Inglaterra y al mando del duque Juan Casimiro, hermano del elector palatino, ha entrado desde el este en apoyo de los calvinistas, mientras que, por el sur, ha entrado el duque de Anjou capitaneando a un ejército francés. Dice que en apoyo de los católicos flamencos contrarios a España, pero ya sabe vuestra merced cuáles son en realidad la razón y el propósito que le mueven.

—Maestre Romero —inquirió Juan, llevándose el pulgar y el índice de la mano diestra a ambas sienes, que le palpitaban dolorosamente; notó su frente húmeda y enfebrecida; el dolor de su cabeza era insoportable, solo comparable al de su vientre, que parecía horadado por una falange de arañas—, ¿cuál es el último recuento de nuestro contingente, tras la última batalla?

—Unos once mil infantes —respondió Julián Romero— y aproximadamente ochocientos jinetes, don Juan.

—Detalladmelo, si os place, maestre.

—Por supuesto, señor. Varias unidades de los tercios viejos de Lombardía, Sicilia y Cerdeña, más algunas compañías aisladas dirigidas por don Sancho, don Francisco y don Cristóbal, aquí presentes. En total, casi cuatro mil españoles de los tercios, bien curtidos y experimentados.

—Los mejores, aunque mal pagados, don Julián. Pero proseguid, os lo ruego. ¿Qué tropas italianas nos acompañan?

—Unos tres mil hombres, señor. De las compañías napolitanas y milanesas.

—Buenas tropas. Leales, disciplinadas y eficaces en fortificaciones y asedios. ¿Y lansquenetes?

—Unos dos mil.

—Cruciales pero peligrosos, siempre dispuestos al motín.

—Y unos quinientos jinetes entre españoles e italianos, y unos trescientos de la caballería valona. En cuanto al dinero para las soldadas, señor...

—Sí, sé que...

Un ataque de tos acometió en ese instante a Juan de Austria. Una tos peñascosa y profunda, que le enrojeció el rostro y le dificultó la respiración.

—Don Juan, ¿os encontráis bien? —preguntó de nuevo Farnesio, acercándose a su viejo amigo de juventud, de aquellos tiempos en que la vida era cazar conejos y perseguir mozas en Alcalá de Henares con el fallecido príncipe Carlos. Aunque tío y sobrino, eran prácticamente de la misma edad, treintañeros ambos, y abocados de igual modo a tan grandes empresas—. ¿Queréis un poco de agua?

—No, no, estoy bien —lo apaciguó Juan—. Es la cabeza, que me va a estallar. Tal vez sea mejor que lo dejemos ahora y continuemos después de la cena.

Ya en sus aposentos, pidió a Borja Gómez de Mendoza, el escribiente militar que le hacía funciones de secretario tras la muerte de Escobedo y ante la ausencia de Andrés de Prada, el nuevo asistente del hermano del rey, que se hallaba en Milán negociando refuerzos, que llamara al médico flamenco que lo atendía. Los aposentos del gobernador se situaban en las cámaras altas del viejo castillo, dentro de la ciudadela, un conjunto de salas austeras donde la humedad trepaba por las paredes como un enemigo silencioso.

Desde sus ventanas estrechas veía el Mosa, gris y lento, y más allá los bosques que envolvían Namur. El aire era denso, militar; siempre sonaban pasos de guardias, golpes de armas, el rumor de órdenes en español, latín, italiano y valón.

—Ese matasanos va a acabar con vos, señor —adujo el joven escribiente con un rictus de preocupación al ver la mala color del rostro del gobernador de Flandes.

—Tal vez, pero sus bizmas son lo único que me calman este maldito dolor de cabeza, que me está matando.

—Sí, don Juan, pero, a cambio, os traen las tripas a mal traer. Y la fiebre no se os baja, voto a bríos. ¿No sería mejor que dierais aviso a un físico español?

—Los médicos de los tercios saben de heridas abiertas por el hierro, de cabezas rotas por las mazas y de huesos fracturados, Borja, pero ¿qué saben de estas fiebres provocadas por este clima insalubre, por esta tierra olvidada de Dios? ¡Ah, cómo echo de menos Italia!

—Permitid al menos que un galeno del reino supervise a ese flamenco, por Dios, don Juan...

—Todos los médicos son necesarios para atender a los soldados heridos, y a los muchos que caerán próximamente. Sería egoísta por mi parte reservarme a dos físicos para mí. No, no os preocupéis, Borja, esas bizmas no acabarán conmigo.

Hendrick van der Meer, el galeno flamenco, era un hombre de unos cuarenta y tantos años, más bien alto, de hombros estrechos y una figura que parecía haberse estirado más de lo natural, como una cangreja demasiado tensa. Llevaba una barba fina, perfectamente delineada, que apenas lograba suavizar la expresión adusta y vigilante de sus ojos grises. Tenía las mejillas hundidas y una frente amplia donde comenzaba a retirarse el cabello rubio oscuro, siempre

peinado hacia atrás con una precisión casi quirúrgica que en realidad era falta de limpieza. La piel, pálida y ligeramente moteada por el clima húmedo del norte, le daba un aire de perpetua fragilidad que contrastaba con la firmeza meticulosa de sus manos: largas, huesudas, frías, acostumbradas al pulso del enfermo y al escalpelo. Su voz era baja, lenta, y se movía siempre como si temiera perturbar el aire a su alrededor.

—Tomad, señor —dijo el físico, tendiendo hacia Juan de Austria una jarra colmada de un líquido oscuro y humeante.

El hermanastro del rey acercó sus labios al recipiente y, comprobando la temperatura del brebaje, lo fue ingiriendo sorbo a sorbo, hasta vaciarlo por completo.

—Sabe a rayos, pardiez —espetó luego, reclinándose en el asiento y limpiándose los labios con la manga del jubón. Un retortijón del vientre lo obligó enseguida, sin embargo, a erguirse y llevarse ambas manos al estómago. Unas punzadas lacerantes, como mordiscos de un animalejo que anidara entre sus tripas, le hicieron cerrar los ojos, apretar los dientes y asirse con más fuerza el abdomen; se lo notó duro y rígido—. ¿Qué es esto que me habéis dado hoy, voto a tal, Van der Meer?

—Una tisana de jengibre, manzanilla y romero, señor, nada más —respondió el físico con esa voz parsimoniosa suya, en un castellano preñado de acentos flamencos—. Os irá bien para el dolor de cabeza, enseguida sentiréis alivio, os lo aseguro.

—Pero el dolor de cabeza no es más que un síntoma, ¿no es así, maese Hendrick? Decidme, y sedme sincero, os lo ruego. ¿Qué es lo que sufro en realidad? ¿Pudiera ser el tabardillo?

—Vuestra excelencia apenas tiene vómitos...

—¡No tengo nada que gormar, pardiez, apenas como!

—El tabardillo, señor, también llamado por nosotros los físicos *morbus lenticularis*, se caracteriza por calenturas altísimas, dolor de cabeza intenso, erupciones en la piel, debilidad generalizada, náuseas, vómitos y confusión mental. Y vos, don Juan, aunque padecéis esas horribles cefalalgias y tenéis algo de fiebre, y aunque os duele el vientre, apenas sufrís de náuseas ni vómitos, según me decís, ni tenéis erupciones, ni se os ve nebuloso o desordenado.

—¿Qué es lo que sufro, pues? Decidme, y hacedlo de forma que os pueda comprender.

—La medicina, excelencia, no es omnisciente. Los mejores médicos del mundo son la dieta, la sangría y el reposo. De todas formas, os prescribiré baños fríos para bajar la calentura y os prepararé unos cocimientos de cebada y cinamomo, que van bien contra el *morbus*. Y, si me autorizáis, os practicaré una sangría diaria y...

—¡Ni se os ocurra acercaros a mí con la lanceta, voto a tal! ¡De bastante debilidad sufro ya como para que me extraigáis más líquido vital! Y ahora, si no tenéis nada mejor que hacer...

E hizo un gesto con la mano despidiendo al galeno, antes de caer abatido por un nuevo ataque de tos abrupta y húmeda.

El médico asintió, anunció que estaría cerca, por si sus servicios eran de nuevo requeridos, hizo una leve reverencia al gobernador general de los Países Bajos y se retiró de la estancia con sus avíos e instrumentos.

***

Se estaba quedando amodorrado, extenuado por la fiebre, cuando el escribiente Gómez de Mendoza solicitó venia para entrar en sus aposentos.

—Señor, perdonad que os moleste, pero es algo importante —se disculpó—. Ha llegado esto al castillo y creo que vuestra excelencia debiera verlo sin tardanza.

—¿Qué es? ¿No es algo que pueda esperar a esta noche o mañana?

—Deberíais leerlo, señor.

—Dadme, pues —se rindió Juan, llevándose de nuevo las manos a las sienes. Las bizmas del maldito médico flamenco aún no habían comenzado a darle alivio y la cabeza le retumbaba como un atabal. Tomó de manos de Borja Gómez de Mendoza un sobre abierto, del que extrajo una carta que desplegó y alisó con la mano contra la mesa. Comenzó a leerla, mas se detuvo de inmediato. En efecto, y por lo poco que había leído, no era cosa trivial. Lejos de ello, advirtió enseguida que contenía una ostensible amenaza. —Alzó la vista hacia su escribiente—. ¿Quién la remite?

—Nadie, señor, y eso es lo extraño. Además de lo que en ella se dice. Estaba con vuestra correspondencia, que cada día abro como me tenéis ordenado. Deberíais leerla entera.

—¿Cómo ha llegado hasta vos?

—Como le he dicho a vuestra excelencia, estaba con el resto de la correspondencia.

—¿Alguien, pues, la ha dejado en mano en el castillo?

—Así ha de ser, don Juan.

—Interrogad a la guardia, a ver si podéis descubrir quién dejó la carta en la ciudadela.

—Por supuesto, señor.

Juan de Austria, frunciendo los ojos para aguzar la visión, que cada día tenía más débil y turbia, intentó descifrar aquella caligrafía pulcra y esmerada.

—No está cifrada —observó.

—No, señor. Leed, os lo ruego. O si preferís, le puedo dar yo lectura, si vuestra excelencia está muy cansado.

—No, no os preocupéis. Aún puedo leer, pardiez, aunque no sé por cuánto tiempo. Dejadme solo, os lo ruego.

Salió el escribiente de la cámara y, en cuanto lo hubo hecho, un nuevo ramalazo de dolor, esta vez más agudo e hiriente, le atenazó el vientre, obligándole a soltar la carta y llevarse las manos al abdomen, como si el calor de sus dedos, abrasados por la calentura, pudiera aliviar ese insufrible suplicio. Cuando la ráfaga de dolor amainó un punto, volvió a asir la carta con manos trémulas y leyó:

Al que se dice hijo de emperador y brazo armado del rey,

Ni vuestra espada en Lepanto ni vuestro nombre en Castilla podrán libraros del destino que ya desciende sobre la casa que servís. El imperio de los Austrias se halla postrado, corroído desde dentro por la sangre que ha derramado y por la que aún derramará. Donde antes se alzaba una corona que pretendía dominar el orbe, hoy solo queda un edificio agrietado, sostenido por hombres que ya no creen en él.

Él devora lo que engendra, y su estirpe y su imperio pagarán su malevolencia. Ya cayó, de la propia mano de su padre, el hijo que nunca llegó a reinar; cayó el secretario que os servía con fidelidad; caerán otros que aún pasean seguros por palacios y fortalezas.

El rey mandó matar a su hijo Carlos. ¿Qué podrá detenerle?

Y ahora, vos, don Juan, sois el siguiente en sentir su sombra. Sabedlo: no hay muro en esta ciudad que pueda defenderos, ni guardia española que vigile vuestro sueño, ni mercenarios alemanes que os protejan. La muerte corre más veloz que los caballos del rey, y la traición se sienta más cerca de vos de lo que vuestra merced imagina.

El imperio se arrastra hacia su fin; cada provincia que arde en rebelión es un miembro que se desprende. La verdad se impondrá. Y los Austrias, en su soberbia, no ven que el coloso se desmorona desde los pies.

Cuando vos caigáis —y caeréis, no tengáis ninguna duda—, será el aviso primero. Cuando caiga el rey, será el cumplimiento.

El símbolo que encabeza estas letras no es superstición, sino sentencia.

No busquéis al autor: no escribe por temor, sino por deber.

No habrá clemencia.

Volvió la vista arriba, al principio de la carta, para fijar su atención en aquel símbolo del que se hablaba y que, al comenzar la lectura, le había pasado desapercibido:



Intentó fijar la vista en ese símbolo incógnito y hermético, pero sintió que la visión se le hacía cada vez más borrosa y que comenzaba a marearse. Un nuevo dolor más penetrante le acometió el vientre, la pulsión de las sienes se había tornado insoportable.

¿Qué significaba ese símbolo, qué amenaza auguraba, qué mal predecía, qué iniquidad encerraba, por el amor de Dios?

¿Y quién había escrito y remitido esa carta?

¿Y cómo era posible que alguien acusara al rey de la muerte de su propio hijo el príncipe Carlos?

¿Y por qué?

Sintió que la vista se le desvanecía, que las fuerzas le abandonaban, que el mundo, ese mundo del que se vaticinaba su fin, le daba vueltas alrededor. Cayó al suelo con estrépito, lo que provocó la alarma entre sus criados. Borja Gómez de Mendoza fue el primero en entrar en la estancia privada de Juan, y hallólo en el suelo, respirando agitadamente. Dio aviso a gritos al médico flamenco Hendrick van der Meer, que aún se hallaba en las inmediaciones de la cámara del gobernador, por lo que llegó enseguida. Mandó que incorporaran al enfermo y lo acostaran en el diván de su despacho, donde lo examinó, inspeccionó sus pupilas y su pulso y le olió el aliento.

—Vive —dictaminó al cabo—. No ha sido más que un mareo. Un vahído, posiblemente fruto del agotamiento. Mandad que me traigan vinagre de las cocinas.

Gómez de Mendoza impartió la orden a uno de los criados mientras Van der Meer rebuscaba en su caja de cuero de médico entre lancetas, cuchillos pequeños de hoja curva para abscesos, agujas e hilos gruesos para sutura, pinzas de hierro, espátulas de hueso y cauterios hasta dar con un frasquito donde, cuando se lo trajeron, mezcló el vinagre con los ingredientes que contenía —un destilado de flores de naranjo amargo, agua y azúcar, según informó — hasta obtener un líquido uniforme.

Mientras rebuscaba en su caja y mientras mezclaba ingredientes y agitaba el frasco, leyó con sus ojos avizores y ávidos la carta anónima que hacía tan solo unos instantes había recibido Juan de Austria.

7

El Devorador

Madrid, alcázar, 23 de septiembre de 1578

Juan de Herrera saludó al rey con una reverencia formal, casi geométrica, como si, incluso con ese gesto formulario y obsequioso, quisiera poner de manifiesto su pasión por la exactitud de las formas, por el *ars luliana* y la cábala matemática. Era Herrera, el gran arquitecto de Felipe II y factótum del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en la dirección de cuyas obras había sustituido, modificando sus trazas originarias, a Juan Bautista de Toledo, un hombre apuesto que frisaba la cincuentena, aunque su apostura desmentía su edad avanzada. De estatura mediana, era de complexión delgada pero sólida, con un porte que evidenciaba que había pasado la vida midiendo proporciones y estudiando el equilibrio de las cosas. Su rostro, alargado y serio, mostraba una frente amplia y despejada, la de un hombre dado al cálculo y la contemplación. El cabello, oscuro en su juventud, era ahora de color gris acerado, peinado hacia atrás, dejando ver unas sienes marcadas que le daban un aire de gravedad intelectual. Llevaba una barba corta y bien perfilada, siguiendo la moda de la corte, y un bigote fino y perfectamente delineado. Sus ojos, de color castaño oscuro, tenían una expresión penetrante pero tranquila; eran ojos acostumbrados a observar cada detalle y, a la vez, a levantar la

mirada hacia la idea total del edificio. Miraban con la serenidad de quien piensa antes de hablar y mide antes de actuar.

—Don Juan —saludó Felipe.

—Majestad —correspondió el arquitecto.

—El día —observó el rey, poniéndose en pie y señalando el ventanal del alcázar— es cálido y despejado. Me vendría bien algo de ejercicio, pues llevo días en que apenas si puedo levantarme de la mesa, de tantos billetes y legajos como tengo que leer y firmar. ¿Os apetece que paseemos por los jardines?

—Como deseéis, señor.

El alcázar se levantaba sobre un promontorio defensivo, de planta irregular, y apenas tenía espacio para grandes extensiones verdes. Sus jardines eran, por tanto, pequeños, más propicios para el recogimiento y el paseo que para la ostentación. Había en ellos parterres rectangulares, caminos de grava clara, pequeñas fuentes circulares y setos de boj recortados para dibujar bordes y figuras geométricas, de las que, al igual que su arquitecto, tan amante era el rey. Aquí y acullá, se alzaban cipreses —símbolo de lo eterno, tan del gusto también de Felipe—, granados, laureles y almeces, y se derramaban sencillos rosales y hierbas aromáticas como romero, espliego y mejorana.

Ambos hombres pasearon por aquel paraje ameno y placentero, vigilados de lejos por cuatro soldados de la guardia tudesca de alabarderos. Felipe, que comenzaba a mostrar los síntomas de la gota y sufría de dolores articulares en las piernas, caminaba con andar pausado y cuidadoso. Herrera, por su parte, y aunque procuraba mantenerse siempre a la altura de su señor, avanzaba con pasos medidos, mirando dónde pisaba, como si incluso su andar obedeciese a proporciones que solo él conocía.

Durante un rato, mientras paseaban y respiraban el aire puro del valle, estuvieron conversando sobre las obras de El Escorial, iniciadas hacía ya quince años y cuyo final aún no se atisbaba, y recabó el rey de su alarife información detallada sobre el ritmo de la edificación de la basílica del monasterio, para pasar luego a discutir sobre quién habría de ser el autor de los frescos. Por el genovés Luca Cambiaso se decantaba el rey; por el lombardo Pellegrino Tibaldi, llamado Il Pellegrini, el arquitecto Herrera. Era como si demorar el meollo de la cuestión que había llevado al rey a requerir la presencia de su arquitecto en el alcázar la hiciera más llevadera.

—Sentémonos —propuso el soberano cuando ya llevaban un buen rato de paseo, señalando un banco situado junto a una de las fuentes—. Cada día me canso antes, don Juan, y es lo que me digo, que no puede ser bueno ni para el cuerpo ni para el espíritu pasar todo el día entre papeles. Cuánto echo de menos las jornadas de caza en El Pardo o en Aranjuez. Hará ahora... pues... —y pareció hacer un rápido cálculo mental— casi un mes que no disfruto de la ballesta y de las perdices y los conejos. Y de montar a caballo ni le cuento a vuestra merced. Se me hace muy difícil cabalgar como antes lo hacía y, cuando lo hago, quedo baldado para un par de días. ¡Ah, la edad, tirano malvado que impide el goce de los placeres que antes nos eran cotidianos y que el tiempo convierte en inalcanzables!

—La edad también tiene ventajas muy saludables —repuso el alarife—: da la quietud del ánimo que conduce a la sabiduría, señor. Aunque eso, sabiduría, es algo que nunca le ha faltado a vuestra majestad.

—Sentémonos —dijo el rey; alcanzaron el banco y, cuando ambos ya se hubieron acomodado, y con un tono grave de la voz fue a la cuestión—: Os he hecho llamar, don Juan, por un asunto que nada

tiene que ver con las obras de San Lorenzo. Un asunto del que no puedo hablar con nadie y para el que necesito vuestra ayuda.

Torció el cuello Herrera, sorprendido por ese tono trascendental de la voz del monarca.

—Nada hay que más pudiera complacerme que serle de ayuda a vuestra majestad.

Retiró la mirada el rey de su arquitecto, como sopesando sus siguientes palabras, y la fijó en un ciprés cercano, entre cuyas ramas un cernícalo, de tardía anidada, parecía observar a ambos hombres. Lo contempló el rey con interés, pues era conocida su pasión por las aves, demorando de nuevo el abordaje de la cuestión, y regresó luego la vista hacia Herrera que, sentado a su lado, aguardaba sus palabras con cierta prevención.

—Sabéis que hay astrólogos en la corte, y nigromantes y criptógrafos que tal vez pudieran serme de ayuda en el dilema que en estos días me ocupa, pero, aunque respeto sus artes, en ninguno confío como en vos.

—Os lo agradezco, majestad —correspondió Herrera, desconcertado por la efusión del rey, harto desacostumbrada en alguien tan circunspecto y cauto como él—. Solo espero ser digno de vuestra confianza.

—Sé que sois hombre versado en muchas ciencias, no solo en la arquitectura y la delineación, disciplinas en las que sois un maestro. Sé que también os interesan la metafísica, la filosofía, la astrología, las enseñanzas de Lulio, sobre las que en más de una ocasión vos y yo hemos tenido ocasión de conversar. E igualmente conozco vuestro entusiasmo por las ciencias herméticas.

—Pienso, señor, como bien le consta a vuestra majestad, que el vínculo entre las diferentes disciplinas del saber humano es natural en un mundo en el que todo está eslabonado y no de manera

caprichosa. Las matemáticas, la geometría, la astrología e incluso la música son manifestaciones del orden cósmico que traducen el plan de Dios, que llevó a cabo su creación según un número y medida.

—Sí, hemos hablado de ello —admitió Felipe, con una sonrisa lánguida— allá en El Escorial, entre grúas y andamios y martillos. Y todo entronca con el espíritu, ¿verdad?, con la realidad de que existe un mundo no material, un espacio interior donde sucede el conocimiento.

—Así es, señor. El hombre en sí mismo es un pequeño mundo, integrado en leyes que no son solo las de los reinos, sino también de la naturaleza, que presiden por igual la armonía matemática, la teoría astrológica de los cielos y la estructura geométrica del universo.

—¿Creéis, pues, en la astrología, don Juan?

—No creo en la charlatanería de adivinos y agoreros, majestad. Sí creo en la ciencia que, a través de la observación, informa de la correspondencia entre el movimiento del orbe y su influencia en la Tierra. Dios, que es el supremo arquitecto, construyó el universo según unos arquetipos, y nos enseña, como hizo con Jacob, que hay que llegar al fondo de las cosas a través de la observación de símbolos y paradigmas. Vos mismo, señor, me hablasteis encomiásticamente de don Matías Hato, el médico de vuestro augusto padre el emperador, y del horóscopo que elaboró para vuestra majestad, el *Prognosticon*.

—Cierto es, aunque debo deciros que erró en el número de esposas con quienes me casaría —dijo Felipe, ensanchando algo aquella sonrisa lánguida que no por ello perdió su barniz de lasitud —. Profetizó que serían tres las mujeres con quienes me desposaría y ya voy por la cuarta, tras mis nupcias con su majestad la reina

doña Ana. —Recuperó su seriedad ingénita y miró fijamente al arquitecto real—. Habéis hablado de los símbolos, don Juan.

—Lo he hecho, señor. Creo que los símbolos ayudan a la comprensión e interpretación del mundo, majestad. Son una forma de observar más allá de lo que se ve a simple vista, revelando significados profundos y universales que trascienden lo material y cotidiano. Vuestra gran obra, el monasterio de San Lorenzo, sin ir más lejos, está llena de símbolos, como bien sabéis, pues nada he hecho sin vuestro consentimiento y todo para vuestro contentamiento, y serán muchos más cuando la construcción por fin se concluya.

Quedó en silencio el rey de España, cogitabundo. Trinó en ese instante el canto dulce de un mirlo posado en un laurel. Era un canto melódico y aflautado, llamando a la hembra o marcando el territorio con ese silbido armonioso. De pronto, como si supiera que el rey lo observaba, el pájaro levantó su pico amarillo, cesó en su canto y alzó el vuelo, perdiéndose tras la torre dorada del alcázar.

—Lo que os voy a mostrar —dijo entonces Felipe, extrayendo de su jubón negro el papel donde había dibujado el símbolo grabado en los anaqueles de la torre— lo habéis de guardar para vos como si de un secreto de confesión se tratase. Es algo que puede afectar a la estabilidad del reino y al futuro del imperio.

Juan de Herrera contempló al monarca, sabedor de que era llegado el momento del que este le había hablado al comienzo de ese paseo insólito y de aquella recóndita conversación.

—Lo que me digáis o mostréis morirá conmigo, majestad —aseguró Herrera, tan solemne el tono de su voz como había sido el de Felipe.

Tendió este al alarife el papel con el símbolo hermético.

—Este símbolo que veis estaba grabado en los anaqueles de la torre vieja del alcázar, donde mi hijo el príncipe Carlos murió. ¿Lo reconocéis?

Tomó don Juan de Herrera el pliego, examinó el tosco dibujo y, tras unos instantes de examen que al rey se le antojaron interminables, asintió, pensativo.

—Sí.

—¿Sabéis qué es? ¿Sabéis qué significa? —preguntó con ansia el rey de España.

Volvió a contemplar el arquitecto el emblema y estuvo de nuevo durante más de un minuto con la vista clavada en ese extraño símbolo, como si pudiese, hendiéndolo con la mirada, descifrar de tal modo su significación. Al cabo, levantó los ojos y los fijó en Felipe.

—Quien ha grabado este símbolo en la torre vieja solo desea vuestro quebranto y vuestro perjuicio. Si es lo que pienso, este símbolo es una clara amenaza hacia vuestra majestad.

Y señaló, con la uña perfectamente recortada de su dedo índice, el misterioso emblema:



—¿Sabéis, pues, qué es? —inquirió de nuevo el rey, con la voz preñada de ansiedad.

—Creo saberlo, señor.

—Pues hablad.

—Creo que es el símbolo del Devorador, majestad, pero cruzado por una línea horizontal, que interpreto como señal de muerte.

—¿El símbolo del Devorador? Explicaos, por Dios bendito.

—Con tal nombre se conoce al dios Saturno, de la mitología romana. El Devorador. En la mitología griega, como bien sabéis, el

dios Saturno recibía el nombre de Cronos.

Calló el arquitecto, dejando que ese nombre resonara en el aire calmo de los jardines. Felipe cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, había en ellos un brillo de agua y un centelleo de horror.

—Saturno, Cronos... El dios que devoraba a sus hijos por miedo a que lo derrocaran —susurró con un hilo de voz.

—En efecto, señor —admitió Herrera con un timbre de pesar—. Pero no logro entender el porqué de ese signo en la torre. ¿Qué tiene que ver con...?

Levantó la mano el rey, interrumpiendo al alarife, y extrajo de su bolsillo la carta anónima y se la tendió al arquitecto.

—Leed —dijo con la voz llena de congoja.

Herrera, tras una breve ojeada, levantó la vista del texto y se dirigió a su señor.

—No está firmada —observó.

—Un anónimo, cierto.

—Y está aquí el mismo símbolo que antes me habéis mostrado.

—Así es.

—¿Esta carta...?

—Ha sido dirigida a la Suprema, al inquisidor general don Gaspar de Quiroga. Me hizo entrega de la misiva ayer. Pero leed, os lo ruego.

Juan de Herrera leyó sosegadamente la carta, sin querer perderse el significado de ni una sola de las palabras que contenía, pues conjeturaba que sería preguntado por el rey al respecto.

—Esto es una ignominia, señor —afirmó, muy grave, tras acabar la lectura; tendió la carta al rey, pero este le hizo un gesto para que la conservara entre sus manos—. Es una afrenta inadmisible, majestad, para la que cualquier castigo sería escaso.

—No me preocupa el castigo, don Juan, sino el efecto que podría tener esta carta si se hiciese pública.

—La Suprema no se atreverá a...

—No, no, por supuesto que no —interrumpió el soberano—. La Inquisición sabe hasta qué punto depende del rey. Pasé por que requirieran mi testimonio en el proceso contra fray Bartolomé de Carranza, pero don Gaspar y los demás inquisidores saben que, si se atrevieran a hacer pública esta esquela, o si osaran iniciar proceso o de cualquier otro modo se inmiscuyeran por virtud de ella en los asuntos del reino, acabaré con todos ellos aunque me cueste una guerra con Roma. No. No es eso lo que me inquieta. Lo que en verdad me mortifica es que el autor de esa..., de ese libelo..., de esa canallada, no cese aquí en su ruindad y haga llegar su infundio a... a sabe Dios a quién... A Isabel de Inglaterra, o a Enrique de Francia, o a Guillermo de Orange, o al cardenal Enrique de Portugal, o al mismísimo papa... ¿Quién sabe de qué puede ser capaz quien ya lo ha sido de expresar tamaña vileza como es acusarme de la muerte de mi hijo el príncipe? Y eso si es que algunos de quienes he nombrado no está detrás de toda esta bellaquería...

—El mismo símbolo, en la carta y en la torre vieja, donde vuestro hijo murió... —murmuró Juan de Herrera, plenamente consciente de que ese símbolo no era sino la representación alegórica de la gravísima acusación, de la atroz incriminación que la carta anónima contenía—. Si me permitís que os lo diga, ese símbolo resume todo el contenido del anónimo, majestad: el dios que devora a sus vástagos, el rey que mata a su hijo...

—Dios mío... —murmuró el rey, que parecía haber envejecido un lustro—. Llevo toda la vida peleando por Dios y por estos reinos que Dios y mi padre el emperador me legaron, y ahora... ahora... ¿En

eso quieren que quede? ¿Así pretenden que pase a la posteridad? ¿Como un monstruo mitológico que asesina a su hijo?

—Nadie lo piensa, majestad. Todos hablan de vuestra majestad como un rey sabio y prudente. Como un rey que gobierna con mano instruida e infatigable a sus vasallos. Solo la mente perturbada que haya redactado esa carta puede pensar de otra manera.

—Me decís que el símbolo está cruzado por una línea horizontal que anuncia o presagia una muerte...

—Así es, señor —afirmó Herrera, y sacó de su jubón un cuadernillo y un trozo de carbonilla que siempre llevaba consigo—. Si me permitís...

Y, con mano experta y con la resolución que dan años de trazar planos y delinear formas, dibujó en el papel un emblema que enseñó al rey.



—Este es, en realidad, el símbolo de Saturno, majestad, el signo del Devorador —explicó—. Como podréis observar, se diferencia del que ha aparecido grabado en la torre vieja y en la carta en que este que os he trazado carece de la línea horizontal que cruza a los otros por la mitad. Representa una guadaña, estilizada, es cierto, pero una guadaña. Se debe tal cosa a que, en la Antigüedad, las estatuas de Saturno portaban una guadaña o una hoz, símbolos de la cosecha. Saturno, hijo de Caelus, dios primordial del universo, era el esposo de Ops y padre de Júpiter. Se le representaba como un dios anciano con la cabeza cubierta, portando una segadera. Se dice que reinó así y que subyugó a muchos reinos. Como vuestra majestad, señor, que reina en medio mundo. Os lo digo con todo respeto, solo para que observéis el paralelismo.

—Continuad.

—Según la tradición mitológica, Saturno supo por una profecía de Temis que podría ser expulsado de su reino por su propio hijo, así que, como bien habéis dicho, solía devorar a cuantos vástagos su esposa paría. Un día, cuando Saturno salía al campo para ejercitar su cuerpo, el joven Júpiter le cortó los testículos con un cuchillo y expulsó a su padre de su reino.

—Y esa raya horizontal...

—Es como si destruyera al dios que representa el símbolo, señor. Como si augurara su muerte.

—Y yo soy Saturno —dijo Felipe, en voz baja, con un timbre de desesperación, de agonía, pronunciando cada palabra como un estertor, y hablando más para sí mismo que para el otro—, el rey que domina un vasto mundo pero que dio muerte a su hijo para que no le arrebatara el trono. Y se pronostica mi fin, la pérdida de mi reino o incluso mi muerte... ¿Ese es el futuro que me aguarda?

—Majestad, os insisto, esto —dijo Herrera, blandiendo la carta como un gallardete— no es más que un pasquín de un desquiciado, la obra de un orate. No debéis hacerle caso, majestad.

Felipe se puso de pie, trabajosamente. Juan de Herrera lo imitó de inmediato. Los cipreses, a pesar de la brisa que de pronto había saltado, apenas se movían, como si no quisieran distraer a esos dos hombres atribulados. Sobre las terrazas de piedra planeó un milano silencioso.

—Vos, don Juan —dijo entonces el rey—, que pasáis los días en San Lorenzo y estáis alejado de la corte y por tanto no os alineáis con ninguna de las banderías y parcialidades de mis criados, aunque conocéis a cada uno de los súbditos que me rodean, decidme: ¿quién pensáis que puede estar detrás de esa... de esa amenaza? ¿Qué mano ha podido ser la autora de esa carta?

—La sospecha es la antesala del yerro y de la injusticia, señor —respondió Herrera—. No creo que ninguno de vuestros vasallos os desee ningún mal y estoy seguro de que ni uno hay que anhele para el reino otro monarca que vuestra majestad.

—¿Habéis visto antes el símbolo, don Juan? —pregunto el rey—. No sé... En un gremio, en una fraternidad...

—Jamás, señor. Con esa raya horizontal, jamás.

—¿Conocéis bien a mi hermanastro don Juan de Austria?

—Rara vez me crucé con él.

—¿Creéis que mi hermanastro don Juan pudiera estar detrás del anónimo y la amenaza?

—Si don Juan es hijo de vuestro padre el emperador, que Dios tenga en su gloria, como así es, lo dudo mucho, señor.

—¿Qué he de hacer, pues, ahora? Imaginad que lo que os planteo es un problema constructivo, una falla advertida en el monasterio, algo que puede derruir lo edificado. ¿Qué me aconseja vuestra merced? ¿Qué haríais vos?

—No lo sé, señor —respondió Herrera, consternado—. El problema que me planteáis no se soluciona con argamasa ni con contrafuertes ni reforzando los pilares de la obra. Pero recordad que también Saturno es el padre del tiempo. Y el padre del tiempo, majestad, cobra siempre su deuda.

8

UNA CELADA EN LA NOCHE

Madrid, calle Mayor, 25 de septiembre de 1578

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡Por lo que más queráis, abrid! ¡Mi señor necesita vuestra ayuda, maese Velasco!

El médico Francisco Velasco vivía en unas habitaciones de un viejo caserón de la calle Mayor, edificado mucho antes de las reformas ordenadas por el rey Felipe en todo Madrid, que aún proseguían, para hacerla digna villa para su corte. La calle Mayor era una de las arterias principales de la ciudad, y conducía desde el alcázar hasta la puerta de Guadalajara. Era, no obstante, una vía estrecha, ruidosa e irregular, con tramos que se ensanchaban y estrechaban a su libre albedrío, sin orden ni concierto. Estaba bordeada de casas adarvadas, entramadas de madera y yeso, con balcones que en algunos trechos casi se tocaban al asomarse, dejando solo un hilo de cielo entre sus tejados torcidos. Algunas zonas de la calle estaban empedradas con adoquines irregulares; otras seguían siendo barro endurecido o tierra apisonada. Junto a las casuchas de peligrosos aleros, vigas a la vista, colores apagados —ocres, rojizos...— y maderas oscuras, se alzaban nuevas casas ostentosas de quienes se habían aposentado en Madrid siguiendo al rey y a su corte, e iglesias como la de Santa María la Mayor, edificada sobre la antigua mezquita de la ciudad musulmana, y la de San Salvador, donde

celebraba sus sesiones el concejo de la ciudad. En sus cercanías se hallaba el monasterio de las Descalzas Reales, donde descansaba el cuerpo de Juana de Austria, la hermana menor del rey Felipe, reina de Portugal; también se hallaba por allí el convento de los benedictinos de San Martín y otras casas pequeñas de recogidas y de cofradías.

—¡Voy, voy! ¿Quién va a estas horas, pardiez? ¡Dejad de aporrear la puerta que la vais a derribar, voto a bríos! ¿Quién va?

El médico Francisco Velasco y Ulloa, vestido con camisa larga de dormir, tejida en algodón —recuerdo de cuando vivía tiempos mejores—, gorro con pliegue en la frente y medias de lana, se aproximó trastabillando a la puerta de la casa, en la que las puñadas de quien llamara resonaban como trancazos. En la torre cercana de la iglesia de San Ginés las campanas anunciaron la medianoche. Se tomó su tiempo para encender una lamparilla de aceite mientras los golpes seguían restallando sobre la madera.

Al abrirse, la puerta de la casa chirrió como si aplastara entre sus goznes un coro de chicharras.

—¿Quién eres tú, gañán, y a santo de qué te presentas en mi casa a estas horas de la noche, voto a tal?

—¡Mi amo se muere, maese Velasco! ¡Su esposa me ha mandado llamar a vuestra merced! ¡Os suplica que acudáis en su auxilio de inmediato!

Era, quien había aparecido en la puerta del galeno y quien la había aporreado con fuerza impropia de su edad y su complexión, un zagal mugriento que no tendría ni quince años. En la penumbra del umbral, bajo los tiznajos de su rostro, se adivinaban unos ojos perspicaces y unos rasgos regulares que lo habrían hecho pasar, de estar lavado y vestido como un pisaverde, por un muy apuesto muchacho. Vestía un jubón desgastado de paño burdo, remendado

mil veces, con una manga descosida; calzones deshilachados en la entrepierna, aguantados por un cordel y con manchas de barro, y medias viejas con agujeros, sostenidas por ligas de cuerda.

—¿Y quién es tu amo, si puede saberse, granuja?

—El cerero don Antolín Criado, maese Velasco. ¡Debe vuestra merced venir de inmediato! ¡Mi amo se muere, señor!

—¡Quia, quia, zagal! Que todos nos morimos. Y dime, ¿qué diantres le ocurre a tu señor que no puede esperar hasta mañana, voto a bríos?

—¡Tose sangre, maese! ¡Y apenas puede respirar! ¡Se ahoga entre sus flemas!

—¿Y calenturas?

—¡También!

—La tisis, pardiez. Pues no sé yo si voy a poder hacer mucho...

—¡Pero usted fue médico en el alcázar, maese Velasco!

—Hace ya muchos años, gañán. Ahora me gano la vida tratando a gente como tu amo. ¿Tiene, por cierto, con qué pagarme?

—¡Por supuesto, señor!

—Pues vamos allá. Dame un minuto que me vista.

Entre las sombras de la casa apareció la figura de una mujer rolliza, de edad parecida a la del médico, que ya no cumpliría los cincuenta, y también vestida con camisa de dormir.

—¿Quién es, Francisco?

—Nadie —respondió su esposo—, un mozuelo que viene de parte de un cerero llamado Criado, que me requiere a deshoras. Vuelve a la cama, que yo retornaré en un rato.

Se atavió el médico aprisa y corriendo. Se enfundó, sobre la misma camisa de dormir, su ropón negro, de paño fino —también memoria de tiempos más felices y mejor remunerados—, de mangas amplias forradas de seda, cuello sin encajes, bonete negro cuadrado

y ferreruelo sujeto con broche de plata, pues el clima, en este septiembre aún cálido, acompañaba, pese a ser noche entrada.

—Vamos, pues —le dijo al zagal cuando ya se hubo ataviado con su ropaje de galeno—. Y dime, pues, mozuelo, ¿dónde vive tu amo?

—Aquí cerquita, maese, en la calle del Factor.

Esta vía, así llamada porque en ella residía Fernán López del Campo, factor de su majestad, se hallaba, en efecto, a corta distancia de donde se encontraban, a no más de un centenar de estadales de la casa del médico.

Cuando salieron a la calle Mayor, armados con una linterna como las pragmáticas ordenaban, se arrebujó el galeno en su capilla, pues, pese a la temperatura agradable, el relente lo calaba.

—¿Y desde cuándo está tu amo con fiebres, muchacho? Que, por cierto, mal amo es si tan mal te cuida —añadió Velasco, observando la vestimenta desastrada de su acompañante y su cara sucia y granujienta.

—Desde antier, maese. Por aquí —agregó, señalando la dirección del alcázar.

—Sé dónde está la calle del Factor, mocoso. Vamos, que es para hoy.

La calle Mayor, durante el día, era tránsito obligado de todos los que iban al alcázar o venían de allí. Se encontraba continuamente animada por la circulación de carrozas y caballeros, seguidos por sus pajes y escuderos. Había un trasiego continuo de carros de suministros entrando y saliendo del castillo, vendedores pregonando sus mercancías, pícaros, mendigos, aguadores y arrapiezos corriendo con recados. En la mañana olía a humo de leña, a pelo de caballo, a estiércol, a carne ahumada, a pan recién hecho, a establos e, inevitablemente, a las basuras que a diario se arrojaban en los rincones. Había una continua sonería discordante: gritos, risas,

lloros, quejas, pregones, el tintineo de las herraduras sobre piedra, los campaneos de los cencerros, los portones que se abrían y cerraban, los sones de la música callejera de atabales, vihuelas y flautas. En la noche, en cambio, a esas horas, tras el toque de ánimas, la calle estaba desierta como camposanto. Olía a humedad y a peligro y no se oía más que algún grito aislado de algún borracho, el ladrido disperso de un perro vagabundo, contraventanas que golpeaban con el vientecillo nocturno, el aleteo de los mochuelos en los campanarios, algún juramento y risas lejanas y mal apagadas.

Nada más salir de la casa, se toparon con la ronda de noche, que les requirió identificación y que les permitió seguir adelante cuando Velasco se identificó como médico que iba a atender una urgencia.

—¿Está tranquila la noche? —preguntó el galeno a los alguaciles.

—Por ahora, y quiera Dios que así siga hasta el alba —contestó el que dirigía la ronda—, que acabo mi turno. Pero vaya vuestra merced con cuidado, que nunca se gana para disgustos. Y quedad con Dios.

—Y vos con él.

Siguieron adelante, pegados a las casas que flanqueaban la calle. Pasaron junto a la iglesia de Santa María, y se persignó el físico como era su costumbre, murmurando una prez breve. El zagal caminaba un paso a la cabeza. A medida que avanzaban hacia el alcázar, la calle se estrechaba, se inclinaba levemente y los aleros se juntaban arriba como si quisieran cubrir el cielo. A la izquierda, casi oculta, se abría la calle del Factor, una hendidura negra en la noche, más estrecha todavía.

—Por aquí, maese —indicó el chiquillo.

—Que ya lo sé, pardiez.

Se adentraron en la calle, ganada por una oscuridad absoluta que el farol de aceite del médico apenas penetraba. Se oyó entonces el

chirriar de un portón, tal vez movido por el airecillo, o tal vez no, y un tintineo metálico unos metros por delante.

En ese instante, cuando ya se habían adentrado unas decenas de pasos en la calle desierta, el mozuelo, sin previo aviso, echó a correr, regresando a la calle Mayor. Primero se perdieron sus contornos en las tinieblas; luego, dejaron de oírse sus pisadas.

—¡Pero, ¿adónde vas, granuja?! ¡¿Por qué corres, pardiez?! ¡Vuelve aquí o te las verás conmigo, truhan! ¡Que no sé dónde vive tu amo! ¡Que tienes que conducirme hasta él, voto a bríos!

Dos figuras embozadas surgieron de pronto ante el físico, como apariciones. Ni bajo tortura habría sabido decir de dónde habían salido.

—A la paz de Dios —tartamudeó, espeluznado. Fruncía los ojos intentando adivinar los rasgos de esas dos figuras encaperuzadas, que la escasa luz de su farol no aclaraba, pero, en la oscuridad, era como si no tuvieran rostro. El susto se le convirtió en espanto—. Soy médico y voy a...

—¿Francisco Velasco? —La voz también era oscura como esa noche—. ¿Sois vos Francisco Velasco?

—¡Yo soy! —admitió el galeno, esperanzado ahora: a lo mejor esos dos hombres, o lo que fueran, habían venido a guiarlo hasta su paciente—. ¿Vienen vuestras mercedes a...?

—¿Sois vos el Francisco Velasco que fue médico en el alcázar?

—¡Justo yo! ¿Serían tan amables vuestras mercedes de decirme...?

—¿El que fue médico del príncipe Carlos?

—¡Sí, sí, yo soy! Y si les place que...

Mas no pudo finalizar el físico su cuestión. Una de las figuras, la que estaba más a su izquierda y no había pronunciado palabra, extrajo de su capa la mano, en la que destellaba un cuchillo de

matarife. Y sin explicación alguna, lo clavó justo en el corazón del desdichado médico Francisco Velasco y Ulloa, que ya estaba muerto cuando cayó al suelo.

—Recuerdos al príncipe —dijo el bravonel, con un acento extraño en su pronunciación, limpiando el cuchillo sangrante en el ropón del físico.

El segundo sicario sacó del bolsillo de su jubón un cedulón que sujetó fuertemente en las vestiduras del muerto, engarzándolo entre sus botones, de tal forma que la brisa no pudiera llevárselo consigo.

Luego, ambos se perdieron entre las sombras de la calle del Factor.

***

—Otro borracho, pardiez. El alcaide de la cárcel de la villa va a estar contento. Es el séptimo alumbrado de la noche. ¡Eh, tú, despierta, miserable!

Y el alguacil pateó sin misericordia el cuerpo tendido en la calle del Factor.

Pese a la violencia de la patada, el cuerpo del hombre tumbado en mitad de la calle no se movió del sitio. Con la fuerza de la coceadura se levantó apenas unas pulgadas y volvió a quedar en el lugar, inerte.

—¡Eh, mirad, Benítez! —dijo otro de los alguaciles, señalando el cuerpo con su vara de justicia—. ¿No es eso sangre? ¿Y qué es lo que lleva en el ropón?

El primero de los alguaciles, el llamado Benítez, se agachó junto al cuerpo, le acercó su farol y dio un respingo.

—¡Este fulano está muerto, voto a bríos! ¡Lo han aguaitado a puñaladas, por las barbas de Barrabás!

—A ver, dejadme ver —pidió el segundo alguacil.

Y desengarzó el cedulón abrochado al ropón del difunto, le acercó su farol y miró lo que en él había escrito.

—¿Y esto qué narices significa, pardiez?

—¿Qué es lo que pone?

—Esto. —Y le enseñó a su compañero el papel, donde figuraban diez simples palabras:

Que lo sepa el rey
Que aquí yace su cómplice

Y, debajo, un signo indescifrable para aquellas justicias:



Ambos ministriles se quedaron unos instantes contemplándose, perplejos. Tras ellos, los restantes miembros de la ronda aguardaban, también intrigados por la reacción de sus camaradas.

—Mala espina me da todo esto, Zuasti —aseguró el primero de los alguaciles, enderezándose y cuidando de no pisar los restos del farol del médico esparcidos por el suelo. Y aunque no había un alma por los alrededores, noche cerrada como era aún, espetó—: ¡Nadie se acerque! ¡Por orden de la villa, queda vedado el paso!

—Que no hay nadie, Benítez, voto a tal —exclamó el otro alguacil. Y girándose hacia el resto de los integrantes de la ronda preguntó—: ¿Alguien conoce a este sujeto?

Todos negaron, tras acercarse uno a uno, con sus faroles, al cadáver y examinar sus facciones descompuestas por el asombro y el dolor.

—¿Y alguien sabe qué diantres significa este símbolo... o lo que sea? —inquirió luego, mostrando el papel a alguaciles y corchetes, que negaron igualmente. A renglón seguido se acercó hasta el cuerpo, rebuscó entre sus ropas y extrajo su faltriquera. La abrió y sobre la palma de su mano abierta se derramaron un par de monedas de plata y un puñado de chavos. Observó después el anillo del muerto, de oro y con una piedra oscura engarzada, tal vez un ónice o un azabache.

—Muy bien, pues. Esto, mucho me temo, escapa a nuestra jurisdicción. Cuando se cita al rey como aquí se hace, y de tan desalmada manera, otras instancias, más altas que nosotros, son las competentes. —Señaló el cadáver—. Por su indumentaria, este hombre no era un maleante ni un borracho. De hecho, ni sus vestidos ni su cuerpo huelen a alcohol. Por su ropón y su bonete, deduzco que este infeliz era médico letrado, no un simple barbero. Y por lo que pone en el papel, puede tener relación con el rey nuestro señor. Y no se trata de un robo, pues aquí está su bolsa, intacta, y no se han llevado el anillo que lleva en el dedo, que es de oro, si no yerro. Es hora, por tanto, de dar parte al escribano del crimen a fin de que levante acta, certifique el hallazgo y describa el estado del cuerpo y del lugar. Y luego al licenciado don Martín de Espinosa, el corregidor de la villa. Que ya él, por la cuenta que le trae, sabrá qué hacer. A nosotros no nos pagan por desfacer tan gran entuerto.

9

Una jornada en El Pardo

El Pardo, Madrid, 26 de septiembre de 1578

En la mañana del viernes día 26 de septiembre del año del Señor de 1578, justo al alba, después de oír misa en la capilla del alcázar, Felipe II, rey de España, partió en dirección al palacio de El Pardo, uno de los lugares favoritos del monarca para cazar, para reposar y para despachar asuntos lejos del bullicio de la corte. Estaba situado en el monte de El Pardo, a escasas dos leguas de Madrid, en un paraje lleno de encinas, jaras y enebros. Era abundante en venados, jabalíes y conejos, cruzado por arroyos y fresco incluso en verano. En origen una casa de campo mandada edificar por Enrique III de Castilla, que eligió el sitio por su riqueza cinegética, el emperador Carlos, a instancias precisamente de su hijo Felipe, había convertido el antiguo castillo en un elegante palacio, sobrio y austero, al estilo del rey, con cuatro torres en los ángulos, tejado de pizarra y un patio porticado. El día antes, jueves 25, Felipe había hecho que la familia real partiera hacia el palacio, donde él se reuniría con su esposa e hijos al siguiente día. Allí, en El Pardo, le aguardaban, pues, su esposa la reina Ana de Austria y sus cinco hijos: las dos infantas, nacidas de su matrimonio con Isabel de Valois, nombradas Isabel Clara Eugenia, de doce años de edad, y Catalina Micaela, que cumpliría once el venidero mes de octubre; y los tres habidos con su

sobrina Ana: Fernando, que alcanzaría los siete años el próximo diciembre, Diego Félix, que había cumplido tres el pasado agosto, justamente el día de la Virgen, y el pequeño Felipe, de tan solo cinco meses de edad.

El rey salió del alcázar a la hora de las laudes, cuando la ciudad ya despertaba, dispuesta a encarar un nuevo día. Había sido una decisión impulsiva la de viajar hasta El Pardo. Necesitaba escapar de Madrid, como si poniendo tierra de por medio pudiera distanciarse también del signo del Devorador. Y necesitaba, sobre todo, saber que su familia estaba a salvo.

La carroza lo esperaba en la plaza del castillo, envuelta en la luz gris que antecedía al amanecer. Los faroles aún ardían, colgando de varas de hierro, y el aire tenía olor a brasas apagadas. Se oía, junto al runrún de la ciudad que se desperezaba, el murmullo del Manzanares en la hondonada y los crujidos de los cueros tensados del carruaje. Le abrieron paso los alabarderos de guardia y las ruedas de la carroza comenzaron a moverse con un quejido grave. Tras el coche real, otros carruajes emprendieron también el camino, con los ayudas de cámara, camareras, aposentadores, secretarios y aquellos otros criados que habrían de servir en El Pardo a su señor.

Los cascos de los caballos resonaron huecos en la piedra irregular. En el interior del coche, Felipe, como cada vez que viajaba, se dispuso a despachar los asuntos cotidianos, a leer esquelas, cartas y billetes, y a garabatear en los márgenes de estos sus instrucciones precisas para cada secretario y para cada consejero, sus órdenes para cada ministro, sus respuestas para cada embajador. Y así estaría, sin levantar cabeza de los legajos, apenas mirando un par de veces el paisaje que desfilaba a través de la ventanilla acristalada, durante el trayecto de casi tres horas que invertiría en llegar hasta el palacio de El Pardo.

Tras salir del alcázar bajaron por la calle Mayor hasta la puerta de Guadalajara. Nadie reparó en el ir y venir de alguaciles y corchetes que pululaban por allí y nadie de la comitiva supo nada de un cadáver acuchillado en la calle del Factor, en cuyo pecho había prendido un papelote con el símbolo de Saturno y una nueva acusación hacia su majestad. Luego de dejar atrás las casas, el Camino Real de Fuencarral se abrió ante ellos, una cinta de tierra polvorienta que cruzaba huertas dormidas y campos oscuros. Atravesaron un rato después el arroyo del Olivar, convertido en fango por las lluvias recientes. Más adelante, el viento azotó el alto del Prado del Rey, donde el camino era solo un trazo pálido que se confundía con la tierra yerma. Cuando llegaron al palacio y a su puerta del Rey, un arco sencillo de piedra flanqueado por guardias reales, eran casi las diez de la mañana.

Felipe experimentó un sentimiento de alegría, casi de liberación, cuando el cochero anunció que habían alcanzado su destino. Aunque era hombre que nunca dejaba de pensar, que siempre estaba dándole una y mil vueltas a los asuntos del Estado, que jamás descansaba, estaba deseoso de alejarse del alcázar, aunque fuera solo por un par de días, como si así pudiera también distanciarse de los problemas que, desde la visita del arzobispo de Toledo, ocupaban cada rincón de su mente: aquella carta anónima, aquel símbolo extravagante, aquella alusión a Saturno, el devorador de sus propios hijos, aquella amenaza implícita en la misiva.

Y también estaba ansioso, justo era reconocerlo, por compartir esas jornadas con la familia real.

Felipe, aunque pocos en la corte lo sabían, era un hombre profundamente familiar. Había disfrutado de escasa vida con su familia durante su infancia. Su madre, Isabel de Portugal, de quien tenía pese a todo rica memoria, había muerto cuando él era todavía

un niño, y su padre, el emperador Carlos, partió de España casi inmediatamente para viajar por sus dominios y no regresaría hasta muchos años después. Y al marcharse dejó órdenes precisas acerca del tiempo que su hijo Felipe podría pasar junto a sus hermanas menores, las infantas María y Juana, con cuya compañía en muy escasas ocasiones pudo deleitarse desde entonces. Tenía en el corazón ese hueco, esa ausencia, ese vacío de no haber podido disfrutar cuando niño de una vida plena con sus seres queridos. Y ahora que tenía su propia familia —¡cinco hijos vivos, por fin, y tres varones entre ellos, que garantizaban, si Dios así lo quería y los libraba de la mala salud, la sucesión y el futuro del imperio!—, intentaba compartir tiempo con ella cada vez que sus numerosos quehaceres se lo permitían.

Se bajó de la carroza real e inspiró con fuerza el aire limpio del monte. Se dijo que allí olía a resina, a tierra húmeda, a hierba pisada, a los establos del palacio. Observó, complacido, la fachada del castillo, sobrio, con sus torres cuadradas, los muros rojizos por el sol ascendente, las chimeneas que aún exhalaban un hilo de humo. Vio cómo los batidores preparaban los caballos de caza, cómo los criados abrían los postigos, cómo los monteros de Espinosa, con sus vistosos uniformes gualdas, con sobreveste de gules, cambiaban el turno. Más cerca del palacio, dos alabarderos españoles custodiaban la entrada, inmóviles como atlantes.

Subió a la cámara que utilizaba cada vez que venía a El Pardo, y durante unos minutos, impaciente, ordenó los legajos que había leído durante el trayecto, los amontonó sobre el escritorio según su relevancia y urgencia, repasó las anotaciones de un par de billetes e hizo llamar a su secretario Mateo Vázquez, que, en esta ocasión, había acompañado a su señor a su retiro a instancias de este. A la vista del estado de las cosas, contemplaba la necesidad de mantener

comunicaciones rápidas con Madrid. Despachó brevemente con el secretario acerca de informes recibidos sobre el estado de salud del cardenal Enrique de Portugal; sobre los últimos movimientos del prior de Crato, aspirante al trono luso; sobre cartas interceptadas de embajadores franceses y sobre el estado de la hacienda real que auguraba una próxima bancarrota. A través de una puerta entreabierta llegaba el rumor suave de voces infantiles desde el jardín: el infante Diego reía y la reina hablaba en voz baja con una doncella. Felipe se levantó de su sillón, como si el sonido lo atrajera.

—Majestad —dijo Mateo Vázquez, deteniendo el ademán del rey de abandonar la estancia—, faltan un par de puntos por tratar. No son importantes, pero...

—Si lo que traéis puede esperar, que espere. No veo a mi familia desde hace días.

—Solo quería advertir a su majestad de que esta noche hará frío. El aposentador ha pedido colocar braseros en las cámaras y revisar las chimeneas. Dice que el humo del ala norte vuelve a meterse en los cuartos.

Felipe alzó una ceja.

—En este palacio siempre se mete humo en alguna parte. ¿Algo más?

—Que han llegado telas nuevas de Segovia para los tapices del comedor. El maestro dice que convendría verlas antes de que las tensen en el bastidor. Si a vuestra majestad le place, puedo hacer la revisión yo mismo.

—Sí, hacedla vos. No quiero discutir colores a estas horas.

Mateo Vázquez se aclaró la voz.

—El montero mayor pregunta si su majestad tiene intención de salir a cazar hoy o mañana. Debe preparar los caballos.

—Decidle que no hoy. No he venido a El Pardo para eso. —Felipe hizo un gesto con la mano, como quien aparta un pensamiento trivial—. Ya veremos mañana.

—También me han preguntado, señor, si esta noche queréis música. La vihuela o el arpa. La reina dice que...

Felipe lo interrumpió con una mezcla de impaciencia y cansancio.

—Sé que a vuestra merced se le paga por pensar en todas estas cosas, pero ahora quiero abrir esa puerta y ver a mis hijos. Si la música ha de sonar, que suene. Si no, que no. Decid a quien corresponda que hoy no tengo opinión sobre nada salvo esto: quiero estar con mi familia.

Mateo bajó la cabeza, sonriendo apenas.

—Entonces no os detengo más, majestad.

—Gracias, Mateo. Ahora sí... dejadme ser padre un momento.

Y el rey, presuroso, fue a reunirse con su familia.

Por un instante, El Pardo dejó de ser palacio y fue tan solo hogar.

***

Felipe caminó hacia el jardín de El Pardo con pasos presurosos, deseoso de saludar a su esposa la reina, al príncipe y a los infantes. Se detuvo, empero, cuando vio que desde allí venía Luis de Mercado, desde hacía unos meses médico de la cámara real y protomédico general de los reinos de España, que había viajado al palacio de campo con su familia desde el alcázar. Era Mercado, junto con Francisco Vallés —a quien el rey llamaba «el Divino Vallés» por haberle aliviado con un sencillo procedimiento, casi casero (unos pediluvios de leche caliente), sus dolores de gota—, y Fernando de Mena, uno de los galenos más famados de Europa, el galeno de confianza del rey. Bajo de talla pero de firme presencia, el médico

Luis de Mercado era un hombre ya bien entrado en la cincuentena, de complexión enjuta, con la austeridad típica de los hombres de estudio que tanto valoraba el rey de España. Su rostro era alargado, ligeramente hundido en las mejillas, pero con mirada incisiva. Sus ojos, oscuros y vivaces; su nariz, fina y recta, de erudito. Era especialista en pestes, fiebres, niños y mujeres embarazadas, y de ahí su nombramiento en la cámara. Iba tocado con su bonete universitario y portaba una pequeña tablilla de notas bajo el brazo.

—Majestad —saludó al rey con una pronunciada reverencia, en cuanto lo vio en la galería.

—Don Luis —correspondió Felipe—, le agradezco que vuestra merced se haya avenido a dejar abandonada durante unos días su cátedra para acompañar hasta aquí a su majestad la reina y a sus altezas.

—Soy yo quien agradece a vuestra majestad el alto honor de haber confiado en mí para cuidar de quienes tanto amáis, señor.

—¿Cómo se encuentran mis hijos, don Luis?

El físico no pudo ocultar un breve gesto de preocupación.

—Las infantas doña Isabel Clara Eugenia y doña Catalina Micaela se hallan magníficamente, majestad. Crecen sanas y alegres. Doña Isabel es de gran salud, bonita y vigorosa, de gran resistencia a los achaques y las molestias, tal vez por su temperamento vivo. Si me permitís que hable de estas cosas, majestad, ya ha tenido su primer sangrado. Ya es toda una mujer.

—Lo desconocía —dijo el rey, algo turbado, después de una breve pausa para asimilar la noticia; lo primero que pensó es que empezaba a perder a la niña que tanto amaba. Preguntó luego—: ¿Ha sufrido dolor? ¿Está débil? ¿Debemos tomar alguna precaución?

—Ninguna, señor, por supuesto que no. Es algo normal a su edad.

—¿Lo sabe su majestad la reina?

—Lo sabe, señor.

—Está bien. No deseo murmuraciones. Trátese con cuidado y reserva.

—Por supuesto, majestad.

—¿Y la infanta doña Catalina? ¿Está sana también?

—Aún más sana, señor, alegre, vivaz, físicamente resistente. No tiene vuestra majestad nada que temer acerca de la salud de sus altezas las infantas.

—Habladme del príncipe don Fernando. ¿Cómo va de sus fiebres?

El gesto de preocupación que el médico había mostrado al oír la inicial pregunta del rey se acentuó.

—Estoy seguro, señor, de que el infante don Felipe va a superar sin mayores contratiempos la delicada edad que tiene. Como bien sabéis, majestad, el tiempo más peligroso para la vida de un recién nacido son sus primeros meses, tiempo en que son más propensos a los contagios y las fiebres, pues disponen de menores defensas. Don Felipe ya ha cumplido los cinco meses y ha superado las fiebrecillas características de su tiempo. Su alteza don Diego Félix es un niño destinado a crecer; es alegre y robusto, que son factores que ayudan. Es algo sensible al frío y a las alergias, pero en épocas como la que nos hallamos, en verano y en otoño, mejora considerablemente.

—Os había preguntado por el príncipe don Fernando, el mayor de mis hijos varones, don Luis —insistió el rey, muy serio—. Y no me habéis respondido, o acaso habéis dejado la respuesta para el final. ¿Tanto os preocupa su salud?

El médico movió levísimamente la cabeza, con cierto pesar.

—«Que la comida sea tu medicina y la medicina sea tu alimento», dijo el gran médico griego Hipócrates —explicó Luis de Mercado, con gesto algo afligido—. Su alteza el príncipe don Fernando come mal,

majestad, pues no tolera muchos alimentos. Debiera consumir más carne, pero no es fácil que se mantenga en su vientre lo que ingiere. Eso le provoca debilidad general y retraso en el crecimiento. Es de acentuada flaqueza y de quebranto continuo. Ha vuelto a padecer fiebres, aunque hoy su temperatura es casi normal, y sus problemas respiratorios se han agravado últimamente.

—Sed sincero conmigo, don Luis —exigió el rey, con pesadumbre en la voz—. ¿Vivirá? ¿Podrá ceñir algún día la corona de Castilla?

—Soy sincero con vuestra majestad: eso solo lo sabe el Señor —respondió el galeno con gravedad—. Por nuestra parte, hacemos cuanto podemos: hemos ordenado que se le mueva a cuartos más soleados en la mañana y más cálidos en la tarde. Hemos prescrito olores reparadores: ramas de romero quemadas, vinagre aromatizado en cuencos y pañuelos impregnados en agua rosada. Se le han recetado igualmente purgas con ruibarbo y escamonea para expulsar los malos humores. Solo en casos de fiebre muy sostenida y nunca en exceso, porque su alteza es un niño de poca sangre, se le han prescrito pequeñas sangrías. Y aguas cordiales para enfriar la sangre con melisa y azahar. Jarabes de granada, membrillo y manzana cocida para la debilidad. Y julepes de azúcar, agua y hierbas refrescantes como borrajas, achicoria y violeta para las calenturas. Más no podemos hacer, señor. Lo demás está en manos de Dios.

—Os lo agradezco —dijo Felipe, trémula la voz—. Mañana os volveré a preguntar, si no os molesta. Estaréis aquí, ¿verdad?

—Por supuesto, majestad.

Se despidió el rey del médico y continuó avanzando hacia el jardín. Antes de que su esposa e hijos advirtieran su llegada, estuvo contemplándolos unos instantes. El aire del monte traía olor a tierra húmeda y a romero bañado por el rocío. Las encinas de El Pardo

proyectaban sombras redondas sobre la grava, y en algún lugar cercano cantaba un pájaro, insistente, como si quisiera acompañar la escena.

La reina Ana estaba sentada en un banco de madera, ligeramente inclinado hacia la luz. Rodeada de sus damas, tenía el rostro vuelto hacia el sol, pero su atención estaba en los niños. En los suyos propios y en las infantas, hijas de la difunta reina Isabel de Valois, a las que consideraba y trataba como hijas suyas, no en vano las había criado durante buena parte de su corta vida. El cabello, recogido bajo la toca blanca, desprendía destellos suaves; parecía más joven aún en ese instante.

Las dos infantas, dos jovencitas preciosas, conversaban y reían al borde del estanque, ajenas a todo, solo pendientes del mundo que comenzaba a abrirse ante ellas.

Diego, el infante mediano, corría en círculos, tambaleándose con la torpeza alegre de los tres años. Pasaba una y otra vez delante de su madre como una llamarada rubia, riendo por cualquier cosa: una hoja que caía, una piedra que crujía bajo su zapato, un gesto que le hacía al aya a su espalda. La reina lo seguía con la mirada, atenta pero tranquila, sabiendo que la hierba estaba mullida y que allí el niño podía ser niño.

Un poco más apartada, bajo un almendro tardíamente amarillento, una doncella mecía un cestillo de mimbre. Dentro, el pequeño Felipe, de apenas unos meses de vida, dormía envuelto en una manta bordada en tonos marfil. Su respiración era tan leve que solo el ligero movimiento del paño delataba que estaba vivo. La nodriza lo vigilaba como si temiera que el mundo entero se quebrara con un soplo.

Más cerca de la reina, sentado en una pequeña silla traída del salón del castillo, estaba el príncipe Fernando. Su fragilidad era

visible incluso desde la galería. El cuerpo estrecho, las piernas cubiertas con una mantita, la cabeza algo ladeada hacia su madre. Ana le hablaba en voz baja, señalándole algo en el cielo: quizá un ave, quizá una nube con forma curiosa. El niño asentía con lentitud, el gesto apagado pero atento, como si quisiera seguir el mundo pero este le quedara ya demasiado lejos. La luz del sol, que aún no calentaba, caía sobre su frente pálida y lo hacía parecer casi transparente.

Felipe observó la escena sin moverse. El jardín, los niños, su esposa... todo formaba un cuadro de quietud que contrastaba cruelmente con los pensamientos que él traía desde Madrid. Nadie, en ese jardín placentero, sabía de cartas anónimas ni de símbolos extraños, ni de ejércitos agotados, ni de haciendas escuálidas. Ni de muertes anunciadas. El mundo que veía su familia era pequeño, luminoso, casi inocente.

El rey apoyó una mano en la balaustrada de piedra.

La reina Ana levantó la vista hacia Diego, que intentaba atrapar algo en el aire. Una mariposa blanca revoloteaba cerca de él; la risa del niño llenaba todo el jardín.

Felipe sintió algo que pocas veces se permitía: una tregua.

Un respiro.

Un instante en que el peso del reino parecía quedar fuera de ese recinto verde.

Aún no se atrevía a penetrar en el jardín. Quería permanecer un momento más en esa sombra, mirando sin ser visto, para recordar por qué luchaba cada día, por qué firmaba decretos, por qué soportaba el dolor de la gota y el de su conciencia.

Por qué debía mantenerse en pie cuando todo alrededor parecía inclinarse hacia la ruina.

Su familia aún vivía en la luz.

A él le correspondía impedir que se apagara.

***

Felipe había jugado con sus hijos, del modo en que él lo hacía, reservada, prudentemente. Había acariciado la cabeza de Diego, le había hecho un arrumaco a Felipe, la había preguntado a Fernando por el sueño, por sus fiebres, por la comida, había conversado respetablemente con las infantas, preguntándoles por sus dibujos y sus costuras. Y había observado a sus hijos con orgullo de padre. Luego, se había sentado al lado de su esposa, y había ordenado a sus damas que se alejaran unos pasos de ellos para poder conversar con intimidad. Durante un rato estuvieron hablando de los niños, de su salud, se rieron cuando Diego rodó por el jardín y cuando el infante Felipe despertó berreando, exigiendo la teta de su ama de cría.

—Son felices —observó la reina.

—Están en la edad de serlo, señora.

—Salvo el pobre Fernando. Su debilidad me preocupa, majestad.

—He hablado con don Luis, el médico. Me asegura que están haciendo todo lo que está a su alcance y que todo está en manos de Dios. Pero sí, a mí también me preocupa su debilidad y flaqueza. Observe vuestra majestad, está en los huesos el pobre niño.

—Hoy he mandado a las cocineras que le preparen un caldo con sustancia. Rogad al cielo para que su estómago lo admita.

—Así lo haré.

Quedaron en silencio unos instantes. Oyeron entonces las risas de las niñas.

—Están preciosas —señaló Ana de Austria, haciendo un gesto con la barbilla hacia las infantas, sus hijastras—. Ya son unas verdaderas

damitas.

—Me ha comentado el galeno —dijo el rey, algo escrupuloso—, que doña Isabel Clara Eugenia ya tuvo su primer sangrado.

—El mes pasado, en efecto.

—Nuestra hija crece, majestad. Dios la guarde.

—¿Estáis pensando ya en su boda, señor?

El rey negó con la cabeza.

—Es una niña aún, señora. Y no desearía que tuviera que pasar lo que doña Isabel de Valois, mi segunda esposa. Vino a España con una edad parecida a la de nuestra hija doña Isabel, y lo hizo no solo con el luto blanco propio de las reinas del norte de Europa, por la reciente muerte de su padre el rey Enrique, sino triste y sin haber llegado a la edad núbil. No, no deseo para doña Isabel igual episodio. Podría ser buena esposa para cualquiera de los hijos del emperador Maximiliano, mi cuñado, pero todo será en su momento. Hoy me produce gran contentamiento verla inocente y feliz. Todo tiene su tiempo.

—Dichosa ella, y nuestros hijos, señor, que disponen del tiempo, que a ellos les pertenece.

—No habléis así, señora. Vos sois joven, ni siquiera habéis alcanzado los treinta años. Tenéis el tiempo en vuestras manos. En cambio, yo...

—No es el tiempo lo que importa, majestad, sino el momento. Un solo instante puede justificar toda una vida. Mirad a nuestros hijos y decidme si no llevo razón.

Felipe llevó la mirada a sus hijos, que punteaban de gracia y felicidad el jardín. No pudo, sin embargo, evitar que una sombra de tribulación le anublase el semblante. El tiempo, el dios Saturno, aquella carta... Estuvo tentado de hacer a su esposa partícipe de la amenaza, pero se dijo al cabo que de nada valdría preocuparla.

—¿Habéis notado algo extraño en los últimos días, majestad? —le preguntó, en cambio.

—¿Algo extraño? ¿A qué os referís, señor?

—Pues, no sé... Algo que os haya inquietado, cualquier cosa que os haya llamado a la preocupación.

—No, majestad, todo sigue como siempre. La vida es tranquila en palacio. ¿Por qué lo preguntáis?

—Por nada, no os inquietéis. Cosas mías.

—¿Os veo preocupado, señor? —inquirió tras unos instantes la reina, apercibida de una nube de congoja en el rostro de su esposo.

—No es nada, señora —respondió el rey, que compuso al mismo tiempo un gesto de resignación, como de rendimiento. Intentó sonreír luego—. Ocurre tan solo que hay veces en que me gustaría ser el barro que se hunde al paso del carruaje, o la arcilla que es moldeada por la mano hábil del artesano, en vez de ser este o la rueda que se hunde en aquel barro blando. En esas veces me digo que el poder, señora, es árbol infecundo bajo cuya sombra nada crece.

10

La muerte de Juan de Austria

Namur, últimos días de septiembre de 1578

Pensó que, al igual que después de una batalla el sueño era bienvenido, también lo habría de ser la muerte después de jornadas tan trabajosas. Pero sería bienhallada una muerte digna, una muerte que estuviera a la altura de su vida, y no esa muerte indecorosa, corroído por la enfermedad y el *morbus*. Y a la par pensó que era más fácil recibir a la muerte que pensar en ella, y que, en trances como este, eran más duras las vísperas que la consumación.

Juan de Austria sintió que se moría. Que se enfrentaba a la muerte y que, pese a que esta no llegaba en su momento —¡era tan joven, le debería de haber quedado tanta edad!— ni del modo deseado, y que era el punto y final para su tiempo, para su vida terrenal, era de todas maneras bienvenida. Estaba rendido. Ya no podía más. Llevaba días, semanas, peleando contra dolores más poderosos que el ataque de un jenízaro, más temibles que la carga de un sipahi, y ya no le quedaban fuerzas para resistir ante tanto sufrimiento.

Desde hacía días, su cuerpo era un puro dolor. Le daba la sensación de que sus tripas estaban en carne viva, como si todas las lanzas de los tercios que mandaba estuviesen escarbando en su

interior. Como si todos sus escopeteros hubiesen derramado la pólvora de sus arcabuces en sus entrañas.

¿Y así era la vida al fin? ¿Así era la muerte? ¿Una y otra un mero padecimiento? Eran preguntas que arañaban con uñas afiladas en su angustia y lo llevaban a un estadio cercano al paroxismo que solo su fuerza de voluntad evitaba que se tornase grito desgarrado. Recordó en esos instantes sus primeros años, cuando aún era llamado Jeromín, la niñez y la adolescencia durante su convivencia con los Quijada en Villagarcía; el día en que su hermano Felipe, muerto el padre de ambos, lo hizo llamar a la corte y le dio su nuevo nombre de Juan de Austria; la conquista de Túnez; la victoria sobre los moriscos en las Alpujarras; la derrota total del Turco en Lepanto... ¿Y así iba a acabar todo? ¿Tendido en aquel lecho de aquella cámara fría de Namur?

Intentó levantarse, pero la debilidad le hizo tambalearse al poner pie sobre el piso y la banqueta que estaba ante la cama se cayó al suelo con estruendo. En cuanto se enderezó, fue como si un millar de avispas le picotearan las entrañas. Tuvo que dejarse caer de nuevo en el lecho, asiéndose el vientre con ambas manos, como si así pudiera evitar que esos aguijones punzantes siguieran comiscándole las tripas.

—¡Don Juan! —irrumpió el criado Borja Gómez de Mendoza en la cámara, alertado por el ruido de la banqueta al derrumbarse—. ¿Os habéis despertado? ¿Os encontráis bien?

—Llamad al médico, Borja —le ordenó su señor, con una voz que parecía a punto de quebrarse, intentando levantar la cabeza del lecho—. Decidle que me dé algo que, si no me revive, al menos no me mate de esta manera, algo que alivie estos dolores. Son insoportables, amigo mío.

—Señor...

—Llamadlo, Borja, os lo ruego. No puedo más.

—Os insisto, señor, ¿no preferís un médico español? Lo que ese hombre os da os está llevando a la muerte, excelencia...

—Sus pócimas me alivian el dolor, y eso es todo lo que quiero ahora, Borja. Cuando la muerte se sienta al pie del lecho, poco vale mudar de médico. Llamadlo, os lo ruego...

Hendrick van der Meer, el galeno flamenco, entró en la cámara con su andar parsimonioso. Su palidez habitual había adquirido, en esa mañana fría y clara del otoño de Namur, un tinte casi cadavérico.

—Tendeos, señor —pidió a su paciente cuando observó que este pretendía incorporarse al verlo llegar, y tomándole ambas manos, quiso saber—: Y decidme, ¿qué síntomas tenéis esta mañana? ¿No habéis mejorado nada desde ayer?

—¿Mejorado? —Y Juan pretendió esbozar una sonrisa que brotó como una mueca. Tenía las mejillas hundidas, los dientes se le marcaban bajo el labio superior y su piel había adquirido una palidez que convertía a la del médico en carnadura—. Siento el vientre como si me lo arañaran, y mirad, me cuesta respirar. —Su voz se quebró entonces, y desembocó en una tos flemosa. Cuando, tras beber dificultosamente un buche de agua, pudo continuar hablando, añadió—: Si ha llegado mi hora, estoy dispuesto a entregar mi alma a Dios como el buen católico que siempre he intentado ser. Pero permitidme que no lo haga como un gorrino ante el matarife, gritando de dolor y sin seso para ordenar mis deudas y mis obligaciones postreras. Dadme algo, lo que sea, que me calme el dolor y me permita pensar y discurrir, y así morir con la misma gallardía con la que he vivido.

—No habléis de la muerte —repuso el médico, mientras rebuscaba en su cofre con manos inquietas—. El tiempo de nuestra vida solo lo

conoce Dios, don Juan.

—¿Sabéis qué os digo? —prosiguió el gobernador de Flandes, sin dirigirse a nadie en especial. Había cerrado los ojos en el jergón y hablaba como en delirio. Tuvo que interrumpirse varias veces, apremiado por el dolor, que le llegaba como en ráfagas. En un rincón de la habitación, Borja Gómez de Mendoza contemplaba compungido a su señor y al físico, que preparaba una bizma junto a la cama; movía los labios, rezando con unción una prez apenas murmurada—. Había soñado con morir a lomos de mi caballo, empuñando mi espada, en una encamisada al mando de mis tercios, o en el abordaje de una galera turquesca, sobre la tolda, al frente de mis arcabuceros y ballesteros. Pero no así, indefenso como un niño, mordido por enemigos invisibles que me corroen las entrañas, no así.

—Tened paciencia, excelencia, esto que os voy a dar...

—Dadme algo —interrumpió Juan al galeno— que me permita estar consciente un rato más. Solo el tiempo de escribir una epístola al rey mi señor. He de darle noticias de lo que aquí ocurre, de la carta que recibí hace unos días, de que se puede estar fraguando una conspiración contra él...

—¿Una conspiración, señor?

Abrió los ojos Juan y, tras enfocarlos trabajosamente, contempló al médico.

—Eso no os concierne. Y ahora, decidme, maese Hendrick, ¿qué me vais a dar?

—Seguiremos con los cocimientos de cebada y cinamomo, excelencia, que estoy seguro que acabarán por dar resultado, y...

—¿Me aliviarán este horrible dolor?

—Bueno, para el dolor os puedo preparar agua de adormidera, señor.

—Así solo conseguiréis dormirme, voto al diablo, y quiero estar despierto para ordenar mis últimas voluntades. ¿No conocéis alguna hierba que me alivie el dolor sin privarme del sentido?

—Infusión de sauce y toronjil. Y unas cataplasmas de malva para aplicar sobre el vientre. Es lo que más os duele, ¿verdad?

—Hacedlas.

Pidió el médico a Gómez de Mendoza que hiciera traer paños y agua caliente de las cocinas y, cuando la hubieron traído, preparó una tisana con el sauce y la melisa, que administró a Juan, y unas cataplasmas que aplicó bajo la camisa de dormir de su paciente.

—Os harán efecto en unos minutos, señor.

Y, tras recoger sus cosas, salió a renglón seguido de la habitación.

Durante un breve tiempo, solo se oyó en la cámara la respiración agitada de Juan de Austria, que poco a poco se fue apaciguando.

—Borja —dijo, una vez comenzó a respirar con mayor desahogo—. Tomad recado de escribir, os lo ruego.

—Deberíais descansar, señor. Tal vez luego...

—Luego puede ser tarde, por Dios. Haced lo que os digo. El rey debe ser puesto sobre aviso.

—Como digáis.

Y cuando el criado tuvo dispuestos cálamo y tinta, dictó Juan de Austria, con la voz menuda pero con ánimo lúcido, como si experimentara la mejoría que es antesala de la muerte, una carta para el rey de España, su hermanastro Felipe.

Señor,

Cuando esto leáis, yo estaré muerto. Mi alma se contentará con lo que vuestra majestad disponga para mi cuerpo. Lo que vos aderecéis, yo lo bendeciré desde el otro mundo.

Pero antes, con la obligación que me impone la sangre que compartimos y el servicio que debo a vuestra majestad, os escribo para dar aviso de un suceso que juzgo inquietante. Ha llegado a mis manos un papel sin firma, cuya

procedencia no puedo determinar, pero cuyo contenido, más que injurioso, parece dirigido a sembrar desorden y desconfianza en torno a la Corona.

En él se habla, con lenguaje oscuro, de la postración del imperio y de la sangre derramada en estos últimos años, presentándola como presagio de mayores infortunios. Afirma el autor que mi persona corre peligro y que la traición se halla más cerca de mí de lo que yo sospecho. No me atrevería a dar crédito a tales advertencias, si no fuese porque se mencionan hechos que bien conoce vuestra majestad y cuya memoria preferiría no despertar, mas otros la despiertan por mí. Es sobre vuestro hijo don Carlos, a quien el buen Dios tenga en su gloria. Adjunto a esta la recibida, para que vuestra majestad tome conciencia plena de su contenido y decida en consecuencia. En lo que a mí respecta, y como al principio os he dicho, el presagio se hará realidad de inmediato: mi muerte está próxima, majestad, y no soy capaz de dilucidar si llega por la mano del hombre o por obra de Dios Nuestro Señor. Tal vez vuestra majestad pudiera hacerlo.

Lo que más llama la atención —y a ello ruego que vuestra majestad preste especial cuidado— es un signo extraño que contiene la misiva: figura que no identifico y cuyo propósito desconozco, aunque intuyo que el autor lo emplea como amenaza o como indicio de algún propósito oculto. No quisiera exagerar su significado, pero tampoco omitirlo. Nada me parecería más imprudente que callar aquello que pudiera servir a vuestra majestad para entender los designios de quien, me temo, no desea sino vuestro daño.

No ignoro que las fuerzas aquí están fatigadas, la paga atrasada y los ánimos abatidos por enfermedades y continuos rumores. En tal estado, cualquier carta maliciosa podría causar daño mayor que una espada. Por ello os ruego, señor, que mandéis investigar si en la corte han circulado papeles de igual naturaleza, o si alguien, escudado en el anonimato, pretende alterar la obediencia de estas provincias o quebrantar mi servicio. O, lo que sería infinitamente más grave, dañar a vuestra majestad.

Cuando tengáis noticia de mi muerte, suplico a vuestra majestad que no permita que mis hechos sean juzgados por voces indignas ni que mi memoria quede entregada a quienes buscan nuestra ruina. Yo he servido a vuestra majestad con la fidelidad que mis fuerzas han permitido, para gloria de vuestra majestad, de España y de Dios.

Cada día desde que os conocí os fui leal, señor.

Dejo en vuestras manos, como siempre, mi nombre, mi defensa y mi suerte.

De Namur, a 1 de octubre de 1578

Cuando hubo acabado de dictar la esquela, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada, exhausto. Hizo que Borja Gómez de Mendoza le leyera el billete dictado y, con las últimas fuerzas que

le quedaban, fue corrigiendo alguna frase o matizando algunas expresiones. Luego, abrió de nuevo los ojos y extendió un brazo tembloroso, señalando un lugar a su izquierda. Finalmente, con mano trémula, lo firmó.

—Acercaos al cajón de la derecha de mi mesa, Borja, os lo ruego —pidió después—. Abridlo y traedme la carta que está en la cartera de cuero del fondo. La que me entregasteis días atrás.

Así lo hizo el criado, que tendió la misiva a su señor.

—Esta esquela, junto con la que os acabo de dictar, debe salir sin pérdida de tiempo para España, y quiero que seáis vos mismo quien se encargue de llevarla. Es de vital importancia que el rey conozca ambas, y cuanto antes. Tomad el camino de Francia, pues, aunque más peligroso, es el más breve. Confío en vos, sé que no me fallaréis. Que Dios os guarde, amigo mío.

—No lo haré, señor —afirmó el criado, enjugándose una lágrima de sus párpados juveniles—. No os fallaré. Cumpliré vuestros deseos. Pero descansad ahora, por lo que más queráis.

Juan de Austria cerró los ojos, su cabeza cayó sobre la almohada y se quedó dormido.

***

—Está descansando. Dejadlo dormir.

—Será solo un momento. Solo quiero comprobar que está todo bien, que su excelencia no necesita nada.

El médico Hendrick van der Meer penetró de nuevo en la estancia, seguido por Borja Gómez de Mendoza, que no perdía ojo de cada uno de sus movimientos. Se acercó al enfermo, le palpó el cuello, comprobó su temperatura, sacó un espejito del bolsillo de su túnica de galeno y se cercioró de que aún respiraba. Lo hacía, pero su

hálito era débil como el humo de la vela recién apagada. Solo le quedaba un soplo de vida. La respiración de Juan de Austria era un jadeo húmedo, su piel había adquirido un brillo ceniciento y su pulso era un hilo tembloroso que se desgajaba con cada jadeo.

—Está todo bien —dijo al cabo el físico.

—Más os vale.

—¿Qué queréis decir?

—Que no pierdo ojos de lo que hacéis, eso quiero decir. Y rezad a Dios por que mi señor no muera, porque entonces...

Y dejó la frase inacabada. Durante unos instantes que a ambos se les antojaron interminables, se quedaron, escribiente y médico, mirándose fijamente. Luego, Van der Meer bajó la vista y se despidió.

Salió del cuarto, dejando al escribiente del gobernador de Flandes a los pies de la cama donde yacía, moribundo, su señor. Y sabiendo que su tiempo se le había terminado. Que, acabada su misión, era el momento de alejarse de allí, si quería conservar el pellejo. Los pasos apresurados de los soldados resonaban en los pasillos de la fortaleza. Descendió por las escaleras sin que nadie se fijara en él, acostumbrados como todos estaban desde hacía semanas a su presencia diaria en el castillo de Namur. Accedió al patio, montó en su cabalgadura y salió por la poterna norte llevando solo un zurrón con su cofre, algo de agua y comida que antes se había aparejado y una capa oscura. Nadie le preguntó adónde iba ni por qué se alejaba del enfermo al que había jurado cuidar.

Al cruzar el puente levadizo vio el Mosa extendiéndose como una cinta de plomo bajo el cielo gris. El aire olía a humedad, a hojas podridas y a pólvora vieja. Espoleó al caballo y tomó el camino de tierra que bordeaba el río, en dirección a Huy, y después a Malinas y Amberes. Un camino largo, tramado de peligros, sin más defensa

que su apariencia inofensiva, sus ropajes de médico y el salvoconducto que la guarnición le había expedido cuando comenzó a tratar al gobernador. Mientras cabalgaba, repasaba los últimos días en la cámara de don Juan: la fiebre que no cedía, la debilidad repentina, la tos sanguinolenta. Eran síntomas conocidos... Nadie podría discutirle que fueran las señales del tabardillo, pero él sabía la verdad. Él sabía que su enfermedad —y al fin su muerte— no sería sino la consecuencia de ese polvo blanco, amargo, casi sin olor, que cada día añadía al cordial nocturno. Un envenenamiento lento, discreto, indetectable.

A mediodía la lluvia lo alcanzó.

Cada jinete que cruzaba el camino le parecía un mensajero español enviado para detenerlo. Cada campanario que asomaba entre los bosques podía albergar una patrulla; cada galope, una partida que había salido en su búsqueda. Pero llegó sano y salvo a Malinas al caer la tarde, cambió de caballo, descansó un par de horas durante las que descabezó un breve sueño y siguió luego la marcha con el estómago revuelto por el cansancio y la culpa.

Dos días después, Amberes se abrió ante él como una herida gigantesca: barcos abarrotando el río, grúas, comerciantes, soldados protestantes rondando en cada esquina. Las campanas de la ciudad tocaban con un timbre distinto, más bronco, más áspero que en Namur, que en la guarnición española.

Se dirigió a la residencia que tan bien conocía, cerca del Meir.

Llegó y, tras anunciarse, fue admitido sin reservas a la presencia del señor de aquel sitio.

Lo condujeron a una sala pequeña, sin ventanas, con una lámpara de aceite que parecía morder la oscuridad más que iluminarla.

***

Namur, 1 de octubre de 1578

La madrugada había caído sobre el castillo de Namur como un manto húmedo. El viento del Mosa hacía crujir la lona de las tiendas de las tropas acampadas en derredor. Las antorchas temblaban en sus soportes, proyectando sombras que parecían inclinarse sobre el lecho.

Borja Gómez de Mendoza entró, como llevaba haciendo todo el día a intervalos regulares, en la cámara de su señor. Movido por un presentimiento indefinible, apretó los dientes antes de abrir la puerta. Lo recibieron un olor denso a enfermedad y un silencio tan profundo que le heló la sangre.

Juan yacía medio incorporado, sostenido por cojines que ya no lograban mantenerlo cómodo. Su rostro —habitualmente vivo, encendido, orgulloso— estaba desfigurado por un sudor frío que le perlaba la frente. La piel, tirante sobre los pómulos, tenía un tono ceniciento.

Los ojos, pese a todo, estaban abiertos.

—Señor —susurró el criado.

Juan intentó hablar, pero la respiración se le quebró en un jadeo áspero. Borja corrió hacia él y lo sostuvo por los hombros para evitar que resbalara hacia un lado del lecho. Al tocarlo, sintió cómo su señor se estremecía de dolor, como si el simple roce con su carne le produjera un padecimiento insoportable.

—Estoy aquí... —dijo el escribiente, tratando de que su voz no temblara—. Estoy aquí, excelencia.

Juan tragó saliva con dificultad. Sus labios estaban resecos, casi morados. Ahogó un ay de sufrimiento. Cuando por fin logró articular palabras, fue con un hilo de voz que apenas parecía suyo.

—¿Todavía no habéis partido para España, Borja? Es urgente que el rey conozca la carta....

—No, mi señor. Pero lo haré enseguida. Y su majestad el rey conocerá vuestras palabras. Lo prometo.

La tos sacudió entonces al gobernador de Flandes, doblegándolo. Borja lo sostuvo con ambas manos, temiendo que se ahogara. Algo oscuro manchó la comisura de su boca: sangre, sangre de un color rojo fosco y borboteante.

—No habléis más, por Dios... —rogó el criado—. Descansad.

Pero Juan de Austria no quería descanso. Sus ojos, pese a la fiebre, buscaron el rostro de su criado como si quisieran dejar algo grabado allí para siempre.

—Decidle... —susurró, casi delirando— que lo intenté. Que hice... cuanto pude. Que luché... por su nombre... y por el nuestro...

Cerró los ojos, agotado. De pronto, un quejido de dolor animal brotó de su boca. Borja notó cómo el peso del cuerpo parecía duplicarse en sus brazos.

—Señor... —susurró, con la garganta anudada.

Juan inspiró con dificultad. Su pecho subió y cayó con un ritmo exangüe, con un aliento que apenas si pertenecía ya al mundo de los vivos.

—Dios... —balbuceó, moviendo espasmódicamente las pupilas bajo los párpados amoratados—... Dios guarde a España...

Un espasmo leve recorrió sus dedos, que se cerraron sobre la sábana, como si intentaran aferrarse a algo que ya se alejaba.

Su criado lo abrazó contra su pecho, sin saber si lo hacía para sostenerlo o para no derrumbarse él mismo.

—No me dejéis, mi señor —dijo en un sollozo—. Por favor...

Juan abrió los ojos una última vez. En ellos había algo imposible: la luz de un hombre que había comandado galeras en Lepanto, que

había hecho temblar reinos, que había llevado una vida demasiado grande para morir en ese lugar húmedo, lejos de su patria. La mano del general se aflojó.

El cuerpo, que había estado tenso por horas, se hundió contra su escribiente Gómez de Mendoza con una docilidad terrible.

La vela junto al lecho parpadeó.

El viento gimió fuera, en la noche de Flandes.

Y Juan de Austria, hijo del emperador, vencedor de Lepanto, hermano de un rey que nunca llegó a abrazarlo como debía, exhaló su último aliento.

Fuera, Namur seguía dormida.

Pero el mundo acababa de perder a uno de sus mejores hombres.

***

Amberes, 3 de octubre de 1578

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, estaba de pie, junto a sus lugartenientes, de espaldas, mirando un mapa desplegado sobre la mesa. No se volvió cuando oyó la puerta.

—Me han dicho —dijo con voz calmada, casi amable— que traéis noticias de Namur. Muy urgentes, al parecer.

El médico Hendrick van der Meer tragó saliva.

—Mi señor..., vengo directamente de la fortaleza. He llegado lo antes que he podido. Llevo días sin apenas dormir. Y he dejado todo atrás, me temo.

—¿Y por qué haría eso un médico? —preguntó Guillermo, ahora girándose. Su mirada era clara, fría, de una inteligencia que cortaba

como hoja fina. Su sonrisa desbordaba mordacidad—. ¿Acaso ha cometido un crimen?

—He hecho... lo que se me ordenó.

—Ah —dijo Orange, como si esa respuesta lo hubiera tranquilizado —. Entonces hablad. ¿Qué tal está mi... mi ilustre enemigo?

El médico bajó los ojos.

—A estas horas debe de estar muerto, excelencia. Pronto llegarán noticias desde Namur confirmándolo.

Guillermo de Orange se acercó despacio, sin mostrar sorpresa. Era un hombre de imponente presencia a pesar de no ser alto en exceso. Delgado, de figura erguida, su porte sugería más disciplina que fuerza física. Su rostro, largo y angular, estaba dominado por unos ojos castaños y penetrantes, siempre alertas, casi insondables, que le valieron el sobrenombre de Taciturno más por su mirada que por su silencio. Su barba también castaña empezaba a mostrar hebras grises, y el cabello se retiraba ligeramente en las sienes, pero seguía peinado con minuciosa elegancia. Su tez era algo cetrina, marcada por el desgaste de los años de tensiones políticas. La nariz romana le daba un aire de nobleza. Vestía con sobriedad: terciopelos oscuros, cuellos rizados discretos, botones dorados apenas visibles.

—Describidme los pormenores —ordenó.

Van der Meer lo hizo: la fiebre acelerada, la incapacidad de respirar, las convulsiones, los dolores del vientre, el estado, al borde de la expiración, en que había dejado a su paciente. El veneno había funcionado. Cuando terminó, la sala quedó en silencio. Orange apoyó los nudillos en la mesa.

—Bien —dijo por fin—. Un general menos para su majestad católica. Castilla tendrá que escoger otro. Y ninguno será tan peligroso como él.

El médico respiró con sosiego por primera vez en días. Pero entonces recordó algo.

—Mi señor..., unos días antes de morir, don Juan recibió una carta.

Guillermo alzó una ceja.

—¿De Felipe?

—No. Era una carta anónima. Con un símbolo extraño. Como un círculo quebrado... o un anillo incompleto. Apenas la pude leer, pero sí me llamó la atención ese símbolo, excelencia.

Orange frunció el ceño.

—¿Qué decía esa carta?

—Advertía de su muerte. Y también de la de otros. Culpaba al rey español de la muerte de su hijo Carlos, según quise entender. Y anunciaba... la caída del imperio.

Ahora sí, Guillermo se inmovilizó y, por primera vez en la conversación, una sombra de inquietud cruzó su rostro.

—No conozco esa carta —dijo lentamente—. Ni ese símbolo. ¿Estáis seguro de lo que leísteis?

—Sí, mi señor.

Guillermo giró hacia la lámpara, pensativo.

—Así que... hay otro jugador en esta partida.

Van der Meer, aún tembloroso, se aventuró a preguntar:

—¿Acaso no procedía de vuestras redes, señor?

—No —respondió Orange en un susurro—. Y eso lo hace más interesante. —Se volvió hacia el médico—: Habéis cumplido vuestro cometido. Pero debéis desaparecer por un tiempo. Los españoles serán lentos, pero, como siempre, inexorables. Y buscarán culpables. Nosotros os proporcionaremos un nombre nuevo y un lugar donde esconderos.

El galeno inclinó la cabeza, temblando de alivio.

Guillermo añadió, dirigiéndose, no ya al médico, sino a sus lugartenientes —Filips van Marnix van Sint-Aldegonde; su hermano Juan de Nassau; Paulus Buys, el gran pensionario de Holanda; el diplomático Adolf van Meetkercke...— que lo acompañaban:

—Y esa carta..., ese símbolo..., si vuelve a aparecer, quiero saberlo antes que nadie. Antes que el propio rey de España. Y quiero saber qué significa. Que el médico lo dibuje con la mayor precisión posible y que nuestros criptógrafos los miren. Y que todos nuestros espías se pongan a ello. Algo me dice que es cuestión primordial.

11

La audiencia del duque de Alba

Madrid, alcázar, 26 de septiembre de 1578

Fue regresar a su cámara de trabajo del alcázar y sentir que toda la calma, la paz, la serenidad alcanzadas en El Pardo junto a su familia se difuminaban como el aliento al primer golpe de aire, o como la bruma con el sol de la mañana. Por una vez, y lejos de su costumbre, había dedicado los días en el campo a disfrutar de sus hijos, a estar con la reina Ana, a la que visitó cada noche, a intentar remover de su mente los augurios ingratos de los acontecimientos de los últimos días, olvidándose, salvo en casos de extrema urgencia, de legajos y memorandos. De modo que, cuando regresó a Madrid, en su mesa de trabajo se amontonaban los papeles como arena en la playa después de la tempestad: peticiones e informes de los muchos consejos del reino —de Hacienda, del Estado, de Indias, de Italia...—, cartas *dadas en mano* —aquellas que solo el rey podía abrir y leer—, solicitudes de audiencia y mil cosas más.

Felipe, no obstante, antes de abordar la penosa tarea que le esperaba y que durante varios días haría que no pudiera cenar hasta casi la madrugada, requirió del alcaide del alcázar Francisco de Vargas el informe acerca de quién había entrado en el último año en la torre vieja donde el príncipe Carlos había estado recluido.

—El informe está en vuestra mesa, majestad —le informó Mateo Vázquez.

El rey leyó el sucinto documento del alcaide, en el que Vargas afirmaba que no tenía constancia, después de las gestiones realizadas ante los sargentos del alcázar y la servidumbre, de que ninguna persona hubiese entrado en la torre en las fechas indicadas por su majestad, y que las llaves del recinto solo las tenían, aparte del propio alcaide, el mayordomo mayor don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, y un guardia de confianza, un clavero llamado Matías Ocaña, que no tenía autoridad para abrir la cámara por sí mismo y que solo podía hacerlo en presencia o por mandato directo del alcaide o del mayordomo mayor. Añadía Vargas que, interrogado el tal Matías Ocaña, había negado haber facilitado la llave a nadie, y que carecía de autoridad para solicitar mayores explicaciones de su excelencia el mayordomo mayor.

—Que vuelvan a interrogarlo —ordenó el rey, acabada la lectura—. Al guardia. Y que le den tormento si es menester.

—Así se hará, señor —aseveró el secretario, extrañado por el interés de su rey por un negocio cuyo alcance se le escapaba.

—¿Está Alba en palacio? —preguntó Felipe a Mateo Vázquez.

—Sí, majestad. Ha tenido que resolver asuntos domésticos. Una disputa menor entre oficiales.

—Decidle que he de hablar con él.

—¿Puedo saber, señor —inquirió el secretario, antes de dar cumplimiento a la orden del rey—, qué es lo que os inquieta? No recuerdo ninguna incidencia relacionada con la torre vieja...

—Llamad a Alba —insistió el rey, sin dar respuesta a la cuestión de su criado, que abandonó la cámara, sabedor de que su rey daba explicaciones solo cuando las consideraba necesarias y útiles y que este, por lo que se veía, no era el caso.

El duque entró poco después en el aposento del rey. Felipe, contemplándolo mientras se aproximaba, se dijo que solo hacía unos pocos días que no veía a su mayordomo mayor —precisamente desde la visita de Gaspar de Quiroga, aquella infausta mañana en que le hizo entrega de la carta anónima—, y que, sin embargo, estaba más envejecido, más decrépito que como lo recordaba de aquel día. Siempre se lo imaginaba, cuando pensaba en él, como cuando, durante la guerra de los Países Bajos, leía y había de responder sus cartas, en las que constantemente el duque discutía los planes de su señor: soberbio, arrogante, encastillado, miembro principal de una casa que era más antigua que la suya, vencedor en cien escaramuzas contra el príncipe de Orange y sus partidarios y, antes, triunfante durante la jornada de Túnez, cuando las tropas del emperador vencieron a Barbarroja, o en Mühlberg, cuando los tercios derrotaron a los príncipes protestantes alemanes. Y ahora, ahí estaba, encanecido, añoso, provecto, caminando con pasos tremulantes a pesar de conservar un porte pretendidamente altanero que apenas escondía la maleza de la senectud.

Reconoció el rey, viendo a aquel grande de España frente a él, que había prestado inigualables servicios al reino. Pero se dijo que también, desde que su padre el emperador lo nombrara su mayordomo mayor cuando aún era príncipe, su relación con él había sido siempre tensa y difícil. Pese a la cercanía que el cargo proporcionaba, la diferencia de edad y de personalidad entrambos ocasionaba más roces y desencuentros que consensos. Las continuas discrepancias entre Felipe y Alba se habían saldado siempre a favor del rey, tan tozudo y obstinado en sus actos como su antagonista. El duque, tras cada discordia y a modo de desquite, solía retirarse de la corte ausentándose de ella durante largos periodos para manifestar su descontento, desaire que irritaba

profundamente al monarca. Tal vez, recapituló Felipe, observando el rebrillo de altanez que aún reverberaba en los ojos ajados de su visitante, su inicial certeza de que el duque no tenía nada que ver con la carta anónima recibida fuera, al fin y a la postre, una conclusión precipitada.

—Majestad —la voz de Alba estaba enronquecida, acaso de tantas órdenes impartidas a bramidos en el campo de batalla, o de tantas sentencias de muerte dictadas contra los vencidos en las lides flamencas—, me habéis mandado llamar.

—Duque, *primo* —correspondió Felipe, utilizando el término familiar con que solía dirigirse a los grandes de España—. Espero que vuestra señoría se halle bien de salud.

—Lo estoy, señor. Mis piernas y mis brazos ya no son lo que eran. Pero mi juicio sigue firme, majestad.

—Tomad asiento —dijo el rey, señalando un sitial frente a él. Se planteó cómo comenzar esa conversación para la que no había habido preparación alguna (él, que nada dejaba a la improvisación), y decidió al cabo iniciar la plática con un tema que sabía no sería en absoluto del agrado de su contertulio. Era un modo tan bueno como cualquier otro de ponerlo a la defensiva, que era lo que a la postre pretendía—. ¿Cómo se halla vuestro hijo don Fadrique?

Fadrique Álvarez de Toledo y Enríquez de Guzmán, marqués de Coria y duque de Huéscar, primogénito de Alba y heredero del linaje de los Toledo, cuya jefatura estaba destinado a asumir tras el tránsito de su eximio progenitor, fue alejado de la corte en 1567 por orden del rey Felipe debido a la relación amorosa que mantenía en secreto con Magdalena de Guzmán, dama de la difunta reina Isabel de Valois, y que había originado en Madrid un tan sonoro escándalo que ni siquiera el distanciamiento y el castigo que alcanzó por igual a ambos amantes lograron apaciguar. Magdalena tuvo que

abandonar el servicio de la reina y acogerse, como desterrada, a un cenobio de su elección, que finalmente fue el de Santa Fe en Toledo. Por su parte, Fadrique fue arrestado y procesado, siendo sentenciado a seis años de destierro, tres en Orán y los restantes fuera de la corte. El duque de Alba no aceptó de buen grado el veredicto, amenazando con exiliarse a su vez junto a su hijo. Felipe cedió a las presiones del duque y conmutó la pena de destierro de su vástago por servicios en Flandes a las órdenes de su padre. A su regreso de los Países Bajos, Alba, acompañado de su hijo Fadrique, entró en Castilla en la primavera de 1574. Apercibido de su llegada, el rey prohibió expresamente al hijo entrar en Madrid, ordenándole acogerse en las tierras manchegas de su encomienda por tiempo indefinido.

—Don Fadrique, majestad, continúa en Tordesillas —respondió el duque, sorprendido por aquel inesperado inicio de la conversación—, cumpliendo la voluntad de vuestra majestad, voluntad que mis ruegos durante años no han conseguido quebrar. He recordado en esas ocasiones a vuestra majestad, y lo sigo haciendo, lo bien que el duque de Huéscar os ha servido siempre, a pesar de haberle arrojado un millón de veces a la muerte, y esto lo digo, señor, no porque sea mi hijo, pues lo haría por el más triste arcabucero de cuantos están en servicio de vuestra majestad, sino porque es de ley y de justicia.

Pese a disponer de libertad de movimientos en los lugares de su encomienda mayor, la salud de Fadrique era quebradiza y se veía agravada por una gota mal curada y brotes de fiebres recurrentes contraídas en Flandes. Ese fue el pretexto para solicitar al rey en la primavera de 1576, tras muchos meses de destierro, licencia para mudar temporalmente su confinamiento a una tierra menos extrema en donde hallar mejores cuidados médicos y un alivio a sus

achaques. Felipe autorizó su establecimiento en la villa de Tordesillas —mas no en Toro ni en Zamora, como había pedido—, aunque sin posar en la fortaleza, antaño reclusión de la reina Juana, abuela paterna del rey. Habiendo entrado en conocimiento de esta nueva, la familia de Magdalena de Guzmán, que permanecía recluida en Toledo, elevaba continuas protestas al rey, reclamando que Fadrique cumpliera con ella la palabra de matrimonio dada, protesta que el rey había considerado justa, dictaminando que el de Huéscar debía desposar a la Guzmán, como había prometido.

—No tengo noticias —dijo el rey— de que se hayan celebrado esponsales con doña Magdalena de Guzmán, tal como se ordenó.

—Majestad, con todos los respetos de este vuestro servidor —repuso Alba, aunque no había humildad alguna en su mirada a la que el tiempo no había privado del orgullo—, y como ya le he dicho a vuestra majestad en tantas ocasiones, esa dama es de discutible linaje, sin calidad, título ni riqueza conocidos. ¡Se dice incluso que tiene ascendientes de sangre judía!... —Hizo una pausa, negando con la cabeza, movimiento a cuyo compás se mecieron sus luengas barbas—. Mi hijo el duque de Huéscar, en cambio, es hijo y nieto de grandes de España y él mismo lo será en breve tiempo, una vez el Señor Nuestro Dios me reclame. Tanto las disposiciones de las Leyes de Toro como los decretos tridentinos prohíben expresamente los matrimonios desiguales entre personas de distinto estado y calidad. Todo lo que pudo pasar entre don Fadrique y doña Magdalena de Guzmán fue nulo y clandestino e inválido conforme al Concilio de Trento. No puedo entender la mudanza del juicio de vuestra majestad, que siempre, cuando ha sancionado los casamientos entre nobles, ha hecho prevalecer el criterio de la semejanza de estatus y atributos.

—Sepa vuestra señoría, como de hecho ya lo sabe —repuso Felipe, tajante—, que las órdenes del rey no se discuten. Se cumplen y obedecen. Máxime cuando esa orden mía ha venido precedida de un dictamen, como también conoce vuestra merced, de juristas y teólogos.

Un centelleo de ira encendió los ojos del duque.

—¿Para esto me ha hecho llamar vuestra majestad? —dijo, haciendo ademán de levantarse—. Trasladaré a mi hijo el duque que...

—No os he dado venia ni para que os levantéis ni para abandonar mi cámara, duque —interrumpió el rey, también con un deje de cólera en su voz siempre apaciguada—. Volved a sentaros. —Y cuando el anciano duque lo hubo hecho, prosiguió—: No, no es eso para lo que os he hecho venir. Tiempo habrá, si Dios así lo quiere, para que zanjemos la cuestión del matrimonio del duque de Huéscar vuestro hijo. Es para otro asunto que os he requerido.

—Vuestra majestad dirá —expresó Alba, intentando aquietar su respiración, que se le había desasosegado con la porfía.

—Vuestra señoría, como mi mayordomo mayor —espetó Felipe sin pausa—, ¿tiene llaves de todas las dependencias del alcázar?

Alba compuso gesto de desconcierto. ¿A qué venía eso ahora?

—No entiendo la pregunta de vuestra majestad.

—Pues es clara. Respondedla.

—Como mayordomo mayor de vuestra casa, majestad, soy responsable del cuidado del palacio y de sus dependencias, y tengo a mi disposición las llaves de todas las habitaciones y estancias, si las necesitara, lo que rara vez ha ocurrido. Como vuestra majestad entenderá, no las llevo conmigo. Son cientos las estancias del alcázar. Todas sus llaves pesarían decenas de libras y precisaría un zurrón para llevarlas. Y sabéis que no tengo ni edad ni disposición

para esos esfuerzos. Mis mejores años quedaron en las jornadas de Túnez, en las aguas del Mediterráneo y en los campos de Flandes, al servicio del emperador y de vuestra majestad.

—¿Habéis entrado en los últimos meses en la torre vieja?

Frunció los párpados el mayordomo mayor, más sorprendido aún, y se dibujó sobre su frente un planisferio de arrugas.

—Por supuesto que no, señor.

—¿Sabéis de quien lo haya hecho?

—No. Claro que no. ¿Por qué me pregunta tal cosa vuestra majestad?

Mas el rey no respondió.

Quedaron, rey y mayordomo mayor, mirándose fijamente, en un silencio enojoso. Fue Felipe el primero en desviar la mirada.

—Está bien —dijo—. Eso es todo, duque.

Se levantó Alba de su sitial, y sus huesos crujieron con el empeño.

—¿Puedo saber, señor —insistió antes de abandonar la cámara—, la razón de esas preguntas?

—Tal vez en otro momento.

—Como ordenéis. En cuanto a mi hijo don Fadrique, majestad...

—No es tiempo ahora para ese asunto —zanjó el rey, interrumpiendo a su mayordomo—. Podéis retiraros. Buenos días, duque, y quedad con Dios.

12

El cedulón del galeno Velasco

Madrid, Casa del Corregidor, 27 de septiembre de 1578

La Casa del Corregidor, ubicada en pleno corazón de Madrid, en la plaza de San Salvador, entre la calle Mayor y la del Codo, era un edificio austero, más funcional que distinguido, acorde con su papel de sede del corregimiento en la villa y corte. Su fachada era de piedra berroqueña, apenas ornamentada. El interior se organizaba en torno a un patio pequeño, empedrado, con un pozo central. Desde allí partía una escalera de peldaños gastados que conducía a los aposentos superiores, donde el corregidor tenía su vivienda. En la planta baja se hallaban las estancias donde los oficiales del concejo trabajaban, frías incluso en verano, con mesas de roble oscuro y paredes desnudas que olían a cera y a pergamino.

El licenciado Martín de Espinosa, corregidor de Madrid, formado en leyes en Salamanca y con previa experiencia en corregimientos menores, era un sujeto entrado en carnes, piel grasosa picada con el rastro de antiguas viruelillas y un permanente mal humor. Sentado a la mesa de su oficina, contempló por vez enésima aquel extraño cedulón cosido a la ropa del cadáver hallado en la calle del Factor. Papelote que venía a turbar la bonanza de sus días, presididos por un despertar tardío, sus buenos gritos a la servidumbre, los pellizcos

en el culo a la sirvienta Guadalupe, que había sido agraciada con el favor de Venus, breves despachos con alguaciles y oficiales y vaciar unas cuantas jarras de vino en la taberna La Zarza, más discreta para tales menesteres que la de El León, frecuentada por carniceros, mozos y criados, o la de Las Cuatro Calles, punto de encuentro de gente de la farándula y del mal vivir.

Asió el cedulón y volvió a examinarlo, del derecho y del revés, y al trasluz, como si pudiera haber un mensaje oculto en su entramado. Pero no, allí no había más que ese enigmático símbolo y esas palabras que nada bueno aventuraban, si acaso una aborrecible mudanza en su vida plácida.

Que lo sepa el rey
Que aquí yace su cómplice



El cadáver había sido identificado por uno de los ministriles como el de Francisco Velasco, médico de profesión y residente en la calle Mayor, por lo que no había sido necesario exponer el cuerpo durante veinticuatro horas a las puertas de la cárcel real como las pragmáticas ordenaban en caso de que se tratase de cadáveres sin identificar. Luego, había sido examinado por un cirujano, quien hubo de establecer, bajo juramento, las causas de la muerte, con expresión clara y categórica de si fue esta causada por mano criminal o si pudo proceder la desgracia de otro principio, que debía en tal caso precisar. El cirujano lo tuvo claro desde el inicio, tras un primer y breve reconocimiento: el tal Velasco había muerto apuñalado, y por una mano avezada en las cosas del matar, pues se había tratado de una sola cuchillada justo en el corazón. En la inspección del cadáver nada de interés se halló, aparte de ese papel

que el corregidor Espinosa tenía ahora entre sus manos y que observaba con prevención inaudita. Del interrogatorio a la viuda se obtuvo el dato de que el infeliz galeno había sido requerido en plena noche por un mozuelo no identificado, que había asegurado que iba de parte de su amo, a quien atribuía enfermedad grave, un cerero llamado Criado, del que se pudo averiguar que vivía en la misma calle del Factor. Interrogado el cerero en cuestión por la ronda, manifestó hallarse en perfecto estado de salud, no conocer al zagal que había aparecido por el domicilio del físico asesinado y no haber solicitado jamás los servicios de este, a quien manifestó no conocer de nada.

Así las cosas, el licenciado Martín de Espinosa se dijo para su caletre que aquella sumaria tenía pinta de acabar como tantas otras, en un archivo polvoriento, y que el crimen del médico tenía asimismo todas las trazas de ser uno más de los muchos que quedaban cada año sin resolver en la capital del reino. En una ciudad como Madrid, en continuo crecimiento desde que el rey Felipe la eligiera para ser sede de su corte —iba ya por casi cincuenta mil habitantes—, y por cuyas calles desfilaban cada día soldados licenciados de los tercios, criados que cambiaban constantemente de casa y de señor, forasteros, mendigos, busconas y borrachos, que las sumarias acabasen con fórmulas tales como la de «hallado muerto sin saberse quién fue el autor» estaban a la orden del día, y la del infeliz Velasco estaba destinada, mucho se lo temía, a ser una más de esas muchas muertes sin autor conocido.

Pero, y eso era lo que traía a mal traer al corregidor, ¿qué debía hacer con ese dichoso cedulón, con ese papelote que era un agüero de problemas y desventuras?

Podía, y esa había sido su primera disposición una vez estuvo cierto de que involucrar al rey en esa sumaria nada bueno iba a

deparar para nadie, y menos para él, archivarlo con el resto de oficios y diligencias que componían el expediente y dejar que el tiempo lo cubriera de polvo hasta que desapareciera para siempre en las fauces del olvido. Pero ¿qué pasaría si, por mano del demonio, al cabo de los meses o de los años el malhadado papelote salía a la luz, fuese por la curiosidad de un escribano metomentodo o fuese porque el crimen del médico Velasco se esclareciera? Las palabras «negligencia», «desidia», «dejación temeraria de funciones» y otras de similar tenor resonaron como arcabuzazos en las mientes del corregidor, que se dijo que gracias podría dar a Dios si, en tal tesitura, acababa como alguacil de difuntos en Alcubilla de Nogales o como oficial menor del corregimiento de Villarrobledo. Y eso si no era sometido a proceso y encarcelado en la prisión de Sevilla, de la que se decía que era lo más parecido al infierno que había en el reino.

La otra posibilidad era dar traslado al alcázar del papelote y desentenderse, aunque sabía que esto último sería una quimera. Llevaba ya los suficientes años de corregidor como para saber que el hallazgo, cosido a un cadáver acuchillado, de un cedulón que involucraba al rey en el crimen iba a ser una fuente inagotable de problemas: requerimientos diarios, interrogatorios, los alcaldes del crimen hurgando en sus cosas día y noche, oficios del Consejo de Estado, la visita de pesquisidores con el encargo de revisar y supervisar trámites y diligencias, una continua obligación de rendir cuentas que pondría fin a la molicie y el bienestar a los que el licenciado Martín de Espinosa asociaba indefectiblemente el concepto de la buena vida.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Entre las dos opciones que tenía, la elección era clara: había que dar cuenta a palacio del hallazgo y que fuera lo que Dios quisiera,

que ojalá que quisiera ser misericordioso y contemplativo y no cruel y taimado.

Después de mucho cavilar acerca de la manera de poner el susodicho hallazgo en conocimiento de palacio, se decidió por redactar un oficio que tal vez se perdiese entre el maremágnum de papeles que cada día llegaba al alcázar. Tomó recado de escribir, cogió un pliego sin utilizar, se llevó los dedos de la mano diestra a los labios para ensalivarlos, meditó durante unos minutos sobre el tono y cariz de la misiva y comenzó a escribir:

Al muy alto y muy poderoso señor, su majestad el rey don Felipe II, o a quien su majestad mandare en el real alcázar de esta villa.

Muy poderoso señor,

Hago saber a vuestra majestad que, en la madrugada del día 26 de septiembre de este año, los alguaciles de la ronda ordinaria de noche hallaron el cuerpo sin vida, muerto de una cuchillada en el corazón, de Francisco Velasco y Ulloa, médico, tendido en la vía pública, en la calle del Factor de esta villa, sin señales manifiestas de robo ni violencia exterior, más que la expuesta cuchillada, que de presente puedan declararse.

Reconocido el dicho cuerpo conforme a derecho y en presencia de testigos, se le halló cosido a las ropas un papel suelto, sin firma ni fecha, cuyo tenor y circunstancias juzgué conveniente no circular sin dar antes noticia a vuestra majestad, por parecerme cosa que toca a materias de mayor consideración que las ordinarias.

El dicho papel se lo adjunto a vuestra majestad al presente oficio, por entender que debe quedar en poder de vuestra majestad, bajo su custodia segura, a disposición de lo que vuestra majestad o quien por su mandado determine, sin haberse hecho traslado ni copia alguna de él.

Se han comenzado las diligencias acostumbradas para averiguar las causas de la muerte del referido Velasco, recibiéndose información de vecinos y personas que pudieran haberle visto con vida, y se dará cuenta puntual de todo lo que resultare.

Nuestro Señor guarde la real persona de vuestra majestad con acrecentamiento de sus reinos.

De Madrid, a los veintisiete días del mes de septiembre de mil y quinientos y setenta y ocho años.

Martín de Espinosa
Corregidor de la villa de Madrid

Lo leyó, se dijo que de mejor manera no sabía hacerlo, aplicó el secante al papel, salpicando sobre el texto escrito la arenilla de la salvadera, lo oreó para estar seguro de que la tinta se deshumedecía, introdujo la esquela en un sobre en el que consignó los datos del destinatario y llamó al alguacil de guardia.

—Llevad esto al alcázar —ordenó—. A la secretaría particular de su majestad.

—¿He de aguardar respuesta, señor?

—¡Ni se le ocurra a vuestra merced, córcholis! —espetó el corregidor—. ¡Entregad el sobre y volved aquí como alma que llevara el maligno, que quiera Dios que nada más volvamos a saber de ese dichoso sobre ni de lo que contiene, voto a bríos!

***

Madrid, alcázar, 1 de octubre de 1578

Mateo Vázquez de Leca, secretario particular de su majestad el católico rey Felipe, era quien de ordinario recibía y revisaba cuanta correspondencia llegaba al alcázar con destino a su señor. Abría y leía cada uno de los billetes y memorandos que se remitían, salvo, por supuesto, aquellos que llevaban el distintivo «en mano del rey», que significaba que solo el soberano podía abrir y leer el mensaje o carta así estampillado. Vázquez solía distribuir la diaria correspondencia en dos montones en su mesa: a un lado, los urgentes, los remitidos por los consejos del reino, por los grandes de España, por ministros o embajadores, y los enviados por los

capitanes generales de los ejércitos o por miembros de la familia real. Al otro, aquellos que llevaban el membrete de consejos menores, de nobles de segunda fila, de postulantes y los que, por su procedencia, presumía de escaso apremio.

El sobre enviado por Martín de Espinosa, corregidor de la villa de Madrid, fue depositado de inmediato en el segundo de los montones. Nada de lo que viniese del corregimiento solía ser urgente ni relevante. Por lo común consistía en partes de justicia criminal, avisos de orden público, cuestiones fiscales como fraudes, resistencia al pago de alcabalas u ocultación de rentas, informes sobre personas o solicitudes de instrucción. Nada, por tanto, que requiriese atención inmediata del rey y de sus más cercanos colaboradores. Y en escasísimas ocasiones, si es que hubo alguna, esos papeles que se recibían desde la Casa del Corregidor pasaban el filtro de los secretarios reales, por lo que casi nunca eran leídos por el monarca.

Mateo Vázquez no abrió el sobre del corregidor hasta la mañana del día 1 de octubre. Con desgana y agobiado —aquel miércoles era un día de especial quehacer—, rasgó el sobre y extrajo la esquela, que leyó primero con indolencia y luego con creciente interés cercano a la alarma. Cuando lo hubo leído, dejó el billete en la mesa, asió luego el cedulón adjunto y examinó, con insólita sorpresa, lo que allí había, esa frase críptica en la que se acusaba al mismísimo rey de complicidad en un crimen y un símbolo impenetrable. Después, se repantigó en su asiento y se quedó pensativo. ¿Quién podía ser el autor del pasquín? El rey, ¿cómplice de qué? Y ese nombre... ¿Francisco Velasco? ¿Médico...? ¿De qué le sonaba ese nombre? ¿De qué, voto a tal? Hizo memoria —la tenía mucha y buena, atributo indispensable de un secretario real— hasta que algo en su cabeza se encendió como un cirio pascual. ¿No había sido un

tal Francisco Velasco médico personal del desventurado príncipe Carlos? ¿No había sido un tal Velasco el galeno que lo había atendido en la infausta noche del arresto y durante los meses posteriores, hasta su muerte? En 1568, el año del óbito del príncipe, Mateo no ostentaba su actual cargo de secretario real, pero trabajaba entonces al servicio del cardenal Espinosa en la órbita directa del despacho real de Felipe II. Y tenía cierta memoria de aquellos dramáticos días. Y estaba casi seguro de que el médico del príncipe Carlos era un tal Francisco Velasco. ¿Qué había sido de él? ¿Era el mismo Francisco Velasco que había sido hallado muerto, acuchillado, en la calle del Factor unas noches atrás, según decía la misiva del licenciado Espinosa? ¿Y qué tenía ese suceso que ver con el reciente e inexplicado interés del rey por la torre vieja, donde su primogénito había sido encerrado y donde había muerto?

De pronto, aquella carta del corregidor de Madrid, de ser una misiva rutinaria y de escasa enjundia, pasó a convertirse en asunto del máximo interés.

Requirió la presencia del contador mayor de cuentas de servicio ese día en palacio, un tal Hernando de Vega, a quien demandó información sobre Francisco Velasco, médico del príncipe Carlos.

—¿Qué deseáis saber de ese individuo? —inquirió el contador.

—Todo. Quién era, su residencia, hasta qué fecha estuvo al servicio del príncipe o del rey y, en su caso, fecha y razón de su cese. Todo cuanto podáis hallar.

—Tardaré unos días, señor. Habré de buscar y consultar viejos libros en el archivo de palacio, y...

—Para mañana, como máximo. Necesito esa información para mañana como muy tarde. Y, mirad, este cometido no solo es de la máxima obligación, sino que os exijo discreción y reserva absolutas. Lo que halléis, solo a mí y a nadie más que a mí debéis transmitirlo.

Cuando Vega hubo abandonado la secretaría real, Mateo Vázquez volvió a examinar la carta recibida del corregidor y el cedulón que adjuntaba, y se preguntó si esa imputación de complicidad podía referirse precisamente a la muerte de Carlos.

Finalmente, se dijo que se avecinaban días, o tiempos, complicados.

13

Mateo Vázquez ante el rey Felipe

Madrid, alcázar, 4 de octubre de 1578

No fue hasta pasados tres días, en concreto el sábado 4 de octubre, que el secretario particular del rey, Mateo Vázquez de Leca, decidió presentar ante su señor la carta recibida del corregidor de la villa y el cedulón anejo. Los datos facilitados por el contador mayor Hernando de Vega, al siguiente día desde su requerimiento, le habían confirmado que el muerto en la calle del Factor era el mismo Francisco Velasco que había servido en el alcázar como médico del príncipe Carlos. Poco después de la muerte de este, el veedor de la casa real había propuesto su cese al mayordomo mayor, que lo había ratificado, pues, muerto el príncipe, no se necesitaban sus médicos ni había lugar para ellos en palacio, que ya estaba atestado de galenos. Vega había hallado incluso, en los archivos, la comunicación del cese del físico, que contenía las fórmulas habituales: «Hágase saber a Francisco Velasco y Ulloa, médico, que desde este día cesa en el servicio de la casa real, quedando relevado de toda obligación y sin derecho a nueva entrada ni salario alguno desde la fecha presente. Mándasele asimismo que se abstenga de usar el título o nombre de médico de su majestad o de persona alguna de la real familia, bajo pena de lo que hubiere lugar en derecho. Dado en Madrid, a tres días del mes de septiembre de mil y quinientos y

sesenta y ocho años». Desde entonces, el físico asesinado no había vuelto a palacio ni a tener contacto alguno con la casa del rey, dedicándose, se suponía, al ejercicio privado de su oficio en Madrid.

—¿Os encontráis bien, majestad?

El secretario Vázquez observó el rostro del rey después de leer la carta del corregidor y el cedulón que la acompañaba: demudado, pálido, descompuesto, tremoso. Aunque reconocía que el negocio era grave —acusar al rey de lo que fuese siempre lo era, y más si la acusación estaba cosida al jubón de un cadáver acuchillado—, conocía bien el carácter del rey, su temperamento razonable, su genio juicioso, y se extrañó sobremanera de que aquella esquela pudiese causar tan grandes mudanza e inquietación en su majestad, siempre comedido y mensurado. Sabía, desde que tuvo en sus manos la carta del corregidor, que el negocio era arduo, pero no supuso que podía serlo tanto.

—Sí —respondió el rey, aunque se advertía la agitación en su voz —. ¿Estáis seguro de que ese Francisco Velasco es el mismo que atendió a su alteza el príncipe mi hijo en su última... en su última enfermedad?

—Sí, majestad. No cabe ninguna duda. Es el mismo galeno.

—¿Qué se sabe de su muerte? ¿Qué se sabe del crimen?

—Poco, señor, hasta donde alcanzo. No se ha hallado al autor y, según se desprende de la esquela del licenciado Espinosa, no hay pistas para averiguar su identidad.

—¿Se sospecha cuál haya podido ser el móvil?

—Nada hay que lo indicie, majestad. Según las noticias que he podido recabar del corregimiento en estos días, el médico, el tal Velasco, era un hombre que se dedicaba a atender a sus enfermos y que no acostumbraba a meterse en jaranas. Estaba casado con una tal Encarnación Domínguez, a la que tampoco se le conocen

pendencias, y tenía dos hijos, varones ambos, médico como su padre el primero, que ejerce su oficio en un pueblo de Salamanca llamado Aldeadávila de la Ribera, y soldado el segundo, destinado al día de hoy en una guarnición de Sicilia. Ninguno de ellos estaba en Madrid en la fecha del crimen, señor.

—Deseo que designéis a un alcalde de Casa y Corte para que supervise todo lo relacionado con esa muerte, Mateo, y que se me tenga al tanto de cualquier avance o incidencia que se produzca.

—Así se hará, majestad. ¿Hay algo más que yo deba saber, señor? Os veo, y permitidme la osadía, intranquilo.

—¿No es para estarlo —respondió el rey—, cuando se me acusa de complicidad en un delito?

—Sabéis a qué me refiero, majestad.

Felipe quedó cogitabundo, mirando un punto indefinido por encima de la cabeza de su secretario. Así permaneció durante dos largos minutos, o más, tantos que el ministro temió que a su señor pudiese sobrevenirle un vahído. Al poco rato, el rey pareció salir de su arrobo y adoptar una determinación que le había costado alcanzar, se agachó mínimamente para abrir un cajón de su escritorio y extrajo un sobre que tendió a Mateo Vázquez.

—Leed —ordenó.

Vázquez de Leca asió el sobre que le entregaba su señor, miró a este desde el banco en el que solía tomar acomodo para los despachos con él, abrió el envoltorio, desdoblándolo y, con parsimonia y cierta aprensión, leyó el papel que contenía. A medida que iba leyendo, sus ojos se iban agrandando, y de cuando en vez levantaba la mirada del papel para fijarla en los ojos del rey, que tenía la suya perdida en parajes indefinibles. Cuando acabó la lectura, dejó la carta anónima sobre la mesa, carraspeó para aclararse la voz, pero, por una vez —era el secretario hombre

versado en palabras—, se quedó sin saber qué decir. Su rostro, al igual que el del rey antes, había perdido todo color.

—Es el mismo símbolo, majestad... —fue lo único que alcanzó a decir.

—Así es.

—¿Cómo ha llegado esa... esa carta a vuestra majestad?

—Me la trajo el inquisidor general don Gaspar de Quiroga hace unos días. Como veréis, se me acusa de haber dado muerte a mi propio hijo —explicó, sin poder evitar una mueca de dolor en su cara habitualmente imperturbable—. Al príncipe Carlos, que en gloria esté.

—Es un desatino, majestad —dijo Vázquez, recobrada a medias la compostura—. Hay que encontrar al autor de este... de este libelo y llevarlo ante los justicias. La condena a la horca sería incluso benevolente.

—En esa carta se habla de nuevas muertes. Y ahora, aquí estáis vos, anunciándome un crimen y me mostráis el signo que obra en la carta cosido en otra esquela al cadáver. No es una casualidad, Mateo. Se está haciendo realidad el augurio.

—Razón de más para que el brazo de la ley actúe de forma urgente y con contundencia, majestad.

—Ese mismo símbolo ha aparecido en la torre vieja... —reveló el rey—, grabado con una lezna o a uñaradas en los estantes de la cámara donde murió el príncipe. A él se refiere la carta anónima. Y ahora, en ese papel, vuelve a aparecer, al mismo tiempo que se me acusa de complicidad en la muerte de mi hijo.

—De ahí vuestro interés por esa torre...

—De ahí mi interés por saber quién ha podido entrar en ella en el último año. Las marcas son recientes. Y, por lo que se me ha

informado, nadie lo ha hecho, nadie ha entrado en la torre recientemente, o eso se me quiere hacer ver.

—¿Qué significa este... símbolo, majestad?

—Es el símbolo del dios Saturno, o Cronos en la mitología griega...

—El dios que mataba a sus propios hijos —susurró, entelerido, el secretario real.

—Así es. Es una acusación tan explícita como infame.

—¿Quién ha podido, majestad, atreverse?

—Decídmelo vos. ¿Sospecháis de alguien en concreto, ahora que conocéis la carta?

—¿Quién más la conoce, majestad?

—Nadie, salvo don Juan de Herrera, que ha sido quien ha descifrado el significado del símbolo. Pero respondedme. ¿Sospecháis de alguien?

Permaneció durante unos instantes en silencio Mateo Vázquez, sopesando la pregunta del rey.

—De nadie en concreto, señor, y de todos —respondió.

—¿También de vos?

Miró el secretario a su señor, conturbado.

—Yo sería incapaz de traicionar a mi rey, majestad. Ni de arrojar contra él cargo tan abyecto.

—¿Qué me decís de mi hermano, de don Juan de Austria? —inquirió Felipe; la noticia de la muerte de su hermanastro aún no había llegado a Madrid.

Volvió a tomarse unos segundos de reflexión Mateo Vázquez.

—Don Juan, como bien sabéis porque vuestra majestad fue convenientemente informado, aspira a desposar a María Estuardo y convertirse en rey de Inglaterra, una vez nuestros barcos alcanzaran la isla, si es que tal cosa llegara a producirse. Pero no creo que la

ambición de don Juan sea tan desmedida como para aspirar a lo que vuestra majestad tiene por derecho divino.

—¿Y entonces? ¿Antonio Pérez? ¿Zayas? ¿Alba? ¿Otro grande de España? ¿La princesa de Éboli?... ¿Quién, por Dios?

—Cualquiera podría estar detrás de la invectiva, majestad. De Antonio Pérez y de la princesa..., pues ya sabéis lo que pienso de ellos. Aunque... ¿Y por qué no un príncipe extranjero? Guillermo de Orange, la propia Isabel de Inglaterra... Son tantos los enemigos del reino, señor...

Un ángel de silencio sobrevoló la cámara real.

—¿Qué he de hacer, Mateo? —inquirió Felipe al cabo.

—Poner todos los poderes del reino al servicio de este negocio, majestad. Espías, diplomáticos, alcaldes del crimen, justicias mayores y menores, criptógrafos... Hay que investigar con lupa a todos los que estuvieron cerca del príncipe en sus últimos días: sirvientes, los soldados que montaron guardia, los nobles que lo atendieron... Quien haya orquestado la calumnia conoce lo que pasó y quién estuvo sirviendo a su difunta alteza, como lo demuestra el que hayan asesinado a su médico. Hay que averiguar quién está detrás de la infamia, señor.

—¿Y que la calumnia se propale y llegue a oídos de todos? Es lo último que deseo.

—Pero vuestra majestad no puede permanecer como si nada ocurriese. Ya ha habido una muerte, la de ese infortunado médico. ¿Quién será el próximo, señor?

—Miro a cada ministro, a cada criado, y pienso: ¿es él quien está detrás del infundio? ¿Es este quien escribió ese símbolo de Saturno? ¿O será aquel? ¿O el de más allá? Vivo en la continua sospecha y mal puedo atender así a mis negocios. Se me hace cuesta arriba cada audiencia, cada visita. E incluso estoy pensando en suspender

la conmemoración del próximo día 7, la de la batalla de Lepanto. ¿Qué pensáis vos?

—Que no debéis hacerlo, majestad. ¿Qué especularían los embajadores? ¿Qué dirían los grandes, muchos de los cuales ya han viajado hasta Madrid desde sus encomiendas? Sería como reconocer que la amenaza comienza a surtir efecto. Y quizá esa recepción sea buen momento para estar pendiente de unos y otros.

—Está bien —dijo el rey, recogiendo la carta del escritorio y volviéndola a guardar bajo llave, dando por finalizada la audiencia—. Lo pensaré. —Y cuando su secretario se levantaba—: Mateo, una cosa más.

—¿Sí, majestad?

Y el rey miró muy fijamente a Vázquez.

—También estaré pendiente de vos.

14

UNA AUDIENCIA CON EL PAPA

Roma, El Vaticano, 6 de octubre de 1578

El embajador español ante el papa de Roma, Juan de Zúñiga y Requesens, abandonó la antesala, dejó atrás a los guardias suizos que escoltaban el portalón y, conducido por un secretario pontificio, entró en el gabinete contiguo al estudio del vicecristo, una estancia pequeña, con anaqueles atestados de libros sacros, mapas enmarcados, algunos tapices y un crucifijo austero que presidía la pared ante la cual se encontraba el sitial del pontífice, enfrentado a otro sillón de menor altura. Era aquella la sala donde el sucesor de Pedro celebraba las audiencias que no convenía fueran conocidas por casi nadie. El lugar donde tenían lugar los encuentros que correspondía se celebrasen en secreto y no tuvieran plasmación en escritos ni memorias. Sentado en su sitial, Gregorio XIII, nombrado en el siglo Ugo Buoncompagni, observó con gesto grave la llegada del diplomático español. Cercano a la ochentena, era el sumo pontífice romano un hombre de ojos inquisitivos, muy pequeños y juntos, nariz prominente, algo aguileña, frente despejada y barbas luengas y castañas, apenas encanecidas a pesar de su provecta edad, que le llegaban más abajo de la nuez de Adán. Su piel había adquirido el color cetrino de quien pasa muchas horas en estancias cerradas, entre libros, misas y bulas.

El embajador español se acercó al papa con pasos despaciosos, como el ceremonial marcaba, ceremonial que Zúñiga dominaba a la perfección, no en vano llevaba ya diez años como plenipotenciario del rey Felipe ante la Santa Sede. Llegado a la altura del sitial de Gregorio, se inclinó profundamente y besó luego, apenas rozándolo con los labios, el anillo del papa, el *anulus piscatoris*. Dio luego un paso atrás y permaneció en pie ante su santidad, cuan alto era. Caballero de buena planta, de poco más de cuarenta años, era Juan de Zúñiga un varón delgado y fibroso, con el rostro alargado, de firmes mandíbulas, marcado por pómulos altos y una nariz recta, ligeramente afilada, que le daba un aire marcial. Quedó en silencio aguardando a que fuera el sumo pontífice quien empezara una audiencia que no se celebraba por su solicitud, sino porque a ella el propio Gregorio lo había convocado.

—Espero y deseo —inició el papa el encuentro; su voz no era de gran orador, pero era profunda y trasminaba afecto y sinceridad; se expresaba en un latín pulcro, idioma que, lógicamente, también dominaba el diplomático español a la perfección— que el más dilecto de mis hijos, el rey Felipe de España, se halle en perfecto estado de salud.

—Así también lo deseo yo, como deseo que Dios guarde a vuestra beatitud por mucho tiempo —replicó Zúñiga—. Y, por lo que sé, santidad, así es. Las últimas noticias que me llegan desde Madrid hablan de que, dejando aparte sus problemas con la gota, mi rey disfruta de suficiente salud para atender como debe sus negocios.

—Me alegro, excelencia. Porque de la buena salud del rey católico, y de la buena salud del Imperio español, dependen muchas cosas, entre las cuales no es la menos importante la fortaleza de la cristiandad.

—Mi señor, el rey Felipe, sabe que cuanto hace lo hace en nombre de Dios y para el buen desempeño de la fe católica, santidad.

—Podéis sentaros —dijo entonces el papa.

—Gracias, santidad.

Tomó acomodo el embajador español en el sitial pequeño enfrentado al del sumo pontífice y aguardó a que este abordara el real motivo de la audiencia. Durante las escasas horas que habían mediado entre la convocatoria y la celebración de la recepción, Zúñiga había estado elucubrando acerca de cuál pudiera ser la razón de ese desacostumbrado, por extremadamente urgente y confidencial, llamamiento. Había barajado todas las posibilidades —la situación religiosa en los Países Bajos, con la cada día mayor proliferación de la herejía calvinista; los nombramientos eclesiásticos en el reino y en Italia, en los cuales el rey Felipe cada vez acostumbraba a intervenir con mayor decisión..., y un sinfín de cuestiones más—, pero concluyó a la postre que ninguno de esos negocios justificaba la urgencia y extremadas reserva y confidencialidad de esa audiencia. Reserva y confidencialidad sobre las cuales le había advertido enfáticamente Tolomeo Gallio, cardenal secretario de Estado de la Santa Sede, cuando le remitió la convocatoria: «Su santidad el papa desea que vuestra señoría se sirva comparecer en el Palacio Apostólico mañana, a la hora de tercia, para una audiencia reservada y urgente, con el objeto de tratar un asunto que afecta a conciencia y política mayor. Se ruega a su excelencia que acuda solo y que no haya rastro escrito ni de este llamado ni de lo que allí se hable».

¿De qué podía tratarse?, se preguntó Zúñiga una vez más. Tardaría muy poco en saberlo, pues en ese mismo instante el papa Gregorio se pasaba la lengua por el labio inferior, presto a hablar.

—Como bien sabe su excelencia, el rey Felipe no es un rey cualquiera. Es el principal de los reyes del mundo, pues no hay imperio como el suyo. Por más que la actual tregua con el sultán de la Sublime Puerta no sea de nuestro total agrado, vuestro rey es el eje sobre el que gira la cristiandad armada, en su lucha permanente contra el Turco y la herejía.

—Bien que lo sé, santidad. La sangre y los recursos de Castilla se han derramado y se vienen derramando generosamente desde hace decenios por todo el orbe en defensa de la auténtica fe, porque así lo quiere mi señor, que sabe que de nada vale el reino sin la fe. Ya conoce su beatitud cuál es uno de los lemas de mi rey: *Suma ratio pro religione*. «La principal razón es la que favorece a la religión». Su majestad el rey de España siempre antepone la protección de la fe a cualquiera de sus otras metas.

—Y así debe ser. Nada hay más importante que Dios y la defensa de la fe católica, la única verdadera, la que Nuestro Señor nos enseñó. Y todo esfuerzo es poco ante la actual propagación de la herejía. Sepa su excelencia que, por supuesto, Nos valoramos como debemos los grandes denuedos del rey católico.

—Así se lo haré saber a mi señor, santidad. Y de su parte os digo que él conoce que su beatitud es el último refugio en que la cristiandad espera hallar remedio para los grandes males y divisiones que hay en la religión.

—Y Nos se lo agradecemos de corazón —dijo el papa, que guardó un breve silencio a continuación. Juan de Zúñiga supo que el pontífice se aprestaba entonces a abordar el verdadero motivo de esa audiencia. Ya habían acabado los prolegómenos y las buenas palabras—. Nuestras relaciones con el rey católico, por el afecto que le profesamos, siempre han sido fraternales, como entre padre e hijo, a pesar de las diferencias, que las ha habido. No voy a ocultar a

su excelencia, por ejemplo, el más reciente de nuestros desencuentros: el sufrido con motivo del proceso al arzobispo don Bartolomé Carranza y de la sentencia en él dictada. Sentencia de cinco años de suspensión de su dignidad que al buen rey Felipe le pareció escasa, por lo que Nos elevó protesta afirmando que la justicia debía ser más rigurosa según las calidades del proceso.

—La inmediata muerte del arzobispo —intervino Zúñiga, extrañado de que el papa comenzara por referirse a ese proceso, estando ya el acusado, el obispo Carranza, fallecido, por más que aún colearan algunas de sus secuelas, ninguna de las cuales, sin embargo, justificaba esa llamada confidencial—, que, si no recuerdo mal, acaeció solo dos semanas después de la sentencia de su beatitud, puso fin a aquellas diferencias, que, por lo que respecta a su majestad el rey, le puedo asegurar que ya están olvidadas, santidad.

—No obstante, ¿sabéis qué, don Juan? —peguntó retóricamente el papa Gregorio—. Que acaso llevara razón su majestad, y que en esta vida que Dios nos ha dado, tan efímera, tan dolorosa a veces, hay que ser rigurosos y exigir la completa integridad en todos los actos que llevemos a cabo en este valle de lágrimas. Sí, hay que exigir integridad, rectitud, conciencia y moralidad. A todos y, principalmente, a uno mismo.

Juan de Zúñiga guardó silencio, algo desconcertado por el viraje del discurso del pontífice.

—Sabias palabras de su beatitud —dijo al fin—, por más que no sepa adónde conducen.

—El rey Felipe, como antes le he dicho a su excelencia, es, junto con el papado, el eje sobre el que gira la cristiandad armada, el defensor de la fe, como con la Liga Santa se puso de manifiesto, derrotando al sultán Selim.

—Todos nosotros recordamos aquella gran victoria en Lepanto, santidad, de la que mañana se cumplen precisamente siete años.

—Así pues, don Juan, su majestad es, como os he dicho, el defensor de la fe, el protector del catolicismo frente a la herejía, un príncipe cristiano —aseveró Gregorio XIII. Y abrió los brazos, ambas palmas hacia fuera, a renglón seguido—. Y cuanto más alto es el príncipe, mayor es la obligación de examinar su alma y mayor es la obligación de que su credibilidad y moralidad sean absolutas, porque cualquier mancha salpica a la fe, salpica a la cristiandad. Y eso Nos no lo podemos consentir.

Y guardó silencio a continuación, dejando tendidas en el aire esas palabras misteriosas.

—¿Qué me quiere decir su santidad? —inquirió Zúñiga, a quien la mudanza de la plática comenzaba a intranquilizar.

—Nos han llegado noticias de que corre el rumor, en España y no sé si en otros lugares de la cristiandad, de que el rey Felipe dio muerte u ordenó la muerte de su hijo el príncipe Carlos.

Como buen embajador que era, y harto experto en tratar con reyes, príncipes, cardenales y papas, Juan de Zúñiga y Requesens era un hombre culto, elocuente, astuto, discreto, con gran habilidad para tejer alianzas y manejar intrigas cortesanas. Poseía un profundo conocimiento de las cortes europeas y de la Santa Sede, y guardaba una lealtad inquebrantable a su soberano, equilibrando la prudencia, la persuasión y la firmeza para proteger los intereses de España en un entorno de guerra y diplomacia cambiante. Y, sobre todo, tenía una habilidad innata para no dejar traslucir sus emociones. Ahora, por el contrario, se quedó boquiabierto al oír las palabras del papa Gregorio; su piel adquirió un tono lívido, sus labios tremolaron como si los dientes le rechinaran y tuvo que tragar con fuerza para no balbucear al pronunciar sus siguientes palabras. Sabía que la red

vaticana de espías era formidable, y que el papa estaba al tanto de lo que ocurría en los países de la cristiandad de forma certera e inmediata. Recordó que, nada más hacerse cargo de la legación española ante el Vaticano, pudo constatar, cuando le tocaba negociar con el papa Pío, que este se encontraba bien informado sobre los asuntos a tratar y que incluso sabía sobre los negocios y resoluciones del rey de España mucho antes de que él como embajador los conociese por carta. Intuyó en aquellos días que el secretario Antonio Pérez informaba al nuncio de las intenciones del rey, aunque su sospecha nunca llegó a mayores. Pero ¿esto?

—No sé de qué me habla su beatitud —consiguió decir, perplejo—. Jamás he oído rumor como el que su santidad dice existe en España. Jamás he tenido conocimiento de acusación tan infundada.

—Puedo asegurar a su excelencia —insistió el sumo pontífice— que la existencia del rumor de que le hablo es cierta, y de que corre por España. Tanto, que nos ha llegado a Nos.

—¿Puedo saber cómo ha llegado a oídos de su santidad ese... ese bulo, ese infundio?

Gregorio tomó un pliego doblado que reposaba en una mesita que había a la derecha de su sitial y se lo tendió a Zúñiga.

—Leed.

El embajador tomó el pliego de manos del papa y, sin dejar de mirar al pontífice, lo desdobló cuidadosamente. Luego, bajó los ojos al papel y leyó.

Santidad,

No escribo movido por resentimiento ni por deseo de escándalo, sino por la convicción de que hay hechos que, cuando se silencian demasiado tiempo, acaban por deformar la conciencia de quienes los rodean.

Hace años murió en reclusión el príncipe don Carlos, hijo y heredero del rey de España. Oficialmente, su final fue atribuido a enfermedad y desequilibrio. Pero muchos supieron entonces que aquella versión no explicaba todo. Mas callaron.

Hubo órdenes que no se registraron. Hubo vigilancias que no respondían a protocolos comunes. Hubo privaciones que no fueron accidentales.

Nada de ello fue casual.

El padre fue informado de cada paso.

El padre consintió cada medida.

El padre permitió que el tiempo hiciera lo que una sentencia no podía declarar.

El padre fue responsable de su muerte, pues la ordenó.

Es Saturno, el Devorador, el que engullía a sus propios hijos para que no le robaran el reino.

Desde entonces, ese silencio se ha convertido en norma, y quienes lo conocen han aprendido que recordarlo es peligroso.

No pretendo juzgar. No me corresponde. Pero sí recordar que la Iglesia no fue instituida para aceptar sin examen las razones del poder, por piadosas que se presenten.

Cuando un reino se edifica sobre una muerte no confesada, su estabilidad es precaria. ¿Y cómo se va a sostener la fe sobre un trono tan frágil?

Y cuando la Iglesia acepta ese fundamento sin preguntar, participa sin quererlo en su fragilidad.

Aún es posible mirar atrás sin el silencio cómplice. Aún es posible juzgar. Aún es posible distinguir entre obediencia y temor.

El rey Felipe mató a su hijo Carlos. Ordenó su muerte.

El tiempo no absuelve. Solo espera la justicia.

Conmocionado, Juan de Zúñiga y Requesens tardó tiempo en levantar los ojos del papel. Era como si el tiempo se hubiese detenido. Cuando lo hizo e intentó hablar, la voz no le salía. Tuvo que carraspear para recuperarla.

—¿Quién...? ¿Cómo ha llegado esta... esta... esto... a vuestras manos, santidad?

—Los caminos del Señor son inescrutables, hijo.

—Perdone su beatitud, pero no es momento de vericuetos, por muy bíblicos que sean.

Sonrió el papa, pese al descaro del legado.

—Llegó a la Santa Sede con el correo diario, de forma anónima.

—No creerá su santidad lo que aquí se dice, ¿verdad? Es... es una patraña, una calumnia. Es de locos pensar que mi señor pudiera

ordenar la muerte de su hijo.

—¿Qué sabéis vos de esa acusación?

—Le reitero a su santidad que nada sé de esa falsedad —aseveró el embajador, que poco a poco se recuperaba del pasmo—. Solo puedo deciros eso, que es una calumnia, una acusación falaz. Es una pura infamia. Nada tuvo que ver mi rey con la muerte de su hijo el príncipe. Su muerte solo le provocó dolor, no remordimientos, y los habría habido de ser cierta tan abyecta acusación. No debiera su santidad hacer caso de infundios y chismes. De cualquier forma, ya, en su día, se dieron oportunas explicaciones al antecesor de su beatitud, el recordado y llorado papa Pío V. Cuando ocurrió el infortunio de la muerte del príncipe y su previo arresto, el papa exigió saber la realidad de lo ocurrido, y el rey Felipe dio cumplida información que satisfizo a su santidad. No entiendo que la cuestión se suscite ahora, diez años después.

—*De peccatis occultis iudicat Ecclesia* —declaró el papa Gregorio, solemnemente—. «La Iglesia juzga los pecados ocultos».

—No hubo pecado, santidad, mi mano diestra pondría en el fuego por el rey mi señor —defendió Zúñiga—. Y si lo hubiera, lo que tajantemente niego, la muerte del príncipe Carlos ocurrió dentro del ámbito doméstico y político del rey. No hubo proceso eclesiástico, ni herejía, ni delito contra la fe. Por tanto, no hay causa para la intervención pontificia. Combatir el bulo, la mentira, la falsedad, será competencia del rey mi señor. Y puedo aseguraros que así lo hará, y con todas sus fuerzas.

—El príncipe Carlos, excelencia —argumentó Gregorio, muy serio —, era cristiano bautizado, heredero de un trono y miembro de la Casa de Austria. La muerte de un príncipe no es solo un asunto familiar, sino que afecta al orden cristiano y puede generar escándalo universal. Nos, el papa, hemos de intervenir para evitar

que el rumor destruya la legitimidad del poder cristiano. La razón de Estado no puede quedar fuera del juicio moral de la Iglesia. —Inspiró a continuación con fuerza y se inclinó brevemente luego, como queriendo demostrar cercanía ante el embajador, o para dar más énfasis a sus palabras—. Excelencia, tenga vuestra señoría en cuenta que, si el rumor prospera sin examen, los protestantes, calvinistas y luteranos lo explotarán, los príncipes católicos desconfiarán y la autoridad moral de España se resquebrajará. Nos no pretendemos intervenir para condenar al rey, sino para que el mundo no lo condene.

—Su majestad —repuso Zúñiga, igualmente serio, y también inclinándose levemente hacia delante, en lo que tal vez pudiera parecer un signo de desafío— nunca ha rehuido el juicio de la Iglesia, porque sabe que su autoridad procede de Dios. Pero, como su santidad ha dicho, mi señor es el rey del mayor imperio que jamás vieron los siglos y lleva años defendiendo a la cristiandad. España no desafía a Roma, pero tampoco se deja juzgar como un reino menor. —E hizo una breve pausa, como para recalcar sus palabras—. Mi señor reconoce al papa como vicario de Cristo, pero no como juez temporal de su corona.

—Y ya Nos le hemos dicho a vuestra excelencia que la Iglesia no puede mantenerse al margen ante un negocio de esta envergadura. *Age ut omnia bene eveniant*. «Actuar para que todo acabe bien». Esa es la voluntad de la Iglesia. Nos solo queremos saber, y que el rumor fenezca. Saber. ¿Nos entendéis, embajador?

—Lo que entiendo, santidad, es que conviene que quienes sostienen la fe con la espada no se vean debilitados por dudas sembradas desde la más alta cátedra de la cristiandad.

—Os insistimos, excelencia: Nos no pretendemos sembrar dudas, sino saber. Saber que no hubo intención homicida en la muerte del

príncipe. Saber que hubo auxilio médico y espiritual. Saber que la muerte fue natural. Saber que el rey, al decretar la prisión de su hijo, actuó por necesidad grave. Y saber, sobre todo, excelencia, si su majestad se somete al juicio de la Iglesia.

—Escribiré hoy mismo carta urgente y cifrada a su majestad —dijo el embajador—. Espero tener su respuesta a la mayor brevedad, santidad.

—Tal vez no convenga que lo que aquí hemos hablado —sugirió el pontífice— quede por escrito. Sabido es que la cifra se diluye hoy en día, en manos de los hábiles criptógrafos de cada corte, como el humo en el aire. Tal vez fuera conveniente que su excelencia viaje a Madrid y lleve mis palabras, de modo personal, al buen rey Felipe. Con mis bendiciones.

—Tal vez llevéis razón —reconoció Zúñiga—. Así lo haré.

—Quedad con Dios —se despidió el papa, bendiciendo, con un gesto breve, al embajador español.

—Y vos con Él, santidad.

Juan de Zúñiga y Requesens se puso en pie, besó de nuevo, y con igual levedad, el *anulus piscatoris* y se retiró como el protocolo ordenaba, sin dar en ningún momento la espalda al papa de Roma. Y cuando ya alcanzaba la puerta de la cámara privada, se oyó la voz de Gregorio XIII por vez última en esa audiencia:

—Sabed, excelencia, que no juzgo al rey como príncipe, sino como cristiano, y que lo hago para que pueda seguir siendo rey.

15

La conmemoración de Lepanto

Madrid, alcázar, Salón de los Reyes, 7 de octubre de 1578

El Salón de los Reyes, situado en la planta principal del alcázar madrileño, era el espacio que se utilizaba para recepciones de embajadores, juramentos ceremoniales, festejos cortesanos y banquetes oficiales. Era una sala grande, de ochenta pies de largo por unos cincuenta de ancho, de techo alto sostenido con vigas de madera vista, adornada sobriamente con tapices flamencos de gran hechura, escenas de victorias, genealogías y alegorías del buen gobierno, cuyos colores —rojos profundos, azules densos, marfiles— apagaban el eco de las voces y envolvían la sala en una penumbra solemne. Entre tapiz y tapiz, escudos reales y emblemas dinásticos recordaban la perduración de la Corona. El suelo era de losas claras. En uno de los lados mayores se alzaba el estrado: una tarima cubierta con alfombra sobre la que se situaba el trono bajo dosel, con respaldo recto y brazos labrados, flanqueado por sitiales menores para la familia real. El dosel, de terciopelo oscuro, llevaba bordadas las armas reales. El salón estaba iluminado con hileras de hachones y candelabros cuyo resplandor hacía temblar las sombras de los reyes representados en las telas.

Precedida por una misa solemne de acción de gracias celebrada en la capilla del alcázar y oficiada por Gaspar de Quiroga, la recepción que hoy tenía lugar había sido convocada en memoria de la gloriosa victoria de la Liga Santa sobre el sultán Selim II de la Sublime Puerta en la batalla de Lepanto, de la que se cumplían siete años. En 1570, el sultán otomano había conquistado la isla de Chipre a los venecianos y, tras firmar la paz con Rusia, había declarado: «He derrotado a esos infieles que no me rendían pleitesía. Iremos a Venecia, y de allí a Roma». Alarmado, el papa Pío V impulsó la creación de la Liga Santa, que incluía a España, los Estados Pontificios, la república de Génova, la Serenísima República de Venecia, los ducados de Saboya y la Toscana y la Orden de Malta. Su objetivo era enviar una flota de guerra a aguas del Mediterráneo oriental cada año y detener la ofensiva naval de turcos y berberiscos. Francia no se quiso unir por estar sumida en guerras de religión internas entre católicos y hugonotes, en tanto que el Sacro Imperio apenas podía contener a los otomanos en los Balcanes. A principios de octubre de 1571, la flota católica se lanzó a la mar, tras recibir estandarte bendecido por el sumo pontífice, para buscar a la armada turca, que fondeaba cerca del estratégico golfo de Lepanto, en Grecia. Ambas flotas se enfrentaron al amanecer del día 7 y, en unas pocas horas, la victoria de las galeras al mando de Juan de Austria fue aplastante, muriendo en combate el gran almirante turco Müezzinzade Ali Paşa y muchos capitanes y tripulantes. Doblaron entonces las campanas de todas las iglesias de la cristiandad, celebrando tan gran victoria.

En el alcázar, en la conmemoración de la efeméride, a la misa y el posterior tedeum había seguido una breve representación alegórica de la batalla, con personajes como la Cristiandad, el Turco, la Fe, la

Providencia y la Victoria, puesta en escena por estudiantes del Colegio Imperial.

En esos instantes, y antes del ágape que pondría fin a la sobria recepción, el coro de la Capilla Real entonaba el motete *Salva nos, Stella Maris*, de Cristóbal de Morales, muy apropiado para la ocasión. El rey, sentado en su trono, observaba a sus criados, repartidos por todo el salón. Allí estaba Gaspar de Quiroga conversando en susurros con el secretario Antonio Pérez, de muy buenas migas ambos, como por todos era conocido; junto a ellos, el obispo de Ávila y presidente del Consejo de Castilla, Antonio Mauriño de Pazos, escuchaba con atención lo que Quiroga en esos instantes hablaba; era también conocida la cercanía política de Pazos con el inquisidor general y con Pérez. Cerca de ellos, Gabriel de Zayas, secretario para los asuntos de Francia, el imperio e Inglaterra y cuya simpatía hacia Pérez se decía se estaba resquebrajando —se comentaba que se habían encontrado recientemente en la galería y ni se habían descubierto ni saludado—, departía en voz baja con Alonso de Guzmán y Sotomayor, duque de Medina Sidonia y yerno de la princesa de Éboli, y con otros grandes.

Un poco más lejos, Francisco Zapata Cisneros, conde de Barajas y miembro del Consejo de Estado, peroraba en un grupo donde estaban el marqués de los Vélez, mayordomo mayor de la reina, el marqués de Aguilar y, por increíble que pudiera parecer, el confesor real fray Diego de Chaves, cuya enemistad con el de Barajas era proverbial. Más allá, Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que había estado al mando de las treinta galeras de la escuadra de Nápoles en Lepanto, relataba episodios de la batalla a varias damas que lo escuchaban con arrobo. Acullá, Mateo Vázquez charlaba con el duque de Alba, con Antonio de Toledo, cuñado del duque, caballerizo mayor del rey y prior de la Orden de San Juan en el reino

de León, y con Juan Delgado, secretario del Consejo de Guerra. En el centro de la estancia, doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli y viuda de Ruy Gómez de Silva, tan añorado por Felipe, escuchaba la música junto a varias damas de la corte; el rey advirtió cómo, con su único ojo sano, lanzaba de cuando en vez miradas de complicidad hacia el secretario Pérez; le vinieron a la mente entonces los rumores que cada vez corrían con más intensidad por Madrid acerca de la implicación de aquellos dos en el asesinato de Juan de Escobedo, secretario de su hermanastro don Juan de Austria, y se dijo que más pronto que tarde habría que poner medios para esclarecer el lance, al que el propio Felipe no era ajeno.

En un rincón, los embajadores extranjeros —Filippo Sega, nuncio vaticano; Alberto Badoer, el plenipotenciario de la Serenísima; Luigi Dovara, legado del Gran Ducado de la Toscana; Duarte de Castelo-Branco, conde de Sabugal, embajador portugués; Giovanfrancesco Morosini, legado del dogo de Génova; el de Lucca, Tolomeo del Portico; el enviado del duque de Módena, Orazio Malaguzzi...— dialogaban, sin hacer mucho caso a la música, atentos a cualquier desliz de sus colegas que les permitiera acceder a información valiosa para sus señores, que de inmediato transmitirían bajo cifra a sus respectivos países.

Dos pensamientos se le vinieron a la cabeza en esos instantes al rey Felipe mientras observaba conciliábulos y camarillas.

Por un lado, se dijo que su corte era un nido de banderías y parcialidades, como bien le había advertido su padre el emperador en las «Instrucciones secretas» que le entregó cuando lo puso al frente del reino en 1543 —¡Felipe solo tenía dieciséis años!—, antes de su partida para Génova para enfrentarse de nuevo, por cuarta vez, a Francisco I de Francia. En ellas le aconsejaba no entregarse nunca a una sola facción o parcialidad, ya que esto anularía su

autoridad y le convertiría en prisionero de un bando. Le dejaba bien claro que el rey debía mantenerse por encima de todos para actuar como árbitro neutral. Le indicaba que los consejeros a menudo tratarían de influirle para favorecer a sus parientes o amigos. Le recomendaba escuchar a todos, pero reservarse siempre la decisión final para que nadie pudiera decir que gobernaba en su nombre. Él, Felipe, había intentado por todos los medios seguir las «Instrucciones» de su padre el emperador, y por eso había hecho de la prudencia y la desconfianza sistemática hacia sus propios ministros su norma de conducta, para evitar que alguno adquiriera demasiado poder. Pero no había podido evitar la existencia de las facciones, cuya convivencia era ahora peor y más difícil que nunca. Cuando vivía Ruy Gómez, había dos parcialidades perfectamente definidas: la «ebolista», encabezada por el propio príncipe de Éboli e integrada por gente tan dispar como Gonzalo Pérez y luego su hijo Antonio, los Mendoza, los humanistas y técnicos como Pedro Fajardo y hasta la Compañía de Jesús, que propugnaba una política de moderación, diplomacia y pactos y que era partidaria de una salida negociada y pacífica a la rebelión en los Países Bajos; y, de otra parte, los «albistas», la facción encabezada por el duque de Alba y la Casa de Toledo e integrada por personajes tan relevantes como el cardenal Espinosa, Juan de Zúñiga y Gabriel de Zayas, que defendían que Castilla debía ser el eje central de la monarquía, imponiendo sus leyes y autoridad sobre los demás territorios. Ambas parcialidades convivían en la corte en una rivalidad estructurada que el mismo Felipe fomentaba deliberadamente para fortalecer su propia autoridad. Por más que también hubiera desencuentros declarados, como el de Alba con Ruy Gómez, tras cuyo óbito el primero no ocultó su regocijo por la «desaparición del privado

portugués y "su ponzoña"». Pero eran desafecciones moderadas, que nunca violentaban el protocolo de la corte.

Ahora, en cambio, lo que convivía era la aversión y el odio; ya no se trataba de diferentes posturas políticas, de diversas maneras de conducir la monarquía, sino de inquinas personales que, de haberse podido, en muchos casos se hubieran resuelto mediante duelos al alba en la plaza del Arrabal. Antonio Pérez odiaba a Mateo Vázquez y Mateo Vázquez odiaba a Antonio Pérez. Los partidarios de unos y otros se odiaban entre sí. El duque de Alba no podía soportar a Pérez, a quien consideraba un burócrata trepador que envenenaba el oído del rey contra los ejércitos; y Pérez envidiaba a Alba, aborrecía su prestigio militar y la altanería del duque y había trabajado activamente para desprestigiar sus campañas en Flandes y limitar su influencia en la corte. Pérez y Zayas, antes amigos y aliados, cada vez eran más distantes y más adversarios. Fray Diego de Chaves detestaba al conde de Barajas y pedía su destitución. Pérez había susurrado al oído del rey maldades acerca de Juan de Austria y de su secretario Escobedo, que había acabado asesinado en pleno centro de Madrid. La princesa de Éboli denigraba cada vez que tenía ocasión a Mateo Vázquez, a quien nombraba como «perro moro» —había nacido en Argel, según se decía—, y consideraba un insulto que un hombre de baja alcurnia interfiriera en los asuntos de la alta nobleza, mientras que Vázquez, y otros con él, se referían a la princesa como «la hembra» o la Jezabel española (la otra era la reina inglesa Isabel Tudor). Media corte murmuraba acerca de las relaciones ilícitas entre la de Éboli y Pérez. La corte española se había convertido en un nido de serpientes en el que las relaciones no eran de debate político, sino de conspiración.

La mudanza de la música de la Capilla Real sacó a Felipe de ese primer pensamiento. El coro interpretaba ahora a Francisco

Guerrero, entonando su himno *Vexilla regis prodeunt* —«Los estandartes del rey salen a la luz»—, a ocho voces, también muy apropiado para la efeméride. Mientras sonaban los compases del himno, Felipe regresó la mirada a sus criados, contemplándolos uno por uno, desde el más relevante al de más llana procedencia. Y una letanía de preguntas retiñía en su cabeza, dirigida a todos ellos: «¿Quién de entre vosotros desea mi mal? ¿Quién es el autor de la carta anónima? ¿Quién grabó el símbolo de Saturno en la torre vieja? ¿Quién de entre vuestras mercedes osa acusarme de la muerte de mi hijo el príncipe Carlos? ¿Quién está detrás de la mano que ha dado muerte al médico Velasco? ¿Quién es el traidor y cuál es la razón de su felonía?».

No halló respuesta para esas preguntas.

Una tos infantil restalló a la vera del rey. Se giró hacia su izquierda, donde se sentaba el príncipe Fernando, el heredero del reino que, por la misericordia de Dios Todopoderoso, cumpliría los siete años de edad el venidero diciembre. Se había llevado el puñito de su mano diestra a los labios para contener la expectoración. Un gentilhombre de la boca se acercó presuroso con un pañuelo de encaje y un vaso de agua; el príncipe aceptó el primero y declinó el segundo. El rey, con honda preocupación, observó su extrema delgadez, su rostro pálido, casi cerúleo, sus marcadas ojeras, sus movimientos lentos y fatigosos.

—¿Os encontráis bien, alteza? —preguntó Felipe a su hijo, posando su mano en el bracito del niño, que encontró calenturoso.

El príncipe asintió, intentando sonreír.

—Estoy bien, majestad —aseguró con su vocecilla delicada.

—¿Le ocurre algo a su alteza, señor? —preguntó la reina Ana, sentada a la derecha de su esposo, que había advertido la tosecilla de su hijo y el ademán preocupado del rey.

—El príncipe Fernando asegura que se encuentra bien, señora, aunque le hallo la piel algo más caliente de lo que debiera. —Y dirigiéndose de nuevo a su hijo—: Si estáis cansado, puedo ordenar que os acompañen a vuestra cámara.

—No, majestad, estoy bien, de verdad. Y me gusta la música.

Felipe contempló a su hijo con ternura. Lo vio tan débil, tan vulnerable, que sintió un pujo de emoción en el pecho. Deseó que todo el poder de su imperio, el poder de sus cañones y sus galeras fuese suficiente para proteger la vida del príncipe, en cuyos hombros tan frágiles descansaba el futuro del reino. Recordó luego la carta anónima y sus palabras infaustas, que auguraban nuevas muertes.

Felipe, en un gesto inusual, acarició con suavidad y blandura la mano de su hijo, y rogó al cielo, a Dios misericordioso, que lo protegiera de todo mal.

***

La música aún parecía resonar en las bóvedas del Salón de los Reyes, asedando el tono de las conversaciones. Las violas y chirimías habían cesado, pero el eco de sus acordes parecía haberse quedado prendido en los muros del salón, reverberando sus resonancias como enredadas en la trama de los tapices.

El ágape discurría con la compostura que imponía la presencia del rey, que, en el centro de la estancia, apenas probaba bocado. Sus dedos, largos y secos, jugaban con la copa aún colmada del buen vino de los jerónimos que se había escanciado generosamente, mientras su mirada, aparentemente distraída, recorría el salón con esa atención que no se detenía en nada y, sin embargo, lo abarcaba todo. Se topó, en ese instante, con la del inquisidor general Gaspar de Quiroga y, en un mudo entendimiento, hizo que el arzobispo

abandonara el corrillo donde estaba y se dirigiera a presencia del monarca. Este, con otro ademán sin palabras, se deshizo de quienes en esos momentos lo rodeaban —los secretarios Zayas y Delgado— y saludó al clérigo con un gesto escueto de su cabeza.

—Majestad —dijo Quiroga tras el saludo protocolario—, es una celebración digna de lo que se conmemora.

El rey inclinó apenas la testa hacia él. Dio unos pasos, obligando al arzobispo a seguirlo, para apartarse de todos y crear un espacio de intimidad.

—Decidme, señor arzobispo —murmuró, sin desviar la vista del frente—. ¿Ha sabido vuestra eminencia algo más de aquello de que hablamos?

Quiroga no respondió de inmediato. Tomó un sorbo breve de vino, como si necesitara humedecer la garganta o dilatar el tiempo.

—Nada nuevo, majestad —respondió al fin—. Y, para vuestra tranquilidad, sabed que la carta sigue guardada y a buen recaudo. Solo mis ojos la han visto.

—El símbolo que aparece en ella —inquirió el rey, sondeando a su interlocutor—, ¿habéis alcanzado a saber qué significa?

—No con certeza. He llegado a pensar que es marca de alquimista, pero, cuanto más lo pienso, menos convencido estoy. He revisado antiguos tratados de astrología. Pudiera ser el signo de Saturno, pero no coincide completamente. Es un jeroglífico, majestad. ¿Y vuestra majestad ha conseguido saber algo más?

Felipe no respondió. Volvió la vista al salón, donde risas contenidas y conversaciones en voz baja enmascaraban una tensión que solo unos pocos de los presentes percibían.

—Seguid atento, señor arzobispo —concluyó—. Y no deis un paso sin avisarme.

—Así se hará, majestad.

Dio el rey la espalda al clérigo, que se dirigió al corrillo del que había salido, en el que Antonio Pérez, con la ocurrencia de sus buenos momentos, debía de estar contando algún chisme que provocaba las risas de sus interlocutores. Un movimiento leve, casi imperceptible, atrajo entonces la atención del rey.

Entre los grupos que conversaban con estudiada naturalidad, avanzaba hacia él una figura inconfundible.

La de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli.

Vestía con su elegancia habitual, sin exceso, tal vez el escote algo más atrevido de lo que la etiqueta aconsejaba, pero con esa seguridad de quien no necesita el aderezo para destacar en la multitud. El parche que cubría su ojo izquierdo no restaba belleza a su rostro; antes bien, le confería un aire singular, casi desafiante, como si en aquella imperfección residiera parte de su fuerza. Se inclinó ante el rey con una reverencia tan breve como sugerente.

—Majestad.

—Princesa —respondió Felipe.

Hubo un instante de silencio que, más que incómodo, era preparatorio, el preliminar necesario para una conversación que, estando por medio la de Éboli, siempre era prometedora.

—Confío —dijo ella— en que todo esté siendo del agrado de vuestra majestad.

—Lo ha sido —reconoció el rey—. Aunque bien sabéis, *prima*, que no soy hombre de celebraciones, por más que esta merezca la pena. Soy más de silencios. En cambio, a vos os he observado esta noche y he comprobado una vez más que no sois amiga de ellos. Os he visto reír y gozar con desenvoltura.

—¿Me habéis observado, pues?

—Sí, y os he visto como en vuestros tiempos mejores.

—¿Hubo tiempos mejores, señor? —preguntó ella, sugerente de nuevo.

—Decídmelo vos. Hubo tiempos en que uno era capaz de prever acontecimientos y adelantarse a ellos. No sé si eran mejores... pero sí más fáciles de entender.

—No siempre es cuestión de gusto, majestad. A veces una habla porque el silencio no deja otra salida... y otras, porque callar resulta más difícil de lo que parece.

—Bueno, eso puede ser verdad —dijo el rey, asintiendo al mismo tiempo con la frente, fijos sus ojos grises en los de la princesa—. Aunque, como bien sabéis, la abundancia de palabras es tierra fértil para que en ella germine el yerro y el pecado.

—También es verdad, pero ¿cuántas veces no somos dueños ni de nuestras palabras ni de nuestros silencios? Lo que quiero hacer ver a su majestad es que no siempre actuamos por propio impulso, o por nuestra propia voluntad o, si lo pensamos mejor, por nuestra propia conveniencia, sino movidos por actos de otros.

—¿Actos de otros? —inquirió Felipe, francamente interesado ahora —. ¿A qué os referís, señora?

Una sonrisa sensual bailó en los labios de Ana de Mendoza. Fue una sonrisa que Felipe no supo si calificar de provocadora o de atrevida, o de ambas cosas a la vez. Recordó otros momentos, otro tiempo, en el que él y esa hermosa dama, tal vez... Pero alejó de sí de inmediato el recuerdo con un parpadeo. Tenía, como ser humano que era y, por tanto, frágil a pesar de sus poderes, muchos defectos: era reservado, desconfiado, suspicaz, cruel e irascible en ocasiones..., pero la lujuria no estaba entre ellos. Siempre había sabido mantener atada con rienda corta a la indomable fiera de la lascivia, sabedor de que entre sus fauces habían caído imperios y

coronas. Volvió a centrar su atención en los labios y en las palabras de la princesa.

—A que no siempre elegimos el momento ni la forma en que nos vemos obligados a hablar o a callar —explicó la de Éboli con calma —. Hay decisiones que parecen propias, pero nacen de movimientos que no hemos iniciado nosotros. Mas no pretendía mantener una conversación de este tipo con vuestra majestad. Solo me acerqué a vuestra majestad para saber cómo está y desearle lo mejor en este tiempo propicio. Al fin y al cabo, celebramos una gran victoria. Es un tiempo propicio, ¿no, majestad?

Felipe contempló fijamente a la mujer, intentando dilucidar si sus palabras estaban adornadas por un doble sentido. No fue capaz de alcanzar una conclusión cierta. Era un tiempo lleno de inquietudes, las desgracias se habían sucedido una tras otra en ese año setenta y ocho —la última, la reciente y sorpresiva muerte, acontecida en Madrid hacía solo unas semanas, de su sobrino Wenceslao, hijo de su hermana María y del difunto emperador Maximiliano y hermano del actual emperador Rodolfo, y con tan solo diecisiete años de edad —, y ahora esa carta anónima le impedía el sueño. ¿Y esa mujer calificaba el tiempo como propicio? ¿Era porque en verdad no sabía nada de la carta? ¿O era porque quería alejar de ella las sospechas?

—No hay día en que no me acuerde de vuestro difunto esposo —dijo Felipe, tal vez desviando el rumbo de la charla—, de mi querido Ruy López. ¿Lo añoráis también vos? Dudo mucho que él, si aún estuviera entre nosotros, calificara este tiempo como propicio.

El murmullo del salón continuaba en torno a ellos, pero ambos lo sentían como lejano. Ella no respondió de inmediato. Tomó una copa de la bandeja de un paje que pasaba y la sostuvo sin beber.

—Por supuesto, señor —dijo, sorbiendo luego brevemente de la copa—. Yo no dejo de recordarlo, majestad —respondió con

suavidad, sin apartar su mirada de la de Felipe—. Hay recuerdos que son imborrables, aunque haya veces en que queramos alejarlos de nosotros por el dolor que causan. Y también me acuerdo de que fue él quien me dijo que todo tiempo es propicio para quien se atreve.

—Se dice de vos que no existe nada a lo que no os atreváis.

—Habladurías, majestad.

—Decidme —continuó Felipe, con tono más bajo—, ¿cómo se sigue adelante cuando falta alguien así?

Ella guardó silencio durante unos segundos. Tomó aire con sosiego antes de hablar.

—Intentando hacer lo que la persona ausente habría querido que se hiciera, señor. Y a veces eso obliga a tomar decisiones que uno habría preferido no considerar.

—Y según vuestra señoría, ¿qué habría querido el bueno de Ruy López?

—Lo mejor para sus hijos, majestad. Como vuestra majestad desea lo mejor para los suyos.

—Vuestros hijos, *prima*, gozan de buenas rentas y de sus títulos.

—Así es, señor. Pero ¿quién no desea siempre más para los de su sangre?

—La ambición, señora, cuando es excesiva, es peligrosa.

—No, cuando se la conjuga con derechos legítimos.

—Eso no siempre es fácil.

—No —admitió ella—, pero tampoco lo es quedarse quieto esperando a ver por dónde discurre la corriente, en vez de esforzarse por encauzarla.

El rey dejó escapar una leve exhalación. Esas palabras de la princesa le trajeron a la mente el recuerdo de su hijo Carlos, su impaciencia, sus delirios, su afán por adelantar el curso natural de las cosas. Estuvo a punto de hablarle a la Mendoza de Carlos,

preguntarle cuál era su recuerdo de él, interrogarla por su parecer acerca de lo ocurrido, acerca de su muerte. Mas se dijo que era tiempo de acabar con esa conversación que comenzaba a ser dolorosa. Había tantas ausencias. Y pensó que en esa mujer no iba a encontrar respuestas. Todo en ella era artificio. Se despidió de la de Éboli con unas frases de cortesía y se alejó, buscando con la mirada a su esposa Ana de Austria. La seguridad de quien sabía que lo amaba con desinterés. A su espalda, la princesa quedó pensativa. Cavilaba que no todas las ausencias son iguales: unas se limitan a vaciar lo que hubo, pero otras dejan tras de sí un espacio que, tarde o temprano, alguien ha de ocupar. Y eso, pensaba, es lo que verdaderamente pesa. No la pérdida en sí, que al fin y al cabo se aprende a sobrellevar, sino la necesidad de elegir sin la seguridad de acertar, sabiendo que cada decisión puede llenar el hueco, pero, al mismo tiempo, cambiar el equilibrio de todo lo demás.

16

Un matrimonio secreto

Tordesillas, Valladolid, 10 de octubre de 1578

Situada a orillas del Duero, Tordesillas, en tierras de Valladolid, en la Extremadura castellana, antaño señorío de reinas y amantes reales, era una villa notable en la historia del reino y, aunque lejos de su relevancia de otrora, cuando la presencia de la reina Juana convertía a la ciudad en un punto de referencia para la política imperial, seguía siendo un nudo de comunicaciones estratégico donde se cruzaban las rutas que unían el noroeste de la península con el centro, y una población próspera gracias al comercio, las ferias y su posición como sede de importantes linajes nobiliarios que habían construido sus casas señoriales cerca de la plaza Mayor de la villa.

En Tordesillas había confinado el rey Felipe a Fadrique Álvarez de Toledo. Según la letra de la cédula real, por su desobediencia: no había desposado a Magdalena de Guzmán, a quien había dado, e incumplido, palabra de matrimonio; y según el propio Fadrique y otros muchos conjeturaban, su progenitor incluido, por culpas que, más que propias, eran de su padre el duque, y relacionadas todas ellas con su tiempo al frente de la gobernación de Flandes, donde había perpetrado, se decía, muy despiadadas crueldades. A pesar de contar con influyentes intermediarios como el presidente de Castilla o Francisco Hernández de Liébana, letrado de prestigio, ninguno de

ellos fue capaz de ablandar el ánimo del rey. Felipe exigía que, tal como se había decretado por una junta de teólogos y juristas, Fadrique desposara a Magdalena de Guzmán, casamiento al que radicalmente se oponía Alba, por no tratarse de novios de iguales calidades como la ley ordenaba. El viejo duque, aun a costa del favor de su señor el rey, estaba empeñado en mantener incólume, y por encima de cualquier otra cosa, su *auctoritas* sobre su casa, su linaje y el amplio clan familiar.

Y a Tordesillas llegó Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, tercer duque de Alba, poco después de la hora nona del día 10 de octubre del año del Señor de 1578. Había tomado su decisión justo después de su audiencia con el rey. A pesar de su edad, había recorrido a caballo las casi treinta y seis leguas que separaban Madrid de Tordesillas. Su llegada causó asombro y cierto desasosiego a los criados de su hijo el duque de Huéscar, que conjeturaron que poco bueno habría de depararse de tan inesperada visita estando las cosas como estaban.

Los dos guardias que custodiaban la casa propiedad de Henrique de Rojas y Sandoval, comendador de León, donde Fadrique residía, saludaron respetuosamente al duque de Alba, cuya fama lo precedía y cuyas gestas alegraban muchas noches de hoguera. Ningún impedimento le pusieron para que entrase al caserón donde su hijo enduraba su exilio.

—¿Habéis tenido buen camino, señor? —preguntó, tras los saludos de rigor, al duque de Alba el de Huéscar, que había sido apercibido de la llegada de su padre.

Fadrique, alto, enérgico a pesar de su enfermedad, próximo a cumplir los cuarenta y un años, era digno representante de su estirpe, al contrario que muchos otros nobles que, tras tanto

matrimonio consanguíneo, habían perdido la gallardía y prestancia de sus ascendientes.

—A mi edad, hijo, no hay camino fácil. Pero este era en extremo necesario. El tiempo ha sido benévolo, además. No padecemos un otoño riguroso.

—Recibí, señor, vuestra estipulación de mis esponsales con mi prima doña María de Toledo. Sé, como me adelantasteis, que es el motivo de vuestra visita. Que agradezco, pues, sea cual sea la razón, estaba deseando ver y abrazar a vuestra señoría.

—También yo deseaba abrazaros, hijo. ¿Habéis leído los papeles? Espero que el convenio haya sido de vuestro agrado. Es lo que hay que hacer y lo que conviene.

—Casarme con doña María es desobedecer la orden del rey, señor. Me fue llegada la disposición de la junta convocada por su majestad, en la que se resolvía que estoy obligado por mi honor a cumplir la palabra de casamiento que se dice otorgué a doña Magdalena de Guzmán.

—Nadie puede conminar a vuestra merced a hacerlo, ni tan siquiera por un mandado real, porque el matrimonio es un acto libre y en conciencia, como ha decretado el Concilio de Trento. Y, como ya le he hecho ver a su majestad y ahora os reitero, no es lícito el casamiento entre quienes no nacieron iguales. Vos sois el heredero de la Casa de Alba, la más poderosa del reino, tras el rey. La señora de Guzmán no tiene títulos, ni linaje ni prebendas, más que la de haber gozado de vos, si es que tal cosa alguna vez ocurrió.

—Sepa vuestra merced que siempre respeté a doña Magdalena. Mis propósitos con tal señora no fueron en ningún caso deshonestos, y no miente cuando afirma que quise desposarla bajo velo de matrimonio sin condición y dando mi fe y palabra como caballero.

—Me da igual —terció el duque de Alba, molesto, interrumpiendo a su hijo—. Aunque lo hubierais hecho, aunque la hubierais gozado, no sería cosa diferente a haber yacido con una criada. Y me da también igual la palabra que le dierais. Por muy dama de la reina doña Isabel que hubiera sido esa señora, todo lo ocurrido con ella es nulo e inválido por disposición legal. Carece de la alcurnia y el abolengo necesarios para matrimoniar con vos.

—Siempre he cumplido lo que me habéis ordenado —repuso Fadrique, sombrío—, sin replicar palabra. Jamás he querido faltar a la obediencia y amor que os debo. Pero me estáis mandando, al firmar esos esponsales, que desobedezca la orden del rey.

—Dejad al rey de mi cuenta —afirmó su padre—. Yo os defenderé ante él si así las cosas se tercian. Pero vos debéis hacer honor a vuestro linaje. Ni vos podéis acceder, ni yo lo voy a consentir, al sometimiento a una familia inferior en antigüedad, calidad y sangre. Recordad, además, que, en Bruselas, firmé capitulaciones con don García de Toledo, marqués de Villafranca, en las que acordamos el casamiento de su hija María con vos. Y esa sí es una palabra que ha de ser cumplida, pues va en ello la honra de nuestra casa. Todo está dispuesto para vuestro enlace con vuestra prima, doña María de Toledo y Colonna. Ella sí es una dama de vuestra alcurnia y digna de yacer con vos y daros hijos que os sucedan.

—Con todo el respeto y el amor que os tengo, padre, he de recordar a vuestra señoría que, por seguir vuestra voluntad y obedeceros, he padecido nueve años de largas prisiones y desasosiego. Por acatar vuestra voluntad, padre, estaré dispuesto a aceptar el casamiento con doña María, a pesar de que es mi deseo permanecer libre para disponer de mí y pasar lo que me quede de vida en el estado en que más a gusto me hallo. Pero lo aceptaré siempre que la boda sea comunicada al rey y tenga la certeza de

que seré absuelto de la palabra que le di de no hacerlo sin su licencia. Lo contrario sería aventurarme a que mi rey me diga que no le he guardado la palabra y a que, cuando menos, me corte la cabeza.

Un silencio glacial se interpuso entre los dos duques, padre e hijo.

—Vuestra señoría —dijo al fin el de Alba— no es dueño de su destino. Está obligado con su familia y con su linaje. Vuestro deber para conmigo es superior a vuestra obediencia al rey. Obra en mi poder, además, una póliza de su majestad, escrita al tiempo de su partida a Flandes, por la que se garantizaba el matrimonio de vuestra señoría con la hija de don García de Toledo. Y no podrá desdecirse de su palabra. Toda la algazara que ahora os rodea acabará en nada. El tiempo todo lo cura y sé en qué habrá de parar todo este ruido. Recordad lo que ocurrió con don Gonzalo Chacón, hermano del conde de Montalbán y gentilhombre de la cámara; fue sorprendido en su posada en compañía de una dama de doña Juana de Austria, hermana del rey, y por ello condenado a muerte; hoy, fijaos, es caballerizo mayor de la reina doña Ana y se le ha dado dispensa para desposar a su prima, Isabel de Sandoval, y sin ni siquiera reparar el honor de aquella dama con la que yació. Nada habéis de temer. Disponed lo necesario para partir de inmediato hacia Alba de Tormes. Allí os espera vuestra futura esposa.

—¡No puedo salir de Tordesillas sin cédula real!

—¿Y creéis que esos guardias —dijo Alba, haciendo un gesto con la barbilla en dirección al exterior de la estancia donde se hallaban— serán bastantes para detener a quien ningún ejército de Europa pudo derrotar, hijo mío?

***

Alba de Tormes, Salamanca, 12 de octubre de 1578

Alba de Tormes, en tierras de Salamanca, había sido otrora un señorío de realengo dependiente de la monarquía leonesa. Cuando los reinos de León y Castilla se unieron definitivamente bajo una misma Corona, el alfoz de Alba estuvo bajo el mandado de diversos señores hasta que, en 1429, el rey Juan II lo entregó al obispo Gutierre Álvarez de Toledo, tomando así el título de señor de la villa de Alba de Tormes, momento a partir del cual la historia de la ciudad estuvo para siempre ligada a la Casa de Toledo. Situada en la ribera del río Tormes, era una villa señorial, fortificada, situada en una zona fértil y bien comunicada, dominada por el castillo-palacio de los duques que la regían, con calles estrechas, empedradas algunas, y una plaza principal que era centro del mercado y de la vida cotidiana, rodeada de casas de hidalgos, de oficiales del duque y de mercaderes acomodados.

Entre Alba de Tormes y Tordesillas había una distancia de unas quince leguas que los duques, el de Alba y el de Huéscar, recorrieron en poco más de día y medio. En Alba de Tormes ya se hallaba la novia, María de Toledo y Colonna, huérfana de padres, bajo la protección de la duquesa de Alba y de Juana, la hermana del duque. Tampoco María había acudido de buen grado a la cita: su inclinación natural era el claustro, pero obedeció la voluntad de su padre, manifestada antes de morir, y aceptó desposar a Fadrique, su primo.

El enlace se celebró en la mañana del día 12 de octubre, en la iglesia principal de la villa, la de San Juan Bautista. Un arcediano ofició el rito de las velaciones y los nuevos cónyuges confirmaron el matrimonio, más a pesar de ambos que para su contentamiento. Asistieron al himeneo familiares y criados de la Casa de Alba: Antonio de Toledo, cuñado del duque y prior de la orden de San

Juan en el reino de León; Fernando de Toledo, primo del novio; Esteban de Ibarra, secretario de Alba; el doctor Agustín Álvarez de Toledo y otros principales. Sin apenas tiempo para una apresurada celebración en el castillo familiar, la duquesa y las damas que habían llegado con María de Toledo a Alba de Tormes para su servicio anunciaron que la novia aguardaba en el lecho a su esposo. Tras consumar el matrimonio, lo que ambos hicieron sin apenas gozo, a la mañana del día siguiente Fadrique regresó a Tordesillas, a continuar cumpliendo la pena impuesta por el rey.

Prácticamente no hubo fiesta en la villa. Todos eran conscientes de que allí se había desafiado muy gravemente la autoridad del rey, y que tal cosa, de llegar a los reales oídos —y todos estaban ciertos de que tarde o temprano llegaría—, no habría de quedar sin castigo.

17

Las pesquisas del alcalde de Casa y Corte

Madrid, Casa de la Villa, 14 de octubre de 1578

Cristóbal Villafañe leyó una vez más la esquela llegada desde el alcázar, firmada nada más y nada menos que por el secretario particular del rey Mateo Vázquez de Leca, de quien se decía que era uno de los hombres más poderosos del reino por su cercanía con el rey Felipe:

Señor,

Por mandado de su majestad, y para su mejor servicio, se os encarga que hagáis averiguación secreta y diligente sobre la muerte de Francisco Velasco y Ulloa, médico, cuyo cuerpo fue hallado sin vida en esta villa días atrás y sobre cuya muerte hay abierta sumaria. Vuestra merced ha sido elegido entre todos los alcaldes de Casa y Corte, pues es sabedor su majestad de vuestra diligencia y celo. El corregidor de la villa ha sido debidamente informado de tal decisión de su majestad y estará a vuestra disposición para todo lo que sea menester. Dirigíos a él para cuanto preciséis. Conviene saber con puntualidad las circunstancias de su fallecimiento, personas con quienes trató en los últimos días y papeles o escritos que se le hallaren. Todo se hará con la mayor reserva, sin dar lugar a ruido ni comentario, dando cuenta solo a su majestad por mi conducto. Es perentorio y necesario saber a la mayor brevedad quién o quiénes empuñaron el arma homicida contra el médico Velasco, pues depende de ello el bien del reino. Dios guarde a vuestra merced.

En Madrid, a 13 de octubre de 1578.

Mateo Vázquez, secretario de su majestad

Villafañe se quedó tan admirado como pensativo. Admirado por haber sido él el elegido de entre todos quienes componían la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, y pensativo por esas oscuras palabras de la esquela: «... pues depende de ello el bien del reino».

La Sala de Alcaldes de Casa y Corte era una institución de carácter administrativo y judicial, dependiente del rey y del Consejo de Castilla, que administraba justicia en última instancia y ejercía las funciones de gobierno de la sede de la corte, Madrid en este caso. Sus alcaldes, o jueces, velaban por el orden de la ciudad, redactaban y hacían cumplir las ordenanzas que se dictaban para el buen gobierno de la villa y controlaban el suministro y los precios de los alimentos procedentes de las poblaciones colindantes. Su jurisdicción se extendía a cinco leguas del distrito o rastro de la corte, y para los hurtos, a veinte, y era suprema para lo criminal —de modo que sus rescriptos solo podían ser recurridos ante el propio rey— y subordinada al Consejo para los demás asuntos de policía y gobierno que le pertenecían. Y de los doce alcaldes que componían la Sala, el rey lo había elegido precisamente a él, a Cristóbal Villafañe, para un asunto, por lo que se veía, de la mayor trascendencia. A sus treinta y nueve años y una vida grata, Villafañe no supo en ese instante si congratularse o lamentarse por la decisión del rey. Era cierto, y no le dolían prendas en reconocerlo, que era un funcionario diligente, presto en sus asuntos, que tenía al día sus negocios y que era letrado y licenciado en leyes y cánones por la Universidad de Valladolid. También era verdad que su nombre había sonado recientemente por la detención y proceso de Jerónimo Torres, portero de vara —oficial menor encargado de las notificaciones— que solía dejarse cohechar a cambio de una buena bolsa de reales de plata para «olvidar» entregar una citación o para avisar con antelación de una redada de los alguaciles; y, sobre todo, por el

juicio contra Rodrigo de Sandoval por delitos de estupro con engaño y amenazas, y en el que su intervención había sido decisiva para la condena del hidalgo. Tal vez fuera debido a esa efímera notoriedad su elección para este trabajo. Fuera como fuese, no estaba cierto Villafañe de que de esa designación le fuesen a venir más plácemes que contrariedades. Pero, se dijo, no estaba en su mano discutir las órdenes del rey, sino cumplirlas, y a eso se dispuso.

Ahora bien, que del crimen de ese tal Velasco —crimen del que había oído hablar más de una vez, pues había provocado comentarios y runrunes entre los oficiales del corregimiento, por aquello de que el muerto había sido otrora médico de la cámara real —, o de su resolución, mejor dicho, pudiese «depender el bien del reino» mediaba un trecho que le era alambicado transitar. Porque ¿de qué forma podría influir la muerte de un galeno —que, si antaño fue relevante, hoy, por lo que sabía, no lo era más que un carnicero del Arrabal o un verdulero de la plaza de la Cebada— en asuntos tales como la guerra de Flandes, las correrías del Turco o la herejía de luteranos y calvinistas, que eran los negocios que en verdad ocupaban a su majestad, a más de la ruina de las arcas reales? El médico Francisco Velasco, conjeturaba, no era nadie, o no había sido nadie, y su nombre habría de pasar por los papeles como pasa el polvo por el alféizar. Y, pese a todo, ahí estaban las palabras del secretario Vázquez: «... pues depende de ello el bien del reino». En fin, doctores tenía la Iglesia...

Caviló sobre qué pasos dar y con qué diligencias comenzar sus pesquisas y decidió que lo primero era examinar la sumaria. Mandó a uno de sus receptores a que fuera a buscarla, y al cabo de un rato pudo espulgarla. Figuraban en ella las diligencias de los alguaciles que habían hallado el cadáver, y le sorprendió comprobar que los ministriles habían hecho constar que, en el cuerpo de la víctima,

cosido a su jubón, se había hallado un cedulón, pero lo que en este estuviese escrito estaba borrado cuidadosamente, tanto que no era posible columbrar ni una sola de sus letras. Hojeó apresuradamente la sumaria hasta cerciorarse de que no había entre sus papeles cedulón alguno. «Ya empezamos...», se dijo, rezongón. Se incrustó en el altar de la memoria el dato para justipreciarlo luego.

Leyó a continuación la relación del escribano del crimen que había inspeccionado el lugar de los hechos y la descripción del cirujano que había examinado el cuerpo del infortunado Velasco, muerto, se decía, de una puñalada letal, propinada justo en el corazón con propósito criminal. «La mano de un sicario avezado en estas lides de apiolar al prójimo», meditó, y se anotó igualmente el dato en la retentiva. Analizó después el resto de documentos del legajo —la declaración de la viuda, la del cerero que se decía había requerido los servicios del médico aguaitado y las de algunos vecinos, arbitrariamente elegidos, y no más— y concluyó que era bien ardua la tarea encomendada. Pero, como a quien madruga Dios le ayuda, se dispuso a no perder ni un minuto de su tiempo, que era escaso a la vista de la urgencia que le habían requerido, y decidió girar visita a la viuda del finado, para ver si le podía desenterrar algún dato o indicio que a los alguaciles les hubiera podido pasar desapercibido.

Se ajustó la ropilla, se echó por los hombros la capa, se encasquetó el bonete negro, asió su vara de justicia y tomó el camino de la calle Mayor, donde el desgraciado galeno Velasco había vivido.

***

Encarnación Domínguez era una matrona entrada en años y en arrobas —no pesaría menos de siete u ocho, a pesar de su escasa

estatura, ni cuatro pies y medio, pulgada más o pulgada menos, seguramente—, y no parecía estar en exceso afectada por el infortunio que le había tocado vivir. Cuando Villafañe llegó a la vivienda, tres cuartuchos mal ventilados, la viuda de Velasco estaba acompañada de una vecina cotilla y metijona, a la que no pudo convencer para que lo dejara a solas con la Domínguez sino después de traspasarla con una mirada homicida y asir con fuerza el puño de su vara, como si estuviera dispuesto a hacerla salir de la casa a varazos.

—Siento vuestra pérdida, señora —se condolió cuando al fin se quedó solo con su testigo—. Supongo que ha sido un trance duro de sobrellevar.

—Todo está en manos de Dios —respondió la mujer—, y contra lo mandado no hay réplica.

—Por supuesto, la resignación es cristiana virtud, y ayuda a sobrellevar el duelo. —Y se encogió de hombros la viuda, en un ademán que tanto podía manifestar su acuerdo como su desacuerdo, sin que el alcalde pudiera discernir si, en un caso como en otro, lo era con lo de la virtud o con lo del duelo—. He de haceros algunas preguntas sobre vuestro fallecido esposo, señora.

—Ya estuvieron aquí los alguaciles y les dije cuanto sé, que es nada.

—Soy consciente, pero he de insistir, pese a ello. Vuestro difunto esposo fue médico de la cámara real, ¿verdad?

—Uf —dijo la viuda, y sus labios cimbrearon como si soplara un caramillo—. Eso fue hace muchísimo tiempo.

—¿Y por qué dejó de serlo?

—Fue cuando murió el príncipe Carlos, que su gloria goce. Hace ya dos lustros, ¿no?

—¿Vuestro esposo atendía al príncipe?

—Eso me decía, aunque no era muy de fiar mi Francisco. —Y volvió a encogerse de hombros, haciendo que sus pechos globosos y bamboleantes llenaran su camisa—. Mentía más que hablaba, el infeliz. Sobre todo, en asunto de hembras. Era hombre de malas manos, y le hervía la sangre con facilidad, ¿sabe vuestra merced?

—Ah, bien, bien. No sé si eso será importante. ¿Conocéis por qué fue cesado de la cámara real?

—Se murió el príncipe, ¿no? Y sus servicios dejaron de ser necesarios. Eran tantos los médicos que allí había, y tan pocos los maravedíes para pagarlos...

—Claro, claro. Bien... ¿A qué se dedicó tras su cese?

—Pues a practicar su oficio entre el vecindario, ¿qué otra le quedaba? Al igual que los otros médicos que fueron cesados con él, muchos de los cuales buscaron mejor fortuna en otras villas del reino.

—Bien, entiendo. Hablemos entonces de la noche del suceso. ¿Qué puede decirme acerca de lo que ocurrió?

—Ni una palabra, señor. Yo estaba dormida, oí que llamaban a la puerta y que mi Francisco abría. Me levanté a ver qué pasaba, vi que estaba conversando con un rapazuelo, me dijo que se le requería para atender a un enfermo y que me acostara de nuevo. Y eso hice. —Volvió a encogerse de hombros y a fruncir los labios. Tuvo Villafañe que retirar la mirada durante un segundo, pues, con el gesto, quedaron a la vista los pelillos que alfombraban el labio superior y la barbilla de la mujer, algo que le repugnaba sobremanera en una hembra—. Pero todo esto ya se lo conté a los alguaciles. ¿A qué tener que repetirlo de nuevo?

—¿Pudo vuestra merced ver al rapaz?

—Apenas. De una ojeada, si acaso.

—¿Lo habíais visto antes?

—En mi vida, pardiez.

—Describídmelo, si os place.

—Pues... ¿qué queréis que os diga? ¡Un rapaz como tantos!

—Algo me podréis decir. ¿Tenía nariz, ojos?

—¿Está vuestra merced beodo?

—¡Oiga, que soy alcalde de Casa y Corte, voto a bríos! —protestó Villafañe, diciéndose que sí que iba a ser peliaguda la encomienda, y que él donde se sentía a gusto era en su sala de justicia, donde su sola presencia imponía respeto y obediencia, y no interrogando a testigos en sus casas como un alguacil cualquiera—. Decidme lo que recordéis del rapaz, pardiez.

—Pues... ¿qué quiere vuestra merced que le diga? Pues... como de unos catorce años, o un poco más joven, tal vez, ¿no? Sucio y desharrapado, acastañado el cabello, según creo recordar, aunque, como os digo, iba todo él muy mugriento. Y... y... y nada más.

—¿No había nada en él que destacara?

—Aparte de la roña, nada. Y que se le veía espabilado, eso sí.

Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, se fue de aquella casa de la calle Mayor tal como vino, sin haber avanzado ni un paso en su pesquisa.

Desde allí se dirigió a la calle del Factor, donde interrogó al cerero para quien, según había anunciado el rapaz, se requerían los servicios del médico asesinado. Pero el cerero, Antolín Criado de nombre, nada sabía del asunto.

Y así terminó, de vacío, el primer día de su pesquisa.

18

La denuncia de Antonio Pérez

Madrid, alcázar, 15 de octubre de 1578

Antonio Pérez tuvo que aguardar más de tres horas a ser recibido por el rey. Había enviado un billete a primerísima hora de la mañana, manifestando su deseo de ser recibido en audiencia por su majestad, a fin de exponerle «un negocio de la más suprema magnitud y urgencia». El tiempo de espera en la antecámara fue la forma de decirle el rey a su secretario de Estado para los asuntos del Mediterráneo que las cosas ya no estaban como antes eran. A cada recordatorio suyo a los ayudas de cámara acerca de la urgencia de acceder al monarca se sucedían respuestas como «El rey está rezando», «El rey está con don Mateo», «El rey va a almorzar» —lo hacía a las once de la mañana— o, simplemente, «Tenga vuestra merced paciencia, que enseguida se dará curso a su negocio».

Antonio Pérez, de treinta y ocho años de edad, gentilhombre de cuerpo, de rostro agraciado, simpático y expresivo, con don de gentes, galante con las mujeres y carismático para los hombres, era, no obstante, y como el propio rey le había llamado al principio de su servicio, «mozo derramado», es decir, liviano e indiscreto; aunque en su descargo había quien decía que compensaba esta ligereza con su aguda inteligencia, con el hecho de ser hijo de Gonzalo Pérez, de quien Felipe tan buen recuerdo tenía, y con sus provechosas

relaciones con personajes tan poderosos como Gaspar de Quiroga y Antonio Mauriño de Pazos, presidente del Consejo de Castilla. A la muerte de su padre, en 1566, fue nombrado secretario de Estado, jurando el compromiso de no aceptar regalos, no tener familiaridad con los negociantes, no hacer propuestas de oficios en favor de parientes y amigos, y obligándose a la diligencia en el trabajo. Lo último lo había cumplido; lo primero, según se decía, no tanto. En 1573 murió su principal protector en la corte, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli; su viuda, Ana de Mendoza, tras una reclusión de tres años guardando el luto por la muerte de su esposo, retornó a la vida cortesana en 1576, y su amistad y relaciones desde entonces con Pérez habían sido tan estrechas que eran la comidilla de todo Madrid. El asesinato de Juan de Escobedo, acaecido hacía unos meses, en la noche del 31 de marzo de este año del Señor de 1578, aún por esclarecer, lo había puesto en graves apuros, pues más de uno había que le señalaba con el dedo. Pese a lo cual seguía ejerciendo sus funciones de secretario real y manteniendo todavía cierta cercanía con el rey Felipe. Aunque, en efecto, las cosas no estaban como antes eran, y buena prueba de ello habían sido esas tres horas, o más, de espera en la antecamarilla.

—Decía vuestra merced que es urgente el negocio que os trae —expresó el rey por todo saludo cuando Pérez fue por fin introducido en la cámara real.

—Y comprometido, majestad.

Felipe se quedó contemplando fijamente a su secretario. Observó sus facciones, que recordaba más galanas y que ahora veía algo más amustiadas, como si la impaciencia o el abuso de las holandas las estuvieran agostando, o como si los muchos problemas, personales y de Estado, que tenía que arrostrar le estuvieran marchitando la galanura. En sus ojos, empero, seguía brillando ese fulgor de

juventud que lo había caracterizado, ese relumbre que era mezcla de ingenio y ambición que, de haber estado los ingredientes mezclados en su justa medida, habría sido marchamo simpar para un secretario del rey, para un privado de la corte.

—Sentaos —ordenó su majestad. Tomó asiento Pérez en el banco de los secretarios reales y aguardó a que su señor le diera venia—. Hablad —mandó el rey. Hasta ese momento, Felipe había adoptado una expresión de extrema seriedad, de gravedad máxima, que le otorgaba mayor magnificencia si cabía a su persona.

—Fadrique de Toledo —dijo Pérez, decidido, a la vista de la circunspección de su señor, a no andarse con rodeos— ha contraído matrimonio, en Alba de Tormes, con su prima doña María de Toledo y Colonna. Desobedeciendo con ello, paladinamente, la orden expresa de vuestra majestad.

En ese instante, nada dijo el rey, aunque en sus ojos fulguró un destello que era híbrido de desconcierto e ira.

—¿Cuándo? —inquirió por fin.

—El día 10, hace cinco días, escapó de Tordesillas, infringiendo el mandato de su majestad, y viajó con su padre el duque hasta Alba de Tormes, donde, en una ceremonia privada, casó con doña María hace justo tres días, el 12 pasado.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Don Juan de Guzmán, hermano de doña Magdalena, a quien don Fadrique dio palabra de casamiento para posteriormente quebrantarla, lo que motivó la apertura de proceso y la orden de vuestra majestad de que se cumpliera la palabra dada, es quien ha traído la información hasta mí, señor. Ayer noche lo supe y sin pérdida de tiempo he querido poner los hechos en conocimiento de vuestra majestad.

—¿Está cierto vuestra merced de la justeza del aviso?

—Hasta donde puedo estarlo, majestad. Don Juan de Guzmán no osaría hacer llegar información mendaz a vuestra majestad. Me jura y perjura que la noticia es cierta y que sus agentes en Tordesillas no yerran.

Felipe tuvo que hacer un esfuerzo para contener su cólera. No era dado a las demasías de tipo alguno, y procuraba no mostrarse ante sus criados ni en exceso regalado ni en exceso iracundo. Todo en él era medida y comedimiento. Sintió, sin embargo, que, una vez más y como tantas otras veces estaba sucediendo en estos días, se ponía en tela de juicio su autoridad y, con ella, su reputación, que no era adorno del rey sino su cimiento, y que cuando se perdía se perdía no solo la nombradía sino, lo que era mucho peor, la obediencia. Pensó que un reino puede sufrir hambre, guerra o tributos, pero no resiste que se dude de la justicia de quien lo gobierna, que se ponga en tela de juicio su ejemplaridad. El temor, meditó, puede imponerse un tiempo; la fuerza, otro; mas solo la reputación mantiene el orden sin violencia. Por eso convenía que los actos del rey fuesen pocos, medidos y firmes, y que no se explicaran más de lo necesario, pues el exceso de palabra engendraba murmuración, y la murmuración acababa siendo ley para los necios.

Se dijo que lo que estuviese mal hecho se podía corregir, pero que lo que se hacía con escándalo carecía de remedio posible. El rey podía errar, cargar con culpas que no fuesen suyas, pero no podía permitir que se dijera que gobernaba sin razón, y la desobediencia era la forma más grave de afirmar tal cosa. El día en que se perdía la reputación, el día en que se extraviaba la obediencia y el acatamiento de sus súbditos, comenzaba el desgobierno, aunque aún se conservase la corona.

Su *primo* el duque de Alba y su hijo Fadrique lo habían desobedecido. Y lo habían hecho no solo gravemente, sino con

escándalo, pues eso, y no otra cosa, era lo que provocaría la noticia cuando se supiera, lo que no habría de tardar. Madrid, la corte, era una campana de resonancia cuyos tañidos se extendían como la peste por todo el reino.

Contempló a Antonio Pérez, y quiso ver en él lo que veía cuando la confianza era un hilo invisible entre ambos. Lealtad, diligencia, entrega. Necesitaba gente en quien confiar, ministros en quienes descansar sus dudas y sus dilemas, y se sintió tan solo... Y entonces, sin pensárselo, abrió el cajón secreto de su escritorio, sacó la carta anónima que le había hecho llegar el arzobispo Quiroga y se la tendió a su secretario.

—Leed —pidió.

Antonio Pérez, sin entender la decisión de su majestad, cogió la carta que se le ofrecía, la desplegó, observó a su rey, intentando entrever en su mirada la razón de su gesto, y la leyó. Cuando acabó la lectura, se la devolvió a Felipe. Este, por su parte, intentó escudriñar en los ojos de su criado el efecto que la lectura le hubiese producido, pero no supo descifrar su expresión, que se le antojó insondable. Tanto podía haber en sus ojos sorpresa como disimulación. Tanto podían sus ojos trasminar conmoción como un conocimiento previo de lo que allí se decía.

—¿Cómo ha llegado esta carta a poder de vuestra majestad? —preguntó Antonio Pérez.

—Fue remitida al Santo Oficio —explicó el rey, cayendo entonces en la cuenta de la estrecha relación que unía a su inquisidor general con su secretario, la devoción que hacia este parecía sentir aquel, y se preguntó si no era esa la primera vez que Antonio Pérez sabía de la carta. O si no tendría algo que ver con ella—. Le fue remitida de forma anónima a don Gaspar de Quiroga y este me la hizo llegar, hará poco menos de un mes.

—¿Y el signo? ¿Qué significa ese símbolo que hay en la carta?

—También ha aparecido grabado en la torre vieja —explicó el rey, exhibiendo su dibujo del símbolo hallado en los anaqueles de la torre.

Lo contempló Antonio Pérez, ahora sí más desconcertado.

—¿Qué significa esto, majestad?

—Según don Juan de Herrera, es el símbolo de Saturno. El Cronos griego, ya sabéis, el dios que devoraba a sus propios hijos.

—Entiendo —admitió Pérez, pensativo; sus continuos pestañeos eran señal clara de una reflexión profunda—. Comprendo la analogía.

Se quedó en silencio después, mirando el tapete del escritorio, y pasándose el dorso del dedo índice por los labios reiteradamente, en un gesto de honda concentración.

—¿En qué piensa vuestra merced? —preguntó el rey.

Antonio Pérez levantó la mirada y pareció alcanzar una resolución cuyos mimbres había estado engarzando durante el breve tiempo de su cavilación.

—Majestad, ¿habéis considerado la posibilidad de que ambos sucesos estén relacionados?

—¿De qué sucesos me habláis?

—La boda de don Fadrique, la desobediencia del duque y esa... —y señaló la esquela que reposaba en la mesa, entre ambos interlocutores, con un ademán de la barbilla— esa carta.

—No os entiendo, a fe mía.

—No soy, como espero sepáis, hombre de lanzar acusaciones sin pruebas...

—Me susurrasteis, no ha mucho —interrumpió el rey, muy grave —, algunos propósitos subversivos de mi hermano don Juan de Austria y el papel que en ellos jugaba su secretario Escobedo. Y ya

sabéis lo que pasó. Y sigo esperando las pruebas de la deslealtad de don Juan...

—Os las mostré por escrito, majestad.

—Nada definitivo, como no se os habrá de escapar, pues sé que no sois torpe en esas apreciaciones. Pero continuad. ¿Qué ibais a decirme cuando os interrumpí?

—Desde que decretasteis el exilio a Campo de Calatrava, primero, y a Tordesillas después, de don Fadrique de Toledo, y aunque no entrara directamente dentro de mis competencias, he procurado estar al tanto de su conducta y de sus movimientos, para cerciorarme de que las órdenes de vuestra majestad eran cumplidas.

—En lo que nada tuvo que ver vuestra inagotable enemistad con Alba, ¿verdad?

—Hace algún tiempo supe —prosiguió Pérez, sin responder a la pulla de Felipe— que, durante el tiempo de su exilio, Fadrique se carteaba, entre otros, con el cronista Jerónimo de Zurita...

—¿Interceptasteis su correspondencia?

—Por el bien del reino, señor.

—Jamás se me dio cuenta.

—No quise importunaros con menudencias, majestad.

Felipe endureció el semblante.

—Continuad —dijo, empero.

—Como os decía, señor, el hijo del duque se carteaba con el cronista Zurita, cuya conversación y compañía decía añorar y cuya ausencia, según escribía, le hacía sentir más su prisión y destierro. Don Fadrique le hacía saber a Zurita que vencía la soledad de aquellos meses leyendo a Euclides y a Ovidio, y le pedía si podía solicitar al marqués de los Vélez libros sobre astrología, mitología y sobre cosmografía. Entre los que le llegaron, figuraban ejemplares del *Tetrabiblos*, de Claudio Ptolomeo, el *Corpus hermeticum*, de

Hermes Trismegisto, y la *Mithologiae*, de Natalis Comes, recientemente publicado.

Frunció los ojos el rey.

—¿Y bien? ¿Qué queréis decirme?

—Nada, señor. Simplemente pongo de manifiesto el interés de Fadrique de Toledo por las cosas de la mitología. Algunos de los libros que os he citado tratan sobre tal materia, señor. Y conocida es la *Metamorphoseis*, del poeta Ovidio, donde se entremezclan historia y mitología. Y teniendo en cuenta que en esa carta que me habéis mostrado se alude, según me decís, a Saturno, un dios mitológico, pues...

Y dejó ahí sus palabras, extendidas en el aire.

—¿Está insinuando vuestra merced que Fadrique de Toledo, o su padre, mi *primo* el duque, están detrás de esta carta? —inquirió Felipe, extremadamente serio.

—Como he hecho ver a vuestra majestad hace un momento, no es bueno acusar sin pruebas...

Y se encogió Antonio Pérez de hombros a continuación, en un ademán que quería expresar inocencia y candor, pero que, a los ojos del rey, trasminó maquinación e insidia.

Un silencio tenso se instaló entonces entrambos. Afuera, llovía. Las gotas de lluvia repicaban sobre las vidrieras del alcázar como dedos impacientes llamando a una puerta que acaso no convenía abrir.

—Encargaos —ordenó al cabo el rey, quebrando ese silencio— de que don Fadrique sea apresado y conducido de inmediato al castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde habrá de estar en todo momento vigilado y sin posibilidad de salir al exterior. Ordenad al corregidor de Medina del Campo que tome declaración a don Fadrique. Luego, llamad a vuestra presencia al alcaide de Tordesillas,

para que explique cómo tuvo lugar la huida sin su conocimiento, y adoptad las medidas que estiméis pertinentes con respecto al dicho alcaide en caso de que sus explicaciones no sean convincentes.

—Así se hará, majestad.

—Don Fadrique será igualmente desposeído de su puesto de gentilhombre de la cámara y de los ingresos de su encomienda.

—Sí, señor. Dispondré los documentos necesarios.

—En cuanto a doña María de Toledo y Colonna, con quien don Fadrique, según se me dice, desposó, dispongo que sea también arrestada y que todos los papeles que en ella o en don Fadrique se hallen sean incautados. Averiguad quiénes asistieron al enlace, y que sean igualmente arrestados, sea quienes fueren.

—Estuvo allí, según se me ha informado, don Antonio de Toledo, prior de la Orden de San Juan en el reino de León y caballerizo mayor de vuestra majestad. Entre otros muchos familiares de Alba.

—Sea quienes fueren, he dicho.

—Así se hará, señor. ¿Y en cuanto al duque...?

—Es un grande de España y *primo* del rey —sentenció este, poniendo fin a la audiencia—. Que el Consejo de Estado delibere. Y, en última instancia, seré yo quien disponga lo que con respecto a su señoría haya de hacerse.

19

Noticias fúnebres desde Namur

Camino de Francia, entre el 2 y el 15 de octubre de 1578

El correo que quisiese llegar desde Namur hasta Madrid disponía de dos trayectos posibles: el camino de Francia y el camino de los Españoles.

El camino de los Españoles, utilizado por primera vez en 1567 por el duque de Alba para llegar desde Italia a los Países Bajos, era la ruta más controlada y segura, pero también la más larga. Obligaba, desde Namur, a llegar hasta Luxemburgo; de allí, había que cabalgar hasta Lorena, el Franco Condado, Saboya y cruzar los Alpes por el paso de Mont Cenis para llegar a Milán. Desde Milán había que alcanzar Génova para embarcar en una galera que dejase al viajero en suelo español. Un correo que viajase desde Namur a Madrid difícilmente podía alcanzar su destino en menos de veinte o veinticinco días.

El camino de Francia era mucho más corto y rápido, pero también potencialmente peligroso, por más que en esos días estuviese vigente, entre franceses y españoles, la Paz de Cateau-Cambrésis de 1559, que había consolidado la hegemonía española en Italia y puesto fin a décadas de guerra. Desde Namur había que viajar hacia el sur, para alcanzar territorio francés, plagado de espías, tensiones y

discordias civiles entre católicos y hugonotes, buscando Burdeos y Bayona hasta llegar a territorio castellano. Un correo veloz podía hacer el trayecto en quince días.

Trece fueron los días que tardó Borja Gómez de Mendoza en llegar a Madrid. Acompañado solo de dos criados, viajando al ritmo de los correos expresos, cambiando de caballos cada poco tiempo, durmiendo menos, hubo jornadas en las que logró hacer hasta treinta leguas.

Habían salido de Namur el día 2, uno después de la muerte de Juan de Austria, la demora justa para preparar el viaje, recopilar la documentación que habría de llevarse al rey de España y cerciorarse de que el médico flamenco Hendrick van der Meer había desaparecido, lo que contribuyó no poco a acrecentar las sospechas sobre la razón última de la muerte de su señor. Partieron antes de que el alba aclarase del todo el río y cuando las lámparas de la ciudad aún no se habían apagado. Ninguno vestía como quien sirve a un príncipe. Parecían viajeros comunes, mercaderes de regreso o gentes de paso: jubones, negros, capas oscuras, sombreros de alas bajas. En las alforjas no llevaban casi nada: algo de pan duro, unas cuñas de queso, una bota de vino y, cosidos al forro interior, los papeles que no debían perderse. Entre ellos, la carta anónima que había llegado a manos de Juan de Austria, la carta que este había dictado para el rey y otros escritos donde quedaba constancia de su lealtad constante a Felipe, sin ambigüedades ni dobleces.

Avanzaron deprisa, sin detenerse en la ciudad. Namur quedaba atrás con sus murallas húmedas y su aire de plaza vigilada. Los caminos flamencos estaban aún marcados por la guerra: aldeas silenciosas, campos abiertos, prados calcinados, miradas que se retiraban al ver pasar a tres jinetes que no buscaban conversación. Cambiaron caballos en postas ya prevenidas y cruzaron la frontera

francesa sin mayores incidencias y sin tener que hacer uso de los salvoconductos que llevaban expedidos por Alejandro Farnesio:

> Hacemos saber a todos los capitanes, oficiales, justicias, gobernadores de plazas, soldados y demás personas a quienes la presente fuere mostrada, que damos licencia, seguro y salvoconducto a don Borja Gómez de Mendoza, y los criados que le acompañan, para que puedan pasar, transitar y viajar libremente por las tierras, ciudades y caminos de estos Estados, y por los lugares que hubieren de atravesar en su camino hacia Francia y a través de esta nación, en paz con el rey católico, por cuenta del cual viajan. Mandamos que no sean detenidos, inquietados ni molestados, ni se les pida causa ni razón de su viaje, ni se les pongan impedimentos en postas, pasos, puentes o fronteras, antes bien se les dé favor y ayuda, si la hubieren menester, como a personas que van en servicio de su majestad el rey de España. Y para que así conste y se cumpla, mandamos dar la presente, firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello.
>
> Alejandro Farnesio

Nadie los detuvo. No era raro ver hombres cansados atravesar aquel territorio.

Reims apareció como un paisaje bienvenido: torres altas, calles estrechas, olor a piedra mojada. No entraron en la villa; cambiaron monturas en las afueras y siguieron. París lo cruzaron de noche, cuando la ciudad era un rumor más que un lugar. Vieron luces lejanas, oyeron voces que no entendieron y siguieron adelante.

Al tomar el camino del Loira, el paisaje se volvió más amable. Orleans y Tours se sucedieron como nombres conocidos, con hermosos y macizos puentes, iglesias que dominaban el caserío y posadas llenas de viajeros. En Poitiers, el cansancio empezó a hacerse visible en los criados, pero nadie pidió tregua.

El tramo hacia Burdeos fue más áspero. Burdeos, con su río ancho y su aire de puerto, ofrecía la tentación del mar. Borja la rechazó sin dudar. El agua traía atajos, sí, pero también retrasos por el azar de los vientos. Siguieron por tierra.

En Bayona descansaron apenas unas horas. La ciudad olía a frontera, a mezcla de lenguas y lealtades inciertas. Tomaron un guía para el paso de la montaña. El cruce de los Pirineos fue rápido y silencioso. No hubo nieve ni tormenta; el camino estaba abierto, pero exigía atención y cuidado.

Al descender hacia Pamplona, Borja se permitió identificarse como servidor del rey. Cambiaron caballos y siguieron sin ceremonia. Castilla se abrió ante ellos con su llanura seca y su cielo alto. Burgos apareció como una ciudad monumental, de piedra firme y calles rectas. En Valladolid, Borja evitó las calles principales.

Llegaron a Madrid en la noche del día 14 de octubre del año del Señor de 1578, cubiertos de polvo, con los caballos rendidos. Se dirigieron directamente al alcázar, pero, a esas horas, toda visita era malavenida. Aguardaron al alba del día 15, haciendo noche en una posada de la calle Mayor. Poco después del amanecer, Borja entregó los escritos sellados sin añadir palabras innecesarias. Solo dijo lo imprescindible: que don Juan había muerto. No explicó cómo ni cuándo; todo estaba ya escrito. Esperó, por si los secretarios reales deseaban interrogarlo, hablar con él. Uno de ellos, el privado del rey, Mateo Vázquez de nombre, solicitó su presencia y le requirió explicaciones y detalles sobre la muerte de don Juan de Austria. Respondió amplia y escrupulosamente a todas sus preguntas.

—Permanezca vuestra merced en Madrid hasta nueva orden —decidió el secretario Vázquez—, por si el rey desea hablar con vos o transmitiros instrucciones para que las hagáis llegar a don Alejandro Farnesio.

Como se le ordenaba, regresó a la posada, se quedó a la espera de nuevas órdenes y se dijo que el viaje había terminado y que había cumplido su promesa a don Juan. Lo que su muerte y los

papeles que había llevado al alcázar provocaran ya no dependía de él.

Quedaba, como tantas otras cosas, en manos del rey.

***

Madrid, alcázar, 15 de octubre de 1578

Felipe recibió la noticia de la muerte de su hermanastro Juan de Austria de boca de su secretario Mateo Vázquez, a quien, en última instancia, habían llegado los papeles y los mensajes traídos desde Namur a Madrid por Borja Gómez de Mendoza. Y recibió tal nueva como si le clavaran un puñal en el corazón.

—¿Cómo ha muerto mi hermano? —preguntó a su secretario una vez que la voz consiguió brotar de su garganta—. ¿Cuál ha sido la causa de su muerte?

—Según los mensajeros llegados desde Namur, señor, el médico que lo atendió dictaminó que su señor hermano había muerto de tabardillo. Sin embargo, he sido también informado por el mensajero de que el citado galeno, natural de Flandes, abandonó la ciudadela poco antes de la muerte de don Juan y no ha podido ser hallado. Se desconoce su paradero.

—¿Me está diciendo vuestra merced que el dictamen del médico no es de fiar? ¿Se piensa que pudo ser asesinado? ¿Que su muerte no fue obra de Dios, sino de una mano mortal?

—Es una posibilidad, majestad. Es algo que se habrá de investigar, si vuestra majestad así lo decide.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó el rey, señalando el atadillo que Vázquez portaba.

—Son, majestad —respondió Vázquez, tendiendo al rey los papeles de su hermanastro—, cartas de don Juan: la que dictó antes de su muerte, otra que antes había recibido y que vuestra majestad querrá examinar y legajos que también deben ser vistos por vuestra majestad.

Felipe dudó si coger los documentos que su secretario le ofrecía. Era como si, de hacerlo, se fuera a ver anegado por la desdicha, más aún de lo que ya estaba. Al cabo los asió.

—Dejadme solo —pidió.

—Como deseéis, señor. Estaré cerca por si necesitáis de mí. He puesto al principio del atado la carta que vuestro hermano os remite, escrita antes de su muerte. Debéis leerla, majestad.

Ya a solas, Felipe sintió que un pujo de emoción le atenazaba el pecho. Intentó contener las lágrimas, pero no consiguió evitar que el llanto, silencioso y tenue, se le derramara mejillas abajo. Se limpió las lágrimas con un gesto raudo de la mano y cerró los ojos.

Se dijo que, en el breve tiempo en el que ambos habían compartido el mundo, un tiempo marcado por la contención y el recelo, él le había dado todo a su hermanastro Juan y, al mismo tiempo, todo le había negado.

Le había dado una familia, integrándolo en la suya y en su casa. Para que nada quedara de su antigua vida de bastardo, le había dado un nombre nuevo, como su padre quería, mudando el suyo de Jerónimo —por su padrastro, el marido de Bárbara Blomberg, nombrado Jerónimo Píramo Kegell— por el de Juan, como los reyes de Castilla. Le había dado casa propia, rentas y pensión, quince mil ducados al año, lo mismo que a su hermana Juana. Lo había educado como había hecho con su propio hijo, el príncipe Carlos, enviándolo con él y con Alejandro Farnesio a la Universidad de Alcalá de Henares. Había consentido que no tomara los hábitos, como el

padre de ambos había deseado, y que se iniciara en la carrera militar. Lo nombró capitán general de la mar, rodeándolo de buenos hombres de su confianza como Álvaro de Bazán y Luis de Requesens. Lo puso al frente del ejército de España en la guerra de las Alpujarras contra los moriscos. Lo situó al mando de las tropas españolas de la Liga Santa contra el Turco en Lepanto y lo había nombrado gobernador de Flandes, donde lo había hallado la muerte.

Pero también le había negado tanto... Le negó, como su hermanastro deseaba, ser reconocido como infante de Castilla y poder utilizar el tratamiento de alteza real; le negó el reino de Túnez, como el papa Gregorio le había solicitado después de su conquista de ese presidio africano; demoró su idea de una invasión de Inglaterra para, después de casarse con la católica reina de Escocia María Estuardo, acceder al trono de aquellas islas, y, sobre todo, le había negado un abrazo de hermano, una muestra de cariño, de afecto, de amor fraternal que, tal vez, hubiera acabado con aquellos recelos y prevenciones.

Respiró con fuerza y se lamentó de todo aquello que le había negado y de lo que no había hecho, y se dijo que qué triste era lamentarse por aquello que no se había tenido el coraje o el corazón de hacer. Y que tal lamentación era más dura que arrepentirse de los yerros cometidos.

Inspiró aire con fuerza para sosegarse y decidió abrir los papeles de su hermano. Como su secretario Mateo Vázquez le había adelantado, el primer pliego del atado era la carta que le dirigía Juan en su hora postrera. Leyó, y aquel pujo de emoción regresó al centro de su pecho: «Señor, cuando esto leáis, yo estaré muerto. Mi alma se contentará con lo que vuestra majestad disponga para mi cuerpo...». Continuó leyendo y, a medida que lo hacía, el pujo de

emoción se convirtió en una garra helada que le oprimió las fibras de su alma y que durante unos instantes le paralizó el hálito:

> Ha llegado a mis manos un papel sin firma, cuya procedencia no puedo determinar... En él se habla, con lenguaje oscuro, de la postración del imperio y de la sangre derramada en estos últimos años... No me atrevería a dar crédito a tales advertencias, si no fuese porque se mencionan hechos que bien conoce vuestra majestad y cuya memoria preferiría no despertar, mas otros la despiertan por mí. Es sobre vuestro hijo don Carlos, a quien el buen Dios tenga en su gloria... Lo que más llama la atención es un signo extraño que contiene la misiva...

Dios mío...

Sobrecogido, con el corazón ahora latiéndole con desenfreno, dejó a un lado la esquela de su hermano y rebuscó entre el atadijo de papeles hasta dar con la carta anónima de la que Juan hablaba, recibida por este, de manos desconocidas, en Namur:

> Al que se dice hijo de emperador y brazo armado del rey,
>
> Ni vuestra espada en Lepanto ni vuestro nombre en Castilla podrán libraros del destino que ya desciende sobre la casa que servís. El imperio de los Austrias se halla postrado, corroído desde dentro por la sangre que ha derramado y por la que aún derramará...
>
> Él devora lo que engendra, y su estirpe y su imperio pagarán su malevolencia. Ya cayó, de la propia mano de su padre, el hijo que nunca llegó a reinar; cayó el secretario que os servía con fidelidad; caerán otros que aún pasean seguros por palacios y fortalezas.
>
> El rey mandó matar a su hijo Carlos. ¿Qué podrá detenerle?
>
> Y ahora, vos, don Juan, sois el siguiente en sentir su sombra... El símbolo que encabeza estas letras no es superstición, sino sentencia.

Y, espantado, fijó sus ojos, desorbitados, en el símbolo que encabezaba la carta, como un remite demonial:



La amenaza, pues, había llegado a Flandes, a Namur, y había acabado con la vida de Juan de Austria, su propio hermano.

¿Qué sería lo próximo?

¿Qué nuevo infortunio estaba por llegar?

¿Alcanzaría a su hijo, a su heredero, al príncipe Fernando?

¿Cómo era posible que el más grande imperio que jamás vieran los tiempos pudiera desmoronarse por una simple carta anónima, por su malhadado símbolo de Saturno cruzado por una línea que vaticinaba destrucción y muerte?

Se sintió desbordado, solo, desamparado, sin saber qué hacer.

Angustiado, decidió continuar leyendo los papeles llegados desde Namur con el correo de Juan. Revisó cartas, leyó esquelas y billetes, releyó una vez y otra algunos de ellos, examinó pliegos y despachos y, finalmente, su angustia se multiplicó.

Todo lo que se le había dicho, todo lo que se le había susurrado al oído —que la ambición de su hermanastro ponía en peligro la estabilidad de la monarquía, que la avidez de Juan por un trono y una corona no se detendría ante nada, que estaba dispuesto a llevar a cabo por su cuenta la invasión de Inglaterra y su matrimonio con María Estuardo para ser proclamado rey, que meditaba aliarse con Guillermo de Orange y los rebeldes holandeses o que, incluso, estaba dispuesto a regresar a España al mando de los tercios que combatían en Flandes (las mejores y más recias tropas españolas) para destronar a su hermano Felipe...— era falso, era una descomunal mentira, era una patraña urdida por una mente calenturienta e ingrata.

Juan, y ahí estaban sus papeles, sus más íntimas reflexiones, sus despachos con sus decisiones y propósitos para demostrarlo, le había sido leal hasta la muerte. Le había sido fiel y honesto. Había sido un vasallo honrado. Era verdad lo que decía en su carta

postrera: «Cuando tengáis noticia de mi muerte, suplico a vuestra majestad que no permita que mis hechos sean juzgados por voces indignas ni que mi memoria quede entregada a quienes buscan nuestra ruina. Yo he servido a vuestra majestad con la fidelidad que mis fuerzas han permitido, para gloria de vuestra majestad, de España y de Dios. Cada día desde que os conocí os fui leal, señor».

Sintió ahora que la cólera sustituía a la pena y a punto estuvo de requerir a voces la presencia de alguaciles para que procedieran a la inmediata detención de aquellos que habían murmurado a su oído felonías y traiciones inexistentes: Antonio Pérez, su *prima* Ana de Mendoza, princesa de Éboli...

De aquellos que habían propiciado la muerte de Juan de Escobedo, el secretario de su hermano.

Muerte que él, Felipe, había consentido... Sí. Se había creído las insidias de Pérez y no había puesto coto a su propósito de dar muerte a Escobedo para, de esa forma, cercenar las intenciones desleales de su señor. Intenciones que en absoluto habían existido.

Se contuvo, empero. Apretó los dientes y se tragó a duras penas aflicción e ira. Se obligó a apaciguarse y a medir bien sus siguientes pasos, como siempre hacía. Jamás se había dejado llevar por los impulsos y tampoco lo haría ahora. No podía ordenar detener a dos principales del reino sin pruebas. Y tendría que valorar muy detenidamente su propia implicación en la muerte de Escobedo.

No.

Lo que, controlada la rabia, en verdad le pedía el cuerpo era rezar, encontrarse con Dios y ponerse en sus manos, suplicar la inspiración divina.

Y alcanzó una resolución.

Llamó a Mateo Vázquez.

—Disponga vuestra merced lo necesario —le ordenó, con la voz a trozos— para que el cuerpo de mi hermano don Juan de Austria sea traído a España, para que reciba el homenaje de sus vasallos y sepultura donde merece.

—Así se hará, majestad.

—El nombre del médico flamenco del que vuestra merced me ha hablado, ¿se conoce?

—Sí, majestad. Hendrick van der Meer. Como antes le he explicado a vuestra majestad, nadie tiene noticias de él desde la muerte de don Juan. Cuando el mensajero que ha llegado a Madrid partió de Namur, el médico había desaparecido y nadie sabía dar razón de su paradero, lo que ha alimentado las sospechas.

—Preparad un rescripto que los mensajeros que han traído la desdichada nueva de la muerte de don Juan habrán de llevar a Namur, personalmente a don Alejandro Farnesio, a quien se tendrá desde esta fecha como gobernador de los Países Bajos españoles. Ordeno que se busque, con todos los medios del reino, a ese médico flamenco, a ese Hendrick van der Meer, y que se le interrogue hasta saber las verdaderas causas de la muerte de mi hermano. Y si es menester que se le aplique tormento como el derecho permite.

—Tendréis en unos minutos el rescripto dispuesto para su firma, majestad. ¿Algo más, señor?

—Sí. En estos momentos difíciles, necesito la paz de San Lorenzo, la quietud de los jerónimos. También necesito saber que mi esposa y mis hijos están a salvo, y allí, en El Escorial, lo estarán. Que un mensajero urgente lleve recado al prior fray Juan de Tricio para que aguarde nuestra llegada y lo tenga todo listo. Dad aviso a su majestad la reina de que salimos en un par de horas. Ordenad a los aposentadores para que dispongan lo que haya menester. Partimos hacia El Escorial.

20

JORNADA TRÁGICA EN GALAPAGAR

Camino de El Escorial, 16 de octubre de 1578

La comitiva real partió del alcázar en dirección al monasterio a la hora sexta del día 16 de octubre del año del Señor de 1578. En la primera carroza viajaba el rey, acompañado de Mateo Vázquez, despachando papeles ambos, a pesar de la postración del monarca; pero había asuntos que no admitían demora. En la segunda carroza marchaba la reina Ana de Austria, con algunas de sus damas, el infante Felipe y su nodriza. Detrás, el coche con las infantas y sus doncellas. Y, por último, la carroza donde iban el infante Diego y el príncipe Fernando con sus ayos. En otro de los coches que componían el séquito viajaba Luis de Mercado, el médico de la cámara real, pues el príncipe Fernando llevaba un par de días sufriendo uno de los ataques de sus habituales tercianas.

Salieron de Madrid por la puerta occidental de la villa, siguiendo el camino tradicional hacia el noroeste por calles embarradas por la reciente lluvia que olían a estiércol y leña, mientras las campanas de las iglesias madrileñas repicaban anunciando el ángelus. Descendieron hacia el Manzanares y cruzaron por el puente de Segovia, dejando atrás la capital del reino a buen ritmo, pues los caballos estaban frescos y las ruedas de los carros bien engrasadas. No querían, además, que la noche los sorprendiera antes de llegar a

El Escorial. Desde el puente alcanzaron los paisajes de la Casa de Campo y las dehesas cuajadas de encinares y pastos, y desde allí llegaron a Aravaca y luego a Pozuelo. Al rato, hicieron una parada breve para beber, reponer fuerzas y revisar las caballerías. Reanudaron la marcha poco después de la hora nona. Y cuando ya hacía más de una hora que habían dejado atrás Torrelodones, un criado a caballo alcanzó la carroza del rey y parlamentó con el cochero, que detuvo de inmediato el vehículo.

—¿Qué sucede? —preguntó Mateo Vázquez, descorriendo la cortinilla del coche.

—El príncipe don Fernando se encuentra muy mal, señor. Ha vomitado. Los médicos indican que serían conveniente detener la marcha para atenderlo debidamente.

Por un instante, el silencio, un silencio presagioso y terrible, se apoderó de aquel sitio.

—Majestad, ¿qué hacemos?

Dentro de la carroza real, Felipe notó que el disturbio lo ganaba. Recordó aquellos augurios aterradores de más muertes y desventuras escritos por una mano anónima y pensó que no había en su corazón, tan castigado ya, lugar para más desgracias. La amenaza ya se había llevado por delante al médico Francisco Velasco, a su hermanastro Juan de Austria... ¿Le tocaba el turno ahora a su hijo el príncipe Fernando? ¿A su varón primogénito? ¿A su heredero?... Por un momento rememoró, tal vez de forma incongruente o como si su pensamiento inconsciente ya hubiera hecho realidad el auspicio, aquel día último día de mayo de 1573, en el que las Cortes de Castilla juraron a su hijo Fernando como Príncipe de Asturias en San Jerónimo el Real. Ya entonces, el príncipe, también afectado de esas odiosas tercianas, hubo de quedarse en unos aposentos que se le habilitaron en el monasterio y

no pudo acudir a la misa oficiada por Diego de Covarrubias y Leyva, obispo de Segovia y presidente del Consejo Real y de las Cortes, misa para la que la iglesia se había preparado con todo esplendor y a la que habían asistido sus majestades los reyes, los grandes del reino, arzobispos y prelados, embajadores de los reinos extranjeros, los procuradores de Castilla con poderes bastantes de sus ciudades y villas, la serenísima infanta Juana de Portugal, los archiduques de Austria Wenceslao y Alberto y los demás principales.

Fue después de la misa cuando el príncipe fue llevado a la iglesia desde sus aposentos en el claustro, en los brazos de Francisco de Aragón, duque de Segorbe y de Cardona, descubierto y sin bonete. Allí, su hijo Fernando, a sus escasos dos años de edad, demacrado y pálido, asustado por el boato y sentado en un carrillo dispuesto al efecto delante de sus majestades los reyes, oyó el juramento y pleito de homenaje y fidelidad que todos hacían al «serenísimo y muy esclarecido príncipe don Fernando, hijo primogénito de su majestad, como príncipe de estos reinos durante los largos y bienaventurados días de su majestad y después de aquellos por rey y señor natural propietario de ellos». Y vio en su memoria, como si la tuviera ahora presente, la cara de lástima de la marquesa de Berlanga cuando, sacándolo del carrillo, cogió al príncipe en sus brazos para sentarlo a continuación en una almohada y desde allí presenciar el juramento y solemnidad que hicieron los prelados, grandes, señores y caballeros, porque por su debilidad no podía estar el niño tanto tiempo en el carrito. Y los rostros de congoja de algunos grandes cuando, al arrodillarse ante él, en señal de la obediencia, reverencia y devoción debidas, vieron de cerca al príncipe y lamentaron para sus adentros su flaqueza, su desmejorada color, su descaecimiento que ponía en entredicho el futuro de la monarquía. Desde su bautismo en la iglesia de San Gil

hasta su juramento como Príncipe de Asturias y hasta el día de hoy, la vida de su pobre hijo Fernando había estado marcada por la enfermedad y el dolor.

—Majestad... —insistió Mateo Vázquez.

Felipe contempló a su secretario e hizo un esfuerzo por salir de su pasmo, por escapar de esos recuerdos que ya hablaban de desdichas y mala salud.

—¿Qué tiempo nos queda para llegar a El Escorial?

—Horas, majestad. Y los médicos no son partidarios de continuar el viaje en el estado en que el príncipe se encuentra. Es menester que su majestad decida qué hacemos.

—¿Cuál es la población más cercana desde este punto?

—Galapagar, majestad.

—Ordenad a un aposentador que cabalgue hasta esa villa y disponga para el príncipe la mejor casa que allí se halle. En Galapagar descansará su alteza hasta que la misericordia de Dios decida sacarlo de su postración.

***

Galapagar, 17 y 18 de octubre de 1578

Galapagar era una villa pequeña pero hidalga, asentada en la vertiente meridional de la sierra de Guadarrama, a medio camino entre Madrid y el nuevo polo regio del monasterio de El Escorial. Antes anejo de la villa de Manzanares, le había sido concedido su propio villazgo por cédula de 1523 de doña Juana de Castilla y del emperador Carlos. Era parte, desde hacía largo tiempo, del señorío del duque del Infantado. Rodeada de amplias zonas de pastos,

encinas, enebros, fresnos, jaras, quejigos y pinos, no tenía el brillo cortesano, pero sí era paso obligado, lugar de descanso y refugio cuando el camino exigía detenerse. Apenas seiscientos u ochocientos vecinos la poblaban, en su mayoría labradores, pastores y artesanos, aunque también había hidalgos de ejecutoria, terratenientes y casas principales, algunas vinculadas por servicio o clientela a la corte de Madrid. Esa mezcla daba a Galapagar un aire rural, pero con capacidad para acoger un séquito como el de Felipe cuando lo requería un mandato real.

Los aposentadores reales habían llegado a Galapagar al atardecer del día 16 y dispuesto que la casa de Francisco de Villalobos, hidalgo terrateniente y regidor del concejo, la más sólida de la villa, sería el lugar de descanso del príncipe enfermo, del rey y de su comitiva, a expensas de lo que la voluntad de Dios decidiera. Era una casa grande, propia de la nobleza de aldea, con muros gruesos capaces de proteger al niño convaleciente del frío de la sierra, y con fábrica de piedra y mampostería. Disponía de dos plantas: la baja, con zaguán amplio, cocina grande con hogar, un salón, despensas y almacenes; y la alta, con salas y cámaras que podrían albergar al rey, a la reina y a sus hijos. Estaba amueblada con arcas de nogal, camas con dosel, bancos y mesas de madera maciza y tapices de lana. Tenía asimismo un patio interior empedrado, con pozo y caballerizas, y un oratorio sencillo. Al príncipe Fernando se le acomodó en una de las cámaras del piso superior, orientada al mediodía.

Luis de Mercado, el médico de la cámara real, y los otros físicos que lo asistían no se separaron de la cabecera de la cama del pequeño enfermo ni de día ni de noche. A la llegada a Galapagar, y convencidos de lo acertado de su primer diagnóstico de fiebres tercianas, que habían acompañado a Fernando durante toda su corta

vida, le habían administrado purgas de ruibarbo y escamonea y tisanas de agua de cebada, achicoria y violetas y jarabes de granada agria. El rey Felipe dio orden de que un mensajero veloz cabalgara hasta Madrid y diera cuenta de la enfermedad de su hijo, el príncipe heredero; tras la llegada de la noticia de la enfermedad de Fernando, los madrileños acudieron a visitar a la Virgen de Atocha y se programaron procesiones de San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, santos y advocaciones que la tradición había convertido en sanadores específicamente regios.

En la madrugada del día 17 de octubre, el rey, incapaz de dormir, se acercó, por vez enésima desde que llegaran a Galapagar, a la alcoba de su hijo.

—¿Cómo se encuentra su alteza? —le preguntó al físico Mercado.

—Señor —contestó este, con signo evidente de preocupación—, me duele en el alma decirle que la enfermedad de su alteza se ha agravado. Comenzó con terciana, pero se le ha corrompido el vientre, y ahora todo es un mal mezclado. —Hizo un gesto de negación con la cabeza, apesadumbrado, y continuó su explicación, que el rey escuchaba con una mezcla de ansiedad y desesperación —. Me he llevado horas aguardando el tercio. He contado el tiempo con una atención casi supersticiosa, majestad, observando el pulso, la respiración, el sudor que empapaba las sábanas y luego se retiraba. Hasta entonces, todo había seguido un orden reconocible: el escalofrío, el calor, el abatimiento. Terciana, nos habíamos dicho todos los médicos. Sin embargo, majestad, esta noche algo comenzó a no encajar. La fiebre volvió antes, sin anuncio, sin la violencia habitual. No hubo gran temblor ni sudor liberador. El cuerpo de su alteza se ha calentado de manera continua, como si el calor ya no supiera retirarse. El pulso, que otras veces corría y luego se

aquietaba, permanece ahora irregular, blando, difícil de contar. No es el tercio lo que su alteza padece, señor.

—¿Y entonces? —inquirió Felipe, temiendo las palabras del galeno —. ¿Qué es lo que sufre mi hijo?

—Le he explorado el abdomen, señor, y he comprobado que tiene el vientre tenso. Su alteza se queja con un hilo de voz, no por el frío ni por el calor, sino por un dolor bajo, persistente. Ha tenido una evacuación oscura, maloliente, distinta de las anteriores. Había sangre en ella, majestad. Su hijo el príncipe sufre disentería.

Felipe recibió el diagnóstico como la bala de un arcabuz.

—¿Se salvará?

—Está en las manos de Dios, majestad. Haremos cuanto podamos, pero debemos rezar. Todos.

El rey cerró los ojos y contuvo un temblor. Pareciera, pensó, que Dios estaba castigando, o incluso que había abandonado a la monarquía, a su primogénito.

Se retiró a rezar en el pequeño oratorio de la casona. Estuvo a punto de ordenar que un mensajero viajara a El Escorial con la orden de regresar de inmediato a Galapagar trayendo hasta el lecho de su hijo las reliquias más preciadas de su colección: una espina de la corona de Cristo, los fragmentos de la cruz donde el Salvador fue crucificado, el «pellejo asado» de San Lorenzo, el brazo incorrupto de San Sebastián... Pero se dijo que acaso no hubiera tiempo y se esforzó en continuar rezando, rogando a Dios por la sanación de su hijo, de su heredero.

Dios no lo escuchó. Poco después de la hora tercia del día 18 de octubre, después de una terrible agonía en la que los médicos se afanaron con bizmas, jarabes y mucho líquido en contener sin éxito el avance inexorable de la enfermedad, el pequeño Fernando de

Austria, Príncipe de Asturias, hijo del rey de España y su heredero, entregó su alma al Señor.

Todavía no había cumplido los siete años de edad.

Felipe, aun antes de que los llantos de la reina y las infantas cesaran, dijo que quería estar a solas con su hijo y ordenó que todos abandonaran la cámara. Pero no rezó ante su cadáver ni le dijo sus últimas palabras a su hijo muerto. Rebuscó como un loco en toda la habitación, entre las sábanas húmedas, en cada mueble, en cada estantería, en cada losa, en cada madera de las ventanas, intentando hallar el símbolo de Saturno, saber si esa muerte era también cumplido propósito de las amenazas recibidas.

El símbolo del Devorador.

No lo halló, sin embargo.

Fue el único consuelo de esa jornada trágica.

Su hijo había muerto por voluntad de Dios, y no por mano de un hombre.

Ordenó que saliesen mensajeros hacia Madrid y, desde allí, a las principales ciudades del reino, llevando las palabras del rey: «El príncipe de España y de dos mundos, recibidos los tres sacramentos, con harta brevedad como lo fue la enfermedad, dio el alma a su criador a 18 de octubre a la hora tercia. Tengo firme esperanza de que se halla en carrera de salvación».

Luego, se emprendieron las diligencias necesarias para arreglar el cuerpo de Fernando de Austria para su exposición, trasladarlo a El Escorial y para preparar las exequias que se habrían de celebrar en San Lorenzo en honor del príncipe y para su eterno descanso.

Felipe, a pesar de estar extenuado, pues llevaba sin dormir ni recordaba cuánto, partió de inmediato hacia el monasterio, donde se recluiría durante días, para rezar por su hermano Juan de Austria y

por su hijo fallecido, el uno por la mano del hombre, el otro por la voluntad divina, que era, como tantas veces, inescrutable.

A pesar de la reclusión del rey, no cesó, en Madrid, de correr la sangre.

21

El bibliotecario de El Escorial

El Escorial, 21 de octubre de 1578

En El Escorial, durante los primeros días de su apartamiento del mundo, Felipe pasó las horas como un monje de clausura, dedicado a la oración, a la meditación, a la lectura de textos bíblicos y religiosos. Y a llorar la muerte de su heredero cuando nadie lo veía y cuando el rey de España podía comportarse como un padre postrado por la aflicción.

Pasó casi todos esos días alejado cuanto pudo de las cosas del gobierno, atendiendo a duras penas los asuntos indemorables que sus secretarios y oficiales le presentaban, sumido en un silencio casi absoluto, apenas quebrado para consolar a la reina y a las infantas, comidas también por la pena. En especial, la hija mayor del rey, la infanta Isabel Clara Eugenia, ojito derecho de Felipe, para quien la muerte de su hermanito había sido un golpe devastador.

Poco a poco, fue saliendo del desaliento y la postración, y pasó parte de los días contemplando las obras del monasterio, que avanzaban fatigosamente. Desde que se colocara la primera piedra del monumental conjunto en 1563, las obras se prolongaban ya más de quince años, durante los cuales no se había parado ni un solo día, con centenares de obreros, canteros, carpinteros y peones labrando piedra, montando andamios y levantando andenes y carpinterías. La

visión de grúas, cuerdas, andamios de madera y carretas cargadas de bloques de granito era ya un paisaje consustancial a la serranía. Aunque los diversos edificios que componían el conjunto seguían en plena ejecución, el monasterio había dejado de ser un mero esqueleto y ya era perceptible en su mayoría como el gran complejo arquitectónico que Felipe había imaginado. La fábrica principal del edificio estaba levantada en su mayor parte: las enormes moles de granito que describían la planta rectangular ya se alzaban visibles en el paisaje serrano, con muros robustos y la forma general del conjunto claramente definida. Los grandes patios y el claustro central estaban ya prácticamente finalizados, a expensas de los últimos trabajos. Las fachadas exteriores, con su característico estilo austero y geométrico, ya dominaban el sitio, aunque todavía requerían remates y acabados. Las cuatro torres de esquina de perfil vertical, que caracterizaban la silueta monumental del monasterio, ya estaban erguidas y muy cercanas a su altura definitiva, aunque aún faltaban detalles ornamentales y las esferas metálicas de coronación. Y los espacios interiores de importancia mayor, como la basílica principal, el panteón real y la biblioteca, estaban muy avanzados y se podían utilizar en parte.

Cuando Felipe recorría la obra de El Escorial en aquel otoño de 1578, lo hacía con una mezcla de sentimientos que iban desde el orgullo por aquella gran obra, su sueño de siempre, el cumplimiento de la promesa que le hizo a Dios y a San Lorenzo tras la batalla de San Quintín, que poco a poco se hacía realidad, a una inquietud que ni él mismo se explicaba. Como si tal vez no fuera a vivir para ver su sueño acabado. O como si tamaña empresa fuera un desafío a los cielos. Caminaba despacio entre muros aún desnudos, bajo bóvedas incompletas donde resonaban los golpes de los canteros y el crujido de los andamios, respirando el polvo de la piedra y el olor de la

madera húmeda. A cada paso veía materializarse una parte de su voluntad, convertida en geometría, en proporción, en orden, y pese a ello también sentía el peso de lo inacabado, de lo frágil, de lo que aún podía venirse abajo.

Aquel edificio era su fe levantada en granito, su memoria futura, su desafío al tiempo, pero también le recordaba que él mismo era pasajero, que quizá no llegaría a verlo concluido del todo. Mientras avanzaba entre patios abiertos al cielo y corredores todavía sin puertas, comprendía que estaba construyendo algo que lo sobreviviría, y esa certeza, lejos de consolarlo, lo llenaba de melancolía, como si cada piedra colocada fuese al mismo tiempo una afirmación de su poder y un anuncio silencioso de su fin.

Cuando no estaba contemplando las obras o rezando, y cuando su mente no estaba ocupada por los recientes acontecimientos vividos en Madrid tras la recepción de la carta anónima, Felipe pasaba gran parte del tiempo entre los libros. En estos días, la gran sala de la biblioteca —la galería larga y elevada que Herrera había proyectado — ya estaba estructuralmente erigida: muros, bóvedas y ventanales principales estaban en pie, pero muchos acabados interiores aún no estaban terminados. Las pinturas del techo, los suelos definitivos y parte del mobiliario todavía no se habían completado. En algunas zonas seguían trabajando albañiles, carpinteros y yeseros, lo que obligaba a proteger los libros del polvo y de la humedad, razón por la cual una parte importante de los volúmenes no se encontraba en la sala definitiva, sino repartida en dependencias provisionales del monasterio: en salas cercanas a la biblioteca, en cámaras interiores del palacio, en estancias acondicionadas como depósitos y en armarios cerrados en dependencias monásticas. Entre unas y otras deambulaba Felipe cuando su espíritu quería serenarse con lecturas sagradas.

En la mañana de ese día, se acercó a la sala adyacente a la principal en obras, buscando una lectura que lo apaciguara. Allí, desde cierta distancia, observó a Arias Montano en su diario trabajo: recibir libros procedentes de Italia, Flandes, Alemania o del propio alcázar de Madrid, revisarlos, clasificarlos por materias, lenguas y procedencias, anotar su contenido y decidir su futura colocación. No había ejemplar que llegara a El Escorial que no pasara primero por sus manos antes de ir a parar a su estante definitivo. Aunque desde hacía doce años estaban llegando obras para la futura biblioteca, todo estaba en la más absoluta provisionalidad. En 1565 comenzaron a recibir libros y se fueron depositando en el «monasterio de prestado», en la villa de El Escorial donde moraba la primera comunidad jerónima, en el edificio de la finca de la Fresneda y en algunas celdas de monjes. Nueve meses antes de que Montano ocupase su cargo en San Lorenzo el Real, el guardajoyas de su majestad, Hernando de Bribiesca, había hecho entrega de cuatro mil quinientos cuarenta y seis volúmenes —impresos y manuscritos— donados por Felipe. Desde entonces, otros varios miles de libros habían llegado desde todos los puntos del imperio para formar parte de la librería de San Lorenzo el Real.

Benito Arias Montano, de familia hidalga y cristiana vieja aunque empobrecida, licenciado en Teología y en saberes hebraicos por la Universidad de Alcalá de Henares, con conocimientos de medicina, filosofía y lenguas clásicas y semíticas, había sido ordenado sacerdote en la Orden de Santiago y elegido para integrar la delegación española presente en el Concilio de Trento, donde tuvo una meritoria intervención con dos discursos sobre el divorcio y sobre la comunión bajo las dos especies. De regreso en España, fue nombrado capellán del rey, percibiendo una pensión anual por sus servicios a la Iglesia y a la Corona. Diez años atrás, en 1568, había

recibido el que hasta entonces era el encargo más importante de su vida: ser en Amberes el supervisor real de la nueva Biblia políglota en cinco lenguas que desde hacía unos años estaba elaborando un grupo de eruditos franceses y flamencos. En 1576, a su regreso a España tras ocho densos años de estancia en los Países Bajos, el rey Felipe lo había nombrado bibliotecario de El Escorial. Y allí estaba, dedicado a la ciclópea tarea de elaborar la lista de todos los manuscritos existentes, inventariar los libros impresos y decidir qué nuevas obras se habrían de adquirir para los fondos escurialenses.

Arias Montano, se dijo Felipe viéndolo cómo trabajaba sin prestar atención a nada que no fuera el manuscrito que en esos instantes tenía entre las manos, era uno de esos hombres en quienes el saber no se acumulaba como un adorno, sino como un soplo vital. Humanista por vocación y polímata por naturaleza, transitaba con la misma soltura por las lenguas antiguas que por la teología, la historia, la filología, la ciencia natural o la exégesis bíblica, sin alarde ni afectación, como si cada disciplina fuese una estancia más de una misma casa espiritual. Un día, en una de sus conversaciones, le había dicho a Felipe que leía el hebreo, el griego y el latín buscando no la erudición, sino para comprender mejor el mundo y a Dios, y le había comentado que veía en cada manuscrito no solo un texto, sino una voz del pasado que merecía ser escuchada con respeto. En El Escorial, rodeado de códices y legajos, trabajaba con una paciencia casi monástica, convencido de que ordenar el saber era una forma de servir al reino y a la fe, y de que solo desde la armonía entre razón, estudio y conciencia podía construirse una verdadera grandeza.

En ese instante, Felipe recordó que Arias le había comentado su propósito de crear, en la biblioteca del monasterio, divisiones especiales dedicadas a la astrología, a la adivinación, a la alquimia y

al *ars memorativa*. Y el rey no se opuso, sino que, muy al contrario, lo animó en su día. Quería que la biblioteca de El Escorial nada tuviera que envidiar a la de Alejandría. Si no en cantidad de libros y papiros, sí al menos en calidad y en el abrazo de todas las disciplinas.

Y en ese preciso momento, de forma irreflexiva —algo insólito en Felipe, que masticaba cada decisión como si fuese un mendrugo entestecido: las decisiones pasaban por su mente como un pan duro que debía ser masticado durante horas antes de poder ser deglutido —, tomó una decisión. Se acercó al bibliotecario y llamó su atención con un saludo.

—Ah, majestad —dijo Arias, sobresaltado—. No os había visto llegar.

Benito Arias Montano, de cincuenta y un años de edad —había nacido en 1527, al igual que el rey—, de estatura media y complexión más bien delgada, mostraba el aspecto de quien está hecho a muchas horas sentado entre libros y papeles. Su rostro era alargado, de facciones sobrias, con una frente amplia y despejada que delataba su intensa actividad intelectual, y unos ojos oscuros, atentos y serenos, capaces de concentrarse durante horas sin perder claridad. Llevaba la barba recortada y el cabello corto, ya algo ralo. Vestía con austeridad clerical, en tonos oscuros y tejidos discretos, sin joyas ni ostentación, de modo que su presencia pasaba fácilmente inadvertida. Solo cuando hablaba, o cuando se inclinaba sobre un manuscrito con concentración absoluta, se advertía en su figura una autoridad inapelable, nacida no del rango ni del gesto, sino de una inteligencia disciplinada y de una voluntad templada por el estudio.

—Quería hablar con vuestra merced —le dijo Felipe—. ¿Tenéis un minuto?

—¿Para vuestra majestad? —respondió el bibliotecario con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes desparejos—. Toda la eternidad, si me fuera dada.

—No será necesario tanto, padre Arias —adujo el rey, con una sonrisa de dientes blancos y perfectamente alineados—. Bastará con unos minutos, como os digo. Aunque este —añadió, señalando la sala por la que pasaban constantemente auxiliares de Montano, carpinteros y albañiles— tal vez no sea el lugar adecuado para tratar lo que quiero deciros.

—Aquí al lado está mi gabinete, majestad. Si es vuestra majestad tan amable de seguirme...

Ya en la cámara del bibliotecario, sentados ambos, abordó sin preámbulos Felipe la razón por la que quería hablar con Arias Montano: la carta anónima y el símbolo de Saturno. Había decidido, de esa forma instantánea tan insólita en él, que tal vez ese hombre, experto en tantas disciplinas y con conocimiento de las ciencias herméticas, pudiera serle de ayuda. Tampoco tenía a muchos más a quienes recurrir.

Una vez que Felipe le hubo expuesto la cuestión al bibliotecario, quedó este ensimismado, como sumido en un silencio tan reflexivo que llegó a parecer catatónico.

—Saturno —dijo al fin. Felipe no dijo nada. Sabía que Arias hablaba para sí mismo, embebido en reflexiones, y que no precisaba respuesta ni comentario—. ¿El planeta? ¿El dios? —preguntó Arias.

—No lo sé. Don Juan de Herrera, a quien también le comenté el asunto, pensaba que era el dios. Saturno, como bien sabéis, en la mitología griega era Cronos, y ya conocéis su historia. El paralelismo está claro. Cronos fagocitaba a sus hijos. A mí se me acusa de dar muerte al mío, al príncipe Carlos.

Volvió a guardar silencio el bibliotecario, caviloso.

—¿Leéis con frecuencia el *Prognosticon*? —inquirió luego.

—¿El *Prognosticon*? ¿El horóscopo que me elaboró el médico Matías Haco?

—En efecto. Me lo disteis a leer, ¿recordáis?, pidiendo mi criterio.

—Sí, lo recuerdo, pero ¿por qué lo preguntáis?

—Haco, en su vaticinio, apuntaba las influencias que el planeta Saturno tendría para vuestra majestad a lo largo de toda su vida. «Júpiter es el dominante de esta figura natal u horóscopo. Saturno es partícipe», decía, ¿recordáis? Y añadía que el nativo tendría muchos enemigos y discordias. «De Saturno recibirá la frialdad y la aridez», afirmaba.

—Sí, lo recuerdo. Buena memoria tenéis.

—Cada vez más frágil, majestad. Cuando más la necesito, para esta formidable tarea que me habéis encomendado. Pero, en fin... Ya sabéis lo que dice el refranero castellano: la memoria es como el mal amigo; cuando más falta te hace, te falla. Pero sí, recuerdo bien aquel libro de Matías Haco.

—¿Pensáis, pues, que el autor de la carta de que os he hablado y del símbolo se refería al planeta y no al dios?

—No lo sé, majestad. Puede que sean las dos cosas a la vez. Que se os acuse de ser Cronos, el Devorador, y, al mismo tiempo, que se haga referencia al planeta Saturno. No es este un signo elegido al azar. Saturno, en la tradición antigua y en la astrología, está ligado a la melancolía, al juicio severo, al paso implacable del tiempo, a la caída de quienes han alcanzado la cumbre. Es una imagen cargada de sentido.

—Lo sé —respondió el rey—, y precisamente por eso me inquieta, porque no me habla tanto como un acérrimo enemigo, aunque probablemente lo sea, sino como alguien que pretende advertirme, o quizá juzgarme, desde una altura moral que no sé si le corresponde.

—Si solo hubiese querido advertiros, majestad, ¿para qué tanto artificio? Bastaría con palabras claras y directas.

—Es una amenaza, pues.

—Lo es, señor. Una amenaza tal vez no física en lo que a vuestra majestad respecta, pero sí se pretende atentar contra vuestro honor, contra vuestro nombre, contra vuestra casa, majestad.

—Contra mi reputación —añadió Felipe, con cierto abatimiento—, que es como el cristal, cuyos pedazos jamás pueden ser de nuevo unidos si se quiebra.

—Así es, majestad —asintió el polímata—. Pero no lo hace solo por capricho o por pura maldad, sino con un propósito. Pretende que no podáis alcanzar una meta, lograr un objetivo. Frustrar vuestro deseo, en suma. Ese es el fin que sospecho en esa carta y en ese símbolo. Excluiros de algo.

—Excluirme de algo... —repitió el rey en voz baja, como si probara el peso de las palabras antes de aceptarlas—. Pero ¿de qué, exactamente, padre Arias?

—Pensad, majestad, cuáles son vuestros propósitos, y tal vez por ahí descubráis al autor de la carta.

—Mis propósitos... —volvió a repetir Felipe, meditabundo—. Sí, porque reinar sin un propósito es cosa pueril, claro está. ¿A qué aspiro? —Y pareciera que hablase más para sí que para su interlocutor—. A la unidad de la fe, pues preferiría perder todos mis estados y cien vidas que ser señor de herejes. A conservar lo heredado de mi padre el emperador, pues sería pecado divino perder un solo palmo de los dominios que me fueron legados. Al buen gobierno, a la paz interna, a la justicia real...

—Buscad, pues, en el camino a esas metas y a esos ideales, y tal vez encontréis ahí a vuestro enemigo. Quien sea que os mortifica, se encuentra en ese camino, sembrándolo de cizaña, de desconfianza,

obligándoos a mirar a vuestro alrededor con recelo y a volver sobre actos pasados como si aún estuvieran abiertos.

Felipe apoyó una mano en el borde de la mesa.

—Eso es lo que ha logrado, reverencia. Desde que leí esa carta, no he dejado de repasar decisiones que tomé creyendo servir al bien del reino, preguntándome si en algún momento el silencio, la prudencia o la necesidad no se confundieron con la injusticia. Sin ir más lejos, lo que ocurrió con mi pobre hijo Carlos...

—Mirad también en las decisiones que os obligará a tomar el futuro, pues conjeturo que la amenaza se ha vertido en razón a una decisión no tomada.

—¿Y cómo puedo prever las decisiones que tomaré mañana?

—El futuro, majestad, no es sino consecuencia del pasado y del presente. Nada hay que vaya a pasar que no hunda su raíz en un tiempo pretérito.

—¿Qué me aconsejáis, pues?

—Que no dejéis que una voz anónima gobierne vuestro ánimo —respondió con suavidad Arias Montano—. Haced lo que tengáis que hacer, pero mirad en el pasado y a vuestro alrededor. Revisad lo que deba revisarse, corregid lo que pueda corregirse, y seguid obrando conforme a vuestra conciencia y a vuestra fe, sin permitir que el miedo se convierta en consejero.

El rey asintió despacio.

—No buscaba consuelo al hablaros de esto, sino claridad. Necesitaba oír una voz que no naciera del temor ni de la intriga.

—Si os he servido en eso, majestad, me doy por satisfecho —dijo el humanista.

Y en el silencio que siguió, entre libros aún sin ordenar y muros incompletos, ambos comprendieron que aquella carta, aunque anónima, había dejado ya una huella difícil de borrar.

22

El dominico Antón de Tudela

Madrid, 22 de octubre de 1578

Aunque su nombre real era capilla de Nuestra Señora y San Juan de Letrán, todos en Madrid la conocían como la capilla del Obispo. Situada junto a la iglesia de San Andrés, había sido erigida por la poderosa familia de los Vargas, y había acogido los restos de San Isidro hasta 1544, año en que, tras haberse producido distintas desavenencias entre los capellanes de la capilla y los sacerdotes de la parroquia, el cuerpo del santo pasó a la iglesia aledaña. Por eso, toda vez que se hubo frustrado la intención fundacional de destinar el recinto a albergar el cuerpo del santo labrador, Gutierre de Vargas y Carvajal, obispo de Plasencia y segundo hijo del caballero que concibiera el recinto, llevó a cabo una intensa reconstrucción a fin de convertirlo en panteón familiar. Y de ahí que todos lo conocieran como la capilla del Obispo.

Gutierre de Vargas, al tiempo de la remodelación del edificio, ordenó que fuera servido por ocho capellanes, los sacristanes mayor y menor, el organista y seis muchachos de coro. Se habían de celebrar cinco misas cada semana en conmemoración de los padres, de los descendientes y del propio fundador, por quienes además rezarían un responso en medio de la capilla, sin realizar colecta ni conmemoración alguna por otros difuntos.

Uno de los capellanes era el dominico fray Antón de Tudela. Nacido prácticamente con el siglo, era un hombre de edad provecta y fama de rectitud, modestia y sencillez, pues, al contrario que muchos clérigos de la época, ganados por la soberbia, la lujuria o la codicia, no ambicionaba más que la paz del cenobio, la solemnidad de la misa y la cercanía del Santísimo. No ignoraba el mundo en que vivía. Sabía, como todos, de clérigos que buscaban el favor de los poderosos, de beneficios acumulados y de vidas menos recogidas de lo que la regla mandaba. Pero en él no había rastro de escándalo ni de otros anhelos que no fueran los del espíritu. Más bien una aceptación resignada de cómo era el mundo actual, como quien ha decidido hace tiempo el lugar en que ha de estar y no encuentra motivo para abandonarlo.

Y no era que hubiera sido un cualquiera. Había estado muy cerca del poder y sabía de sus cosas buenas y de sus cosas malas, y no añoraba ni las unas ni las otras. Había formado parte de la capilla del príncipe Carlos, y había vivido con cercanía su desdicha y su muerte. La noche de su apresamiento había sido requerido por Ruy Gómez de Silva para que, en unión del médico Francisco Velasco, estuviera en las proximidades de la alcoba del príncipe por si se necesitaba su auxilio espiritual y, una vez que, ejecutado su arresto, Carlos quedó confinado en su dormitorio, se les encomendó que accedieran a él e intentaran calmarlo, cada uno en su oficio, para que aceptara su nueva realidad. Velasco lo intentó con mixturas que Carlos rechazó acaloradamente, gritando que su padre lo quería envenenar, y fray Antón de Tudela con exhortaciones a la paciencia y a la obediencia que el príncipe igualmente rehusó, despreciando sus consejos de que solo mostrando una resignación cristiana y una sumisión filial podría conseguir que su padre el rey mudara sus designios.

Desde entonces, había asistido espiritualmente a Carlos, primero en su alcoba y luego en la torre vieja, en donde su padre lo enclaustró temiendo que pudiera escapar de sus aposentos. Recordaba aquellos días de 1568 como los más duros de su vida, viendo cómo un alma joven y destinada a tener el mundo a sus pies era pervertida por la vesania y la enfermedad, convirtiendo en un triste muñeco de trapo a quien estaba predestinado a ceñir la corona de los dos mundos. Entendió, sí, la decisión de Felipe, aunque ese entendimiento le causaba un profundo dolor, mas nunca dijo nada.

Tras la muerte de Carlos, innecesarios ya sus servicios en la capilla de un príncipe muerto, había abandonado el alcázar y regresado al convento de Santo Domingo el Real, ubicado no lejos del castillo, en una parte de la villa donde el tránsito era menor y el ruido de la corte llegaba ya amortiguado, como si el lugar hubiera sido elegido para apartarse sin alejarse del todo. Se reintegró a la vida común en el cenobio sin pretensión alguna de distinguirse. Buscaba solo vivir los últimos años de su vida, que Dios le estaba haciendo inusualmente larga, en la paz del convento, lejos de las intrigas de palacio y los manejos cortesanos. Su humildad y bondad innatas le supusieron que todos dieran por hecho en el claustro que no era hombre para encargos notables ni para responsabilidades que lo devolvieran al trato con quienes medían cada palabra por su utilidad, y eso le vino bien. Él no quería problemas ni chanchullos.

Fray Antón era hombre que ya había pasado por donde otros comenzaban a transitar. Solo quería andar de forma reposada los últimos trechos del camino, buscando en la quietud del convento lo que no había hallado en la agitación del alcázar. Había estado demasiado cerca del poder y el poder lo había aplastado con mano inmisericorde. Ver cómo un padre ponía al reino por encima de su propio hijo, aun cuando comprendiera sus razones, había devastado

su espíritu, más hecho a la contemplación que a las duras exigencias del gobierno de los hombres, y le había enseñado que hay decisiones que pueden sostener un reino y, al mismo tiempo, quebrar para siempre a quien se ve obligado a mirarlas de cerca.

En Santo Domingo, se mantuvo en las faenas más sencillas, se ocupaba del huerto, ayudaba en la cocina, preparaba los rezos diarios, leía los salmos en el refectorio, asistía en el coro, acompañaba a frailes enfermos, auxiliaba a moribundos, siempre con una sonrisa, ya desdentada, y la alegría que nace de la falta de ambición. Durante un tiempo fue destinado como capellán en algunos conventos de monjas de la villa, oficios discretos que aceptó sin reparo y que desempeñó sin dejar memoria, atendiendo confesiones, diciendo misa y sosteniendo con paciencia una rutina que no exigía de él más que presencia y constancia. Aquella vida, apartada y sin relieve, acabó por situarlo en ese lugar intermedio que ocupan quienes no molestan ni tienen pretensiones, y fue desde ahí, sin que mediara solicitud ni insistencia alguna, como se dispuso su nombramiento como capellán de la capilla del Obispo, tras el fallecimiento de un hermano dominico que ocupaba una de las capellanías. Allí encontró un destino acorde a su condición: servir, callar y no dejar tras de sí más huella que la del cumplimiento.

Bajito, arrugado, de sonrisa fácil y mirada llena de bondad y bonhomía, sus rutinas eran invariables: del cenobio a la capilla y de la capilla al cenobio. Vivía voluntariamente alejado del mundo, sordo a sus ruidos y a sus sonerías; ni siquiera sabía que el médico Francisco Velasco, aquel que compartió con él los últimos meses de vida del príncipe Carlos, había sido asesinado. Tampoco hubiera cambiado nada de haberlo sabido: ni se le pasaba por el pensamiento que alguien pudiera desearle el mal. A él, que no era más que un fraile sin nombre fuera de los muros que habitaba,

ajeno a intrigas y a intereses, y que había aprendido a no esperar nada de los hombres para no tener que temerles.

Esa noche de otoño, víspera de la festividad de San Severino de Colonia, había celebrado el nocturno de difuntos en la capilla del Obispo, había despedido a los dos mozos de coro que lo habían ayudado en la ceremonia y, como cada noche hacía, se había quedado solo en el oratorio, cuidando de que, como las constituciones de este ordenaban, siempre hubiera dos lámparas encendidas delante del Santísimo. Se aseguró luego de que estuviese bien cerrada el arca con dos compartimentos, uno para las bulas y escrituras fundacionales y otro para el dinero, que estaba emplazada en uno de los cuartos que daban a la sala que servía de capítulo, y se arrodilló ante el altar para rezar, en la soledad que tanto amaba, las últimas preces del día antes de regresar a Santo Domingo.

Terminadas sus oraciones, se dispuso a levantarse con gran esfuerzo, pues le dolía cada hueso del cuerpo cuando estaba un rato arrodillado, y escuchó que las campanas de San Andrés anunciaban las completas. Fue entonces cuando oyó un ruido fuerte, el de alguien llamando al portón de la capilla, y no con los nudillos sino con algo más pesado, el pomo de una espada tal vez, aunque fray Antón no relacionó el sonido con arma alguna.

—¿Quién va? —preguntó con su voz ronca de tantas misas.

—¡Vengo en súplica de confesión, padre! —dijo una voz desde fuera.

—¿A estas horas, hijo mío?

—¡La contrición no sabe de horas, páter!

—Voy, voy, está bien. Enseguida te abro, hijo.

Abrió trabajosamente el portalón y vio que dos figuras sombrías se recortaban en la claridad mortecina del lubricán.

—A la paz de Dios, hijos —saludó, absolutamente ajeno a todo peligro.

No recibió respuesta a su salutación. En completo silencio, solo roto por el metal chasqueando en los tahalíes, las dos figuras se adentraron en la capilla y cerraron el portón a sus espaldas.

—¿Fray Antón de Tudela?

El dominico miró al que había hablado. Distinguió sus ojos, iluminados ahora por los velones que alumbraban el Santísimo, y vio en ellos disturbio y la turbidez que proporciona el exceso con el vino. Llevó luego sus ojos a los de la segunda figura, negros y profundos como fosa recién cavada, y en ellos no vio desorden ni confusión, sino una quietud lóbrega y tan absoluta que no parecía propia de los vivos, como si en aquella mirada no quedara ya lugar para la contemplación, ni para el temor, sino solo la presencia muda y definitiva de la muerte.

Y fray Antón de Tudela supo entonces, como se saben las cosas ciertas, que era llegada la hora de su fin.

No sintió miedo, tan solo la tensión de la espera. Si acaso, rogó por que la muerte no le fuera dolorosa.

—¿Fray Antón de Tudela? —repitió el primer hombre.

No le salieron las palabras, sino que se limitó a asentir con su cabeza en la que la tonsura se había extendido como mancha de aceite.

—¿De la capilla del príncipe Carlos?

Y asintió de nuevo, inocente por completo.

Pero sabía el fin de esas interrogaciones.

No preguntó nada. No intentó justificarse, hacer ver que su vida no valía ni el simple gesto de empuñar la espada. No impetró misericordia. Tampoco hizo ademán de apartarse cuando comprendió lo que iba a suceder, como si aquella certeza no le

sorprendiera del todo. Bajó la cabeza un instante, no en gesto de miedo, sino de recogimiento, y sus labios se movieron apenas, sin voz al principio, hasta que, en un susurro que apenas alcanzaba a sostenerse, dijo:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*.

No añadió nada más. No buscó tiempo ni explicación. Se limitó a permanecer así, con una quietud que no era solo resignación, sino algo más próximo a la aceptación de quien entiende que hay momentos que no se rehúyen, sino que se asumen y se hacen propios.

La segunda figura, el hombre siniestro de los ojos de muerte, sacó de su cinto una daga afilada, cuya hoja relumbró en la claridad escasa del humilladero.

—Señor —se oyó musitar a fray Antón—, si he de dar cuenta, sea ahora, que no tengo ya más que ofrecer que lo que soy.

Y recibió la cuchillada sin un solo quejido. Fue no solo por la aceptación de su muerte, sino por la inmediatez de esta, pues la hoja le había entrado por el corazón, cercenándolo por completo.

Al instante, el hombre extendió la mano sin palabras y su secuaz depositó sobre ella un papelote que sacó del bolsillo de su jubón. Lo enganchó después en el cuerpo yerto de fray Antón de Tudela, prendiéndolo en el cordón blanco que ataba el hábito.

Que lo sepa el rey
Que aquí yace su cómplice

₶

Luego, ambos hombres, cumplida su macabra misión, abandonaron velozmente la capilla del Obispo y se perdieron en la noche negra de la villa y corte.

***

El cuerpo de fray Antón de Tudela no fue hallado hasta la mañana siguiente, cuando el capellán de día llegó a la capilla poco después de laudes. Espantado, dio aviso a la ronda, y en cuanto los alguaciles vieron prendido al hábito del dominico un cedulón con las mismas palabras, o parecidas, que las escritas en el que se había hallado en el cuerpo del médico Velasco en la calle del Factor —a pesar de las órdenes para que no trascendiera el contenido del papelote hallado entonces, era imposible que permaneciera en secreto durante mucho tiempo tan trágico hallazgo—, comunicaron la nueva al corregidor, que de inmediato, y esta vez sin gazmoñerías, dio parte, por medio de un mensajero que viajó al galope hasta El Escorial, del nuevo crimen al secretario real Mateo Vázquez de Leca.

Felipe se hallaba en su despacho del monasterio, inclinado sobre los papeles que nunca parecían agotarse, cuando Vázquez, tras pedir licencia, entró en la estancia con un semblante que no necesitaba palabras para anunciar que lo que traía consigo no era asunto ni leve ni menor. Alzó la vista con esa parsimonia que en él no era lentitud, sino dominio, y aguardó sin hablar, como si obligara al tiempo a ordenarse antes de que se pronunciara la primera palabra.

Mateo Vázquez, con la voz llena de compostura pero al mismo tiempo tomada por un leve temblor, expuso lo sucedido: el hallazgo del cadáver de un fraile dominico en la capilla del Obispo con un cedulón idéntico al descubierto sobre el médico Velasco, sin que existiera ni el más mínimo indicio de quiénes podían haber sido su autor o autores.

—Ni aquí me dejan en paz, Mateo —dijo el rey, apesadumbrado—. Hasta aquí llegan los ecos de la muerte. Ni siquiera se respeta la paz del monasterio.

Mateo Vázquez no replicó. No había lugar para ello, se limitó a poner en conocimiento del rey los detalles del crimen, las circunstancias en que el cuerpo se había encontrado, que no admitían duda sobre la violencia de su muerte y con señales que hacían temer que no se trataba de un hecho aislado ni de un homicidio vulgar. Lejos de ello, todo indicaba que era uno de los crímenes que se anunciaban en la carta anónima, el segundo de un reguero que nadie sabía hasta dónde iba a extenderse.

—El muerto, majestad —aclaró el secretario—, es fray Antón de Tudela. Un fraile dominico. Si no yerro, pertenecía a la capilla de vuestro hijo el príncipe Carlos.

El rey no interrumpió ni hizo gesto alguno que delatara sorpresa o inquietud; tan solo, en un instante apenas perceptible, sus dedos dejaron de moverse sobre el papel que tenía delante y se agarrotaron, estrujándolo y arrugándolo, como si aquella noticia hubiera introducido una grieta profundísima en el orden que gobernaba su pensamiento.

—Fray Antón de Tudela... —musitó, con la voz en un hilo—. Sí, lo recuerdo bien, es el fraile que estuvo aquella noche, la noche del arresto de mi hijo, en sus aposentos, y quien lo asistió espiritualmente hasta su muerte.

—No falta nada en la capilla de Obispo, majestad —prosiguió Mateo—. El arca con el dinero está intacta y no se han llevado ninguno de los objetos litúrgicos. Y los había, y muy valiosos, en la capilla. No ha sido un robo, señor.

Felipe, conmocionado, negó con la cabeza. Estuvo un rato en silencio. Pareció hacer ademán de ir a hablar, pero fue como si no le

brotaran las palabras, como si tuviera la garganta seca y las cuerdas vocales se le hubiesen destensado y perdido su timbre.

—No ha sido un robo, claro que no —logró decir al cabo—. Ha sido la segunda de las muertes que se anunciaban en la carta. Primero el médico; ahora, el fray. ¿Quién vendrá después, Mateo?

El secretario no respondió. Era una pregunta que no exigía contestación.

—Muchos de vuestros criados, majestad —dijo en cambio—, que entonces, en aquella noche trágica de hace diez años, os acompañaron, viven aún. No sé si sería conveniente darles aviso de lo que está ocurriendo, señor. Para que puedan proteger sus personas y casas.

Felipe no respondió de inmediato. Permaneció unos instantes con la vista fija en Mateo Vázquez, calibrando las consecuencias de cualquiera de las decisiones que al respecto pudiera adoptar. Cuando habló, lo hizo con la voz preñada por la emoción, pero con una firmeza que no admitía discusión.

—No ignoro el riesgo que corren algunos de los que intervinieron en aquellos hechos trágicos y que aún viven. Pienso en Diego de Acuña, en Pedro Manuel de Manrique, en Rodrigo de Mendoza, que aún están entre nosotros. Otros, como mi añorado Ruy Gómez o el duque de Feria Gómez Suárez de Figueroa, nada han de temer, pues nos dejaron tiempo ha. Y sí, no me es indiferente la suerte que puedan correr esos caballeros, pero hay ocasiones en que el remedio, por bien intencionado que sea, puede causar un daño mayor que el mal que se pretende evitar. Dar aviso explícito a todos ellos, de la manera que vuestra merced sugiere, haría público, aunque no se quisiera, que existe una conexión entre lo ocurrido entonces y lo que ahora sucede, y las consecuencias para el reino pueden ser nefastas. No, hay que ser prudentes.

Se detuvo un momento antes de continuar, como si quisiera dejar asentado el peso de lo que iba a decir.

—El gobierno no se ejerce solo atendiendo a lo que es justo en sí mismo, sino también a lo que conviene al mantenimiento del orden, y en este caso ambas cosas no discurren por el mismo camino. Reconozco que, si un nuevo crimen llegara a cometerse, no me será ajeno en conciencia el no haber prevenido a quien sea su víctima, pero también pesaría sobre mi conciencia el haber contribuido, por precipitación, a encender un rumor que pusiera en entredicho decisiones que en su día se tomaron por razón de Estado.

Concluyó diciendo que no se daría aviso general, ni se permitiría que la inquietud se propagase por la corte, pero ordenó que se extremase la vigilancia sobre aquellos que pudieran hallarse en mayor riesgo, sin que ellos mismos tuvieran noticia de ello, y que se confiaba a Cristóbal Villafañe no solo la averiguación de lo sucedido, sino la prevención de lo que aún pudiera suceder.

—Prefiero —añadió, bajando ligeramente la voz— cargar para siempre con el peso de una decisión difícil antes que dejar que el desorden se adueñe de aquello que estoy obligado a guardar.

Por último, mandó que se hiciera saber a Villafañe que deseaba ser informado de cada paso de la investigación, no en sus pormenores inútiles, sino en aquello que tocara al fondo del asunto, y que no toleraría que el proceso se perdiera en formalidades que, siendo necesarias en otros casos, en este solo servirían para dar tiempo a quien no debía tenerlo.

—Y haced saber al alcalde Cristóbal Villafañe —concluyó, ya más clara la voz— que, desde este momento, la causa queda reservada a mi conocimiento directo, y que no habrá de dar cuenta de lo que en ella se actúe a nadie sino a mí, sin intermediarios ni relación alguna que pudiera desviar o diluir lo sustancial de la investigación. Se le

concederá audiencia a este fin cada vez que sea preciso, en cuanto regrese a Madrid. No se trata —añadió— de limitar su juicio, sino de asegurar que todo cuanto se averigüe y se disponga responda a una sola dirección y no quede expuesto a voces o intereses que no deben tener parte en este negocio. —Carraspeó brevemente—. Y hágasele saber al fin que espero de él no solo diligencia en la averiguación, sino juicio en la prevención, y que en este punto habrá de mostrar tanto acierto como rigor, pues la confianza no dispensa de la obligación de responder con prontitud y sin reserva a quien tiene sobre sí la carga última de todo lo que en el reino sucede.

23

La audiencia a Villafañe

Madrid, 30 de octubre de 1578

Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, jamás imaginó que la encomienda del secretario privado del rey Mateo Vázquez de Leca le fuera a ser tan enojosa y le fuera a dar tanto trabajo. Tanto que ahí estaba, enfrascado en sus averiguaciones, abandonados sus otros deberes no esenciales. Pero así estaba siendo, voto a bríos, pues llevaba quince días como loco intentando dar con el autor o autores de las muertes del médico Francisco Velasco y Ulloa primero y del dominico Antón de Tudela después. Asesinato este último que le había sido comunicado el jueves anterior, día 23 de octubre, el mismo en que fue hallado el cadáver del anciano fray en la capilla del Obispo. Comunicación que había sido seguida de una orden directa de Mateo Vázquez: en lo sucesivo, se entendería con el rey y solo con el rey en la materia de sus investigaciones, debiendo darle parte inmediatamente de cuanto aconteciera y fuera averiguando. Con otras prevenciones y admoniciones que le pusieron la carne de gallina, pues, aunque no se le decía explícitamente, el secretario le dejó caer que en el buen fin de la sumaria le iban su futuro y su cargo, cuando no algo más como la libertad y quién sabe si la vida.

Y lo grave era que, hasta el momento, y pese a las muchas horas invertidas, a las muchas leguas recorridas y a las muchas pesquisas

realizadas, su éxito había sido tan escaso como la cosecha tras el granizo.

En lo que hacía al crimen del médico Velasco, y a la vista de que el interrogatorio de la viuda y del cerero Criado habían sido infructuosos, se dedicó a recorrer el barrio, preguntando en cada casa cercana al lugar del crimen, interpelando a vecinos, transeúntes, pedigüeños y menesterosos que por allí solían rondar, a ver si tenía un golpe de suerte y daba con alguien que hubiera visto algo que le ayudara a esclarecer lo que ocurrió en aquella dichosa madrugada del 26 de septiembre. Mas nadie había visto nada a esas horas inhóspitas de la noche en la calle del Factor, donde, aparte de este, pocas familias vivían, pues era una calle angosta de la que la mansión del factor Fernán López del Campo ocupaba buena parte. Caviló al cabo, dado que los otros caminos a ninguna parte lo conducían, que su mejor posibilidad era intentar rastrear al mozuelo que había servido de cebo, según todo lo indicaba, para la emboscada en la que el médico Velasco fue finalmente apiolado, y a esa tarea llevaba varios días dedicado, desde el alba hasta más allá de la hora de ánimas.

Pudo conocer que, antes de morir, el médico y el chiquillo que lo acompañaba habían sido vistos por una de las rondas de noche, que les habían preguntado la razón de su presencia en las calles a esas horas y que los habían dejado seguir su camino cuando el galeno Velasco justificó que se dirigía a atender una urgencia de salud. Ninguno de los componentes de esa ronda de noche, ni los alguaciles ni los corchetes, pudo dar mejor descripción que la de la viuda Velasco sobre el mocoso que acompañaba al médico y que, según todo indicaba, había resultado ser un señuelo en la celada.

Por el día, buscaba por todas partes sin denuedo, aunque sin saber muy bien a quién buscaba, pues la descripción del zagal que le

habían facilitado la viuda del galeno y la ronda era vaga y confusa: que tendría unos catorce años o acaso algo menos o quizá algo más, y que era mugriento y con el pelo acastañado, y eso era todo. Escudriñaba por las calles del centro de la villa, por los mercados, por las tabernas, por los burdeles, por las riberas del Manzanares, habitual lugar de reunión de huérfanos y pordioseros; por las cercanías del alcázar donde muchos bichicomes se apostaban limosneando la caridad de damas y caballeros; por la plaza del Arrabal, donde se reunían mozos sin oficio ni beneficio; en las colas de comida de conventos y hospitales; por todo lugar donde su ingenio, que no era corto, le llevara; a más de un zagal de pelo marrón y harapiento agarró y zarandeó, preguntándole si sabía algo de la muerte del médico, inquiriendo a voces si era el que había ido a su casa requiriendo sus servicios en la noche del 25 al 26 de septiembre, pero, por más que esgrimía su vara de justicia o amenazaba con la cárcel real, solo halló caras de susto y de perplejidad.

Y por la noche, por si acaso el zagal que buscaba era un huérfano sin techo, como suponía, rondaba —acompañado de dos alguaciles y seis corchetes, pues era la noche madrileña fuente de peligros y no convenía adentrarse solo en determinados sitios— por debajo de los puentes, por portales y zaguanes, despertando a puntapiés a quienes allí dormían, protegidos del frío de la noche de otoño; en los atrios de iglesias y conventos, pues allí solían refugiarse menesterosos y desvalidos, y en casas de misericordia y hospitales de pobres. Hizo correr entre los niños de la calle la voz de que quien pudiera facilitar cualquier información sobre el mozo que buscaba sería recompensado con una buena bolsa, aunque, hasta la fecha, el ofrecimiento había caído en saco roto. Sabía que, en la ley de la pillería, el silencio era oro fino y la delación, ruina segura, y que

quien callaba vivía y que «quien vende a su par, pronto al verdugo va».

Y en lo que hacía al asesinato del dominico fray Antón de Tudela, no tenía ni el más pequeño hilo del que tirar. Nadie había visto entrar ni salir a nadie sospechoso de la capilla del Obispo en la noche de autos. Tomó declaración a los mozos del coro, entre ellos a los dos que habían sido los últimos en ver con vida al fray, a los capellanes y al organista, y ninguno sabía ni pío del asesinato. Había estado en Santo Domingo el Real, e interrogado uno por uno a los frailes del cenobio, y nadie había observado mudanza alguna en las rutinas del pobre monje asesinado que pudiera arrojar alguna pista sobre los autores de su muerte.

In albis. Así estaba. Absolutamente en blanco.

Tantos días y todo para nada.

Era como buscar una aguja en un pajar.

Para colmo, Mateo Vázquez le había entregado una copia de los cedulones que se habían hallado sobre los cadáveres y explicado que el rey había recibido una carta anónima en la que se auspiciaban los crímenes. Carta anónima en la que, Dios le valiera, se acusaba al buen rey de haber ordenado la muerte de su hijo el príncipe Carlos. Muerte con la que las ahora acontecidas podían estar vinculadas, de forma tal que no se descartaba que algún otro de los cortesanos y gentilhombres que intervinieron en aquel triste episodio pudiera ser la nueva víctima de quien fuera que estuviese detrás de los homicidios. Por lo que se le encargaba velar por su protección de forma discreta, a cuyo fin se le había hecho entrega de una relación con once nombres de personas —algún duque, algún marqués, muchos destacados caballeros servidores de palacio...— a las que debería salvaguardar.

Una auténtica locura.

Había conseguido que el corregidor —que se echaba a temblar cada vez que atisbaba a Villafañe— pusiera a su disposición a veinticinco alguaciles, la mitad de los cuales dedicó a la protección discreta de los caballeros de la lista, lo cual no impedía que cada mañana se levantara de la piltra con sudores fríos, temiendo que se le comunicara que cualquiera de ellos había aparecido apuñalado en mitad de la calle o flotando bocarriba en el Manzanares.

Y cada día, cuando acudía a la Casa de la Villa, donde radicaba la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, a Villafañe se le ponían los pelos de punta al barruntar que allí pudiera hallarse con un rescripto de su majestad el rey decretando su cese o, Dios no lo quisiera, con dos alguaciles dispuestos a prenderlo por orden real, a la vista de su incompetencia rayana en la complicidad.

Se dijo que o tenía un golpe de suerte o le iba en su fracaso el cargo y el futuro, y a ver de qué vivían a partir de entonces su mujer y sus tres hijos.

Y aunque no confiaba mucho en la suerte, pues era de los que pensaba que la fortuna a los necios ama y a los sabios desama, y él, si algo no se consideraba, era un necio, rogó al cielo por que, por una vez, la diosa Fortuna posara sobre él sus ojos y lo cubriera con su azaroso manto.

Así estaban las cosas cuando fue convocado a su primera audiencia con el rey Felipe, recién regresado este de El Escorial.

***

Cristóbal Villafañe estaba apabullado. No era por la grandiosidad del alcázar, algunas de cuyas salas principales ya conocía; ni por la atmósfera de poder que se respiraba en la cámara del rey, atestada de papeles en muchos de los cuales se contenía el destino del

mundo; ni por la tensión del momento, adobada por el recuerdo reciente de la sangre y de cadáveres acuchillados. Era por la presencia imponente de Felipe, que todo parecía llenarlo; por su estampa majestuosa, revestido de negros terciopelos; por la intensidad de su mirada, ante la que entraban ganas de protegerse la piel, temiendo que pudiera quemarse bajo su escrutinio.

Felipe, que acababa de volver a Madrid desde el monasterio de San Lorenzo, lo miró un instante antes de hablar, con rigor, pero sin aspereza ni reproche, y señaló con un leve gesto el escabel que había delante de la mesa. Tomaron ambos asiento. Aún no se habían dicho ni una palabra. Las primeras las pronunció el alcalde, que dio el pésame al rey por la reciente y dolorosa pérdida de su hijo el príncipe Fernando.

—Decidme —dijo el rey, tras agradecer la condolencia— en qué estado se halla la causa, y no me ocultéis lo que aún no tiene respuesta, porque es eso, más que lo averiguado, si es que algo hay que se haya averiguado, lo que importa en este momento.

Villafañe se aclaró la voz, apretó los dientes para espantar los nervios y enseguida respondió, aunque sin precipitación; se veía que, antes de entrar, y a pesar de ese apabullamiento provocado por el lugar donde se hallaba y ante quién, había ordenado adecuadamente sus pensamientos y configurado mentalmente su exposición.

—Majestad, los dos crímenes están evidentemente relacionados y han sido cometidos por la misma mano. La forma de su perpetración ha sido la misma: una puñalada certera y mortal en los medios del corazón; y en ambos casos, el autor o autores del crimen buscaban solo eso, la muerte de su víctima, y no sus pertenencias o su dinero. En el caso del médico, se halló su bolsa intacta; y en el caso del fraile, en la capilla del Obispo había caudales y enseres valiosos que

ni siquiera tocaron. Y los cedulones con el símbolo extraño que se hallaron sobre ambos cuerpos... En fin, señor, que no hay dudas de que ambos crímenes tenían un propósito muy concreto, que no era tanto segar las vidas de esos pobres infelices como mandar un mensaje a vuestra majestad. Un mensaje de lo más siniestro, señor, si se me permite decirlo.

—Ambas víctimas, tanto el médico Velasco como el dominico Tudela, sirvieron a mi hijo, su alteza real el príncipe Carlos, en sus últimos momentos. Desde que fue... desde que fue arrestado.

—Se me ha puesto en antecedentes de tal circunstancia, señor. Como también de que habéis recibido una carta anónima.

Felipe sacó de su cajón secreto la epístola recibida de manos del arzobispo Quiroga y la empujó sobre la mesa hasta ponerla al alcance de Villafañe.

—Esta carta llegó hace días, sin firma ni indicación de origen. No quise entonces que nadie estuviera al tanto, para no dar lugar al escándalo, pero ahora no tengo más remedio que asumir que debéis conocerla para que nada se os oculte.

Villafañe la tomó y la leyó con detenimiento, sin apresurarse, como si en esas letras pudiera descubrir la identidad del asesino al que buscaba. Al terminar, permaneció un instante en silencio.

—¿Quién sabía que tanto el médico Velasco como fray Antón —preguntó al cabo— habían servido a vuestro augusto hijo? Porque quienquiera que sea el que les ha dado muerte conocía su servicio al príncipe.

Felipe no pudo contener un gesto de frustración.

—Decenas, cientos de personas, miles tal vez, yo qué sé —respondió con hastío—. Yo mismo me hice esa pregunta en cuanto conocí de los crímenes, y no he sido capaz aún de saber cuántos criados servían en el alcázar cuando mi hijo murió. Hay quien me

dice que mil doscientos; hay quien eleva esa cifra casi hasta el doble. Mayordomos, aposentadores, gentilhombres, ujieres, capellanes, confesores, frailes adscritos, cientos de cocineras y pinches en las cocinas reales, otros cientos de lacayos y mozos en las caballerizas, jardineros, oficiales de las secretarías... ¿Quiere vuestra merced que continúe? No, esa línea de investigación es inabordable y nos llevaría a un callejón sin salida.

—Tal vez, majestad —insinuó el juez, sabiendo que se adentraba en tierra resbaladiza— no haya que reparar en los oficios menores, pues ¿qué fuerza puede tener una lavandera o un palafrenero para organizar tan intrincada trama? ¿Y qué interés en poner en jaque a vuestra majestad? No, señor. Yo me refería, y discúlpeme vuestra majestad, a personas de más alta alcurnia, a los nobles que le rodean, a sus gentilhombres de cámara...

Felipe contempló con más interés ahora a Villafañe. Antes lo había observado escrutándolo, como preguntándose si ese individuo de anodina apariencia estaba a la altura de la misión encomendada. Ahora lo examinó con más detenimiento, como diciéndose que la vista yerra donde el juicio no se detiene.

—¿Me está diciendo vuestra merced —preguntó el rey, y lo hizo no tanto para discutir su aserto como para probar a Villafañe, pues era consciente de que él compartía la misma sospecha— que son mis propios nobles quienes pueden estar detrás de la conspiración?

—Majestad —respondió el alcalde de Casa y Corte, sintiendo que un ejército de arañuelos correteaba por sus entrañas, pero diciéndose también que, si quería ganarse el respeto del rey, no era cuestión de recular y deshacer el camino recorrido—, no me atrevería a afirmar tanto sin prueba que lo sostenga, pero sí debo decir que quien obra con tal conocimiento de personas y circunstancias no parece ajeno a este mundo, ni se mueve en él

como extraño. No es cuestión de señalar nombres, sino de no descartar aquello que, por cercano, suele tenerse por improbable.

—¿Creéis, así pues —insistió el rey, extremadamente serio, sin apartar la vista de él, ahondando la probatura—, que debemos mirar hacia dentro de la corte? ¿Qué debo investigar a cada uno de mis nobles? ¿A mi mayordomo mayor, a mi sumiller de corps, a mi caballerizo mayor, a mis gentilhombres de cámara...? ¿Eso creéis?

—Majestad —repuso Villafañe, intentando contener los temblores de la voz y diciéndose que ya no tenía sentido desdecirse y, convencido de que Felipe lo iba a mandar detener en ese mismo instante, que más le valía mostrar algo de dignidad en la catástrofe —, debemos mirar hacia donde los hechos nos llevan, sin excluir nada por respeto ni incluirlo por sospecha. Solo os digo lo que mi experiencia como justicia mayor me dicta.

Se hizo en la cámara un silencio de liturgia. Lo quebró Felipe al fin, asintiendo, y relajando la tensión de sus facciones.

—Lleváis razón, señor Villafañe —reconoció—. Sois hombre cabal y no ha errado mi secretario Vázquez al elegiros para esta encomienda. De hecho, mi hermano don Juan de Austria, antes de morir, recibió una carta con el mismo símbolo. Y ningún talabartero de palacio puede hacer que una carta como esa aparezca en Namur. Sí, lo que decís es razonable, y yo ya lo había tenido en cuenta. Pero no puedo permitir que la sospecha invada palacio y que el servicio del reino se vea afectado. Pero no caerá en saco roto vuestra sugerencia. Seré yo mismo quien, sin dar motivo a inquietud ni levantar sospechas, observe y mida la conducta de aquellos que me son más próximos, porque nadie los conoce mejor que yo, ni a nadie corresponde con más propiedad distinguir entre la lealtad que se mantiene y la que solo se aparenta.

Villafañe suspiró ruidosamente, con alivio. Iba a seguir libre y en su cargo, por lo que se veía. Esbozó una ligera y breve sonrisa de disculpa.

—¿Qué queréis de mí, pues, majestad?

—Que hagáis vuestro oficio, Villafañe, y que lo hagáis sin apartaros de lo que ya venís haciendo. Seguid el rastro de los hechos allí donde os lleve, atended a las personas, a los lugares y a los tiempos, y no deis por cierto nada que no podáis sostener. No necesito conjeturas, sino indicios que resistan ser mirados con lupa. —Se inclinó ligeramente hacia la mesa, apoyando la mano sobre los papeles que tenía delante—. Deteneos en la vida reciente de los muertos, en lo que hicieron en los días previos, en quiénes los vieron y quiénes pudieron acercarse a ellos sin levantar sospecha. Tal vez así daréis con la persona que se encuentra en la intersección de ambos caminos. —Guardó un breve silencio antes de añadir, con un matiz más firme—: Y, sobre todo, no permitáis que la causa se diluya en diligencias que no conduzcan a nada. Proceded con orden pero sin demora. Lo que se tarde en esclarecer esto puede dar lugar a que se repita.

Villafañe inclinó la cabeza.

—Así se hará, majestad.

El rey asintió levemente, dando por concluida la audiencia.

—Dadme cuenta de lo que vayáis hallando, de todo aquello que sea relevante para el curso de la investigación. Y si en algún punto entendéis que se requiere decisión que no os corresponde, venid a mí sin esperar a que os sea pedido.

—Sí, majestad, por supuesto. —Y como vio que el rey se proponía despedirlo, añadió—: ¿Puedo haceros una última pregunta, señor?

—Decid.

—El símbolo que aparece en la carta y en los cedulones, ¿habéis conseguido saber qué significa?

El rey dudó, pero solo el tiempo de dos granos de arena.

—Sí, es el símbolo de Saturno.

—¿Saturno? Pero...

—El dios Cronos de los griegos, el Devorador, el que mataba a sus propios hijos.

—Dios mío —no pudo evitar la exclamación Villafañe antes de levantarse y, tras una reverencia, abandonar la cámara de su majestad.

24

La ambición de Luisillo

Madrid, 31 de octubre de 1578

Luisillo era la gracia del mozuelo que Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, tan codiciosamente buscaba.

Luisillo, sin más, pues ni él mismo sabía sus apellidos, ya que nunca los había tenido y jamás nadie se había molestado en dárselos.

La explicación de que Villafañe no hubiera dado con él a pesar de su industriosa búsqueda radicaba en dos razones.

Por un lado, en que la viuda del médico aguaitado y los oficiales de la ronda de noche habían acertado en lo harapiento de su indumentaria, en lo mugriento de su cara y manos y en su edad —el mancebo tenía catorce años más o menos, según él mismo calculaba, aunque no sabía la fecha exacta de su nacimiento—, pero habían errado cuando habían descrito su cabello como castaño; Luisillo supuso, cuando, para su sorpresa, oyó que los justicias buscaban a un muchacho con el pelo marrón, que la mujer del galeno lo había visto a la luz de la lámpara, y de ahí su error, pues la verdad es que su pelo, por debajo de la suciedad, era de color rubio.

Y, por otro lado, sucedía que el zagal Luisillo, antes de que pudieran identificarlo, había tenido conocimiento de que el alcalde y los alguaciles lo buscaban y se había dado toda la maña que tenía,

que tampoco era poca, para escabullirse de sus garras y sus pesquisas. Aunque se temía que la astucia no le iba a dar para mucho más y que, más temprano que tarde, ese dichoso alcalde que tanta tenacidad mostraba iba a dar con él, y a saber qué le depararía el encuentro, si la mazmorra, el tormento o, lo que era peor, volver a la Inclusa y a la rijosidad del páter Prudenciano, que de prudente tenía lo que Luisillo de bachiller.

Luisillo había nacido, según después le refirieron, más o menos en 1564. Era su madre una buscona de mala muerte que lo había dejado expuesto en la puerta del Hospital de la Pasión, en la calle de la Virgen de Atocha, a los pocos días del parto. En el hospitalito, que era gestionado por la cofradía de la Sagrada Pasión, fue registrado y bautizado con el nombre de Luis, porque había sido abandonado un 19 de agosto, festividad de San Luis Obispo, y era costumbre darle al desafortunado niño el nombre del santo del día. Después se agradeció de no haber nacido, por ejemplo, un 13 de abril y haber sido llamado Merejildo, pues a saber si le habría ido peor en el mundo, lo que ya era difícil. Nadie cayó en darle también apellidos, y desde entonces fue llamado Luisillo y Luisillo se le quedó hasta el día de la fecha. Acaso porque, al nacer, era una criatura esmirriada por cuya vida nadie daba dos chavos, por lo que fue bautizado aprisa y corriendo para asegurarle la salvación. Pero la leche de una nodriza de Las Rozas, que tenía unas tetas como odres y cuya crema era de más sustancia que un caldo de carne, lo salvó de la muerte temprana y, para sorpresa de cofrades y galenos, el chiquillo salió adelante y se convirtió en un niño sano y alegre. Y de singular listeza, aunque en el hospital nadie se preocupó de enseñarle ninguna de las cuatro reglas, apenas los rudimentos de la lectura para que pudiera recitar las preces. Pero era un chaval despierto y

vivaz que, de haber tenido otra suerte en la vida, podría haber alcanzado metas más descollantes que la existencia callejera.

En 1572 se instituyó en Madrid la Casa de Expósitos de San José, en la puerta del Sol, entre las calles de Preciados y del Carmen, gestionada por la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y las Angustias. Institución a la que el vulgo enseguida conoció como la Inclusa. Se le dio tal denominación porque un soldado trajo de Flandes una imagen de la Virgen de Enkhuizen, una ciudad holandesa de tan impronunciable nombre que los madrileños lo castellanizaron de prisa y corriendo como Inclusa antes de que la lengua se les trabara y pudieran morir ahogados. Y a esa nueva casa de expósitos, cuando estaba a punto de cumplir los ocho años, fue llevado Luisillo.

En la Inclusa, la vida no era mala, sino peor. Y no por la comida —Luisillo, muchos días, echaba de menos los pucheros de legumbres, el pan negro y el tocino o los despojos de carne que servían en el comedor de la institución—, ni porque se le obligara a aprenderse de memoria catecismos y oraciones, ni porque se le forzara a cantar en los entierros a cambio de una bolsa de maravedíes que inexcusablemente se embolsaban los cofrades, sino porque los expósitos dormían en una sala común en la que los piojos y las liendres campaban a sus anchas, eran sometidos a azotes y tundas por la más mínima falta de respeto o disciplina y, sobre todo, porque entre los curas que venían a impartir la doctrina o el catecismo a los niños había algunos a los que la carne joven de los expósitos les gustaba más que una capellanía.

En el caso particular de Luisillo, fue el páter Prudenciano, cura beneficiado de la iglesia de San Ginés de Arlés que también servía al aledaño hospital del Buen Suceso, quien se encaprichó del zagal. Y, después de muchos arrumacos no correspondidos, una tarde de

verano, cuando Luisillo se hallaba amodorrado en el patio de la Inclusa, el páter rijoso pretendió llevarlo bajo un olivo y hacer con el niño cosas que ni la Iglesia ni el rey ni la naturaleza permitían. Mas se topó con que el mancebo era bravo y nada tenía de dócil y, en cuanto intentó meterle mano, se encontró el cura con una patada en la horcajadura propinada con tanta puntería que lo tuvo meando sangre más de una semana.

Luisillo, consciente de que le esperaban meses de somantas y de dieta a base de pan duro y agua por la agresión al clérigo, decidió huir de la Inclusa esa tarde de verano de 1573 y, desde entonces, más de cinco años ya, vivía en la calle, de lo que podía y le permitían: de limosnear, de hurtar y rapiñar, de ayudar a los arrieros que llegaban a la villa descargando sus sacos y talegos, de cargar mercancías de una tienda a otra o de limpiar patios y corrales cuando los dueños de los mesones no quedaban espantados de su mugre, pues apenas si podía lavarse en las fuentes públicas, menester prohibido a los indigentes por las pragmáticas del rey y los justicias de la corte.

Y también hacía recados cuando se terciaba.

Uno de ellos fue el que le encargaron dos sujetos a los que nunca había visto y que le demandaron que, a la medianoche del día 25 de septiembre, se personase en la casa del médico Francisco Velasco y lo convenciera de la necesidad de atender a un paciente en la calle del Factor. Debiendo salir por piernas en cuanto se adentraran diez pasos en esa calle. Y a cambio de ese mandado, le pagarían un real de a ocho, esto es, casi medio escudo de oro. Una fortuna para el rapaz.

—¿Puedo saber para qué desean vuestras mercedes que haga tal cosa? —inquirió el muchacho, suspicaz ante tanta generosidad por tan menudo encargo.

—¿Y a ti qué diablos te importa, mocoso? Si tú no quieres hacerlo —dijo uno de los dos individuos, el único que abrió la boca ese día; ambos vestían de negro, con capa y sombreros de fieltro de ala ancha, y destilaban peligro a leguas—, diez arrapiezos como tú habrá que se peleen a navajazos por un real de a ocho, y sin preguntas, mentecato.

Comoquiera que, en efecto, un real de a ocho no se ganaba todos los días —era una fortuna, bastante para llenar la despensa de una familia durante una semana entera, pues daría para diez o doce hogazas de pan, veinte cuartillos de vino, más de diez libras de carne de vaca o carnero, un par de saquillos de legumbres, otro de carbón y aceite suficiente para el fogón y las velas—, Luisillo abandonó los remilgos y dijo que sí al pedido, y lo que pasó después ya lo saben vuestras mercedes: el crimen irresoluto del desdichado médico Francisco Velasco y Ulloa, a quien Dios tuviera en su gloria. Porque en el del dominico Antón de Tudela nada tuvo el rapaz que ver, aunque, en cuanto supo de él, se le avivaron las sospechas de que los mismos matones pudieran estar relacionados con el homicidio del fray. Sospechas en las que, por su propio bien, no quiso abundar en absoluto.

Pese al mandato recibido —correr por piernas y alejarse de allí en cuanto se adentrara en la calle del Factor—, Luisillo era de natural curioso, por lo que, una vez que se desarrimó de aquella calle, volvió a arrimarse al poco, y se asomó a la esquina con el tiempo justo para ver cómo los dos sujetos, con la mala sombra encima y caras de no haber salido de buen trato, apiolaban sin piedad al físico. Cuando los dos bravoneles se hubieron ido, se acercó al hombre yerto en el suelo, acaso porque el remordimiento lo obligó a comprobar si aún podía hacer algo por el herido, pero resultó que ya era cadáver. Leyó, con pavor y con harta dificultad, pues apenas

sabía leer, el cedulón que habían prendido a su jubón: «Que lo sepa el rey, que aquí yace su cómplice».

Esa frase, además de ponerle los vellos de punta —tanto que ni seso tuvo para registrar el cuerpo y cepillarle la bolsa—, hizo que se apercibiera de que se había metido en un lance mucho más peligroso del que había supuesto. Había dado por hecho que la intención de los dos facinerosos era afanar al médico, apalizarlo acaso si mediaban rencillas, y no darle de manera tan expedita un salvoconducto al infierno. Así que, comoquiera que además de curioso era arriscado —tantos años de calle endurecían hasta la más endeble bragadura—, decidió que más le convenía saber cuanto pudiera de aquellos dos bravos que, tras haber victimado al pobre galeno, se marcharon de la escena, caminando con paso lento y como si no temieran a nada y nada hubiera pasado, por la calle del Arenal, paralela a la calle Mayor y en la que la del Factor desembocaba por su otra esquina.

Y decidió seguirlos, de lejos y extremando las cautelas, y verificando, por sus andares y por la sensación de impunidad que trasmitían, que eran gente riesgosa, de las que no se acollonaban ni ante Lucifer, sin miedo siquiera a toparse con la ronda de noche, y que había en ellos, y sobre todo en quien no había abierto la boca cuando le hicieron el mandado, algo que apartaba a los demás sin necesidad de gesto ni palabra: eran hombres de mala catadura, de esos cuya sola presencia advertía de peligro, con el rostro endurecido por la calle y los ojos hechos a mirar sin misericordia, como si llevaran el mal aprendido y no tuvieran ya remedio. Y el que no hablaba tenía la cara cruzada por antiguas cicatrices que imponían más que un arcabuz. Los siguió hasta ver que, pasado el Arenal, tomaban el camino de las posadas que miraban a los prados y se perdían entre las puertas de El León de Oro, hostería

frecuentada por arrieros y gente de paso que entraba o salía de Madrid por ese sector.

Luego vino la persecución del alcalde de Casa y Corte, de la que tuvo noticias por un camarada de la calle que lo puso sobre aviso.

—Eh, tú, Luisillo —lo llamó cuando este se encontraba bebiendo de la fuente de Puerta Cerrada e intentando a hurtadillas deshollinarse la cara y el cuello—, ¿sabes que ronda por ahí, preguntando por alguien a quien describe como muy parecido a ti, un justicia de escritorio?

—¿De qué me hablas, Gabrielillo? ¿Un alguacil me busca?

—Un alguacil, no. Uno de esos de la vara, de los que aprietan al chico y saludan al grande.

—Voto a bríos que no te entiendo. ¿Por qué no me hablas en cristiano, pardiez?

—Un alcalde de Casa y Corte, voto a tal. Ese es el que busca a alguien que juraría que podrías ser tú: catorce o quince años, sucio como un cochino, presto a los chanchullos... en fin.

—Esa descripción también podría ser la tuya, Gabrielillo, rufián.

—Pero como sé que no soy yo, se me da en las narices que podrías ser tú.

—¿Y dices que es un alcalde de Casa y Corte el que pesquisa?

—Eso mismo. Uno de esos que son más amigos del sello que de la verdad. Y un gran servidor del rey, según el viento.

Luisillo se acalambró hasta el punto de quedar aplanado y sin palabras. Negó a Gabrielillo que tuviera nada que ver con ese justicia ni que fuera él el perseguido y se fue de la fuente en cuanto pudo. Aunque cavilando. ¿Un alcalde de Casa y Corte lo buscaba? ¿Tan importante era el médico Velasco como para que un justicia de ese lustre se encargase de la sumaria? ¿Qué era lo que se estaba perdiendo?

Se dijo que allí había gato encerrado, que el lance que le habían propuesto era algo más que un simple dar el santolio a un prójimo, pues crimen como este había a diario al menos uno en Madrid y no por ello se involucraba en el trato a un perro con vara. Y que más le valía hacerse de sombra si no quería salir cualquier día de estos en la jácara de sucesos o danzar el baile de los colgados.

Luego, en cuanto le insistió, le dio un puñado de chavos al Gabrielillo para que se tuviera la boca quieta, aunque sabía que de ahí a nada volvería pidiendo más, y ese real de a ocho, del que ya llevaba gastados sus buenos maravedíes, no le iba a durar para siempre.

Así que era hora de trazar el futuro.

Lo primero que decidió fue que tenía que echar el cerrojo y burlar a la gura. Lo segundo, que el haber hecho la posta en el trago merecía más que un real de a ocho.

Al cabo, resolvió que lo segundo era de más ganancia que lo primero.

Sin pensárselo, se plantó en El León de Oro, preguntó por los dos bravoneles, mas resultó que estos ya no se hallaban allí: o se habían mudado de garo o hecho camino. Y a saber Dios qué nuevas industrias estarían intrigando.

Luisillo, a cada día que pasaba, más cercado se sentía por el alcalde Villafañe —él no sabía el nombre del justicia en cuestión y se refería a él como el «pariente del rayo» o «el avispado», que era como los pícaros llamaban a los ministriles—, que ya se hacía acompañar por alguaciles y corchetes en sus pesquisas y que poco tardaría en dar con él: el tiempo que Gabrielillo u otro de su ralea lo identificara a cambio de una propina. Y decidió que era momento de proveerse para poder salir de Madrid y buscar refugio en Toledo, en Segovia o en cualquier otra villa donde nada se supiera de la finida

del médico Velasco ni de ese «mozuelo harapiento, lleno de mugre y acastañado» por el que el alcalde a todas horas preguntaba. Y que la mejor manera de proveerse era hacer el mazo con los dos rufianes, a los que tanto les daría pagar unos buenos escudos por su silencio y para que se quitara de en medio, tomando las de Villadiego. Era consciente del riesgo que corría, pues no se le escapaba que poco recato iban a tener los sicarios con él habiendo ya dado muerte a un médico y quién sabía si a un fray también, pero ¿qué otra solución le quedaba? ¿Pasar lo que le quedara de vida en la cárcel de la villa o bailar en el patíbulo? Quia. Más le valía palmarla en el intento de una nueva vida.

Pero ¿cómo dar con los dos jaques, a los que parecía que se los había tragado la tierra?

Desesperado, temiendo a cada instante oír la voz de «¡Alto a la justicia del rey!» y verse engrilletado, llegó al último día del mes de octubre del año del Señor de 1578. Andaba, más escondido que a la vista, en ese momento por la calle de las Peñuelas, buscando el diario sustento. Era una calle que se extendía por uno de los arrabales del sur de la villa, donde Madrid comenzaba a perder su traza ordenada y las calles se torcían sin concierto, más abiertas al azar y la necesidad que al diseño. El terreno era desigual, con pequeños desniveles que en tiempo de lluvias se convertían en barro espeso y, en seco, en polvo que se levantaba al paso de hombres y bestias. A uno y otro lado se alineaban casas bajas, de pobre fábrica, algunas apenas se tenían en pie, con corrales abiertos y cercas de madera que dejaban ver más de lo que ocultaban. No era lugar de tránsito de gente de alcurnia ni de vigilancia constante, sino de vida humilde y desatendida, donde los oficios eran duros y las presencias cambiantes, y donde nadie preguntaba demasiado por quien llegaba ni por quien se marchaba, como si cada cual

entendiera que en aquel extremo de la villa convenía saber poco para poder seguir viviendo. Fue allí donde, al llegar a la altura de una posada que tenía el rimbombante nombre de El Gamo del Rey, por poco se da de bruces con los dos bravoneles. Se le antojó que tan casual encuentro era un signo de la Providencia y, sin pensárselo, se arremangó los zaragüelles y se dijo que o rico o muerto. Y se plantó ante ellos sin pensárselo.

Era casi mediodía de una jornada que amenazaba lluvia, con un cielo enorme y hostil.

—A buenas horas que se levantan vuestras mercedes —les espetó, desafiante. Los dos bravos tenían los ojos legañosos, señal de que no se habían acostado temprano ni sobrios y de que no se habían ni siquiera enjuagado la cara tras despertarse.

—¿Qué quieres, mocoso?

—Hablar con vuestras mercedes. El negocio es serio, así que vuestras mercedes sabrán si me dan junta y hacemos rancho.

Se dirigía a quien le había hecho la pregunta, aunque miraba de reojo al otro bravo, al que no había abierto la boca hasta entonces. Al que él, para sus adentros, llamaba el Mudo. Tenía toda la pinta de un gato de Juan Tejada y con mucha mano de hierro. Se dijo Luisillo que no era ni un cortabolsas, ni un murcio ni un maleador. Era alguien de la vida airada, que ponía las manos en la masa; un sujeto que no hablaba, sino que se iba directamente a la violencia. Un tipo de mal pelaje. Y con unas cicatrices en la cara que ponían el vello de punta. Especuló que tendría que tener mucho cuidado con él. Observó cómo el primer valentón miraba a su colega, que hizo un gesto de asentimiento con la barbilla.

—Vamos a desayunar a aquel figón —dijo el primero, señalando una taberna que se hallaba unos pasos más allá, con su fachada

pintada de color rojo tinto, como casi todas las de Madrid—. Ven con nosotros y nos cuentas.

—Pues hagan vuestras mercedes por que me dejen entrar —replicó el mozuelo—, porque de ahí ya me han echado en más de una ocasión.

—Si vienes con nosotros, no hay pleito. Vamos.

Entraron en el caramanchel y, en efecto, el dueño nada dijo al ver al mozo aparecer escoltado por los dos matasietes. Tomaron asiento en un banco ante una mesa de madera tosca, en un rincón al que malamente llegaba el resplandor de las lámparas de aceite, y pidieron una jarra de vino caliente y especiado con tres vasos y dos tazones de potaje. Para el zagal habría vino, y poco, pero no sostén.

—Pues tú dirás, murciélago —dijo el primero de los jaques, el que solía poner la voz al silencio del otro, mientras aguardaban la comanda. Por «murciélago» se conocía en el habla de la calle a los zagales que robaban de noche o que se especializaban en entrar por lugares estrechos gracias a su agilidad juvenil.

—Yo no soy un murciélago, maese... maese... —Pero comoquiera que los sicarios no abrieron la boca para decir sus nombres, como era de esperar, prosiguió Luisillo—: En fin... Lo que venía a decir a vuestras mercedes es que me busca la justicia, señores. Y a fe mía que igual no llego a mañana o a pasado sin que me den la garfiada y me lleven al corral. Y a ver cuánto aguanto entonces en el banasto sin abrir la boca.

—¿Quién te busca? —preguntó el jaque lenguaraz. Comoquiera que no se relacionaban con nadie, salvando hetairas y meseros, no estaban al tanto de pesquisa alguna ni de los rumores que corrían por la pillería madrileña—. ¿Y cómo saben de ti?

—Me busca un perro con vara, un alcalde de Casa y Corte. —Y aguardó la reacción de los dos facinerosos, pero, al no haberla,

supuso que ya sabían que el crimen era de los de subir a la horca y un negocio de *funibus*, porque involucraba al Alto (que era como se referían en esos ambientes a su majestad el rey), y continuó—: Así que he de guillarme y ahuyentar el bulto, para lo cual necesito, como vuestras mercedes comprenderán, algo más que un real de a ocho.

Y dejó ahí su pedido, momento en que el mesero llegó trayendo el vino y los potajes. Sirvió el jaque «mudo» el caldo, llenando hasta el borde los vasos de los mayores y mediado el del mozuelo, y después, como si no fuera con él la cosa, se afanó con su tazón de alubias. Mientras se llevaba a la boca la cuchara de madera con su contenido humeante, levantó los ojos, los clavó en el otro jaque y tuvo que haber entrambos un entendimiento silencioso, pues el primero asintió y se bebió de un trago su vaso de morapio.

—Está bien, chaval —dijo—. ¿Cuánto te parece bastante para ahuecar el ala?

—Pues... no sé... —dudó Luisillo, sorprendido de que todo fuera a resultar tan fácil—. ¿Diez escudos de oro les parecen bien a vuestras mercedes? Con eso podría llegar hasta Aragón, que hay fuero, o más lejos tal vez. Hasta Italia, ¿por qué no?

—Pues sí que se empina el mozo —aseveró el que hablaba, sonriendo a su compinche y dejando al descubierto la melladura—. Hemos dado con un codicioso de blancas, José.

Y se arrepintió al punto, en cuanto observó el brillo de cólera en los ojos de su camarada, de haber pronunciado su nombre, así que se decidió por poner punto final al entremés.

—¡Está bien, voto a tal! —convino—. Diez escudos de oro.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡No se arrepentirán vuestras mercedes! —aplaudió el mozo, que apuró su vasito de vino con una mueca, pues era más malo que el aguapié—. ¡Y les juro por mis muertos que

jamás volverán a tener noticias mías! —Y abrió ambas manos, hacia arriba las palmas, como esperando una lluvia de oro o que se abriera el cuerno de la abundancia—. Así que cuando vuestras mercedes quieran... Esta misma tarde me planto en el Camino Real y seguro que encuentro a un arriero que, por unos pocos chavos, me lleve hasta Valencia. Y de ahí a Italia. ¡Y me hago humo!

—Ven mañana a este figón, a eso de las completas, y tendremos tu bolsa con tus diez escudos.

—¿Hasta mañana...? Pero... pero... ¿no podrían vuestras mercedes aviarme ahora? ¡He de zullarme cuanto antes!

—Mañana, pardiez, que nada malo va a pasar por aguardar unas horas y hemos de buscar las amarillas. Ahora, además, tenemos otras cosas que hacer, voto a tal, y otra cuestión que resolver.

—Bueno, pues... ¿Y no tendrían vuestras mercedes al menos un escudo que darme ahora, para poder ir apañando el viaje?

Se miraron ambos bravos, y el Mudo asintió, mientras seguía con su potaje. El otro echó mano a su faltriquera, sacó de ella un puñado de blancas y algunos maravedíes.

—Apáñate con esto hasta mañana —dijo el jaque, con sonrisa esquinera, que destilaba más peligro que una gura en día de paga—. Y ahora alza el vuelo, moscardón. Vamos, ¡ahuyenta, antes de que nos arrepintamos!

***

Salió Luisillo de la taberna, contando las monedas que el jaque le había dado. En total, no sumaban ni medio real. Se las guardó en sus zaragüelles y comenzó a alejarse del figón, relamiéndose en los diez escudos que lo esperaban en las completas de mañana. Pero, a medida que andaba, más se convencía de que la cosa no podía ser

tan fácil, que allí había mar de través y que el negocio que había rubricado bien podía ser un trato de polilla. Y cuando recordó esa sonrisa esquinada del matasiete, peligrosa como un rufo sin galla, decidió que debía andar con recia y tener lince, pues jugársela con esos dos rufianes no era cosa baladí.

Así que, despalmado como era, decidió que era menester asegurarse de que no le daban gato por liebre. Porque, si ya habían apiolado a un médico de la calle Mayor, ¿qué cuidado iban a tener esos dos en aguaitar también a un golfín o, como el que hablaba había dicho, a un murciélago de la calle, y así ahorrarse diez escudos y los disgustos? ¡Ninguno, cuerpo de Cristo!

Así que desanduvo lo andado, se apostó en un quicio que lo protegía de miradas curiosas y allí se estuvo a la espera de que los dos bravoneles abandonaran la taberna. Para ver si, teniendo el ojo en el parche, podía adivinar sus intenciones.

Salieron del garito bien pasada la hora sexta y, en cuanto se plantaron en el dintel del caramanchel, comenzó a llover. Se ajustaron las capillas y echaron a andar hacia el centro de Madrid.

Y tras ellos se fue Luisillo, decidido a saber si aquellos dos estaban dispuestos a aviarle el trato o si, muy al contrario, se proponían tenderle una emboscada como al médico y darle la de Juanes. Que, se dijo, y con mayor convicción cuanto más lo pensaba, era, voto a bríos, lo más probable.

25

El guardia Matías Ocaña

Madrid, 1 de noviembre de 1578

Matías Ocaña, el guardia clavero del alcázar, se escapó del edificio adyacente al castillo donde la guardia vivía y dormía, y en el que, por orden del alcaide, había sido apresado, y abandonó el recinto sin que nadie lo impidiera por la puerta principal, en la fachada sur del inmueble. Vestía el coleto de cuero, el jubón y los greguescos reglamentarios, bajo una capa negra, pero iba desarmado, preso como había estado, y sin morrión, ni gola, ni banda ni lechuguilla. Lo que le venía bien, pues era su intención lógicamente, prófugo como era, pasar lo más desapercibido posible.

En la cara lucía varios verdugones que, por lo recientes, tenían aún un color parduzco, sanguinolento; creía tener quebradas un par de costillas y le dolía el brazo izquierdo que era un horror. Y los dedos de las manos ni se los sentía. Andaba con dificultad, por las patadas en las espinillas que el alcaide Francisco de Vargas llevaba regularmente propinándole desde hacía un par de semanas. Y menos mal que había conseguido escapar del castillo, aunque no tenía ni idea sobre qué hacer con su vida a partir de ahora.

Todo, por haber dejado entrar a aquel par de bravoneles en la torre vieja del alcázar a mediados de agosto. Para hacer a saber Dios qué, pues nunca se creyó su excusa de que querían visitar el

lugar donde el emperador tuvo preso al rey de Francia Francisco I, o al «alto de los gabachos», como aquellos dos lo habían llamado. Como si tales dos jaquetones pudiesen tener interés en el romance del país vecino o en las pasadas hazañas del emperador Carlos, a quien Dios tuviera a su diestra. Pero, entonces, le había parecido que era negocio inofensivo el brindarles acceso a la torre vieja, donde ningún mal podrían hacer, pues el sitio llevaba lustros abandonado y cerrado a cal y canto, desde la muerte del pobre príncipe Carlos; y provechoso, además, pues nada mal le vino el puñado de reales de plata con que los dos rufianes lo recompensaron.

Conseguir que esos dos truhanes tuvieran acceso a dependencias que, como esa torre, no se usaban jamás no era empresa compleja, máxime si entraban acompañados de un guardia, y por el clavero para más señas, y si el acceso tenía lugar en el mes de agosto, cuando el rey, la familia real, los mandos de las guardias y casi toda la corte estaban en el palacio real de Aranjuez, adonde su majestad solía retirarse para combatir las calores estivales, disfrutar de la caza en aquel valle fértil a orillas del río Tajo y tomar el fresco en los jardines trazados y mantenidos por maestros flamencos.

De aquellos dos hombres, solo conocía a uno antes de que ambos lo metieran en el aprieto en el que se hallaba. Era un tal Alonso de Iturbe, de treinta y pocos años de edad, burgalés, de piel atezada y barba cerrada como noche de invierno, afincado en Madrid, aunque sin casa, sin oficio ni beneficio desde que, según se rumoreaba, fuera expulsado deshonrosamente del tercio viejo de Cerdeña por hurgar en la bolsa de sus compañeros y arramplar con sus contenidos, razón por la cual fue licenciado sin honor y sin paga y sometido al escarnio del paso de picas, castigo ignominioso durante el cual era golpeado por los soldados del tercio al abandonar el

campamento. Desde entonces vivía en la villa y corte, en posadas de mala muerte, dedicándose a lo que mejor sabía: practicar la garfiada, cortar bolsas, hacer el desmoche, usar el gancho o, cuando el hambre apretaba, dar de la de Juanes por encargo, aunque estas agarradas solían acabar con algunos huesos rotos de la víctima y no con esta difunta en *Finibus Terrae*. Lo había conocido a través de su hermano pequeño, Bartolomé Ocaña de nombre, avispón de cuidado que mató a disgustos a la madre de ambos, dado a las malas compañías y casi siempre zullado de tinto, y de más de un aprieto había tenido que sacar a los dos usando sus pocas influencias en el alcázar y con las guras.

Al otro individuo no lo conoció hasta que Iturbe lo llevó consigo a la «visita» al alcázar, pues los tratos previos habían sido solo con el tal Alonso. Y habría doblado con gusto la bolsa con que le pagaron con tal de no haberlo conocido. De edad parecida a Iturbe, un poco mayor tal vez, de piel oscura y malencarado, podría ser la reencarnación de Luzbel. Tenía toda la pinta de matón de alquiler, de esos que se pasaban la vida en casas de guisado a la espera de dar la estocada cuando se la pagaran. Dos cicatrices profundas le cruzaban la cara en la mejilla izquierda. Tenía los ojos hundidos y vigilantes, siempre atentos a lo que a su alrededor pasase. Su rostro estaba medio oculto tras una barba descuidada y un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas. Esa única vez que lo vio vestía un coleto de cuero endurecido y mugriento que, además de abrigo, le servía como protección contra sablazos. Sobre los hombros, y a pesar de que era agosto cuando lo conoció, llevaba una capa raída de color oscuro que utilizaba para ocultar sus armas y tal vez para capear a sus víctimas durante el ataque.

Todo comenzó la tarde de agosto en que Alonso de Iturbe le salió al encuentro, cuando, terminada su guardia, abandonaba el alcázar

para ir de farras con otros soldados de la compañía. Iturbe requirió su atención, se lo llevó aparte y le preguntó si quería ganarse una buena bolsa de reales de plata, cuestión a la que Matías Ocaña respondió como debía, es decir, afirmativa y entusiásticamente, pues en esos tiempos de penuria todo cuanto viniese a complementar la soldada, siempre exigua, era bienvenido. Y la contraprestación al regalo era también menuda: permitir que el tal Iturbe y otro compinche visitaran la torre vieja del alcázar durante unos minutos y a solas, con la excusa ya sabida. ¿Cómo negarse a tan pingue recompensa por tan párvulo trabajo? Y así empezó el sainete que ahora se le había convertido en tragedia.

Algunas semanas atrás, el alcaide del alcázar Francisco de Vargas le había preguntado, como quien no quería la cosa y sin dar a la cuestión mayor trascendencia, si le había facilitado a alguien la llave de la torre vieja. A lo que Matías, indudablemente, respondió negativamente, pues, a pesar del ademán trivial del alcaide al hacer la pregunta, era consciente de que lo que hoy era nimiedad mañana podría significar las galeras. Y ahí quedó la cosa por entonces.

Sin embargo, al poco, Vargas lo llamó de nuevo a su presencia y volvió a repetirle las mismas preguntas. «¿Le ha facilitado vuestra merced las llaves de la torre vieja a alguien en el último año? ¿A quién permitió la entrada en la torre sin permiso? ¿Y para qué?». El primer día, cada una de sus negativas a las cuestiones fue premiada con un varazo por parte del alcaide, pese a lo cual Matías se mantuvo firme en sus protestas. Tres días después se repitió la escena, y ese día no hubo varazos, sino garrotazos y un arcabuz apuntándole a la cara. Matías resistió; sabía lo que le iba en el envite si tan crítica era la cuestión. ¿Qué demonios habrían hecho esos dos truhanes en la torre vieja para que al alcaide se le viese tan descompuesto por saber quién había entrado allí? Sea lo que fuere,

muy grave debía de ser, y era consciente de que, de admitir su complicidad, le venían mal dadas.

Y ayer fue requerido de nuevo a la presencia del alcaide; siguieron las mismas preguntas y las mismas respuestas, mas ya no hubo varazos ni estacazos. Ocaña fue sometido a tormento. Fue al más liviano y llevadero, pero era tormento al fin y al cabo. En una cámara en los sótanos del alcázar, la que se usaba para esos procedimientos, le fue hecha la conminación: consistía en mostrar al preso los instrumentos de tortura y explicarle detalladamente cómo funcionaban. A menudo, el «miedo al ansia» era suficiente para que los «izquierdos», los neófitos, confesaran. Ocaña, que nunca había sido sometido a suplicio pero que no era novicio en absoluto, no en vano llevaba más de diez años sirviendo en el castillo, guardó silencio y persistió en sus negaciones. Sabía a lo que se exponía si confesaba: las galeras como mínimo, si no la ejecución, pues lo que se estaba ventilando, aunque no sabía lo que era, no debía de ser pueril ni vano a la vista del empecinamiento del alcaide, que llegó a decirle que en la cuestión estaba implicado Mateo Vázquez, el segundo hombre más poderoso del reino tras su majestad el rey, según todos decían.

Se le sometió entonces a la ligadura de cordeles: se le ataron los dedos de las manos con cordeles finos de cáñamo, y los fueron apretando hasta causarle un dolor agudo y cortarle la circulación, pero sin llegar a romper huesos ni provocar daños permanentes inmediatos. Aunque hoy tenía las manos hinchadas, amoratadas e insensibles. A pesar de la tortura, pudo más el miedo a lo que podría pasarle si confesaba —entre lo que no era cuestión baladí, además de su propia suerte, lo que los dos jaques pudieran hacerle a su familia si él cantaba— que el dolor causado por el cordel, y siguió negando haber facilitado las llaves de la torre vieja a nadie y jurando

y perjurando que nada sabía de ningún suceso que tuviese que ver con ese lugar del castillo.

—Que lo curen —dijo el alcaide—. Y, dado que mañana es festivo y no conviene dar tormento en fiestas tan señaladas como las de Tosantos, traedlo de nuevo a mi presencia pasado mañana. A esta misma hora.

—¿Ha de permanecer preso, señor?

—Sí, que se le vuelva a encerrar en el cuarto de guardia.

Matías sabía lo que mañana le iba a suceder y sabía también que el tormento extremo no iba a poder resistirlo y que cantaría como un pajarillo en cuanto viera al verdugo, al potro o a la toca. Conocía lo que le esperaba porque en una ocasión había asistido a una sesión de tormento, y el atormentado, un herrero del alcázar con más redaños que él, no había tardado ni media hora en reconocer haber sido el autor del robo que se investigaba y, si se lo hubiesen pedido, del asesinato de Julio César en la Curia de Pompeyo.

Así que se dijo que era hora de poner remedio a sus males. Aprovechando que la vigilancia era escasa, porque el preso era un camarada, y dado lo festivo de la fecha y valiéndose de un descuido de los soldados que vigilaban el cuarto de guardia, se dio a la fuga del castillo sin que nadie se apercibiera de su huida. Y ya en la calle y libre, decidió requerir la ayuda de aquellos dos que precisamente lo habían puesto en el brete: los dos bravoneles que le habían pagado buena bolsa por dejarlos entrar en la torre vieja. No se le ocurría qué otra cosa hacer.

Era día 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos.

En Tosantos, día de precepto absoluto, se paralizaba toda actividad comercial y administrativa en la villa. Pese al duelo por la reciente muerte del príncipe heredero, las calles de Madrid estaban esa mañana a rebosar. El día había amanecido frío y con la neblina

del Manzanares subiendo hacia el alcázar. Las calles, aún sin empedrar en su mayoría, estaban embarradas por la lluvia del día anterior. El aire olía a la leña quemada de los hogares y a castañas asadas que los vendedores ya ofrecían en los puestos callejeros cerca de la calle Mayor. Por todas las rúas se veían carruajes y literas llevando a nobles ufanos y damas empingorotadas hacia el monasterio de las Descalzas o hacia la iglesia de Santa María. Los caballeros vestían sus mejores jubones oscuros y las damas lucían mantos de luto riguroso, pero con encajes carísimos. Los pecheros y el pueblo llano, sus capas y sayos más limpios. En la plaza del Arrabal y en otras principales de la villa, los vendedores ambulantes ofrecían nueces, bellotas, castañas y orejones. Las tabernas abrían sus puertas de par en par, despachando el vino nuevo, y los cereros hacían su agosto vendiendo cirios y velas para las ánimas. Eran también días grandes para los maleantes que se dedicaban a rozar en los templos y cortar las bolsas ajenas.

Matías Ocaña abandonó el alcázar, prófugo y lastimado, cojeando y lamentando su suerte. Sabía por su hermano Bartolomé que los bravos seguían en Madrid, aunque no le quiso preguntar por su paradero para no complicarlo en el aprieto. Tendría que dar con ellos por sus propios medios. Así que estuvo buena parte de la mañana rondando por donde pensaba que los jaques podían pendonear; no, por supuesto, por casas de misericordia, iglesias o conventos, sino por figones, garitos y mancebías. Y fue en una de estas, concretamente en la ramería de la calle de Toledo, esquina a la de Arganzuela, donde los halló bien entrada la tarde. Este *berreadero* no era un solo edificio, sino una manzana de casas que funcionaba bajo un estricto control y regulación municipales. Situada cerca de la plaza del Arrabal, tenía un flujo constante de clientes, desde comerciantes y soldados hasta hidalgos de baja alcurnia. El interior

era austero y funcional. Los aposentos eran pequeños, y la higiene, precaria. El ambiente era ruidoso y concurrido, con la presencia constante de rufianes y chulos que protegían a las mujeres y gestionaban los pagos. El lugar estaba bajo la vigilancia de la justicia local, que cobraba impuestos por la actividad. Las mujeres que trabajaban eran controladas por un «putero mayor» o administrador del concejo.

Allí dio Matías Ocaña con Iturbe, sentado en un banco, solo, en una esquina del salón apenas iluminado por dos lamparillas de aceite. Tenía acomodada en sus rodillas a una de las mujeres que allí laboraban, una hembra que ya no cumpliría los treinta y a la que le faltaban dos dientes delanteros.

—¿Qué hace vuestra merced por aquí? —saludó Iturbe al clavero, sorprendido por su presencia en esa casa de guisado—. No le hacía yo a vos en estas aficiones. ¿No estaba vuestra merced preso? O eso me dijo vuestro hermano Bartolomé, al menos. Aunque siempre supe que se podía confiar en vos.

—Tenemos que hablar, don Alonso.

—¿Ocurre algo, aparte de vuestra prisión? Porque entiendo que será esta llevadera, si es que no habéis salido ya de ella como supongo, pues estáis aquí y libre, y que en cualquier caso no abriréis la boca...

—Pues ocurre, sí, y cosas graves, pues me vienen mal dadas.

—Vaya. Pues cuénteme vuestra merced.

—Tal vez —dijo Ocaña, señalando a la putilla que estaba sobre las rodillas de Iturbe—, no sea bueno que haya oídos inconvenientes.

—Yo ya he acabado con esta gallina, aunque la muy puta se empeña en sacarme las zurrapas —explicó el bravo, señalando a la ramera, a la que había apartado de sus rodillas cuando se apercibió del gesto de Ocaña—. Pero mi camarada sigue de faena arriba, con

otra cortesana. Tome vuestra merced asiento, avíese la carne y esperamos, ¿hace?

Más de media hora tardó el segundo jaque en bajar del coito. Lo seguía una fulana, mucho más joven y hermosa que la primera, que descendía la breve escalera detrás del bravo como si viniese de San Quintín y no de yacer por un puñado de blancas. Torció el bravonel el gesto cuando vio a Ocaña sentado a la misma mesa que su compinche, a quien interrogó con la mirada, aguda y peligrosa como un puñal.

—Dice que tiene que hablar con nosotros —se excusó Iturbe—, que le vienen mal dadas.

—Vamos.

Fueron las primeras palabras que Matías Ocaña oyó pronunciar al bravonel. Y pese a las pocas letras, distinguió un acento peculiar en su habla, melódico, sibilante y nasal. «Este truhan es gallego, voto a bríos», se dijo. Y ya se sabía lo que se decía de los gallegos en Madrid: que venían con la bolsa vacía y se iban con ella llena. Aunque de este en particular lo que menos le preocupaba era que le pudiese afanar la faltriquera.

Salieron afuera de la mancebía. Ya el sol caminaba hacia el poniente y el ambiente se había vuelto más lúgubre. En estas vísperas del día de los muertos y a estas horas, las campanas de todas las parroquias repicaban con un tañido constante de difuntos. La gente se recogía pronto en sus casas para rezar por las almas del purgatorio, aunque los más osados se quedaban en las tabernas trasegando el caldo de la cepa para espantar el frío y el miedo a los aparecidos. Las calles estaban medio desiertas.

Tiraron hacia la plaza de la Cebada. Situada a tiro de piedra de la mancebía, justo al final de la Cava Baja y cerca de la puerta de Toledo, era el principal mercado de la villa, el lugar donde se

comerciaban granos y alimentos. De día, el trasiego de gente, carros y mulas era constante. De noche, era un lugar lleno de peligros, un laberinto de calles estrechas y oscuras que facilitaban la huida o la ocultación de quienes hacían del delito su forma de vida.

Se detuvieron en medio de la Cava Baja, calle que corría paralela a la muralla y en la que, aunque llena de mesones y ventas donde se alojaban arrieros y viajeros, ahora no había un alma. También influía en la soledad del paraje el que la lluvia, un sirimiri molesto, había vuelto a hacer su aparición.

—¿Qué acontece? —preguntó de buenas a primeras el jaque a quien Matías Ocaña había tomado por gallego. Ese al que Luisillo llamaba el Mudo.

—El alcaide del alcázar —explicó el guardia, con la voz trémula—, al parecer por orden del secretario del rey, o de su majestad misma, no lo sé muy bien, se ha propuesto saber quién entró en la torre vieja cuando vuestras mercedes lo hicieron, allá por agosto, ¿verdad?, y se ha propuesto saberlo a costa de mi salud cuando no de mi vida. Me ha sometido a la ligadura de cordeles, y amenaza con llevarme mañana al potro o a la toca, y sé que no lo voy a resistir. Me he escapado del cuarto de guardia, pero no creo que tarden ni dos amaneceres en prenderme. Díganme vuestras mercedes qué he de hacer y cómo pueden ayudarme.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros, Ocaña, pardiez? —espetó Alonso de Iturbe.

—¡No resistiré el tormento! ¡Confesaré que fue a vuestras mercedes a quienes facilité la entrada en la torre vieja! ¡Y tal como están las cosas, me mandarán a galeras, si no al patíbulo, pues no sé qué hicieron vuestras mercedes en aquel lugar para que se haya formado tamaña tremolina! —Y mirando directamente al jaque «gallego» y mudo—: ¡Y me sacarán a la fuerza que fue a don Alonso

de Iturbe y a vuestra merced a quienes facilité el acceso a la torre! ¿Qué hicieron vuestras mercedes allí para que tengan a su majestad el rey en pie de guerra, voto a tal?

El jaque «mudo» miró a diestra y siniestra, cerciorándose de que no había moros en la costa, e hizo luego un gesto a su camarada, que lo captó al vuelo.

—Entremos aquí —dijo Iturbe—, señalando un soportal sombrío.

—¿Para qué? —preguntó Ocaña, mirando las sombras del zaguán como quien mirase el cadalso—. Vamos a un sitio donde podamos hablar y ver la forma de deshacer el entuerto. Alguna manera habrá, digo yo.

Mas no encontró acomodo la propuesta del guardia. De un empujón, ambos jaques lo introdujeron en el soportal. Sacó el Gallego de los pliegues de su jubón la vizcaína, que clavó sin una palabra en el pecho del infortunado Matías Ocaña, justo en el lugar donde los físicos dicen se halla el corazón. Quedó muerto en el acto.

Ya con el guardia cadáver y en el suelo, se agachó el jaque y a tirones le descubrió el pecho. Y con la punta de su vizcaína tatuó, bien que mal, en la piel de Ocaña el símbolo de Saturno, cruzado por una raya horizontal:



Para que quien hallase el cuerpo supiese que aquella muerte no era por antigua pendencia, ni por una garfiada, ni por hacer la leva.

Era una muerte que señalaba directamente a su majestad don Felipe el segundo, rey de España.

***

Luisillo, cuando vio salir a los dos bravoneles de aquel soportal de la Cava Baja, con uno de ellos empuñando una gumía que aún goteaba sangre y que limpió en la tierra de la calle, se hundió en el quicio donde había estado apostado como si quisiera hacerse uno con la cal.

Había estado siguiendo a los dos bravos desde que abandonaron la posada de El Gamo del Rey. Desde allí habían regresado al centro de la villa, tomado la calle Mayor y bajado por la de San Salvador hasta la plaza de la Cebada, para llegar a la calle de Embajadores. Allí se introdujeron en un caserón lujoso, donde estuvieron más de una hora, sin que Luisillo pudiese descifrar la razón de la visita a tan suntuosa residencia ni saber quién moraba en ella. Cuando salieron, volvieron a las cercanías de la calle Mayor y almorzaron en la posada de los Mercaderes, pues, por lo que se veía, el paseo les había hecho digerir las alubias y recuperar la gazuza. El mozo aprovechó la estancia de los jaques en el figón para procurarse su almuerzo, un pastel de carne que adquirió con sus últimos chavos en uno de los puestos ambulantes de la calle Mayor, el que mejor fama tenía, pues de los demás se decía que proveían «carne de gura», oséase, carne de perro o gato vendida como de pollo.

Una hora y pico tardaron los bravos en hacer el rancho. Animados por el vino, salieron del figón y regresaron a la calle de Toledo, donde se introdujeron en la mancebía, en la que holgaron durante un par de horas. Cuando abandonaron el lupanar, lo hicieron acompañados de un tercer individuo, de quien Luisillo ignoraba oficio y nombre, aunque, por sus gestos y por su compostura, se lo veía acoquinado y nervioso. Caminaron sin apenas decir palabra hasta la Cava Baja, donde se detuvieron junto a uno de los soportales. Para hacer la posta, Luisillo se acomodó en una esquina, detrás de un quicio donde quedaba a resguardo de miradas indiscretas y tenía

buena visión de los jaques y la compaña, pero, aunque hizo la oreja, no pudo enterarse de lo que hablaban. Hasta que, de pronto, vio cómo ambos bravos empujaban al tercer sujeto y a empellones lo introducían en el portal. Lo que dentro pasara no lo pudo atisbar Luisillo, aunque sí conjeturarlo: uno de los jaques, el que nunca hablaba, salía del soportal con la vizcaína en la mano; se agachó después para limpiarla con la tierra de la calle y un manojo de hierbas, y se la embolsó luego. Así que no le costó trabajo al mozo suponer que le habían dado el santolio al desdichado.

Estuvo a punto de salir de estampía de puro miedo, pero supo contenerse a tiempo, cierto que, de hacerlo, se habría descubierto y corrido la misma suerte que el difunto. A apenas la distancia de dos brazos pasaron los bravoneles de Luisillo cuando, tras apiolar al infeliz, regresaban al centro de la villa. Blanco como estaba, no le costó confundirse con la cal entre las sombras, y observó, conteniendo la respiración, cómo los dos sicarios pasaban de largo y deshacían el camino que antes habían hecho. Posiblemente, para dirigirse a la posada donde esperaban reunirse con el zagal.

—¡Ni muerto! —se dijo para su caletre el mozo cuando hubo recuperado el hálito—. Ni a completas ni a incompletas. ¡Yo no voy allí a verme con estos individuos ni muerto!

Tomó la dirección opuesta, y no pudo refrenar su curiosidad innata cuando llegó a la altura del soportal donde se había producido el ruido. Y allí vio, tendido en el suelo, el cuerpo del sujeto desconocido, al que le habían dado un jirón en pleno pecho haciéndole un siete en la carne. Se acercó temblando y se fijó en que, al lado de la cuchillada, le habían tatuado al infeliz un símbolo parecido al que vio en el cedulón cosido al cadáver del médico Velasco, como si fuera un cerdo al que el matarife marca para dar cuenta de la calidad de la carne.

Se dijo que era el momento de salir por piernas, poner cuanta más distancia mejor entre él y aquellos dos individuos capaces de dar la de Juanes por un quítame allá esas pajas.

Y, sobre todo, cavilar una nueva estrategia que le permitiera salir con bien del lance y seguir con vida. Porque ahora no solo tendría que despearse para ahuyentar el bulto de aquel alcalde de Casa y Corte que lo perseguía sin cuartel, sino de aquellos dos sicarios más peligrosos que un mal pleito ante el Alto. Sin saber qué cerca estaba el símil de la realidad.

Hasta que no estuvo a casi media legua de allí no se sintió medianamente seguro. Esa noche, empero, apenas consiguió pegar ojo el rapaz.

26

Día de Difuntos

Madrid, 2 de noviembre de 1578

En Madrid, como en todo el reino, el Día de Difuntos era una jornada de luto riguroso, cargada de una atmósfera densa de cera y campanas.

Lo que más definía ese día era el sonido. Desde el amanecer hasta la noche, todas las campanas de las iglesias tocaban a muerto, un tañido lento y pausado. Este sonido constante recordaba a los madrileños la brevedad de la vida y la necesidad de rezar por las almas en el purgatorio. El color negro dominaba por completo las calles de la villa, y hasta quienes no tenían maravedíes para comprarse ropas de luto procuraban lucir este día algún paño oscuro.

El interior de los templos era un bosque de velas en el que el olor a incienso y a cera quemada era asfixiante. Se erigían túmulos en el centro de las naves para las misas de réquiem, efímeras estructuras de madera recubiertas de paños negros. Las familias visitaban los templos en cuyo interior, o en los pequeños camposantos anexos, descansaban sus muertos, en cuyo honor prendían pequeñas mariposas de aceite. Y en los puestos ambulantes de las plazas consumían frutos secos, convencidas de que cada castaña comida liberaba un alma del purgatorio. Luego, se recogían en sus casas

para amasar el pan de ánimas, que después se repartía a los pobres en las puertas de las iglesias.

El corregidor de la villa de Madrid, el licenciado Martín de Espinosa, tuvo conocimiento del crimen de Matías Ocaña al alba de ese Día de Difuntos. Encontró el cadáver un arriero maragato que regresaba a tierras leonesas después de haber transportado el pescado fresco del Cantábrico en barriles de madera entre bloques de hielo y sal. En la ronda a la que dio aviso se hallaba el alguacil Benítez, el mismo que había descubierto el cadáver del médico Velasco, quien, en cuanto vio el símbolo grabado a punta de cuchillo en el pecho del muerto, reparó en la coincidencia y dio parte de inmediato al corregidor. Poco después, otro alguacil identificó al difunto como Matías Ocaña, guardia del alcázar, de cuyo cuarto de guardia se había fugado el día anterior.

El licenciado Espinosa se dio cuenta enseguida de que el negocio no hacía sino empeorar. Primero un muerto con un cedulón cosido en el jubón en el que se hablaba de la complicidad del rey a saber en qué fechoría, después un fraile dominico con igual papelote, y ahora un guardia del castillo acuchillado y con un símbolo grabado en la pechera muy similar al que figuraba en aquellos cedulones. Eso era cualquier cosa menos casualidad, caviló. Alguien, en la villa y corte, se había propuesto amargarle la existencia a su majestad, que bastante acibarada estaba ya con los recientes fallecimientos de su hermanastro Juan de Austria y de su hijo primogénito el príncipe Fernando y, antes, con los de sus sobrinos Wenceslao de Austria y el rey Sebastián de Portugal. Era como si una mano negra quisiera ensombrecer y cubrir de lutos estos años del reinado del buen rey Felipe. Acerca de quién fuera esa mano, el licenciado Espinosa no tenía ni la más remota idea. Ni le concernía hacérsela, pues para eso ya estaba el alcalde Villafañe, a quien le había tocado la carambola,

y Dios que se le bendijese. Eso, lo acontecido, los tres muertos, no era problema suyo. Era, Dios bendito, del alcalde y no del corregidor. Su trabajo consistía en dirigir el concejo, asegurar el cumplimiento de las pragmáticas, el control de precios, la supervisión de mercados y demás funciones estipuladas. Y no dirimir conspiraciones que ni le iban ni le venían más que a cualquier otro vasallo de su majestad.

Así que redactó nueva epístola para don Mateo Vázquez y se quitó el asunto de encima de la mejor manera que pudo.

***

Madrid, 3 de noviembre de 1578

Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, se enteró del asesinato de Matías Ocaña recién descubierto el cadáver. Llegó, como cada día, a la Casa de la Villa con la amanecida y desde allí, tras cumplimentar las tareas indelegables de las que no había sido liberado y despachar con los alguaciles que vigilaban a las once personas de la lista que le había dado el rey y a quienes se debía proteger —afortunadamente no había habido incidencia alguna con esas personas, a las que nadie había ni molestado ni amenazado—, salió a hacer su diaria y fatigante caminata: tabernas, figones, mancebías, iglesias, casas de misericordia, asilos, puentes y cualesquiera otros lugares en los que conjeturaba podía hallarse el dichoso mozuelo en cuya búsqueda se estaba dejando las ijadas. Y que era la única línea de investigación que tenía, pues del asesinato del fray no había ni el más pequeño hilo del que tirar. Estando en una taberna refrescando el gaznate a media mañana, oyó la conversación de varios parroquianos en la que hablaban de la

aparición de un cadáver en un portal de la Cava Baja, hecho que, por habitual, de mal modo podría haber sido objeto prolongado de una charla, como así era, si no fuese porque algo de singular habría en sus detalles.

—Discúlpenme vuestras mercedes —se introdujo Villafañe en la conversación, aprovechando que los contertulios habían hecho un alto para llevarse sus vasos de vino caliente al coleto—, ¿puedo saber de qué crimen hablan y por qué les llama tanto la atención?

Los feligreses, en cuanto advirtieron los ropajes de quien así los interpelaba —la garnacha, la valona, el bonete negro— y, sobre todo, su vara de justicia, compusieron cara de angelotes, pues no era nada bueno saber más de la cuenta cuando con magistrados se trataba. Los tranquilizaron, sin embargo, las explicaciones del hombre, que les hizo ver que nada tenían que temer de sus preguntas y que era un interés profesional ajeno a ellos el que le hacía curiosear de tal manera.

—Un guardia del castillo —se decidió al fin uno de los parroquianos, un hombre de grandes patillas y más grande barriga cuyo aliento nada tenía que envidiar al de una sepultura abierta, pues era como si tuviera la cabeza de una pijota pudriéndose en el gaznate—. Un tal Matías Ocaña.

La profesión del muerto justificaba en parte que se hablara de su óbito en la taberna, pero, por lo que Villafañe había escuchado de aquellos hombres, parecía haber algo más.

—¿Y he creído oír que había algo proceloso en el crimen?

Los compadres se miraron unos a otros, sin saber si les convenía ahondar en aquella plática.

—Pues... se dice —se animó por fin el *boquipodrido*, que parecía ser quien llevaba la batuta en la cháchara— que apareció un signo extraño grabado a punta de cuchillo en el pecho del difunto. Algunos

vecinos pudieron ver el cuerpo antes de que la ronda llegara y así lo han contado.

—¿Un símbolo extraño, dicen vuestras mercedes? —preguntó el alcalde, cuyo interés creciente al mismo tiempo decrecía el de los parroquianos en seguir con el diálogo—. ¿Y podrían vuestras mercedes describírmelo?

Mas ninguno pudo, pues no le daban sus habilidades para tanto.

Intrigado, pagó Villafañe la ronda de aquellos hombres para convencerlos de que ningún mal les iba a deparar haber hablado con él, salió de la tasca y se olvidó por unos instantes del dichoso zagal a quien tan trabajosamente buscaba. Recordó los dos crímenes que investigaba, en los cuales había aparecido un cedulón con el símbolo de Saturno, según el rey le había desvelado. Y ahora había aparecido el cuerpo de un guardia del alcázar —alguien, por tanto, muy cercano al rey—, en cuyo pecho había sido grabado a punta de cuchillo un símbolo extraño.

Todo aquello levantó las sospechas de Cristóbal Villafañe, que sabía que, en la maleza, es el lince el que no tropieza, y que tras la cruz está el diablo. Así que decidió que debía de tirar de aquel cabo, aunque demorara por unas horas la búsqueda del rufianillo, y a ver a qué madeja lo llevaba.

Interrogó a los alguaciles que habían levantado el cadáver, y al escribano del crimen que había redactado el acta del levantamiento, y al cirujano que había reconocido el cuerpo pocas horas antes, mas poco pudo conseguir de sus indagatorias.

En tal tesitura, se dijo que, como no le valía perder el tiempo, tenía que ir directo a la fuente, así que pidió audiencia con su majestad el rey. Que le fue concedida de inmediato.

***

—Alguien —le explicó Felipe a Villafañe— grabó en los anaqueles de la torre vieja, donde mi hijo el príncipe pasó sus últimos días, el símbolo de Saturno, pues eso significa el emblema que aparece en la carta, tal como le expliqué hace unos días a vuestra merced. Símbolo que, además, ha aparecido en otra carta, también anónima, que mi difunto hermano don Juan de Austria recibió en Namur, poco antes de su muerte, que la misiva auguraba. —Suspiró Felipe, con una mezcla de frustración y cansancio—. Todo se está cumpliendo, pues.

—No alcanzo a comprender, majestad —inquirió el juez—, qué papel jugaba el guardia asesinado, el tal Matías Ocaña, en este envido.

—Ocaña era el guardia clavero del alcázar. Él tenía las llaves de la torre vieja. Y fue él, según todo indica, quien permitió el acceso a la torre a quien fuera que grabase el símbolo de Saturno en los anaqueles. Estaba siendo interrogado y, por orden mía, sometido a tormento para que desvelara a quién facilitó el acceso a aquel lugar. Pero huyó del castillo, según he sido informado, antes de que se pudiese conseguir su confesión. Por supuesto, he adoptado las medidas necesarias para castigar la negligencia.

—Y se le ha dado muerte para que no hablara... —musitó Villafañe, más para él que para su interlocutor.

—No es descabelladlo en absoluto pensar de tal manera —confirmó el rey—. Debe, pues, vuestra merced investigar las compañías del guardia en las últimas semanas o en los últimos meses. Entre ellas ha de hallarse el autor o autores de los crímenes.

—Así lo haré, majestad —aseguró Villafañe, levantándose del escabel, pues por el gesto del rey vio que la audiencia estaba concluida. Y añadió al mismo tiempo—: ¿Me permite una pregunta

vuestra majestad? —Felipe asintió con la testa—. En la primera audiencia que vuestra majestad tuvo a bien concederme, se me indicó que sería vuestra majestad quien se ocuparía personalmente de indagar entre sus nobles y criados, por si alguno de ellos tuviera relación con la carta o con los crímenes. ¿Puedo preguntarle a vuestra majestad si ha existido algún avance en tal menester?

Felipe sostuvo la mirada de Villafañe sin incomodarse, como si la pregunta no le sorprendiera, pero tampoco le complaciera del todo. Revivió las conversaciones que había tenido con algunos de quienes le rodeaban, aquellos que más próximos podían estar a las causas o a los efectos del enigma: el duque de Alba, Antonio Pérez, la princesa de Éboli, Mateo, Zayas... En todos los casos habían sido acercamientos llenos de disimulo, sin revelar en ningún momento su propósito.

—Lo he intentado —dijo—, pero aquí no se puede avanzar como vos lo haríais fuera de palacio. Aquí no se puede llamar a un hombre y preguntarle sin más, ni poner a otro bajo vigilancia sin que lo adviertan quienes le rodean. Cada persona que me es próxima tiene criados, parientes o deudos que observan por ella, y cualquier movimiento que no sea el ordinario se comenta antes de que haya dado fruto. —Se levantó con lentitud y dio unos pasos por la estancia, como acompasando el pensamiento—. He hablado con algunos, con pretextos que no despertasen recelo, y he hecho observar a otros en aquello que no levanta sospecha, pero comprenderéis que eso da resultados limitados. Nadie se descubre cuando se sabe mirado, y en palacio todos se saben mirados, aunque no sepan por qué. —Se detuvo y se volvió hacia el juez—. Si procedo con mayor rigor, levantaré alarma, y la alarma hará que cada cual se encierre en lo suyo, que destruyan lo que tengan o que se guarden de quien no deben. Y entonces no averiguaremos nada,

o lo que averigüemos llegará tarde. Por eso os digo que confío poco en lo que se pueda averiguar aquí en palacio. Es en Madrid, en sus casas y calles, donde está la solución al problema, y deberéis ser vos, señor Villafañe, quien dé con ella. No esperéis que desde palacio se os arroje claridad, pues no es la claridad una de las virtudes de la vida aquí. Ofreced una recompensa de cincuenta escudos de oro a quien facilite cualquier información que permita detener al culpable.

27

El arresto del duque

Madrid, alcázar, 8 de noviembre de 1578

El rey Felipe dedicaba buena parte del día a cavilar sobre lo que estaba pasando, sobre los crímenes que estaban ensangrentando las calles de Madrid, sobre el enigma de la carta y el símbolo de Saturno. Cada vez que hablaba con uno de sus secretarios, o con uno de sus gentilhombres, escrutaba sus ojos y analizaba cada una de sus palabras, intentando ver en una frase o en un silencio, o en una mirada de reojo, una vinculación con el misterio. Repasaba una y mil veces cada conversación y cada audiencia. En una de esas ocasiones, estuvo dándole vueltas a la conversación con Arias Montano. Llegó a pensar que, cuando este le preguntó por sus propósitos, no había caído en la cuenta de que uno de sus grandes sueños era precisamente la construcción de ese monasterio dedicado a San Lorenzo, destinado a ser el centro espiritual y político de su imperio y a dar cumplimiento a la voluntad testamentaria de su padre el emperador, que le había encargado construir un lugar digno para el entierro de los restos imperiales que fuera el mausoleo definitivo de la Casa de Austria, consolidando la legitimidad de su linaje. Sería, al mismo tiempo, una declaración de intenciones en piedra, una fortaleza de la ortodoxia católica frente al protestantismo, en la que además se concentrara todo el

conocimiento humano en su magnífica biblioteca. ¿Estaría dirigida la amenaza contra el monasterio, contra su gran proyecto? ¿No habían sufrido las obras, durante el año anterior, un voraz incendio en el que algunos monjes vieron la mano del diablo? Ordenó que ocho escuadras de alabarderos, compuesta cada una por ocho plazas con un cabo de escuadra al frente, se desplazase desde Madrid para vigilar las obras de San Lorenzo.

Mientras tanto, intentaba seguir sus rutinas como si nada pasase. Atendía a sus papeles, iba a misa a diario, se proponía aparecer despreocupado ante la reina y las infantas. Pero por debajo de esa actitud había una honda inquietud que todo lo condicionaba. Creía ver el símbolo de Saturno en todos lados: en la forma de una planta de los jardines, en el repujado del cáliz, en los dibujos de los tapices. Cuando una mañana se miró en el espejo se dijo que había envejecido un lustro y adelgazado más de cuatro libras, pese a lo enteco que ya de por sí era.

Le resultaba difícil contener la ira cada día, tanta era la frustración que experimentaba. El hombre más poderoso del mundo, abrumado por una simple carta anónima.

En la mañana del día 8 de noviembre, mientras despachaba con Mateo Vázquez, se le vino a la memoria la cuestión del matrimonio del hijo del duque de Alba.

—¿Qué se sabe del duque de Huéscar, de don Fadrique de Toledo? —preguntó Felipe. Era como si hubiese estado buscando en su mente un nombre sobre el que derramar su ira y hubiera sido el del hijo del duque de Alba el primero que hallara. O tal vez fuera que recordó las palabras de su secretario Antonio Pérez y su velada denuncia de que la Casa de Alba pudiera estar detrás de los anónimos recibidos y del símbolo de Saturno.

—Como sabe su majestad, el Consejo de Castilla delibera sobre cuál ha de ser el castigo que le propondrá. Mientras tanto, sigue preso en el castillo de la Mota, como mandasteis, señor.

—¿Y el duque? —preguntó el rey ahora por Alba.

—Siguiendo vuestras instrucciones, el presidente del Consejo de Castilla don Antonio Mauriño de Pazos convocó al duque de Alba a una audiencia el pasado día 20 de octubre. Según el oficio recibido, el duque se mostró altivo y le negó su competencia.

—¿Está Alba en palacio?

—No, señor. Está en su casa y, según se cuenta, sufriendo un tremendo ataque de gota que lo tiene medio impedido.

—Decidle que venga.

—¿Cuándo, señor?

—Cuanto antes. Y si ha de venir en camilla, porque la gota le impida andar, que así sea. Pero quiero tenerlo ante mí cuanto antes.

***

El duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, acudió a presencia del rey al siguiente día. Y no lo hizo como un baldado, sino como su condición y su linaje demandaban. Recibió la orden de Felipe de manos de un mensajero expreso, y entendió que «cuanto antes» era la mañana del día siguiente, pues, excepto en la guerra, no había urgencias para el duque que lo obligaran de tal manera. Salió después de la hora tercia de su casa señorial madrileña, situada cerca de la parroquia de San Martín, en las inmediaciones del alcázar, y lo hizo en su carroza tirada por dos corceles blancos, a pesar de la cercanía de su destino. Llegado a este, rechazó la ayuda que los criados del castillo le ofrecieron para bajar del coche y para subir las escaleras, pese a los dolores agudísimos que le infligía la

gota en sus articulaciones. Llegado a la antecamarilla del rey, tuvo que aguardar más de una hora a ser recibido por este.

—Duque, *primo* —saludó Felipe. No era, el de *primo* del rey, el más codiciado de los títulos; lo era el de «amigo», que Felipe reservaba para poquísimas personas en la corte, como habían sido Ruy Gómez de Silva y el cardenal Espinosa.

—Majestad —correspondió el duque, tras una dolorosa reverencia —. Os reitero mis condolencias por vuestras recientes pérdidas. No pasa día en que no me acuerde en mis oraciones de vuestro hijo el príncipe Fernando y de vuestro hermano don Juan, a quienes Dios tenga consigo.

—Gracias. Podéis sentaros.

Tomó asiento Alba y un silencio denso se interpuso entrambos.

—Veo que, como a mí, os aflige la gota —comentó Felipe.

—El pago debido a tantos años de campaña, señor —respondió el duque.

El silencio descendió de nuevo, incómodo polizón en aquella tensa audiencia.

—¿Qué vais a decidir con respecto a mi hijo el duque de Huéscar? —lo quebró al poco Álvarez de Toledo. Había intuido el motivo de la convocatoria del rey y, guerrero viejo como era, quiso adelantarse a su estrategia.

—Vuestro hijo desobedeció gravísimamente la voluntad del rey y el dictamen de la junta de teólogos —repuso el soberano sin ambages, contento por el pie que el duque le daba—. Y, por lo que sé, contó para ello con vuestra ayuda y con vuestra complicidad.

—Con todos los respetos, señor: soy yo el paterfamilias de mi casa y quien tiene la autoridad para decidir con quién ha de casar mi hijo.

—¿Me estáis desafiando, duque?

—¿No recordáis, señor, la carta que me entregasteis, escrita al tiempo de mi partida a Flandes, por la que me garantizabais el matrimonio de mi hijo el duque de Huéscar con la hija de don García de Toledo? Eso, y no otra cosa, es lo que se ha hecho: seguir vuestros deseos, majestad.

Felipe miró a Alba y se dijo que era cierto lo que le habían comentado: que no parecía demasiado preocupado por su suerte, y que, como el enviado del duque de Urbino Bernardo Maschi había escrito a su señor Francesco María II della Rovere, en una carta que los espías de Felipe habían interceptado y copiado, estaba *pure assai allegro*, «muy alegre también». Y pensó que las cosas iban a cambiar de ahí a poco y que esa contentura se iba a tornar desazón.

—No me seáis cínico. Lo que recuerdo —dijo el rey de España, adusto, y encendida la mirada— es la orden que os di, no al tiempo de vuestra encomienda en Flandes, sino muy recientemente. A través del presidente de Castilla transmití a vuestra señoría mi decisión, que la junta convocada al efecto refrendó. Su parecer unánime convino conmigo que, en ley de Dios y buen caballero, y en conciencia so pena de pecado mortal, vuestro hijo el duque estaba obligado a desposarse con doña Magdalena de Guzmán. Y así se le ordenó que procediera. Os compelí y amonesté por los términos que el derecho canónico tiene ordenado, de manera que insté a vuestra señoría para que diera orden a vuestro hijo de que se casara como estaba mandado, y me habéis desobedecido, imponiendo vuestra voluntad sobre la mía, haciendo que vuestro hijo despose a doña María de Toledo. No puedo, pues, dejar de hacer justicia como conviene a este caso.

—Majestad, si alguien debe juzgarnos, a mí y a mi hijo, por el asunto que nos concierne, no es el rey, que no es juez eclesiástico ni competente para ordenar el matrimonio del duque de Huéscar, sino

Dios, que es a quien únicamente compete la capacidad para establecer si se ha actuado o no en pecado mortal y mala conciencia en este negocio.

Si alguien, en el reino, hubiese oído la respuesta de Alba, habría dicho sin lugar a dudas que jamás existió, de entre sus vasallos, desafío mayor para el rey Felipe.

El rey de España, por debajo de la cólera que inflamó su rostro, no pudo por menos, muy a pesar suyo, que admirarse de la gallardía de aquel anciano que era capaz de proteger a su hijo de aquella manera, incluso arrostrando a su señor.

—Considero vuestra respuesta un acto de hostilidad —acertó a decir.

—Jamás os desobedecí, señor —repuso el duque, ahora con una nota de amargura en su voz—. Os presté debidamente cuantos servicios me requeristeis, y dejé todo con tal de atenderos. Me he jugado la vida por el reino y por vuestra majestad, y mi hijo el duque de Huéscar también, en cien batallas. No creo ser merecedor del trato que se me otorga ni de haber perdido vuestra confianza. Ni siquiera habéis contado conmigo para la recién creada junta sobre el asunto de Portugal.

—Vuestra señoría siempre ha sido tibio con respecto a mis derechos sucesorios en el trono de aquel país.

—Lo que os dije, señor, es que nuestros enemigos están en el este y en el norte, y no a la vera de vuestro reino, y que dividir aún más los ejércitos era exponerse a una mayor sangría de escudos y de hombres. Mas nunca discutí vuestros derechos para el trono de Portugal si don Enrique, el actual rey después del infausto fallecimiento de vuestro sobrino don Sebastián, muere sin descendencia, como todos nos tememos así será.

—No quiero debatir tal asunto ahora, ni que vuestra señoría me haga desviarme del negocio por el que le he convocado. Que no es otro que vuestra desobediencia, duque. Desobediencia que merece el justo castigo. —E hizo una pausa para dar mayor énfasis a su sentencia—. Es mi voluntad que permanezcáis en arresto domiciliario hasta que mi decisión final os sea comunicada.

Una sombra, híbrida de desvalimiento y congoja, cruzó el rostro ajado de Alba.

—Tres cosas diré a vuestra majestad —repuso al cabo, reponiéndose de la angustia—: la una, es que nunca se ofreció negocio vuestro, por pequeño que fuese, que no lo antepusiese al mío propio, aunque fuera crucial para mi casa; la segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía, y así no soy en cargo a vos ni a ninguno de vuestros vasallos de un solo pan, y la tercera es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese el más suficiente de cuantos yo conocí para ello, pospuesta toda afición. ¿Y así me pagáis, señor?

—Mi decisión no admite recurso, duque.

Un largo suspiro brotó de los labios agrietados de Alba.

—Majestad, soy un hombre viejo ya —dijo—, y he vivido cuanto debía, si no más. Lo que no pudieron los arcabuces y culebrinas turcas y flamencas lo conseguirá el tiempo, la edad, que es la única marea que no conoce el retroceso; podemos aprender a nadar en sus aguas, pero nunca ordenar a la orilla que deje de alejarse. Así que no me preocupa lo que con respecto a mí ordenéis. Lo aceptaré y obedeceré, como siempre he hecho, excepto en lo concerniente al casamiento de los miembros de mi casa, que solo a mí me atañe, como respetuosamente os he dicho. Y ahora, majestad, decidme, os lo ruego: ¿qué vais a disponer con respecto a mi hijo don Fadrique?

Felipe se tomó el tiempo de una respiración. Miraba muy fijamente al duque.

—Vuestro hijo será condenado al destierro de la corte durante doce años. Seguirá, como hasta ahora, confinado en el castillo de la Mota, y sometido a estricta vigilancia.

—¡Majestad! —clamó Alba. En su rostro, las arrugas se atirantaron, por la incredulidad y la exasperación—. ¡Mi hijo tiene cuarenta y un años! Lo estáis condenando al exilio de por vida.

—Deberíais haber pensado, vuestra señoría y vuestro hijo, las consecuencias de desafiar al rey antes de hacerlo.

—Señor —expuso el duque, intentando contenerse—, mi hijo ya sufrió condena por el asunto de doña Magdalena. Sufrió castigo de extrañamiento a Orán que vuestra majestad conmutó por el servicio en Flandes. ¡Nadie puede ser condenado dos veces por el mismo delito!

—Aquel castigo, duque, fue por yacer con la señora de Guzmán. Este es, como bien sabéis, por haber desobedecido orden real.

—Suplico a vuestra majestad que el caso sea visto por el Consejo de Castilla, órgano supremo de justicia del reino, y que se permita a don Fadrique comparecer en persona para ser escuchado.

—Ya habéis oído mi decisión, duque, deberíais someteros a ella y no desafiarme de nuevo.

—Reclamo justicia, majestad, que no clemencia —insistió Alba—. Y lo que la justicia decida, yo lo acataré. Yo mismo seré el verdugo de mi hijo en caso de que se le sentenciase a cortar la cabeza.

—No hay justicia mayor que la palabra del rey, duque.

Alba meneó la cabeza una vez y otra, con abatimiento.

—Veo que hay personas que impiden a vuestra majestad —dijo, aludiendo, sin nombrarlo, a Antonio Pérez— cumplir el buen ánimo con que siempre habéis respondido a mí y a mi casa. Pero presto

caerá de su trono con los de su liga, pues la mentira tiene la vida corta. Se os sigue llenando la cabeza con infundios, cuando bien sabéis que no ha existido en el reino vasallo más leal y sufrido que yo, que dejé mi juventud en los campos de Europa en el servicio de vuestro augusto padre y de vuestra majestad. Y así se nos paga...

Y se puso en pie trabajosamente, pensando que allí acababa aquella audiencia.

—Ni ha terminado la audiencia ni os he dado permiso para marcharos, duque —lo detuvo, sin embargo, el rey.

—¿Qué más queréis de mí, majestad? —inquirió Alba, con extenuación en la voz y recuperando el asiento.

El rey, en vez de responder, hurgó en su cajón secreto y sacó la carta anónima con el símbolo de Saturno, que puso sobre la mesa entre el duque y él.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Álvarez de Toledo al constatar que Felipe no le iba a ofrecer mayor explicación.

—Leed.

Apesadumbrado, asió el duque la carta y le dio lectura. Cuando hubo acabado, estuvo unos segundos con la vista gacha, como si quisiera asimilar lo leído. Luego dejó la carta en la mesa y se la acercó al rey.

—¿Y bien? —interrogó este—. ¿No tiene vuestra señoría nada que decir?

—¿Qué quiere vuestra majestad que le diga? Me parece un... desafuero, una inadmisible transgresión. ¿Quién la ha escrito?

—Decídmelo vos.

—¿Y cómo podría hacerlo, majestad? Jamás vi esa esquela y nada sé de ella ni de su autor. Salvo que lo que en ella se afirma es una tropelía. Nunca podría pensar, y menos poner por escrito, que vuestra majestad fuese capaz de dañar a su propio hijo. Sé lo duro

que fue para vuestra majestad tener que confinar al príncipe Carlos, pero de ahí a... a eso de lo que ese libelo os acusa... —Cerró los ojos durante un brevísimo instante, buscando las palabras justas—. Hoy estoy aquí defendiendo al mío, señor, a mi hijo don Fadrique, y estoy seguro de que vuestra majestad, si estuviera en mi lugar, se habría expresado como yo lo he hecho, aun a costa de cruzar líneas que jamás hubiese deseado cruzar. Nada sé de esa carta ni del infundio que ella contiene. ¿Cómo os ha llegado, majestad?

—A través del inquisidor general.

—Ah, claro, don Gaspar de Quiroga... —Y en esas palabras, por el tono en que fueron pronunciadas, más que la constatación de un nombre había una acusación—. Bien sabéis de su intimidad con Antonio Pérez.

—¿Recordáis cuando pregunté a vuestra señoría por las llaves de la torre vieja?

—Lo recuerdo, señor. Como recuerdo que no me disteis explicación de vuestro interés.

Sacó ahora Felipe el pliego donde había dibujado el símbolo hallado en los anaqueles de la torre.

—¿Qué es esto, majestad? —preguntó el duque cuando el rey le exhibió el dibujo—. Es lo que aparece en la carta que me habéis mostrado...

—El símbolo de Saturno —explicó el rey—. El del Devorador. El del dios que devora a sus propios hijos. Estaba grabado en las estanterías de la torre vieja, donde a mi hijo el príncipe lo halló la muerte. Es, en efecto, el símbolo que figura en la carta que acabáis de leer.

—Nada sé de él, señor, como tampoco de la carta.

—Solo tres personas tenían la llave de la torre: vos, el alcaide y un guardia, el clavero Matías Ocaña. Apareció este muerto en la Cava

Vieja el Día de Todos los Santos, con el símbolo de Saturno grabado a cuchillo en el pecho. Y antes fue asesinado el médico Francisco Velasco, el que atendió a don Carlos hasta su muerte, en la calle del Factor. Y luego fray Antón de Tudela, que había estado en la capilla del príncipe. Cosido a las ropas de ambos había un cedulón con el símbolo que os he exhibido y con unas letras en las que se me acusaba de complicidad en su muerte.

—Es un desvarío, majestad —repuso Alba, por una vez escaso de palabras—. Todo esto es... una locura, un despropósito..., hay ahí afuera —y señaló con un gesto laxo de su mano los ventanales de la cámara— una mente enferma o perversa que mal os quiere, majestad.

—He sido informado de que vuestro hijo don Fadrique, durante el tiempo de su exilio, se ha inclinado a los libros de mitología, a las historias de los dioses antiguos, de esos que devoran a sus hijos —dijo el rey, solemnemente, en una acusación nada enmascarada—. Y qué casualidad que sea vuestra señoría quien disponía de llave de la torre vieja, donde fue hallado el símbolo de Saturno...

Ya no hubo sombras que cruzaran el semblante de Alba: fueron tempestades, turbiones donde se entreveraban la sorpresa, la rabia, la indignación, la impotencia...

—¿Me estáis acusando, a mí y a mi hijo, señor, de estar detrás de esas... de esas iniquidades? —preguntó, intentando contener todas esas emociones concurrentes en su voz, que sonó por ello cascada y rauca.

—Solo os he expuesto hechos, duque —replicó el rey, que contemplaba fijamente al grande de España, atento a cada uno de sus gestos, de sus pestañeos, del temblor de sus labios.

—Sois injusto, majestad —acertó Alba a decir tras unos instantes de vacilación, como si la voz se le hubiese atorado en la garganta—.

He servido a la Corona desde antes de que vuestra majestad supiera sostener una espada, y lo he hecho siempre del mismo modo: de frente, a la luz del día y sin pliegos anónimos. No he necesitado nunca esconder mi nombre para decir lo que pensaba, ni recurrir a símbolos antiguos para hacer entender una advertencia. Cuando he tenido algo que decirle a mi rey, como hoy he hecho, lo he dicho mirándolo a los ojos, aun a riesgo de su desagrado. —El rey no respondió. Alba continuó, despacio, como quien mide cada palabra para que no se vuelva contra él—: No ignoro, señor, que en esta corte hay quienes confunden la severidad con la intriga y el silencio con la culpa. Y quien es capaz de todo con tal de perjudicar a la Casa de Alba, y sabéis perfectamente a quiénes me refiero. Pero os aseguro, por mi honor y por la memoria de mis servicios, que no he escrito esa carta ni he estado en la torre vieja para grabar símbolos mitológicos ni he instigado a nadie a hacerlo. No me oculto tras metáforas ni amenazo con viejos dioses. Si hubiese creído necesario advertiros de algo tan grave, lo habría hecho del modo que siempre he usado: con claridad, con crudeza quizá, pero sin rodeos indignos.

Hizo una breve pausa y añadió, con un tono más bajo, casi reflexivo:

—Comprendo que busquéis responsables, majestad. Comprendo también que mi nombre resulte cómodo para ciertas sospechas: he sido duro, he sido temido y no siempre amado. Pero precisamente por eso no soy hombre de anónimos. Mi lealtad, como mis enemistades, siempre han sido públicas. Y si algo he aprendido tras tantos años es que los golpes verdaderamente peligrosos no vienen de quienes dan la cara, sino de quienes se amparan en el rumor y en la ambigüedad. —Y se levantó, sin venia del rey, y dio un paso atrás, apenas perceptible, como cerrando su defensa—: Si alguien pretende inquietar a vuestra majestad con esa carta, no soy yo

quien se esconde tras ella. Y si alguien desea sembrar desconfianza entre vuestra majestad y vuestros servidores más antiguos, convendría preguntarse a quién aprovecha que dudéis de quienes jamás han dejado de obedeceros. Y ahora, majestad, si no ordenáis nada más, volveré a mi casa y a mi arresto. Quedad con Dios.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Alba, se dijo el rey que nunca había visto tanto dolor, tanta amargura, en alguien tan corajudo como el duque.

Y no supo qué pensar.

28

Las andanzas de Villafañe

Madrid, 10 de noviembre de 1578

Cristóbal Villafañe refunfuñaba a cada momento, para su caletre, que él era alcalde de Casa y Corte, y no alguacil. Que él era bachiller y letrado, por Valladolid para más señas, y no un sabueso que hubiera de estar cada día husmeando en las compañas de un médico y un fraile asesinados, en la vida pasada de un guardia del alcázar igualmente apiolado y buscando a quienes no se dejaban hallar: a un zagalillo que pareciera que se lo hubiese tragado la tierra y a dos jaques de los que no sabía más que eso, que eran dos bravos oscuros y riesgosos en cuyas cercanías nadie que preciara su vida debiera hallarse.

Fue una ninfa de la mancebía de la calle de Toledo, esquina a la de Arganzuela, la que le habló de los dos sicarios. O de los dos gallos, como ella los llamó. En todos los garitos, tascas, burdeles y boliches por donde había indagado, Villafañe se había encontrado con miradas hoscas y ceños fruncidos, pues sabido era que, en el mundo del hampa y el puterío, el soplar a los alguaciles o ser amigo de corchetes era el camino más corto al cementerio. Sin embargo, en esa mancebía de la calle de Toledo se hallaron con una niña de poco más de dieciocho años, Patrocinio de nombre aunque todos la conocían como la Patro, en cuyo rostro —todavía agraciado, a pesar

de la mala vida— aún quedaban los rastros de una paliza no muy lejana. Habían preguntado en ese lupanar por el guardia Matías Ocaña e investigado si alguna de las hetairas o de los parroquianos o de los rufos que por allí rondaban lo habían visto el día de autos, y se habían encontrado, como era norma, con el silencio y los encogimientos de hombros, cuando no con miradas desafiantes, por respuesta. Así que salieron del antro como habían llegado, sin una mala pista que llevarse a la boca. No obstante, cuando ya estaba en la calle de Toledo, oyó que le chicheaban.

—Eh, eh, vos, el guripa. Eh, eh, ¡oíd!

Se giró y vio a la muchacha apostada en la puerta del burdel, justo bajo el ramo que colgaba del dintel del establecimiento.

—¿Sí?

La manceba le indicó por señas que lo siguiera hasta el callejón que había a la vuelta de la esquina, lo que Villafañe hizo no sin antes indicarle a uno de los alguaciles que lo escoltaban que estuviera ojo avizor.

—¿Qué te sucede, hija? —preguntó el justicia, ya en la sombra del callejón, a resguardo de ojos y oídos indiscretos.

—Ha estado ahí dentro vuestra merced haciendo pesquisas, preguntando por un muerto... —dijo la fulanita, todavía con dudas y algo de prevención en su voz.

—Así es.

—Pues... —Y se quedó callada, hasta que adoptó una resolución y se le desvanecieron las dudas—: Yo no quiero hacerle la cama a nadie, ni ser una *avisona* ni una *gualtera* ni nada, ¿sabe vuestra merced? —le soltó la niña al alcalde, con palabras que este apenas entendió, por su jerigonza. En su vocecita había ahora tanto susto como desafío—. Pero tampoco quiero que ese hijo de mala madre le haga a otra lo que me hizo a mí.

—¿Puedo saber —preguntó Villafañe, algo difuminado y usando el tuteo de cuando se hablaba con parientes, niños, criados o fulanas— de qué me estás hablando, chiquilla?

—¿No preguntabais vos ahí dentro —dijo, señalando con un gesto gracioso de los ojos el lupanar— por el guardia que fue apiolado el Día de Tosantos? El que trabajaba en el alcázar.

—Sí, sí.

—Y si yo os cuento unas cosillas, ¿habría algo para mí?

—Su majestad el rey ha ofrecido cincuenta escudos de oro a quien facilite cualquier información que permita detener al culpable de la muerte del guardia.

—¡Cáspita! ¿Cincuenta escudos dice vuestra merced? ¡Con eso salgo yo de puta!

—¿Es que sabes algo del crimen, muchacha?

—Sé que el guardia apiolado estuvo aquí en la tarde de ese día buscando a los dos gallos, al sandio que yació con mi amiga la Benita y al hijo de puta que me dejó la cara y el culo como un campo de coles. A ese cabrón no le gusta lo que a cualquier hombre, sino dar una mano de jarabe de pico. Casi me lleva a la Latina, el muy joputa.

—Bueno, bueno... —dijo Villafañe, moviendo ambas manos como si estuviera sofrenando a un caballo, y perdido en aquella germanía. Sabía que la Latina era un hospital y por ahí pudo desenmarañar el galimatías—. Vayamos por partes, hija, que me pierdo. Dices que el guardia Matías Ocaña estuvo en el burdel en la tarde del Día de Todos los Santos...

—Bueno, yo no sé si se llamaba Matías o Jeremías. Lo que sé, porque se comentó cuando se fueron, es que era guardia en el alcázar. Y al día siguiente se corrió el ruido de que le habían dado matarile.

—¿Y vino a yacer con alguna... con alguna pupila?

—No, no, qué va. Llegó y se fue de vacío.

—Entonces, vino al lupanar con esos dos de que me hablas, el que te hizo daño y su amigo, ¿no?

—No vino con ellos, que no se entera vuestra merced de la misa la mitad. Esos dos ya estaban aquí, el ganso que yació con Benita y el bellaco ese, que era un aborto del infierno y que me dio un ajonjolí de bofetadas y me hizo otras cosas que ni le cuento para que no se escandalice vuestra merced. Y luego, cuando yo terminé con esa víbora, o cuando él terminó conmigo, llegó el guardia y se fue con ellos. Y hasta ahí os puedo contar.

—Bien, bien... Y tu nombre es...

—Patrocinio Suárez, aunque todos me conocen como la Patro... Aunque... ¿para qué queréis saber cómo me llamo?

—Pues para la sumaria, hija...

—Eh, eh, eh, pare vuestra merced el carro, que hasta ahí podíamos llegar. ¿Es que no sabe vuestra merced lo que por aquí se les hace a los judas y a los que dan el soplo a los guripas? Pues, como poco, se les pinta la jeta, cuando no se les crujen las costillas y se les hace la raya. Y bien servida voy yo de cardenales como para ponerme a pespuntear costurones. Nada de nombres ni de sumarias, ¿eh?

—Bien, bien —admitió el alcalde—. No te citaré en los legajos. Y ahora, ¿podrías describirme a los dos jaques?

—En el primo, en el que se fue con Benita, ni me fijé. Solo os puedo decir que era eso, un pajizo, un mentecato.

—¿Y el otro?

—El maldecido que subió conmigo era un tipo más bien alto, moreno, ojos siempre avizores, mal gesto, como de permanentemente encorajinado, cerrada y desaliñada la barba y, si

no fuera por los insultos que me prodigó mientras me pegaba, habría dicho que era mudo. Pero no lo era, aunque así se le caiga la lengua a pedazos. Verdad sí es que hablaba raro.

—Raro ¿cómo?

—Pues no sé cómo explicárselo a vuestra merced —dudó la chiquilla—. No es que hablase en algarabía, eso no, pero sí que hablaba raro... Con un acento diferente.

—¿Gabacho? ¿Flamenco?

—¿Y cómo quiere vuestra merced que yo lo sepa? No distingo entre unos y otros, pardiez. Hablaba castellano, pero con un deje que... que no sé cómo explicárselo.

—¿Andaluz, quizá?

—No, andaluz no, que a esos sí los distingo. Y este, aparte de no hablar como ellos, no era decidor ni gracioso, voto a tal que no. Todo lo contrario, un auténtico hijo de mala madre.

—¿Catalán tal vez? ¿O aragonés? ¿Vasco?

—Catalán no era, porque no hablaba en jerigonza. Tampoco aragonés, pues no hablaba a pedradas. Ni vasco, pues no decía en vizcaíno.

—¿Gallego acaso?

—Pues... pudiera ser, pero no podría empeñarle palabra de cristiana. Sí es verdad que parecido era. Ese cabrón no tenía ese hablar de llanto de los gallegos, pero sí que se le asemejaba. Pero... ¡ay, cómo quiere vuestra merced que lo sepa, si yo solo soy una ninfa de tasqueras!

—Está bien, está bien... —confortó Villafañe a la hetaira—. ¿Algo más? ¿Puedes darme algún otro dato que me ayude en la pesquisa?

—¿Qué quiere vuestra merced que le diga? ¿Cómo tenía la minga el malnacido? Solo puedo decirle eso, que es un bellaco desalmado,

auténtica carne de horca, sin fe ni ley y nacido de la peor ralea del infierno. ¿Le parece poco a vuestra merced?

—Dime al menos si había algo en él que me pueda servir para identificarlo... ¿Algún signo característico? ¿Algo en su indumentaria?

—Ah, pues ahora que lo dice vuestra merced, sí... Dos cicatrices profundas que le cruzaban la cara en la mejilla..., en la mejilla..., a ver... —y levantó primero una mano y luego la otra—, sí, en la mejilla izquierda. Seguramente, remiendos de cuchilladas.

—¿No dijeron sus nombres?

—No, señor. No se suelen usar los nombres ahí dentro —afirmó, señalando el burdel.

—¿Ni los de pila?

—Ni los de pila.

—Y, por casualidad, ¿no sabrás nada de un zagal de pelo castaño, mal vestido y harapiento?

—Uf, lo que vuestra merced quiera. De esos los hay a cientos en estos andurriales. Pero si me pregunta por uno en concreto, pues como que no. —Y se quedó mirando al alcalde de Casa y Corte con ojitos de carnero degollado—. Y entonces, vuestra merced, ¿lo que le he dicho vale cincuenta escudos de oro o no?

—Pues aún no, hija, aún no.

Cristóbal Villafañe dejó la calle de Toledo y a la ramerita Patrocinio Suárez algo más animado y después de aviarla con un puñado de maravedíes que a la fulana tuvo que parecerle escaso, pues lo despidió con un «Vaya merced, que me deja una limosna de pordiosero tras haberos servido como a un grande de España» que sofocó al alcalde. Al menos, se fue diciendo, ya tenía una pista: dos jaques malencarados, uno algo primo y otro, como había dicho la putita, un aborto del infierno.

Ahora el problema era dar con ellos. Porque, en Madrid, individuos malencarados y facinerosos, malinos y bellacos, los había para dar y regalar. A ver si esas dos grandes cicatrices en la cara...

***

Luisillo llevaba días refugiado entre Lavapiés y el Rastro, buscando, en aquellos sitios dejados de la mano de Dios, amparo de quienes lo perseguían.

Lavapiés, arrabal de extramuros así llamado porque era antaño donde la gente humilde se lavaba los pies antes de entrar en la ciudad o de participar en ciertos ritos religiosos, era un alfoz mal trazado y densamente poblado. Sus calles eran estrechas, sin empedrar, con casas bajas y corralas primitivas donde se hacinaban jornaleros, criados sin empleo fijo, artesanos pobres, aguadores, mozos de cuerda y gente llegada del campo sin recursos. Era una zona en la que se amontonaban la miseria, la suciedad, la indigencia y el peligro. El Rastro, por su parte, así llamado porque por allí bajaban los restos de animales desde los mataderos hacia el Manzanares, dejando literalmente un «rastro» de sangre, era el arrabal donde pululaban curtidores, matarifes, vendedores de despojos y gentes dedicadas a oficios considerados viles. La pestilencia de la sangre, el ruido y los restos de asaduras y menudillos pringando la tierra de las calles hacían que fuera uno de los lugares más desagradables de la ciudad.

Mal se podía sobrevivir allí, en uno y otro paraje, pues pocos encargos había y ningún trabajo se encomendaba a pilluelos como él. Y para Luisillo, robar a los pobres era pecado mortal, y allí, en esos arrabales, lo que sobraban eran pobres y muy rara vez se veía

un jubón lujoso, un chaleco bordado o un calzado de cuero con faltriquera gorda en la que manosear.

Eran, sin embargo, tanto Lavapiés como el Rastro, buenos lugares donde refugiarse y pasar desapercibido, pues entre girasoles nadie distingue a uno en concreto. Y allí llevaba el niño, con el susto en el cuerpo, desde aquel Día de Tosantos en que vio cómo los dos bravoneles apiolaban a un pobre infeliz a quien dejaron tendido y muerto en un zaguán de la Cava Baja. En un lugar similar y en estado idéntico a como él quedaría en caso de que los dos valentones diesen con su personita.

Durante esa semana y media había sobrevivido a costa de los últimos maravedíes que le quedaban del pago que los dos jaques le habían hecho por engaitar al pobre médico de la calle Mayor y, cuando las últimas blancas se le acabaron, a costa de escarbar en las basuras de las corralas y de comer desechos y cáscaras. Un viejo rijoso le ofreció dos reales por agacharse en el Cerrillo de los Rastros y dejar que le perforase el ojo de mil piezas, mas se llevó, en vez del gusto, una patada en las espinillas y una retahíla de improperios. Si Luisillo no había dejado que el padre Prudenciano le hurgase los intestinos, no iba a permitírselo ahora a ese viejarrón sodomita por un mísero par de reales, pues no le daba el hambre para tanto.

Para lo que sí le dio la gazuza fue para replantearse su vida y sus correrías. ¿Qué iba a estar —se preguntó—, toda la vida huyendo como un venado, un día del alcalde y al otro de los dos matasietes? ¿Toda la vida escondido entre las barreduras de Lavapiés y los higadillos y lechecillas del Rastro? ¿Qué clase de vida era esa? ¿Tanta condena por un maldito real de a ocho? ¿Eso era lo que valía su existencia, una simple moneda de plata, por gorda que fuera?

Sintió que la desesperación lo atrapaba y las lágrimas le rodaron mejillas abajo mientras roía un mendrugo más duro que el asiento

de un galeote.

Se dijo que tenía que hacerse con una bolsa de la manera que fuese, una bolsa que le permitiera huir de Madrid, a Aragón, a Italia o a donde fuera que no lo hallasen ni el justicia ni los sayones. Pero ¿cómo hacerse con ella?

Acongojado, se lio la manta a la cabeza y abandonó la calle de la Fe, donde se hallaba royendo el cabero y, sin pensárselo, tomó el camino del centro de la villa: cogió la calle del Avemaría para llegar a la plaza de Lavapiés, subió luego por la calle de Atocha y cruzó la calle de Toledo para alcanzar la calle Mayor.

Y justo cuando se hallaba en la calle de Toledo, observó con pasmo que el alcalde de Casa y Corte que tan contumazmente lo perseguía aparecía desde un callejón cercano a la mancebía donde los sicarios se habían encontrado al guardia al que después enviaron a los quintos. Estaba hablando con una de las hetairas del burdel, y vio atónito cómo se despedía de ella después de aviarla con una bolsilla. Se quedó tan alelado que no supo reaccionar cuando el alcalde se reunió con los alguaciles y corchetes que lo escoltaban y se dirigía justo hacia donde él estaba.

Y allí permaneció, detenido como un don Diego, o como un sopista a la puerta del convento esperando la boba, mientras el alcalde se cernía sobre él como la sombra de la horca.

Se vio perdido, aherrojado y conducido a empujones a la gayola, y de ahí a cabalgar el asno de madera y al baile del ahorcado.

Cerró los ojos, temeroso de oír la voz de ¡alto! y el ruido de los grillos al cerrarse sobre sus muñecas, y así escuchó cómo el grupo de los justicias se aproximaba y luego, para su estupor, cómo uno de los corchetes lo empujaba para que se quitara de en medio y cómo la cuadrilla pasaba de largo.

Le costó recuperar el hálito al darse cuenta de que había estado un rato sin respirar, el que habían tardado el alcalde y los alguaciles en llegar a su altura y sobrepasarlo.

Lo ganó la esperanza. El alcalde lo había tenido al lado, como el alma al cuerpo, y no había reparado en él.

Tal vez, pensó, la situación no era tan mala como había conjeturado.

Mas al cabo se dijo que muy bien, que tal vez ese justicia no sabía a quién en verdad perseguía ni tenía una descripción certera de él, pero que los dos jaques sí que lo habían visto, sí sabían cómo era y no iban a pasar de largo si se lo topaban en cualquier esquina. Y todo ello sin contar con que Gabrielillo o cualquiera otro de los ganapanes con que se juntaba no se fueran de la lengua, en lo que ya estaban tardando.

Luisillo tenía que decidir qué hacer con su vida y cómo sacar provecho del brete en que se encontraba, si es que tal cosa era posible.

El problema era que ni sabía lo primero ni encontraba manera para lo segundo.

Lo ganó el hambre, pues ya tenía el mendrugo en los pies después de la caminata, y todas sus preocupaciones cedieron paso a la que cada día lo agobiaba: cómo llenar la tripa esa noche.

Y a ello se puso.

29

NOTICIAS DE EMBAJADORES

Bosque de Segovia, 16 de noviembre de 1578

Felipe II llevaba desde el día 15 de noviembre en el Bosque de Segovia, como se conocía al real sitio de Valsaín, en los montes de este mismo nombre, cerca de la ciudad del acueducto. El sitio era un inmenso pinar atravesado por arroyos fríos, claros de pasto y sendas reales. No era, ni mucho menos, un bosque agreste, sino un territorio cuidadosamente gestionado, reservado al uso del rey y protegido por una compleja red de guardas, monteros y oficiales forestales. El paisaje estaba dominado por los troncos rectos y altos de los pinos silvestres, por sus copas frondosas, que apenas dejaban pasar la luz sobre un suelo cubierto de agujas, helechos y musgos. En las zonas más altas, el bosque se volvía más ralo y áspero; en las vaguadas, húmedo y sombrío. En su corazón se levantaba el palacio de Valsaín, residencia real utilizada con frecuencia por los Trastámaras y, ahora, por los Austrias. Era un palacio perfectamente integrado en el entorno forestal, concebido para estancias prolongadas y jornadas de caza, en el que se organizaban monterías y en el que Felipe podía trabajar alejado del bullicio de la corte. El bosque tenía además un enorme valor estratégico. De él se extraía madera de altísima calidad, destinada a obras reales, edificios y, sobre todo, a la Armada. Cada árbol estaba contado, marcado y

regulado. Cortar sin licencia real era delito grave castigado con penas más graves aún. El aire era frío incluso en verano, limpio y silencioso, solo roto el silencio por el viento en las copas o el sonido del agua. Esta combinación de clima, aislamiento y belleza hacía del Bosque de Segovia un lugar ideal para el retiro estacional del rey cuando, como ahora, quería huir del mundo, de todos y de todo, y dejarse embeber por la naturaleza, por la armonía que el lugar trasminaba.

Sin embargo, hoy ni siquiera allí hallaba Felipe no ya un remanso, sino ni siquiera una poza de paz.

Estaba permanentemente en vilo, el corazón en un puño, un dolor frío en el pecho, sin saber desde dónde iba a llegarle el próximo golpe.

Poco después de celebrar la audiencia con el duque de Alba, Madrid se convirtió en un infierno. Comenzaron a llegar cartas de los embajadores y agentes españoles en las cortes europeas, y todas ellas con una misma noticia: la acusación que se hacía contra el rey de España de haber dado muerte al príncipe Carlos y la referencia al símbolo de Saturno.

Desde Londres, el embajador Bernardino de Mendoza remitió carta cifrada en la que daba cuenta de que por toda la ciudad y la corte de la reina Isabel Tudor —la Jezabel europea, como el papa Gregorio la llamaba— corrían billetes en los que se acusaba a Felipe de haber mandado asesinar a su hijo Carlos, a su primogénito, como un Saturno que devorase a su descendencia, porque —se decía— el príncipe yacía cada noche con su madrastra Isabel de Valois. ¡Qué desatino, pues la reina Isabel quería a Carlos como a un hijo, y jamás, noble de corazón como era y profunda cristiana, habría traicionado a su esposo! Pero ¿cómo detener el rumor que, como la hidra, se multiplicaba si se le intentaba cercenar?

Desde Lisboa, Cristóbal de Moura, allí destinado tras la captura del embajador Juan de Silva en la batalla de Alcazarquivir donde había perecido el rey Sebastián, y su posterior rescate y convalecencia en Madrid, informaba de que en la capital de ese reino, y en Oporto, en Évora, en Coímbra, circulaban pasquines en los que se vertía idéntica acusación hacia Felipe, de quien se decía que no solo había dado muerte a su propio hijo Carlos, sino también a su esposa Isabel de Valois. ¿Cómo se podía ser tan artero y cruel? Era verdad que la reina murió solo unos meses después de que Carlos falleciera en la torre vieja, en octubre de 1568 en concreto, pero ¡fue en el parto de su hija Juana, que apenas vivió hora y media, y a causa de una infección en los riñones! ¡Y estuvo en todo momento acompañada de sus hijas las infantas y de su esposo, que no se separó de la cabecera de su cama!

Desde París, el plenipotenciario Juan de Dios de Vargas Mejía notificaba a Felipe que por la corte del rey Enrique III circulaban perqués en los que, a modo de preguntas y respuestas, se daba a entender la participación del rey de España en la muerte de su hijo Carlos, y se le motejaba como «Saturno redivivo capaz de devorar a su propia prole en el altar innoble de su ambición sin medida».

Y desde Génova, desde Lucca, desde Módena, desde la Serenísima República de Venecia, desde el Gran Ducado de la Toscana llegaron, a través de los agentes españoles, noticias similares: las acusaciones que corrían como el fuego en la estopa acerca de la culpa del rey Felipe en la muerte de su hijo el príncipe Carlos.

Felipe sabía que todos esos infundios, todas esas calumnias eran obra de una sola mano.

Sí, pero ¿qué mano era aquella?

¿Quién estaba detrás de tanta patraña y tanta mentira?

¿Y cuál era su fin último, además de su descrédito y su mancilla?

Eran preguntas que, ante su incapacidad para darles contestación, le estaban provocando una frustración y una impotencia que estaban afectando a su salud. De ahí que los médicos le hubieran aconsejado viajar hasta el Bosque de Segovia, donde, dijeron, el contacto con la naturaleza podría ser más benéfico para la salud del rey que las sangrías y los jarabes.

***

Era casi el mediodía cuando Felipe II regresaba de la montería que había tenido lugar esa mañana en los montes del Bosque de Segovia. Había estado emplazado casi toda la mañana en el puesto real, aguardando a ver llegar las piezas empujadas por las rehalas de perros alanos y sabuesos y por los batidores. En su puesto, en el silencio del bosque, apenas roto por los ladridos de las rehalas, los toques de trompa, los gruñidos de los macarenos y los balidos de los ciervos, había estado más ensimismado en sus propios pensamientos y en sus propias cuitas que atento a las instrucciones de los monteros y a los avatares de la caza.

De regreso en el palacio de Valsaín, observó que, en el patio de las Vacas, había dos coches de caballos estacionados, dos coches que esa mañana no estaban allí y que no pertenecían a la cochera real.

—¿De quién son esas carrozas? —inquirió.

—No lo sé, señor —contestó el montero mayor—. ¿Esperaba vuestra majestad visitas?

Felipe no respondió. No, no esperaba visitas, y ninguna sería bienvenida. Necesitaba estar a solas, reflexionar sobre los acontecimientos que le torturaban el alma, decidir una línea de acción, ver de qué forma acabar con lo que estaba sucediendo, los

anónimos, las amenazas, las muertes. Tal vez, se dijo, quien quisiera que hubiese llegado al bosque traía buenas nuevas desde Madrid: acaso que habían detenido a quienes hubieran dado muerte al médico Velasco, al fray Tudela y al guardia Ocaña; tal vez que Villafañe había descubierto la mano que estaba detrás de los anónimos. Pero, a la vista del cariz de su suerte en los últimos tiempos, en nada de ello confiaba.

Se adentró en el palacio. Su interior era una mezcla imposible de la sobriedad castellana y del refinamiento flamenco. Altos ventanales que dejaban entrar la claridad del cielo segoviano. Vidrios traídos de los mejores hornos. La capilla, con su coro y sus alfarjías que unían la tradición mudéjar con el nuevo estilo de los Austrias. Los ricos frisos de madera y los tapices flamencos de las estancias reales, que aislaban del frío de la piedra. Las grandes chimeneas, elemento central de cada cámara, monumentales, de piedra tallada, siguiendo modelos franceses y flamencos que el arquitecto Gaspar de Vega había visto en sus viajes por Europa. Aquí, en ese palacio, había nacido la infanta Isabel Clara Eugenia y tal vez por ello era un lugar donde Felipe solía encontrar la paz, una paz que hoy se le mostraba esquiva.

—¿Qué hacéis vos aquí? ¿Y vos, don Juan?

Sorprendido, temeroso de recibir más malas noticias que su corazón no podría resistir —la muerte de la reina Ana o, Dios no lo quisiese, de alguno de sus hijos, una derrota crucial en Flandes...—, Felipe observó, justo a la puerta de la Galería de Retratos, a su secretario Mateo Vázquez de Leca y a Juan de Zúñiga y Requesens, su embajador ante el papa Gregorio.

—Majestad —fue Mateo Vázquez quien respondió—, traigo la sentencia del Consejo de Castilla en el negocio de don Fadrique de

Toledo, que precisa la firma de vuestra majestad. La he traído en cuanto ha llegado al alcázar, como me ordenasteis, señor.

—¿Y vos, don Juan?

—Traigo un mensaje del papa, majestad.

—¿Tan secreto o urgente que no lo habéis podido remitir con los correos de Roma?

—Me temo que así es, señor.

Felipe miró a su embajador en el Vaticano. Hijo de su antiguo ayo Juan de Zúñiga Avellaneda y de su esposa Estefanía Requesens, había sido su paje cuando niño, consejero de Estado y ahora su legado ante la Santa Sede. Hombre de su entera confianza, escrutó su rostro intentando adivinar el sentido del mensaje del que era portador y, al observar el gesto de Zúñiga, grave y circunspecto, pronosticó que no eran buenas las nuevas que traía.

—Decidme —pidió el rey.

Dudó el embajador, mirando de reojo a Vázquez de Leca. Sabía que el secretario era persona muy cercana a Felipe, conocedor de la mayor parte de los asuntos trascendentales del reino, pero el recado del papa Gregorio que había de trasladar al rey de España era de tal magnitud y trascendencia que consideraba que primero lo debía conocer su majestad y que ya después decidiera este con quién compartirlo.

—Tal vez, señor —aconsejó—, fuera conveniente que me concedierais una audiencia privada.

Las palabras de Zúñiga confirmaron a Felipe lo que había conjeturado: que el mensaje del papa era de suma gravedad y relevancia. Y, pensó, cuando algo era de esta índole, solía ser por lo general ominoso y malaventurado.

—Seguidme.

Zúñiga siguió al rey hasta su cámara privada, donde despachaba los negocios en los días en que residía en el palacio de Valsaín. Situada con vistas a la sierra de Guadarrama, tenía suelo de azulejería y techo artesonado de madera labrada. En el centro de la estancia había un pesado bufete de madera de nogal, cubierto con un tapete de terciopelo carmesí. Sobre él, un tintero de plata, plumas de ave y una pequeña montaña de legajos. En el lateral lucía una gran chimenea de piedra decorada con el escudo de los Habsburgo. Se acomodó Felipe en su sillón con asiento y respaldo de cuero repujado, claveteado con tachuelas de bronce, e invitó al embajador a sentarse frente a él.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó el rey.

—Llegué ayer mismo a Madrid, señor. Y en cuanto supe que estabais aquí, en Valsaín, me puse en camino. Hice noche en El Espinar y al alba nos pusimos en marcha de nuevo. No había tiempo que perder, majestad. El viaje desde Italia se demoró más de lo que hubiese deseado. Tardé días en hallar un barco y vientos favorables.

—¿Tan importante es lo que tenéis que decirme?

—Lo es, majestad.

—Contadme, pues.

—El pasado 6 de octubre, el papa Gregorio me convocó a una audiencia privada...

—¿El 6 de octubre? —se extrañó el rey—. De eso hace ya... un mes y diez días...

—Así es, señor. Debería haber estado ante vuestra majestad hace al menos dos semanas, pero, como os he dicho, el viaje se demoró. La dificultad de hallar una galera que viniese a España y los vientos desfavorables y las tormentas retrasaron mi partida.

—Disculpad la interrupción. Continuad, os lo ruego. ¿Qué quería Gregorio de vuestra merced?

—Ha recibido una carta, señor. Una carta anónima, por lo que entendí. Cuando le pregunté quién se la había hecho llegar, el papa se limitó a recordar que los caminos del Señor son inescrutables.

—Una carta... —dijo Felipe, después de cerrar los ojos un momento, con tremendo pesar; no necesitó que Zúñiga le detallase su contenido; Felipe ya lo había adivinado—. Una carta en la que se me acusa de la muerte de mi hijo Carlos. Una carta que también hablaría de Saturno, el dios devorador.

Zúñiga contempló a Felipe con estupor, con la sorpresa de quien mira al basilisco. Sabía de la inteligencia y perspicacia del rey, pero ¿cómo podía haber adivinado el contenido del anónimo que Gregorio XIII le había mostrado? ¿Era verdad que el rey tenía «poderes», como algunos decían?

—Pero... ¿cómo lo sabéis, majestad?

—Recibí, hace unos meses, una carta anónima con idéntica acusación. Y esquelas similares circulan por todas las cortes de Europa. Así que no es difícil conjeturar que la carta recibida por el papa sea de igual tenor. No me equivoco, ¿verdad?

—No os equivocáis, majestad —reconoció el embajador—. En esa carta se os acusa, en efecto, de haber tenido participación en la muerte de vuestro augusto hijo, y se os comparaba con Saturno, es verdad. Por supuesto, lo negué categóricamente y...

—Sí, sí, está bien, os lo agradezco —interrumpió Felipe, y había en su voz un tono de molimiento y lasitud—. ¿Cuál es la postura de Gregorio ante esa mendaz acusación? ¿La cree?

—No lo afirmó, majestad, por supuesto que no —aclaró Zúñiga—. Pero sí dijo que la Iglesia ha de intervenir para evitar que la acusación destruya la legitimidad del poder cristiano. Reconoce que es un asunto doméstico de España, pero sostiene que la razón de Estado no puede quedar fuera del juicio moral de la Iglesia. Asevera

que, si la acusación no se despeja, los protestantes, calvinistas y luteranos la explotarán, los príncipes católicos desconfiarán y la autoridad moral de España se resquebrajará.

—¿Y qué pretende?

—Intervenir, majestad. No para condenar a vuestra majestad, sino para que el mundo no os condene. Esas fueron sus palabras.

—Ah, el taimado Gregorio —dijo el rey, con un suspiro que tanto podía ser de cansancio como de irritación—. Siempre presto a meter las narices en la basura a ver qué tesoro encuentra.

—Le respondí, señor, que siempre habéis respetado la autoridad de la Iglesia en los asuntos religiosos —añadió Zúñiga—, porque sabemos que su autoridad procede de Dios. Pero también le hice ver que vuestra majestad es el rey del mayor imperio que jamás vieron los siglos, que lleva años defendiendo a la cristiandad y que no vais a consentir que se trate a España como un reino menor, pues reconocéis al papa como vicario de Cristo, pero no como juez temporal de vuestra corona.

—Bien dicho, querido amigo —dijo el rey, utilizando ese término que para tan pocos reservaba. Zúñiga, apercibido, no pudo evitar una mínima sonrisa de satisfacción—. Mas supongo que Gregorio tendría respuesta para todo.

—Así es, señor. Insistió en que la Iglesia no puede mantenerse al margen ante un negocio de esta envergadura. Que lo que procede es, y cito sus palabras textuales, *Age ut omnia bene eveniant*, «Actuar para que todo acabe bien». Y que solo pretende que todo se esclarezca para salvaguardar vuestra monarquía, brazo armado de la cristiandad.

—Muy propio de Buoncompagni —dijo Felipe, citando el apellido en el siglo del papa de Roma—. Consecuente con la familia de mercaderes de la que proviene. Una de cal y otra de arena, ¿verdad?

Parece que ya ha olvidado que no sería papa de no haber tenido mi apoyo y simpatía en el cónclave. Pero, en fin..., ¿qué es lo que propone?

—Quiere saber que no hubo intención homicida en la muerte del príncipe. Quiere que se le garantice que se le facilitó al príncipe todo el auxilio médico y espiritual que precisaba. Quiere saber que la muerte fue natural. Saber que vuestra majestad, al decretar la prisión de vuestro hijo, actuó por necesidad grave y no por capricho o provecho. —Y dudó ahora Zúñiga un brevísimo instante—. Quiere, señor, en fin, que os sometáis al juicio de la Iglesia. Le hice ver, majestad, que no conviene que quienes sostienen la fe con la espada se vean debilitados por dudas sembradas desde la más alta cátedra de la cristiandad.

—El juicio de la Iglesia... —murmuró Felipe tras un breve silencio, gacha la mirada. Y repitió—: El juicio de la Iglesia... —Levantó la mirada y la fijó en su embajador vaticano—. ¿Cuándo regresáis a Roma?

—Cuando me ordenéis, majestad.

—Volved, pues, cuanto antes y decidle a Gregorio que estoy dispuesto.

—¿Dispuesto a qué, señor? —preguntó Zúñiga, dubitante.

—A someterme al juicio de la Iglesia, ¿por qué no?

Frunció el ceño el embajador, de nuevo sorprendido por las palabras de su señor.

—Pero, majestad, sois el rey de España, el dueño, como le dije a su santidad, del mayor imperio que jamás los años conocieron —repuso el embajador, desconcertado—. El papa tiene la autoridad espiritual, pero no tiene potestad para juzgaros por hechos que, además de falsos, se dicen acaecidos en vuestro reino, sometidos a las leyes de los hombres, y no a las bulas pontificias.

—Ya me sometí al interrogatorio de la Santa Inquisición, y por dos veces —adujo Felipe—, cuando el juicio al obispo Bartolomé Carranza. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora? Además, es bueno que se sepa la verdad, y que se sepa de mis labios.

—Podríais dar —sugirió Zúñiga— cuantas explicaciones creáis convenientes en una carta que yo mismo llevaré sin demora a la Santa Sede.

Negó Felipe con la cabeza, tajante.

—No, iré personalmente. Quiero estar cara a cara con Gregorio. Y ver qué resulta de todo ello. A lo mejor, quién sabe, resultan más ventajas que quebrantos. Sí. ¿Por qué no?

—Señor...

—Lo he decidido —atajó el rey—. Ahora bien, será cuando yo diga. Y cuando descubra qué mano perversa está detrás de la acusación que se me formula. Será entonces y no antes. Cuando todo esté clarificado y pueda llevar a Gregorio todas las explicaciones que demanda.

—Así se lo haré llegar a su santidad, señor, si eso es lo que queréis.

—Eso es lo que quiero. ¿Cuándo partiréis?

—Mañana mismo, si así me lo mandáis.

—Descansad un día o dos. Y una cosa, don Juan...

—Decidme, majestad.

—Comunicad al papa Gregorio que me avendré a sus deseos con una única pero ineludible condición. Solo acudiré a someterme a su juicio si, a cambio, me da lo que pido.

—¿Y qué es, señor?

—Hemos sabido, por nuestros espías portugueses, que el cardenal Enrique, rey de aquel país, se ha dirigido o se va a dirigir al papa reclamando dispensa para poderse casar. Y, según todo indica, dada

su edad y su salud, pretende hacerlo con mujer ya preñada, para que el hijo de esta sea su sucesor en el trono. —Hizo una pausa para que Zúñiga entendiera bien sus órdenes—. Decidle al papa de Roma que solo si deniega esa dispensa acudiré a someterme a su juicio. Decídselo así, con estas palabras. —Y apostilló—: Y que obre en consecuencia.

30

Pérez y la princesa de Éboli

Madrid, 18 de noviembre de 1578

Antonio Pérez vivía en la plazuela del Cordón, un rincón de Madrid de calles angostas y trazado medieval. Situada muy cerca de la iglesia de San Justo y de la zona del Sacramento, era un lugar de casas principales, con portadas de piedra, rejas, balcones y el rumor constante de criados, recados y visitas. Un buen lugar para vivir un secretario real.

Hoy, sin embargo, se encontraba en su residencia de recreo, situada en el Campo del Rey, en el arrabal de Santa Cruz, extramuros de la ciudad, una zona de huertas donde había levantado una lujosa villa de descanso apartada del bullicio del corazón de Madrid. En la villa y corte se la conocía como la Casilla, pero era una finca que de mal modo podía merecer diminutivo alguno. Era una vasta hacienda con un palacete de estilo italiano que destacaba por su extrema opulencia. Tanta, que muchos en Madrid se preguntaban cómo un simple secretario había podido ganar tantos reales y escudos como para poder edificar una mansión como aquella. Contaba con jardines espléndidos, fuentes y una decoración interior que reflejaba el inmenso poder y el carácter diletante de su dueño. Tenían sus jardines un diseño geométrico de parterres y paseos arbolados. Disponía de un estanque propio y

sistemas de riego que permitían mantener una vegetación frondosa en lo que en origen era un secarral, y disfrutaba de una huerta fértil con árboles frutales y plantas exóticas. Su interior estaba ricamente decorado con tapices flamencos, pinturas de maestros italianos, Tiziano entre ellos, y muebles de maderas nobles. Las salas principales estaban ricamente vestidas. Paños, reposteros, escritorios con herrajes dorados, mesas taraceadas.

La Casilla era, más que ninguna otra cosa, una demostración del poder y la ambición de su propietario, una afirmación manifiesta, casi insolente, del poder adquirido y de su confianza en sí mismo. Y de lo poco que le importaba el qué dirán.

Antonio Pérez se hallaba, en esos instantes, en el dormitorio principal del palacio, una alcoba con cama con rico dosel, cuadros eróticos y lámparas de luces suaves. Los gruesos cortinones apenas dejaban pasar una línea de luz de luna que se deslizaba sobre los cuerpos desnudos, recortándolos en claros y sombras que parecían moverse al ritmo de su respiración. El aire estaba espeso, cargado del olor del sudor reciente, de perfumes caros y del rastro inequívoco del placer. El lecho, amplio, bajo, estaba revuelto desde hacía rato; las sábanas conservaban aún el calor, ese calor que no se apagaba de inmediato y que parecía prolongar el contacto cuando los cuerpos se separaban apenas unos dedos.

Antonio Pérez tenía a la princesa contra él, sentada a horcajadas, la espalda apoyada en su pecho. Su mano recorría con lentitud el contorno de su cintura, sus nalgas; subía, se demoraba agasajándole los pechos, descendía otra vez, sin prisa, hacia su natura, que acariciaba con suavidad, como si quisiera, más que dar satisfacción inmediata al deseo, mantenerlo vivo. Ella, con su único ojo cerrado y el otro tapado por el parche negro —que ni para holgar se quitaba —, suspiraba y gemía, dejaba caer la cabeza hacia atrás, apoyándola

en el hombro de su amante, exponiendo el cuello, la piel todavía sensible, aún vibrante, augurando en cada una de sus pulgadas el éxtasis inevitable.

Después, cuando la princesa de Éboli experimentó con un grito prolongado el tercer orgasmo de la noche, rodó sobre sí misma y quedó yaciendo de costado, apoyada en un codo, el torso desnudo, la sábana recogida a la altura de las caderas. Su sonrisa satisfecha, de haber tenido sonido, habría brotado convertida en ronroneo. Junto a ella, Antonio Pérez, más cerca de lo que dictaba la comodidad, lo bastante como para que cada respiración se mezclara con la de la princesa, la observaba con deleite, preguntándose cómo era posible que esa mujer, de las principales del reino por su casa y por sus hechuras, fuera suya. Se mantuvieron durante unos instantes en silencio, relamiéndose en el placer reciente. Ambos sonreían y se miraban con la complicidad que solo era posible en los momentos posteriores al ayuntamiento.

—Siempre me sorprende —dijo ella pasados unos minutos, con la voz ya tranquila, divertida, recuperado el ritmo normal de la respiración— que en cada ocasión sea como la primera vez, que el deseo no se enfríe. Como si fuese aún aquella noche que pasamos en mi casa, que se hubiera detenido para siempre. ¿Recuerdas?

Antonio sonrió, sin apartar la mirada.

—Cómo no, querida mía. Es imposible olvidar nada que tenga que ver contigo. De lo bueno y de lo malo, por supuesto.

—Ah, pero ¿es que hay algo malo en mí? —preguntó ella, con una mueca delicada, juguetona.

—Por supuesto que sí, señora —respondió él, en igual tono—. En toda persona, y también en ti, claro está, el bien y el mal conviven como el día y la noche, separados solo por el crepúsculo de su conciencia. Ocurre solo que en algunos el lado del bien pesa mucho

más que el del mal, mientras que en otros es a la inversa. Lo importante no es qué lado pesa más en origen, sino a cuál de los dos decidimos alimentar con nuestras acciones cada día.

—Quizá no se trate de alimentar solo a uno, ¿no? —repuso la princesa—, sino de entender a ambos.

—Tal vez sea así como dices, querida. Al fin y al cabo, nadie puede escribir su propia historia utilizando una única palabra. Es como el capitán de un barco que solo conoce los vientos favorables, que con toda certeza naufragará en la primera tempestad a que le toque enfrentarse.

—Claro, mi amado Antonio. Porque aquel que solo habita en la claridad acaba cegado por su propia soberbia.

—Bueno, no sé si coincidir contigo en eso, mi adorada Ana —adujo Antonio Pérez. Apoyaba su cabeza en la palma de la mano y contemplaba con fruición el cuerpo desnudo de la de Éboli—. Lo que el mundo llama soberbia es, a menudo, el acero que forja el alma para que no se doble ante la humillación. Un hombre sin orgullo es como un navío sin quilla: podrá flotar, pero jamás llegará a puerto con el rumbo requerido.

—Como tú, ¿no?... Ah, mi orgulloso Antonio Pérez...

—Como yo, sí, ¿por qué no? Dicen que la soberbia aleja de Dios, pero yo digo que es el juego que Él puso en cada uno de nosotros para recordarnos que somos algo más que barro. Sin ese impulso de creerse más que el polvo del camino, nadie habría cruzado los océanos ni levantado catedrales.

—Y tú no habrías llegado a donde te hallas.

—Pues sí, posiblemente...

Ella dejó escapar una risa leve, apenas el zureo de una paloma torcaza.

—Ah, Antonio, mi querido Antonio, siempre igual —repuso, jocosa —, siempre pretendiendo ser el primero y el mejor en todo.

—Y a ti te gusta que lo sea, ¿verdad? —añadió él—. Porque es mi significación la que te hace sentirte más principal e influyente de lo que ya eres. Te he elegido a ti entre todas las damas de la corte, y así te sientes más joven y hermosa.

—¿No lo soy, acaso?

—Cumplirás los cuarenta de aquí a poco, señora.

—Somos de la misma edad, querido Antonio. Ambos nacimos en el cuarenta, y fue como si, con nuestro nacimiento, Dios quisiera hacer un regalo al mundo después de la victoria de la cristiandad sobre el Turco en la batalla de Alborán.

—Qué presumida, mi querida Ana. Yo no llego a tanto, ya ves. ¿O es que eso te decía tu padre, el virrey? Lo de que fuiste un regalo para el mundo.

—Eso lo digo yo.

—Ah, bien —reconoció Pérez después de prorrumpir en una breve carcajada y mientras le acariciaba el pezón izquierdo a la princesa—. Pero, a pesar de esos cuarenta años, hermosa sí que sigues siendo, eso nadie lo puede dudar.

Ana Hurtado de Mendoza y de la Cerda, princesa de Mélito por su casa y de Éboli por su matrimonio, se inclinó un poco hacia delante, liberando el pezón de la caricia de Pérez, y apoyó la mano en el pecho de este, trazando con los dedos un dibujo impreciso.

—Tú también eres hermoso —dijo—, aunque temerario, y eso, en un hombre como tú, es una virtud rara, aunque a veces resulte exasperante.

—Te equivocas —objetó el secretario real—, no soy insensato, en absoluto. La temeridad se permite cuando uno no tiene nada que perder. Yo, en cambio —e hizo un gesto amplio con la mano, como

abarcando toda aquella alcoba y sus objetos valiosos—, he acumulado demasiadas cosas: cargos, favores, silencios, y también enemigos que solo esperan la ocasión propicia para destruirme. No me importaría perder estos, pero he de conservar aquellos, por lo que no me puedo permitir ni la temeridad ni la imprudencia.

Ella asintió, como si esa respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Y, sin embargo —dijo—, sigues holgando conmigo, sigues buscándome incluso cuando sabes que este lugar, este lecho y esta conversación pueden ser tan peligrosos como una sala del Consejo.

Antonio alargó la mano y la atrajo un poco más hacia él, con dulzura, sin brusquedad.

—Porque contigo —aseveró con una media sonrisa— el peligro tiene sentido, y porque hay noches en que la prudencia resulta insoportable si no se mezcla con una pequeña dosis de riesgo.

La princesa cerró el ojo visible un instante, disfrutando del contacto.

—Siempre tan dado a convertir el deseo en argumento —murmuró —. Pero dime, Antonio, cuando te vas de aquí, de la cama, de estar conmigo, y vuelves a tu papel, al secretario atento, al hombre que escucha y calla, ¿qué queda de nosotros?

Él tardó en responder.

—Queda —dijo por fin— una forma distinta de mirar el mundo, una sospecha permanente de que lo que se decide en público no es nunca lo verdaderamente decisivo.

Ella sonrió, satisfecha.

—Eso es lo que siempre quise enseñarte —replicó—, aunque tú prefieras creer que lo has aprendido solo.

Permanecieron unos instantes en silencio. Afuera, algún ruido lejano de la ciudad llegaba amortiguado, como si Madrid entero

estuviera al otro lado de una pared muy gruesa, pendiente de los dos amantes, aguzando el oído para escuchar sus pláticas.

—¿Recuerdas —dijo ella de pronto— cuando me dijiste que lo nuestro era un refugio?

Antonio arqueó apenas una ceja.

—Lo sigue siendo —contestó—, aunque no del mismo modo.

—Así es —confirmó ella—. Ya no es un refugio para protegernos, sino una atalaya desde la que observar mejor, o un castillo desde el que resistir el asedio de quienes nos quieren mal.

Se incorporó un poco más y dejó que la sábana resbalara sin darle importancia, dejando a la vista su cuerpo, aún hermoso a pesar de la edad y de sus diez partos que apenas si le habían otorgado una redecilla de arrugas en el vientre plano.

—Por eso esta noche no quiero hablar solo de nosotros —añadió la princesa—, sino de lo que empieza a rodearnos. Y del juego en el que participamos.

Antonio la observó con atención. Frunció mínimamente el ceño y sus ojos brillaron con interés.

—Te refieres a la inquietud que recorre el alcázar —dijo—, a la tensión que se advierte en el reino.

—Justamente. Y a la carta.

Antonio Pérez se separó unas pulgadas de Ana y meneó la cabeza.

—La carta...

—¿Cómo está el rey? ¿Cómo lo viste en tu última audiencia?

—De luto, como es lógico, por el fallecimiento del príncipe. En estos días pena su dolor en el Bosque de Segovia.

—Sabes que no me refiero a eso...

—Preocupado —aclaró Pérez—. Por la carta anónima que le entregó Quiroga y por la esquelas y billetes que en estos días

circulan por todas las cortes de Europa. Lo está haciendo bien tu amigo...

—Y el tuyo, que buenos escudos que recibiste de él por participar en la travesura, repartiendo las sospechas.

—Acepté participar en el juego, es verdad, aunque nunca me gustó ser parte de una astucia que no controlo y otros dirigen, pero... esos asesinatos, esos crímenes, los del médico Velasco, el fray dominico y el guardia del alcázar... ¿Eran necesarios? Nunca dije que sí a juegos de sangre, Ana.

—Ya sabes que quien juega no asa castañas, querido mío. Cuando se lanza la moneda buscando cara, hay que aceptar que pueda salir cruz. Si se ha considerado que esas muertes eran necesarias para dar más valor a la apuesta, ¿qué podemos hacer nosotros? Ten en cuenta lo que está en juego. Pretendo llevar adelante ese casamiento de mi hija y hacerla reina luego. Y si para eso han de caer otros reyes, que caigan.

—Son muchas muertes ya, Ana. Acuérdate de Escobedo. Y no sé cuántos cadáveres más le van a caber a Felipe en su camposanto.

—Tienes sus cartas consintiendo en la eliminación del secretario de su hermano. Le planteaste la necesidad de acabar con él como forma de acabar con la deslealtad de don Juan, y él consintió. Ahí estamos a salvo. Y con respecto a las otras tres muertes, ¿qué tenemos que ver nosotros con ellas?

—Felipe ha recibido los papeles de don Juan desde Namur, Ana. Y descarta que su hermanastro hubiese albergado deseos contra él ni que le hubiese sido desleal. Todo ha cambiado.

—Te insisto en que el rey consintió en la muerte de Escobedo, y ahí están los papeles que guardas...

—Esas cartas valen lo que valen. Ponerlas sobre la mesa supondría desafío, jugárselo todo a una sola tirada del dado. Y sabes

que no puedo aparecer vinculado a nada que huela a desafío. Mi fuerza está en parecer siempre del lado del orden, incluso cuando el orden es solo apariencia.

—Pues... deberías pensarlo mejor.

—¿Qué me quieres decir?

—Tienes que hacerle saber al rey que, en el asunto de Escobedo, vais juntos en la travesía, y que, si la barca se hunde, seréis dos los que naufraguéis, y no uno solo. La tempestad no entiende de coronas, Antonio. Y mientras no se sepa nuestra implicación en lo de la carta...

Antonio Pérez se incorporó bruscamente en la cama. Ondeó el colchón con el movimiento súbito y la princesa quedó tendida a su lado.

—¡No seas ingenua, Ana, por Dios! —espetó el secretario real, airado ahora—. ¡En esas cartas a que te refieres, las que dices que vinculan al rey con lo sucedido a Escobedo, no hay nada explícito, solo medias frases, insinuaciones, eufemismos...! No lo entiendes... En el asunto de Escobedo el rey no puede perder, haga lo que haga ahora, porque todo este mundo está construido para que la responsabilidad se detenga siempre un paso antes de alcanzarlo. Aunque haya sabido, aunque haya consentido, aunque incluso haya esperado el resultado, nada de eso significa la existencia de una orden escrita, de una palabra pronunciada delante de testigos, de un gesto que pueda convertirse en prueba. Todo ha sido hecho a base de ambigüedades, de silencios aprobatorios, de miradas que autorizan sin comprometer, de ese modo suyo de gobernar en el que nadie recibe nunca una instrucción completa y, por eso mismo, todos cargan con una parte mayor de la culpa.

—Cualquiera que sepa leer en esas cartas... —insinuó Ana Hurtado de Mendoza, jugando con uno de sus rizos.

—Y, además —prosiguió Pérez, como si no la hubiese oído—, el rey no juega el proceso en el terreno de la verdad, sino en el de la utilidad. A Escobedo se le podrá llorar, se le podrá convertir en mártir privado, incluso en ejemplo de arbitrariedad, pero nunca en una acusación eficaz contra la Corona, porque su muerte puede integrarse sin esfuerzo en el relato del orden, del servicio al bien común, del castigo indirecto a una imprudencia. Bastará con dejar que pase el tiempo, con permitir que los consejos discutan, que los papeles se acumulen, que las versiones se multipliquen, y al final nadie recordará ya dónde empezó todo. Los que quedarán expuestos serán siempre los intermediarios, los ejecutores, los imprudentes. Es decir, nosotros, Ana, nosotros... El rey, en cambio, seguirá siendo lo que siempre ha sido: el último eslabón que nunca se toca.

—A Eduardo II de Inglaterra se le forzó a abdicar acusado de traición e incompetencia...

—Bah —despreció Antonio el argumento de la de Éboli—. Los ingleses... Estamos en España, en Castilla, Ana, no te confundas.

—Ah, ¿quieres ejemplos de Castilla? —repuso la princesa, que seguía jugando con su pelo—. Pues ahí tienes a Pedro I, derrocado por el Trastámara...

—Guárdate para ti tus lecciones de historia —descartó su amante su alegato—. Estamos en otro tiempo y en otro mundo. Felipe no va a caer por la muerte de Escobedo. Y ruega para que no seamos nosotros quienes acabemos en el cadalso mientras él nos mira patalear en la horca.

—Algo habrá que hacer entonces, ¿no? —sugirió Ana, sensual.

—Pues eso, rogar. Rogar para que no se sepa que también estamos en el juego de la carta. Bastante tenemos ya con Escobedo. Esto, sin lo otro, tal vez sea de pasar. Pero ambas cosas juntas...

Todavía me pregunto por qué tuvimos que meternos en este juego y en este lance.

—Se lo debía a mi esposo, a Ruy Gómez, bien que lo sabes.

—Tu esposo está muerto, Ana, pardiez, y poco le habrá de importar quién ocupe el trono. Le dará igual que sea su hija o cualquiera otra. Los muertos no sienten ni padecen, voto a tal. Todas sus preocupaciones están en cómo salir del purgatorio. Y él jamás hubiese conspirado contra Felipe. Ya sabes cómo se llevaban los dos, que parecían dos tórtolas.

—Él hubiese sido fiel a su linaje.

—Él hubiese sido fiel a su conveniencia.

Un pesado silencio se instaló entonces entrambos.

—¿Tú crees que le diste qué pensar cuándo le hablaste de Alba y de su hijo? —lo quebró la princesa—. Al rey, me refiero. Cuando le hiciste ver que Fadrique se hizo amigo durante su exilio de la mitología y el esoterismo.

—Sí, le dio qué pensar. Pero no sé hasta dónde podrá llegar mi sugerencia ni el alcance de mi insinuación. El duque es poderoso...

—También tú, querido.

—¡Yo no tengo detrás de mí una alcurnia de siglos, Ana, por Dios bendito! Si el duque niega saber nada de la carta, no habiendo pruebas que lo vinculen con ella, Felipe no va a ir más allá. Tal vez lo castigue por el negocio del matrimonio de Fadrique con su prima María de Toledo y le obligue a seguir en arresto domiciliario, que, por cierto, sortea cada vez que le place, pero nada más.

—Tal vez sea el momento de nuevas insinuaciones.

—¿Nuevas insinuaciones? ¿Como cuáles?

—Pues no sé —dijo la princesa, que, distraídamente, se acariciaba ahora el pezón—. Tal vez hacerle ver que no le conviene mover el asunto de Escobedo, aludir a las cartas que guardas, que lo

comprometen... Y seguir lanzando sospechas como quien lanza semillas, a ver si alguna agarra y germina.

—Estás loca, Ana. Qué te gusta el peligro, cuerpo de Cristo.

—Tú sabes elegir bien las palabras. Tanto como sabes elegir los momentos.

—Por eso estás aquí —replicó él—, y no en otro lugar.

Se recostaron de nuevo, uno frente al otro, el contacto tranquilo, casi íntimo en su quietud.

—¿Estamos en peligro, pues? —preguntó la de Éboli.

—Claro que lo estamos.

—Sabes que el peligro me excita.

Ana Hurtado de Mendoza y de la Cerda lanzó una risita que sonó más a arrullo, se incorporó sobre el codo y, de un tirón, apartó las sábanas de las piernas de Antonio Pérez y dejó al descubierto su horcajadura. Asió su miembro flácido y comenzó a acariciarlo.

—Estoy vacío, princesa.

—Yo haré que te llenes.

Y se inclinó y se llevó a la boca el miembro, sin más palabras, golosamente.

31

UN GOLPE DE SUERTE

Madrid, 20 de noviembre de 1578

El golpe de suerte que Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, estaba rogando al cielo desde que comenzara sus pesquisas llegó por fin y se llamó Patrocinio Suárez, la hetaira de la mancebía de la calle de Toledo, más conocida como la Patro.

Villafañe, como cada día, llegó a la Casa de la Villa a primera hora de la mañana, a recoger su vara de justicia y a reunirse con los alguaciles y corchetes designados para escoltarle y ayudarle en sus averiguaciones, dispuesto a comenzar las interminables caminatas de cada jornada en busca de pistas sobre los crímenes, pistas que se le antojaban tan inaprensibles como el agua del mar. Había repasado, minuto por minuto, lo que el guardia asesinado había hecho en los días y semanas previos a su muerte, y nada había hallado que arrojara luz. Atendiendo a la insinuación de la viuda del médico Velasco de que este podría tener asuntos de faldas, había husmeado entre sus pacientes del género femenino, y tampoco esas pesquisas habían arrojado ni una llamita de claridad; el médico era casto como un jerónimo. Y tampoco rebuscando en la vida del fraile Tudela, que en verdad era lo que parecía, un santo varón, había encontrado pista alguna.

—Tiene usted visita, don Cristóbal —le anunció uno de los porteros del concejo.

—¿A estas horas?

—Vino ayer tarde, pero vuestra merced no estaba. Le dije que viniera hoy a eso de la tercia, que seguro que lo encontraba. Es, por lo que me ha referido, un asunto de su interés. Y apremiante, afirma.

—¿De quién se trata?

—Una zagala —dijo el portero—. Y por sus pintas, diría que llegase sin dormir apenas, como si hubiera estado trajinando hasta muy tarde. Ya me entiende vuestra merced.

—A fe mía que no.

—Una pupila, hombre —explicó el bedel—. Una pelandusca de mancebía.

—¿Una pelandusca?... Vaya... ¿Ha dicho qué quiere?

—Hablar con vuestra merced. Para un asunto de su interés y urgente, como os he dicho. La tenéis ahí mismo —dijo, señalando el zaguán—, en el cuarto de la entrada.

La visita que esperaba a Villafañe era, en efecto, Patrocinio Suárez, la Patro, la putita del burdel de la calle de Toledo esquina con Arganzuela. Se levantó de un salto la ramerita en cuanto lo vio aparecer por el cuarto.

—¡Al fin aparece vuestra merced! —dijo—. Que mirad cómo vengo y estoy muerta de frío.

Vestía la muchacha su traje de guerra: falda más corta que lo que la honestidad marcaba, cintas de colores en los hombros y las mangas, escote generoso, camisa ajustada y adornos en el pelo; apenas se abrigaba con una capilla roja que mal le quitaría el frío de la mañana. Tenía todavía el rastro amarillento de los cardenales que

el jaque había dibujado en su rostro y las ojeras cárdenas de no haber dormido o de haberlo hecho poco y mal.

—¿Qué se te ofrece, hija? —le preguntó el alcalde, que, para sus adentros, se dijo que esa niña, bien lavada y bien vestida, podría haber pasado sin problemas por la hija de un hidalgo o por la sobrina de un vizconde.

—¿Trae vuestra merced mis cincuenta escudos de oro?

—¿Cómo dices?

—¡Mi recompensa, pardiez! —repuso la Patro—. ¡Que le traigo a vuestra merced el nombre y las señas de uno de los jaques a los que busca!

—Pero ¿qué me estás contando? —inquirió Villafañe, los ojos muy abiertos por el pasmo.

—Lo que oye vuestra merced. Pero vamos a lo que me interesa: ¿trae vuestra merced mis cincuenta escudos de oro?

El alcalde le explicó a la pupila, con toda la delicadeza que pudo para que no se descorazonara, que el premio de los cincuenta escudos solo sería pagadero a quien facilitara la detención de los criminales a los que buscaba y que, por tanto, hasta que esta no se llevara a cabo no había nada que pagar. Pero que recogería en su informe la colaboración de Patrocinio si efectivamente el jaque en cuestión acababa aherrojado.

—¡Y dale con los papeles! —objetó la niña—. Ya le dije a vuestra merced el otro día que no quiero que mi nombre aparezca en ningún papelucho, ¿o es que no se entera vuestra merced? O me garantiza el... el... *aninimato* o ya estoy cogiendo puerta y ahí se queda vuestra merced con sus cincuenta escudos y en la inopia, como hasta ahora.

—Bueno, bueno... Como tú digas. Nada de papeles. Pero cuéntame qué sabes, y con el mayor detalle, te lo ruego.

Y le narró la Patro al alcalde Cristóbal Villafañe que el jaque a quien ella denominaba «el primo» había vuelto por la mancebía en el día de antier, buscándola precisamente a ella, porque «me quedé con las ganas el otro día de holgar contigo, preciosa, que ya vi la cara de gusto con que José bajaba después de haberte hecho la higa».

—Así que dejé que me cabalgara por unas blancas, y la verdad es que el muchacho no me sacudió el polvo como el otro hizo el primer día, el muy animal, sino que estuvo cálido en el retozo, aunque eso sí, me puenteó en un santiamén, pues hizo el gasto en menos que canta un gallo. Tan caballeroso estuvo que hasta pena me dio sonsacarle para traerle la información a vuestra merced, pero, claro, cincuenta escudos son cincuenta escudos, ¿no lo creéis así?

—Claro, claro, por supuesto —admitió Villafañe, que iba con pies de plomo—. Y dime, ¿qué le pudiste sonsacar?

—Pues tan a gusto se quedó después del retozo que hasta la muela del juicio le habría sacado si hubiese querido. Pero lo que a mí me interesaba era saber quién era y dónde vivía, para venir corriendo a darle el soplo a vuestra merced a cambio del galardón. Me dijo que había nacido en mantillas de hidalgos, aunque no supe si creerle, y que un abuelo suyo, en León, había guerreado con un rey al que llamaban el Jorobado, y que otro abuelo...

—Perdona, perdona... Vamos a lo que nos interesa, hija —la interrumpió el alcalde, pero muy consideradamente—, porque es que, en este caso, el tiempo es oro, muchacha. Así que abrevia, que no quiero que se nos esfume el bravo. ¿Te dijo su nombre?

—Sí, señor.

—¿Y cuál era, voto a tal?

Hizo una pausa la manceba, como para dar mayor dramatismo a su revelación.

—Alonso de Iturbe.

—Vaya. Alonso de Iturbe... Mucho nombre para sujeto de tan mala catadura.

—Pues ese fue el que me dio.

—¿Y pudiste saber el nombre del otro jaque?

—Se refirió a él como José. Pero cuando quise saber más, me puso mala cara y me dijo que más me valdría no preguntar por el individuo, del que indicó que era vezado en maldades y que no daría un maravedí por su alma.

—¿Y te dijo el tal Iturbe dónde vivía?

—Me lo dijo.

—¿Y dónde es, voto a tal?

—¿Con esto me gano los cincuenta escudos?

—Casi los tienes en tu bolsa, mujer, pero hemos de aprehender antes a los jaques.

—En la hostería de El Gamo del Rey, en las Peñuelas —dijo la cortesana—. Me contó que había vivido en esa posada de arrieros desde que regresara de Italia de servir en los tercios y que había vuelto a ella hacía unos días.

—¿Y el otro? ¿El tal José?

—Por lo que entendí, estaba recién llegado a Madrid, adonde llegó hace unos meses no más, y se aloja en el mismo mesón. ¿Hacen ya los cincuenta escudos?

***

Cristóbal Villafañe contentó a la manceba con una bolsa de reales del fondo del corregidor, a quien puso al tanto de las nuevas, y con una cédula en la que se dejaba constancia de la colaboración de la putita en las pesquisas oficiales para el descubrimiento de los

asesinos del médico Velasco, del dominico Tudela y del guardia Matías Ocaña. Y aunque no se fue demasiado contenta, pues repetía una vez y otra que ni se le ocurriera venderle humo por papel, consiguió que se conformara y que demorara unos días su suerte.

De inmediato, el alcalde de Casa y Corte reunió en torno a sí a seis alguaciles, doce corchetes y cuatro soldados de la guardia de alabarderos de la villa, todos bien armados con espadas, dagas, picas cortas, sus alabardas los guardias y uno con una maza, sogas y grilletes. Expidió sendos mandamientos de prisión, uno a nombre del tal Alonso de Iturbe y otro para un tal José, sin más datos ni señas, gallego posiblemente de origen, acusados ambos de los crímenes del físico, del fray y del clavero, y se pusieron en marcha hacia las Peñuelas y la hostería de El Gamo del Rey. Una caterva de mozalbetes y desocupados, a pesar de los esfuerzos de los corchetes por dispersarlos, convoyaron la comitiva, ciertos de que habrían de presenciar espectáculo entretenido y de balde.

En llegados al mesón, ordenó el alcalde que dos de los alguaciles y uno de los corchetes custodiaran la puerta de la venta, para que ni saliera ni entrara nadie, y que dos de los soldados y otros dos corchetes vigilaran la parte trasera por si había otra salida por allí, que la habría, pues solían tener este tipo de establecimientos un patio posterior donde, si no puerta, sí habría una valla baja que permitiría escapar por allí a quien tuviese necesidad de salir por piernas y burlar a los justicias.

Villafañe entró en la hostería con el resto de su tropa como rústico en botica, dando voces y sin parar en mientes.

—¡Alto! ¡Que nadie se mueva! ¡Aquí está la justicia buscando a un fugitivo por orden del rey!

***

Las Peñuelas, donde se hallaba la hostería El Gamo del Rey, se extendía en el arrabal meridional de la villa, y se deshacía en un terreno irregular, a medio camino entre lo habitado y lo aún no del todo conquistado por la ciudad. No era un barrio propiamente dicho, sino una agrupación dispersa de casas bajas, levantadas con materiales pobres y sin orden fijo, separadas por calles que a veces no eran más que senderos de tierra. La vida allí transcurría al margen del ritmo de la corte, con una población compuesta en su mayor parte por jornaleros, arrieros, pequeños artesanos y gentes sin oficio fijo, que encontraban en ese borde de la villa un lugar donde establecerse sin demasiadas exigencias. Había corrales abiertos, cercas mal alineadas, porquerizas, huertas que se mezclaban con las viviendas y algún camino que conducía hacia el río o hacia los campos cercanos. La presencia de la autoridad era escasa y poco constante, de modo que lo que sucedía en las Peñuelas rara vez llegaba a oídos de quienes gobernaban, salvo que adquiriera una gravedad que ya no pudiera ser ignorada.

El jaque al que la hetaira Patrocinio Suárez conocía como José el Gallego había abandonado la hostería apenas dos minutos antes de que la partida de alguaciles, corchetes y guardias encabezada por el alcalde de Casa y Corte Cristóbal Villafañe apareciera por el lugar, seguida por una cohorte de curiosos. Se dirigía el matasiete a la cita a la que había sido convocado a primera hora de esa mañana en la casa de la calle Embajadores. A la que había decidido ir solo, sin la presencia lenguaraz de Iturbe.

En cuanto los vio, se apostó detrás de un álamo cuyas esporas le fueron moteando el sombrero y no tuvo ninguna duda de que se dirigían al mesón.

Y en busca de ellos.

Tampoco tuvo ninguna duda de que el justicia que mandaba la partida y que portaba la vara era el alcalde del que Luisillo les había hablado.

El cómo habían dado con su paradero era harina de otro costal. O bien el mozalbete había decidido que más le valía ponerse de parte de la ley, aunque no sabía cómo el mocoso podía haber sabido que se alojaban ahora en esa posada, o bien el lanudo de Iturbe, que llevaba dos días de farra, se había ido de la lengua y había alertado a los guripas.

Sea como fuere, tenía que tomar una decisión.

No se equivocaba: la partida de bellerifes se dirigía directamente hacia la hostería, desenfundando sus armas.

Lo primero que le pidió el cuerpo fue hacer calzas de villano y salir de estampía, pero era consciente de que, si lo hacía, se vería obligado a huir de Madrid y a renunciar a lo que le quedaba de la misión que le habían encomendado, que era la más crucial de sus fases. Daba por sentado que, si detenían a Iturbe, este tardaría menos de una hora en cantar el fado y poner a los guripas tras su pista.

Dudó durante un segundo tan solo.

El cuarto de su compinche, situado en la primera planta, daba a la parte trasera de la hostería.

Tenía que confiar en que Iturbe, aunque fuese por una vez tan solo, no se comportara como el ganso que era, se desenconase con los gritos de los alguaciles y viese que su única oportunidad era huir por el ventanuco de su cuarto, descender hasta el patio y salir por piernas. Estaba cierto de que, ya identificado, tardarían nada y menos en dar con él y engrilletarlo, así que era momento de actuar sin vacilaciones.

Sacó de la cintura el pistolón y lo aderezó: cebó la cazoleta, cargando el ánima, atacó la carga, montó la llave y bajó el perro.

Con el pistolón amartillado en la mano diestra, echó a correr, dio un rodeo para llegar a la parte de atrás del mesón, se apostó detrás de un árbol de tronco grueso y aguardó.

Sabía que solo tendría una oportunidad.

***

Cristóbal Villafañe penetró en la hostería detrás de los alguaciles y los dos alabarderos, que encabezaron la incursión. Y gritó aquella frase en cuanto estuvo dentro del sitio:

—¡Alto! ¡Que nadie se mueva! ¡Aquí está la justicia buscando a un fugitivo por orden del rey!

Situada en una encrucijada de los caminos, la de El Gamo del Rey era una de las posadas preferidas de arrieros y transeúntes. Era un conjunto de edificios pensado para alojar tanto a personas como a animales, y combinaba funciones de hospedería, casa de postas y taberna. El edificio principal, el destinado a los huéspedes, tenía dos plantas, estaba construido en ladrillo y madera y se levantaba ante un gran portón de entrada que daba paso a un patio interior donde se situaban las caballerizas, los carros y los almacenes. Alrededor del patio se distribuían las estancias: en la planta baja, la cocina, la sala común, la bodega y algunos cuartos; en la superior, las habitaciones para los alojados, separadas por tabiques de madera y comunicadas por corredores abiertos. La sala principal estaba dominada por una gran chimenea, bancos corridos, mesas pesadas y barriles apoyados contra las paredes. Allí se servían vinos de la Mancha, pan, guisos, ollas, potajes y estofados, carne asada y queso, y era frecuente ver allí a grupos de arrieros, mercaderes y mozos de mulas conversando

de sus cosas. También había por allí alguna gorgona dispuesta a vender sus carnes envejecidas por un par de blancas. Era un lugar ruidoso, con humo, olor a grasa y a cuero, donde las pláticas se mezclaban sin orden.

Todas cesaron cuando entraron, como perros en carniza, los alguaciles, corchetes y guardias enarbolando sus armas y dando gritos de «¡Quietos!» y de «¡Alto!» y de «¡Que no se mueva ni Dios bendito, que lo ensarto!». Villafañe se dirigió al individuo que parecía estar a cargo del lugar, un hombrecillo de menos de cinco pies, alfeñique, la cara marcada de viruelas, malmirado y con gesto de hacha.

—¡¿Cuál es el cuarto de Alonso de Iturbe?! ¡¿Dónde se aloja el tal Iturbe y su compinche el Gallego?! —inquirió, a gritos, el alcalde, exhibiendo sus mandamientos de prisión—. ¡Hablad, por orden del rey!

—No tengo ni idea de por quiénes pregunta vuestra merced —respondió el posadero, ceñudo y torvo, sin mirar los papeles—. Aquí no se pregunta el nombre a nadie. Solo si tienen monedas con que pagar el cuarto.

—¡De Iturbe no puedo darle descripción alguna —dijo Villafañe, maldiciéndose para su caletre por no haber solicitado de la Patro un retrato detallado del sayón—, pero el otro tiene dos cicatrices que le cruzan la cara! ¡Y se alojan aquí! ¡No me digáis que no sabéis de quiénes os hablo!

El mesonero arrugó el hocico cuando oyó al alcalde hablar del individuo con dos cicatrices en la cara. Y fue cuando se convenció del todo de que más le convenía mantener la boca cerrada, pues el tipo en cuestión era flema escupida desde el infierno. Se limitó a encogerse de hombros.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó Villafañe, que supo que el hombrecillo no iba a abrir la boca, pues le podía más el miedo que su conveniencia. Se dirigió a los alguaciles y los guardias—: ¡La mitad de los hombres, al patio, a registrar los cuartos de fuera y las caballerizas! ¡Vos, alguacil García, estáis al mando! ¡El resto, conmigo, arriba, a registrar los cuartos superiores! ¡Que tres corchetes se queden aquí, en este salón, y que no se menee nadie de este sitio, so pena de cárcel!

Y, sin pensárselo ni un segundo más, al mismo tiempo que la mitad de sus hombres regresaban al exterior para batir el patio, las caballerizas y los cuartos exteriores, Villafañe, seguido de un alabardero, dos alguaciles y tres corchetes, se precipitó por la endeble escalera de madera para acceder al segundo piso de la venta.

***

Alonso de Iturbe había estado hasta las tantas el día anterior jugando al busilis en el salón de la hostería con otros cuatro tahúres que sabían más que el siete de la sota y que le desplumaron en un retozo de dedos dieciocho de los escudos con que se le habían pagado sus servicios por estar, desde el pasado mes de septiembre, al servicio de José —cuyo apellido ignoraba, y no era por no haberlo preguntado constantemente, hasta que una mirada fiera de su compinche lo disuadió definitivamente de seguir escudriñando— en lo que este mandara y necesitara. Que, hasta la fecha, no había sido barato: dar el soplo de muerte a tres desgraciados y un ir y venir de papeles cuyo significado no había llegado a comprender del todo Iturbe, cuyas luces no iluminarían ni un armario.

Entre baraja y baraja, se había bebido como tres azumbres de sangre de la tierra, y había acabado hecho un cuero. Con la turca, le dio por acusar a uno de los tahúres de florero y de hacer trampas con las cartas, lo que le valió un par de mojicones que lo dejaron hecho una criba. Así que, en cuanto llegó a la piltra, alumbrado y sacudido, se quedó traspuesto de inmediato.

Lo despertó la algarabía de la planta baja cuando Villafañe, los alguaciles, los corchetes y los guardias llegaron pegando voces como un vizcaíno en herrería. Se medio incorporó en la cama, aturdido y legañoso, con la boca sabiéndole a bodega vieja. Pero, hombre de instinto como era, a pesar de sus pocas luces, se dio cuenta de que eran los justicias quienes habían irrumpido en la posada y que era al Gallego y a él a quienes buscaban. Y aunque no fuera así, más valía prevenir que curar, que no eran moco de pavo sus correrías. Se había acostado medio vestido, se levantó del lecho trastabillando, se tomó un buche largo de agua de la jarra que había en la mesita, se acabó de vestir, cogió los arreos que podía llevar con las manos, abrió el ventanuco y, sin mirar lo que abajo hubiera, se lanzó por su hueco pegando un alarido.

Cayó sobre unas pacas de paja apiladas en la trasera de la venta, y allí quedó despatarrado, balbuceando maldiciones y doliéndose del trocante derecho, que había ido a dar contra el mango de un rastrillo dispuesto para servir la paja a las caballerías.

Y cuando intentaba ponerse en pie, vio llegar a dos alabarderos y dos corchetes que se abalanzaron sobre él y lo inmovilizaron como si fuera un conejo.

—¡Date preso en nombre del rey! ¡Date preso en nombre del rey!

Forcejeó Iturbe, mas se rindió al punto, cuando uno de los guardias le arreó un mojicón justo en el mismo sitio donde había

recibido, la noche anterior, los dos soplamocos que le endiñó el cuco a quien había tildado de florero.

***

El otro jaque contempló cómo su camarada Iturbe se lanzaba por la ventana de la hostería y cómo caía, como un fardo, sobre las pacas de paja. Y cómo los guripas se abalanzaban sobre él, le sacudían un par de sopapos y finalmente lo engrilletaban.

Sopesó sus opciones y resolvió que solo le quedaba una.

Si Iturbe era detenido, conducido a la mazmorra y sometido a tormento, revelaría hasta el color de los calzones con que enterraron a su padre.

No tenía elección.

Aprovechó la confusión del arresto para avanzar unos pasos desde el tronco del árbol donde se ocultaba y, a la carrera, alcanzó la trasera de un carro allí estacionado, cargado de barriles vacíos. Calculó la distancia —no más de diez pasos, un trecho en el que no iba a fallar— y aguardó el momento.

Este llegó cuando uno de los corchetes empujó al preso, separándolo un par de codos de él y dejándolo expuesto.

Levantó el pistolón, apuntó, apretó el gatillo, y la cabeza de Iturbe explotó como una vejiga de cerdo.

La explosión fue atronadora. Los dos corchetes y uno de los alabarderos se precipitaron al suelo, atarantados por el zambombazo. El otro alabardero se quedó pasmarote, contemplando cómo el cuerpo del detenido se derrumbaba como torre de moro, o como pavo sin cabeza. Varios guripas llegaron corriendo, doblando la esquina, alarmados por el estallido, y se quedaron detenidos como si se les hubiera atascado el muelle de la rueda, mirando sin creérselo

el cuerpo del sayón, tumbado en el suelo y con un amasijo de sangre, sesos y hueso en el lugar donde debía de estar la cabeza.

El jaque aprovechó la barahúnda para salir por piernas, rumbo al arrabal del Rastro, que, lleno de callejuelas estrechas, corrales interiores y talleres malolientes, ofrecía innumerables escondites y la posibilidad de mezclarse con la caterva de pordioseros, ganapanes y vendedores de segunda mano o sin licencia que allí habitaban.

***

Luisillo lo vio venir sin creerse lo que veía.

Andaba sin rumbo por la Ribera de Curtidores, buscando la forma de sisar algo que llevarse a la barriga, aunque fuera un mendrugo agusanado, o de hacerle la mamola a un primo que se le pusiera a tiro.

Estaba parado junto a un puesto de verduras, mirando una lechuga que se le antojaba manjar de dioses, verde, fresca y húmeda, mientras se le hacía la boca agua. Llevaba varios días malcomiendo y el estómago le rugía como un ogro enfurecido. Se sentía débil por la carpanta, y aguardaba el momento en que la verdulera se distrajera un segundo para arramblar con la lechuga y correr como si lo persiguiera el basilisco. Miró a diestra y siniestra para cerciorarse de que nadie se fijaba en él, y fue entonces cuando lo vio.

A una veintena de pasos, con la respiración agitada, e inspirando como si intentara apaciguarla, el jaque a quien él llamaba el Mudo se acercaba al puesto de verduras, despidiendo peligros como víbora en la letrina. Suerte que llevaba la mirada gacha, pues, de lo contrario, habría descubierto a Luisillo al primer vistazo, ya que el

zagal se había quedado suspenso, pasmón perdido, sin dar crédito a sus ojos.

¡Con lo grande que era Madrid, voto a bríos!

Reaccionó a tiempo, el suficiente para esconderse detrás de un montón de basuras que se apilaba junto a una herrería, y desde allí vio pasar al jaque y cómo se alejaba sin que pareciese tener un destino definido. Era como si buscara donde esconderse.

¿Y dónde estaría el otro sayón? Hasta ahora, siempre los había visto juntos, como la mona y el vino, o como el pícaro y el hambre.

Y, osado como era, ya fuese por naturaleza o por desesperación, salió de su escondite y anduvo en pos del bravo, procurando no ser advertido.

Llevaba andados apenas unos pasos cuando vio que el matasiete se detenía y preguntaba algo a un curtidor que en ese instante escamondaba una piel de vaca de los restos de carne y grasa en una gran pila de agua con cal, y observó cómo el noquero le indicaba un lugar por señas, tras lo cual el jaque reanudó la marcha.

Continuó en su asechanza, hasta que vio cómo el Mudo se introducía en un portal de la plazuela de San Millán, que, aunque el jaque tal vez no lo supiera, pues, sin Iturbe, parecía como perdido y desorientado por las calles de la villa y corte, estaba muy cerca de la calle Embajadores, una de cuyas casas ambos valentones habían visitado cuando Luisillo los siguió por vez primera, el Día de Tosantos, después de que dieran el santolio al guardia del alcázar.

Estuvo un rato esperando a buena distancia, hasta convencerse de que el Mudo no volvía a salir del portal. Se acercó entonces a él y vio cómo, sobre la viga superior del zaguán, se anunciaba una posada de mala muerte, llamada El Pendón Dorado. Mucho nombre para tan poco lustre, se dijo Luisillo.

Se anotó el dato en el caletre y, comoquiera que el estómago le rugía ahora, no ya como un ogro enfurecido, sino como una piara de toros bravos, se dio la vuelta y se relamió pensando en la lechuga aquella que iba a sisar aunque acabase en la trena en el intento.

32

Caza en Flandes

Flandes, a partir del 25 de noviembre de 1578

Borja Gómez de Mendoza estuvo de regreso en Namur a mediados de noviembre. Apenas si descansó un día en Madrid tras entregar los papeles de su amo Juan de Austria a los secretarios del rey Felipe. Hizo el camino de vuelta como el de ida, sin incidencias y a través de Francia. Llevaba consigo dos órdenes reales de suma relevancia: la primera, que habría de ser Alejandro Farnesio el sucesor de Juan en el gobierno de Flandes; la segunda, que había que encontrar, interrogar y ejecutar al médico Hendrick van der Meer, autor material, todos estaban convencidos, de la muerte del hermano del rey. Tal magnicidio no podía quedar impune.

Al llegar a Namur se encontró con que la situación en Flandes era crítica. Pocos días después de su llegada, finalizó el asedio que, desde el día 3 de agosto, mantenían las tropas de los Estados Generales, al mando de George van Lalaing, conde de Rennenberg, sobre la ciudad de Deventer, sede de la celebérrima escuela de latín donde había estudiado Erasmo de Róterdam. El día 18 de noviembre, las tropas españolas negociaron la rendición de la plaza y la entregaron a los rebeldes. Las provincias intentaban en estos días articular una resistencia común que incluyera tanto a católicos como a protestantes contra el dominio español.

Por su parte, Alejandro Farnesio, adelantándose a su nombramiento, y ante la noticia de que Mastrique se había declarado rebelde contra la Corona, preparaba el asedio y asalto de la ciudad, capital de la provincia de Limburgo. Al mismo tiempo, reorganizaba los ejércitos y se disponía a emprender una ofensiva eficaz contra los rebeldes protestantes y los Estados Generales.

Cuando Borja regresó a Namur, Flandes era, pues, una tierra donde ninguna autoridad podía darse por segura y donde cada ciudad, cada fortaleza y cada provincia parecía vivir en su propio estado de excepción. Las tropas del rey Felipe conservaban posiciones importantes, pero estaban dispersas, mal pagadas, cansadas, obligadas a sostener una presencia constante en un territorio que no terminaba de someterse. La victoria de Gembloux ya pertenecía al pasado; lo que dominaba ahora era la sensación de desgaste, de conflicto prolongado, sin desenlace previsible. Al mismo tiempo, los Estados Generales mantenían viva la rebelión, apoyados por ciudades que habían aprendido a organizar su propia defensa y poniendo en liza una estrategia cada vez más estructurada. La toma de Deventer y la rebelión de Mastrique confirmaban que los sediciosos no solo resistían, sino que eran capaces de avanzar cuando encontraban ocasión. Sin embargo, tampoco ellos estaban unidos: las tensiones religiosas entre católicos y calvinistas, las rivalidades entre provincias y las ambiciones personales debilitaban su frente común. Así, Flandes vivía en una especie de equilibrio inestable, donde nadie vencía de forma decisiva y nadie era derrotado por completo, y donde cada invierno parecía prometer una tregua que nunca llegaba. Era una guerra sin final cercano y previsible, sostenida más por la obstinación que por la esperanza, y administrada, en ambos bandos, como una herida que ya nadie sabía cómo cerrar.

Pero ello no podía hacer que se olvidara el crimen ni que se desobedeciera una orden del rey.

Dos días después de su llegada a Namur, Borja Gómez de Mendoza fue requerido por Alejandro Farnesio.

Este, hijo de Octavio Farnesio, duque de Parma, y de Margarita de Austria, hija natural y luego legitimada del emperador Carlos, y, por tanto, sobrino de Felipe II, había demostrado sus dotes militares en Lepanto, batalla en la que comandó tres galeras y logró capturar la nave del tesoro enemiga. Era un hombre de buena presencia y mirada firme, nacido en Roma en 1545 en el seno de una de las familias más poderosas de Italia, educado en la corte de España y formado desde joven en las artes militares y políticas que cultivaban los Habsburgo. De físico recio, con la compostura de un aristócrata, acostumbrado a ejercer mando, su porte estaba marcado por un lustre de autoridad que imponía respeto incluso a quienes lo conocían poco. Combinaba una inteligencia sagaz con una prudencia estratégica muy rara en comandantes de estos tiempos, en los que el arrojo valía más que la táctica: sabía cuándo avanzar y cuándo negociar, entendía las complejidades religiosas y locales de los Países Bajos a pesar del poco tiempo que llevaba allí y era capaz de alternar la diplomacia con la fuerza sin perder de vista el objetivo último, la restauración del control español y la paz bajo la fe católica que representaba. Esa mezcla de cálculo frío, flexibilidad táctica y firmeza en sus convicciones le iba ganando, poco a poco, el respeto de sus hombres y el temor de sus enemigos.

—Tengo una misión para vos —dijo Farnesio a Gómez de Mendoza en cuanto este llegó a su presencia. Seguía ocupando su propia cámara en Namur. La de Juan de Austria permanecía deshabitada, como un mausoleo.

—Decidme, excelencia, estoy a lo que mandéis.

—Su majestad el rey, como bien sabéis, pues habéis sido el portador de su rescripto, ha ordenado que se busque, halle, interrogue y, de ser culpable, se ejecute al médico Hendrick van der Meer como autor de la muerte de nuestro llorado don Juan de Austria. Nadie sabe dónde se halla el galeno, lo que no hace sino indiciar con fuerza su responsabilidad en la muerte de mi tío don Juan. ¿Lo conocisteis bien?

—¿A Van der Meer, señor?

—Sí.

—Lo traté y sé cómo es, podría reconocerlo en cualquier parte, si es a eso a lo que os referís.

—He pensado en vos para que encabecéis su búsqueda, Gómez.

—Haré lo que sea preciso para vengar la muerte de mi señor, de don Juan, gobernador.

—Será una misión peligrosa, en la que os jugaréis la vida.

—«Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir... Los valientes ni se enteran de su muerte». Me gusta leer a Julio César, señor.

Sonrió brevemente Alejandro Farnesio. Se dijo que esa era la mayor cualidad de los soldados españoles: la valentía, el coraje, su permanente desafío a la muerte.

—No iréis solo —explicó—. Os acompañarán dos soldados del tercio de Figueroa, el sargento Sebastián Gallardo y el cabo de escuadra Pedro de Sevilla. Vos estaréis al mando.

—Sí, señor.

—Viajareis disfrazados de mercaderes italianos, con salvoconductos tanto nuestros como del ejército de Orange, que nuestros escribanos han falsificado hábilmente, para moveros libremente por el territorio. Pero no os será fácil dar con Van der Meer.

—No regresaré, señor, si no es con el médico preso o con su cabeza en un saco, no tengáis ninguna duda.

—Dejo a vuestro criterio la estrategia —dijo el gobernador de Flandes—. Os sugiero que intentéis saber si, allí por donde viajéis, hay un médico recién llegado. Supongo que Van der Meer podrá renunciar a su nombre, a su casa e incluso a su familia si me apuráis y si la tiene, pero no renunciará a su oficio. Pero si a vos o a los hombres de los tercios se os ocurre una estrategia mejor, adelante. El caso es que deis con él.

Borja Gómez de Mendoza, el sargento Sebastián Gallardo y el cabo de escuadra Pedro de Sevilla partieron de Namur el martes 25 de noviembre de 1578. Lo hicieron, como el gobernador Farnesio había sugerido, disfrazados de mercaderes: camisa de lino de color crudo, algo amarillenta por el uso, con cuello sencillo, sin encajes. Encima, un jubón ajustado de paño grueso, en tonos pardos. Sobre el jubón, un sayuelo con mangas, también en colores apagados, útil contra el frío y la lluvia ligera, y una capa corta, pesada, también oscura, que servía de abrigo y de manta improvisada en las posadas. Llevaban calzones hasta la rodilla, de lana fuerte, sujetos con cintas, y medias gruesas. En los pies, zapatos cerrados de cuero, gastados pero bien cuidados, con suela reforzada para caminar. En la cabeza, un sombrero blando de fieltro Gómez y sendas gorras de lana sus acompañantes, sin plumas ni adornos. Bajo las ropas, sus armas: una espada ancha y corta, daga y pistolas de rueda. Los tres hablaban italiano, por haber servido en aquella tierra.

Aunque Borja entendía algo y hablaba un poco de la lengua flamenca, para comunicarse con los lugareños utilizarían el latín, el idioma común europeo. Iban a pie, con una mula para cargar las alforjas, dos arcones pequeños con piezas de lienzo y lana fina, cintas, botones, agujas, cuchillos, peines, espejos pequeños, algunas

especias valiosas, papel, tinta y remedios simples como ungüentos y jarabes. Cada uno portaba su hatillo con una muda de camisa, medias de recambio, paños para el aseo personal, un odre de agua, pan, queso, y cuchara, velas y pedernal en previsión de que en muchos pueblos y aldeas no habría posadas en las que alojarse.

Salieron al alba, cuando la niebla todavía se apoyaba en el Mosa como una presencia espectral, para luego quedarse suspendida entre las torres y los tejados. Cruzaron el puente con la mula cargada y los sombreros calados, sin el paso seguro del soldado ni la prisa nerviosa del mensajero, sino con la cadencia propia del mercader que no espera nada del día y, por eso mismo, lo afronta sin temor ninguno, simplemente con la esperanza de que el día de mañana será mejor que el de ayer.

Dieron por supuesto que el médico Van der Meer no se escondería en ninguna ciudad, pueblo o aldea cercanos a Namur y que habría puesto leguas entre esta y su escondrijo. Pasaron de largo, pues, por los pueblos próximos, tomando el rumbo del norte, en la certeza de que el galeno habría buscado el resguardo de las zonas afectas a Orange.

En las primeras jornadas, el camino hacia Charleroi estaba lleno de carretas que avanzaban lentamente, cargadas de gentes o de mercaderías. Tierras onduladas y campos trabajados con esfuerzo salpicaban una región que era la frontera natural entre el mundo más urbano del norte y las tierras interiores del sur. Procuraron seguir en todo momento los caminos trillados, sin desviarse y sin llamar la atención de nadie. Solo cuando nadie los podía oír, hablaban de pagas atrasadas, de capitanes muertos, de ciudades que habían cambiado de dueño sin disparar un tiro. En una venta donde pasaron la noche, un arcabucero borracho insistía en que la guerra acabaría pronto. Nadie le creyó.

En la siguiente etapa alcanzaron Mons, una ciudad de iglesias macizas, de torres bajas que resistían mejor el tiempo que los hombres, molinos que no dejaban de girar, graneros bien aprovisionados para el invierno, tabernas donde se hablaba poco y se bebía mucho. Allí, para cumplir con su artificio, vendieron parte de sus cintas, cambiaron moneda, dejaron que los confundieran con hombres sin historia, en busca solo del sustento.

Desde Mons tomaron caminos menores hacia Ath. Los campos estaban embarrados, las aldeas encogidas, como si el paisaje mismo hubiera aprendido a esconderse. Siguieron hacia Tournai durante tres días de lluvia continua. La mula cojeaba. El mismo Borja, que había pasado mucho tiempo, demasiado, de escribiente al servicio de Juan de Austria, tenía los pies en carne viva. Buscaron un médico que lo atendiera, y mientras un galeno flamenco le aplicaba bálsamo de llantén y consuelda y le vendaba los pies, preguntaron por los médicos de la ciudad y si había alguno recién llegado. Al igual que habían hecho en las anteriores villas. No lo había; el que menos, llevaba años allí.

Dejaron Tournai siguiendo el Escalda, hacia Oudenaarde. El paisaje se volvió más abierto, más húmedo, atravesado por canales y presas. En Oudenaarde compartieron mesa en un figón con comerciantes que fingían no prestarles atención, pero que los registraban con los ojos, como hacían con todos a quienes no conocían, con aquellos que podían ofrecer géneros tal vez mejores que los suyos, con aquellos que podían frustrarles la ganancia.

Llegaron luego a Gante, la ciudad de la Pacificación. Se extendía sobre el cruce de ríos y canales como una ciudad construida a partir del agua, sostenida por ella y al mismo tiempo obligada a dominarla. El viajero que se acercaba desde el sur veía primero los molinos, los embarcaderos bajos y las hileras de casas de madera y ladrillo que

seguían el curso del Escalda y del Lys, formando una red irregular de puentes, esclusas y pasos estrechos. Las calles principales estaban flanqueadas por casas altas, muchas de ellas con fachadas escalonadas, almacenes en los bajos y viviendas en los pisos superiores, y mostraban la riqueza acumulada durante siglos de comercio textil y fluvial. A lo largo de los canales se alineaban talleres, depósitos de lana, tintorerías y muelles donde se descargaban sacos, barriles y fardos procedentes de otras ciudades de Flandes, de Francia y del norte del imperio. El olor del agua mezclada con los residuos del cuero húmedo, de la lana lavada y de la leña quemada formaba parte del ambiente cotidiano, tan habitual que apenas llamaba la atención de quienes vivían allí. Durmieron en una posada en donde se hablaba de España como si fuera una enfermedad.

Desde Gante avanzaron hacia Brujas. Situada en una llanura baja, atravesada por una red densa de canales, aparecía desde lejos como un conjunto de torres, tejados inclinados y fachadas escalonadas que se alzaban apenas por encima del nivel del agua y de los campos circundantes. Los caminos que conducían a Brujas discurrían entre praderas húmedas, diques y acequias, de modo que cualquier sonido siempre iba acompañado por el runrún lento de los remos, el crujido de los puentes de madera y el paso de barcazas cargadas de grano, lana o barriles. En el mercado de Brujas vendieron los últimos géneros que habían llevado consigo de Namur y compraron nuevas mercaderías, paños de lana flamencos, lienzos de lino, fieltros, mantas, aceite, vinos franceses, azúcar de caña, cuchillos y tijeras. ¡Y cuando hicieron cuentas, para su sorpresa, habían ganado en el trueque más de quince escudos!

La siguiente ciudad en la que pararon fue Sluis, en la provincia de Zelanda, una pequeña plaza fortificada situada en el extremo

noroccidental de Flandes, casi suspendida entre la tierra firme y el mar. Su emplazamiento la convertía en una puerta natural hacia el estuario del Escalda y hacia el mar del Norte, lo que le daba una importancia estratégica muy superior a su tamaño.

En todos los lugares por donde pasaron, unas veces con la excusa de necesitarlo por unas fiebres; otras, con el pretexto de los pies lacerados de Borja, preguntaron por los médicos del lugar y por si alguno de ellos era recién llegado.

—¿Y tiene que ser un recién llegado quien cure esos pies machacados? —inquirieron algunos de aquellos a quienes habían hecho la pregunta, suspicaces y desconfiados—. ¿No puede ser un físico experimentado?

—Si es más joven, o más nuevo, será más barato, ¿no cree vuestra merced? —respondía invariablemente el sargento Sebastián Gallardo, el más deslenguado de los tres.

Solo en un pueblito situado a unas leguas de Sluis, llamado Koewacht, casi invisible en el mapa, situado en una zona baja, atravesado por escolleras y canalillos, en el límite entre tierras firmes y marismas, les hablaron de un médico que hacía poco más de dos meses que se había instalado en el lugar. Mas no era el hombre que buscaban, no era Hendrick van der Meer. Era un jovenzuelo, de nombre Cornelis, que recién había llegado de Lovaina, donde había estudiado en su universidad y donde había practicado con galenos de allí, y había regresado a su ciudad natal para ejercer el oficio después de haber obtenido licencia del tribunal médico de Amberes.

Desde Koewacht, derrengados, sanguinolentos los pies de Borja, que tenían que ser curados a diario, llegaron a Axel, que se alzaba sobre un ligero promontorio rodeado de terrenos húmedos, protegida por murallas bajas y fosos alimentados por canales; Sas van Gent, que se levantaba en torno a una gran esclusa que

regulaba el paso del agua entre canales interiores y el Escalda; Zaamslag, que se extendía en una llanura agrícola protegida por pequeños malecones; Terneuzen, situada directamente sobre el Escalda occidental, con muelles de madera, embarcaderos y depósitos junto al agua; Biervliet, ubicada tierra adentro, con tramos de muralla y torres parcialmente derruidas; Aardenburg, con sus murallas medievales y rodeada de huertas, pastos y antiguos caminos romanos.

Pero en ninguno de esos lugares hallaron al médico Hendrick van der Meer, a quien parecía que se lo hubiese tragado la tierra.

33

LA ALCOBA DEL REY

Madrid, alcázar, 25 de noviembre de 1578

En estos tiempos, la higiene personal, incluso en la corte, era escasa y esporádica. Después de las grandes pestes medievales, se había difundido la idea médica de que el agua caliente «abría los poros» y dejaba entrar enfermedades, por lo que darse un baño en la tina era algo que hacían pocas veces en el año los nobles, y casi nunca la gente de baja condición. Lo habitual era el aseo por partes, casi a diario los patricios y caballeros, una o dos veces a la semana plebeyos y villanos. Con jofaina, jarra y paño se escamondaban cara, manos, cuello, brazos y a veces los pies, y las partes nobles cuando tocaba. Se consideraba que el lino absorbía la suciedad, por lo que se pensaba que era bastante para estar limpio con cambiarse la camisa de cuando en vez. Los tufos corporales se controlaban con perfumes, aguas olorosas, hierbas secas y bolsitas aromáticas; y, entre la nobleza, con los guantes perfumados que había puesto de moda Catalina de Médici y que habían mejorado los artífices españoles del cuero: eran guantes que estaban aromados con fragancias de rosa, ámbar o lavanda, y que a menudo estaban personalizados con bordados y joyas, elevando este accesorio a una obra de arte en sí misma. Los dientes se limpiaban con palillos y polvos abrasivos. Los piojos, pulgas y demás parásitos se combatían,

incluso entre la nobleza, con peines finos, vinagre, ungüentos y, en casos extremos, con rapados.

El caso de Felipe II era, sin embargo, singular. Se levantaba cada mañana poco después de la hora prima, momento en que su ayuda de cámara le hacía un resumen de los documentos cuyo despacho había quedado pendiente la jornada anterior. Luego, era afeitado por sus barberos, que le recortaban bigote y perilla, y aseado y vestido por sus gentilhombres de la cámara. Pero, antes de acudir a misa, lo que hacía a diario, dedicaba unos minutos a abundar en su aseo personal, lavándose con esmero las manos, el rostro y el cuello en una jofaina dispuesta junto a la cama, secándose luego con paños de lino finísimo que se renovaban con frecuencia, y refrescándose con aguas olorosas que sus criados le presentaban en frascos cuidadosamente etiquetados. No se trataba de un gesto mecánico ni superficial, sino de una práctica casi ritual, ejecutada con la misma meticulosidad con que ordenaba sus papeles o revisaba sus cuentas, como si en aquella atención al cuerpo encontrara también una forma de disciplina interior y de dominio sobre sí mismo. Ese cuidado no se limitaba a la mañana. A lo largo del día, tras las audiencias o después de las largas horas de despacho, volvía a lavarse, se cambiaba de camisa, se recomponía el cabello y la barba, y se servía de ungüentos balsámicos para aliviar la sequedad de la piel y el cansancio. Eran innumerables las jofainas, paños, frascos y estuches repartidos por sus aposentos, señal inequívoca de que el aseo formaba parte irrenunciable de su vida cotidiana. Y no lo hacía como lujo ni como vanidad, sino como una prolongación silenciosa de su orden, de su piedad y de su manera de entender la majestad.

Esa noche Felipe se había acicalado de manera especial. Se había lavado con agua caliente de arriba abajo, se había recortado uñas de manos y pies, se había cepillado el pelo con esmero. Durante la

cena, le había anunciado a la reina Ana que la visitaría en su cámara después de completas. Hacía semanas que no yacía con ella, desde antes de la muerte de su hijo Fernando, y, aunque no era el rey esclavo de la carne, necesitaba hoy ese contacto íntimo y sensual.

Cuando Felipe llegó a la cámara de la reina, las damas de esta, con una reverencia, abandonaron la alcoba y dejaron solo al matrimonio real. La estancia estaba en penumbra, iluminada apenas por dos velas altas junto al reclinatorio y por una lámpara baja cerca del lecho. Ana lo esperaba sentada, con un libro cerrado sobre las rodillas, y al verlo entrar se levantó despacio, sonriendo con esa mezcla de respeto y cariño que reservaba solo para él.

Felipe la contempló y sintió en su pecho un pujo de emoción, pues no podía evitar, cada vez que se encontraba en trances como este, recordar a su hijo Carlos, al príncipe cuya muerte estaba siendo el ojo del huracán de sus actuales desventuras. No podía olvidar que, de haber sido todo como debía haber sido, de haber sido su hijo una persona cabal, un príncipe con la conducta ajustada al futuro que le aguardaba, hoy estaría casado con esa muchacha que hacía unos días había cumplido los veintinueve años. Ana, hija de su hermana María y del difunto emperador Maximiliano, estaba destinada a ser reina de España, sí, pero no como consorte de Felipe, sino como la esposa de su hijo Carlos, cuyos esponsales sus padres habían apalabrado y que quedaron sin efecto tras la muerte del príncipe. Entonces, Felipe estaba viudo de Isabel de Valois y sin un heredero varón. Y ¿quién mejor para asegurar el futuro del imperio que esa niña, Ana, sobrina del rey? Hubo que sortear el obstáculo de la consanguinidad entre los futuros esposos —tío y sobrina carnales— y costó obtener la dispensa eclesiástica; finalmente, el papa Pío, quinto de los de ese nombre, la otorgó, no sin antes mucho discutir, y pudo celebrarse la boda, en un primer momento por poderes, en el

castillo de Praga, en mayo del año setenta, cuando ella tenía solo veinte años y Felipe cuarenta y tres; y consumada luego en el otoño de ese mismo año, cuando la novia llegó a España con sus hermanos Alberto y Wenceslao, tristemente fallecido hacía unos meses. Desde entonces, Ana le había dado cuatro hijos varones —de los cuales solo dos, Diego Félix y Felipe, sobrevivían— y ningún motivo de queja.

La saludó besándole ambas mejillas y extendió la contemplación: su rostro claro y reposado, de óvalo suave, con la piel muy blanca apenas matizada por un rubor discreto en las mejillas; su frente amplia y la línea limpia de sus pómulos; sus ojos, grandes y bien separados, que se abrían bajo cejas finas y miraban con dulzura, enmarcados por sus pequeñas pestañas; la nariz recta y proporcionada; sus labios finos, siempre contenidos, que raras veces se dejaban sorprender por una sonrisa abierta; su cabello, rubio ceniza o castaño muy claro según la luz bajo la que se hallase, recogido bajo la cofia, sin un solo mechón suelto; su figura esbelta, envuelta en un vestido oscuro de cuello rígido, en el que cada pliegue parecía dispuesto para no distraer la atención de la serenidad exacta de su semblante.

Se dijo que había sido afortunado.

Durante un rato estuvieron conversando de cosas triviales, de las infantas, de los dos pequeños varones que crecían sanos y alegres, recordaron con sonrisas tristes al pequeño príncipe Fernando, tan prontamente desaparecido, y ambos se emocionaron al revivir algunas de sus cosas. Con el primer silencio, Felipe aprovechó para cogerle las manos, atraerla hacia sí y besarla en los labios. Se abrazaron en silencio, sin palabras, y luego Felipe deshizo el abrazo para que ella se desnudara al mismo tiempo que él lo hacía. Ambos se quedaron con sus camisas largas de lino.

Ana de Austria se recostó en el lecho, con la camisa de lino recogida con discreción, con la sonrisa avergonzada que siempre la acompañaba en momentos como este a pesar de los años de matrimonio. Su cabello, liberado de la cofia, se derramó sobre la almohada, pero ordenadamente, como si nunca terminara de abandonar del todo la compostura de reina. Él se sentó a su lado unos instantes antes de acostarse, en silencio, la respiración poco a poco agitándosele por el deseo. La tomó sin palabras, pues no precisaban decirse nada para saber lo que ambos querían. Se buscaron con una naturalidad hecha a base de costumbre, de respeto y de conciencia mutua de lo que aquel encuentro significaba. Felipe actuó con una contención casi ceremoniosa, atento a no quebrar el equilibrio entre el afecto y el deber, entre el deseo legítimo y la moderación que su fe le exigía. Ana lo acogió sin prisas, sin gestos teatrales, con esa serenidad que había aprendido desde niña en la corte imperial, donde incluso el amor debía someterse a unas reglas.

Cuando todo acabó, permanecieron durante un rato callados, escuchando la respiración del otro, como si ambos supieran que aquel sosiego era frágil y debía ser aprovechado. Ana fue la primera en romper el silencio. Le pasó la mano por el brazo, despacio, a Felipe y le preguntó en voz baja qué era lo que le oprimía el ánimo desde hacía días, porque lo notaba ausente incluso cuando estaba presente. Felipe tardó en responder. Miró al techo, como si buscara allí las palabras, se planteó hasta qué punto era lícito y conveniente hacer partícipe a su esposa de sus preocupaciones y de sus desvelos, conturbarle también a ella el ánimo, llenarla de inquietud por el porvenir. Ana aún tenía que darle más hijos. A sus veintinueve años, y con su probada fertilidad, habría de asegurar el futuro del reino, afianzar el tiempo venidero con nuevos príncipes varones que

asentaran su estirpe en el trono de España, ante la eventualidad, desgraciadamente hacedera, de que la enfermedad se cebara con Diego Félix o con el pequeño Felipe como ya lo había hecho con sus hermanos Carlos Lorenzo y Fernando. Por tanto, no había que perturbar su espíritu, pues sabido era que la ansiedad y la angustia de las mujeres impedían las preñeces o las frustraban. Sin embargo, y como tan frecuentemente le ocurría en los últimos tiempos, se sentía solo, se dijo que necesitaba compartir con ella su desasosiego de las últimas semanas, hablarle de las insidias que lo acechaban, de cómo fuerzas desconocidas estaban actuando para convulsionar el imperio y para enfangar su persona y su imagen de rey justo y prudente. Para ensuciar su reputación, el más valioso de sus bienes.

Al final suspiró con cansancio y se abrió ante su reina.

Le habló entonces de la carta anónima, escrita con una malicia insólita, con un atrevimiento más insólito aún, de las acusaciones veladas y del signo oscuro de Saturno que la acompañaba como una amenaza inextricable. Le habló de las muertes recientes, de cómo cada una parecía encadenarse a la siguiente, formando un relato que él no había querido escribir, pero del que todos lo hacían responsable. Le confesó su temor a que alguien, en algún lugar, estuviera tejiendo una red invisible a su alrededor, sembrando sospechas, removiendo viejas heridas, despertando fantasmas que creía enterrados. Le explicó lo que Juan de Herrera le había desvelado de Saturno, y lo que el bibliotecario Benito Arias Montano le sugirió: que alguien quería evitar o frustrar una decisión futura. Sí, pero ¿cuál? Mientras hablaba, su voz no era la del rey ante sus consejeros, sino la de un hombre agotado que ya no encontraba refugio ni siquiera en el lecho.

Ana lo escuchó sin interrumpirlo, con la cabeza apoyada en su hombro, asimilando cada frase. Cuando él terminó, lo besó

suavemente en la mejilla y le dijo que no estaba solo, que su carga no era únicamente suya, que también ella la compartía, aunque no pudiera aliviarla con decretos ni ejércitos.

Felipe cerró los ojos un instante, como si aquellas palabras le concedieran una breve tregua, un pequeño respiro. No resolvían nada, no disipaban las sombras, pero al menos, por esa noche, le permitían descansar de sí mismo y de los demás, de cartas anónimas y símbolos extraños, de muertes irresolutas, refugiado en la única intimidad que todavía no le había sido arrebatada.

34

LA PETICIÓN DE DISPENSA DEL CARDENAL

El Vaticano, Roma, diciembre de 1578

La tarde romana avanzaba con una lentitud casi litúrgica que contrastaba con los ajetreos en la ciudad y en las iglesias y conventos de la Ciudad Eterna, preparando el nacimiento del Salvador. Los sacristanes limpiaban los altares y los adornaban luego con flores de invierno, ramas verdes y coronas vegetales; los monaguillos planchaban telas blancas y doradas en las sacristías, que después revestirían la mesa sagrada y la credencia; se instalaban velas nuevas y hermosos cirios pascuales, se adornaban las capillas. En Santa María la Mayor se exponían para la veneración de los fieles las reliquias del pesebre que allí se custodiaban. Se celebraban vísperas solemnes, con canto llano y polifonía. En la piazza Navona, en la del Campidoglio, en el Campo de' Fiori, en la piazza del Popolo, los mercaderes levantaban sus tenderetes vendiendo dulces navideños, velas y figurillas alegóricas. Los músicos callejeros cantaban villancicos y madrigales, pulsando sus laúdes, sus violas *da braccio* y soplando sus flautas y chirimías. Los peregrinos llenaban las posadas y en San Pedro ardían ya cientos de velas y el humo del incienso se elevaba bajo las bóvedas como una bruma sagrada. En las casas de los nobles y pudientes se instalaban los *presepi*, con figurillas de madera o terracota, reproduciendo el

lugar donde Jesús nació. En los balcones de los palacios y de las casas de las grandes familias se colgaban tapices, paños de damasco y estandartes.

En el Vaticano, en el interior del Palacio Apostólico, el invierno se manifestaba no solo con el frío que parecía incrustarse como verdín en las piedras de San Pedro, sino también con una luz fatigosa que entraba sesgada por los altos ventanales, filtrada por cristales antiguos que parecían haber aprendido a oscurecer el mundo. La sala destinada a los consistorios reservados estaba envuelta hoy en una penumbra cálida, densa, olorosa a cera, a cuero viejo y a pergamino.

Gregorio XIII permanecía sentado desde hacía largo rato. En su actitud no latía la prisa, sino una concentración absoluta. Frente a él, sobre una mesa cubierta de terciopelo oscuro, reposaba la carta llegada desde Portugal. Esa carta que le había costado, antes de ese cónclave, horas de reflexión y una atención plena. Y no solo por lo delicado del asunto, sino porque, a la hora de resolver la petición que contenía, el contentamiento de uno supondría el descontento de otro. Y ambos, en este caso, eran reyes de la cristiandad.

Gregorio había leído el texto de la carta varias veces, despacio, deteniéndose en cada frase, intentando penetrar en su sentido profundo, reconociendo en cada línea el esfuerzo de Enrique por presentarse como un rey responsable y no como un hombre acorralado; como un hombre preocupado por el bien común, por la continuidad del reino y por la paz de sus súbditos. Había visto muchas veces ese tono: el lenguaje medido de quien sabe que lo que pide no es fácil de dar, la letra cuidadosa de quien confunde necesidad con derecho, urgencia con legitimidad. Enrique de Portugal, cardenal de la Iglesia y hoy rey del país lusitano, pedía dispensa para renunciar a sus votos sagrados, para desistir del

capelo cardenalicio y poder contraer matrimonio. Y lo hacía no con la altivez del rey de un imperio ni con la jactancia de un príncipe de la Iglesia, sino con palabras dulces y tono suave.

Muy Santo Padre, vicario de Cristo en la Tierra,

Con la humildad que corresponde a quien reconoce en vuestra santidad la suprema autoridad espiritual, me atrevo a poner ante vuestra paternal consideración un asunto que toca no solo a mi conciencia, sino también al bien y a la conservación de este reino que Dios ha querido poner bajo mi gobierno.

Como es notorio, habiendo recibido en mi juventud los hábitos eclesiásticos y la dignidad del cardenalato, procuré siempre servir a la Iglesia con fidelidad, obediencia y respeto, sin desviarme jamás de los caminos que me fueron señalados. Sin embargo, por disposición de la Divina Providencia, he sido llamado después al gobierno temporal de Portugal, viéndome obligado a asumir cargas y cuidados que no estaban en el propósito primero de mi vida.

Hoy, considerando lo provecto de mi edad y la fragilidad de mi salud, la falta de sucesión legítima y el peligro evidente que amenaza a este reino si muriese sin heredero designado, me veo en la obligación, más por deber que por inclinación propia, de buscar remedio a tan grave riesgo. Y no hallo otro más conforme al bien común que el de contraer matrimonio legítimo para engendrar un heredero que asegure la continuidad de la Corona y de este modo evitar discordias, guerras y ambiciones extrañas que podrían traer ruina y sangre a mis pueblos.

Por esta causa, suplico con toda reverencia a vuestra santidad se digne concederme dispensa de los votos y dignidades eclesiásticas que recibí en otro tiempo, para que, libre de tales obligaciones, pueda entrar en estado matrimonial conforme a derecho y conciencia. No pido esto movido por liviandad, ni por deseo mundano, sino por el grave peso de la responsabilidad que Dios ha puesto sobre mis hombros.

Confío en que vuestra santidad, atendiendo no solo a mi persona, sino al sosiego de toda una nación cristiana, tendrá por bien examinar esta petición con misericordia y prudencia, y resolver lo que juzgue más conforme a la gloria de Dios y al bien de su Iglesia.

En todo caso, me someto humildemente a vuestra decisión, prometiendo acatarla con obediencia filial, como siempre lo he hecho.

Nuestro Señor guarde a vuestra santidad muchos años para el bien de la cristiandad.

De vuestra santidad, humilde hijo y servidor,

Enrique, por la gracia de Dios
rey de Portugal y de los Algarves

Alrededor del papa, dispuestos en semicírculo, aguardaban los cardenales convocados a ese cónclave reducido y urgente. Alessandro Farnese, con el peso de su linaje reflejado en la gravedad de su postura; Tolomeo Gallio, su secretario de Estado, experto conocedor de todo cuanto se tramaba en las cancillerías de Europa; Guglielmo Sirleto, austero, siempre dispuesto a combatir la herejía, como si la doctrina se le hubiera incrustado en los huesos, y algunos otros prelados de confianza, elegidos tanto por su sabiduría y templanza como por su capacidad para sostener una conversación larga sin necesidad de elevar la voz. Para ello, se dijo el papa, ya estaba el bueno de Sirleto, cardenal encargado de la biblioteca vaticana, siempre presto a la controversia.

—He leído la carta varias veces —dijo al fin Gregorio, rompiendo el silencio con una voz tan baja que obligaba a inclinarse para escuchar —, y de cada lectura extraigo siempre la misma conclusión acerca de lo que se nos pide a Nos: que la Iglesia debe corregir con una dispensa lo que el tiempo y la sangre han dejado sin resolver. —Depositó el pergamino sobre la mesa con un gesto laxo—. No es una súplica que podamos atender o desestimar sin temor a sus consecuencias —continuó—, sino que es una petición que nos sitúa en una encrucijada, como vuestras eminencias podrán entender. Si Nos denegamos la dispensa, situamos a un país católico como Portugal en un trance aventurado cuyo desenlace no soy capaz de vaticinar. Si Nos concedemos la dispensa, nos estaremos enfrentando al más poderoso rey de la cristiandad, a su brazo armado, que aspira en buena lid al trono portugués en caso de que este quedara mañana vacante.

—Os referís al rey Felipe, santidad —planteó Sirleto, y no era una pregunta, sino una aseveración.

—Por supuesto.

—Su santidad es consciente —añadió el bibliotecario, en igual tono — de las acusaciones que circulan por la mayor parte de las cortes europeas acerca del rey de España y acerca de las circunstancias de la muerte de su hijo el príncipe Carlos.

—Nos somos conscientes de cuanto decís, eminencia —respondió Gregorio, circunspecto, dando a entender con su gesto que, sobre ese negocio, sabía mucho más que sus cardenales—. Y he de comunicar a vuestras señorías que Felipe ha aceptado, en la cuestión a la que nuestro hermano Sirleto ha aludido, someterse al juicio de la Iglesia.

Un silencio tumular se apoderó de aquella pequeña estancia.

—¿Decís, santidad —fue el secretario de Estado Tolomeo Gallio, que nada sabía de tal negocio a pesar de su cargo, quien habló—, que el rey de España acepta someterse a vuestra autoridad en relación a esas acusaciones a las que el cardenal Sirleto ha hecho referencia?

—Así es —confirmó el papa, ufano—. No hace ni dos días el embajador español, Zúñiga, tuvo a bien comunicarme la decisión de Felipe. Vendrá a Roma y se someterá a nuestro juicio. Nos, sobre esa cuestión planteada que afecta a la muerte de su hijo hace una década, enjuiciaremos al rey prudente.

Un rumor de sorpresa e incredulidad viajó durante unos instantes de un extremo a otro de la cámara. Nada dijo el papa de la condición impuesta por Felipe: que se sometería al juicio de Roma si se le denegaba la dispensa a Enrique de Portugal.

—¿Y cuándo será eso, santidad? —preguntó al cabo Farnese, cardenal de Porto-Santa Rufina.

—El tiempo aún está por decidir —dijo el papa—. Todo se sabrá a su debido momento. Ahora, hermanos míos, no conviene que

desviemos la atención del asunto que nos ocupa: la petición de dispensa del cardenal Enrique.

Farnese asintió lentamente antes de intervenir de nuevo.

—Santidad, el rey de Portugal apela al bien de su reino y lo hace con razones. Habla del peligro de división interna, del riesgo de que potencias extranjeras aprovechen el vacío sucesorio, del escándalo que supondría una guerra civil entre pretendientes. Son argumentos que hay que tener en cuenta.

Gregorio lo miró fijamente.

—Y, sin embargo —respondió—, no menciona una sola vez el escándalo que supondría para la Iglesia permitir que un cardenal abandone sus votos por su propia conveniencia o porque la Corona que voluntariamente ha asumido así se lo exige. Eso, curiosamente, no parece preocuparle.

Sirleto tomó entonces la palabra, ahora, por una vez, con un tono pausado, casi académico.

—Desde el punto de vista canónico, santidad, la petición es extremadamente problemática. No se trata solo del voto de castidad, sino del carácter indeleble del orden sagrado. Conceder esta dispensa no sería un acto de misericordia aislado, sino una ruptura doctrinal que otros no tardarían en invocar.

—Pese a ello —intervino Carlos Borromeo, arzobispo de Milán—, existen precedentes en nuestra historia reciente, santidad, de dispensas concedidas a cardenales de la Iglesia. Sin ir más lejos, César Borgia fue el primer cardenal en renunciar voluntariamente al capelo cardenalicio. Lo hizo con el permiso de su padre, el papa Alejandro VI, argumentando que su vocación no era religiosa, sino militar y política.

—También Felipe de Saboya —alegó Giovanni Vincenzo Gonzaga, de la familia soberana de Mantua— abandonó sus oficios religiosos

para casarse con Adelaida, condesa palatina de Borgoña, y convertirse en conde de Saboya.

Gregorio apoyó los dedos sobre la mesa, entrelazándolos.

—Y todo aquello fue motivo de sufrimiento para la Iglesia —sentenció el papa—, que no puede permitirse abrir de nuevo una puerta que no sabrá cerrar. No después de Trento. No ahora. Antes del concilio, en épocas de mayor laxitud, podían encontrarse dispensas extraordinarias, sobre todo en casos de interés político, pero Trento quiso precisamente acabar con ese tipo de prácticas, reforzando la idea de que el estado clerical es irreversible y vinculante.

Tolomeo Gallio, que hasta entonces había guardado silencio sobre la cuestión concreta de la dispensa, habló con cautela, como quien introduce una verdad incómoda.

—No podemos ignorar, santidad, que la negativa tendrá un efecto inmediato en el equilibrio político. Negar la dispensa deja el camino libre a Felipe de España, cuyos derechos sucesorios están bien documentados. Y eso, el acceso de Felipe al trono portugués y a su imperio ultramarino, cambiará todo el equilibrio existente.

Gregorio no respondió de inmediato. Se levantó despacio y caminó hacia la ventana. Desde allí, Roma se extendía como una ciudad que había visto pasar demasiados reyes para conmoverse por uno más. Permaneció unos instantes observando los tejados, como si en ellos pudiera leerse la historia acumulada de decisiones semejantes.

—Felipe —dijo al fin, sin volverse— no es una amenaza para la Iglesia, y más en las circunstancias que antes he referido a sus eminencias. Es, en muchos sentidos, su sostén más firme, su brazo armado, como tantas veces se ha dicho. Ha combatido la herejía donde otros han dudado, ha defendido la autoridad pontificia cuando otros han negociado, y entiende el poder como algo que se ejerce

con responsabilidad y paciencia, no con improvisaciones tardías. —Se volvió hacia los cardenales—. ¿De verdad creen vuestras eminencias reverendísimas —continuó— que sería prudente impedir su acceso a Portugal mediante una concesión canónica forzada, solo para sostener a un rey anciano que llega demasiado tarde a la idea de la sucesión?

Farnese guardó silencio. Gallio inclinó la cabeza, aceptando implícitamente el razonamiento.

—La petición de Enrique —prosiguió el papa— no nace de una vocación matrimonial redescubierta, sino de la idea de perpetuar su linaje en el trono de Portugal. Y la Iglesia no debe legislar desde el interés. Mucho menos cuando hacerlo beneficiaría a quienes desean un Portugal débil, dividido, expuesto, pues no todos, en aquel país, comulgan con la petición de Enrique, según el nuncio nos ha informado.

Sirleto asintió.

—Una unión con España —dijo— garantizaría estabilidad, defensa común y una continuidad católica sin fisuras.

Gregorio volvió a su asiento.

—Y garantizaría, además —añadió—, que la península ibérica quede firmemente en manos de un solo poder católico, fuerte, obediente a Roma. No nos engañemos: esta decisión no es solo sobre Enrique. Es sobre el orden que vendrá después de él. —Tomó de nuevo la carta portuguesa, la dobló con cuidado y la sostuvo un instante entre las manos—. Enrique pide tiempo —dijo—, pero el tiempo no se concede por bula. Se administra, y a veces se niega. Es decisión de Nos denegar la dispensa solicitada por el cardenal Enrique, rey de Portugal.

—Sabéis, santidad —intervino Gallio—, que, de morir Enrique sin sucesión, el escenario de una guerra en Portugal es el más probable.

Iguales derechos que Felipe podrían esgrimir otros pretendientes.

—Mi decisión está tomada, cardenal.

Farnese, ya de pie, se atrevió a formular la pregunta final.

—¿Y si con ello, santidad, se interpreta que estamos entregando Portugal a Felipe? ¿Cómo afectaría eso a la visión que se tiene de su santidad y del papado?

Gregorio XIII levantó la vista, cansada pero resuelta.

—No lo entregamos —respondió—. Lo dejamos donde la historia, la sangre y la fe lo están llevando. Y lo hacemos sabiendo que, en manos de Felipe, la Iglesia no perderá un aliado, sino que ganará un reino más firme.

La sala quedó en silencio. Ya se había emitido el veredicto, no solo por razones doctrinales, sino por una convicción política clara: mejor un monarca poderoso y católico que una dispensa que debilitara a la Iglesia para salvar a un rey que había obrado torpe y tardíamente.

Luego, cuando se quedó solo, Gregorio llamó a un escribano y le dictó la carta de respuesta al suplicante. Lo hizo despacio, con frases largas, cuidadosamente equilibradas, donde la caridad pastoral se mezclaba con una negativa firme e irrevocable. Dictó palabras en las que no había dureza ni inclemencia, pero tampoco vacilación. La respuesta hablaba de obediencia, de aceptación del designio divino, de la imposibilidad de acceder a una petición contraria al orden de la Iglesia y de la necesidad de gobernar con prudencia el tiempo restante.

Cuando el escribano terminó, el papa leyó la carta y la rubricó y selló luego.

—Que se envíe de inmediato —ordenó—. Y que no quede duda de que esta sede no participará en soluciones desesperadas que comprometan su autoridad.

En Lisboa, Enrique aún aguardaría una respuesta que cerraba su última puerta.

En Madrid, sin haber escrito una sola línea, Felipe II veía cómo Roma, con calma infinita, inclinaba la balanza a su favor.

***

Lisboa, principios de 1579

Cuando Enrique, príncipe de la Iglesia y rey de Portugal, leyó la carta de Gregorio XIII, en la que se le denegaba la dispensa suplicada, se dijo que si la muerte lo atrapara en ese mismo instante, sería bienvenida. Sabía lo que esa carta significaba, lo que suponía, no ya para él, que era viejo y estaba enfermo, sino para su reino, para Portugal: la guerra posiblemente y, más posiblemente aún, la pérdida de sus señas de identidad y de su independencia. Pero no había nada que hacer, solo esperar la muerte, y rogar que viniese cuanto antes, pues no quería ser testigo del futuro ni penar sus vísperas. La decisión de Gregorio era inapelable.

> Muy amado hijo en Cristo, rey muy católico de Portugal,
>
> Hemos recibido con atención y particular estima la carta que nos habéis dirigido, en la cual exponéis a Nos con claridad de conciencia y rectitud de ánimo los motivos que os mueven a solicitar dispensa de los vínculos eclesiásticos que en otro tiempo abrazasteis con el propósito de contraer legítimo matrimonio y asegurar vuestra descendencia por el bien de vuestros reinos.
>
> Alabamos, ante todo, la sinceridad con que manifestáis vuestra solicitud por la paz, el orden y la conservación de vuestros pueblos, así como el respeto filial con que os sometéis al juicio de esta sede apostólica. Tales disposiciones muestran la rectitud de vuestro corazón y la fidelidad con que siempre habéis servido a la Iglesia.
>
> No obstante, después de ecuánime consideración, de consultar con cardenales doctos en derecho y teología, y de encomendar este asunto a la

divina luz del Espíritu Santo, Nos hemos juzgado que no conviene, en las presentes circunstancias, conceder la dispensa que solicitáis. Los vínculos del sacerdocio y del cardenalato, recibidos libremente y confirmados por solemne profesión, son de tal gravedad que no deben ser disueltos sino por causas extraordinarias y manifiestamente necesarias para el bien superior de la Iglesia universal, causas que ahora no concurren.

Nos consideramos asimismo que vuestro ejemplo, como príncipe cristiano y como varón consagrado, es de gran edificación para toda la cristiandad, y que perseverar en el estado que abrazasteis fortalece la autoridad moral del trono y la estabilidad espiritual del reino. Estamos persuadidos de que Dios, en su providencia, sabrá disponer los medios oportunos para preservar a Portugal de todo peligro sin que sea preciso alterar el orden sagrado establecido.

Os exhortamos, pues, con paternal afecto, a perseverar en la paciencia, en la oración y en la confianza en los designios divinos, seguros de que vuestra fidelidad será recompensada y de que la Santa Sede no dejará de acompañaros con su consejo y su solicitud en todas las dificultades que se os presenten.

Recibid, muy amado hijo, nuestra bendición apostólica, prenda de nuestro afecto y testimonio de nuestra constante preocupación por vuestra persona y por vuestros reinos.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador,

Gregorio, papa

Dobló la carta Enrique cuidadosamente, con profundo desánimo, y la dejó sobre la mesa de su cámara de trabajo en el palacio de Ribeira, en Lisboa. Se puso en pie trabajosamente y se asomó a los ventanales, que se abrían sobre una extensión de agua inmensa, casi marina, donde el río perdía ya su carácter fluvial y se ensanchaba hasta parecer un océano. Desde allí se veía el vaivén constante de las naves: las carracas procedentes de la India, las naos de Brasil, las galeras armadas, los barcos mercantes flamencos y genoveses, todos fondeados o maniobrando lentamente entre boyas y pequeñas embarcaciones auxiliares. Las velas blancas, a veces remendadas, a veces nuevas, punteaban la superficie como nubes ora redondas ora cuadradas, mientras los mástiles formaban una selva vertical que pespunteaba el cielo. Más cerca, junto a los muelles, se agitaba la actividad incesante del puerto. Se distinguían

los cargadores transportando fardos, los escribanos sentados a mesas improvisadas, los oficiales de la Casa da Índia supervisando mercancías, y las filas de carros esperando turno para descargar pimienta, canela, telas orientales, azúcar o maderas exóticas. El aire llegaba hasta el palacio mezclado con olores de sal, brea, especias y humo, recordando a cada instante que la riqueza del reino entraba por aquel frente de agua.

Y todo se iba a perder, pensó Enrique.

Bajo esas letras de Gregorio, envueltas en palabras afectuosas y en alusiones canónicas, se encubría una decisión política que condenaba a su pueblo, a Portugal.

Tras su muerte, que sabía cercana, se acabarían las palabras y hablarían las armas. No habría parlamentos, ni cortes, ni cónclaves, ni ententes.

Solo las armas.

Las de todos los pretendientes al trono: Felipe de Austria, como hijo de Isabel de Portugal, hija mayor del rey Manuel; Antonio, el prior de Crato, hijo bastardo de Luis, duque de Beja y, por tanto, nieto de Manuel I; Catalina de Portugal, duquesa de Braganza, hija de Eduardo y nieta también del rey Manuel; Ranuccio Farnesio, hijo del duque de Parma y de la infanta María de Portugal, otro nieto más de Manuel I, y algunos otros.

Y de entre todas ellas, solo las armas de Felipe tenían el suficiente poderío para imponerse sobre todas las demás. Sus cañones, sus arcabuces, sus formidables tercios, sus galeras...

La suerte estaba echada.

La suerte de su reino.

De Portugal.

Se dijo al fin, con un nudo en la garganta y una opresión en el pecho que le dificultaba el aliento, que la carta de Gregorio, su

decisión, no se limitaba a denegarle la dispensa, a negarle la posibilidad de engendrar un hijo, un sucesor, de garantizar la sucesión del trono.

No.

Gregorio entregaba Portugal y su imperio, en bandeja de plata, a Felipe, rey de España.

35

El médico de Hulst

Flandes, Navidad de 1578

Borja Gómez de Mendoza y sus dos camaradas del tercio de Figueroa llevaban ya más de un mes recorriendo cada rincón de los Países Bajos en busca del médico Hendrick van der Meer.

Y a esas alturas del viaje ya los estaba ganando la desesperación.

Pasaron la Navidad, la más extraña de sus vidas, en Terneuzen. No hubo cena festiva ni misa del gallo, ni villancicos ni representaciones del nacimiento de Jesús, ni alfajores ni pestiños. No hubo Nochebuena ni repique prolongado de campanas, ni calles adornadas, ni imágenes expuestas en las iglesias. El día amaneció como cualquier otro día de invierno: frío, húmedo, lluvioso, con el cielo plomizo y bajo y las calles cubiertas de barro. Los mercados abrieron con normalidad, los carreteros entraban y salían por las puertas y los talleres levantaban sus postigos sin ceremonia especial. Asistieron a misa en la iglesia de Emaús —Emmaüskerk la llamaban allí—, un templo católico convertido al culto protestante. Su interior estaba desnudo, solo la piedra muda, sin retablos, sin imágenes, sin cirios pascuales, y el oficio fue soso y rápido: un predicador leyó los pasajes del Evangelio sobre el nacimiento de Cristo y los fue comentando con tono severo, insistiendo más en la obediencia, la humildad y el arrepentimiento que en el misterio de la Encarnación.

Los fieles escuchaban sentados, con los abrigos puestos, y respondían con salmos cantados sin acompañamiento de música, lentos y monótonos. No había gestos rituales, ni procesiones, ni señales externas de júbilo.

Llegaron finalmente a un lugar llamado Hulst, cuando ya casi habían perdido las esperanzas de dar con el médico Van der Meer. Era una ciudad de tamaño considerable, con una muralla defensiva que reflejaba la necesidad de protegerla de las campañas militares que se sucedían entre las fuerzas leales al rey Felipe y las huestes de las Provincias Unidas. Nada más llegar, y deseando emprender el camino de vuelta hacia el sur, preguntaron en el mercado, con la excusa de los pies de Borja que ya tenían gastada de tanto usarla, si había llegado recientemente a la ciudad algún médico.

—Pues así es —les contestó un vendedor de salazones y mantequilla—, hará unos dos o tres meses que tenemos un galeno nuevo en la ciudad. Falta hacía, ¿saben vuestras mercedes?, porque el viejo Wilhem murió el año pasado y los que nos quedan no son muy de fiar. Dicen que el recién llegado sabe lo que se trae entre manos.

—Ah, entonces no es un jovenzuelo recién salido de la universidad...

—No, no, qué va. Talludito y experto.

—¿Y dónde recibe ese buen médico? —preguntó Borja.

—Ah, pues vive cerca —respondió el hombre, señalando con el dedo extendido más allá de la iglesia de San Willibrord, que presidía la plaza donde se ubicaba el mercado—, en la Gentsestraat.

—¿Y cómo podríamos saber qué casa es?

—No tiene pérdida. Es la del viejo Wilhem, el galeno que murió el año pasado y cuya vivienda adquirió maese Adriaan van Aardenburg

al poco de establecerse aquí. Está pintada de azul y rojo. Es la única en la Gentsestraat con tales colores.

—¿Adriaan van Aardenburg es el nombre del médico recién llegado?

—Así es. Se ha quedado con la mayor parte de los pacientes del viejo Wilhem y, por lo que se cuenta, ya hace la visita a otros muchos que no lo eran.

—¿Y vive solo? —inquirió el cabo Pedro de Sevilla.

Lo miró el mercader con desconfianza.

—¿Y para qué lo quiere saber vuestra merced?

Se disculparon como pudieron ante el mercader, al que, para contentarlo, adquirieron media libra de mantequilla que resultó que estaba sabrosa como pocas.

Era la hora de vísperas cuando por fin, no sin esfuerzo, dieron con la casa pintada de azul y rojo en la Gentsestraat.

***

El médico que se hacía llamar Adriaan van Aardenburg vivía solo, atendido por una vieja medio sorda que les abrió la puerta cuando llamaron y les dijo de malas maneras que maese el médico estaba haciendo la visita y no sabía cuándo regresaría.

—No podrá tardar mucho, ¿no? —repuso Borja—. Está a punto de anochecer.

—Las enfermedades no saben de horas —explicó la vieja criada—. Llegan cuando llegan y ya está, sin molestarles que sea de noche o de día.

—¿Os importa que esperemos a maese Adriaan aquí? —preguntó el sargento Sebastián Gallardo.

—¿Son vuestras mercedes pacientes? Los veo cansados, pero sanos.

—Los pies de mi amigo —dijo el sargento, señalando los zapatos de Borja, en los que la sangre se había filtrado, manchando el cuero.

Dudó la fámula, pero una moneda de plata que Borja sacó de su faltriquera la ayudó a decidirse.

—Pasen vuestra mercedes —invitó, ya menos hosca— y síganme.

Los condujo a una salita pequeña que, como toda la casa, olía a alcohol, hierbas y pócimas. Era el lugar donde el galeno recibía a aquellos pacientes que, por urgencia o conveniencia, iban a su casa en vez de esperar su visita. Al fondo, ante la ventana, había una mesa con papeles y cuadernos. A su lado, un camastro para los pacientes, junto a orinales y una jofaina. En los estantes, libros médicos, antiguos, tal vez heredados del físico llamado Wilhem. En los armarios, ungüentos, polvos, jarabes, resinas, aceites y plantas secas. Y en una repisa, instrumental médico: lancetas para sangrar, ventosas, pinzas, bisturíes rudimentarios, agujas y cauterios.

—No toquen vuestras mercedes nada. Les avisaré cuando maese Adriaan llegue a casa. Y ahora les traigo un poco de agua, que parecen sedientos.

El médico Van Aardenburg tardó poco más de media hora en volver a su casa de la Gentsestraat. Lo supieron por el sonido del portalón al abrirse y cerrarse y por el saludo áspero que el recién llegado dedicó al ama vieja. Los oyeron hablar a ambos en susurros.

Borja experimentó un escalofrío en la columna vertebral.

Conocía esa voz.

Era la que le hablaba en bisbiseos a Juan de Austria en su lecho de muerte, la que detallaba las bizmas que le administraba, la que desgranaba los remedios para los padecimientos fatales del gobernador.

Era la voz de Hendrick van der Meer.

—Es él —musitó Borja a sus dos camaradas.

Los tres, al unísono, se pusieron de pie.

Vieron cómo la puerta del cuarto se abría.

—Bueno, bueno —entró el médico en la cámara—. ¿quién de por aquí necesita mis...?

Y se quedó callado, mudo de asombro, cuando clavó sus ojos en Borja Gómez de Mendoza. Algo más viejo, aunque apenas si habían pasado unos meses desde que lo viera por última vez, tal vez por las fatigas del exilio, acaso por el miedo que acecha día y noche a todos aquellos que huyen, Borja no tuvo ninguna duda de que se hallaba ante el médico flamenco que había atendido a su señor en su enfermedad postrera.

—Vos... —acertó a mascullar Van der Meer.

Hizo un ademán como para girarse, pero el sargento Sebastián Gallardo se lo impidió, colocándole la daga en el gaznate. El galeno dejó caer su maletín, del que se desparramaron tarritos e instrumentos.

—Id a donde la vieja —ordenó el sargento al cabo Sevilla—. Atadla y amordazadla mientras nosotros hablamos con este individuo.

De un empujón llevó a Van der Meer hasta el camastro, obligando al médico a tomar asiento, mientras el cabo abandonaba la habitación.

—¿Qué hacéis tan lejos de Namur, maese Hendrick? —preguntó, sujetando la ira en la voz, Borja.

Movió los labios el físico, mas no brotó de ellos sonido alguno.

—Lejos estáis de Namur, maese Van der Meer, porque sois vos, ¿verdad?

—Sí, sí, yo... —acertó a farfullar el flamenco—. Y vos ¿qué hacéis por aquí?

—Justicia, Van der Meer, justicia, por orden de mi rey.

Apenas media hora aguantó el médico el interrogatorio del sargento Gallardo. Bastaron unos pescozones, dos bofetadas, tres uñas extirpadas a fuerza de tenazas y el anuncio de lo que le aguardaba si no explicaba las causas de la muerte de Juan de Austria para que el galeno confesase de plano. Reconoció entre súplicas y lloros haber administrado a su paciente arsénico sublimado, cuyos síntomas —fiebre, diarrea, debilidad, sudores, dolor de cabeza, colapso, muerte gradual...— se confundían perfectamente con los del tabardillo.

—¿Por orden de quién envenenasteis a mi señor? —preguntó Borja Gómez de Mendoza, mirando con asco al hombrecillo que después de cada palabra que pronunciaba imploraba miserablemente piedad. La que no tuvo con un gran hombre como Juan de Austria.

—Me matará si os lo digo.

—No habéis llegado a entender vuestra situación, Van der Meer —aclaró Borja—. Estáis muerto. Muerto, ¿comprendéis? Ahora bien, podéis elegir si queréis morir lenta y dolorosamente o si preferís hacerlo sin que prácticamente os deis cuenta. Y ahora, decidme: ¿quién os ordenó dar muerte a don Juan?

Volvió a implorar misericordia el médico, cuyas mejillas estaban empapadas de las lágrimas que brotaban sin freno de sus ojos.

—¡Piedad, piedad...! —clamaba—. No pude decir que no, no pude dejar de cumplir la orden que me dieron.

—Por última vez: ¿quién os ordenó matar a mi señor?

—¡Piedad, piedad!

—Sargento, es todo vuestro.

—¡¡¡No, no!!! —suplicó cuando vio que el sargento Gallardo se abalanzaba sobre él con una de sus tenacillas, la que había servido

para arrancarle tres uñas de la mano diestra, y que intentaba meterle la mano en la boca para extraerle la lengua—. ¡¡¡Os lo diré!!! ¡¡Os lo diré!!! ¡Pero haced que se aparte de mí!

—Hablad.

—¡Fue Guillermo de Orange-Nassau, el príncipe de Orange! ¡Fue él quien me ordenó dar muerte a don Juan! ¡No pude negarme!

Y explicó después, entre lágrimas y mocos, que el príncipe, caudillo de los rebeldes flamencos y estatúder de las provincias de Holanda, Utrecht y Zelanda, le había pedido, a cambio de doscientos ducados de oro, que administrase un veneno fatal a Juan de Austria.

—¿Qué sabéis de la carta que recibió mi señor? La que acusaba a su majestad el rey de haber dado muerte a su hijo el príncipe Carlos y contenía un símbolo ignoto.

—¡No sé nada de esa carta!

—Sargento, todo vuestro...

—¡No! ¡Es verdad! ¡No sé nada de esa carta! ¡La leí, en un descuido de don Juan, y me sorprendí tanto como él y como vos! ¡Pero ni la escribí ni la llevé al castillo de Namur! ¡Os juro por mi alma que digo la verdad!

—Está bien —dijo Borja, calibrando la expresión aterrorizada del médico y concluyendo que no mentía—. ¿Le hablasteis de esa carta a Orange?

—Sí, sí, le referí lo que recordaba de su contenido.

—¿Y qué dijo el príncipe?

—Nada sabía de ella, nada. Y vino a decir algo así como que había otro jugador en esta partida.

—¿No fue, pues, escrita por orden suya?

—¡No, no! Le pregunté si no procedía de él, y me lo negó, llegando a decirme que eso hacía la cuestión más interesante.

Cuando acabaron el interrogatorio y consideraron que nada más podían sacar del médico, sintió Borja un gran vacío, una lasitud extraña. Recordó una frase que había leído, no sabía dónde: «Cava dos tumbas antes de empezar un viaje de venganza». Y se dijo que esta, lejos de ser dulce, deja siempre un rastro amargo en el alma.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el sargento mayor.

Contempló Borja al médico, que, acurrucado contra el camastro, lo miraba como el condenado a su verdugo. Y no pudo evitar pensar que iba a cargar para siempre con el peso de esa muerte, pues no hay justicia limpia cuando el mismo hombre debe dictar la sentencia y ejecutar el castigo.

—Matadlo —ordenó—. Y rápido, que no sufra más.

Se giró, para no ver cómo Gallardo clavaba la daga en el gaznate del médico Van der Meer, que lanzó un sonido ronco, como un eructo, al morir.

—¿Le corto la cabeza? —preguntó el sargento de los tercios—. Le prometisteis al gobernador que, si no lo podíamos llevar a Namur con vida y preso, le llevaríamos su cabeza.

—Quitadle el anillo y cualquier objeto que lo identifique. Con eso debe de bastar —mandó Borja Gómez de Mendoza—. Y dejadle la cabeza en su sitio, sargento. Como comprenderéis, no vamos a recorrer Flandes con una cabeza humana pudriéndose en nuestras alforjas.

36

Auto de fe en el Arrabal

Madrid, plaza del Arrabal, 29 de diciembre de 1578

Celebrada la Navidad, la Inquisición seguía haciendo funcionar su maquinaria inexorable, como si ni el nacimiento de Cristo ni el recogimiento de aquellas fechas bastaran para suspender, siquiera por unos días, el avance frío y metódico de un poder que no conocía descanso ni indulgencia, y que seguía dictando culpas y castigos con la misma precisión implacable con que otros celebraban la esperanza.

En la mañana de ese lunes 29 de diciembre, aún no había despuntado del todo el día cuando Madrid comenzó a despertarse con una agitación distinta, más vibrante que la de cualquier jornada ordinaria. Desde las primeras horas, cuadrillas de alguaciles recorrían las calles que desembocaban en la plaza del Arrabal, la mayor de la ciudad, ordenando el paso, despejando rincones, señalando con cuerdas y estacas los espacios destinados al público. Los vecinos abrían postigos y ventanas, algunos con cautela, como si temieran convertirse de espectadores en protagonistas del drama; otros, con algarabía, como si la muerte fuese motivo de júbilo. La noticia del auto de fe llevaba semanas circulando, y fue confirmada por los pregoneros que la anunciaron y por el desfile de la Cruz Verde en la víspera, durante la cual procesionó por las calles de la

villa y corte una gran cruz cubierta con paño verde, acompañada por inquisidores, frailes, familiares del Santo Oficio y representantes de las cofradías, para dejarla finalmente custodiada en la plaza del Arrabal, a modo de aviso público del próximo juicio.

La plaza, aún húmeda por el rocío nocturno, había sido transformada en un escenario perfectamente dispuesto. A lo largo de uno de sus lados se alzaban las tribunas de madera cubiertas con paños oscuros, destinadas a los miembros de los Consejos Reales, a los inquisidores, a los representantes del concejo municipal y a los embajadores extranjeros. Frente a ellas, en posición de privilegio, se había levantado el estrado real, adornado por paños y tapices y protegido por un dosel; en ese estrado era donde Felipe debía sentarse acompañado de la reina y sus más cercanos servidores. Más abajo, separados por una empalizada, se encontraban los bancos para los reos, los verdaderos protagonistas del auto de fe.

Desde los accesos a la plaza comenzaba a entrar el gentío. Artesanos, criados, estudiantes, mujeres con niños, soldados licenciados, mendigos, clérigos de toda condición se acomodaban donde podían, haciéndose sitio a codazos, subiendo a balcones, asomándose a ventanas alquiladas por horas, trepando a improvisadas tarimas. Nadie quería faltar. Era tanto por curiosidad como por la voluntad de ser partícipes de un acto que definía el orden moral del reino. El aire se llenó pronto de murmullos, del crujir de las maderas, del roce de capas, de risas y burlas, del sonido metálico de armas, del retumbo sordo de los bastones.

Cuando el rey apareció, acompañado por la reina, por los grandes de España, por sus secretarios, oficiales y criados y por el paso marcial de los alabarderos, mientras el chisporroteo de las lechuzas en los aleros cedía ante los gritos de los madrileños, la plaza entera lo aclamó con vítores y aplausos. Felipe avanzó con paso firme, sin

mirar a los lados, como si ya estuviera interiormente separado del mundo que lo observaba. Vestía como siempre de negro, con apenas el brillo dorado del Toisón de Oro y el blanco rígido del cuello destacando sobre la sobriedad del conjunto. Tomó asiento y solo entonces se inició verdaderamente el acto.

La ceremonia comenzó con el repique solemne de las campanas, un tañido profundo que parecía arrancar el silencio de su raíz y devolverlo transformado en rito telúrico. La procesión inicial avanzó desde uno de los extremos de la plaza. Abría el cortejo la Cruz Verde, alta, cubierta de terciopelo, sostenida por frailes dominicos. Tras ella marchaban los familiares del Santo Oficio, los notarios, los calificadores, los inquisidores con sus capas oscuras, y finalmente los reos, escoltados por alguaciles, vistiendo el saco de lana amarilla con la cruz de San Andrés y portando un cirio de cera verde. El paso era lento, casi exasperante, como si cada pulgada recorrida debiera ser cuidadosamente madurada. Los sambenitos colgaban pesados sobre los cuerpos, los capirotes alargaban las siluetas hasta hacerlas parecer irreales. Había rostros pálidos, otros tensos, algunos inexpresivos, como si el alma se hubiera salido de un cuerpo todavía vivo. En muchos de estos aún eran visibles las secuelas de la tortura. Una vez situados los reos en sus bancos, comenzaba la parte más larga y más agotadora: el sermón, los juramentos, las fórmulas, las amonestaciones. Los cuerpos se entumecían bajo el frío primero y bajo el sol después, un sol improbable de diciembre que calentaba las tonsuras, los pensamientos se dispersaban, la inquietud aumentaba, pero nadie podía moverse.

Subió al púlpito fray Alonso de Orozco, predicador agustino conocido por su elocuencia, y durante más de una hora habló sin descanso, alternando pasajes de la Escritura con admoniciones al pueblo, ejemplos históricos, amenazas veladas y promesas de

misericordia. Habló del error como enfermedad, del alma como territorio en disputa, del deber de los príncipes de velar por la pureza de la fe. Cada frase parecía cuidadosamente tallada para resonar en la conciencia colectiva. El público escuchaba sin moverse, atrapado entre el fervor, el miedo y el cansancio.

Después vino el juramento general, repetido en voz alta por las autoridades y secundado por la multitud, comprometiéndose a defender la fe y al Santo Oficio. Aquel murmullo coral, sonoro e irregular, recorrió la plaza como una ola, y durante unos instantes pareció que toda la ciudad hablaba con una sola voz.

La lectura de sentencias fue el momento más esperado, cuando los reos sufrían la humillación pública, la abjuración de sus errores de rodillas y la lectura de sus pecados frente a toda la ciudad y las autoridades. El secretario de la Suprema se adelantó con un legajo en las manos y comenzó a nombrar, uno por uno, a los acusados. Cada nombre iba seguido de una exposición breve del delito y de la pena impuesta. Reconciliación, penitencia pública, prisión, confiscación, galeras. Y, para algunos, la relajación al brazo secular.

Felipe permanecía inmóvil, atento a todo cuanto ocurría. Era un hombre sumamente religioso, no pasaba un solo día sin que dedicara su tiempo a la oración y a la contemplación; en su alcoba del alcázar no había rincón donde no se viera un crucifijo o una imagen devota de la Virgen o de un santo, y decían sus ayudas de cámara que siempre tenía los ojos fijos en esas imágenes cuando rezaba y el espíritu elevado al cielo. Pensaba sinceramente que la Santa Inquisición y autos de fe como el que hoy presidía eran necesarios para mantener a España libre del protestantismo y la herejía. Ahora, en la plaza del Arrabal, mientras escuchaba las sentencias, inclinaba levemente la cabeza y entrecerraba los ojos como si evaluara no tanto a los condenados como el equilibrio frágil

entre justicia, política y fe que aquel acto representaba. Sabía que estaba siendo observado, y sabía también que su presencia daba legitimidad última a todo cuanto allí ocurría. No era un espectador: era parte del juicio. Pero no podía evitar que, cada cierto tiempo, su mirada se clavara en quienes lo rodeaban, en sus nobles, en los grandes de España, en los gentilhombres de cámara, y que se preguntara si alguno de ellos estaba detrás de la carta anónima, del signo de Saturno y del drama que padecía. Allí estaban duques y marqueses, marquesas y duquesas, príncipes y princesas, secretarios y ministros. Y en cada gesto, en cada mirada esquinada, en cada fruncimiento de párpados, en cada desvío de los ojos, en cada movimiento de la cabeza de unos y otros quería ver una señal ora de culpabilidad ora de inocencia.

Cuando se pronunciaron las fórmulas finales y los condenados más graves fueron entregados simbólicamente a la justicia civil, al brazo secular, el tono del acto descendió lentamente hacia su conclusión. Se cantó un tedeum, se impartieron bendiciones, se retiraron las autoridades. Los reos entregados al brazo secular fueron conducidos al quemadero, situado en las afueras de la villa, donde serían ejecutados en la hoguera. El público comenzó a dispersarse con una mezcla de alivio y agotamiento, comentando en voz baja lo acontecido y dando gracias por no ser ellos los protagonistas de la tragedia. Los más morbosos, y no fueron pocos sino muchísimos, siguieron a la procesión de los condenados a muerte hasta el lugar de su ejecución.

El lugar, que durante horas había sido tribunal y altar, volvía poco a poco a ser mercado y cruce de caminos. La plaza del Arrabal se reconvirtió lentamente en el lugar que cada día era: comerciantes que abrían sus puestos, zagales que corrían entre los soportales, los carpinteros del concejo que comenzaban a desmontar los estrados,

el olor a incienso disipándose en el aire invernal. Pero el eco del acto permanecía en esa plaza cerrada entre edificios de ladrillo rojo y madera y no se borraría durante las jornadas venideras. En los corrillos, en las tabernas, en los hogares, se seguiría hablando durante semanas de aquel día en que la fe se había hecho visible, severa y pública, bajo la mirada silenciosa del rey.

Para Felipe, que se retiró a pie y sin prisa hacia el alcázar, aquel auto de fe, como todos los que se celebraban, sería una confirmación del orden del reino: un día en que la justicia y la devoción se mezclaron en palabras, miradas y silencios bajo el mismo cielo que sobre todos se extendía, dando forma a una ciudad y un país que sabían, por tradición y por temor, que su fe y su destino marchaban, juntos, en la misma procesión.

A la salida de la plaza, advirtió la presencia del alcalde Villafañe, que lo miraba fijamente. Con un gesto de la testa, le dio venia para acercarse. Y allí el juez le comentó las últimas nuevas de la sumaria: la localización de los rufianes en la posada de El Gamo del Rey días atrás, de la que el soberano ya había sido informado por Mateo Vázquez, la muerte de Alonso de Iturbe y la fuga del segundo de los jaques, el más peligroso de los dos. Que continuaba en paradero desconocido.

—¿Cree vuestra merced —preguntó Felipe a Villafañe— que ese sujeto ha podido abandonar Madrid?

—Todo es posible, majestad —argumentó el juez—, pero algo me dice que ese truhan no ha acabado su misión y que aún sigue en la villa y corte, escondido. De cualquier forma, hay rondas en cada salida de Madrid, atentas a cualquiera que quiera salir de la ciudad y en cuya faz luzcan costurones como los que tiene ese individuo en la mejilla siniestra. No le será fácil escapar, majestad. He ordenado

pregones, y hasta el último justicia está avisado de la importancia de localizar al matasiete. Es solo cuestión de días que demos con él.

—Hace ya días de la redada en aquella posada y sigue libre...

—No está libre por descuido, majestad, sino porque aún no ha cometido el error que nos permita prenderle sin perderlo para siempre. Pero cometerá el error. Siempre lo hacen.

—Y en cuanto a la vigilancia que le encomendé...

—Todas las personas de la lista que vuestra majestad me facilitó siguen vivas y sin ser hostigadas. No se ha distinguido ninguna señal de peligro en sus entornos, señor.

—Bien. Seguid en vuestra indagación, señor Villafañe. Y recordad que el tiempo juega en nuestra contra: cada día que pasa sin que demos con el responsable de los crímenes es un día que le permite actuar con mayor seguridad. No os entretengáis en diligencias que no conduzcan a nada y avanzad con lo que tengáis más firme, porque lo que ahora no se haga tal vez no pueda hacerse después. Y tened presente que no está en juego solo el castigo de un crimen, sino el futuro del reino y la autoridad con que ha de sostenerse todo lo demás.

***

José, a quien la pupila Patrocinio Suárez se había referido como el Gallego y al que Luisillo motejaba el Mudo, había asistido, desde lejos, al auto de fe. Lo había hecho arropado en una capa que disimulaba sus formas y con el rostro oculto casi por completo bajo un sombrero calado que encubría sus cicatrices. Sabía que eran estas las únicas señas características que podrían delatarlo.

A la finalización del acto, se desplazó velozmente, alejándose de la plaza del Arrabal hasta llegar hasta la vetusta iglesia de Santa María

de la Almudena. Allí se apostó, bajo el tímpano de la puerta, junto a la alta torre de ladrillo y mampostería, protegido por sus sombras. Conocía cuál sería el recorrido que el rey haría para regresar al alcázar: fiel a su costumbre, desde la plaza del Arrabal tomaría la calle Mayor hacia el poniente, y en ese instante se encontraría cerca del entorno de la iglesia donde el jaque se había apostado, a un tiro de piedra del lugar por donde Felipe caminaría; luego, enfilaría la calle de la Inquisición, así llamada porque en ella se ubicaba la sede del Consejo de la Suprema, para finalmente dirigirse a la cuesta de la Vega para llegar al alcázar.

Allí, al abrigo de la iglesia de la Almudena, esperó pacientemente.

Primero vio pasar a una compañía de guardias reales y alabarderos, a los que seguían los frailes y prelados del Santo Oficio, satisfechos tras la misión cumplida; luego, los nobles, duques, marqueses y condes del séquito real, conversando animadamente; detrás de ellos, los secretarios reales y ministros del rey; seguidamente, la reina con sus damas y doncellas, y, finalmente, el rey, caminando con dificultad, pues la gota se le había avivado en esos días, escoltado, a varios pasos de distancia, por una unidad a caballo de la Noble Guardia de Archeros de Borgoña, conocida entre la plebe como «guardias de la cuchilla», por las archas que portaban. Eran los guardias encargados de escoltar al rey cuando salía del alcázar o viajaba entre los sitios reales.

Cuando Felipe llegó a la altura de la iglesia, el jaque, protegido por los arbotantes del templo que le proporcionaban un refugio umbrátil, sacó de los pliegues de su capa el pistolón de rueda, lo levantó y, con pulso firme, apuntó directamente a la cabeza del rey, que se hallaba a no más de veinte pasos de distancia.

Sabía que era imposible que fallara desde tan escaso trecho.

Después, la huida sería fácil: entre el tumulto y la vocería que seguirían a la explosión, y los gritos de pánico al ver al rey caído en el suelo y sangrando, tomaría el callejón de la Almudena para regresar a la calle Mayor y desde allí perderse en las callejuelas de Madrid.

Sostuvo la pistola con las dos manos, evitando el más mínimo tremor.

Pasó el dedo pulgar de la mano diestra alrededor del gatillo, lo acarició y, finalmente, con la figura del rey entre ceja y ceja, lo apretó.

No hubo explosión alguna, ni disparo.

Sonó un clic apagado.

La pistola estaba descargada.

El jaque sonrió, bajó el arma y se la volvió a guardar bajo la capa.

Nadie había advertido su maniobra.

Matar al rey de España habría sido tan sencillo como para el gato conocer dónde está el tejado.

Sin embargo, y lamentándolo en las entretelas, no eran esas sus órdenes.

Todavía.

Esperaba lo fueran pronto.

Cuando una muerte llamara a otra muerte.

Aguardó a que el cortejo real se perdiera de vista y desanduvo lo andado: regresó a la calle Mayor, a la plaza del Arrabal y desde allí, siempre amparado en las sombras que el sol tímido de esa mañana de diciembre proporcionaba, tomó la calle de Toledo para llegar a la plazuela de San Millán y a la posada de El Pendón Dorado.

***

Al final de la cuesta, la comitiva doblaba hacia la plaza de Palacio, junto a las murallas del alcázar. Ya estaban a la vista sus muros rojizos bañados por la luz tibia del mediodía decembrino, las almenas recortadas contra el cielo, los guardias apostados en las torres, las antorchas encendidas, a pesar de la hora que era y de la claridad, para señalar la entrada al castillo. Antonio Pérez, que, intercambiando confidencias, había caminado al lado del arzobispo Gaspar de Quiroga, inquisidor general —y, desde el día 15 de este mes de diciembre, cardenal de la Santa Iglesia Católica, con el *titulus* de Santa Balbina, aunque la noticia aún no había llegado a la corte desde Roma—, cesó en su plática con el cardenal *in pectore* y aguardó hasta que observó que el rey llegaba a su altura. El rostro del secretario real no era hoy el de otras ocasiones. Estaba macilento y ojeroso, como si un gran peso le aplastara el espíritu, o como si no hubiese dormido en varias noches.

—Majestad —llamó la atención del rey, que se detuvo al ver a su secretario de Estado para los asuntos del Mediterráneo obstaculizándole el paso.

—¿Qué desea vuestra merced? —preguntó Felipe en voz baja, con un brillo de exasperación en la mirada. Iba contra el protocolo que un criado lo abordara de esa forma desconsiderada y descortés en la vía pública, a la entrada del alcázar—. ¿Qué noticia me traéis que os atrevéis a presentaros ante mí de esta manera?

—Disculpe vuestra majestad —pidió Pérez, ahora advertido de lo descomedido de su gesto.

Pero era que desde hacía un tiempo dormía mal y no había momento del día en que el desasosiego no le turbara el ánimo. Cada vez se esparcían con mayor ímpetu por la villa y corte los rumores acerca del asesinato de Juan de Escobedo e incluso habían llegado a sus oídos coplillas que lo acusaban abiertamente, a él y a Ana,

princesa de Éboli, de la muerte del secretario de Juan de Austria. Había ocurrido esta el día 31 de marzo de ese año del Señor de 1578, en el que tantas desgracias habían afligido al reino. Escobedo había sido atacado en plena calle de San Juan, muy cerca de allí, junto a la iglesia dedicada a los Santos Juanes, por varios hombres armados que le dieron muerte a cuchilladas sin dejar lugar a socorro. Se hallaba entonces en la corte, enviado por su señor Juan de Austria, y había empezado a intervenir en asuntos políticos que excedían su papel, lo que lo había situado en una posición delicada. Su asesinato no fue un hecho casual ni fruto de riña, sino una acción premeditada que pronto se vinculó a intrigas de alto nivel, en las que se vio implicado el entorno de Antonio Pérez. Se decía que Escobedo había reunido pruebas sobre los negocios ilícitos de Pérez, esos negocios que le habían permitido disfrutar de una mansión como la Casilla. Y, en cuanto a la princesa de Éboli, muy cercana a Pérez —en lo personal y en lo político—, se rumoreaba que lo había ayudado por su interés en mantener su posición en la corte y el equilibrio de poder que le era favorable. Todo ello había convertido el suceso en uno de los episodios más turbios y comentados del reinado de Felipe, tanto por la violencia del hecho como por las sospechas que levantó en torno a las decisiones tomadas desde el propio gobierno y por el propio rey, de quien se decía que había conocido el crimen previamente a su comisión y lo había consentido.

En estos días, las presiones de los familiares de Escobedo habían alcanzado un punto álgido y cada vez eran más las voces que exigían un proceso y que se hiciera justicia por el crimen. En los mentideros, sobre todo en las Gradas de San Felipe e incluso en el de las Losas de Palacio —donde solían reunirse pretendientes de cargos, secretarios, militares que buscaban mercedes y nobles que querían enterarse de los últimos decretos reales antes de que fueran

oficiales, y no pícaros, correveidiles y soldados licenciados como en el primero—, la gente se deshacía en hablillas sobre la implicación de Pérez y de la princesa en el asesinato, decidiendo cuál de los dos había movido los hilos. El mayordomo de Ana había escuchado incluso una copilla devastadora en San Felipe:

No preguntes quién mandó,
que la duda no sofoque:
Pérez dio muerte con tinta
y la tuerta con estoque.
Escobedo yace en tierra,
sin juez y sin confesión,
se dice si acaso tres
o si fueron solo dos.

—Creo que es importante —añadió Pérez tras la disculpa— que pueda hablar con vuestra majestad en privado. Es sobre el asunto de Escobedo, señor.

—¿Por qué os preocupa ahora ese negocio?

—Corren rumores que su majestad debiera conocer, y se debiera hacer lo que toca para detenerlos. Pero si pudiéramos hablar en privado...

—Os veo desmejorado, Pérez —repuso Felipe, observando ahora con atención a su secretario—, desde la última vez que despachamos, y de eso no hace mucho, apenas unos días. ¿Qué os ocurre?

—En privado, señor —insistió Antonio, encarecidamente, advirtiendo de reojo a otros oficiales y nobles que los observaban con interés y suspicacia—, os lo suplico.

—Está bien, seguidme.

Ya en la cámara real, tomó asiento Felipe en su sitial.

—Contadme qué es eso que tanto os inquieta —dijo el rey, sin ofrecer asiento a Pérez.

—Señor, como os he dicho, corren rumores por la corte que nos implican, a mí y a la princesa de Éboli, en el asesinato de Juan de Escobedo...

—Sí, lo sé. Continuad.

—¿Lo sabéis, señor?

—Eso he dicho.

—¿Y no os perturba?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Majestad! —se atrevió Pérez a levantar la voz, aunque la atenuó de inmediato, en cuanto observó el gesto de disgusto del rey —. Vuestra majestad sabe perfectamente cómo se fraguó aquello.

—¿Aquello?

—La muerte de Escobedo. Por Dios, señor...

—Es bueno referirse a las cosas por su nombre, Pérez.

—Sí, sí, pero, como os decía, vuestra majestad sabe perfectamente cómo se fraguó su muerte, cuáles fueron las causas que la motivaron, y cómo vuestra majestad consintió con... con... con todo.

Frunció el ceño Felipe. Tomó aire antes que la palabra.

—Yo sé únicamente lo que vuestra merced me dijo: que mi hermano don Juan de Austria, a quien Dios tenga en su gloria, pretendía traicionarme, emprender por su cuenta y riesgo la conquista de Inglaterra utilizando los dineros de Castilla enviados a Flandes para sostener la guerra de allí, y casarse con María Estuardo para, de esta manera, convertirse en rey de aquellas islas. Y que, eliminando a Escobedo, que era quien sustentaba la confabulación, se cercenaba la conjura. Y fue entonces, en esas circunstancias y solo en esas circunstancias, cuando le dije a vuestra merced que el

rey jamás se opondría a la muerte de un traidor. Mas resultó que todo era mentira. Ni Escobedo era culpable de delito alguno ni mi hermano se proponía traicionarme. Lejos de eso, su fidelidad aún me emociona. En cambio, vuestra merced...

Y dejó ahí colgadas Felipe las palabras que no dijo.

—¿Cómo podéis decir eso, majestad?

—Porque es la verdad. Recibí desde Namur sus papeles después de su muerte. Y todo quedó claro. No había traición.

—¿Y qué consecuencias acarrea tal cosa, majestad? ¿Cómo quedamos la princesa y yo?

Guardó silencio el rey durante unos instantes, pensativo, aunque sin dejar de mirar a Pérez, que se frotaba las manos con nerviosismo extremo.

—Todo lo que yo entonces dije —afirmó luego Felipe— dependía de las cosas que vuestra merced me contaba, cosas que se han revelado ajenas de verdad. Me temo incluso que las cartas que vos decíais descifrabais fueran falsas, si no total sí parcialmente, para mover mi ánimo hacia vuestros propósitos.

Antonio Pérez inspiró aire con fuerza, como insuflándose arrestos.

—¿Me estáis acusando de engañaros, majestad?

—Me dijisteis que mi hermano había incurrido en traición, y no la hubo. Llamad a eso como queráis.

—No olvidéis, majestad, que firmasteis las cédulas de alférez y de entretenimiento para tres de los sayones que dieron muerte a Escobedo, y que fueron esos papeles los que les permitieron huir de Madrid —se atrevió a decir Antonio Pérez, ya abismado en la desesperación—. Fueron seis documentos los que firmasteis y todos ellos están anotados en el libro de registro. Ello os implica, señor, y no sería bueno para el reino ni para nadie que vuestra majestad se

viera enredado en negocio como este. A nadie conviene, pues, que el asunto salga a la luz.

—¿Me estáis amenazando, Pérez? —preguntó airado Felipe, con los ojos brillando por la cólera.

—Nada más lejos de mi ánimo, señor —respondió el secretario—. Pero le he preguntado a vuestra majestad en qué lugar quedamos la princesa y yo y no me ha respondido. Comprenderá vuestra majestad que también he de velar por mi bienestar, aunque mi principal preocupación sea vuestra real persona.

Hizo un gesto de desprecio Felipe.

—Nada puedo aseguraros —dijo—. Tanto Mateo Vázquez como Pedro de Escobedo, hermano del occiso, insisten en que abra sumaria contra vuestra merced. Les he respondido una vez y otra que es menester venir a lo cierto y no a sospechas, que estas siempre las ha habido en el mundo. Creo que podré contenerlos, así que, por ahora, podéis estar tranquilos, la princesa y vos. Como bien decís, no es asunto del que se vayan a obtener ventajas para el reino.

Pérez no pudo evitar lanzar un suspiro que era tanto de agradecimiento como de liberación.

—Gracias, majestad.

—Ahora bien —interrumpió Felipe el ademán de despedida de su secretario—, esto que os he dicho tendrá valor si el estado de las cosas permanece como hasta ahora. Pero si, porque Dios así lo quiera, descubro que alguno de mis criados está detrás de la carta anónima que he recibido y de los crímenes que están sembrando Madrid de cadáveres, caerá sobre él todo el peso de mi furia y de mi poder, sin importarme quién sea y sin pararme en mientes acerca de antiguas convenciones. Creo que me he explicado con suficiente claridad.

Una nueva sombra se posó en los párpados enrojecidos de Antonio Pérez.

—Sí, majestad, sí, sí... —Y como si quisiera cambiar el tercio de la plática, o desviar las sospechas del rey, añadió—: ¿Pudisteis comprobar aquello que os dije sobre el duque de Alba y su hijo don Fadrique? Lo de su afición adquirida por la mitología...

—¿No tenéis bastante con lo vuestro que queréis salpicar a otros con vuestras conjeturas?

—Yo solo deseo ayudar, majestad. Es mi obligación recordar a vuestra majestad las manifestaciones del cardenal Quiroga y del resto de los consejeros en la última sesión del Consejo de Estado. Estaban todos escandalizados, señor, por la conducta de Alba. El cardenal llegó a comparar los excesos del duque con los del maestre don Álvaro de Luna, privado del rey Juan II de Castilla como sabéis, caído en desgracia y decapitado en 1453. A juicio de monseñor Quiroga, si «hombres de su calidad y prendas se atrevían a desobedecer al rey, no habría cosas que no prueben otros, ni nadie que no se atreva a intentar lo que quisiere». Cumplo con mi obligación al comunicároslo, majestad.

—Lo de Alba —repuso el rey, crípticamente— sigue su camino, y ya sabréis en su momento cuál es mi decisión. Todo se hará en lo que convenga y fuere justo y en razón. Pero sabed que, más allá de vuestro barrunto, no he hallado contra él prueba alguna que lo involucre en aquel negocio de la carta anónima.

—Muy bien, majestad, pero desobedeció vuestra orden, señor. Casó a su hijo con María de Toledo en contra de vuestra voluntad.

—Lo sé. Y ahora —atajó el rey—, podéis marcharos. Y no olvidéis lo que os he dicho.

Antonio Pérez abandonó la cámara real con apenas un tomín menos de angustia de la que portaba consigo al llegar.

37

La decisión de Luisillo

Madrid, 29 de diciembre de 1578

Luisillo se llevó las manos a las orejas, tapándoselas, como si no quisiera oír la explosión que preveía.

¡El jaque iba a matar al rey!

Abrió la boca para gritar, pero no le salió ningún sonido de la garganta, como si le hubieran dado un garrotazo al resuello. Sintió que se ahogaba, que el sonido se le había solidificado en el garguero y no dejaba que el aire le llegara a los pulmones.

¡El jaque iba a matar al rey!

Pero cuando, con los ojos muy abiertos, desorbitados por la conmoción y el horror, vio que el bravo apretaba el gatillo, no hubo plomo que saliera por la boca del pistolón, ni chispas saltando del arma, ni el humo de la pólvora quemada.

Solo un sonido desmayado, que, más que escuchar, adivinó el niño.

Y vio cómo el rey seguía su trayecto hasta el alcázar, ileso, con el pellejo de balde.

Consiguió volver a respirar, aunque a duras penas.

Si alguien le hubiese preguntado a Luisillo por qué razón llevaba días en pos del bravonel «mudo», pegado a sus talones y, con ello, jugándose el pescuezo para el caso de que el jaque lo

desarrebozara, no habría sabido qué responder. No era simple y malsana curiosidad, ni mucho menos. Sabía que ojo que mucho vuela, al hoyo se cuela, y que quien quiere mucho mirar, acaba viendo las flores del cementerio por la raíz y desde abajo. No era curiosidad, o no solo curiosidad, al menos. Era más la percepción de sentirse más seguro estando cerca del bravo, como si, de no estarlo, este lo pudiera sorprender en cualquier momento, apresarlo y sabría Dios qué más, pues era norma que al descuidado le diesen el julepe y le entregasen el finiquito. Y también era la intuición de que, estando al husmo de la presa, podría hallar una salida a su atolladero. Como si en la suerte de ese bravonel pudiese estar la suya propia, su salvación. Idea a la que tal vez no fuera ajena la recompensa que se ofrecía por su captura, que en estos días ya habían subido los justicias hasta los cien escudos de oro.

Vio, aliviado, que, tras aquel sonido amortiguado y sordo, el jaque bajaba la pistola, sonreía para sí mismo enseñando los dientes marrones y la guardaba de nuevo bajo la capa. Y cómo, mientras el rey seguía, incólume, el camino hacia el alcázar, el matasiete giraba para introducirse en la callejuela de la Almudena para después alcanzar la calle Mayor. Lo siguió hasta dejarlo en el lugar donde por lo visto ahora se alojaba, la zarrapastrosa posada de El Pendón Dorado.

Parado frente al mesón sin saber muy bien qué hacer, ni con él ni con su vida, se sentó en el tocón de un árbol derribado por una ventolera reciente y se quedó reflexionando, pues, de vez en cuando, Luisillo gustaba de perderse en el camino de la escolástica. Y, en sus lucubraciones, se dijo que no podía estar toda la vida siguiéndole el rabo al bravo ni andando de picos pardos a la orilla del precipicio, pues llegaría el día en que se descuidaría y estaría a un credo de perder la pelleja. Se calentó la mollera decidiendo sus

próximos pasos y, a la postre, solo encontró dos alternativas posibles, cierto ya de que continuar con la asechanza era quimera de galeote.

La primera era la que ya había barajado en anteriores inteligencias: huir de Madrid, ahuecar el ala y quitarse de en medio antes de que lo quitaran a él. Ganarse a un arriero que fuera hacia el norte o hacia el Levante y buscar refugio en Aragón o en Valencia, desde donde, con suerte y un poquitín de picardía, podría colarse de pavo en un mercante o enrolarse de grumete en una galera que marchara hacia Italia. Y allí, en Aragón o en Nápoles o Milán o Roma, ya se vería, que no se hizo el mundo para los cobardes y al que nace para ochavo no le llega el doblón. En Aragón, tal vez, podría vivir de la «españolada»: hacerse pasar por caballero desposeído y vender la nube a los aragoneses; o, si eso no cuajara, unirse a una cuadrilla de bandoleros en el Pirineo, que allí, según había oído, con las tensiones que había entre la nobleza y la Corona, proliferaban los rufianes de campo. Y en Italia, aunque Luisillo no fuera muy de milicias, pues no le gustaban ni la sangre ni las explosiones, acaso pudiera sentar plaza de soldado, vivir del saqueo, de la soldada, cuando llegara, que no era nunca a punto según decían los licenciados que pululaban por la villa y corte, y ganarse a las mozas con el crédito de servir al rey lejos de sus delitos. Pero, claro, ¿cómo hacer todo eso sin un real? ¿Qué arriero lo iba a llevar hasta Zaragoza o Valencia si no tenía una blanca con que pagarle? Y, además, ¿vivir toda la vida lejos de Madrid, lejos de sus calles y sus rincones que conocía como la palma de su mano? ¿Lejos de sus amigos, de Gabrielillo, de la mocita María de la Asunción, a la que ya había besado en la fuente de los Caños del Peral cuando aún podía deambular por Madrid sin miedo a que le sacudieran el polvo? ¿Y lejos de todo cuanto conocía y le era familiar? ¿Vivir el resto de su

existencia siendo un gringo, un extranjero? Uf, se le hacía cuesta arriba, la verdad.

La otra opción era la que poco a poco se estaba abriendo paso en su cerebro y la que más le picaba el bicho, aunque no acababa de convencerse del todo: convertirse en avisador, dar el soplo del paradero del bravonel al que medio Madrid buscaba, convertirse en mosca de palacio y, de camino, arramplar con los cien escudos de oro que el rey ofrecía de recompensa. Aunque, claro era, estaba el asunto de su participación en el crimen del galeno Velasco, y no sabía Luisillo si su colaboración de ahora podría borrar su complicidad de otrora. Qué difícil era todo en esta vida, voto a bríos.

Enfangado en estas disquisiciones, y azuzado por el hambre, decidió cesar en el acecho y dirigirse hacia San Felipe el Real, en cuya zona inferior, bajo las gradas, se abrían unas covachuelas en las que se ubicaban una lonja y un mercado en los que podría rapiñar algo o mendigar una limosna. De camino fue mordisqueando los restos de unas castañas pilongas que se había encontrado en un papelón tirado en el suelo, al mismo tiempo que intentaba decidir cuál era el arreglo mejor a su disyuntiva.

Fueron dos cosas las que finalmente lo ayudaron a adoptar una resolución.

La primera fue que, caminando por la Lonja de los Mercaderes, en cuyos puestos se vendían telas caras, especias exóticas y hasta libros que no estaban bien vistos por la Inquisición, oyó a lo lejos la voz de un pregonero del concejo, que con voz tonante proclamaba su pregón.

—¡Por mandato del señor corregidor y en nombre de su majestad el rey Felipe nuestro señor, que Dios guarde, se hace saber a todos los vecinos y moradores de esta ciudad y su jurisdicción que se halla fugado de la justicia real un sayón de nombre José, de apellidos

desconocidos, apodado el Gallego, de ignotos vecindad y domicilio, de buena planta, más de cinco pies, cerrada barba, moreno y con dos cicatrices que le cruzan la mejilla izquierda! ¡Dicho sujeto es acusado de tres delitos de asesinato, dos de ellos cometidos con arma blanca y un tercero con arma de fuego, y con agravantes, y se presume se esconde en esta villa y corte! ¡Se manda y ordena que cualquier persona que tenga noticia cierta de su paradero lo comunique sin dilación a esta real justicia o a las justicias del lugar más inmediato, bajo pena de doscientos escudos de oro a quien, sabiéndolo, lo ocultare, y con premio de cien escudos a quien dé aviso o lo entregare preso! ¡Y para que llegue a noticia de todos y ninguno alegue ignorancia, se manda publicar el presente pregón en las plazas, mercados y caminos principales de esta ciudad, y se fijen copias en los lugares acostumbrados!

Luego, los auxiliares del pregonero fueron colocando los avisos en árboles y fachadas, para su común conocimiento.

Luisillo, cuando oyó la voz rotunda del pregonero dando cuenta de la búsqueda del jaque a quien había llamado el Gallego pero a quien él conocía como el Mudo, sintió como si ese anuncio fuera una señal del cielo, un aviso de lo alto, que lo impulsaba a descoser el buche y darle cuerda al badajo.

La segunda cosa que le ocurrió fue que se le vino a la mente la cara del Mudo mientras hacía el gesto de disparar, sus ojos malévolos cuando apuntaba a su majestad el rey, que lo era de todos los españoles y también por tanto de Luisillo, la sonrisa ladina y perversa de sus labios despellejados, el brillo mate de sus dientes terrosos. Y se apercibió entonces de que ese ademán del jaque, ese ir a disparar al rey Felipe, no había sido un simulacro, un fingimiento, un darse el gusto de sentir el pulso del poder en los dedos. Había sido algo más. Había sido un ensayo, un cebar el

anzuelo para mejor presa, un templar el acero para un degüello de mayor fuste.

Se dio cuenta, con un escalofrío, de que aquello, ese gesto de disparar el plomo a su majestad, no había sido un experimento, sino un ejercicio, una probatura que más adelante —un día, una semana, un mes..., ¡qué más daba!— se habría de convertir en puro regicidio, en el mayor crimen que pudiera darse en el reino, en el asesinato de su majestad.

¡Ese sicario «mudo» se proponía dar muerte al rey Felipe!

Y eso Luisillo no lo podía consentir.

Por pobre que fuera, y huérfano, y ladronzuelo, y pícaro, y murcio, había cosas que su pequeña conciencia no podía dejar pasar. Que no podía ni admitir ni tolerar. Sintió un frío que no era de este mundo al rozar siquiera la idea.

El rey era sagrado.

Para aquel muchacho, habituado a sobrevivir entre las sombras y el fango de la villa, la figura del rey —a quien en la lengua de germanías se le llamaba el Alto, con una mezcla de admiración y respeto tan infrecuentes en el mundo de la granujería— se alzaba como una frontera inexpugnable que ni el hambre ni la desesperación permitían cruzar. En aquel Madrid de 1578, el monarca no era un hombre de carne y hueso, sino la encarnación de Dios en la Tierra y en su orden temporal, una presencia sacrosanta cuyo nombre se pronunciaba con un temor que rozaba la veneración. Él, Luisillo, podía haber robado en los altares o engañado al más pintado de los alguaciles, pero la persona del rey permanecía en su mente como algo puro e intocable, por encima de las miserias humanas. La sola idea de que aquel sol de justicia pudiera ser objeto de una mano violenta le resultaba una abominación antinatural, un caos que haría que los cimientos del

mundo se desmoronaran. Pues si la majestad caía, no quedaría en España rincón sagrado donde refugiarse ni ley divina que amparase incluso al más desdichado de sus súbditos. Entre los que Luisillo se hallaba.

No.

Su devoción por la figura real, nacida de la necesidad de un ancla en su existencia precaria, le impedía concebir una mancha en la imagen del monarca. Y mucho menos ser cómplice, aun fuera por omisión, de su asesinato. Era un respeto forjado en la miseria, una fe en el orden establecido que, aunque opresor, le ofrecía una mínima sensación de pertenencia a un mundo que constantemente le negaba un lugar entre sus contornos.

Podría haber malas cosechas, impuestos desmesurados —aunque Luisillo no había pagado en su vida una blanca de alcabalas—, levas excesivas, lo que se quisiera. Pero de nada de eso era culpable el rey. Eran quienes le aconsejaban, sus oficiales, ministros y secretarios, los nobles, los grandes de España, los que se llevaban el dinero y hacían las guerras. Los responsables de los males del reino. No el rey, que solo quería lo mejor para sus súbditos.

Luisillo, con la sabiduría amarga de quien nada posee, entendía que el rey era el último muro que separaba al mundo del abismo. Podía la justicia ser ciega o cruel, podían los ministros ser nidos de víboras, pero la majestad era el ancla de lo sagrado. Consentir en su daño no era solo un crimen, era apagar la única luz que, aunque lejana y fría, evitaba que las tinieblas de la anarquía lo devorasen todo. Ante el trono, su instinto de pícaro se doblegaba, reconociendo que hay jerarquías que ni el acero más afilado tiene derecho a profanar.

No.

No podía quedarse sin hacer nada y permitir que el jaque diera muerte al rey Felipe.

Miró hacia las torres del alcázar, recortadas contra el cielo plomizo de Madrid, y le dio la sensación de que aquel edificio contenía no a un hombre, sino a una idea eterna. No cabía en su entendimiento que el rey pudiera morir de mala manera a manos del Mudo, pues aquello sería como permitir que el sol se derrumbara. Para Luisillo, como para tantos desposeídos, el rey era la vida misma de las leyes y de la fe; tocarlo, o dejar que otros lo tocaran, era romper el sello divino que mantenía al universo en su sitio. Antes preferiría ver su propia sangre correr por el arroyo de la calle Mayor que ser testigo del ocaso de aquella sagrada soberanía.

En su alma todavía pura, pese a sus muchos pecadillos de mano larga, la figura del rey Felipe habitaba un lugar donde no llegaba el cinismo de la calle. Era una devoción ciega, ingénita, que corría desde su nacimiento por sus venas impulsada por los hilos de la tradición y el peso de los siglos, el faro de su mundo. El rey era el principio y el fin de toda justicia, y la idea de su vulnerabilidad le producía un vértigo insoportable. No era solo miedo al castigo de los hombres, sino un pavor místico a la ira de Dios; porque atentar contra el rey, o simplemente permitir que la sombra del peligro lo acechara, era para él el pecado definitivo, aquel que ningún arrepentimiento podría borrar jamás.

Y así fue que Luisillo adoptó finalmente su resolución.

***

—Señor alcalde —dijo Luisillo, con un hilo de voz—, yo soy a quien busca vuestra merced.

Cristóbal Villafañe, alcalde de Casa y Corte, miró al mocoso que se había plantado ante él en la puerta de la Casa de la Villa con un fruncimiento de párpados y un rictus de la boca que era una mixtura de cansancio, impaciencia y desdén.

—Quita de en medio, arrapiezo —ordenó al muchacho, y con un gesto del brazo intentó apartarlo de su camino—, que no está el paño para sacar muestras.

Ese mediodía, Luisillo, después de adoptar su resolución y de ratear un trozo de empanada de carne en uno de los puestos ambulantes de San Felipe —pues donde no hay harina todo es mohína y de poco sirve el brío si la tripa no tiene cimiento—, se dedicó a buscar por todo Madrid al alcalde que le iba siguiendo el rastro desde el tiempo del acabamiento del médico Velasco. Con la intención de darle noticias del bravo a quien todo el alguacilato y todas las instancias de Madrid con tanto afán buscaban como autor de las muertes del médico Francisco Velasco, del fray Antón de Tudela, del guardia Matías Ocaña y de su camarada en la bellaquería Alonso de Iturbe —aunque eso entonces no lo sabía Luisillo, que desconocía esa última muerte—, y, de camino y si era posible, hacerse con la tajada del rey, osease, cobrar la recompensa de los cien escudos de oro. Pero era como mirarse al espejo de espaldas, o cruzar las huellas sin pisar el barro: ahora que quería ser encontrado, ni el dichoso alcalde se ponía en el camino de Luisillo ni este era capaz de dar con el justicia a pesar de haberse llevado la tarde pateando Madrid, desde Lavapiés al Rastro, desde la puerta del Sol a la plaza del Arrabal, desde los Caños del Peral hasta la puerta de Moros. Pero no había manera. Era como si al guripa se lo hubiera tragado la tierra o se lo hubieran llevado los vientos de los jerónimos. Y a última hora de la tarde, después de horas y horas midiendo con las plantas de sus pies el polvo y el empedrado de la

villa y corte en un deambular desesperado que no conoció reposo, y cuando sus piernas eran ya puro plomo y sus zapatos apenas un jirón de cuero, decidió plantarse en la Casa de la Villa, frente a la torre de los Lujanes, confiando en que el alcalde apareciera por allí y pudiera darle el aviso que pretendía.

Lo hizo cuando ya el sol se escondía detrás de las torres del alcázar. Lo que no se esperaba era que el dichoso alcalde le hiciera oídos de mercader, se lo pasara por el forro del jubón y no le hiciera ni puñetero caso.

—¡Señor alcalde! —insistió, alzando varias octavas la voz, al ver que Villafañe lo dejaba con la palabra en la boca y se introducía en el patio de la casa—. ¡Que soy yo, Luisillo! ¡A quien vuestra merced lleva buscando una eternidad! ¡El que condujo al médico Velasco a la calle del Factor para que allí le dieran los jaques el santolio! ¡Aunque le juro por la madre que no conocí que yo no sabía de las intenciones de esos malnacidos! ¡Yo me supuse que era para darle el raspadillo, no más, y no para un finiquito como el que le dieron! ¡Se lo juro por lo más santo a su señoría ilustrísima!

Villafañe, al oír la confesión del rapaz, detuvo en seco su marcha, como si lo hubiese alcanzado un rayo. Se giró muy despacio y se enfrentó al mozuelo, que lo miraba al borde de la tembladera.

—¿Cómo dices?

—¡Que soy yo, Luisillo, a quien vuestra merced busca desde hace meses!

—¡Pero tú no eres castaño, pardiez! ¡Eres rubio!

—¿Y qué más da el color de mi pelo, voto a tal? ¡Le digo que yo fui quien sacó al médico Velasco de la piltra aquella noche de septiembre y quien lo hizo ir a la calle del Factor, donde fue ultimado! ¿Me oye vuestra merced?

Miró muy detenidamente Villafañe al mozuelo, de arriba abajo y de abajo arriba, y al contemplar la desesperación que brillaba en sus ojos y la angustia que ensombrecía sus rasgos, advirtió que decía verdad.

—Prended a este rapaz —ordenó a uno de los alguaciles que había estado con él todo el día en su diaria asechanza— y cuidad que no se escape.

—Sí, sí, prendedme y ponedme bajo siete llaves, donde el Mudo no pueda hallarme —admitió Luisillo, tendiendo ambas manos para que el alguacil pudiera engrilletarlo—. Pero sabed que he venido por mi voluntad y a poner en conocimiento de vuestras señorías la identidad y las señas del jaque al que buscan. Que es el verdadero asesino, un avisador de la parca, un maestro de esgrima de callejón, maldita sea su estampa.

***

—A ver, jovencito, cuéntame eso que dices que sabes y todo lo que conozcas de ese malnacido a quien llamas el Mudo. Despacito y con buena letra, ¿eh?

Se encontraban en una fría sala de la Casa de la Villa, casi desnuda de muebles, con Luisillo desengrilletado y comido, pues entre el ajetreo de su arresto y el hambre del mozuelo no había podido regir con normalidad y, cuando el alcalde pretendió interrogarlo, estaba más fuera de juicio que un desposado en vísperas. Se zampó unos duelos y quebrantos que le devolvieron el color a la cara y lo retornaron al carril de la razón. Estaban en la sala, además de Villafañe, el corregidor de la villa Martín de Espinosa, dos alguaciles y un escribano para atar la lengua al papel y levantar acta de todo.

—¿Por dónde quiere vuestra merced que empiece?

—¡Por el principio, pardiez!

—Y antes de comenzar, ¿es posible que me digan vuestras mercedes qué va ser de mí? Es decir, si me hago brazo del señor corregidor y allano el camino de la vara, ¿se me perdonarán los pecadillos que haya podido cometer?

—Pero ¿se puede saber de qué está hablando este mocoso? —inquirió Espinosa, impaciente.

—Solo quiero saber cuál va a ser mi suerte, señoría, y creo que no es mucho pedir.

—Pues eso —repuso Villafañe— va a estar en función de lo que nos digas y de cuánto nos ayudes. Además, no estás en posición de exigir, muchacho, ni de poner condiciones. Por los hechos que se te imputan, complicidad en un asesinato, te espera la horca, o las galeras reales si la fortuna te acompaña. Así que, yo que tú, comenzaría a darle a la sin hueso hasta que te quedes sin saliva.

—Entonces, de los cien escudos de oro... —Y la cara de Luisillo era un poema, como si hubiera masticado acíbar, o como si hubiera visto del revés el tapiz.

—De todo se podrá hablar si te comportas, chaval —dijo uno de los alguaciles—. Y ahora no nos hagas perder más el tiempo. Y dinos: ¿cómo conociste a ese Alonso de Iturbe y al otro al que llamas el Mudo?

—Pues que me vieron por la calle y me llamaron, y así fue como los conocí. Aunque nunca supe sus nombres, ni el de ese que según vuestras mercedes se llama Iturbe ni el del Mudo, salvo que a este el otro lo llamó José en un momento dado. Me preguntaron si me quería ganar unos cuartos, un real de a ocho, o medio escudo si vamos al grano de la espiga, y claro, ¿quién se podía negar? Para usía —se excusó Luisillo, mirando al alcalde con ojos de cordero

observando al matarife— un real de ocho tal vez no sea nada, pero a mí me da de comer durante varias semanas.

—¿Y qué tenías que hacer a cambio de ese real de a ocho?

—Plantarme en casa del médico Velasco, en la calle Mayor, y hacerle la mamola para que fuera a la calle del Factor, con la excusa de un paciente que andaba con la flaca y le había dado un mal aire. Y una vez allí, en esa calle, que saliera por piernas y ya está.

—Entonces —inquirió el corregidor Espinosa—, ¿no viste lo que le ocurrió al médico Velasco en esa calle del Factor?

—Pues sí que lo vi, ya lo puede jurar su señoría. Soy amigo de novedades y me gusta pegar el oído a la losa, lo reconozco. Así que, en cuanto doblé la esquina del Factor con la calle Mayor, en vez de quitarme de en medio como me ordenaron me aposté en el cantón y desde allí vi cómo le daban el finiquito al pobre diablo.

—¿Viste, pues, cómo asesinaban a don Francisco Velasco? —preguntó Villafañe, que muchas veces se perdía en la jerigonza del chaval.

—Como le digo. Y hasta creo que vi cómo su ánima escapaba de su cuerpo y volaba al seno de Abraham, como dicen los frailes. Porque el pobre hombre entregó el alma en un credo e hizo el traslado sin aviso. Que quedó frito en el acto, quiero decir a vuestras mercedes.

—¿Sabes cuál fue el motivo del crimen, rapaz?

—Ni idea, voto a tal. Ni me lo dijeron ni yo pregunté, que ya saben vuestras señorías que quien poco inquiere menos peligro adquiere.

—¿Ni siquiera hablaron con el galeno antes de darle muerte? ¿Fue todo así, tan de pronto?

—Bueno, algunas palabrillas sí que se cruzaron, pero no serían más de dos o tres. Y no pude escucharlas. Estaba a tal distancia que

no me llegaba el sonido de las palabras.

—¿Viste algo más de interés?

Recordó Luisillo entonces el cedulón que había visto cosido al jubón del médico muerto, y su contenido en el que se acusaba al rey de complicidad en no sabía muy bien qué, y se dijo que era mejor no tentar al diablo en su propia alcoba y pasar de largo en tal negocio como quien no lleva cuenta.

—No, nada más.

—Pues vamos entonces a...

—Pero sí vi cómo los jaques le daban matarile al guardia aquel, al que oficiaba en el alcázar.

—¿A Matías Ocaña?

—No sabía su gracia, usía.

—¡Pardiez, que este diablillo es un tesoro que vale un potosí! —exclamó el alguacil que antes había hablado—. ¿Y qué es lo que viste, zagal?

Y relató Luisillo a renglón seguido cómo, en la tarde del Día de Tosantos y en la Cava Baja, había sido testigo de cómo los dos sayones mandaban al otro mundo al guardia al que habían nombrado como Matías Ocaña, dando los detalles de cuanto vio del suceso.

—Bien, bien —dijo el corregidor—. Después de todo, este mocoso va a ser un testigo valioso.

—Lo que resta —añadió Villafañe— es que nos digas cuanto sepas del jaque al que llamas el Mudo, rapaz, que, por lo que sabemos, es el autor de al menos cuatro muertes.

—¿Cuál es la cuarta, señor? —preguntó Luisillo, a quien no le salían las cuentas.

—Pues la de su propio camarada, el tal Iturbe. ¿Nada sabías de eso?

—¿Me quieren decir vuestras mercedes que el Mudo apioló al otro, a ese al que vuestras señorías llaman Iturbe? —preguntó Luisillo, espantado—. ¡Pero si andaban siempre en una misma gola! ¡Si no había entre ellos ni el filo de un acero, voto a tal!

—Pues así es. ¿Y nada sabes de eso?

—¡A fe de quien soy que ni una palabra sé del envite, se lo juro a vuestra señoría por lo más sagrado!

—Calma, muchacho, que nadie te está acusando de ese episodio —lo tranquilizó Villafañe—. Y de ese a quien llamas el Mudo, ¿qué nos puedes contar? ¿Sabes su nombre? ¿Y dónde vive?

—Solo que el que vuestras mercedes llaman Iturbe se refirió a él como José, y no más. Pero puedo describírselo perfectamente a vuestras mercedes.

—Pues venga de ahí, gurriato —exhortó el alguacil—, que igual así te ganas la misericordia.

—Pues verán vuestras mercedes —explicó el muchacho—, el Mudo es un sujeto de una edad parecida al otro, al muerto, a Iturbe, de unas treinta y pocas primaveras, diría yo, aunque curtidas y pasadas por agua. La piel, nublada, renegrida, como de adobo y solano; las pintas, las de un matón de alquiler, de esos que siempre están prestos a dar la estocada en cuanto se la paguen. Tiene cicatrices profundas que le cruzan la cara en la mejilla izquierda. Los ojos, hundidos y vigilantes, como búho en noche de autos. El rostro lo lleva casi siempre medio tapado por una barba mal cuidada y un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas. Viste coleto de cuero endurecido y mugriento y suele llevar sobre los hombros una capa raída de color oscuro que utiliza para ocultar sus armas y tal vez para capear a sus víctimas cuando las acomete. Y... y.... no sé qué más decirles a vuestras mercedes. Si acaso, que tengan mucho cuidado cuando se le acerquen, porque ese Mudo es de armas tomar

y tiene más hígados que un buey de carretas. Es de los que nunca dejan la daga en el perchero, sépanlo vuestras señorías.

—Bien, bien, de eso no te preocupes, chaval, que ya nos aviamos nosotros —dijo el alguacil—. ¿Y sabes sus señas?

—Cuando los conocí, se aposentaban ambos, el Mudo y el muerto, en una posada de los prados que se llama El León de Oro. ¿La conocen usías? Después se mudaron a otra hostería llamada El Gamo del Rey. Pero este mediodía lo vi entrar en otro mesón, uno que hay en la plazuela de San Millán y que llaman El Pendón Dorado, aunque, por las trazas que tiene, allí de dorado no debe de haber ni una ajorca ni un doblón. Un tugurio con pintas de tahurería, diría yo.

—Ahí debe de ser donde ahora se esconde el malnacido —dijo el corregidor a Villafañe—. ¿Nos puedes contar algo más, muchacho?

—Bueno, pues... no sé... Estuve siguiendo durante un tiempo a los jaques, y vi que visitaban una posada de señorías con guarda a la puerta. Ya me entienden vuestras mercedes..., una casa de ricos.

—¿Una casa de ricos? —repitió Villafañe, extrañado—. ¿Y dónde se hallaba esa casa, joven?

—Pues en la calle Embajadores. Entraron ambos, el Mudo y el muerto, en un caserón lujoso que había allí, más o menos a la mitad de la calle, y allí estuvieron cosa de una hora o así.

—¿Y tú nos podrías conducir a esa morada de Embajadores?

—Pues yo creo que sí, vuecencia. No tiene pérdida, creo. Es la más principal de las casas de esa calle.

—Y no sabrás a razón de qué visitaron esa casa, ¿verdad, chaval?

—Hasta ahí no llego, usía.

—Está bien —dijo el alcalde—. Creo que eso es todo, ¿no? —dirigiéndose ahora al corregidor y a los alguaciles—. ¿O tienen vuestras mercedes algo que preguntarle al muchacho?

Todos negaron con la cabeza.

—Pues bien, Luisillo —dijo Villafañe—. Hoy te quedas aquí, y mañana veremos de ir a buscar esa casa de la que nos has hablado. Y daré órdenes para que no te traten mal y te den cuanto necesites.

—¿También de comer, señor?

—¡Te acabas de zampar una libra de chorizo y panceta con los duelos y quebrantos, pardiez!

—Pues tengo hambre de nuevo, disculpe vuestra merced. Yo siempre tengo hambre.

—Está bien, rapaz. Diré que te avíen algo.

—¿Y creen vuestras mercedes —preguntó Luisillo, esperanzado al ver que su información había llenado de contento a los guripas— que por todo lo que les he contado a vuestras mercedes merezco un poquitín más que misericordia? ¿Acaso algunos de los escudos de oro que tienen prometidos por la captura del sayón?

—Te he dicho que ya veremos, gurriato —replicó destempladamente el corregidor.

—¿Y si yo les dijera a vuestras mercedes que el Mudo se propone matar a su majestad el rey? ¿Cambiaría el tercio la suerte?

38

Redada en San Millán

Madrid, 30 de diciembre de 1578

El alba del penúltimo día del año del Señor de 1578 despuntó extrañamente soleado, como si el año quisiera despedirse con una luz que, aunque pálida y fría, pusiera un contrapunto jubiloso a tantos días sombríos y lóbregos, a tantas jornadas de desgracias como había contenido.

Felipe, tras ser informado por su secretario Mateo Vázquez de Leca de que el alcalde Villafañe y los alguaciles habían dado el día anterior con el paradero del bravonel a quien buscaban como autor de las muertes del médico Velasco, del fray Tudela y del guardia Matías Ocaña, y de instruirlo de la sospecha de que sus planes pasaban por dar muerte al propio rey, y que se proponían detenerlo en la mañana de hoy, se dijo que tal vez el año acabase con una buena nueva por fin, con las albricias de la resolución del enigma que había condicionado su vida y la del reino desde que, hacía ahora más de tres meses, el obispo Gaspar de Quiroga le pidiera audiencia y le entregase la carta anónima con el símbolo de Saturno.

Tres meses que habían sido tan largos y rigurosos como toda una vida.

Solo en su cámara de trabajo, después de haber asistido a la misa diaria en la capilla del alcázar, hizo repaso de lo sucedido en ese año

que marcaría su reinado: la muerte de su hijo Fernando, Príncipe de Asturias; el obligado y dolorosísimo recuerdo de la prisión y muerte de su desdichado hijo Carlos; el asesinato de su hermano Juan de Austria; el óbito de su sobrino Wenceslao; la derrota y muerte de Sebastián de Portugal en Alcazarquivir y el vacío sucesorio que dejaba en el país vecino, apenas cubierto con el interregno del cardenal Enrique, cuyo fallecimiento todos suponían inmediato; el asesinato de Juan de Escobedo y las implicaciones con que Antonio Pérez amenazaba; las calumnias que habían manchado su nombre, ¡su reputación!, en todas las cortes europeas, acusándosele de estar detrás de la muerte del príncipe su hijo; la rebelión protestante en Flandes, que no acababa de ser sofocada y que exigía unos desembolsos económicos descomunales; las tensiones con las Cortes de Castilla, exhaustas las ciudades de tantos impuestos como les eran exigidos para sostener las guerras europeas y la defensa de la cristiandad; la maldita gota, que cada día le restaba energías y lo desfallecía durante largos períodos...

Sí, había sido un año nefasto este que ya acababa, este 1578 que difícilmente se le borraría de la memoria.

Ahora, por fin, y si en verdad se detenía al bravo que, según todo indicaba, era el brazo armado de quien estuviese detrás de la carta, tal vez se supiera quién había sido el artífice de la intriga que, más que ningún otro suceso, había marcado ese año aciago.

Pero, aunque así fuera, todo lo sucedido había servido para demostrarle, una vez más, lo débiles que eran los pilares sobre los que se asentaba el poder terrenal. A lo largo de su reinado había declarado guerras, firmado tratados, ordenado ejércitos, decidido destinos ajenos con una sola rúbrica y, sin embargo, al volver la vista sobre los meses transcurridos, lo que veía no era fortaleza, sino una sucesión de grietas malamente recubiertas: muertes

imprevistas, lealtades dudosas, silencios cargados de amenaza. Comprendió entonces que el poder no se parecía en nada a la imagen que proyectaba desde los balcones o en los retratos oficiales, y que bajo su apariencia de firmeza se ocultaba una materia frágil, siempre a punto de resquebrajarse.

En la soledad de su despacho, rodeado de papeles y mapas, pensaba en cuántas decisiones habían sido tomadas con prudencia y cuántas, en cambio, habían nacido del miedo, del error, del engaño —como la muerte de Escobedo, de la que aún se lamentaba— o del cansancio. Recordaba los nombres de quienes ya no estaban, los de quienes empezaban a resultarle sospechosos, los de aquellos en los que había confiado más de lo debido. Y se daba cuenta de que el poder, lejos de proteger, exponía; lejos de salvaguardar, multiplicaba los peligros. Cuanto más alto se encontraba, más visible era para todos, más vulnerable a los rumores, a las intrigas, a los errores propios y ajenos.

A veces se preguntaba si no era esa la verdadera condena del rey: no poder retirarse nunca, no poder mostrarse débil, no poder confesar dudas sin convertirlas en arma contra sí mismo. Gobernaba desde una fortaleza rodeada de muros, pero sabía que las amenazas más graves no venían de fuera, sino del interior, de los pasillos, de cartas y billetes, de conversaciones musitadas en los rincones de palacio. El poder, comprendía ahora, no consistía en mandar, sino en sostener un equilibrio precario entre fuerzas que no obedecían del todo a nadie.

Así, al cerrar el año de 1578, Felipe no se sentía vencedor ni derrotado, sino simplemente responsable, simplemente consciente. Consciente de que su autoridad dependía de hombres imperfectos, de informaciones incompletas, de decisiones tomadas a oscuras. Consciente de que cada triunfo llevaba ya inscrita su futura

debilidad. Y ese reconocimiento silencioso, lejos de debilitarlo, le proporcionaba una forma amarga de lucidez: gobernar no era dominar el mundo, sino resistirlo día tras día sin dejar que lo devorase.

***

En ese mismo instante, cuando el alba despuntaba en Madrid con ese tímido sol, Villafañe, acompañado de una cohorte de alguaciles, corchetes y guardias armados hasta los dientes, tomaba al asalto, pero silenciosamente, la plazuela de San Millán.

Era esta, más que un lugar delimitado adrede, un ensanchamiento natural entre calles estrechas, formado por la confluencia de caminos que descendían desde la zona de Lavapiés y subían hacia La Latina. El empedrado era desigual, gastado por el paso de carros, bestias y vecinos, y en los días de lluvia se formaban charcos que tardaban en secarse. Hoy, afortunadamente, el sol lucía, apocado pero suficiente para mantener seco el terreno después de las últimas lluvias.

Alrededor de la plazuela se alineaban casas de uno y dos pisos, construidas en ladrillo y entramado de madera, con corredores interiores y balcones estrechos que se asomaban al patio. Muchas tenían en la planta baja almacenes, pequeños talleres, tabernas modestas o tiendas de comestibles, donde se vendían pan, legumbres, aceite y vino. En los pisos altos vivían artesanos, viudas, criados de casas nobles cercanas y pequeños mercaderes. Las fachadas estaban oscurecidas por el humo de los braseros y las cocinas, y apenas se decoraban con algo más que cruces de madera o azulejos devotos. Dominaba el lugar la iglesia de San Millán, con sus muros macizos, su portada sencilla, su torre visible desde todos

los puntos del barrio. Sus campanas marcaban el ritmo cotidiano del entorno, llamando a misa al amanecer, al mediodía y al caer la tarde. En torno a sus muros se agrupaban mendigos, vendedores ambulantes y fieles que aguardaban turno para confesarse o recibir limosna de alguna cofradía. Aguadores con sus cántaros, mujeres cargadas con cestas del mercado, aprendices enviados a hacer recados, soldados licenciados que buscaban alojamiento barato y algún que otro clérigo camino del convento cercano solían atestar a diario la plazuela de San Millán.

Hoy, en cambio, estaba desierta.

Todos habían cesado en sus paseos, en sus faenas, en sus ajetreos y se habían refugiado en las tiendas o en sus casas en cuanto vieron que, apenas despuntada el alba, un tropel de justicias y soldados penetraba en la plazuela por los cuatro puntos cardinales, sin atreverse más que a escudriñar desde las rendijas de las ventanas o los resquicios de las puertas.

Cristóbal Villafañe no estaba dispuesto a que ocurriera lo mismo que cuando intentaron detener a los sayones de la posada de El Gamo del Rey. Sobre todo, después de saber que lo que estaba en juego era no ya la detención de un facineroso, sino la propia vida de su majestad el rey. Y en ese lance no se admitían errores.

Ordenó, la tarde-noche anterior, que dos alguaciles y un corchete, vestidos de arrieros —sombrero de ala ancha, sayal de lana basta y oscura, sin teñir, hasta las rodillas, zamarra de piel de oveja con el pelo hacia dentro para mantener el resuello caliente, calzas de paño, anchas y ajustadas bajo la rodilla con ligas de cuero, y polainas y abarcas para proteger las piernas del lodo y las piedras—, se alojaran en la posada de El Pendón Dorado y se cercioraran de que el sayón a quien buscaban pasaba la noche allí. Cuando llegaron al mesón poco antes de ponerse el sol, los justicias, mediante el pago

de unos chavos al posadero, comprobaron que el Gallego había pagado una semana por adelantado, pero que en ese momento no se encontraba en la hostería. «Estará gastando la mosca en picos pardos, o qué sé yo», respondió el ventero cuando le preguntaron por el paradero del bravonel.

Se apostaron en un rincón del salón de la planta baja que hacía las veces de taberna, en un lugar donde podían vigilar la puerta de entrada de la fonda. Y a eso de las once de la noche, mucho después de las completas que repicaron las campanas de San Millán, el bravo apareció por el mesón. Justo cuando el carillón de las iglesias de Santa María de la Almudena y San Felipe el Real estarían anunciando la queda y se estarían cerrando a cal y canto las puertas de la villa y corte. Lo reconocieron enseguida, y no solo por los dos costurones que le cruzaban la mejilla izquierda, sino por sus trazas, pues llevaba el sambenito pintado en la cara. Que era de pocos amigos y menos confesores. Vieron cómo dudaba si entrar en el salón y pedir las últimas holandas, pero a la postre debió decidir que era hora de echar el sello a la bota y se giró y se dirigió a la escalera que conducía al piso superior, donde estaban las habitaciones, que parecían zahurdas de puercos, por lo estrechas y malolientes. Lo siguieron aparentando navegar con vientos de Baco, y comprobaron que se introducía en uno de los cuartuchos. Allí, junto a la puerta del cuarto, aguardaron un buen rato en completo silencio hasta oír los ronquidos del bravonel. Los dos alguaciles se fueron turnando en la vigilancia mientras el corchete corría hacia la Casa de la Villa para dar el parte de las novedades.

Cuando, al alba, llegó la partida encargada de prender al bravo, uno de los alguaciles bajó a la plazuela para comunicar que el sayón seguía durmiendo y que no había moros en la costa. También comunicaron que esa hostería no tenía puerta trasera y que la valla

que circundaba el patio posterior, donde había corrales de pavos y gallinas, tenía una altura infranqueable. De todas formas, Villafañe ordenó que seis soldados de la guardia se dirigieran a la trasera de la posada para asegurarse de que por allí no escapaba nadie. Luego mandó que en cada bocacalle de la plaza se apostaran tres guardias con mosquetes, para de igual modo impedir la fuga de la plazuela de San Millán, que quedó convertida en un coso inabordable, ni para salir ni para entrar; una ratonera dispuesta para apresar a una sola rata.

Y cuando todo estuvo preparado y cada alguacil, cada corchete y cada guardia ocupaba el lugar asignado, ocho soldados de la guardia tudesca, célebres por su fidelidad y por su imponente físico y muy fieros en el combate cuerpo a cuerpo, penetraron en el mesón intentando hacer el menor ruido posible. Dejaron a un lado el salón que hacía las veces de taberna, donde no había un alma a esa hora de la mañana, y subieron las escaleras adonde los esperaban los alguaciles que habían estado vigilando a la presa durante toda la noche.

***

El sicario a quien se conocía como el Gallego y el Mudo despertó de pronto en su piltra, aunque ningún rayo de sol, que estaba aún bajo, había penetrado por el alto ventanuco de su alcoba. Si acaso, una luz tibia y grisácea insuficiente para turbar el sueño de quien estaba acostumbrado a dormir cuando podía y en las circunstancias en que podía, pues, como soldado que había sido, sabía que, en materia de sueño, hay que aprovechar el silencio del búho, que el del gallo trae el juicio. Y que es bueno darle tregua a la pelleja antes de que el camino la gaste.

Pero, a pesar de que dormía cuando era menester y ajeno a los disturbios, el bravonel era de los que lo hacía con un ojo en el avemaría y el otro en el cerrojo, y sus oídos detectaron el mínimo ruido que los guardias tudescos hicieron al subir las escaleras del mesón: un eco metálico como al desenfundarse una espada de su tahalí, el ruido amortiguado del cuero de las botas sobre los peldaños, el chasquido de los morriones, el crujido de las correas de cuero cubiertas con escamas de metal que se anudaban bajo la barbilla...

Se despertó de pronto, de un salto, como si el diablo le soplara al oído, y recobró el sentido como a toque de rebato. Supo de inmediato que venían por él y que no tenía escapatoria. El ventanuco era demasiado estrecho y, aunque hubiese podido pasar a través de él, daba a un patio trasero con una valla inaccesible. Cuando, después de dar muerte a Iturbe, decidió mudarse desde El Gamo del Rey hasta El Pendón Dorado, supo que no era una buena elección, pues esa hostería podía convertirse en una ratonera, pero, se dijo entonces, ¿quién podría hallarlo allí, si nadie sabía de su paradero? Los escondites más a la vista solían ser los más adecuados.

Se había equivocado, por lo que se veía.

Pero, se dijo ahora, a tajo hecho no vale consejo, ni lamento a vida segada.

Así que aderezó el pistolón en el tiempo de un vuelo de capa, y se apoyó en la pared que enfrentaba la puerta cerrada. De madera débil que no resistiría dos empellones.

Con la pistola en una mano y la espada en la otra.

A pecho descubierto y al desnudo de la parca.

La puerta saltó hecha pedazos cuando los hombros de dos guardias tudescos la arremetieron con fuerza colosal. Uno de ellos

cayó al suelo de su propio impulso. El otro lo hizo cuando el perdigón que escupió el pistolón del bravonel le estragó el pecho, pasándole de parte a parte el plomo hirviente y abriéndole la ventana al alma.

Luego, el bravo lanzó el pistolón descargado contra la cabeza del soldado que había tropezado al derribar la puerta, acertándole en plena sien y dejándolo como un bulto de lana en el suelo, se cambió de mano la espada, que pasó a la diestra, y extrajo de la faja una daga que empuñó con la siniestra, y así se abalanzó contra los seis tudescos que entraron en la alcoba a saco, como centella en pajar seco.

—¡Vivo! —se oyó gritar a Villafañe desde abajo, repitiendo la orden que ya había dejado clara al comenzar el asalto—. ¡Lo quiero vivo, voto a bríos! ¡Pues vivo lo quiere su majestad el rey!

—*Nem vivo nem morto me apanhareis, voto a tal!* —gritó a su vez el bravonel.

Pero, pese a sus ímpetus, pudieron más los seis tudescos, que finalmente consiguieron reducirlo y, ya en el suelo, engrilletarlo, no sin que antes el matasiete hiriera a tres de ellos, a dos de sendas puñaladas en el hombro y en la pierna respectivamente, y al tercero en los higadillos, lo que finalmente le supondría, dos días después, pagar tributo a la tierra.

—¡En nombre de su majestad el rey nuestro señor —pronunció solemne Villafañe, con voz grave, alzando su vara de justicia, cuando, advertido de que el sicario ya estaba aherrojado, penetró en el cuartucho—, y por virtud de la autoridad que me está conferida como su alcalde de Casa y Corte, yo os requiero y mando que sin resistencia ni contradicción alguna os tengáis por preso y detenido, por razón de los delitos que contra vos se averiguan y de que seréis informado en tiempo y forma conforme a derecho! ¡Y os apercibo de

que, si intentarais huir, resistir o alborotar, se procederá contra vos con todo el rigor de las leyes reales, como contra quien desobedece a su rey y a la justicia! ¡Daos preso, pues, en nombre de la justicia del rey!

39

EL EXILIO DEL DUQUE

Madrid, alcázar, 30 de diciembre de 1578

Era la hora del ángelus de ese día extraño de diciembre, inusualmente soleado y presagioso.

Felipe acababa de dar cuenta de un almuerzo frugal, que cada día despachaba a eso de las once: apenas un caldo de verduras y un trocito de carne de caza. Quedaron en la mesa los demás platos que le habían servido sus gentilhombres de la boca, junto con los trinchantes y coperos, y que le habían preparado, en las cocinas del alcázar, bajo la vigilancia del maestro y del despensero, los cocineros reales mientras un oficial anotaba cada ingrediente y otro probaba los caldos antes de que salieran hacia los aposentos del rey: pollo frito, pollo asado, gallina cocida, un besugo horneado, ave guisada con verduras, carne de jabalí, acelgas, espinacas, nabos y coles, fruta, carne de membrillo, dulces y miel con nueces. Apenas si probó el vino que el copero dispuso en la mesa real. La habitual moderación del rey en las cosas del comer y del beber se había convertido hoy en extrema parquedad.

Sentía su ánimo agitado, esperando las noticias del arresto del autor de los asesinatos que tanto lo habían conmovido y ansioso por conocer lo que de su declaración pudiera saberse. Ansioso y también temeroso, pues cavilaba que conocer el nombre de quien hubiera

urdido toda la trama le proporcionaría tanto alivio como desolación. Pues nada hay peor que la traición de quienes rodean a uno. Después de levantarse de la mesa, Felipe no experimentó el alivio habitual que solía seguir a sus comidas sobrias y ordenadas. Caminó despacio por la estancia, dejando atrás la mesa aún dispuesta, las copas apenas entibiadas por sus manos, los manteles sin una arruga, como si la perfección exterior subrayara aún más el desorden que llevaba dentro. Cada paso resonaba en el suelo con una sequedad que le parecía excesiva, casi un reproche.

Decidió seguir revisando billetes y legajos mientras las nuevas llegaban y regresó a su cámara de trabajo. Pero, cuando vio los papeles amontonados sobre la mesa, sintió una desidia infrecuente en él. Pasó de largo los documentos pendientes de despacho, que eran cientos, como cada día, y avanzó hasta la ventana. Se detuvo ante el cristal y contempló su reflejo: su cabello, rubio otrora y hoy encanecido; sus ojos, cada vez más débiles de tanto forzarlos en la lectura y necesitados de sus anteojos; su piel, que siempre había sido pálida pero que hoy se le mostraba citrina; sus labios, antes firmes y hoy tan secos; su frente, que tan alta y tersa era y que hoy aparecía colmada de arrugas. Agraviado por la estampa que el cristal le devolvía, llevó la mirada al patio del castillo, a los tejados que desde allí se divisaban, al movimiento lejano de un criado que cruzaba con un fardo al hombro, a la ciudad que se derramaba a sus pies. Todo seguía su curso, ajeno a la inquietud que lo consumía. Pensó en la lentitud de los hombres, en la fragilidad de los planes, en el paso del tiempo.

Con el discurrir de los años, Felipe había aprendido que el tiempo no se mide por los días que transcurren, sino por lo que se pierde en ellos. Al principio de su reinado, cada jornada le parecía una escena perfectamente ordenada: una sucesión de horas destinadas al

despacho, a la oración, al gobierno, al descanso breve. Creía entonces que el tiempo obedecía a la voluntad, que bastaba llenarlo de trabajo para someterlo. Pero ahora comprendía que era al contrario: cuanto más intentaba retenerlo, más deprisa se le escapaba entre los dedos. Miraba atrás y no veía una línea metódica y recta, sino una acumulación de escenas incompletas: rostros que ya no estaban, decisiones tomadas a medias, victorias que habían envejecido antes de ser celebradas —como la hacía poco conmemorada de Lepanto—, errores que seguían creciendo en silencio. El tiempo no borraba nada; solo lo cubría con capas sucesivas de rutina y de olvido aparente. Bajo ellas, todo seguía intacto, esperando el momento de volver a hacerse presente. Como había ocurrido con la muerte de su hijo Carlos.

También había descubierto que el tiempo no era igual para todos. Para unos pasaba como un río lento, previsible; para otros, como una corriente traicionera que arrastraba sin aviso. Para un rey, además, el tiempo tenía una crueldad particular: cada año añadía experiencia, pero también restaba fuerza, paciencia, confianza. Gobernar era aprender a negociar no solo con hombres y reinos, sino con ese desgaste invisible que ninguna ley podía detener. Y, a pesar de todo, en medio de esa certeza amarga, hallaba una forma de consuelo. Mientras el tiempo avanzara, aún quedaba margen para corregir, para comprender, para resistir. No podía volver atrás, pero podía decidir cómo caminar hacia delante. Quizá esa era la única victoria posible: no vencer al tiempo, sino aprender a convivir con él sin dejar que lo despojara por completo de sentido. Y sin dejar que nadie, por muchas cartas anónimas que remitiera ni por muchos símbolos de Saturno que grabara en mohosos anaqueles o en cuerpos sajados, interfiriera en su destino.

Regresó al escritorio y tomó al azar uno de los papeles que había dejado sin concluir. Leyó un párrafo, luego otro, sin entender realmente lo que leía. Las letras se le deshacían ante los ojos, como si ya no le pertenecieran. Se puso los anteojos, pero su visión seguía difusa. Dejó los papeles de nuevo sobre la mesa con un gesto de cansancio. No estaba hecho para la holganza. Prefería el agotamiento del trabajo continuo a aquella espera que lo obligaba a escuchar cada ruido del pasillo, cada golpe lejano de puerta, como si en ellos pudiera venir escondida la noticia que esperaba.

El recuerdo de las muertes volvía una y otra vez, mezclado con imágenes equívocas, con nombres que se cruzaban, con sospechas que no terminaban de tomar forma. Sabía que el autor material era un bravo sin escrúpulos, un instrumento más que una mente, y sin embargo le inquietaba la idea de que aquel hombre, posiblemente reducido ahora a una presa —así lo esperaba—, hubiera sido durante tanto tiempo una sombra impune. Pensó en las palabras pronunciadas, en los silencios consentidos, en los rodeos que habían permitido que todo ocurriera. Se preguntó, sin querer responderse, hasta qué punto él mismo había contribuido a ese desenlace.

Cuando por fin se sentó, lo hizo con rigidez, apoyando ambas manos sobre los brazos del sillón, como si necesitara afirmarse en algo sólido. Respiró hondo, despacio, obligándose a recuperar el dominio sobre su ánimo. No podía permitirse el desasosiego. Un rey no esperaba: administraba la espera. Pero, en aquel mediodía extrañamente primaveral, luminoso, mientras los minutos se acumulaban sin respuesta, comprendió que incluso el más poderoso de los hombres podía sentirse, por momentos, rehén de la incertidumbre.

Oyó que llamaban a la puerta de su cámara, que se abrió a continuación.

—Majestad, don Mateo Vázquez —anunció un ayuda de cámara.

Concedió venia con un gesto de la mano y su secretario privado penetró en la estancia. Su rostro era grave, circunspecto, y eso preocupó a Felipe.

—¿Ha fracasado la redada? —preguntó, inquieto, a punto de levantarse de su sitial—. ¿Ha escapado el bravonel?

Vázquez de Leca, de pie ante el rey, negó con la cabeza.

—No, majestad. El sicario ha sido apresado. La guardia tudesca y los alguaciles lo han conseguido detener en una posada de la plazuela de San Millán llamada El Pendón Dorado. Pero ha matado a uno de los guardias, señor, y herido a otros cuatro, a uno de ellos de suma gravedad, tanto que los galenos no cuentan con él.

—Ordenad una pensión vitalicia de cincuenta escudos anuales para la familia del guardia perecido. Y lo mismo para el herido grave, si fallece. Y que los otros heridos reciban una carta real y el doble de su soldada.

—Así se hará, señor.

—El sayón, ¿ha sido interrogado?

—Sí, majestad. El alcalde Villafañe se ha encargado de un primer interrogatorio en la Casa de la Villa.

—¿Ha confesado?

—No ha abierto los labios, majestad. Es duro como un roble. Para nada han valido las amenazas ni las conminaciones. Es un arrebatapuñadas sin miedo a nadie.

Felipe esbozó una sonrisa mínima, en la que, más que contentamiento, había tanto de contrariedad como de fatiga.

—Que se le aplique tormento —ordenó, recuperada la circunspección—. Sin moderación, hasta que confiese y desvele el nombre o los nombres de quienes le han pagado para sus

bellaquerías. Y que conste que no se procede por odio ni malicia, sino por causa justa y necesaria.

—Sí, majestad.

—Que comiencen mañana el apremio. Y que se me dé aviso. Quiero estar presente.

—¿En el tormento, señor?

—Sí, eso he dicho.

—Se hará como deseáis, majestad.

—Veo en vuestro rostro —dijo Felipe, observando el gesto de su secretario, que continuaba inexpresivo— que no son esas las únicas noticias que me traéis. ¿Qué más hay que deba yo saber?

—Han llegado las cartas de Flandes, señor. El médico que dio muerte a vuestro hermano don Juan de Austria fue localizado, interrogado y, tras confesar, fue ejecutado por los hombres del gobernador, de don Alejandro Farnesio.

—No es una mala nueva, Mateo.

—No, no lo es, señor.

—¿Y entonces? ¿A qué obedece el gesto grave de vuestra expresión?

—Confesó que mató a don Juan por orden de Guillermo de Orange.

Felipe notó que una aguja de dolor pujaba en medio de su pecho. Orange, en otro tiempo, había sido un súbdito leal y un amigo.

—La carta que recibió don Juan, ¿la intrigó Orange?

—No, señor. Según el médico, nada sabía el príncipe de esa carta.

—¿Le creyeron?

—Sí, señor. Iba a morir y lo sabía, en nada le iba el mentir.

—Está bien. Disponed que se ponga precio a la cabeza de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Y avisad que quien me lo traiga vivo o muerto recibirá una recompensa de veinticinco mil

coronas de oro. También le será concedida nobleza y perdonados anteriores delitos, si los tuviere.

—Así se hará, señor.

—Veo que sigue la preocupación en vuestro ceño. ¿Qué más hay?

—Vienen otras cartas desde allí. Hay más quejas y denuncias contra el duque, majestad.

—Contra Alba...

—Sí, señor. A pesar del tiempo que hace que cesó en su cargo allí, nos siguen llegando demandas de desafuero.

—Contadme.

—Vienen con el correo tres memoriales, uno de la viuda de... —tuvo que consultar sus notas—... de Jan van Casemroot, y otros dos de... de los familiares de Joris van de Heze y de Dirk Simmons. Todos ellos fueron ejecutados en tiempos del duque y en esos memoriales se reclama una reparación.

El rey se quedó pensativo. Tenía la certeza casi absoluta de que ni Alba ni su hijo Fadrique estaban detrás de la carta anónima, a pesar de las insidias de Antonio Pérez. Recordó su conversación con el bibliotecario de El Escorial, con Benito Arias Montano, cuando este le habló de que quien fuera que estuviese detrás de la amenaza se proponía interferir en decisiones futuras, impedir un proyecto, frustrar una meta, un ideal. Y, aunque pronto saldría de dudas —en cuanto el sayón confesase en el potro o en el tormento de toca—, ahí no veía ni al duque ni a su hijo. Alba, pese a su soberbia y a sus continuos desencuentros, había sido un súbdito leal y había prestado grandes servicios tanto al emperador como a Felipe.

A la sombra de su padre Carlos, Alba, cuando aún era un joven noble que aprendía el oficio de la guerra en los campos de Italia, Alemania y el norte de África, se formó como soldado y como servidor del Estado participando en campañas decisivas contra

Francia, en la defensa del Mediterráneo frente al Turco y en las contiendas en el Sacro Imperio. Su padre había encontrado en él a un capitán disciplinado, incansable y fiel, capaz de ejecutar órdenes difíciles sin vacilación, y por ello lo empleó en misiones donde no bastaba el valor, sino que era necesaria una obediencia absoluta y una comprensión profunda del poder imperial. Durante esos años, Alba se convirtió en uno de los pilares militares del imperio. Combatió en el Milanesado, en Túnez, en Provenza, en Alemania, y estuvo presente en momentos clave como la consolidación de la autoridad imperial tras las guerras religiosas. No fue un general improvisado ni un cortesano ocasional, sino un profesional de la guerra y del gobierno armado, acostumbrado a sostener territorios, imponer disciplina a ejércitos indóciles y mantener la autoridad de la Corona en contextos hostiles. Bien cierto era que su padre lo previno contra él y contra quienes eran como él, en sus «Instrucciones», pero de ahí a pensarlo desleal había un trecho insalvable. Era ambicioso, soberbio, sí, como todos los grandes, pero ¿desleal?...

Con Felipe, el duque de Alba no había perdido influencia, sino que la había consolidado. Había pasado a ser uno de los principales consejeros militares del rey y ejecutor de sus políticas más delicadas. Fue enviado a Italia para asegurar los dominios españoles, a los Países Bajos, donde asumió la tarea más ingrata de su carrera: restablecer la autoridad real en un territorio desgarrado por la rebelión, la división religiosa y el descontento político. En Flandes, Alba actuó con el mismo rigor que había mostrado en los campos de batalla, convencido de que solo la firmeza podía preservar la unidad de la monarquía. Organizó ejércitos, reformó la administración militar, persiguió a los rebeldes y trató de imponer un orden que, aunque eficaz en lo inmediato, terminó por alimentar un rechazo profundo. Sin embargo, desde la perspectiva de Felipe, cumplió con

exactitud el encargo recibido: sostener la soberanía española en uno de los territorios más difíciles de gobernar de Europa.

Sí, el duque había sido un soldado fiel. Soberbio y arrogante, pero leal y eficaz. Fue soldado, gobernador, embajador, capitán general y consejero. Administró ejércitos, negoció tratados, reprimió revueltas y defendió fronteras. Nunca buscó popularidad, ni supo cultivarla, pero ofreció a la Corona algo que Felipe, como su padre había hecho, valoraba por encima de todo: constancia y disciplina sin fisuras. Su vida entera estuvo subordinada al servicio del Estado, hasta el punto de confundir su propio destino con el de la monarquía.

No, no iba a atender demandas en contra del duque, viniesen de quienes viniesen.

Pero había desobedecido al rey en el negocio del casamiento de su hijo, contrariándolo y desafiándolo públicamente.

Y eso sí merecía castigo.

—Preparad un rescripto disponiendo el exilio del duque de Alba —ordenó, con voz a duras penas firme, a su secretario.

—Sí, majestad —asintió Mateo Vázquez de Leca, sin poder ocultar su profunda turbación.

—Será al castillo de Uceda, de donde no podrá salir en lo que le reste de vida —mandó Felipe, inflexible, pero sin un ápice de contentamiento en su voz. Lejos de ello, había pesadumbre y desazón—. Dispongo igualmente que sus rentas de las Indias pasen a doña Magdalena de Guzmán, como su dote y reparación de los daños recibidos, pues ya no puede serle restituida su pretensión de matrimonio con don Fadrique.

—Sí, señor —dijo Vázquez, abrumado.

—Ordeno asimismo que los guardias arresten a Juan de Albornoz, secretario del duque, y a Esteban de Ibarra, secretario de su hijo.

Así como a todos los miembros de la Casa de Toledo que asistieron al enlace de don Fadrique con doña María de Toledo en Alba de Tormes.

—¿Incluido, señor, el prior don Antonio? —preguntó Mateo Vázquez, en referencia a Antonio de Toledo, cuñado de Alba, prior en León de la Orden de San Juan que había sido en otro tiempo un serio candidato para ser elegido maestre de la orden tras la muerte de Jean de La Valette. Era su caballerizo mayor, aparte de haber desempeñado el puesto de consejero del rey y diversos altos cargos en la corte.

—Sí, por supuesto. Nadie está libre de castigo si desafía la autoridad real —dijo Felipe—. Será desterrado de la corte durante treinta años. Deberá marchar a su priorato, en León.

—¿Treinta años? ¡Es un anciano, majestad!

—Morirá, pues, en el exilio. Y, Mateo, que quede bien claro, absolutamente bien claro, que todo así se ordena por el negocio del casamiento y no por ninguna otra causa ni razón.

***

Madrid, 4 de enero de 1579

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, tercer duque de Alba de Tormes, partió de su casa madrileña al exilio en Uceda en la mañana del día 4 de enero de 1579. Lo acompañaba su esposa, María Enríquez, descendiente de una de las grandes familias de la alta nobleza castellana, los Enríquez, almirantes de Castilla y duques de Medina de Rioseco. Después de más de cuarenta años al servicio de la Corona, de campañas, gobiernos y sacrificios, era enviado a una

villa castellana, lejos de la corte, lejos de los consejos, lejos de las decisiones.

Partió de Madrid al amanecer, en un coche de caballos sin distintivos, acompañado por unos pocos criados fieles y por el silencio incómodo de quienes, hasta hacía poco, se inclinaban ante él. Atravesó las calles aún vacías, donde solo algunos aguadores y mercaderes empezaban su jornada, sin que nadie pareciera advertir que aquel hombre envejecido y rígido había sido uno de los pilares del imperio.

Durante el camino hacia Uceda, el duque apenas habló. Miraba los campos castellanos con una atención casi dolorosa, como si quisiera grabarlos en su memoria. Aquella tierra era la misma que había defendido y engrandecido con su espada, pero ahora parecía recibirlo como a un extraño. En las posadas donde se detenía, nadie lo reconocía abiertamente, y quienes lo hacían fingían no hacerlo, temerosos de acercarse a una figura que había pasado de la gloria al destierro. En uno de esos mesones, el duque, al sentir sobre sí una mirada curiosa, recordó aquellas palabras de Dante: «No se alcanza la fama reclinado en blanda pluma, ni al abrigo de colchas. La fama es como la flor, que brota y muere, y la marchita el mismo sol que la hizo nacer de la acerba tierra».

Al llegar a Uceda, entró en el castillo sin ceremonia ni parabienes. Estaba ubicado en un extremo de la villa, dominando el río Jarama desde el borde del acantilado en donde la meseta alcarreña llegaba a su fin. De muros gruesos y desnudos, con torres cuadradas y patios interiores austeros, carecía de la elegancia de los palacios cortesanos y ofrecía, en cambio, una severidad casi monástica, acentuada por el viento y el silencio del entorno. Sus estancias eran amplias pero frías, sus corredores largos y sombríos, y desde sus ventanas se extendía una vista interminable de tierras pardas y

caminos solitarios, recordatorio constante de que aquel lugar no era un retiro voluntario ni agradable. Allí no le aguardaban embajadores, ni secretarios, ni informes urgentes, sino corredores silenciosos, patios vacíos y un tiempo demasiado abundante.

Por primera vez en décadas, Alba se encontró sin órdenes que cumplir ni territorios que someter.

Al entrar en el castillo, su mujer, María Enríquez, le tomó la mano y se la apretó.

—Tiempo vendrá —dijo— en que no cambiaremos estos días de exilio por cuantas cadenas de oro hay en la Tierra...

40

LA CÁMARA DEL TORMENTO

Madrid, cárcel de Corte, 31 de diciembre de 1578

El bravo al que unos conocían como el Mudo y otros como el Gallego —se había negado a revelar su verdadero nombre y cualquier otro dato de su vida y hechos en el interrogatorio preliminar que se le hizo en la Casa de la Villa el día anterior— entró en la mazmorra de la cárcel de Corte aherrojado de pies y manos y conducido por dos carceleros fornidos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la lobreguez del calabozo, distinguió a las figuras que se alineaban contra la pared, cerca de los aparatos de tortura, y compuso gesto de pasmo cuando vio que entre ellos se encontraba Felipe II, el rey de España. A quien hacía tan poco tiempo había tenido al alcance del plomo de su pistolón.

Por un instante, preso y rey se miraron fijamente, hasta que uno de los carceleros, de un empujón, condujo al bravo junto a la silla que había delante de los instrumentos del tormento.

La mazmorra olía a una humedad geológica y hierro oxidado; las paredes de piedra rezumaban agua en hilos finos que brillaban a la luz temblorosa de dos antorchas clavadas en anillas. En el centro, una viga oscura sostenía la polea de la garrucha, cuya gruesa cadena colgaba inmóvil como una serpiente dormida de metálicos anillos; junto a ella, un banco de madera con rodillos y correas

esperaba en silencio, y sobre una mesa baja descansaban jarros de agua, paños enrollados y herramientas de hierro alineadas con riguroso orden, junto a la escalera para el tormento de toca. En otra mesa adosada a la pared se amontonaban presillas, alicates y otros instrumentos amenazadores. El suelo, irregular y frío, estaba marcado por surcos y manchas antiguas, y el eco de cualquier paso se multiplicaba en la bóveda baja. Se respiraba miedo antes incluso de que nadie pronunciase ni media palabra.

La tortura estaba legalmente instaurada en el reino desde las Partidas del rey Sabio. El título XXX de la VII Partida trataba la cuestión del tormento, explicando que «los sabios antiguos» lo utilizaron para «saber la verdad» de los yerros humanos, aclarando que su aplicación debía fundamentarse en la autoridad y voluntad del rey. La tortura se aplicaba en caso de ausencia de otras pruebas, pero también se podía apelar a ella si el acusado tuviera mala fama pública (si era un «ome mal enfamado», decía el rey Alfonso), si existían importantes indicios de culpabilidad o si el delito investigado fuera de especial gravedad como para ser castigado con una pena capital o de efusión de sangre. Y este era el caso, porque el bravonel a quien se iba a aplicar el tormento era, en palabras del alcalde de Casa y Corte, el hombre más vil de cuantos residían en Madrid a la fecha. Y sus delitos no eran graves, sino gravísimos, pues no solo había cercenado cuatro vidas humanas, sin contar las de los soldados durante su arresto, sino que había pretendido atentar contra la de su majestad el rey. El más grave delito, después de los cometidos contra Dios, que imaginarse pudiera.

En presencia de un escribano, de otro alcalde de Casa y Corte —un licenciado por Alcalá de apellido Ordóñez—, de un médico, los carceleros y el verdugo —a quien se daba en la sumaria el campanudo título de «ejecutor de la alta justicia»—, Villafañe, con

voz solemne, hizo al preso las advertencias que la ley marcaba. Junto a todos ellos, el rey Felipe, envuelto en las sombras del calabozo, observaba en silencio el rito.

—En nombre de la justicia de su majestad el rey, os exhorto a decir verdad, y si la dijerais, usarán los jueces de ella con equidad, y si por vuestra propia falta de no decir la verdad os sucediese algún daño en vuestra persona o miembros en el tormento, que sea vuestra culpa.

Por tres veces repitió la fórmula el alcalde de Casa y Corte, y por tres veces se encontró con el silencio contumaz del reo.

—¿Se reconoce el preso autor de los cuatro crímenes de asesinato con alevosía de que se le acusa?

Silencio.

—¿Se reconoce el reo culpable del delito de regicidio en grado de tentativa, en la persona de su majestad el rey don Felipe de Austria, aquí presente?

Silencio.

—¿En nombre de qué persona o personas, o por encargo de qué persona o personas, actuó el reo en los crímenes de los que viene siendo acusado en la sumaria?

Silencio.

Un silencio desafiante.

Había un destello irónico, de burla y desprecio, en la mirada del bravonel aherrojado, que llevaba su mirada ora a Villafañe ora al rey, a quien, más que ver, adivinaba ahora entre la oscuridad de la mazmorra.

—Está bien —dijo el alcalde de Casa y Corte. Y dirigiéndose al verdugo—: Comience vuestra merced con las presillas de los dedos.

Se encaminó el ejecutor a la mesa donde estaban sus instrumentos y eligió de entre ellos las presillas que Villafañe había

indicado. Eran pequeños dispositivos metálicos de compresión que consistían en dos barras de hierro paralelas y un sistema de tornillo central. El verdugo hizo un gesto a los carceleros para que sentaran al preso en la silla y le apretaran al pecho una cincha gruesa cosida al respaldar y le sujetaran las muñecas con las correas que había fijadas a los brazos del sillón. Una vez inmovilizado el bravo, asió el dedo pulgar de cada una de sus manos y los introdujo en los huecos de las presillas. El sicario intentó desasirse, moviendo compulsivamente el cuerpo, pero entre los carceleros y las correas se lo impidieron. Luego, el verdugo fue apretando el tornillo central, de forma que las barras de hierro fueron cerrándose sobre los pulgares expuestos, intensificando poco a poco el dolor. El bravonel apretó los dientes con tanta fuerza que se oyó su carraqueo, y gruesas gotas de sudor serpentearon por sus mejillas, culebreando las que corrían por el lado izquierdo en las hondas cicatrices. Pero no salió ni el más mínimo grito de su garganta. Lejos de ello, y a pesar de que el dolor teñía de grana su cara, esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes podridos.

El alcalde Villafañe, cuando las presillas estaban a punto de romper el hueso, volvió a repetir las preguntas que antes había formulado, con idéntico resultado.

—¿Se reconoce el preso autor de los tres crímenes de asesinato con alevosía de que se le acusa?

Silencio.

—¿Se reconoce el reo culpable del delito de regicidio en grado de tentativa, en la persona de su majestad el rey don Felipe de Austria, aquí presente?

Silencio.

—¿En nombre de qué persona o personas, o por encargo de qué persona o personas, actuó el reo en los crímenes de los que viene

siendo acusado en la sumaria?

Silencio.

—Está bien —indicó el alcalde—. Maese Galán —dijo, girándose hacia el médico que aguardaba en las sombras cerca del rey—, ¿consideráis necesario examinar al preso?

—No, señor. Nadie se muere por unos pulgares rotos —afirmó el galeno.

—Muy bien. Proceda el ejecutor con la garrucha.

—¿Con piedra? —preguntó el verdugo.

—Con piedra en ambos pies.

Los carceleros sacaron los dedos ensangrentados de las presillas, que devolvieron a la mesa, desamarraron al bravonel de las cinchas de la silla y engancharon sus manos atadas a la cadena que pendía del techo de la mazmorra, en una polea. Tirando de un extremo fueron alzando al preso hasta quedar este colgado de las manos, soltándolo bruscamente a continuación, de modo que cayó con todo su peso, aunque sin tocar el suelo, lo que le provocó la luxación de los hombros. Un rugido cavernoso salió de la garganta del hombre. La saliva brotaba desde su boca a raudales. A renglón seguido, lo subieron algunas pulgadas y ataron a cada uno de sus pies una piedra, de un quintal de peso cada una, y así lo tuvieron durante el tiempo de un miserere, como las pragmáticas ordenaban. En ese intervalo, el dolor sofocó el rostro del bravo, los ojos se le llenaron de sangre, los pulmones pugnaban por atrapar el aire y su respiración se volvió sibilante.

—Soltadlo —ordenó Villafañe cuando el preso estaba al borde del desmayo. Y pidió a continuación al médico que lo reconociera.

—Dadle un par de minutos, que recupere el resuello —aconsejó el físico tras la exploración—. Tiene los hombros dislocados, pero ningún otro daño grave.

Un silencio profundo se hizo en la cámara mientras el bravonel, poco a poco, iba recuperando la respiración. Miraba a un lado y a otro con ojos desquiciados, como si intentara prever desde dónde le iba a llegar el próximo golpe. El sudor le caía a chorros por la cara y se mezclaba con la saliva para formar una baba espesa.

Villafañe, inconmovible, volvió a formularle las mismas tres preguntas, a las que siguió el mismo silencio.

—Proceda el ejecutor con la toca.

El verdugo, ayudado por los carceleros, amarró al preso a una escalera dispuesta en horizontal, asió un embudo que había sobre la mesa de los instrumentos y, a la fuerza, se lo insertó en la boca, rompiendo de esa manera varios de sus dientes delanteros. Luego, vertió una jarra de agua por el embudo directamente a la garganta del bravonel, que quedó sin respiración y comenzó a sofocarse. Cuando toda el agua del jarro le fue vertida en la garganta, el alcalde volvió a exhortar al bravo a decir verdad; este, lejos de decirla, escupió directamente a la cara de Villafañe un esputo de flema y agua.

—Aplíquele otra jarra el ejecutor.

Con la segunda toca, el bravonel quedó inconsciente, respirando agitadamente. Recuperó el sentido a fuerza de cachetadas propinadas por el verdugo.

Por cuarta vez en la mañana, el justicia repitió sus mismas preguntas, con idéntico resultado: el silencio ineluctable del preso. Hizo que el médico lo reconociera por segunda vez. El galeno, tras una mínima exploración, dio autorización para que el tormento continuara.

—Lleve el ejecutor al preso al potro.

El verdugo desnudó al sicario, que ya apenas si ofrecía resistencia a sus manejos, tapando sus partes pudendas con unos

greguesquillos de lienzo, y lo ubicó sobre el potro. Era este un dispositivo de madera de aspecto alargado, parecido a un banco o bastidor, con dos rodillos situados en los extremos, correas fijadas a esos cilindros y un mecanismo de giro con manivelas para tensar las cuerdas. El bravo fue atado a continuación con las correas, oprimiéndole las articulaciones, fue de nuevo exhortado por Villafañe a decir verdad y, como persistiera en su silencio, ordenó este al ejecutor que apretase las cuerdas dando una media vuelta a los garrotes. Y que lo hiciera no apretando una articulación en cada momento, como se solía, sino todas a la vez. El dolor hizo que, por vez primera, el bravonel estallara en gritos, amortiguados al principio, horrísonos luego.

—*Ave María!!! Nossa Senhora!!!* —se le oyó gritar, con un acento peculiar en sus palabras. Y luego—: *Puta que te pariu!!! Vai-te foder!!!*

El escribano, inconmovible, fue tomando nota de cada uno de los gritos y expresiones del atormentado. «¿Es gallego?», preguntó en un momento determinado al alcalde llamado Ordóñez. «¿Gallego? —respondió este—. Pues no sabría decirle a vuestra merced. ¿Podría ser portugués?».

Las siguientes expresiones y exabruptos del bravonel, más lastimeros a medida que las cuerdas se apretaban, no pudieron ser registrados por el notario, pues eran ininteligibles. No eran más que sonidos animales, desgarradores, proferidos entre esputos y gotas de saliva que volaban desde su boca abierta y lacerada por el embudo.

Cuando el verdugo completó la media vuelta acordada a los garrotes, Villafañe le mandó parar, volvió a exhortar al preso a decir verdad y a formularle las mismas tres preguntas.

—*Foda-se, deixa-me em paz!!!* —exclamó el bravo, con sus últimas fuerzas—. *Vai para o caralho!*

—Empape el verdugo las cuerdas con agua salada —ordenó Villafañe; de este modo, las cuerdas se encogían por la acción del agua y causaban mayores heridas, en tanto la sal contribuía a infligir un mayor dolor y sufrimiento. Miró al rey que, entre las sombras, le hizo un gesto de asentimiento—. Proceda el ejecutor conforme a lo mandado. Y que conste que, si morís, correrá por vuestra cuenta. Dele el verdugo otra media vuelta a los garrotes.

Así lo hizo el ejecutor, y pareció oírse en la mazmorra el crujido de los huesos del bravonel cuando giró las manivelas, apretando de nuevo, una media vuelta más, las articulaciones del atormentado. Una mancha oscura, de orina, se extendió por sus greguescos. Abrió mucho los ojos, como si quisieran escapar de sus cuencas, y abrió la boca desmesuradamente, pero el sonido pareció negarse a brotar de ella.

Un silencio expectante se hizo entonces en el calabozo. Como si todos los allí presentes supieran que llegaba el desenlace el drama.

—¡¡¡Portugal!!! —gritó entonces el bravonel.

Villafañe ordenó al verdugo que detuviese los rodillos y se acercó al preso. Fue a hablarle, pero advirtió que, de nuevo, se había desmayado. Llamó al médico, que se acercó al hombre inconsciente y aplicó sobre su nariz un paño con sales de amoníaco, reviviéndolo al instante.

—En nombre de la justicia de su majestad el rey, os exhorto a decir verdad —instó el alcalde de Casa y Corte—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—*Maldito sejas! Vai tomar no cu!*

—Aplique el verdugo otra media vuelta al potro.

—¡¡¡No!!!

—Confesad entonces. ¿Cuál es vuestro nombre?

—¡José! ¡José Gonçalves da Cruz!

—¿Os confesáis autor de las muertes de Francisco Velasco, Antón de Tudela, Matías Ocaña y vuestro compinche Alonso de Iturbe?

—¡Sí, yo los maté!

—¿Y quién os ordenó darles muerte?

Dudó el bravo y se hizo el silencio. Se oía su resuello sibilante y el aire que silbaba al salir de los orificios de su nariz. Nada más se escuchaba. Pareciera que el resto de los presentes estuviese conteniendo la respiración.

—Os pregunto de nuevo: ¿quién os ordenó darles muerte?

Y como el bravonel no contestara, sino que lo miraba con ojos despavoridos, Villafañe hizo el gesto de girarse hacia el verdugo, para ordenarle que prosiguiera.

—¡El rey!

Todas las miradas, sin proponérselo, confluyeron en Felipe. Este, empero, mantuvo su rostro imperturbable, mirando fijamente al preso.

—¿Cómo os atrevéis, bellaco? —interpeló Villafañe, que se dirigió a continuación al verdugo—. ¡Otra media vuelta a los garrotes! ¡Y poned más sal en las cuerdas!

—¡¡¡El rey Enrique!! —clamó entonces el bravo, el tal José Gonçalves da Cruz, con la voz entelerida—. ¡¡¡El cardenal Enrique, mi rey!!!

¡¡¡Y don Antonio de Portugal y Gomes!!! ¡El prior de Crato! —Y al fin, rendido—: ¡Por su cuenta actúo!

Y quedó entonces derrumbado, inconsciente, amarrado al potro, sangrando por nariz y boca, los pulgares destrozados, los hombros luxados y las articulaciones de pies y brazos quebrantadas.

Ordenó el alcalde al médico que examinara al preso. Le volvió a aplicar las sales de amoníaco y le tomo el pulso.

—Vive —dijo, para retirarse luego.

—*Deixai-me agora em paz, por favor* —rogó el preso, el tal Gonçalves, con un hilo de voz, recién recuperado el sentido—. *Ou matai-me, se vos aprouver, mas não me façais mais mal.*

—Mucha cerda para tan poca escobilla —se burló en voz baja uno de los carceleros.

—Sí, mucho crujir de dientes y poco cortar de tajo —apostilló el otro.

—Hablad en román paladino —exigió Villafañe al bravonel—. Porque supongo que lo habláis, ¿no?

—¿Qué más queréis de mí? —imploró el preso, en un castellano más o menos correcto, aunque con fuerte acento.

—Todo.

Mas antes de que Villafañe pudiera hacer la siguiente pregunta, calló al observar que el rey Felipe salía de las sombras desde donde había presenciado el tormento y se acercaba al potro, en el que seguía tendido Gonçalves.

—Habla —le ordenó el rey al preso, utilizando un tuteo despectivo.

Y taladró con la mirada de sus ojos grises las pupilas del portugués, en las que ya solo destellaba la rendición.

—¿Qué queréis saber? —inquirió aquel, con un voseo respetuoso, pero sin reconocer la majestad de su interlocutor. Fue el último vislumbre de insumisión que se permitió.

—¿Dices que te manda el cardenal Enrique, el rey de Portugal? ¿Que has obrado por su cuenta?

—Y por cuenta de don Antonio de Portugal, el prior de Crato.

—No te creo —negó Felipe—. Enrique es hombre de fe profunda y austera que ha dedicado toda su vida a servir a la Iglesia. Tiene un

respeto casi sagrado por la ley y el orden, y por las leyes de parentesco, lo que le ha impedido hasta ahora designar un sucesor con claridad, temiendo siempre cometer una ilegalidad jurídica o moral, pues es conocedor de mi derecho. Sería incapaz de la calumnia y, mucho menos, de ordenar una muerte a sangre fría. Mientes, pues.

—Nunca hablé con él, con el rey Enrique —reconoció el bravonel —, es verdad, pero su sobrino, don Antonio —añadió, aludiendo al prior de Crato que, como hijo que era del infante Luis de Portugal, hermano de Enrique, era sobrino de este—, me aseguró que él obraba en nombre del cardenal y que este estaba al tanto de todo. *Juro!*

—Te engañó, necio —afirmó Felipe, con un ademán de desprecio —. De Antonio sí puedo conjeturar cualquier bellaquería. Es la antítesis de su tío: un hombre de una ambición devoradora y una codicia que lo lleva a desafiar cualquier convención para alcanzar el poder. Para él, el fin justifica cualquier medio. Actúa solo en su propio beneficio.

—Yo solo sé lo que se me dijo.

—¿Por qué diste muerte al médico Velasco? Nada tenía que ver en la partida. ¿Y al fray y al guardia Matías Ocaña?

—Lo del médico fue para dar mayor énfasis a la amenaza. Era el cirujano que atendió a vuestro hijo, ¿no? Al igual que lo del fraile, que también estuvo con él entonces, ¿verdad? Lo del guardia fue inevitable. Habría cantado de seguir vivo.

—¿Por qué acusarme de la muerte de mi hijo el príncipe Carlos?

—Para que fuerais desdeñado por todos vuestros iguales. Para que todos os odiaran. Para que no pudierais optar al trono de mi tierra. Y, al cabo, para que vuestra muerte en un atentado en la corte se

atribuyera a quien quisiera haceros pagar por aquello. A un nuevo Zeus, deseoso de vengar a sus hermanos dando muerte a Saturno.

Y esbozó el sicario un amago de sonrisa que fue de inmediato cercenado por el verdugo, que hizo girar una pulgada los rodillos, arrancando un grito agónico de su garganta.

—¿Cuándo debía producirse ese atentado? —interpeló el rey, haciendo un gesto con la mano al ejecutor para que detuviese el tormento—. ¿Cuándo se te mandó que me dieses muerte? ¿Por qué no lo hiciste cuando me tuviste a tiro de tu pistola, según me han relatado?

—Debíais morir después de que lo hiciera el cardenal Enrique —dijo el bravo—. La conmoción y el disturbio que seguiría a vuestra muerte propiciaría que Antonio de Portugal asumiera el trono de mi país sin impedimentos. Bastante tendrían los españoles con los problemas de su casa después de vuestra muerte, ¿no?, como para pensar en meterse en casa ajena. Así se me dijo. Pude mataros, como decís, y no lo hice, porque no era el momento.

—¿Quién o quiénes de entre mis criados participaban en la conjura? —preguntó el rey.

Todos los presentes quedaron en silencio, atribulados ante la sola posibilidad de que un súbdito de su majestad pudiera ser partícipe de una intriga uno de cuyos ramales conducía a la muerte del rey de España. Hasta el escribano dejó por un momento de escribir y se quedó suspenso, con la pluma en alto. La tensión podía haberse cortado con el filo de uno de los papeles del notario.

—*A princesa* —dijo al fin el bravonel.

—¿Cuál? —inquirió Felipe, aunque ya conjeturaba la respuesta.

—*A princesa de Éboli*. Ana se llama, ¿verdad? —Sonrió mínimamente, con lujuria ahora, y un hilillo de saliva se le escurrió

de la comisura de sus labios—. Hermosa mujer, pese a su..., ¿cómo se dice?... ¿Tortedad?... Porque es *caolha*, ¿verdad?

—¿Por qué habría de creerte? —protestó Felipe—. ¿Qué ganaría doña Ana con mi muerte y el ascenso al trono de Antonio el prior? ¿Qué le va a la princesa en este envite?

—Yo solo sé lo que se me dijo.

—¿Y qué tal cosa fue?

—Que, a vuestra muerte, la hija de *a princesa*, Leonor de nombre, se casaría con el heredero de los Braganza y se convertiría en reina de Portugal cuando muriera don Antonio. Como sabéis, el prior es célibe y clérigo, y ninguno de sus hijos ilegítimos y no reconocidos podría optar al trono. Es todo cuanto sé.

Se quedó Felipe pensativo, deliberando sobre las palabras del sicario. Finalmente tuvo que admitir la lógica de su argumento. Sabía de la ambición de la princesa y de su creencia de que sus hijas, como herederas de Ruy Gómez de Silva, portugués de origen, de nobleza cortesana, tenían tantos o mejores derechos que cualquier otro para ocupar el trono luso como consortes. Por más que el bueno de Ruy Gómez se habría levantado de su tumba y matado a su esposa con sus propias manos de haber conocido sus planes.

Alargó el silencio todo lo que pudo.

Se humedeció los labios antes de hacerle al bravo la pregunta que tanto le costaba formular, pero que ya no podía demorar más.

—¿Y Antonio Pérez? —indagó—. ¿También participaba en la conjuración?

—*O formoso*? ¿Vuestro secretario?

Felipe se limitó a asentir con la testa.

—Según *a princesa*, estaba en el secreto y era sabedor de la traza, mas yo nunca lo vi ni hablé con él.

—¿La creíste?

—Creerla o no es vuestra cuestión. En lo que a mí hace, a *princesa* es una *moça muito formosa,* pero antes daría crédito al demonio que a sus palabras.

Agudizó Felipe su mirada, como si intentara penetrar en el cerebro del bravonel y arrancar de allí sus pensamientos. Al poco la bajó y contempló uno por uno a los presentes en la mazmorra.

—Que nada de lo que aquí habéis oído salga de estos muros. Ni una palabra, so pena de muerte. ¿Me han oído vuestras mercedes?

—Por supuesto, señor —dijo Villafañe, y todos asintieron sin palabras—. El escribano ¿debe destruir su relato?

—No, que siga con sus anotaciones, pero que no se haga copia del legajo. Continúe vuestra merced el interrogatorio —ordenó al alcalde de Casa y Corte, girándose para tomar la puerta—. Extraed a este ser infame hasta el último dato que conozca. Y hacedme llegar el original de la relación del escribano en cuanto finalice.

—Como vuestra majestad ordene —asintió Villafañe—. Proseguiremos la sumaria como es costumbre.

Se volvió el rey y enfrentó al alcalde.

—No habrá sumaria —dijo—. Que el verdugo dé garrote al preso en cuanto le saquéis la última palabra, y que su cuerpo sea arrojado a los cerdos. Infestaría la tierra donde se le diese sepultura.

Los gritos y exabruptos del bravonel acompañaron al rey de España hasta que traspasó los muros de la cárcel de Corte.

41

«No es bueno despertar la cólera del rey»

Madrid, febrero de 1579

Felipe partió hacia Roma, para afrontar el juicio al que se había comprometido con el papa Gregorio, el día 25 de febrero de 1579.

Antes, en enero, había recibido noticias de Cristóbal de Moura, embajador *de facto* en Portugal, acerca de la intención del cardenal y rey Enrique de constituir un tribunal para juzgar las aspiraciones de los candidatos al trono luso, voluntad que le fue confirmada oficialmente por Hernando de Silva, embajador portugués en Madrid, el día 17 de febrero, ocho días antes de su partida. Considerando que esa decisión de Enrique constituía una amenaza a sus pretensiones, ordenó que todos supieran de su voluntad.

Que no era otra que ocupar, por las buenas o por las bravas, el trono de Portugal.

Su justa venganza por la conspiración urdida por los portugueses.

Hasta ese momento, ni una palabra trascendió de la confesión del bravonel José Gonçalves da Cruz: nadie, más allá de quienes estuvieron en la cámara de tortura, supo de la autoría del prior de Crato de la carta anónima y de su inducción en los asesinatos del médico Velasco, del fray Tudela y del guardia Ocaña. Nadie supo de la muerte a garrote de un sicario portugués en la cárcel de Corte ni de los cerdos que luego devoraron su cuerpo lacerado. El alcalde

Villafañe cerró la sumaria sin conclusiones y jamás dijo nada de lo acontecido. La princesa de Éboli siguió residiendo en su palacio de la calle de la Almudena y Antonio Pérez continuó desempeñando sus funciones en el alcázar. Ambos, aunque sometidos a discreta vigilancia, no fueron molestados por las acusaciones del bravonel.

Todo habría de esperar a que Felipe afrontara su juicio con el papa Gregorio y regresara de su viaje a Roma.

Lo que sí supieron todos fue de la decisión inexorable de Felipe de, a la muerte del cardenal Enrique, convertirse en rey de Portugal.

Costara lo que costase.

A tal fin ordenó el rey que se constituyera una junta para tratar de su decisión y de cómo convertirla en realidad.

La Junta Política de Portugal se implantó el día 24 de febrero. Fue en el alcázar, en la pieza del Consejo de Estado, y la integraban Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo e inquisidor general del reino; el presidente del Consejo de Castilla Antonio Mauriño de Pazos; el del Consejo de Órdenes Antonio de Padilla; fray Diego de Chaves, confesor del rey; fray Hernando del Castillo, a quien Felipe había enviado el año anterior a Portugal, por sus dotes intelectuales y su honradez y perspicacia para afrontar las situaciones más complicadas, con la difícil misión de preparar el ánimo de Enrique, el rey cardenal, a favor de su sobrino Felipe; los marqueses de Aguilar y de Almazán y otros prohombres. Recibieron el encargo de estudiar, como personas grandes y de ciencia y consciencia que eran, el derecho de Felipe II a la sucesión de Portugal.

Tras breves deliberaciones, coincidieron unánimemente todos en que tal derecho «justa y verdaderamente pertenece a vuestra majestad después de los días del rey don Enrique, tío de vuestra majestad, que hoy lo posee, y aun algunos que son de parecer que es intruso, y que a vuestra majestad le pertenecía desde luego más

derechamente que a él, por ser vuestra majestad más propincuo al rey don Sebastián, su sobrino, que haya gloria». Y acordaron de igual manera unánime «enviar a pedir al dicho rey, su tío, por medio del duque de Osuna, que lo declarase así, y le nombrase por sucesor desde luego, o que, a lo menos, no hiciese acto ni demostración alguna que pudiese perjudicar al derecho de vuestra majestad».

Simultáneamente a esta junta política, convocó el rey al marqués de Santa Cruz, héroe de Lepanto y capitán general de las galeras de España; a Juan Delgado, secretario del Consejo de Guerra; a Francisco de Garnica, uno de los máximos expertos en temas hacendísticos, y a Francisco de Ibarra, que, además de ser consejero de Guerra, tenía el oficio de proveedor general de los Ejércitos y Armadas reales. A todos ellos les fue dado el encargo de diseñar una estrategia por si fuese menester el uso de las armas para hacer valer los derechos del rey Felipe en Portugal. Siguiendo los consejos de Cristóbal de Moura, Felipe deseaba tener disponible cuanto antes una fuerza que pudiera intervenir de forma inmediata en cuanto fuera convocada a modo de punta de lanza, en tanto que, con más tiempo, se iría preparando un dispositivo mayor para atacar Portugal de ser necesario —si el cardenal Enrique o, a su muerte, la nobleza lusa no se plegaba a sus deseos— o, en caso de que no lo fuera, para atacar Larache, enclave de importancia estratégica para la seguridad de las costas de la península.

Todos acordaron que lo más oportuno sería un asalto combinado desde mar y tierra firme, aunque la elección de la vía terrestre de entrada a Portugal suscitó cierto debate, dudándose entre Toro y Zamora o Badajoz, aunque esta última, como apuntó el propio rey, tenía el inconveniente de situarse en la margen contraria del Tajo respecto de Lisboa. Pero fue a la postre, pese a ello, el lugar elegido. Acerca del tamaño del ejercito que finalmente se reuniría en

Badajoz, Felipe II tenía muy claro que habría de ser lo bastante grande como para que no quedara la más mínima duda sobre la victoria final. Para ello el rey ordenó una leva inicial de catorce mil hombres, divididos en tres tercios, y mandó que viniesen tropas veteranas desde Italia y Alemania. Paralelamente, se diseñaron con cuidado todos los detalles de la campaña, en especial las acciones sobre el terreno. Felipe ordenó que caballeros conocedores del territorio viajasen a las fronteras, para reconocerlas y para que, advertidos de su presencia, cundiera el nerviosismo en el cardenal Enrique y en quienes se oponían a los derechos de España: Pedro Bermúdez viajó a Galicia y Francisco de Valencia, Manuel Doria y el italiano Juan Bautista Antonelli a Jerez de los Caballeros, donde habrían de presentarse a Alonso de Vargas. A otro nivel, se estudiaron con esmero las disposiciones a tomar en las zonas limítrofes con Portugal, se avisó con sigilo a los corregidores de los pueblos fronterizos y se responsabilizó al duque de Medina Sidonia del sector meridional, mientras en Galicia se multiplicaban los preparativos en aquellas ciudades y villas cercanas a la frontera lusa.

Mateo Vázquez —uno de los pocos en la corte que estaban al tanto de todos los acontecimientos pasados y de la implicación portuguesa en la conspiración que tanto había convulsionado los últimos meses— puso por escrito, en una relación exhaustiva, todas las disposiciones de Felipe para la toma de Portugal en garantía de sus derechos sucesorios al trono de allí.

«Quien a la avispa mueve sin saber su brío trae dolor a su propio nido —se dijo para sí el secretario mientras escribía tan exhaustivas y detalladas órdenes—. Ahora van a saber, quienes han osado desafiarle, que no es bueno despertar la cólera del rey de España».

***

Madrid, 1 de enero de 1579

Antes de todo ello, el día de Año Nuevo de 1579, el alcalde Villafañe, escoltado por alguaciles y ocho soldados de la guardia tudesca, asaltaron por sorpresa la casa de la calle de Embajadores que les había señalado el mozo Luisillo como aquella que había sido visitada semanas atrás por los jaques.

Resultó ser la mansión de un noble portugués llamado Duarte de Meneses e Noronha, caballero de la Ordem de Cristo, que en Madrid obraba en secreto por mandato del prior de Crato y que transmitía las órdenes de este al bravonel Gonçalves.

No hizo falta someterlo a tortura. A pesar de pertenecer a la indicada orden —creada en 1319 por el rey Dionisio de Portugal, que obtuvo del papa la autorización para instituirla y heredar los bienes y funciones de los templarios tras la disolución de la Orden del Temple y que, por tanto, tenía carácter tanto religioso como militar—, el tal Duarte no tenía espíritu bragado ni trazas de soldado, y cantó de plano en cuanto se le mostraron el potro y la garrucha.

Confesó que actuaba por mandato del prior, y que fue él quien escribió la carta anónima al dictado de este. Reconoció asimismo que la conjura contemplaba el asesinato del rey Felipe a manos del jaque, que debería tener lugar en cuanto llegaran a España las noticias de la muerte del cardenal Enrique.

—Todos vincularían la muerte del rey español a las amenazas recibidas —explicó Duarte entre lágrimas— e impediría cualquier plan castellano de hacerse con el trono de Portugal. Bastante tendrían los españoles con cuidar de su reino y procurar que, durante la regencia que se instaurara, dada la minoría de edad del príncipe Diego Félix y del infante Felipe, el imperio no se

desmoronase. De ese modo, don Antonio tendría el camino expedito para hacerse con la corona de mi país.

Confesó asimismo que la carta anónima recibida por Juan de Austria fue escrita por él y enviada a Namur con un soldado portugués alistado en los tercios, pues en este tiempo era frecuente que muchos nobles y soldados portugueses buscaran fama y fortuna alistándose en las banderas españolas que se reclutaban en la península. El nombre del soldado era Gonçalo Martins Carvalho. Informado Alejandro Farnesio de la felonía, ordenó de inmediato el apresamiento del soldado Martins, que estaba enrolado en el tercio de Francisco de Valdés. Fue enjuiciado en un consejo de guerra sumario integrado por el maestre de campo del tercio, dos capitanes de compañías y un auditor militar, y condenado a pena de muerte. Fue ejecutado un día de marzo de 1579, al amanecer, mediante su arcabuceamiento, y enterrado sin honores y sin lápida que señalara el lugar de su sepultura en un páramo helado.

Duarte también confesó que la carta anónima dirigida al papa de Roma había sido escrita por él, al dictado igualmente del prior de Crato, llevada a Roma en la valija diplomática y entregada a un clérigo portugués, estudiante en el Collegio Romano de los jesuitas, que la llevó a la sede apostólica. Ese clérigo no pudo ser identificado, pues Duarte no conocía su nombre, por lo que ninguna medida se adoptó contra él. Tampoco le interesaba a Felipe indisponerse con la Iglesia portuguesa, que, de hecho, sería a la postre un factor importante en la toma de Portugal, pues uno de sus principales como fue el obispo Jorge de Ataíde, miembro del Consejo de Estado de aquel país y capellán mayor de su casa real, apoyó desde el inicio a Felipe en sus pretensiones sucesorias, siendo de los primeros en servirle en Badajoz y asistiéndolo en asuntos eclesiásticos desde su llegada al reino lusitano.

Duarte de Meneses e Noronha fue condenado a galeras reales. Murió, por un capricho del destino, sirviendo en una de ellas en la batalla de Ponta Delgada librada en las Azores en 1582, entre la escuadra española capitaneada por el marqués de Santa Cruz y la flota francesa que apoyaba al prior de Crato, batalla que culminó con una gran victoria española en el Atlántico que aseguró el control de las Azores y consolidó la unión con Portugal.

***

Camino de Roma, 25 de febrero de 1579

El rey salió del alcázar camino de Roma al alba del día 25 de febrero de 1579. Lo hizo en un coche anónimo, escoltado por un escuadrón de guardias vestidos como gentilhombres armados, sin uniformes. Solo lo acompañaban dos aposentadores a caballo que se encargarían de acomodar al rey en las paradas. No hubo trompetas ni pendones, ni tampoco el ir y venir de pajes y oficiales que acompañaban las salidas del rey en sus jornadas públicas. Aquel grupo no era más que un pequeño cortejo de hombres vestidos de oscuro, montados en caballos sin divisa escoltando a un coche sin distintivos, que avanzaban a paso rápido por el camino de Alcalá.

Nadie en la corte fue advertido del viaje del rey. Solo Mateo Vázquez y un par de criados supieron de su partida. Para los demás, el rey estaba en sus aposentos aquejado de uno de sus frecuentes ataques de gota, que en este caso se había presentado con más gravedad y dolor que los habituales, por lo que se anunciaba una larga convalecencia.

Nadie en los caminos, al verlo pasar, habría podido decir que en aquel coche viajaba el señor de medio mundo.

En Alcalá no se detuvieron, pero sí lo hicieron en una posada a la salida de Guadalajara. Allí comieron en silencio, en una sala apartada, sin permitir que otros huéspedes se acercaran, e hicieron noche. El frío de la meseta se hizo más duro al subir hacia Medinaceli. El viento descendía de las sierras y azotaba la cara con una sequedad que parecía arrancar la piel. Pararon en Medinaceli, donde durmieron y cambiaron caballos en una posada de las afueras, y continuaron el viaje hasta Calatayud, adonde llegaron al atardecer del cuarto día. Alcanzaron luego Zaragoza, desde donde Felipe observó el Ebro y recordó, sin quererlo, los años en que su hijo Carlos había sido jurado heredero. En Lérida, la tierra se volvió más fértil, más abierta, y los caminos más transitados. Los jinetes adelantados regresaban con más frecuencia. Se evitaban las paradas largas y se elegían caminos secundarios cuando era posible. En Barcelona, vieron el mar al caer la tarde del día décimo del viaje. En el puerto aguardaban las dos galeras que esperaban la llegada del rey, en las que embarcaron algunos días después cuando los vientos se mostraron favorables.

El mar, pese al buen viento, no era amable. Las olas golpeaban el casco con una constancia que no dejaba dormir. El rey permanecía en cubierta más de lo que sus hombres consideraban prudente, observando el horizonte. A veces hablaba con el capitán, pero pasaba casi todo el tiempo en silencio, embebido en sus propios pensamientos. Nunca fue, al contrario que su padre, un rey viajero. Tan solo en una ocasión, aún en vida del emperador, había abandonado los reinos de España, además de cuando asumió el trono de Inglaterra tras su boda con María Tudor. Fue en lo que llamaron su «felicísimo viaje», entre 1548 y 1551, periplo que lo

llevó a Génova, a Milán, a las ciudades de piedra y mármol donde los escudos imperiales se mezclaban con los de los príncipes italianos. Allí comprendió que el poder no era algo inmutable, sino una red de fidelidades frágiles que había que sostener a toda costa. Había cruzado luego los Alpes hacia Alemania, donde su padre le mostró no solo los territorios que debía heredar, sino también la dificultad de mantenerlos unidos entre sí, y en Augsburgo, ante príncipes y prelados, sintió por primera vez el peso de una herencia que era tanto gloria como obligación. En Flandes, donde las ciudades eran ricas y orgullosas y el comercio llenaba los puertos de voces y de lenguas diversas, fue recibido con fiestas, arcos triunfales, entradas solemnes y juramentos, pero en medio de la música y de las alabanzas y muestras de fidelidad, comprendió que aquel aplauso era también una exigencia, una expectativa de gobierno, de justicia y de orden que algún día recaería enteramente sobre sus hombros. Observó en silencio, aprendió a escuchar más que a hablar, a medir cada gesto y cada palabra, y cuando regresó de aquel largo peregrinaje que la corte llamó «felicísimo», ya no era el joven que había salido de Castilla, sino un hombre formado en la prudencia, consciente de la vastedad de sus dominios y de la soledad que acompañaba a quien debía gobernarlos.

La comitiva llegó a Génova al amanecer del vigésimo día desde su partida del alcázar de Madrid. Felipe cruzó los Apeninos por caminos estrechos, altos y pedregosos, y fue dejando atrás Parma, Módena, Bolonia, Florencia y Siena.

Alcanzó Roma al vigesimonoveno día desde su partida.

Y la Ciudad Eterna, adonde nunca había viajado el rey de España —en el tiempo de su «felicísimo viaje» las relaciones con el papado habían desaconsejado la visita—, se mostró ante Felipe como una ciudad de contrastes, donde la antigüedad de sus ruinas y la

solemnidad de su presente se entrelazaban bajo la autoridad de la Iglesia y la memoria del imperio de los césares. Las basílicas resplandecían con mármoles y frescos, mientras a su alrededor se extendían calles irregulares, palacios de familias poderosas y plazas donde mercaderes, peregrinos y clérigos se mezclaban en un rumor constante de lenguas y oraciones. La cúpula de San Pedro dominaba el horizonte como una afirmación visible de la fe, y desde el Vaticano emanaba el gobierno espiritual de la cristiandad, en un tiempo marcado por la rebelión de los herejes Lutero y Calvino y la respuesta católica. Por las mañanas el aire se llenaba del tañido de campanas y del murmullo de las oraciones, y al caer la tarde, cuando el sol doraba las piedras antiguas, la ciudad parecía suspenderse entre lo terrenal y lo divino, como si cada calle recordara a un tiempo la grandeza pasada de Roma y su papel presente como corazón del mundo cristiano.

Felipe se alojó en la mansión de Juan de Zúñiga, el embajador de España ante la Santa Sede, que había sido advertido de la llegada del rey.

Se enviaron mensajeros al Vaticano para dar cuenta de que el rey de España ya se hallaba en Roma y que todo estaba dispuesto para su encuentro secreto con el papa Gregorio.

42

EL ÚLTIMO JUICIO DEL REY PRUDENTE

El Vaticano, Roma, 29 de marzo de 1579

El encuentro entre el rey de España y el papa de Roma tuvo lugar en el Vaticano el día 29 de marzo del año del Señor de 1579. Era domingo, según el calendario juliano —hasta tres años después no impondría Gregorio el nuevo calendario, que recibiría su nombre—, por lo que hubo que esperar a que el sumo pontífice atendiera sus compromisos de la mañana.

No hubo trompetas ni recibimiento jubiloso ni aclamaciones ni revista de tropas cuando Felipe llegó a San Pedro. Lo hizo como un fiel cualquiera que buscara indulgencias, un caballero anónimo, vestido de negro, con paños buenos pero sin ostentación, de peregrinaje al centro espiritual del mundo. Varios gentilhombres lo acompañaban, con las armas ocultas bajo las capas. Allí fue recibido discretamente, como el motivo de la visita recomendaba, por Tolomeo Gallio, cardenal secretario de Estado, y otros dos sacerdotes, vestidos los tres con humildes sotanas negras sin adornos, y sin el ornato cardenalicio Gallio. Antes de encontrarse con el pontífice, Felipe solicitó visitar la tumba del apóstol Pedro, ante la que oró largo rato. Luego pidió ver las reliquias que se conservaban en aquel gran templo que, pese a la importancia de algunas, eran menos que las que él había acopiado en El Escorial. Finalmente,

cuando estuvo dispuesto, fue conducido a las estancias privadas del papa.

La audiencia tuvo lugar en la *camera segreta* del pontífice, un espacio pequeño en comparación con la munificencia de otros sitios vaticanos, austero, situado en el corazón del Palacio Apostólico, apartado del ruido de las audiencias públicas y de la circulación de cardenales, embajadores, curas, monjas y criados. Era una estancia agradable de proporciones sobrias, con techo no muy alto, cubierto de frescos y estucos en los que se representaban escenas bíblicas y alegorías de la Iglesia triunfante, como si quisieran recordar constantemente al ocupante de la sala la dimensión espiritual de su oficio. La luz entraba por dos grandes ventanas, filtrada por cortinas pesadas que suavizaban el resplandor de Roma, de modo que en el interior predominaba una claridad leve, casi de penumbra, rota aquí y acullá por el brillo de un candelabro de plata o el reflejo de una cruz dorada sobre la pared. En el centro se encontraba la silla pontificia, que más era un sitial de estudio que un trono, detrás de una mesa de madera maciza cubierta de papeles, breves apostólicos, sellos y libros de horas; a un lado, un reclinatorio con un crucifijo que manifestaban que aquel era también un lugar de oración. Las paredes estaban forradas con tapices y colgaduras que amortiguaban los sonidos y daban a la estancia una sensación de recogimiento casi monástico. No había más mobiliario que algunas sillas para los interlocutores y, en un ángulo discreto, un escritorio pequeño donde un secretario podía tomar nota si la audiencia lo requería. Hoy, en aquella *camera*, no había nadie, ningún escribano, ningún clérigo, solo el papa.

—Su majestad el rey don Felipe de Austria, rey de las Españas —anunció el cardenal Gallio la llegada del rey Felipe.

—Pasad, majestad, os lo ruego —pidió el papa.

Gregorio recibió al rey católico de pie, con las manos entrelazadas a la altura del pecho, en actitud más de pontífice que de juez, aunque en aquel lugar, y dada la razón de la audiencia, ambos cargos se confundían en la mente de Ugo Buoncompagni.

Felipe entró en la *camera* y aguardó a que el cardenal Gallio cerrase las puertas de la estancia y lo dejara solo con el pontífice. Cuando oyó que las puertas macizas se clausuraban a sus espaldas, miró fijamente al papa, inclinó levemente la cabeza y lo saludó.

—Santidad. Gracias por recibirme.

No hubo ningún otro gesto ritual, ni abrazos ni besos de anillos. Era la consumación de un encuentro largamente esperado por ambos.

Felipe miró a Gregorio y reconoció que no era como se lo había representado. No había visto nunca un retrato de él, y Zúñiga le había hablado de su carácter y su temperamento, pero no le había hecho una descripción de su físico. Se lo había imaginado como un hombre de edad avanzada pero grande, robusto, de personalidad colérica, recio y potente, porque esa era la imagen que asociaba con su nombre, Gregorio, con tantas vocales fuertes y con su significado etimológico de «vigilante». Mas quien se hallaba ante él era un anciano de aspecto flemático, de expresión culta y atenta, sereno y racional. Reparó en su cara alargada y estrecha, sus pómulos marcados, su mandíbula fina, su nariz prominente, larga y recta, sus ojos pequeños, de mirada penetrante, su boca delgada, con labios finos, su barbita puntiaguda, sus cabellos blanquecinos. Se dijo, sin saber muy bien la razón, que en otro tiempo y en otro lugar Gregorio y él podrían haber sido buenos amigos.

Gregorio miró a Felipe y pensó que tampoco era como había esperado. Él sí había visto retratos del rey español, pero estos no le hacían justicia. En ellos se veía a un hombre que, en su madurez,

había cogido cuerpo, sin llegar a ser robusto; de rostro alargado, rasgos angulosos y frente amplia, expresión distante y poco gestual, ojos grandes de color azul grisáceo y cabello rubio en su juventud, cada vez más encanecido. Pero esas pinturas no hablaban del autocontrol que se apreciaba en cada uno de sus gestos, de la fuerza que su mirada transmitía, de la energía que trasminaba su cuerpo, de la sensación de seguridad y poder que de él se desprendía. No eran, esa seguridad y ese poder, los del monarca guerrero o carismático de presencia física desbordante, no; su fuerza era interior, metódica y sistemática, una energía de resistencia más que de movimiento, algo que provenía de su alma y no de su cuerpo. El hombre que tenía frente a él no era de los que se dejaban llevar por la vehemencia, sino que absorbía la información, la analizaba y la retenía hasta formar una decisión firme y, una vez alcanzada su resolución, la mantenía con una constancia que podía parecer irreductible. Y pensó que no le importaría compartir un buen vino de Orvieto y una larga sobremesa con ese hombre singular en cuyas manos, más incluso que en las suyas propias —por más que le costara reconocerlo—, se hallaba en gran medida el futuro de la cristiandad.

No era, sin embargo, tiempo ni de una cosa ni de la otra.

Era tiempo de afrontar la cuestión para la que uno había esperado y el otro había venido.

—Felipe de Habsburgo —dijo el papa, aún de pie ambos—, hijo de Carlos, llamado por los hombres el Prudente, sed bienvenido.

Felipe le sostuvo la mirada y asintió.

—Gracias, santidad. Agradezco de corazón que queráis escucharme.

«¿Escucharte? —se preguntó Gregorio—. Sí, tal vez fuera eso —se dijo al cabo el papa—: ¿No eran los juicios el lugar donde los

acusados se explicaban y argumentaban su inocencia?».

—Sentaos, majestad, os lo ruego —invitó, señalando uno de los sillones al rey de España. Él retiró el suyo de detrás de la mesa y quedaron ambos enfrentados, sin nada que se interpusiera entre ellos. Y a la misma altura.

—Sí, santidad. Comparezco —prosiguió Felipe—, no para excusarme, sino para que su beatitud me escuche. He observado que enarcabais las cejas cuando he dicho que he venido para eso, para que me escuchéis.

Gregorio inclinó levemente la cabeza y juntó ambas manos sobre el regazo. Su expresión era cordial y atenta.

—Hablad, pues.

Felipe guardó un instante de silencio, como si necesitara ordenar tanto sus pensamientos como sus recuerdos.

Y comenzó.

—Mi embajador, don Juan de Zúñiga, me relató fielmente lo que habló con su beatitud en la audiencia que mantuvieron allá a principios del pasado mes de octubre. Reconocisteis que España, junto con el papado, es el eje sobre el que gira la cristiandad armada, y que yo, como rey de la más poderosa de las naciones católicas, soy el defensor de la fe, como con la Liga Santa se puso de manifiesto, derrotando al sultán Selim.

—Eso dije, en efecto, casi con esas mismas palabras —reconoció Gregorio—. Vuestro embajador, don Juan de Zúñiga, es hombre de prodigiosa memoria, pues nada anotó durante la audiencia. Así lo convinimos.

—Y su santidad añadió —continuó Felipe— que, siendo alto el papel de España en la defensa de la cristiandad, mayor es por ello la responsabilidad de su príncipe. Y mayor es la obligación de escrutar sus actos y su alma, y que su moralidad ha de ser absoluta, porque,

dijisteis, cualquier mancha salpica a la fe, salpica a la cristiandad. Y eso Roma y el papa no lo pueden consentir.

—No sé si el prodigio es la memoria de vuestro embajador o la de vuestra majestad —admitió Gregorio, francamente admirado. Recordaba que esas palabras, o unas muy similares, habían sido las pronunciadas durante la audiencia con Zúñiga.

—Con lo que —zanjó el rey de España, sin que la voz le temblara, con la mirada fija en las pupilas del pontífice— pusisteis en duda mi moralidad. Y lo hicisteis basándoos en una carta anónima, en algo que en ningún tribunal serviría más que para arrojarlo a la basura.

Gregorio esbozó una sonrisa mínima. La audiencia —o el juicio, como en su fuero interno consideraba aquel encuentro— no discurría conforme a lo previsto. De todas maneras, le gustaba la dialéctica; su mente hallaba su deleite en el ejercicio de la razón y se nutría del combate de los argumentos. Aunque jurista de formación, era el gran mecenas y promotor de la Segunda Escolástica, convirtiendo al Colegio Romano en el epicentro intelectual de esta corriente, y, como tal, gustaba de aplicar la lógica y la metafísica para resolver problemas prácticos. Su formación legal, además, lo inclinaba a la polémica, como confrontación dialéctica de ideas fundamentales.

—Nos no pretendimos poner en duda vuestra moralidad, majestad —replicó Gregorio, suavemente, sin aparentar molestia por la tácita, o no tan tácita, acusación del rey—. Lo que dijimos es que, ante una imputación como la que se os hizo en aquella carta que recibisteis, así como en la que Nos recibimos y en muchas otras que han circulado por las cortes europeas, la Iglesia no podía mantenerse al margen, pues lo que a vuestra majestad le afecta, a la Iglesia atañe, como principal defensor de la cristiandad que sois, como bien habéis dicho. *Age ut omnia bene eveniant*. Eso fue lo que manifesté a vuestro embajador. «Actuar para que todo acabe bien». Esa es la

voluntad de la Iglesia. Nos, sabedlo, solo queremos aclarar el rumor, para que este muera y se consuma.

Felipe guardó silencio durante unos instantes, durante los cuales mantuvo la mirada fija en los ojos del papa.

—Está bien —dijo al cabo, asintiendo mínimamente con la testa—. En lo tocante al orden espiritual, santidad, siempre he reconocido en la Iglesia mi juez, y a su juicio he sujetado mi conciencia y mi gobierno. En esa materia, jamás me he tenido por señor, sino por hijo obediente de la Iglesia, y a su juicio he rendido mi alma. Pero en las cosas del orden temporal, que con la Corona me fueron encomendadas, solo a Dios tengo por juez y señor de mi conciencia. En lo que pertenece al gobierno de mis reinos y a cuanto en ellos sucede, santidad, mi única instancia es Dios, de cuya justicia no puede excusarse ningún príncipe. —Hizo una nueva pausa, como si necesitara tomar aire, o permitir que sus palabras calaran profundamente en el ánimo de su interlocutor—. Me decís, empero, que he de someterme al juicio de la Iglesia en lo concerniente a lo sucedido con mi hijo Carlos, y que he de hacerlo para que el rumor, la insidia, no dañe a la Iglesia, pues a ella se daña cuando se ataca a mi persona. —Movió la cabeza, asintiendo solemnemente—. Lo acepto, beatísimo padre. Bajo esa premisa, y solo bajo esa premisa, me someto al juicio de su beatitud.

El papa asintió, complacido. Estaba disfrutando de aquel encuentro.

—Ese reconocimiento, hijo, os honra, es propio de un príncipe cristiano. La Iglesia no busca condenar sin oír, sino discernir con caridad y verdad; y si en lo que hicisteis hubo error, Dios lo pesará, mas si hubo recta intención, Él mismo sabrá tenerlo en cuenta. A Nos nos toca amonestar, consolar y guiar, no usurpar el juicio que solo pertenece al Altísimo. —Suspiró Gregorio, y caló en sus ojos un

brillo de agua—. La muerte de un hijo es carga terrible para cualquier padre, y más para un rey. La Iglesia examinará vuestra conciencia a la luz de la ley de Dios; pero recordad que ni Nos ni vuestra majestad tenemos la última palabra, porque el juicio perfecto solo pertenece a Aquel que ve lo oculto del corazón.

Quedaron las palabras del papa flotando en aquella atmósfera íntima durante unos momentos. Oyeron las campanas de San Pedro que en ese preciso minuto repicaban anunciando el ángelus. Musitaron ambos la oración del ángel.

—*Angelus Domini nuntiavit Mariae.*

—*Et concepit de Spiritu Sancto.*

Estuvieron, papa y rey, unos segundos recogidos, rezando el ángelus, mientras el eco de las campanas poco a poco se extinguía.

—Las relaciones de los reinos de España con el papado nunca fueron fáciles —prosiguió Felipe, acabado el rezo—. Recuerdo ahora, santidad, por ejemplo, la pugna que mantenemos con su beatitud por el negocio de los concilios provinciales, que habremos algún día de solucionar —explicó, haciendo alusión a su defensa del regalismo, esto es, el control del rey sobre la Iglesia en sus reinos—, o cómo el papa Pío, antecesor de su beatitud, interfirió en el proceso del obispo Carranza. Pero, por encima de todo ello, está la conciencia de que España y la sede apostólica representan los dos grandes pilares, el temporal y el espiritual, del orden cristiano del mundo. Que este juicio no atenúe esa conciencia.

—No lo hará, hijo mío —aseguró Gregorio—. Nos somos sabedores de que la relación entre España y Roma, tejida con los hilos tensos y necesarios de la fe y del poder, en cuanto que sois vos el guardián del orden temporal, y Nos el custodio de las almas, es de mutuo respeto. Y así hemos de caminar juntos frente al avance de la

herejía y las convulsiones de Europa, conscientes de que ninguno puede sostenerse sin el otro.

Asintió Felipe, sabedor de que ahí acababan los prolegómenos de esa audiencia.

—Nací heredero de un mundo que no había elegido —dijo entonces, sin un ápice de solemnidad en sus palabras, y sí de cierta humildad—. Un mundo que mi padre había reunido con sangre, con alianzas, con guerras y con sacrificios, y que me fue entregado como se entrega una herencia sagrada, no para gozarla, sino para custodiarla. Desde el día en que comprendí quién era, supe que mi vida no me pertenecía.

Habló de su juventud en Castilla, de los años en que fue regente, de las primeras decisiones tomadas bajo la sombra del emperador, de la responsabilidad prematura, de la desconfianza que el emperador le inculcó en sus «Instrucciones» y que había marcado tan poderosamente sus relaciones con sus criados, de la disciplina que hizo de él un hombre de despacho, de papeles, de vigilias interminables. Y de su soledad. Por primera vez en sus cincuenta y un años de vida, abrió su alma a otro ser mortal más allá de un confesionario, y dejó que aquella contención que lo había caracterizado durante toda su vida se resquebrajara en la palabra, como si al pronunciar en voz alta lo que siempre había callado se aliviara en parte del peso que llevaba sobre los hombros desde la juventud. Habló sin prisa, con la gravedad de quien no busca disculparse sino comprenderse, desgranando los años en que aprendió a gobernar vigilando, a desconfiar por mandato, a decidir en soledad, a ocultar el temblor de la duda bajo la apariencia de la certeza. Reconoció la fatiga de tantas noches en vela, el silencio que se había ido instalando en su vida como una segunda naturaleza, la dificultad de distinguir, con el paso del tiempo, entre el deber y el

temor de errar. Y al decirlo, no con la voz del rey sino con la del hombre, sintió por primera vez que aquello que había sido su fortaleza —el método, la reserva, la desconfianza, el trabajo sin descanso— era también la raíz de su soledad, y que en esa soledad se había ido endureciendo su juicio, no por crueldad, sino por la convicción de que nadie más que él podía cargar con el gobierno del mundo que se le había confiado.

—Aprendí a gobernar sin tregua —dijo, enronquecida ya la voz, él que tan parco era en palabras—, porque el descanso de un rey es el desorden de sus reinos. Aprendí a desconfiar, porque quien gobierna no puede permitirse el lujo de la ingenuidad. Aprendí a callar, porque las palabras de un rey pueden incendiar el mundo.

El papa escuchaba sin interrumpirlo. Al oír a Felipe II hablar con aquella desnudez poco propia de un rey, Gregorio XIII notó cómo, tras la figura del monarca poderoso que había conocido en la distancia de la política, se alzaba ante él la fragilidad de un hombre cargado de deberes y culpas que ningún otro mortal había tenido que soportar en igual medida. Pensó en la pesada corona que convertía cada decisión en un riesgo de pecado y cada silencio en un posible error, y comprendió que aquel hombre no venía a defenderse, sino a ser pesado en la balanza de su propia conciencia; y en esa confesión sin ornato no vio la altivez del poder, más bien la fatiga de quien ha vivido demasiado tiempo entre la obediencia a Dios y la responsabilidad ante y sobre los hombres. Mientras lo escuchaba, el pontífice tuvo la sensación de que su papel no era el de un juez severo, sino el de un pastor que debía discernir con prudencia hasta dónde llegaba la culpa y dónde comenzaba el sacrificio, porque en aquel rostro no había desafío, solo necesidad de comprensión ante el misterio de haber gobernado sin haber podido nunca dejar de ser hombre.

—Defendí la fe —prosiguió el rey de España— porque creí, y sigo creyendo, que sin ella el mundo se descompone. Combatí en Flandes no por ambición, sino porque no podía permitir que la herejía quebrara la unidad de la cristiandad. Sostuve guerras, envié hombres a morir, ordené castigos y ejecuciones, firmé sentencias, levanté impuestos, cargué sobre mis pueblos pesos que ellos no habían elegido, porque creí que era mi deber preservar aquello que había recibido. —Se detuvo. Respiró—. Y cuando hice todo ello —añadió luego—, jamás pensé en mí.

El papa lo miró con atención.

—¿Nunca? —preguntó, con interés no malsano, sino pastoral.

Felipe sostuvo un instante la mirada de Gregorio, como si la pregunta hubiese atravesado la coraza que le había acompañado toda su vida.

—Nunca —respondió—. O, al menos, así quise creerlo. —Guardó de nuevo silencio, y en ese silencio se hizo visible la duda que hasta entonces había sabido ocultar incluso a sí mismo—. Pero qué verdad es que el hombre no se conoce enteramente —agregó, cogitabundo, bajando la voz una octava, lo que hizo que el papa adelantara el torso en su sitial, como para no perderse una palabra de aquella insólita conversación entre quienes eran, con toda certeza, las dos personas más poderosas del mundo—. Y quizá en lo más hondo, donde ni la razón ni la voluntad alcanzan, haya habido en mí algo que no era solo deber: el temor de perder lo que me fue confiado, el deseo de que no se dijera que fui débil, el miedo de que el mundo se deshiciera si yo cedía. El miedo a la historia, en suma.

El papa frunció las cejas.

—Y eso —inquirió con suavidad—, ¿no es también pensar en vos?

Felipe inclinó la cabeza.

—Lo es —reconoció al fin—, si se analiza con sinceridad. Porque, aunque yo no buscara mi provecho, sí quise conservar lo que se me dio, salvaguardar lo que era mío, y en ello quizá se mezcló mi nombre con el de mis reinos, mi conciencia con la de todos los que estaban bajo mi cuidado. —Se llevó la mano al pecho, como si la palabra hubiera encontrado allí su origen más profundo—. He vivido creyendo que no tenía derecho a equivocarme —continuó—, y en ese pensamiento tal vez hubo soberbia, aunque se vistiera de deber. Porque solo Dios no yerra, y yo, por ser rey, me exigí lo que solo a Dios pertenece.

El papa asintió lentamente, y lo hizo no como quien otorga, sino como quien comprende. Ni siquiera argumentó sobre su propia infalibilidad, que aún no era dogma pero sí común convicción, que el rey le había tácitamente negado.

—Quien lleva una carga tan grande —aseveró Gregorio— corre siempre el riesgo de olvidar que también es hombre. Y cuando olvida eso, puede confundir la voluntad de Dios con la suya propia.

Felipe cerró los ojos un instante.

—Ese es mi temor —susurró—. Que en el celo por servirle haya tomado por Suya una voz que en verdad era mía.

El silencio que siguió no fue vacío, sino denso, lleno de matices, como si en él pesara todo lo que había sido dicho y todo lo que aún quedaba por decir.

—Hablad de vuestro hijo, majestad —dijo Gregorio al cabo, abordando la esencia de aquel juicio, de aquella audiencia.

Felipe cerró los ojos. El nombre de Carlos no era para él una memoria, sino una herida.

—Jamás negué al papa Pío una explicación cabal de su muerte. ¿Habéis leído las cartas que entonces le remití?

Gregorio negó con la cabeza.

—Deberíais hacerlo —sugirió el rey—, para que su santidad comprenda que jamás negué al papado explicación alguna sobre la muerte de Carlos. El día 9 de mayo de 1568, poco después de verme obligado a arrestar a mi hijo, escribí al papa Pío, vuestro antecesor en la silla de Pedro, una larga epístola, no redactada por ningún secretario, sino de mi puño y letra, en la que le ofrecía las razones que me forzaron a tan dolorosa decisión. Le decía que esta no dependió ni de mi ira ni de mi indignación, ni de culpa del príncipe, ni estaba enderezada a castigo. No descendí entonces a más particularidades, sino que dejé bien claro que me vi forzado a obrar como obré para mantener a la monarquía en paz y en justicia, y en quieto y tranquilo estado. Y que no podía dejar el reino en manos de quien, por mis pecados, no disponía de la capacidad y el entendimiento necesarios para asegurar la sucesión, que en tanto le iba a la Iglesia. Os ruego que leáis aquella carta que remití al papa Pío y habréis de entenderme.

—Lo haré —aseguró Gregorio—. Pero habladme de vuestro hijo, del príncipe Carlos.

Un ramalazo de dolor oscureció el rostro pálido de Felipe.

—Carlos fue mi primogénito —dijo lentamente—, y fue mi fracaso.

La palabra quedó suspendida en aquel aire antiguo de la *camera segreta* del Vaticano.

—Lo amé —prosiguió el rey de España, húmeda la voz—. Lo amé como se ama a aquello que ha de continuar lo que uno es. Pero, desde su nacimiento, mi pobre hijo estuvo marcado por la enfermedad, por la desmesura, por una inquietud del espíritu que ni los médicos ni los maestros supieron apaciguar. Fui paciente. Le di honores. Lo presenté a mis reinos. Lo senté a mi lado. Quise que aprendiera, que madurara, que entendiera el peso de la corona que algún día habría de llevar. —La voz de Felipe se volvió más grave—.

Pero él no quería esperar. No quería aprender. No quería ser rey según el orden de Dios y del tiempo. Quería serlo a su modo, a su prisa, a su capricho. —Levantó la mirada hacia el papa—. Y llegó un día en que comprendí que no podía confiarle el mundo que yo había jurado guardar.

El silencio se hizo más espeso.

—Y lo encerrasteis —dijo Gregorio, rompiendo ese silencio intransitable.

—Lo encerré.

—¿Por miedo, pues?

—Por necesidad.

—¿Por el reino?

—Por el reino.

—¿No por vos?

Felipe no respondió de inmediato.

—También —dijo al fin—. Porque un rey no puede permitir que su propia sangre lo destruya.

El papa dio un paso más en su examen.

—¿Cuál fue la verdadera causa de su muerte?

Felipe no vaciló.

—Murió enfermo —dijo—, consumido por sus excesos, por su sed, por su propio desorden.

—¿No intervino mano mortal en su óbito?

—No, santidad. Solo la mano de Dios. Solo por su voluntad dejó su corazón de latir.

—¿Y vuestro corazón?

Entonces, por primera vez, Felipe no pudo mantener la firmeza de su voz.

—Una parte de mi corazón murió con él —dijo en un susurro—, aunque mi cuerpo siguió gobernando.

Gregorio lo contempló largamente.

—Y desde entonces —prosiguió Felipe, con una voz que se iba haciendo más humana, más frágil—, he vivido con esa duda, con ese peso, con esa sombra que ni el tiempo ni las victorias ni las conquistas han conseguido disipar: si hice lo que debía o si hice lo que me convenía; si salvé el reino o si me salvé a mí mismo. —Se llevó una mano de nuevo al pecho. Levantó su mirada perpendicular —. He rezado. He pedido luz. He pedido perdón por aquello que quizá no fue pecado, pero que se siente como tal. Y cuanto más crecía el mundo bajo mi mando, más crecía también la soledad. Creí servir a Dios —dijo—, pero muchas veces me pregunté si Dios me había puesto a prueba más allá de mis fuerzas.

—Dios —repuso Gregorio— jamás exige al hombre más de lo que el hombre puede dar. Y Dios no juzga al hombre por sus errores, sino por la verdad de su conciencia. Y yo os pregunto, hijo mío, ¿está en paz vuestra conciencia?

Felipe no respondió de inmediato. Bajó la mirada, como si buscara en lo más hondo de sí mismo una respuesta que no podía darse sin examen ni temblor. Sus manos, que tantas veces habían firmado decretos y sentencias sin vacilar, permanecieron inmóviles, abiertas, como si por primera vez no tuvieran nada que ordenar ni mandar. En un brevísimo instante pasaron por su mente todos los sucesos de su reinado en los que su conciencia había dudado, desde el arresto de su hijo Carlos a la muerte de Escobedo, que él, en efecto, había consentido.

—Sí, santidad —dijo, tras ese instante de reflexión, o tal vez de duda—. En lo que toca a lo sucedido con mi hijo, mi conciencia está en paz. No porque el dolor haya sido menor, ni porque no haya llorado en lo secreto lo que ningún padre debería sufrir, sino porque hice lo que creí necesario para guardar el bien de mis reinos y el

orden que me fue confiado. No obré por ira ni por provecho, ahora lo sé ciertamente, ni por temor de perder mi nombre, sino por impedir que se perdiera lo que Dios me había encomendado. Siempre que actué, incluso cuando me vi en la necesidad de poner en juego una vida humana —y ahora sí se le vino a la mente con mayor nitidez el nombre de Juan de Escobedo—, lo hice por el bien del reino. —Guardó un nuevo instante de silencio antes de proseguir, y levantó la mirada y la clavó en el papa—: Si en ello hubo culpa, será Dios quien la pese. Mas en mi conciencia no hay remordimiento de haber obrado con injusticia. Pude errar en el modo, pude errar por ingenuidad, pero no en la intención. Y esa intención, santidad, es la que, en medio de mi tremendo dolor, me da reposo, porque sé que no busqué mi bien, sino el de todos aquellos cuya vida y fe estaban bajo mi cuidado. No pido absolución ni gloria. Solo pido que se pesen mis actos como fueron: con mis errores, con mis cicatrices, con mis sacrificios, con mi fe, con mi amor tal vez mal entendido, con mi deber llevado hasta donde creí que debía llevarlo. Nada más.

Gregorio se dio un tiempo mínimo para la reflexión. No porque hubiera duda en su veredicto, sino por la gravedad de lo que iba a pronunciar, y luego, alzando lentamente la mano, miró a Felipe fijamente. Lo hizo, más que como a un rey, como a un hijo de la Iglesia que se había expuesto sin reserva ante Dios y ante los hombres; y en su voz hubo a la vez firmeza y consuelo cuando pronunció su sentencia.

—Hijo —emitió el papa su dictamen, el veredicto final en ese singular juicio del que no quedaría recuerdo en la historia escrita del mundo, pues así ambos lo quisieron—, la Iglesia, a quien Cristo confió las llaves para atar y desatar, no ignora la carga singular que pesa sobre los príncipes ni desconoce que hay decisiones que, aun nacidas del deber, dejan en el alma heridas que solo Dios puede

curar. Pero también sabe discernir la rectitud de la intención cuando no hay en ella odio ni provecho, sino celo por el bien común y temor de ofender a Dios. Y por eso os digo que quien ha obrado según su conciencia y la ha puesto bajo la luz de la fe no camina en tinieblas, aunque lleve consigo el dolor de sus propios actos, y que ese mismo dolor es señal de que su corazón no se ha endurecido. —Hizo una pausa brevísima—. En cuanto al juicio de la Iglesia, no hallo en lo que habéis referido culpa que aparte a vuestra majestad de la comunión de los fieles, y podéis tener por perdonado aquello en que la fragilidad del hombre haya podido mezclarse con el rigor del deber. Lo demás, dejadlo al juicio perfecto de Dios, que ve lo que nosotros no vemos. Id, pues, en paz, y acoged sin temor la misericordia que el Señor concede a quien la busca con verdad, porque Él conoce el peso de los reyes y la debilidad de los padres, y no niega su gracia a quien ha querido servirle con recta intención.

***

Tras estas palabras, que Felipe recibió con una emoción a duras penas contenida, el papa se puso en pie. Hizo el rey igual gesto, dando la audiencia, ese último y singular juicio del rey prudente, por finalizada. Sin embargo, su ademán fue aquietado por otro de Gregorio, que le indicó con la mano que permaneciera sentado. Se acercó luego al escritorio de esa *camera segreta* y extrajo de un cajón un pliego que, acercándose, tendió a Felipe.

—Esta fue la carta anónima que recibí y de la que hablé a vuestro embajador Zúñiga —explicó, y tomó asiento de nuevo—. En ella, como podéis leer, se os acusa de haber dado muerte a vuestro hijo Carlos, se afirma textualmente que «el padre fue responsable de su muerte, pues la ordenó». Y se os llama «Saturno, el Devorador, el

que engulle a sus propios hijos para que no le robaran el reino». —Hizo una pausa para permitir que Felipe leyera el pasquín. Cuando lo hubo hecho, se lo devolvió a Gregorio con un gesto que era mitad desdén y mitad asco—. Hay una duda que me corroe —dijo el papa— y que me gustaría disipar. ¿Quién es, majestad, quien tan mal os quiere? ¿Quién está detrás de esas deplorables letras? ¿Es la Jezabel inglesa? —preguntó, en referencia a la reina Isabel Tudor de Inglaterra—. ¿Es el príncipe de Orange? ¿Son agentes del Turco? Decidme, majestad: ¿habéis conseguido dar con la mano que escribió estas insidias?

Felipe esbozó una sonrisa tan pequeña como triste.

—Sí, santidad —respondió—. Y son letras escritas por manos católicas.

—¡¿Qué decís?! —exclamó el papa, turbado.

—Lo que oye su beatitud: que esas letras fueron escritas por manos que se dicen católicas y que comulgan en los mismos altares que yo.

—¿Alguien de vuestra corte?

—Don Antonio de Portugal y, tal vez, el propio rey Enrique, cardenal de esta Iglesia —explicó Felipe—. Ellos son los que me han acusado de la muerte de mi hijo.

Y relató lo acontecido en los últimos meses y en las últimas semanas en España, hasta la detención y confesión del bravonel José Gonçalves da Cruz.

—Es verdad que es más amarga la herida que viene de dentro que la que se recibe del enemigo declarado —dijo Gregorio, en un tono que quería ser conciliador, pues advirtió cómo el brillo de los ojos de Felipe había mudado desde la anterior amargura al recordar a su hijo muerto hasta la ira más profunda—, porque al hereje se le combate, y al infiel se le resiste, pero al hermano que yerra se le

debe corregir y, si es posible, reconciliar. No os turbe, majestad, que la murmuración nazca entre los propios hermanos: también en la Iglesia primitiva hubo discordias, y no por ello dejó de ser una. El celo mal entendido, la ambición y el temor han vestido a veces ropajes de piedad, y bajo ese velo se han cometido injusticias mayores que las de los enemigos acérrimos. Por eso conviene al príncipe no dejarse llevar por la cólera, sino discernir, corregir cuando sea necesario y perdonar cuando sea posible, porque la verdadera fortaleza no está solo en vencer al adversario, sino en mantener la unidad sin perder la justicia. Y recordad que Dios permite a veces estas pruebas para purificar a los suyos, para que el juicio de los hombres no desvíe al justo del recto camino ni le aparte de la paz de su conciencia.

—No, santidad —repuso Felipe con una firmeza que no admitía réplica—. Lo siento, pero no me es dado perdonar aquello que pone en peligro el orden que Dios me ha confiado guardar. La clemencia es virtud del príncipe cuando no compromete la justicia, pero cuando la ambición y la deslealtad se encubren bajo nombre de piedad y siembran discordia entre los fieles, el rey no puede hacerse sordo ni indulgente sin faltar a su deber. Y así os lo digo sin rodeos: a la muerte del cardenal Enrique, reclamaré para mí la Corona de Portugal, que por derecho me pertenece, y si para conseguirla hubiere de tomar las armas y entrar por la fuerza en aquel reino, que así sea. Lo haré, no por codicia ni por gloria, sino por asegurar la unidad de la fe y la estabilidad de los reinos que están bajo mi custodia. Porque también en lo temporal, santidad, se sirve a Dios cuando se impide que la división y la debilidad abran la puerta al enemigo y pongan en riesgo las almas de los que han sido confiados a mi gobierno.

—Hijo mío... —murmuró el papa, pero se quedó sin palabras ante la firmeza inquebrantable del rey de España.

—En ese instante, si he de tomar las armas para hacer valer mi derecho, ¿cuál será la postura del papado?

Gregorio levantó lentamente la mirada y, tras un breve silencio en que pareció pesar cada palabra ante Dios, habló con una gravedad que hizo que cada sílaba brotara de sus labios con un eco trémulo.

—Si vuestra pretensión es legítima, y si la reclamáis no por codicia sino por derecho y por el bien de la cristiandad, la sede apostólica no solo no se opondrá, sino que os dará su beneplácito y su bendición. Porque más conviene a la Iglesia un reino unido bajo un príncipe católico firme que un trono vacilante expuesto a la discordia o a la herejía. Si Portugal puede quedar en vuestras manos con justicia, y si con ello se asegura la paz de sus gentes y la defensa de la fe, tendréis en Roma un apoyo moral y espiritual, y no os faltará la bendición de la Iglesia en cuanto vuestra empresa se mantenga dentro del orden de Dios. —Se incorporó Gregorio ligeramente en su sitial, y añadió con tono más bajo, pero aún más firme—: Id, pues, si ese es vuestro camino, con la conciencia puesta en la justicia y no en la ambición. Y sabed que, mientras gobernéis como príncipe cristiano y guardéis la unidad de la fe, la Iglesia verá en vuestra causa no una guerra de conquista, sino una obra de providencia.

Y al decirlo, trazó sobre Felipe una señal de bendición que, en aquel instante, no era solo rito, sino aval.

Cuando el rey de España abandonó los apartamentos pontificios y atravesó en silencio las estancias del Vaticano, no llevaba en el ánimo la ligereza de quien ha salido absuelto de una acusación, sino la certeza jubilosa de quien siente haber sido confirmado en su destino: no solo había obtenido el juicio que buscaba para su conciencia, sino que salía de Roma con la íntima certidumbre de que

su derecho al trono de Portugal había sido reconocido ante Dios y ante la Iglesia. Caminaba sin apresurarse, con el mismo paso contenido que había tenido al entrar, pero algo en él había cambiado. El peso que le oprimía el pecho se había transformado en una resolución irrevocable, y en su interior se mezclaban la paz de la absolución con la conciencia de una tarea que ya no podía eludir. Bajo las bóvedas del Palacio Apostólico, mientras el eco de sus pasos se perdía en la piedra, Felipe percibió que dejaba atrás no solo una audiencia, sino una frontera: había entrado como un hombre en busca de juicio, y salía como un rey dispuesto a reclamar, con la aprobación de la Iglesia y la seguridad de su conciencia, un reino que desde ese momento consideraba suyo por derecho y por misión.

EPÍLOGO

De aquella audiencia entre Felipe II, rey de España, y Gregorio XIII, papa de Roma, no quedó constancia escrita ni reseña en legajo alguno: solo el recuerdo imborrable en la memoria de quienes la vivieron.

En la memoria de Felipe, aquella audiencia secreta quedaría como un momento de rara desnudez en una vida hecha de reservas y de desconfianzas: el único instante en que habló como hombre antes que como rey y en que sintió, sin abdicar de su autoridad, que su razón había sido escuchada y confirmada por la Iglesia. Con el paso de los años, al recordar aquella sala, no vería tanto el rostro del papa como la claridad que allí se hizo en su interior, una certeza que le permitió seguir gobernando sin vacilar, convencido de que su deber y su fe no caminaban en direcciones contrarias.

En la memoria de Gregorio, en cambio, aquella entrevista permanecería como el encuentro con un príncipe singular, poderoso y solitario, que llevaba sobre sí el peso de medio mundo y que, sin embargo, había sabido inclinarse con humildad ante el juicio de la Iglesia. No lo recordaría como una victoria del papado sobre el poder temporal, sino como un equilibrio alcanzado entre ambos órdenes, una confirmación de que la autoridad espiritual podía aún orientar la conciencia de los reyes sin quebrar su cetro; y en esa memoria habría también una sombra de inquietud, porque el papa sabía que, al bendecir la resolución de Felipe en lo concerniente a Portugal, y aun entendiendo sus razones, había contribuido a poner en marcha

decisiones que afectarían a reinos enteros, confiando en que aquel hombre, tan firme en su deber como en su fe, sabría gobernar la victoria con justicia y con temor de Dios.

***

A su regreso a España, Felipe ordenó la inmediata detención de Ana Hurtado de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, y de su secretario Antonio Pérez.

A la princesa de nada le valió ser la viuda de Ruy Gómez de Silva, sumiller de corps y amigo de la infancia del rey. Este ordenó su confinamiento de por vida, inicialmente en la torre de Pinto, un castillo medieval utilizado entonces como prisión de nobles e ilustres. Fue luego, en febrero de 1580, trasladada a la fortaleza de Santorcaz, para finalmente ser encerrada, en 1581, en su palacio ducal de Pastrana. Su reclusión fue una de las más rigurosas que se recordaban: con barrotes en las ventanas y vigilancia estricta, que limitaba cualquier contacto con el mundo exterior. Solo se le permitía asomarse a la ventana enrejada del palacio una hora al día, y desde allí Ana contemplaba al mundo, que caminaba al margen de ella, y era contemplada por los pastraneros, que observaban con inquietud desde la plaza —que desde entonces fue conocida como plaza de la Hora— cómo su duquesa había sido sometida al más duro de los cautiverios.

Su salud se fue poco a poco deteriorando, pero Ana de Mendoza jamás cejó en su empeño de defender su inocencia de los cargos de traición que se le imputaban y de obtener su libertad, que le fue una vez y otra negada. Ni siquiera los buenos oficios de fray Hernando del Castillo, su protector, sirvieron ante la resolución inflexible del rey.

A partir de 1582, las restricciones se intensificaron: se le retiró la custodia de sus hijos menores, se designó un administrador para sus propiedades y se limitó su movilidad dentro de su prisión. Murió en Pastrana en 1592 sin haber sido sometida a proceso.

Fue enterrada junto a su esposo Ruy Gómez de Silva en la colegiata de Pastrana. Fue el único gesto de conmiseración que Felipe tuvo hacia ella.

Tras su muerte, muchos habitantes de Pastrana juraron que, en las noches de luna, se aparecía una silueta femenina asomada a la reja del torreón de levante del palacio ducal. Muchos afirmaron que tal espectro era el alma de la princesa, cuyo espíritu se asomaba a la ventana para reclamar esa hora de *libertad* que Felipe le había concedido en vida.

***

Con Antonio Pérez, tal vez porque sobre su implicación en lo que se dio en llamar la conjuración de Portugal había menores pruebas, o tal vez porque conservaba documentos que podían implicar al rey en la muerte de Juan de Escobedo, Felipe fue más clemente. Tras su detención en 1579, se ordenó su arresto domiciliario y su vida se convirtió en una prolongada lucha entre el silencio, la intriga y la supervivencia. Pese a su detención, tenía libertad para moverse por Madrid, aunque era vigilado continuamente.

Más tarde, en 1585 y debido a la presión de los familiares de Juan de Escobedo, fue de nuevo detenido bajo los cargos de tráfico de secretos y corrupción; fue encontrado culpable y condenado a dos años de prisión y una enorme multa.

En 1590 reconoció bajo tortura su implicación en el asesinato de Escobedo, pero jamás admitió estar implicado en la conjuración de

Portugal. Sabía que si con respecto a lo primero podría existir clemencia por parte del rey, no la habría con respecto a lo segundo. Poco después, en abril de ese año, y ayudado por su esposa Juana Coello, Antonio Pérez escapó de su prisión en Madrid y huyó a Zaragoza, reclamando la protección especial que le aseguraban los fueros de Aragón. Allí su caso se convirtió en un conflicto político de primer orden: la intervención de la Inquisición, la movilización de los aragoneses en defensa de sus leyes y la respuesta armada de la monarquía tensaron la situación hasta el límite. Pérez terminó por escapar de nuevo, primero a Francia y luego a Inglaterra, donde vivió como exiliado, convertido en enemigo declarado de Felipe.

Desde el extranjero publicó escritos contra el rey y trató de ganarse el favor de otras cortes, viviendo el resto de sus días en una mezcla de resentimiento, nostalgia y defensa de su propia versión de los hechos, hasta morir en París en 1611, lejos de la corte que un día había dominado.

***

Poco después de su regreso de Roma, Felipe promulgó un segundo edicto de proscripción contra Guillermo de Orange, declarando legítimo que cualquiera pudiera darle muerte y prometiendo recompensa a quien lo hiciera.

Guillermo respondió con un escrito titulado «Apología del príncipe d'Orange», presentado ante los Estados Generales reunidos en Delft en diciembre de 1581. Había sido redactado por su capellán Villiers y por el hugonote Hubert Languet, y en él, al mismo tiempo que justificaba su rebelión, tachaba a Felipe de tirano fanático y cruel, atribuyéndole horrendas acciones. Entre ellas, y siguiendo las

insidias portuguesas, lo acusaba de haber provocado, por celos, la muerte de su hijo Carlos y la de su tercera esposa, Isabel de Valois.

El edicto de proscripción convirtió al príncipe en objetivo abierto de diversas tentativas de magnicidio. En 1582, el joven español Juan de Jáuregui intentó asesinarlo en Amberes disparándole a quemarropa; Guillermo, aunque fue gravemente herido, sobrevivió, lo que reforzó su aura entre los rebeldes y su figura de líder resistente.

Sin embargo, la amenaza no cesó. El 10 de julio de 1584, en Delft, el francés Balthasar Gérard logró infiltrarse en el entorno del príncipe y le disparó en el Prinsenhof. Esta vez Guillermo de Orange murió a consecuencia de las heridas. Para Felipe II, la muerte de su adversario eliminaba a un enemigo clave, aunque no puso fin a la guerra; para los rebeldes flamencos, en cambio, Guillermo se transformó en mártir de la causa, símbolo de resistencia frente al poder español.

***

En medio de tanto fárrago y tanta discordia, aún hubo tiempo para acciones misericordiosas.

Cristóbal Villafañe recibió el premio de la hidalguía y fue nombrado miembro del Consejo de Indias y con unas rentas perpetuas de muchos escudos anuales. Asimismo, fue recompensado con la baronía de Villafañe.

Antes, remitió a Mateo Vázquez una esquela reservada en la que daba cuenta de la participación crucial de dos personajes secundarios en la resolución del enigma de Saturno, como Mateo llamaba a la conjura de Portugal. Así, habló de Luisillo, el pequeño rapaz que vivía en la calle de la ratería y el descuido, y de cómo

había contribuido a la detención del bravonel Gonçalves dando cuenta de su paradero y de cómo, en cierta manera, había ayudado a salvar la vida del rey; y habló también de la pupila Patrocinio Suárez, la putilla de la mancebía de la calle de Toledo, esquina a la de Arganzuela, que, jugándose su propio pellejo, había identificado a Alonso de Iturbe y favorecido la detención de los jaques.

Informado Felipe de la intervención de ambos en la desarticulación de la conjura, ordenó que se les repartiera por partes iguales la prometida recompensa de cien escudos de oro.

Además, se proveyó lo necesario para que la hetaira Patro pudiese abandonar el burdel, dándosele empleo como marmitona en la casa de los Lujanes, encargados tradicionales de la custodia y mantenimiento de la muralla de Madrid, de donde salió al poco para contraer matrimonio con un palafrenero del marqués de Cañete, que se había prendado de su belleza sin importarle que su joven y hermoso cuerpo pudiera estar mancillado por las manos de otros muchos hombres. «Otros pudieron tocar tu cuerpo, pero solo mío será tu corazón», se comentó que le dijo a la chiquilla su pretendiente cuando este la pidió en casamiento.

Similar gesto se tuvo con Luisillo. Mandó su majestad que se le sacase de la calle y se le diese empleo en el alcázar como paje de escoba. Allí estuvo varios años barriendo y manteniendo limpias las dependencias asignadas, ayudando a preparar las salas antes de las ceremonias, llevando recados fuera y dentro del palacio, asistiendo a pajes de mayor rango y prestando apoyo a los ujieres y a los oficiales de cámara en lo que fuera menester. De paje de escoba ascendió con el tiempo a recadero de cámara, y de este oficio a ujier menor, puesto desde el que vivió el fin del reinado de Felipe y la coronación de su hijo Felipe III como nuevo rey de las Españas.

***

El cardenal Enrique de Portugal murió el 31 de enero de 1580 sin que el Consejo de Regencia hubiera escogido a su sucesor. Tres candidatos principales se postularon al trono: Felipe, rey de España, como nieto de Manuel I de Portugal; Catalina de Braganza, también nieta del rey, y Antonio, prior de Crato. Descartada la candidatura de Catalina de Braganza por ser mujer y, por tanto, difusos sus derechos al trono, la lucha por la Corona de Portugal se iba a dirimir entre el prior y Felipe II.

El reino vecino quedó en manos de una junta integrada por los nobles portugueses Jorge de Almeida, Francisco de Sá de Meneses, João de Mascarenhas, João Telo de Meneses y Diogo Lopes de Sousa, hasta que el día 19 de junio de 1580 Antonio de Portugal, prior de Crato, hijo bastardo del infante Luis y nieto del rey Manuel, se proclamó rey en Santarém con el apoyo de parte del pueblo llano, que prefería ver en el trono a un personaje tan peculiar como el prior antes que a un rey castellano. Y comenzó a reclutar soldados para enfrentarse a las tropas españolas.

Pocas veces Felipe, tan pausado siempre a la hora de tomar decisiones, infundió tanta celeridad a una empresa como cuando, muerto el soberano luso, ordenó la reunión del ejército en Badajoz y el buen orden de las galeras bajo el mando del marqués de Santa Cruz. Aunque le costó aceptarlo, sus consejeros lo persuadieron de que nadie mejor que el duque de Alba para encabezar ese ejército, por lo que dispuso el levantamiento de su exilio y que se pusiera al frente de los tercios y restantes unidades de guerra. Y el día 4 de marzo de 1980, antes incluso de que Antonio de Crato se proclamara rey, Felipe abandonó Madrid para desplazarse a Badajoz. Fue acompañado por un reducido número de consejeros, entre los que

se hallaban su secretario privado Mateo Vázquez y su confesor fray Diego de Chaves, así como por una parte de su casa real: los oficiales de boca, los de la caballeriza, varios miembros de la capilla y los cuerpos de guardia.

El 13 de junio de 1580 Felipe pasó revista a las tropas españolas. El duque de Alba tenía bajo su mando un ejército de veintiséis mil hombres. Al mismo tiempo, se alistaba en Cádiz una flota compuesta por ochenta y siete galeras, treinta naos y algunos pataches. Las fuerzas portuguesas, a las órdenes de Antonio el prior, estaban integradas por veinticinco mil infantes y dos mil quinientos jinetes, la mayoría de ellos reclutados con prisa entre campesinos y milicianos voluntarios, bajo el mando de Francisco de Portugal, conde de Vimioso. El almirante Gaspar Brito estaba al frente de las naos y galeones, y Diego López Sequeira de las galeras.

Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, zarpó con su flota de El Puerto de Santa María, rindió por mar a los pueblos del Algarve y entró en Setúbal, donde le esperaba el duque de Alba para embarcar sus tropas que, tras ocupar sin apenas resistencia las villas fronterizas de Elvas, Olivenza y Portalegre, tomó el rumbo de Cascaes. Siguiendo las estrictas órdenes de Felipe, que no quería una conquista a base de sangre y fuego, que deseaba evitar los desmanes y saqueos de las tropas españolas y que consideraba a Portugal como país hermano, el duque de Alba respetó a la población portuguesa —que no era culpable de las insidiosas acusaciones del prior— y castigó severamente los intentos de pillaje de algunas compañías de soldados.

Tomada Cascaes por el duque, los ejércitos contendientes se encontraron a ambos lados del puente de Alcántara, unas dos leguas al oeste de Lisboa, con las tropas españolas ocupando la margen derecha del río. La batalla se inició el 25 de agosto de 1580 con un

intenso fuego de artillería por ambos bandos; los tercios españoles, tras dos intentos fallidos, consiguieron cruzar el río por el puente de Alcántara, cerca de la desembocadura, mientras que el general Sancho Dávila con sus fuerzas lograba atravesarlo río arriba. El combate fue breve. Tan solo Lisboa opuso alguna resistencia. Las experimentadas tropas del duque de Alba derrotaron a las portuguesas de Antonio de Crato, obligándolas a claudicar y a retirarse, dando por finalizada la campaña militar.

Felipe II arribó a Lisboa en la primavera de 1581 para tomar posesión del trono. Las cortes portuguesas se reunieron en Tomar el 16 de abril de ese año y juraron a Felipe como rey con el título de Felipe I de Portugal. El monarca residió en Lisboa hasta finales de 1582 y consiguió de esta manera no solo sellar la unión ibérica, cumpliendo así un deseo de sus antepasados, sino también acumular en su persona un imperio de dimensiones desconocidas hasta entonces.

Un imperio donde no se ponía el sol.

No todo fue de color de rosa. Poco después de la victoria en Lisboa, la reina Ana de Austria moría en Badajoz de un catarro maligno. Fue el 26 de octubre de 1580, cuando acompañaba a su esposo en la campaña y establecimiento de su autoridad tras la incorporación de Portugal a la monarquía. La muerte de su reina recordó, una vez más, a Felipe que, incluso en los momentos de mayor grandeza, el destino no concede al hombre un triunfo sin pérdida. Así, mientras el imperio se ensanchaba y la Corona de Portugal venía a añadirse a las de Castilla y Aragón, el rey veía quebrarse en lo más íntimo de su vida aquello que ninguna conquista podía sustituir, y la victoria quedó desde entonces marcada por ese contraste entre la expansión del poder y el dolor silencioso de una pérdida irreparable.

***

El papa Gregorio apoyó sin ambages las disposiciones de Felipe con respeto al país vecino. No solo, tras el juicio al rey prudente, dirigió un breve al cardenal Enrique ordenándole investigar la pretendida legitimidad de Antonio de Crato, sino que luego, fallecido el rey portugués, y con Felipe ya dueño de su corona, promulgó un segundo breve en el que bendecía su conquista y reconocía sus derechos.

> Gregorio XIII, Papa, al amado hijo Felipe, Rey Católico de las Españas, salud y bendición apostólica.
>
> Puesto que la divina providencia ordena los reinos y principados de los hombres para la tranquilidad de los pueblos y la conservación de la fe católica, Nos, atendiendo a los derechos sucesorios relativos al Reino de Portugal y a los gravísimos peligros de discordias civiles que podrían surgir de una dominación incierta, contemplamos con paternal solicitud la feliz reducción de dicho reino a vuestra obediencia. Hemos sabido, en efecto, que os habéis movido no por ambición privada, sino por legítimo título sucesorio y por celo de la religión católica, a fin de defender dicho reino de sediciones, cismas y peligros exteriores, restituyendo a sus pueblos la paz y la estabilidad.
>
> Por ello rogamos a Dios omnipotente que se digne dirigir y prosperar vuestros esfuerzos para la conservación de la fe, de la unidad de la Iglesia y de la paz pública; y os impartimos a vos y a los reinos de vuestra corona la bendición apostólica.

***

Para Antonio, prior de Crato, no existió ni piedad ni clemencia, pues Felipe no olvidó sus insidias ni sus crímenes, y puso precio a su cabeza. Asediado por Sancho Dávila, consiguió escapar de Lisboa en dirección a Oporto. Desde allí huyó a Francia y se refugió más tarde en las Azores, desde donde pretendió continuar la resistencia contra España con el apoyo de ingleses, franceses y holandeses. No obstante, una escuadra mandada por el marqués de Santa Cruz

ocupó las islas, alejando a una flota de hugonotes franceses que el prior había conseguido organizar.

Derrotado y humillado, Antonio regresó a París, temiendo que, al igual que ocurriera con Guillermo de Orange, los buscadores de recompensas le dieran caza y lo mataran. Por esa razón huyó a Inglaterra, donde fue acogido por la Jezabel inglesa, la reina Isabel. Todos sus intentos de regresar a Portugal al frente de un ejército fracasaron miserablemente.

Tras malbaratar las últimas joyas de la Corona portuguesa que había rapiñado en su huida, pasó sus últimos días en la pobreza, malviviendo de la misérrima pensión que le otorgó Enrique IV de Francia.

Murió el día 26 de agosto de 1595.

***

Tras la conquista de Portugal, Felipe se convirtió en el más poderoso monarca que vieran los siglos.

En la unión de las dos Coronas ibéricas, Felipe vio no solo la consumación de un derecho dinástico, sino una obra de providencia: la península entera, bajo una sola mano, ordenada al servicio de una misma fe y proyectada hacia los mares que ambos reinos habían explorado durante generaciones. Fue, así lo vio Felipe, el triunfo de la verdad sobre la insidia y el cumplimiento de un deber largamente asumido, al mismo tiempo que la aceptación de una carga sin parangón.

Con Portugal, el Imperio español se extendía desde Castilla hasta Perú y México y hasta las rutas del Índico, desde Lisboa hasta Goa y Macao, incorporando a su órbita una red comercial y marítima que convertía a la Corona en árbitro de los océanos. Era la imagen de un

poder sin precedentes, una geografía casi universal en la que el sol parecía no ponerse jamás. Pero junto a esa grandeza venía también la responsabilidad de gobernar un entramado más complejo, de conciliar leyes, intereses y tradiciones distintas, de sostener un equilibrio delicado entre la unidad política y la diversidad de sus reinos.

En la memoria de Felipe, aquella unión quedó como una victoria necesaria, pero también como un momento en el que la historia le exigió más de lo que cualquier hombre puede dar. Porque con Portugal no solo heredaba un trono, sino un destino: el de custodiar una monarquía que ya no era solo peninsular ni europea, sino universal, y que pedía de él la misma vigilancia incansable que había marcado toda su vida.

Así, su victoria fue a la vez coronación y carga, plenitud y exigencia, la confirmación de su poder y, al mismo tiempo, la medida de la soledad del más prudente rey que los tiempos jamás vieran.

Conjura contra el rey Felipe
Juan Pedro Cosano

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño e ilustración de la cubierta: © Agustín Escudero Pérez

© Juan Pedro Cosano, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-670-8326-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

PORTADILLA
DEDICATORIA
CITA
PRÓLOGO. LA HONRA EN JUICIO
1. LA BATALLA DE ALCAZARQUIVIR
2. LA VISITA DEL INQUISIDOR
3. LA CARTA ANÓNIMA
4. EL PRÍNCIPE CAUTIVO
5. EL SÍMBOLO OCULTO
6. UNA CARTA EN NAMUR
7. EL DEVORADOR
8. UNA CELADA EN LA NOCHE
9. UNA JORNADA EN EL PARDO
10. LA MUERTE DE JUAN DE AUSTRIA
11. LA AUDIENCIA DEL DUQUE DE ALBA
12. EL CEDULÓN DEL GALENO VELASCO
13. MATEO VÁZQUEZ ANTE EL REY FELIPE
14. UNA AUDIENCIA CON EL PAPA
15. LA CONMEMORACIÓN DE LEPANTO
16. UN MATRIMONIO SECRETO
17. LAS PESQUISAS DEL ALCALDE DE CASA Y CORTE
18. LA DENUNCIA DE ANTONIO PÉREZ
19. NOTICIAS FÚNEBRES DESDE NAMUR
20. JORNADA TRÁGICA EN GALAPAGAR
21. EL BIBLIOTECARIO DE EL ESCORIAL
22. EL DOMINICO ANTÓN DE TUDELA
23. LA AUDIENCIA A VILLAFAÑE
24. LA AMBICIÓN DE LUISILLO
25. EL GUARDIA MATÍAS OCAÑA
26. DÍA DE DIFUNTOS
27. EL ARRESTO DEL DUQUE
28. LAS ANDANZAS DE VILLAFAÑE

29. NOTICIAS DE EMBAJADORES
30. PÉREZ Y LA PRINCESA DE ÉBOLI
31. UN GOLPE DE SUERTE
32. CAZA EN FLANDES
33. LA ALCOBA DEL REY
34. LA PETICIÓN DE DISPENSA DEL CARDENAL
35. EL MÉDICO DE HULST
36. AUTO DE FE EN EL ARRABAL
37. LA DECISIÓN DE LUISILLO
38. REDADA EN SAN MILLÁN
39. EL EXILIO DEL DUQUE
40. LA CÁMARA DEL TORMENTO
41. «NO ES BUENO DESPERTAR LA CÓLERA DEL REY»
42. EL ÚLTIMO JUICIO DEL REY PRUDENTE
EPÍLOGO
CRÉDITOS